

REVISTA CHILENA.

REVISTA
CHILENA

FUNDADA

POR

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

Y

DIEGO BARROS ARANA.

TOMO X.

SANTIAGO.

Jacinto Nuñez, editor,
IMPRESA DE LA REPUBLICA.

—
1878.

UN DRAMA INTIMO.

Durante el invierno de 1819, hácia fines de febrero, llegaron a una pequeña ciudad de Perche, una madre i su hija; venian a hacerse cargo de la oficina de correos, que graves quejas contra el predecesor habian dejado vacante. Llegaron en la tarde, i desde el dia siguiente ocuparon la casita en que estaba la oficina. El alquiler de esa casa les habia sido cedido. La pieza que daba a la calle fué desde entónces su residencia habitual.

Despues de algunos lijeros cambios que hicieron ejecutar, la oficina quedó distribuida de la manera siguiente:— la pieza con dos ventanas no tenia entrada por la calle; la puerta exterior era la del antiguo zaguan, en que se habia perforado el tabique que daba al cuarto i colocado ahí una reja de madera, al traves de la cual se hacia la entrega de la correspondencia. En el fondo del zaguan otra puerta con rejas daba entrada a la oficina.

Las dos personas que venian a desempeñar aquella posicion humilde i esclavizada, a pasar muchos dias en silencio en esas ventanas monótonas i delante de esa reja de madera, estaban mu léjos de encontrarse preparadas por su vida anterior. La baronesa de M..... viuda de un jefe de escuadron, muerto en 1815 de pena i de fatiga despues de los desastres de los Cien dias, era de orijen aleman. Encontrada en Lintz, amada i voluntariamente robada por M..... entónces subteniente de Moreau, habia roto para siempre con su mui noble familia i seguido su marido a

todas partes. Su hija nacida en Suiza, en el fresco Appenzel, habia despues dorado su infancia al sol de España. Esa niña que apenas contaba diez i ocho años, era la preocupacion de su madre. Cuando murió M..... dejándola sin fortuna, sin pension, la altiva i noble viuda pasó los dos primeros años con algunas economías, la venta de algunas alhajas, con los restos, en fin, de una situacion que habia podido parecer brillante. Lo preferia todo a reanudar relaciones con su familia de Alemania que, aun despues del matrimonio de María Luisa, habia sido para ella inexorable. La miseria amenazante, la vista de su hija sobre todo iban talvez a obligarla a escribir. La llegada de Dessoles al ministerio fué un relámpago de esperanza; su marido habia servido bajo sus órdenes. El jeneral, por entretanto, les hizo inmediatamente ofrecer esta oficina de correos, i así habian llegado ahí.

Hacia ya dos meses mas o ménos que la madre i la hija desempeñaban aquel destino, que era su único recurso en el presente i hasta su última perspectiva de porvenir (ya se decia que Dessoles iba a retirarse); su vida parecia establecida como debia continuar por mucho tiempo. No salian nunca, no tenian ninguna relacion en la ciudad; una antigua sirvienta que habian traído las acompañaba. La madre enferma no se movia del sillón colocado cerca de la ventana del fondo. Desde que se abria la puerta de calle i alguien se presentaba en la reja, la jóven estaba de pié, lista, atenta, amable con todos (como si no hubiera hecho mas que eso en su vida) recibiendo con su mano blanca los centavos gruesos de los campesinos que franqueaban sus cartas. Los dias de mercado especialmente respondia a todos, a veces les ayudaba a escribir la direccion de sus cartas i aun la carta entera. Bien pronto fué conocida i respetada por la jente de los alrededores, aunque fuesen de una fibra, en jeneral, ingrata i de un carácter rebelde i duro.

Un dia, era el mediodia, mientras su madre despues de comer dormitaba en su sillón, como le sucedia siempre (i eran sus mejores horas de reposo), la jóven Christel, soñando, mirando atentamente un rayo de la primera primavera que jugaba en el cuarto, arreglaba con una mano distraida las cartas que habia recibido. Entre ellas notó tres que tenian la misma direccion, la del conde Herberto de Z..... i las tres de la misma mano, de una mano que parecia elegante i de mujer i como misteriosa. Entre aquellos papeles groseros, resaltaba la netedad del pliegue, que descubria que una uña delicada habia pasado por ahí. El olor de-

licado que exhalaban, descubria el lugar perfumado de donde el triple billete habia salido. Esas huellas lijeras hicieron a Christel recordar con pena la vida elegante i distinguida para que ella habia nacido. Sencilla, jenerosa, capaz de todos los deberes i todos los sacrificios, tenia un fondo de distincion orijinal, mas de una gota de la sangre de los nobles abuelos de su madre, que se mezclaba sin perderse con toda la franqueza de una naturaleza injénua i a las justas nociones de una educacion sana. Su sumision a su suerte apénas disimulaba la íntima altivez, como su dulzura ocultaba su ardor. Christel sufría i ese día sufría mas. Se ocultaba cuidadosamente de su madre i temiendo descubrirse, trataba de no confesarse a si mismo aquella situacion penosa, sino durante aquella hora de sueño de su madre, que la dejaba sola con su tristeza.

Christel no habia amado todavía ni pensaba amar mas que a su madre. Los dolores de su patria francesa ocupaban un gran lugar de aquella alma jóven i le ocultaban la vagnedad de los otros sentimientos. Sin embargo, los frescos recuerdos de la infancia que evocaba en esa hora, los hermosos lugares que habia atravesado i que se habian grabado en ella con tanto brillo, tal bosquecillo de la Alsacia, tal balcon de Burgos, los mil ecos de una banda militar en el laberinto cubierto de cespéd de un jardín campestre eran un preludio que principiaba sin cesar. Christel tomó las tres cartas i las puso aparte en un rincon de la estafeta como para no confundirlas con las demas ¡Qué saludo tan cariñoso! se decia ella, qué llamado tan impaciente i repetido, qué gracioso canto de abril, debia salir de ellas para el que las leyere! Apénas acababa de dejarlas cuando entró un jóven i descubriéndose respetuosamente detras de la reja pidió sus cartas. En el momento en que se abrió la puerta de calle, Christel, abandonó su asiento bruscamente i estaba ya de pié, medio inclinada sobre la reja, como estaba siempre (temiendo siempre la noble niña, no hacer lo bastante). Cuando oyó la direccion respondió si con viveza, sin mirar la estafeta i ántes de pensar lo que decia; luego aperebiéndose quizás de su lijereza, entregó las tres cartas sonrojándose.

El conde Herberto estaba demasiado preocupado con lo que recibia para notar lo que pasaba; saludó i cuando pasaba delante de la ventana vió Christel que habia roto uno de los sobres i que principiaba a leer ávidamente.

Otras cartas vinieron los dias siguientes; él mismo volvió, aten-

to, silencioso, completamente preocupado de lo que recibia. Un interés singular tenia todo esto para Christel; evidentemente ese jóven amaba i era amado. El conde Herberto no tenia veinte i cinco años, era bello; habia servido algun tiempo en la guardia de honor, luego en los mosqueteros, creo que en 1814. Desde hacia muchos meses habia dejado el servicio, Paris i el mundo para vivir en la tierra de su padre, a una legua de distancia. Era una de las familias mas antiguas i mas nobles del país. Christel supo esos detalles sucesivamente i sin hacer nada para saberlos; pero, aunque su madre i ella no recibieran habitualmente a nadie, los dichos de los vecinos que se ponian al habla apénas veian al jóven llegar al galope habian bastado para instruirlo. Ese interés de Christel por una situacion que adivinó desde el primer momento ¿fué un solo instante puramente curioso, atencion sin objeto i si es posible decirlo *desinteresado*? ¿Cierta turbacion i un sufrimiento no se unieron inmediatamente a ese interes? Ella misma lo ha sabido? Lo que es cierto es que un dia ajitando en sus manos una de esas cartas coquetas, perfumadas i casi transparentes bajo su fina envoltura, sintió manar sangre como de una herida súbita; se encontró envenenada como si hubiera veneno en su perfume. Al entregarlas ese dia un rubor mas ardiente asomó a sus mejillas, despues palideció; ella amaba.

Oh! Amor ¡quién podrá sondear uno solo de tus misterios! desde que nació el mundo bajo tus alas tu suscitas sin cesar esos misterios inagotables i sin cesar los varias. Cada jeneracion de juventud principia como en un Eden i te inventa con el encanto i el poder de los primeros dones. Todo se perpetúa i se reanima cada primavera, i nada se parece, i cada uno de tus milagros es siempre nuevo. El mas incomprendible i mas májico de los amores es siempre el que se vé i si es posible el que se siente. No digais que no nace mas que una sola vez para el mismo objeto, en el mismo corazon, porque yo sé que hai algunos que vuelven a arder de sus cenizas i que han tenido dos primaveras. No digais que nace o no nace decididamente desde la primer mirada i que una vez que la amistad se establece se opone al amor. Dante, Petrarca, esos melodiosos amantes han podido notar el año, el mes i la hora, en que el Dios les llegó; han tenido la chispa rápida, *sagrada*, el rayo luminoso. Cada cual cree que es el que sabe amar mas. La juventud va a creer que esas queridas tempestades solo para ella son completas: aguardad! Si la edad madura las encuentra atrasadas las acu-

ará mas violentas i mas condensadas. Así, todos aman con un amor soberano i perfecto, si aman verdaderamente. Pero de todos esos amores el mas perfecto sin embargo, i el mas sencillo será siempre el que ha nacido mas *sin causa*.

¿Por qué amaba Christel al conde Herberto? Por qué desde el segundo dia lo admiraba con tanta pasion? Llega, entra i saluda; solo es friamente político; ni una palabra inútil, ni una mirada. Ella solo lo conoce de nombre i por una simple informacion envuelta entre los díceres de las vecinas. Lo admira por esa necesidad de admirar que hai en el amor. ¿Qué ha hecho él para eso? ¿Cómo si para ser amado fuera necesario merecerlo! Es bello, jóven, tierno, fiel evidentemente i quizás desgraciado ¿qué mas necesita? Tiene gracia cuando pasa a caballo delante de las ventanas. Le parece que sabe todo lo que se refiere a él. Oh! con cuanta firmeza contaria con él si fuera ella la que él amaba!

Esas cartas perpétuas eran como un fuego que circulaba por sus manos i rebotaba en su corazon. El correo de Paris llegaba a las dos i media, al concluir de comer. Poco despues, de que su madre principiaba a dormir, Christel se acercaba sin hacer ruido a la estafeta i hacia rápidamente la distribucion; tomaba la carta para Herberto, que habia separado desde el principio; la tenia entre sus manos, no sin temblar, como si hiciera algo prohibido. La tenia algunas veces hasta que su madre despertaba o que él mismo venia, lo que hacia ordinariamente hácia las cuatro. Ya habia acabado de leer el lema del sello que variaba sin cesar con capricho, fácil blason de coqueteria mas bien que de amor. El lema del dia le espresaba bastante bien el sentimiento que ocultaba la carta que iba a entregar i en cierto modo despertaba sus tormentos.

A veces queria engañarse a si misma: veia impresa sobre la cera rosada o azul una *flor* un *pensamiento* que se erguia sobre su tallo como un lirio: es quizás un lirio i no un pensamiento, se decia. Pero al dia siguiente el *lebré* fiel i recostado no le dejaba ninguna duda i la perseguia con tristes i amargas languideces. Un *leon* descansando la hacia *soñar*. A veces solo se leia en el sello el dia de la semana, respiraba entónces libremente. Un dia viendo con sorpresa una calabera i dos huesos en cruz, se dijo ¿es esto sério o no es mas que un juego? puede exhibirse el dolor de esta manera?

No tardó tampoco en distinguir las cartas que él escribia i que a veces venia a dejar personalmente o enviaba con un criado que

le fué fácil conocer. Sus cartas eran sencillas, en un sobre, sin sello, dirijidas a Paris bajo un nombre de mujer que no debia ser el verdadero; parecian mui sérias en su fondo. ¡Con cuánta emocion las comprimia al imprimir sobre ellas el timbre!

¿Qué era ese amor que tanto preocupaba al conde Herberto, que le habia arrobado a los placeres de una vida brillante i lo relegaba al campo desde hacia seis meses? Poco nos importa i su relato seria mui semejante al de tantas relaciones incompletas i avortadas. Una mujer del gran mundo a quien habia hecho atenciones pareció recibirlo bien i prometerle algo en cambio; parecia aun concederle, permitirle sin disgusto algunas de esas manifestaciones que no se dejan desflorar impunemente. Hizo creer o creyó ella que lo amaba un poco. Dificultades que complicaron su situacion lo decidieron a retirarse por algun tiempo a ese destierro. Al principio le manifestó que se lo agradecia, pareció quererlo mas i se empeñó en decírselo. Pero poco a poco, mediando los obstáculos o las distracciones, se redujo a hablarle de *amistad* (gran palabra de las mujeres para introducir o despedir el amor) i llegó a olvidar, con la mayor injenuidad, las dulces promesas tantas veces escritas.

Todavía no llegaban a ese olvido; sin embargo, habia a veces retardo en la correspondencia. Herberto parecia aguardarlos porque no venia; pero a veces venia inútilmente.

Cuando la correspondencia iba bien, cuando los sellos de Paris traian un *pensamiento*, cuando cada correo traia una respuesta para Herberto, Christel lo sentia con una angustia cruel i le parecia que el correo que traia esa respuesta le arrancaba algo de lo mas tierno de su alma, la sola esperanza encantadora de su juventud.

Pero si las cartas de Paris tardaban, si volvía mas de una vez sin hallar nada; si, atento, discreto, silencioso siempre, habia sin embargo descubierto su angustia avanzando la mano con demasiada viveza o por algun movimiento de su labio impaciente, ella lo compadecia i sufría por los dos a la vez; pálida i trémula en su presencia sin que él lo sospechase le entregaba al fin la carta tan esperada, a él tambien pálido i trémulo. Ella quisiera que la carta lo hiciera feliz i sin embargo temia que lo hiciera; se queda desesperada si lo vé sonreír al leer las primeras líneas (porque esas cartas aguardadas eran abiertas bruscamente) i si le parece que queda triste despues de haberlas leído, ella tambien se queda desesperada.

I sí un poco despues alguna pobre muchacha venia a dejar, dando vuelta entre las manos, una carta suya para algun soldado i la entregaba llena de embarazo i enrojecida hasta los ojos, ella tambien se enrojecía al recibirla diciendose así misma: *Lo mismo que yo!*

Hacia esa época un jóven, hijo de un rico notario del lugar para quien la señorita M... habia traído al llegar cartas de introduccion pareció desear ser presentado en la casa i obtener el derecho de visitarla. La intencion era evidente. La señora M... insinuó algo a su hija a este respecto; pero ella la interrumpió i arrojándose en sus brazos, le suplicó con un ardiente abrazo que no volviera a hablarle nada sobre este asunto. La madre no insistió, pero en aquella calurosa negativa i en otros detalles que habia sorprendido su ojo silencioso, vió claramente lo que pasaba en el corazon de su hija.

Sin embargo, en los largos meses que el conde Herberto venia muchas veces por semana, nada habia sucedido esteriormente entre Christel i él, nada que fuera absolutamente apreciable a no ser para un corazon profundamente interesado. Para adivinar que una pasion estaba en juego era necesario ser un rival o ser una madre, una madre prudente, inquieta i enferma, a quien tambien ilumina sobre el secreto porvenir de su hija el temor horrible de dejarla pronto. El mismo Herberto, apénas habia distinguido en ese cuarto a la jóven, pasiva mensajera de su amor. Ella tuvo esos dias la prueba harto cruel. Era un domingo, habia salido con su madre a dar un paseo, lo que mui rara vez le sucedia; las dos seguian lentamente por el camino real, mui agradable en ese punto desde donde la vista se estiende sobre campos regados i cortados en todas direcciones.

Habia mucha jente en el camino; de léjos se veia venir a caballo al conde Herberto; era la hora habitual de sus visitas i una carta lo aguardaba en la estafeta. Christel tembló, le pidió a su madre que se apoyara en su brazo con mas fuerza sin miedo de cansarla. Pasó bien pronto Herberto por la calzada al lado de ellas, las miró de una manera bastante marcada, pero no habiéndolas encontrado nunca en la calle, no habiéndose nunca preguntado quien pudiera ser Christel con su talie esbelto i fino, no las reconoció oportunamente i no las saludó. Diez minutos despues encontrándolas de nuevo i habiendo sin duda adivinado (por su ausencia del correo) quienes debian ser, las saludó. ¡Homenaje de consideracion e indiferencia!

¿Qué hace en ciertos momentos el corazón i que significan sus estrañas distracciones? Absorbido en un punto i como ciego no discierne nada de lo que pasa a su lado! Mil veces en esas antiguas leyendas se vé al page, mensajero de amor, hacer olvidar con su gracia adolescente al que lo envia. Los brillantes embajadores de los reyes cerca de las bellas desposadas que van a buscar a las riberas lejanas, han con frecuencia recojido las primicias de los corazones. Aquí, una hermosa niña es la mensajera, elegante, lijera, conmovida i alarmada, leyendo desde hacia meses, la muerte o la vida en su mirada, i él no la ha visto. Es cierto que ella se presenta con un traje sencillo, sin mas flor que ella misma, detras de las rejas no doradas, en un cuarto pequeño que llena una estanteria oscura ¿pero acaso ella no lo ilumina?

Christel tenia momentos horribles, momentos duros, humillados, amargos; estaba mui distante de los primeros sueños i el recuerdo de lo que ella era se habia vuelto a apoderar de su alma i le hacia subir sangre a la frente, ella se preguntaba por quien se devoraba de esa manera. Trataba de despertar en su angustia, no sus gustos antiguos, sus graciosos amores de jóven, sus lecturas favoritas, (todo eso era demasiado insuficiente i desde hacia tiempo marchito para ella) sino sentimientos mas viriles i profundos, como los recuerdos desesperados su culto por la patria, por ejemplo. Recordaba su padre, la bandera con que habia combatido, el luto de la invasion; escitaba, probocaba en ella el orgullo herido de los vencidos; trataba de mesclar en la enemistad de sus represalias al jóven noble realista, al mosquetero de 1814, pero en vano; el resorte no obedecia bajo su mano; el amor que se complace en hacer chocar las banderas se burlaba de esas cóleras ficticias. El emperador evocado en persona sobre su roca no podia nada. Se empeñaba en ver en esa desatencion sostenida, un desprecio de parte de Herberto, una altanería insolente, i trataba de irritarse; pero nó, era ménos i era peor; ese pretendido desden la heria con mas crueldad precisamente porque era mas involuntario; era el olvido.

¿Cómo pues olvidar a su turno? ¿Cómo huir de sí misma, aislarse de ese incendio interior que se encarnizaba? Arrojava a un rincón esas cartas odiosas i se juraba a sí misma no verlas, ni tocarlas mas. Si hubiera podido siquiera salir, distraerse, vivir con la vida de los bailes i aturdirse como la mas frívola con el torbellino insensato, o mas bien arrancar i huir por los boques i buscar,

si existe, un refugio en los antros secretos, en el seno de la naturaleza eterna!

Pero nó, todavía nó, la encierra su jaula; es necesario que se quede ahí, detras de esa reja, cerca del veneno lento que pasa por sus manos i la mata, siendo ella misma hasta el fin el instrumento dévil i mudo de su propio martirio. Lágrimas de impotencia, de celos, de humillacion i vergüenza quemán sus mejillas i derramadas en el interior de su alma agotan en todas partes la vida, la esperanza, la frescura del recuerdo. Sin embargo si él entra, si se presenta en el umbral de la puerta, en ese mismo instante, con su sencilla pregunta, su cabeza descubierta i estrictamente cortez, héla ahí conmovida; todo ese caudal de altanería se funde en un humilde dolor i no queda nada.

Seis largos meses habian trascurrido desde la primera visita, era mediados de octubre. Desde hacia algun tiempo las cartas se hacian mas escasas; una vez, dos veces, se presentó sin hallar nada. Le costaba creerlo. La segunda vez ya habia salido, volvió sobre sus pasos insistiendo para que le hiciera el favor de buscar bien. Lo hizo para satisfacerle aun cuando sabia demasiado el resultado. Trajo el paquete entero de las cartas sobre la mesita, i ahí, inclinados los dos con su inquietud bien diversa, leían una por una las direcciones. Sus cabezas casi se tocaban al traves de la reja, pero aun ese dia no se le ocurrió pasar por la puerta que estaba a su lado para ir a buscar desde mas cerca, junto con ella.

La pobre madre dormitaba todavía. Estaba callada en un sillón i el corazón le latía con tanta fuerza como a su querida niña. ¡Qué hacer? Sufriendo mas desde hacia algunos días, casi estaba en la impotencia de moverse. Un movimiento brusco habria revelado todo a la hija, le habria advertido que se habia descubierto, habria por decirlo así dado aire al incendio secreto que de otro modo, cerradas todas las salidas, quizás tenia probabilidades de extinguirse. La madre lo esperaba todavía; contuvo toda manifestacion.

Volvió por tercera vez i tampoco habia cartas. Insistió de nuevo, (él, siempre tan prudente), como un hombre a quien la inquietud estravia un poco i que no se preocupa de ocultarla. Ella, en medio del cuarto, de pié, mas pálida que él respondía con monosílabos sin comprender, cuando de repente no pudiendo sostener una lucha tan desigual se sintió vacilar, hizo un movimiento para tomarse de la reja i cayó desvanecida. La madre que desde el principio no habia perdido nada de esa turbacion, saltando precipita-

damente de la silla donde hasta entónces el dolor la habia enclavado i tratando de levantarla: «Oh! señor, exclamó enloquecida, mi querida hija, mi pobre hija, ¿qué ha hecho Ud. de ella? ¿Qué, señor, Ud. no adivina?»... El sin embargo habia avanzado, habia pasado la puerta del cuarto i entrado en la oficina por la primera vez,—demasiado tarde!

Con frecuencia entre los sentimientos humanos que se podrian completar i satisfacer en una mútua felicidad, se levanta como obstáculo... Qué? ni muralla, ni tabique, ni reja de fierro, sino una simple reja de madera como ésta, i todavía entreabierta i se mira al traves, i no se adivina i se muere o se deja morir!

Christel volvió lentamente, vió al abrir los ojos a Herberto a su lado i contestó esa primera mirada con una sonrisa indefinible. Volvió los dias siguientes i no preguntó mas por sus cartas, que a lo ménos de esa mano no volvieron a venir.

Un singular i tierno convenio tácito se estableció entre esos tres seres. No se dió ni se pidió ninguna esplicacion. La madre no habló nada reservadamente a su hija. Herberto atento i discreto vino i volvió i se encontró naturalmente sentado ahí por largas horas todos los dias. Apreció desde el primer momento aquellas dos mujeres tan distinguidas i tan verdaderamente nobles. La debilidad de Christel continuaba, la palidez i el frio del mármol no habian abandonado sus mejillas, pero ahora sonreía i sus ojos de un azul mas celeste parecian dar las gracias por su felicidad. Estando obligada a guardar cama por su enfermedad no pasaba el dia en la pieza de la oficina; una mujer recomendada por Herberto, pasaba ahí i continuando su costura, hacia el despacho de las cartas. Vivian retirados en un cuarto interior cerca del dormitorio de la señora M... La ventana daba a un pequeño jardin, cuyo muro bajo, i bastante alejado, dejaba ver las colinas i los prados, ahora completamente desnudos; era invierno. ¡Qué agradable i risueño habria sido ese cuarto de una sencillez virjinal, que adornaba en un rincon el retrato del padre i debajo el harpa (helás! demasiado muda) de Christel, durante el verano, delante de esa naturaleza boscosa, cerca de esas huéspedes queridos: Herberto se decia esto por primera vez cuando todo lo cubrian las primeras nieves.

La dura estacion no careció para ellos sin embargo de íntimas dulzuras. Sin interrogarse se contaban insensiblemente su vida hasta ese momento i esas dos vidas tenian mil puntos de contacto;

Oh! con frecuencia cuantas islas encantadoras i variadas hai en esas confluencias de recuerdos! Herberto i Christel no tenian necesidad de confrontar mucho tiempo sus almas, para explicarse su orijen i su curso. «Se ha conocido toda la vida desde el momento que se ama» ha dicho un poeta; pero es dulce reconocer, hacer paso a paso descubrimientos en una vida amiga, como en un país seguro, gozar día a día de esas novedades apénas imprevistas, que parecen reminiscencias ligeras de una antigua patria i de esos sueños de oro abandonados en la cuna. En poco tiempo mezclaron de ese modo mucho pasado con su amor. La familia de Herberto tenia relaciones en Alemania; él mismo sabia perfectamente la lengua. ¡Qué placer para Christel, qué emocion para la madre era la de poderse juntar con él como en un rincon libre i vasto del bosque de sus abuelos! La pequeña biblioteca de Christel poseia algunos libros favoritos traídos por su madre; él a veces les leia una oda de Klopstock, algun poema de Matthisson, literatura alemana ya un poco vieja, pero elevada i cordial siempre. Un libro entónces completamente nuevo i que él les habia traído encantó sus horas con frecuencia: eran las *Meditaciones poéticas*; mas de una vez leyendo esas elejias de un dolor tan melodioso, debió detenerse dominada por la emocion i bajo el resplandor súbito de una alusion dolorosa. Aquella harpa inmovil en un ángulo del cuarto atraia tambien sus miradas i habria deseado que Christel la tocara, pero la debilidad de la jóven no se lo habria permitido sin una estrema fatiga. Se decia que seria para la primavera, que ella saludaria con alegre canto despues de un silencio tan largo. Tuvieron así tardes de felicidad, sin que nada les perturbara i sin preveer mucho.

Indudablemente que Herberto amaba a Christel; pero ¿la amaba con verdadero amor, es decir, con ese amor que no es ni voluntario ni motivado, que no es ni la gratitud ni la compasion, ni siquiera la apreciacion profunda, razonada i sentida de todos los méritos i de todas las gracias? Porque el amor en sí mismo no es nada de todo eso, i en ciertos momentos estraños podria vivir sin nada de eso. No me atrevo a afirmar netamente que esto le pasara a Herberto: pero la amaba con ternura, la queria mas que a una hermana i desde el segundo día de esta intimidad se imaginó naturales, delicados i leales proyectos. Miétras mas conoció a la señora M..... i su orijen, ménos obstáculos previó para sus deseos en su propia familia. Muchas veces ya estos propósitos habian vagado por sus labios i solo la timidez,

ese pudor de los afectos sinceros, habia hecho sus palabras menos precisas de lo que él hubiese querido. Una tarde que se habia hablado mas largamente de curacion i de esperanza, que se habia proyectado para Christel paseos a caballo en la primavera, que se habian propuesto dirigirse por los dominios de Herberto hácia un bosque de encinas seculares que habian habitado las Hadas de su infancia i cuya belleza réjia él se complacia en alabar, creyó el momento propicio i despues de algunas palabras sobre su madre a quien habia hablado, decia él, de esta visita deseada: «es tiempo, añadió con un tono acentuado, que ella conozca la que le está destinada.» Christel tembló, i lo detuvo; fué un simple jesto, un movimiento de cabeza acompañado de una mirada al cielo, tan resignada, tan agradecida, tan negativa a la vez, con una sonrisa tan pálida i un sentimiento tan profundo i manifiesto del vacío de semejantes proyectos respecto de una enferma como ella, que la madre profundamente conmovida solo pudo cambiar con Herberto una mirada lenta, ahogada en lágrimas.

La primavera volvía; abril desde la mañana se mostraba alegre, a los rayos del sol al rededor de los brotes i los pájaros en la ventana jugaban como el día en que Christel, hacia un año exactamente, notó por primera vez aquellas cartas fatales. El horizonte caspestre se extendía a lo léjos cubierto de verdura, i presajaba poco a poco las sombras i las flores. Christel ya no salía de su cuarto. Sin embargo, se levantaba i pasaba como ántes sobre su silla el medio día i la tarde. A pesar de su debilidad creciente desde hacia algunos días parecia mejor; no sé que movimiento de fisiología i de mirada, mas color en sus mejillas, parecían anunciar la influencia feliz de la estación naciente. Herberto se decía así mismo que era necesario creer, que, era necesario esperar, i desde hacia dos horas a la luz del sol poniente hablaban del porvenir. Christel aceptaba la ilusión i sacando partido de ella le trazaba a Herberto una vida de felicidad i de virtud, en que él, que la escuchaba, la suponía activa i presente en persona, pero en que ella se sabía de antemano ausente, presente solo desde lo alto i para bendecirlo: «Ud. vivirá mucho en sus tierras, le decía ella; París i la sociedad no lo absorberán demasiado; hai tanto que hacer al rededor de uno mismo para su bien mas duradero i seguro! Ud. se guardará de esos odios i tratará de conciliarlo todo.» I despues le hablaba de la familia i los hijos i embellecía con ellos el deber: «tendrán las mismas hadas que Ud. a la sombra de las mismas

encinas.» Herberto ya no trataba de comprender, rebotaba en una santa alegría, el crepúsculo i esas francas palabras lo alentaban; espresó netamente el deseo de una próxima union, i esta vez, sea que estuviera demasiado débil despues de tantos esfuerzos o demasiado conmovida, lo dejó hablar hasta el fin sin interrumpirlo. Habia concluido cuando vió en la sombra una mano que avanzaba como para buscar la suya; la dió, i sintió que despues de una trémula compresion, la de Christel no se retiraba sino despues de haberle pasado la mano de su madre. Siguió un largo momento de emocion; la luz habia desaparecido por completo; no se oyó mas que un suspiro. Despues de algun tiempo entró la sirviente, sin que nadie la hubiese llamado, trayendo una lámpara: esa luz brusca iluminó primero la frente blanca de Christel inclinada hácia atrás, i sus ojos tranquilos dormidos para siempre!

¡Oh! muerte, que de formás diversas tienes tú i que nueva puedes encontrarte el que yá, sin embargo, te habia visto! Cuando atacas la juventud i la belleza a veces te encarnizas con violencia i repites tus golpes para derribarla como el leñador furioso hachea un árbol fuerte, así tú das largos asaltos en agonías terribles. Otras veces atacas lentamente i con una ruina continua, la envoltura al mismo tiempo que el fondo, persigues grado por grado la obra de destruccion en las naturalezas mas florecientes, tú lo secas todo con un arte cruel, ántes de dar el último golpe sobre el corazon, imprimes una vejez de centenario sobre semblantes de veinte años. Pero otras veces tambien, cuando te sirves de tus mas dulces flechas, no haces mas que debilitar, disminuir insensiblemente el soplo, conservando a las facciones su armonía i a la frente su contorno puro; i cuando imprimes en ella tu beso helado parece que fuera una última corona ¡Oh muerte, cuántas formas diversas tienes tú! casi tantas como el amor!

Desde el dia siguiente Herberto llevó a la madre al castillo de su familia donde la rodearon de todas las consideraciones delicadas; de su parte un cuidado verdaderamente filial. No duró mucho tiempo; ántes del fin del próximo otoño se reunió debajo de las primeras hojas que caian en el cementerio, con el único tesoro que ella habia perdido.

¿I qué se ha hecho Herberto? ¡Oh! importa poco; los hombres, aun los mejores i los mas sensibles tienen tantos recursos en sí mismos, tantas juventudes sucesivas! Ha sufrido pero ha continuado viviendo. El mundo se ha vuelto a apoderar de él; las pa-

siones políticas lo han distraído, quizá también otras pasiones de corazón, si no es profanar este nombre aplicarlo a relaciones tan pasajeras. Pero de todos modos i haga lo que hiciere recordará eternamente, a lo ménos, el divino dolor de aquella jóven, i en sus momentos mas buenos i mas graves se refujiará en el secreto de sus mas puras tristezas i buscará ahí la fuente mas segura que le queda de inspiraciones desinteresadas.

—«Es demasiado cierto, dijo entónces una mujer jóven, hermosa, i ya desgraciada, que habia escuchado en silencio toda esta historia ¡Oh! hombres, cuántas de esas existencias destrozadas al pasar necesitáis vosotros, para tejer con ellas un recuerdo!»

SAINTE BEUVE.

VIAJE A CALIFORNIA.

RECUERDOS DE 1848, 1849, 1850.

Veinte i nueve años van corridos, desde que la inmigracion extranjera, con todo el atavío de actividad i de progreso que siempre la acompañan, principió a llegar a las solitarias i apartadas rejiones que constituyen, en el día, el floreciente Estado Californes. Doscientos noventa i cinco años hacía a que, ese depósito de riquezas naturales, yacia en poder de los españoles, sin que ellos maliciasen siquiera, que ese rincon de tan vastísimo Estado, fuese una de las joyas mas preciosas que podian adornar la corona de sus adustos soberanos. Fué preciso que otra raza mas emprendedora i mas audaz, viniese a barrer de la superficie de aquel suelo privilegiado, la rústica capa que le encubria, para que sus inagotables riquezas, entre las cuales el oro, no era por cierto la mas envidiable de todas ellas, viniesen a asombrar al mundo con su inesperada aparicion.

¿Quién se acordaba de California, ántes del año 1847? Solo despues de la desastrosa guerra que dió por resultado la anexion definitiva de esa seccion del territorio mejicano al de la Union del Norte en 1850, se vino a conocer cuánto Méjico habia perdido con perder a California, i quanto ésta, la humanidad, el comercio i la industria, habian ganado con semejante pérdida.

El año de 1848 la poblacion de la Alta California solo alcanza-

ba a 20,000 almas, de las cuales 12,000 pertenecian a la raza indijena, i 4,000 a la española. El censo oficial levantado despues de la anexion definitiva, i publicado en 1852, computa la poblacion en 254,453 almas, compuestas en jeneral de jente ya formada; i señala, entre la multitud de poblaciones que se alzaron, como por encanto, en solo tres años de turbulenta i borrascosa existencia, a la orgullosa San Francisco, aldea de Yerbas Buenas con 2,000 almas ántes; con 25,000 el año de 1850; i con 34,876 un año despues: al Sacramento, con 20,000; a Marysville, con 7,000; i a Stockton con 5,000. En el año del censo, el puerto de San Francisco solo frecuentado ántes por tal cual buque ballenero, por tal cual embarcacion que iba en busca de sebo i de grasa, i por algunos faluchos que se ocupaban en la pesca de Salmon; encontrábase cubierto con una selva de mástiles, cuyos extremos lucian las banderas de todas las naciones conocidas. El Sacramento, el San Joaquin i sus numerosos afluentes, unidos poco ántes de entrar en la bahía de Suisun, para abrirse paso en seguida hácia el Océano en la Puerta del Oro; los valles de esas dos preciosas hoyas hidrográficas; sus tendidas i feraces colinas llenas de abundantes pastos, de flores de frutillas i de framboesas; sus imponentes bosques de pinos blancos i rojos; silenciosos despoblados donde solo se oia ántes el ruido de la agreste naturaleza, resonaban, un año despues, conmovidos por el impulso simultáneo de la industria i del comercio.

Pero mui equivocado e injusto ademas andaria, quien atribuyese el fenómeno de esta transformacion al solo influjo de la raza sajona. Débese tambien al concurso individual de lo mas intrépido, audaz i emprendedor, que descolla en todas las demas razas, por apáticas que ellas fueren en jeneral. Débese a las instituciones republicanas, únicas compatibles con la humanidad, i a la inmigracion solo compuesta de hombres, que no encontrando en sus respectivas patrias campo que dé pábulo a su actividad, le buscan animosos en las vírjenes playas americanas. El alemán, el irlandés, el francés, el italiano, el español, el chino mismo, que no siente en su corazon la influencia de su propio valimiento individual; que no se cree con la enerjía suficiente para arrostrar trabajos i peligros léjos del país que le vió nacer, no emigra; así como no emigran el talento i los conocimientos profesionales, en las ciencias i en las artes, sino a impulso de la tiranía o de las malas leyes, que han sentado de tiempo atras sus reales en muchas de

las naciones de la culta Europa. De estas especialidades se compone la poblacion de la gran República del Norte; i con estas especialidades comenzó, desde su reciente cuna, California a florecer.

La patria del buen gusto i de la artificiosa galantería; el nido de los placeres i de los dolores; el centro de las riquezas i de las miserias humanas, despues de Lóndres; el siempre alegre novedoso i simpático Paris, ocupaba en los últimos dias del mes de julio de 1830 el centro mismo de una de las mas encarnizadas batallas que han tenido lugar, para espanto de la humanidad, en el siglo XIX. Banderas negras alzadas en todos los edificios; el toque a rebato de las campanas; el estruendo del cañon; el de los fusiles; la grita i el tumulto de los combatientes; las barricadas que interceptaban el tránsito por las calles; los charcos de sangre que convertian en resbaladeros las baldosas; los espantosos rimeros de cadáveres hacinados, por la mano de la desgracia, en frente de los cuarteles i de los cuerpos de guardia recién incendiados i ardiendo todavía; las cruces que encubriendo cadáveres recién sepultados, en frente del palacio de Tullerías en la mentada plaza de las columnas, ostentaban inscripciones aterradoras contra la tiranía; las balsas atestadas de cuerpos humanos, lanzadas, una en pos de otras, en el Sena, con direccion a Versalles, llevando en alto inscripciones que decian: *Laissez passer la justice du peuple!* todo anunciaba que habia llegado la ultima hora que quedaba de vida a la rama primojénita de la dinastía borbónica en Francia!

Recuerdo que al traves del humo de la pólvora que oscurecía el cielo, en algunas partes, alcancé a divisar, colgados en las cuerdas que atravesando las calles servian para sostener los faroles del alumbrado público, jirones sangrientos de uniformes militares; i que en los contornos del palacio de Tullerías, solo se veian los de aquellas afamadas guardias suizas, que a falta de bayonetas nacionales, prestaban las suyas para la defensa individual de los soberanos franceses.

De los seis rejimientos de asalariados extranjeros que hacian este singular servicio, el primero, que se encontraba de estacion en Grenoble, debió a la distancia su salvacion. A este pertenecia el bizarro capitán John Sutter, i como fuese ese cuerpo disuelto por Luis Felipe de Orleans, elevado a la Teniencia jeneral del

Reino, pasados los tres sangrientos días de julio; Sutter sin desanimarse tornó a su patria. En ella meditó su viaje al nuevo mundo; i a esta insignificante causa, puede decirse que debe el nuevo Estado de California, su brillante entrada en el número de las naciones ricas i civilizadas.

El conocido, i hoy justamente conmemorado capitán John Sutter, era un jóven alto, bien proporcionado i de bizarra i militar apostura. Hijo de los cantones suizos, donde se refujió despues de la catástrofe de julio; las mui pobladas e industriosas montañas de su patria; la suma pobreza en que habia quedado; la sed de engrandecerse i de buscar aventuras; no tardaron en hacerle comprender, que Europa era el campo ménos apropiado para sacar provecho del capital del aventurero, que pocas ocasiones se reduce a mas, que a ingenio, a valentia i a capacidad de sufrir pencances, por duros i dolorosos que ellos fueren. Armado pues de valor i lleno de esperanzas, se trasladó a las llanuras del Misouri.

Pero estaba escrito que Sutter habia de encontrar en todas partes dificultades para alcanzar su ambicioso propósito de figurar en primera escala en el lugar de su residencia. Sucedióle en Norte América, algo análogo a lo que le habia sucedido en su patria. Su falta de recursos pecuniarios en medio de una poblacion apiñada e industriosa, le lanzaron de ella: la suma actividad e iniciativa individual del Yanké, le obligaron a alejarse de un país donde forzosamente debia ocupar un lugar relativamente secundario; así fué que sin mas esperar, buscó en la América Española, lo que no le era dado encontrar en la Inglesa.

Algunos años despues de los acontecimientos de julio se elevaba, en los llanos que median entre la que es hoy ciudad del Sacramento i el mentado rio americano de la Alta California, un fortín que sirviendo de cabecera a una colonia agrícola de indijenas i de estranjeros, llevaba el nombre de Fuerte Sutter. Nuestro intrépido aventurero, de acuerdo con las autoridades mejicanas, habia tomado posesion de ese peligroso lugar constituyéndose de hecho en Adelantado sobre la frontera de una indiada traicionera i feroz. En ella, sin mas recursos que su valor, i el de algunos abnegados compañeros ruso-americanos i oregoneses, alternando la espada con el arado, peleó; venció; labró la tierra; restableció el comercio de pieles i la industria de la pesca de Salmon; impuso tributos; compró estensas propiedades territoriales, i lo que es aun mas, logró a fuerza de trabajos, de prudencia i de constancia, me-

recer el codiciado nombre de padre, que le dieron los mismos indios vencidos a quienes junto con el amor al hogar que en tan poco mira el hombre errante, supo inculcar el amor al trabajo.

La desastrosa guerra de los Estados Unidos con Méjico iniciada en septiembre de 1846 a consecuencia de la anexión de Tejas al gran Estado anglo-americano, i terminada con el tratado Guadalupe-Hidalgo en febrero de 1848, coincidió con el descubrimiento del oro en la Alta-California. Acababa Sutter de mandar construir en Sonoma, seccion del fértil valle del Sacramento, aquel memorable molino de aserrar tablas cuyas primeras escavaciones pusieron ante los atónitos ojos del peon John James Marshal las abultadas papas de oro que tanto han influido en la suerte de California, cuando los últimos cañonazos de la guerra vinieron a anunciar a nuestro feliz aventurero que junto con su fortuna habia cambiado tambien su nacionalidad.

Pronto papas de oro de una, de dos, de cuatro i hasta de seis libras, circularon con la rapidéz del rayo por todos los principales mercados de la tierra; i en todas partes resonó a un tiempo la alarmante corneta de reñion que ofrecia al arrojito i al trabajo, la envidiable esperanza de seguras i rápidas fortunas.

¿Qué valia hasta el año de 1848 en Chile, nuestra modesta fanega de riquísimo trigo? seis reales, ocho reales, doce reales, dos pesos cuando mas; segun el punto mas o ménos lejano de los centros del inmediato consumo donde se habia cosechado. ¿Quién hablabá entónces de exportar para Europa este ramo principal de nuestra riqueza agrícola en el día? Solo 28 años despues de la época a que me refiero, se vió llegar a Marsella, i en buque chileno, el primer cargamento de trigos, que en calidad de tímido ensayo, habia atravesado el Atlántico! Los terneros de años se compraban por mayor a razon de tres pesos cada uno. Las vacas para engordar, se compraban a ocho pesos; los bueyes alcanzaban el precio de 14. Las ovejerías se repartían a los vaqueros, en calidad de raciones, sin mas cargo que el de responder del capital. Un pavo de mechon valia cuatro reales; una carga entera de alfalfa otros cuatro, i aun se callejeaban en nuestro feliz Santiago manzanas a medio el ciento! Un capital de 25,000 pesos, racion de hambre en el día, convertía al feliz poseedor de tamaña fortuna,

en envidiable partido para obtener la mano de una codiciada compañera; ¿pero cuánto costaba al simple industrial, con los precios que dejo indicados, alcanzar a reunir esos 25,000 pesos? No es pues de extrañar que las noticias de las fabulosas riquezas descubiertas en California, conmoviesen a un tiempo al comercio, a los desheredados de la fortuna, i aun a los mimos a quienes mas parecia ésta sonreirles.

Embajadores autorizados de esas riquezas, pero ocultos con prudente sijilo al principio, las pepas de oro, no tardaron en salir a toda luz entre nosotros; i cobrando su fama, las proporciones de la calumnia del Barbero de Sevilla, lograron producir en los ánimos de los tranquilos chilenos la explosion de aquel febril movimiento que, desoyendo las voces de la prudencia, condujo a miles de aventureros al rico panal de miel donde tantas esperanzas perecieron.

Para los persuadidos de la existencia del oro Califonez, solo era imprudente, aquel que no se precipitaba; i ¿qué mucho es que entónces eso sucediese, cuando, hoi mismo, deploramos decepciones ocurridas ayer? ¡El hombre parece que hubiera nacido para no escarmentar! El comercio preparaba cargamentos; el que algo tenia, no pudiendo ir en persona, habilitaba empresas; el que tenia poco, realizaba para costear el viaje, i el que nada tenia, o costeaba su propio pasaje en calidad de marinero, o empeñaba su trabajo por escritura, en cambio del valor del costo de su traslacion a ese Dorado, mil i una noche convertidas en realidades!

En medio de semejante batahola, no era posible que el que estas modestas líneas escribe, avezado a los percances de una vida siempre borrascosa i llena de aventuras, permaneciese impassible ante tan activísimo i febril movimiento.

Cuatro hermanos, un cuñado i dos sirvientes de toda confianza, constituyeron el personal de nuestra expedicion a California.

Voi a indicar cual fué el caudal de los medios de accion de que pudimos disponer, al acometer una empresa que nos separaba 2000 leguas de la patria i de nuestras tiernas afecciones; para que el lector deduzca de él, cual fué el de la mayor parte de los aventureros chilenos que sin contar, ni con mucho, con nuestros recursos, se lanzaron impávidos en pos de la fortuna a una rejion lejana, en la cual hasta el aire que debian respirar en ella, les era de todo punto desconocido.

Reduciase el capital social de nuestra calaverada a:

Dos carpas de buena lona
 Seis sacos de harina tostada
 Seis de frejoles
 Cuatro quintales de arroz
 Un barril de azucar
 Dos de vino de Concepcion para vender allá.
 Un pequeño surtido de palas, hachas i barretas
 Un perol de fierro: pólvora i plomo,
 250 \$ en dinero disponible
 i 612 valor del pasaje.

El equipaje privado de cada socio, aparte la ropa blanca que se abandonó allá porque no habia quien se ocupase en lavados de trapos, sino en lavados de oro; constaba de botas a prueba de agua; camisas de lana que hacian las veces de camisa, de chaleco i de chaqueta; cinturon de cuero; un puñal, una chapa de pistola i un rifle. Por toda cama llevamos un calamaco araucano; i por almohada, el sombrero de paño. Completaban nuestro ajuar individual, un saquito de cuero para harina tostada, un jarro o escudilla de lata capaz de ponerse al fuego, los arreos del cazador i un mechero.

No diera crédito a los apuntes de la época que tengo a la vista, si mi memoria no los autorizara. California para los chilenos era un pais desconocido, casi desierto, lleno de peligros i visitado con frecuencia por enfermedades epidémicas. Allí no habia amigos, ni relaciones; la seguridad individual solo podia encontrarse en el cañon de una pistola, o en la punta de un puñal; i sin embargo el robo, la violencia, las enfermedades, la muerte misma, fueron consideraciones secundarias cuyo amenazador carácter hizo olvidar por completo el brillo halagador del oro.

Nosotros, como se deduce de la naturaleza de nuestro cargamento, debíamos principiar nuestras aventuras despues de llegar a California; pero miles de otros que no tenian siquiera esos recursos, principiaron las suyas, desde el mismo puerto donde se embarcaron; i a pesar de que la muerte sorprendió a muchos en la travesía, ninguno de los demas desmayó!

A duras penas encontramos cabida en la 1.^a cámara de la hermosa barca francesa *Stacueli*, por estar repleta de pasajeros. Fué preciso dejar atras nuestra carga embarcada en la *Julia*, i el dia 29 de diciembre de 1848 zarpamos de Valparaiso, atestada la cubierta del buque con multitud de amigos i de curiosos, quienes

tristes, por quedarse atrás no se cansaban de suplicarnos, que les escribiésemos lo que hubiese de verdad en cuanto a la ponderada riqueza del lugar a donde la buena suerte nos encaminaba!

Va pues a principiar desde este momento el relato alternado de serio, de ridículo i de espantoso, que constituye la calaverada que lleva el nombre que encabeza estas líneas.

Era en aquella época capitán de Puerto el señor Orella. Mandó éste despejar a los que no debían seguir el viaje, i al intimar la orden a un aventurero del sexo femenino, nada más que porque se le había ocurrido sacar su pasaporte con el nombre de Rosario Améstica, cuando era fama que había nacido Isquierdo en Quilicura; que fué Villaseca en Talcahuano; Toro en Talca i hasta el día anterior, Rosa Montalva en Valparaíso; fué tal la zambra que armó esta arrojada mujer, fresca i donosa todavía, por quedarse a bordo, que casi fué causa de una revolución entre los pasajeros de proa, i de que echasen a empellones al buen Orella al mar. Las miradas i las lágrimas de Rosarito, hicieron brotar como por encanto del entrepuente, testigos de la intachable moralidad de tan púdica doncella: éste la había visto nacer; aquel fué su padrino; todos en fin habían tenido que hacer con ella, i todos a una aseguraban que era Améstica i no otra cosa; así fué que quiso que no quiso el capitán del Puerto la dejó a bordo, con jeneral contento de muchos alegres pasajeros.

Constaba el número de los viajeros de noventa machos, tres hembras, cuatro vacas, ocho cerdos, tres perros, diez i siete marineros, de un capitán i un piloto.

Ninguno se acordó, en los momentos de salir, de los peligros i trabajos que se le esperaban. Todos a una alentábamos con nuestros deseos, la fresca brisa que nos empujaba i perdimos de vista el suelo patrio, sin que un solo suspiro, ni el más leve remordimiento, diese a entender que conocíamos la magnitud de nuestra común temeridad.

Entre los pasajeros de sobre cubierta, iba don N. Alvarez, chileno de nacimiento, flacucho de cuerpo, i de carácter tan escéntrico i al parecer tan malicioso que siendo, como lo era, rico i pudiendo ir en primera cámara, no quiso hacerlo porque decía que los franceses, por ladrones, no le darían de comer en ella lo mucho i bueno que él llevaba en sus cajones de rancho. En la primera cámara iban los señores de Boom, Pioche canciller de la legación francesa, Bayerck, nosotros i entre los demás alegres compa-

ñeros, un frances de tan abultadas caderas, que para entrar a la cámara por la angosta puertecilla que la comunicaba con la cubierta, tenia siempre que ladearse. Pusímosle por mal nombre *Culatus*.

Para conservar la hilacion de estos recuerdos voi a copiar algunos pasajes de mi diario.

Dia 18 de enero de 1849: Hasta hoi solo nos atormenta una monotonia desesperadora, i un calor sofocador. El aspecto del cielo i las observaciones del capitan, nos dan a entender que ya estamos pasando el Ecuador. De pocos dias a esta parte notamos algun descontento en los pasajeros de proa. Alvarez tércia mucho en este asunto; porque parece que sus provisiones mal distribuidas, no le alcanzaran hasta el término del viaje, tenemos un motin a bordo.

19 La alegre voz de buque a la vista; nos ha llenado a todos de contento. A las nueve de la mañana su maniobra nos dió a entender que deseaba ponerse al habla, i a las diez vimos, con el mayor alborozo, que el buque era una fragata ballenera Norte-Americana que puesta en facha, arreaba una de sus embarcaciones. Ciento doce hombres llenos de gusto i de curiosidad recibimos la visita del amable i modesto capitan yanke, que nos favorecia con su presencia, i los marineros que le acompañaban casi se desmayaron de envidia, al ver en nuestro poder a la amable *Rosarito*.

En el almuerzo supimos que el buque se llamaba *American*, i que su capitan señor *John Perquinson* pensaba recalar en *Talcahuano* ántes de proseguir su viaje por el cabo de Hornos hácia el norte. Todos escribimos con febril precipitacion a nuestras familias. El buen *Perquinson*, despues de haber mirado con resignacion todo el aparato de nuestro buen servicio de mesa, nos dijo estas palabras que nunca podré olvidar: «Esta es la primera vez, señores, despues de treinta i nueve meses que navego sin desembarcar, que como en una mesa de tanto lujo. Ustedes tienen cubiertos, platos, buen pan i carne fresca; a mi se me ha olvidado ya todo esto: galleta apolillada dura i negra, i mala carne salada, han sido mis mas delicados alimentos desde que me separé de mi mujer i de mis hijos. Ustedes son mui felices, puesto que a mas de todo esto, van a buscar mucho oro en California; pues bien, agregé con un suspiro, no les envidio su suerte, yo me marchó a abrazar a mis hijos!»

Este dia ha sido para nosotros completo; aun no habíamos per-

dido de vista al ballenero cuando con grande algazara logramos meter a bordo un monstruoso tiburón. Después de lo mucho que nos costó ultimarlo, tal era lo que se defendía a coletazos, le encontramos en el vientre un zapato de marinero i dos tarros de sardinas que acabábamos de desocupar. El corazón de este voraz animal, colocado en un plato, estuvo dando señales de vida durante tres horas, i aun saltaba cuando se le tocaba.

Día 30. Son las ocho de la noche: hoy hemos pasado un día cruel que pudo haber sido desastroso. Hacia días que yo sospechaba que la tranquilidad de nuestro viaje podía ser, de un momento a otro perturbada, a causa del modo altanero con que los pasajeros de proa trataban a la tripulación, i casi se ha realizado mi pronóstico.

Acabábamos de comer cuando entró un marinero precipitadamente al comedor, i habló en secreto al capitán; este demudado se alzó al instante de su asiento, i dirigiéndose con voz turbada hacia nosotros. Tenemos revolución a bordo! nos dijo. Alvarez la capitanea, ¡si ustedes no me ayudan somos perdidos! Como era esta la peor desgracia que podía acontecernos, vista la índole de los revoltosos, mientras todos acudían a armarse en sus camarotes, yo me lancé sobre la cubierta en busca de mis sirvientes, quienes ayudados de tres peones que yo había contratado en días anteriores, se dieron tales trazas que antes que alcanzase el motín un grado funesto de enardecimiento, lograron reaccionar i entregarnos desarmado, al loco autor de tan descabellado movimiento. No es poca nuestra suerte. El preso continuará vijilado hasta el día que lo desembarquemos.

Suspendo momentaneamente aquí la copia de mi diario, para consagrar a este inocente i loco caballero, a quien meses después de esta ocurrencia salvé de una espantosa muerte, algunas palabras.

Vuelto de los placeres de Sonoma para desempeñar una comisión de mis consocios, encontrábame con el señor Guilespie pasando el sol a la sombra de un pino, a inmediaciones del arruinado fuerte Sutter; cuando llegaron a nuestros oídos, los alaridos de un hombre a quien otros arrastraban i suspendían, prorrumpiendo maldiciones, sobre el toldo de una carreta. Parecióme conocer la angustiada voz del infeliz que imploraba socorro. Me alcé lleno de espanto, grité a Guilespie: matan a un amigo, corramos a salvarle! i por fortuna llegamos a tiempo! Todavía estoy viendo al in-

feliz Alvarez atado del pescuezo al gancho de un árbol, i sujeto a los pies con otra cuerda en el toldo de una carreta lista para marchar. Iba a ser descuartizado! Pasaba yo por frances en California, i sabia que el nombre de La Fallette corria con veneracion hasta entre los mas rústicos americanos. Invoqué ese májico nombre, dije que Alvarez era el único protector que habian tenido los franceses en Chile; que a mi mismo me habia salvado la vida; que yo respondia de su honradez. Mi compañero apoyó automáticamente cuanto me oyó decir, i la mano de Dios interviniendo, Alvarez fué bajado con respeto de aquel atroz e improvisado patíbulo!

Debió su orijen este acto de atropellada i bárbara justicia, al carácter entremetido de nuestro atolondrado paisano. Nunca pude saber porque habia ido a visitar ese aduar de mineros ambulantes; i como se estraviase una pala i no hubiese entre ellos, mas hombre que ese descendiente de africano, como llamaban a los chilenos i a los españoles, se atribuyó a él el robo, i sin mas auto ni traslado, constituidos aquellos bárbaros en jurado iban a hacer con Alvarez lo que hacian con frecuencia en todas partes con los ladrones conocidos. Cinco dias enteros estuvo este infeliz caballero fuera de juicio, i como dominado por una estultez convulsiva. Recobrado despues, se separó de nosotros i no he vuelto a saber mas de él.

Vuelvo a mi interrumpido diario.

13 de febrero.—Hoi contamos ya 47 dias de viaje: el estado sanitario perfecto; solo hemos arrojado al mar a un pobre marinero muerto. Segun me ha dicho el capitan, en cosa de cuatro dias mas, llegaremos al pais de la esperanza o al de la decepcion.—Viento fresco, caminamos a razon de ocho millas por hora; si así sigue los cuatro dias se tornarán en dos. Densas nubes nos rodean por todas partes. El capitan ha lamentado todo el dia la ausencia del sol.

Dia 15. Son las once de la noche: está visto que nuestros padecimientos de viaje no quieren terminar sin despedida. Hace solo una hora a que debimos haber perecido todos estrellados contra el cordon de los conocidos farellones que se alzan como a cinco leguas de la entrada al puerto de San Francisco. Densa neblina, calma i corrientes han tenido justamente preocupado a nuestro capitan desde que vino el dia. A las cuatro de la tarde el capitan hizo acortar velas i disponer las anclas. Ignorando lo que estas

medidas significaban, solo pareciamos inquietos los que estabamos al cabo del motivo de estas órdenes de precaucion. Para los demas, todo ha sido motivo de contento, i con razon; por que en toda larga navegacion no hai, ni puede haber sonido que sea mas grato al oido, que el que produce el tendimiento de la cadena del ancla sobre la cubierta.

El capitan para conservarnos en pié, sin alarmarnos, nos propuso una partida de Wist en la cual tomó tambien parte él diciendome al sentarse i en secreto, que creia que ya estabamos mui inmediatos a los farellones.

Reinaba en la cámara el mayor contento unos jugaban, otros tomaban té, todos hablaban al mismo tiempo, todos echaban bravatas refiriendo lo que pensaban hacer, i el bueno de Culatus, que mas estaba para dormir que para otra cosa, colocada su corpulenta humanidad sobre el primer peldaño del escalerin que conduce de la cámara a la cubierta, tomaba tranquilamente el aire en él, cuando el capitan soltando de repente el naípe, se lanzó sobre la cubierta. Un instante despues i cuando ménos los esperábamos, las aterradoras voces de: rocas o proa! la Barra al viento ¡Larga todo! produjeron en todos nosotros el efecto de un rayo. Vueltos de nuestro primer espanto, nos precipitamos derribando asientos i quebrandos platos hácia la puerta de la cámara, i como esta estuviere obstruida por el gordo Culatus, que con el susto olvidó que debia perfilarse para pasar por ella, el impulso combinado de todos nosotros despidió como taco de cañon sobre la cubierta al endemoniado promontorio que nos obstruia el paso i pasamos por sobre él. La hermosa barca en tanto, dócil al timon, se habia desviado del peligro, dejando a popa una blanca i estruendosa zona de espuma, que señalaba la base de las negras rocas donde debiamos, sin el celo de nuestro capitan, perder junto con nuestros en sueños de riqueza, la misma vida!

Dia 16. Calma, mas gruesa, neblina mojadora. Nadie ha dormido anoche; nos rodea una nata de lobos o focas que se desprenden de las rocas i caen pesadamente al agua. La algazara de las aves marinas i el bramido de los anfibios nos ensordece.

Dia 17. Hoi ha seguido la niebla desesperadora i aun llueve con fuerza. A medio dia favorecidos por el viento levamos ancla para separarnos de nuestra peligrosa vecindad; i al dar la primera bordada tierra afuera, casi se estrella con nosotros un bergantin que pasando como un celaje raspando la popa de la barca, alcanzó

a decirnos algo que no pudimos comprender i desapareció entre la niebla. ¡Qué situacion tan hazarosa!

Día 18. Vivas i cantos de alegría: ya estamos fuera del peligro. Cielo puro i fresca brisa nos conduce, gran largo, dejando atras a cuatro embarcaciones, a la deseada Puerta del Oro, que imponente al propio tiempo que risueña, parece abrirse de par en par para recibirnos. Ya estamos en California!

Por entre el cordon de cerros costaneros en los cuales termina la Alta California en el Pacífico, se han abierto paso las aguas reunidas de los rios Sacramento i San Joaquin, dejando practicable i accesible, a toda clase de embarcacion, un hermoso canal de seis millas de largo sobre una de ancho, para dar entrada a la bahía de San Francisco que es la mas hermosa, vasta i segura, de cuantas bañan las aguas de nuestro Océano. Las agrestes costas de este imponente canal, trabajadas dia a dia por periódicas crecientes i vaciantes, ofrecen por uno i otro lado paredes graníticas que alzándose perpendiculares sobre las aguas de su escarpada base, terminan con la mas risueña vejetacion, La gran bahia, donde este canal conduce, llena de senos i de algunas islas, mide mas de 70 millas de largo, sobre 14 de ancho. En ella entran tranquilos como en un lago, que contiene sus corrientes, los grandes rios del Sacramento i del San Joaquin. Juntos ántes de llegar al seno de Suisun, estos dos rios comienzan desde su confluencia a mezclar sus aguas dulces, con las saladas del Pacífico; despues de haber recorrido el primero de N. E. a O. un territorio de mas de 300 millas, i poco ménos de sur a N. el segundo, ambos en todos sus puntos navegables. El fondo de la bahía es de arena i barro; i sus costas accesibles en todas partes. No hai barra que oponga verdaderos pëligras, aunque el flujo i reflujos sean tan cuantiosos. que al entrar o salir por el gran canal que comunica a la bahía, formen multitud de pequeños vorájines capaces de ocasionar desastrosas pérdidas de embarcaciones menores.

Recojidas la mayor parte de nuestras velas, i listas las anclas, entramos con cautela por la afamada Puerta de Oro i atravesando el imponente canal dimos vista al puerto de San Francisco situado en el seno sur de la bahía.

La idea que llevábamos de esta aldea, no era por cierto mui sa-

tisfactoria; recordábamos que habia aquel lugar pertenecido a España i a Méjico; sabíamos que estaba situado léjos de los grandes centros, i una i otra consideracion nos inducian a creer que íbamos a encontrarnos con la segunda edicion de algun Curacaví. Mucho nos engañábamos; i no fué poca nuestra sorpresa cuando al doblar la puntilla que protege el ancladero, a pesar del poco día que quedaba, logramos ver, por entre la arboladura de los buques, una linda aunque irregular poblacion, que dotada de algunas casas de sumo valor se estendia en forma de anfiteatro sobre el plan inclinado de su pintoresco asiento.

Habiánnos precedido treinta i cuatro buques de todas nacionalidades, i la escuadra Norte Americana compuesta de un navío de tres puentes, de tres corbetas i de un transporte, acababan de arriar bandera junto con la entrada del sol.

Al fin oímos la deseada voz de Fondo! i al son del ruido de la cadena del ancla, acompañado con un hurra jeneral, poco faltó para que nos abrazásemos todos, dándonos los parabienes por nuestra feliz llegada; como si acabásemos de salir de algun inevitable peligro! Cosa singular; mucho he navegado en el curso de mi vida: a los trece años ya habia pasado el Cabo de Hornos. Dos años despues le habia pasado de nuevo, i sufrido en el Atlántico los peligros del mas violento Pampero. He atravesado el peligroso golfo de Biscaya, en la época de los equinoccios, cuando no habia ya, en la ciudad de Burdeos el año de 1830 lugar donde apesentan náufragos i nunca me impresionaron tanto los peligros, como me impresionaron en este viaje.

Un instante despues pudimos ver iluminados los fuegos de esta naciente poblacion, i al contemplarla, llena la cabeza de dudas i el alma de ansiedad, esperábamos como el reo la sentencia, que alguno nos trajese noticias, si era o no cierto lo que de estos lugares se contaba.

Hubiera sido preciso hallarse en nuestra situacion, i haber tenido a la vista el variado i singular semblante de cada uno de los pasajeros, ajitadas sus almas por el temor i la esperanza, para deducir cual debió ser el efecto que causó en nosotros la llegada del primer bote que atracó a nuestro costado.

Creímos al principio que fuese el bote de la capitania o el de resguardo; pero como en California sucedian cosas que no suceden en otra parte, el bote que nos abordó era el de la Anamakin, cuyo capitán señor Robiuet iba a saber noticias de Chile. La llegada

de este caballero nos conturbó. De sus labios pendia nuestra sentencia. Todos se precipitaron hácia él; todos hablaron a un tiempo; i aunque cada uno creia que hacia una pregunta distinta de la que hacian los demas compañeros, puede asegurarse que todas se redujeron a ésta: ¿Es cierto que hai tanto oro como se nos dice?... Mis compañeros i yo no oimos la contestacion. Como por un efecto maquinal nos habiamos reunido en la borda opuesta, porque queríamos prolongar una incertidumbre, que por cruel que ella fuese, siempre habia de ser preferible a un desengaño. Por último, un amable i simpático jovencito frances, compañero de cámara, que cuatro meses despues murió de nostalgia invocando el nombre de Chile, no cabiéndole el gozo en el cuerpo, se precipitó hácia mi gritando: ¡Todo es cierto, todo, hai mucho oro, muchísimo oro! Juzgue quien quiera, si esta noticia seria o no para volver el alma al cuerpo! Hizose el movimiento i el habladero tan jeneral, que nadie parecia entenderse: grupos aquí, grupos allá; interjecciones mas o ménos enérgicas. Unos señalaban el puño hácia el rumbo Chile; otros herguian la cabeza, i no pocos hartos de futuras felicidades, sentados sobre un rollo de jarcia, parecian entregarse a solitarias i agradables meditaciones.

Yo, para quien las dichas han sido casi siempre mentiras, sin dejar por esto, de participar del jeneral contento, todo lo miraba, i como dijo el otro, de nada me dolia. Mas, si en aquel instante hubiese caido de la luna algun imparcial espectador, sin gran trabajo hubiera podido leer en cada uno de esos ajitados corazones, éstas u otras semejantes inscripciones: Se realizó mi sueño, seré banquero en Francia!—¡Cómo se va a morir de pena Amalia, que me desechó por pobre!—¡Qué chasco te llevas, Julia, si me pretendes ahora!—Supuesto que hai tanto oro, es claro que soi ya rico; buena i bonita es la fulana, pero es tan pobre!—Habiendo oro hai holgazanes; entre holgazanes hai juego; viva mi dado cargado, viva mi zota i demas!— Ya tengo talento ¿quién es borrico en Chile siendo rico?

Volviendo a Robinet; nos decia que lo que se contaba en Chile ni sombra era del que habia: que el mas ruin patan votaba el oro como si fuese un Creso, puesto que para adquirir tan amarillo metal, sobraba con agacharse i alzarlo del suelo: que habiamos llegado al país de la igualdad i que el noble i el plebeyo marchaban de hombro a hombro en California.

En resolucion, fueron tantas las maravillas con que nos aturdió

aquel buen señor, que al darle la mano de despedida, mas parecíamos dársela por las noticias que por agradecimiento a su visita.

Quedando ya poca noche, nos fuimos todos a la cama para estar en pié al venir el día.

Apénas salió el sol, cuando se vió nuestro buque rodeado de botes i de chalupas; unos llenos de curiosos i de negociantes, otros en busca de equipajes i de pasajeros. Todos confirmaban las noticias del oro, i muchos aunque de pobre i ruin catadura, vaciaban en la mano parte del contenido de los bolsillos de cuero que llevaban sujetos en la cintura, esponiendo a nuestra alegre vista pepitas como avellanas i polvo como lentejas. Pronto acudieron tambien multitud de conocidos; pero era preciso mirarles mucho para descubrir, entre los harapos de unos raidos calzones i el pesado chaqueton del marinero, al delicado *futre* de Santiago o al comerciante de Valparaiso. El jóven i adamado Hamilton, socio de un negro, cuya cama compartia por no haber mas que una, marinero i patron de una chalupa con su gorra raida i su camisa de lana empapada con el rocío de la mañana, solicitaba pasajeros para llevar a tierra. Don Samuel Price, gordo, alegre i hacendoso, con sus calzones arremangados, sus manos callosas i el leviton i las botas llenas de barro; nos hartaba a preguntas sobre los efectos que llevábamos, i respondia con portentos al diluvio de las que nosotros le dirijiamos. Mas, Sanchez, Cross, Puet i muchos otros caballeros, que me llamaron por mi nombre ántes que yo me persuadiese a que eran ellos, llenaron la cámara. La figura que representaba cada uno de esos aventureros, en otro tiempo de frac i de levita, era tan grotesca, que el buen Dumas, con solo examinar una de ellas, hubiera encontrado lienzo para diez novelas.

La curiosidad no fué solo la que movió a estos hombres activos a visitarnos. En California no se perdía entónces tiempo en contemplar curiosidades: cada cual iba derecho a su negocio. A bordo, todo pudo haberse vendido a precios exorbitantes, i como en tierra los precios eran aun mayores, no es de estrañar que los supuestos curiosos liciesen tanta fuerza de vela para no dejarnos desembarcar sino con tratos cerrados. Encontrándose Cross tratando de un negocio en el alcázar de popa con un pasajero, otro negociante, lanzado en pos de un chorlito de los recién llegados, con un imprevisto encontron lanzó al mar el sombrero de Cross, sin que éste se apercibiese de ello ni el otro se acordase de mirar

para atrás. Cuidarse de un sombrero o volver la cara por cortesía, era perder tiempo; i quien tiempo perdía en California, perdía oro. Pocos momentos despues se retiraba Cross con una cachucha alquitranada de marinero, tan suelto de cuerpo i tan herguido, como si se hubiese ido con la mitra de un obispo,

A eso de las diez del dia subió a bordo un yanke alto, regordete i de ademan resuelto. Llevaba él un ojo bueno i el otro amorado a impulsos de una puñada que habia recibido en él la noche anterior, en una borrachera. Era el capitan del puerto, que aun trascendiendo a aguardiente i mascando tabaco, venia a dejar a bordo un guarda de la aduana, para vijilar el desembarque de la carga. El tal capitan, cuya catadura se pasaba de extranjero, junto con saltar a bordo nos dijo con alta i afable voz: Sean ustedes bien venidos a la tierra del oro; mucho oro, mucho oro! El capitan del *Stacueli*, que no entendia el ingles, creyendo que se nos pedian los pasaportes, al instante los exhibió todos, pues a él se los habíamos entregado al salir de Valparaiso. Fué para pintado el jesto de estrañeza i de disgusto con el que el yanke miró los pasaportes i el papel sellado; pues creyó que con semejante exhibicion habia hecho nuestro capitan el mas grave de todos los insultos al pabellon de las estrellas; así fué, que apartando la vista del ojo en buen estado que le quedaba, de aquellos objetos de horror, exclamó: Cargue el diablo con las licencias de locomocion! Nada de papel sellado, nada de pasaportes; aquí no se tolera ni el salteo del uno ni la estúpida tirania del otro! Solo he venido a felicitar a Ud. por su feliz arribo, i a dejar autorizado por mí, a bordo, a este ajente de la aduana para que reciba los permisos de desembarque que Uds. saquen de la administracion, i nada mas. Se le ofreció vino, él contestó que solo admitiria Champaña; i despues de beberse su botella, se separó contento de nosotros, diciendo probablemente en sus adentros, que si los recién llegados no estaban aun bien al cabo de las prácticas republicanas, bebian por lo ménos mui buen vino.

Rosarito armada en corso, con su rumboso vestido de seda, capa i sombrilla, atendida con el mas solícito afan, por cuantos saltaron abordo, no tardó en embarcarse, i desaparecer rodeada de cortesanos, por entre la niebla arrastrada o casi llovisna que lo oscurecia todo. Volvieron a poco los primeros pasajeros que adonosados bajaron a explorar el campo, llenos de contento, de barro i de noticias contradictorias, i nosotros por no ser ménos, nos pu-

simos tambien en marcha para ver si sacábamos de tanto puerco, algo en limpio.

Lo que se veia i lo que se oia en aquella época en California, era tan escepcional i tan desviado del órden natural de los acontecimientos humanos, i estos se sucedian unos a otros, con tan extraordinaria rapidez, que solo escribiéndolos a medida que pasan por la vista, i viéndolos anotados despues de su propio puño i letra, puede uno creer que todo lo asentado no es un sueño.

Saltamos resueltos a tierra, o mas bien a barro; porque la baja marea no habia dejado otra cosa, desde el punto en que enfangó nuestro bote, hasta la falda del plan inclinado de tierra firme, donde principiaba la poblacion. A mano derecha del desembarcadero, habia una especie de tabique de tablones a cuyo abrigo despostaban algunas reses, i sobre las tablas, un cordón de cuervos que graznaban halagados por el olor de la sangre.

Halúasenos encarecido, por algunos amigos, la necesidad de desembarcar armados, i nunca ménos de dos a un mismo tiempo. Lo íbamos en efecto, como lo estaban tambien la mayor parte de los pobladores negociantes, quienes junto con las mercaderias lucian ya el puñal en la cintura o ya el revólver, arma de fuego que entónces principiaba a jeneralizarse. Para dar con la casa del señor Price, tuvimos que recorrer gran parte de la mas singular i estravagante de las poblaciones. Sus calles, estensos arcos de círculo cuyos extremos tocaban en la marina, estaban cortadas por rectas que dirijiéndose al mar, terminaban todas en comienzos de muelles, que mas estorbaban que facilitaban al desembarco. Algunas de las casas, que formaban línea a uno i otro lado de las vias de este laberinto, no valdrian ménos de cien mil pesos; pero sin ninguna continuidad; pues que al lado de un edificio valioso, aunque rústico i sencillo, se veian filas de carpas; de malos toldos; de barracas de tablas, i de casuchos unos armados i otros en activísima via de construccion. No habia veredas, ni cosa que lo pareciese; i el centro era un fangal de barro pisoteado cuyos puntos mas sólidos, lo formaban miles de cascotes de botellas rotas, arrojadas desde las casas a medida que las iban desocupando. Los pobladores de nacionalidades complejas, puesto que todas las del mundo, tenian allí sus lejitimos representantes; se podia decir que celebraban un inmenso i bullicioso baile de máscara; tales eran sus exóticos trajes, sus idiomas, i la naturaleza misma de sus ocupaciones. Hasta las mujeres parecia que se hubiesen vestido como los hombres;

pues por mas que se buscasse una falda en aquella Babilonia, ni para remedio se divisaba alguna que pareciese serlo. Las pieles llenas de rapacejos del Oregones con su cara de perdona vidas; el bonete maulino; el sombrero aparasolado de los chinos; las enormes botas de los rusos que parecian tragárselos; el frances, el ingles, el italiano con difraz de marineros; el patan con levita que ya le decia adios; el caballero sin ella, todo en fin de cuanto encontrar se pudiera, en un jigantesco carnaval, se veía allí junto, i en vertijinoso movimiento. A cada instante teníamos que desviarnos, dando zancajadas en el barro, para dejar pasar a un antiguo petimetre empantanado, de camisa de lana i de arremangados pantalones, que sudando, bajo el peso de algun bulto, ganaba cortes desde la playa hasta las habitaciones, a razon de cuatro pesos bulto; o talvez, para que no nos llevase por delante un cargador mas afortunado, que poseyendo una carretilla de mano, marchaba orgulloso, sin mirar por donde, exítando la envidia de los que carecian de semejante máquina. Las palabras quietud i ocio, carecian en San Francisco de significado. En medio del ruido redoblado de los martillazos, que por todas partes atronaban, unos tendian carpas, otros aserraban maderas; este rodaba un barril, aquel forcejeaba con un poste o daba descompasados barretazos para fijarlo. Apénas quedaba armada la carpa, cuando ya corria el negocio, existiendo al lado de fuera i en plena pampa, botas i ropas de paotilla; quesos de chanco; lios de charqui; rumas de orejones; palas, barretas, pólvora i licores; objetos, que junto con las harinas tostadas i sin tostar, se vendian a peso de oro. El chivato chileno, se cotizaba a razon de 70 pesos arroba; i el agua gaseosa azucarada, que bautizaban con el nombre de Champaña, de ocho a 12 pesos la botella. Estos precios se debian no tanto a la poca abundancia de la especie, cuanto a la necesidad de economizar el tiempo; pues nadie la perdia en regatear, aunque andando mas allá, podia comprarla mas barata. El oro en polvo era allí la moneda mas corriente; i el modo como le manejaban para hacer los pagos, acreditaba su abundancia, por el poco caso que se hacia de devolver a la bolsa de cuero, el exceso que caia por acaso en la balanza.*

Vimos la casa de cal i ladrillo que estaba construyendo, con lujo, el señor Hawar, marinerote elevado a la categoria de millonario; i mas allá en la plaza, otra que estaba acabando de construir para un suntuoso café otro marinerote no ménos opulento que el anterior.

Al cabo de un cuarto de hora de una marcha lenta i fatigosa, pero llena de emociones; llegamos a un *hotel* de hermosa apariencia, perteneciente a un gringo que habia sido soldado aventurero en el ejército espedicionario sobre Méjico. Tocaba a la sazón en la puerta de este edificio, uno de los sirvientes, que no era otra cosa que un caballerito introducido en mozo de café, una enorme *tortera* de metal a lo que llaman Tantan chinésco; dando en ella tan repetidos golpes, que atronaba a cuantos pasaban para llamarles a comer. En el salon encontramos a Price i al adamado i jóven chileno D. J. L. C. quien habia dado principio a su negocio, echando vainas de cuero a puñales, a razon de dos pesos por vaina. La mesa larga i angosta ocupaba todo el salon; i al rededor de ella se podian contar no ménos de treinta comilones de la mas estrambótica catadura engullendo con igual apetito i lijereza, para franquear pronto lugar a los que, no encontrando hueco desocupado, aguardaban con impaciencia que lo hubiese. El Yanke comia tres veces al dia en aquella época en California; pero no salia de carne asada, de salmon fresco o conservado, de tal cual mal guiso, melaza, té, café i mantequilla. Almorzaba a las siete; comia a las doce, i cenaba a las seis.

Desde nuestra llegada las mentiras i las antojadizas, mas o ménos poéticas, suposiciones, reinaban en absoluto, en aquella tierra de promision. Nadie conocia jeográficamente lugar alguno; ninguno conocia las distancias que habria que recorrer de un punto a otro; i mucho ménos si debia llegarse a él por agua, o por tierra; pero todos a una se lo sabian todo. Los mui pocos que habian vuelto de los *placeres*, o se manifestaban poco dispuestos a contestar a nuestras preguntas, o nos desviaban intencionalmente de ellos, porque así parecia convenirles. Estábamos pues reducidos a oír relaciones de los que, talvez estaban mas necesitados de saber algo que nosotros mismos. Las frases que oíamos por todas partes no salian de estas: No vayan ustedes al Sacramento porque hai poco oro, diríjanse sin perder momento a Estanislao.—No piensen en Estanislao; en solo un dia en Sacramento, sacó fulano tantos miles.—Los minerales están inundados i sutano que ayer no mas llegó, dice, que ha estado en ellos con el agua a la cintura.—Que agua ni que berenjena decia otro, aquello es mas enjuto en invierno que en verano. Para que proseguir. Por fortuna a un señor Prendergast se le ocurrió, como medio de recojer oro sin moverse de San Francisco, improvisar una oficina jeográfica, cuyo único

mienbro i colaborador era él mismo. No sé donde pudo hacerse de un mapa antiguo del vireinato mejicano, i dando a la seccion de la Alta California proporciones sin proporcion, inundó la ciudad con croquis que aunque mal hechos, i reducidos a cuartillas de papel de fumar, alcanzaron a venderse a 25 \$ cada uno.

Debí a la amabilidad del señor Price ser presentado a un amigo suyo, recién llegado del interior, i por primera vez tuve oportunidad de contemplar, al lado de una envidiable coleccion de saquitos de polvo de oro, una pepa maciza que no tendria ménos de tres libras, la que aquel buen señor, decia, habia encontrado en una vuelta que habia dado por el campo ántes de almorzar! ¿Por qué no habíamos nosotros de encontrar tambien algunas, aunque fuese despues de comer? Pero no nos podíamos mover, por el maldito cargamento que nos vimos obligados a dejar embarcado en la pesada *Julia* en Valparaiso, i esto nos hizo pasar dia i medio o lo que es lo mismo treinta i seis horas, un siglo entero en California!

Resueltos a recobrar el tiempo perdido, mientras llegaba el tal porron, nos lanzamos a fleteros.

Componíase la compañía Marítima-Terrestre de cargadores, de mis hermanos; de Cassali, antiguo consueta de la ópera en tiempo de Pantanelli; del jóven Hurtado, i del Clackston del comercio de Valparaiso. El capitan de la desierta *Stacueli*, dándose a santo por que viviésemos en su buque, nos cedió el uso de su embarcacion privada, i quedándose unos en tierra esperando carga i echándose el bote con otros en busca de ella, dimos con entusiasmo i alegría, principio a nuestras operaciones sociales, a los tres dias de haber soltado el ancla en San Francisco.

Contar los percances i las peripecias a que estuvo espuesta nuestra compañía; contar los rasgos de valentia i los chascos que se llevarían a cada paso nuestros consocios, en largo tiempo de once dias que duró la negociacion, seria nunca acabar. Por fin llegó la *Julia* i con ella nuestro lucido cargamento.

Liquidada, en el acto, nuestra sociedad, cuya ganancia partible, alcanzó a mil docientos pesos, i trasladado a tierra nuestro cargamento; se encargó a mi cuñado Ramirez el cuidado de fletar una balandra para la prosecucion del viaje al interior, mientras que el resto de la colonia constituida en sesion permanente de lavado, se dedicaba a lavarnos la ropa blanca que nos quedaba.

El bote salió en consecuencia, hacia un caleton inmediato situado al N. E. del puerto, donde habia agua corriente; i provistos de javon, de baldes, de un caldero para agua caliente, i de otro menor para los porotos, saltó a tierra la tropa de improvisadas lavanderas, llevando cada una a cuestas enormes sacos, que contenian las ropas navegadas de siete cristianos, que acababan de pasar la línea equinoccial. Esta caleta que llamaremos del Lavado, i que es uno de los preciosos senos de la gran bahía tiene la forma de herradura i está resguardada por altos farellones de arena i tierra vegetal, sobre las cuales, se lucian hermosos matorrales de esquisitas framboezas. En el fondo de esta tasa, se encontraba una lagunita de agua salobre; i en su contorno, rastros de otros inocentes, quienes, como nosotros, habian ido a perder tiempo allí lavando ropas. Allí, sin mas esperar, echó la colonia los cimientos de la nueva fábrica. Presto, caldero, baldes, ropa jabon, se pusieron en situacion de obrar. La antigua mama Borja i ña Rosaura, en todos los dias de su vida de jaboneo, han restregado tanto ni con tanto ardor, como lo hicieron en la caleta del lavado, mama Ruperta mama Casalli i las demas esforzadas mamas que alternativamente i a tarea, dieron movimiento a nuestra fábrica, trocando el remo por la calceta i el canzoncillo por el timón.

Esta fué la última mano, de agradecida despedida, que dimos al blanco i grato lienzo que hasta allí nos habia acompañado.

Habia entónces en Santiago una amable señora, que queriéndonos mucho, no se cansaba de repetir a sus amigas, cuando supo nuestra resolucion de salir para California, esta sentida frase: *Virtuosos, niña!* Consigno aquí este recuerdo que encuentro en mis apuntes, para que se deduzca, por el efecto que producía en nosotros su repetición, el carácter que las circunstancias del lugar en que nos encontrábamos, dió a cada uno de los chilenos que compartieron las miserias de la comun espatriacion. *Virtuosos, pues, niña!* fué el refran, que despues de algun desagradable percance, precedió siempre a una alegre carcajada! Recuerdo que en el atroz incendio que consumió despues a todo el pueblo de San Francisco, en vez de ponernos a deplorar la pérdida de nuestra casa i con ella la de cuanto poseíamos, viendo que esto ya no tenia remedio, nos pusimos mui sueltos de cuerpo a gozar del espectáculo que producía, en una noche oscura, aquella tremenda hoguera, cuya fuerza lanzaba i sostenia, meciéndose en los aires, multitud de tablas encendidas; i que habiéndose hundido en un

asqueroso muladar, uno de mis hermanos que al día siguiente del incendio pretendió descubrir el sitio donde había estado nuestra casa, se nos apareció con la figura mas tristemente cómica del mundo, diciéndonos al exhibirnos su puerca catadura: *Virtuosos, pues, niña!* En California no habian males que el ánimo no pudiese reparar, en sus primeros tiempos, despues ya fué otra cosa.

VICENTE PÉREZ ROSALES.

(Continuará)

AÏSSÉ.

«Acaba de aparecer un libro nuevo, titulado: *Memorias de un hombre de posicion retirado del mundo*. No vale gran cosa; pero, sin embargo, allí se leen ciento noventa pájinas derramando lágrimas.» Estas ciento noventa pájinas eran las que contenian «Las aventuras del Caballero Des Grieux i de Manon Lescaut,» i es Aïssé quien llora así leyendo la novela del abate Prevost. Tan bellas lágrimas bastarian para lavar a Manon i purificar su historia.

No tiene el siglo dieziocho una figura mas conmovedora que la de esta jóven Circasiana, sepultada desde hace veinte años en un sótano de San Roque, en vez de dormir, como debiera, en uno de los jardines del Bósforo, envuelta en la mortaja de cachemira de las sultanas. Por su carácter i por su orijen, permanece separada del grupo ajitado de las mujeres de su época: no participó con ellas en ningun grado ni la celebridad, ni la influencia. Su memoria está contenida toda entera en un pequeño libro de cartas jurna de alabastro de un mausoleo! Hija del Asia, trasportada por un golpe de májia del destino, de un bazar de Constantinopla al mundo de la Rejencia, Aïssé atravesó la orjía aislada, bajo el púdico velo de las mujeres del Oriente. Su única distincion fué haber amado en un tiempo en que ya no se amaba.

La antigüedad tenia ciudades e islas consagradas especialmente al culto de los sentidos, como por ejemplo Chipre i Corinto. Entre todas las épocas de nuestra historia, la primera mitad del siglo dieziocho parece consagrada a la Voluptuosidad. Ella lo envuelve i lo llena, lo enerva i lo exita, imprimiendo a su sociedad el movimiento de una elegante bacanal. Fué ésta una epidemia moral, tan contagiosa i tan unánime, que parece producida por una corriente física, por algun soplo de aire impuro influyendo sobre las costumbres de una jeneracion. Una inmensa tentacion rodea la mujer i toma todas las formas para asaltar su pudor. El traje la desnudaba, el amueblado la invitaba a caer, el libro estraviaba su espíritu, la música enervaba su alma, la conversacion reía de sus escrúpulos, los cuadros i las estátuas divinisan los placeres de los sentidos. I no era el amor velado el que celebraba esta apoteosis licenciosa, era el deseo ávido i rápido, atando i desatando como cinturas, esos lazos de un día. El sentimiento era burlado, la fidelidad silvada, la pasión reducida a una esgrima; la galantería tomaba la brusquedad del ataque. Con frecuencia se invertian los papeles en ese carnaval; la mujer provocaba, hacia avances. Un tipo nuevo aparece en los últimos años de Luis XIV i domina bajo la Rejencia; es el hombre a la moda, deseado, halagado, cortejado, que le basta desear para vencer, señalar para seducir, i cuyos caprichos las mas altivas se disputan cuerpo a cuerpo.—Lé-torière envia el mismo dia, a las mas grandes damas de Versalles, la circular de una declaracion.—Tres jeneraciones de mujeres adoran al duque de Richelieu. Su prestigio casi secular, se hace una supersticion i una costumbre. Recordaba, hácia fines del siglo, a esos viejos ídolos que desde largo tiempo ya no hacen milagros, pero a quienes los devotos vienen siempre a adorar. A los ochenta i cinco años lucia su última querida.

El deseo se depravaba en estos juegos cínicos. La seducción, cambiada en estrategia sabia i perversa, concluía con la deshonor de la mujer, como la esgrima del espadachin con la muerte de su adversario. El hombre ya no se dignaba tomar, para seducir, la máscara de la emocion o de la ternura; atacaba con una ironía acerada i fria, como la hoja de una espada. Triunfaba con seguridad, abandonaba con insolencia, gozaba con el dolor i se complacia con las lágrimas de su victima. Hui un período en el siglo dieziocho en que el libertinaje llega a ser verdaderamente satánico. ¿Qué son en realidad, el duque de Fronsac, el marques de

Louvois, el conde de Clermont, i en la ficcion, el *Malvado* de Gresset i mas tarde el Valmont de Laclos, sino malvados con maniguillas?—Los antiguos procesos de hechiceria cuentan que las hechiceras, confesaban a los jueces sus relaciones con el diablo, lamentándose del frio glacial de sus abrazos. Las queridas de Roués habrian hecho, sin duda, una confesion semejante. Se vá léjos en esta «via malvada»: el abismo llama al abismo; la crueldad moral arrastra a la ferocidad sanguinaria. Esta decadencia elegante cae en la cloaca i concluye en la carniceria. De pastor que era en la aurora del siglo, el Amor se hace verdugo i tortura al sangriento resplandor de su crepúsculo.

La orijinalidad de Aïssé se encuentra ménos en su destino singular que en la noble i tierna pasion de que dió ejemplo a una sociedad corrompida. Hai retratos de Nather i de Largillière que representan a las grandes damas de la época en traje de Vestales atizando un trípode. Pintando así a Aïssé, se habria definido su vida. La pasó i la consumió para mantener el fuego moribundo del amor.

Su historia comienza como un cuento. Mr. de Ferriol, embajador del rei Luis XIV en Constantinopla, vió un dia en el mercado de las esclavas, una de cuatro años espuesta en venta. Venia de una ciudad de Circasia asaltada i saqueada por los turcos. Se llamaba Aïscha o Haidé, como la heroina de Byron, nombre que pareció demasiado estraño en Francia, i de que se hizo Aïssé. La habian encontrado, decian, en el palacio de un príncipe del país. Mas tarde, en efecto, Aïssé recordaba vagamente su infancia, i se veia, como en sueños, en un palacio lleno de esclavos solícitos, arrodillados al rededor de ella. Mr. de Ferriol habia tomado las costumbres turcas en su embajada; compró la niña i la envió a madurar en Francia a casa de su cuñada Madame de Ferriol: grano de odalisca que le prometia una querida esclava, la Abigail mas deliciosa que pudo soñar un viejo.

Aïssé creció i llegó a ser encantadora. Puede creerse a sus retratos, que nos la muestran en la primera flor de su juventud. Es una cabeza candorosa i casi infantil, iluminada por esos grandes ojos inocentes que los poetas orientales comparan con los de las gaseles. La mirada ha permanecido circasiana en una fisonomía afrancesada por la amabilidad i la animacion. Contraste exquisito i único. Hai algo de la dama, de la vírjen i de la huri en esa figura matizada con espíritu, languidez e injenuidad.

La curiosidad fué grande en la sociedad de aquella época, cuando Aissé hizo su entrada. Esa jóven asiática, descendida del Cáucaso a los salones de Paris, fué una verdadera aparicion de opera. La *Jóven Griega* como se la llamaba, trastornó luego todas las cabezas. El Rejente tuvo por un momento el deseo de hacerla su querida. Pero la esclava sabia guardar la libertad de su corazon i declaró que se retiraria a un convento si sus persecuciones continuaban.—¿Qué mujer parecia sin embargo, mas fatalmente destinadas a las servidumbres del amor, que esa jóven nacida en las montañas donde se recluta el serrallo, marcada en la frente desde su infancia por el dedo del eunuco i comprada en el bazar por un viejo libertino? ¿Quién no habria promosticado una brillante vocacion de cortesana a esa odalisca disfrazada de Europa como para intrigar mejor el deseo? Su raza, su sangre, su estrella, todo parecia arrastrarla hácia las *mil i una noche* del placer. ¡Vanos presajios, mentidos horóscopos! Un amor único, ajitado por los remordimientos, purificado por el arrepentimiento, absuelto por la muerte, debía ser el destino de esta novicia de los harems. Se la vió, desde sus primeros pasos, en la modesta actitud de esa jóven princesa del *Bajazet* de Racine, que trata de hacerse perdonar sobre la escena su orijen exótico, redoblando su palidez i la estrictez de su conducta.

Se ha preguntado si Mr. de Ferriol, de vuelta, diez años después, de su embajada, arrojó el pañuelo a su cautiva i si ese pañuelo fué recojido. Hai sobre esto, dudas e incertidumbres. Sin embargo, a pesar del testimonio de una carta equívoca, yo soi de aquellos que no pueden creer en esa resignacion servil en una alma tan altiva. ¿Cómo es posible que la que debía morir por el mas noble i mas ferviente de los amores, hubiera podido someterse al derecho del pachá?

Fué en casa de Mme. Du-Deffan, donde vió por primera vez al caballero d'Aydie i lo amó desde la primera mirada hasta su muerte. El jóven jentilhombre era digno de tan singular amante. Todas las relaciones de la época, nos hablan de él como lo harian de Tancredo apasionado de Clorinda. Voltaire, escribiendo a Thieriot i hablando de su tragedia *Adelaida Duguesclin*, lo armó caballero, por segunda vez, tocándolo con su pluma. «Es un asunto mui francés i completamente de mi invencion, donde he metido todo el amor, celos, furor, buen tono, probidad i grandeza de alma que he podido! He imaginado un señor de Conci, que es un hombre mui

digno, como ya no se vé en la corte; un caballero mui leal, cómo quien diria el caballero d'Aydie o el caballero de Fronlay.»

Las cartas de Aissé i del caballero de Aydie se han perdido: sus amores quedan envueltos en una púdica penumbra. No se distingue, a la distancia, mas que una pareja entrelazada que huye i se pierde, semejante a aquel grupo de Francesca i de Paolo que pasa envuelto en un vapor melancólico, delante de los ojos del Dante. Aissé, criticando en una de sus cartas, la representacion exajerada de una actriz, se pinta a sí misma cuando espresa de una manera velada la idea que ella tiene de un amor honesto. «Me parece que en el papel de enamorada, por violenta que sea la situacion, la modestia i la reserva son necesarias; toda la pasion debe estar en las inflexiones de la voz i en los acentos. Es necesario dejar a los hombres i a los májicos los jestos violentos i desmedidos: una jóven princesa debe ser mas modesta.» Separaciones, inquietudes, obstáculos, el nacimiento de una hija—«tan bonita, decia su madre, que es necesario perdonarle haber venido al mundo,»—fueron los únicos acontecimientos de esa relacion misteriosa. Pero la llama del éter no deja de quemar porque no tiene humo ni cenizas. Aissé tenia una de esas almas que el menor frote marchita; su pasion le fué mortal: el armiño perece por su mancha. Sufria por lo que habia de ilícito en su felicidad i por el exeso de una ternura que se reprochaba. Por un escrúpulo conmovedor, rebusó la mano que el caballero d'Aydie le ofreció durante doce años, con la mas tierna insistencia. «Quiero su gloria demasiado,» decia, como habria dicho en su lugar una Mónica o una Aricia. Su vida por lo demas no era feliz; su esclavitud novelezca se habia cambiado en dependencia positiva; estaba ligada a la casa de Ferriol por lazos fastidiosos que cada dia le pesaban mas. El embajador le habia legado al morir una mesquina pension vitalicia que le disputaba su cuñada Mme. de Ferriol, antigua mujer galante, que se habia cambiado con el tiempo en dueña cariagria. Aissé languidecia bajo esa sombra ingrata en una casa helada por la indiferencia i por la avaricia; pero el deber la encadenaba. Las confidencias que se le escapan son como suspiros ahogados. «Me veo obligada a recordarme cien veces al dia, el respeto que le debo. Nada es mas triste que no tener mas que la razon del deber, para hacer su deber.» Contendida así en sus arranques, comprimida en su expansion enfermada por la atmósfera en que vivia, por el aire frio de la malquerencia donde las almas tiernas no pueden respirar, Aissé, se consumia

en el seno de una felicidad aparente. El amor fué, en su triste existencia, como uno de esos torrentes que atraviesan los viejos claustros. No conoció jamás la independencia i la tranquilidad; sufría por no poder gozar mas que de las aguas furtivas i de las delicias prohibidas. Su felicidad, por lo demás tan perturbada, jamás le hizo olvidar su falta; sus cartas empapadas en las lágrimas de ese arrepentimiento conmovedor. Nacida para la virtud i alejada de ella por una pasión irresistible, tuvo en cierto modo la nostalgia. Su nombre mismo lo recuerda sin cesar como recuerda una desterrada el de su patria. «¡Ah! señora, escribía a una cuerda i severa amiga que la aconsejaba,— ¿por qué no es Ud. Mme. de Ferriol? Ud. me habría enseñado a conocer la virtud.» I mas adelante añadía: «Siento un sincero placer al abrir a Ud. mi corazón; no me he avergonzado de confiarle todas mis debilidades. Ud. sola ha desarrollado mi alma; había nacido para ser virtuosa... Yo le parecí a Ud. un objeto que merecía compasión i que era culpable sin saberlo bien. Felizmente, era en las delicadezas mismas de una pasión donde debía conocer la virtud.» I agregaba todavía: «Veo todos los días que no hai mas que la virtud que sea buena en este mundo i en el otro. En cuanto a mí, que no tengo la felicidad de haberme conducido bien, pero que respeto i admiro a la jente virtuosa, el simple deseo de contarme entre ellas me atrae toda especie de alhagos: la compasión que todos me tienen hace que casi no me encuentre desgraciada.» Sabiendo el matrimonio de una jóven de Jénova, que ella había conocido, exclamó, envidiando su felicidad: «¡Ah! que buen país es el que Ud. habita, donde se casan cuando se sabe amar i cuando se aman todavía! Pluguiése a Dios que aquí se hiciera otro tanto.» La religión vino a santificar este delicado martirio, Dios inclinó hácia él esa alma languideciente. Sufría desde largo tiempo, por su falta, como de una herida incurable, el remordimiento cristiano acabó con ella. Aíssé murió arrepentida i reconciliada, amando siempre a su querido caballero, pero con la esperanza de una eterna unión.

Así se desvaneció esa visión encantadora. Aparecida en medio de la orjía del tiempo como Psiqué en el banquete del Olimpo, imájen del alma que asistía a la embriaguez de los sentidos sin tomar en ella parte. Su misma falta fué una enseñanza i un ejemplo. Enseñó a ese mundo de bacantes i de cortesanas la poesía del velo i la gracia de las caídas encubiertas. En medio de las bulliciosas licencias de la época, su cuarto de reclusa, que no se abrió

nunca mas que al amante fiel, fué como un nido silencioso en que el amor arrojado de las almas vino a refugiarse i a plegar sus alas.

Su nombre tan dulce no perecerá jamás; ha ido a reunirse en el cielo ideal con Eloisa, Beatriz, Laura, La Valliere, esa constelacion de corazones abrazados i puros que los amantes invocan como estrellas tutelares. Aissé es mas pálida sin duda, ménos visible i ménos magnífica que esos astros de primera magnitud del amor; por lo mismo, quizás es mas conmovedora. Su resplandor tímido atraerá siempre, hácia el rincon del cielo en que ella tiembla, los pensamientos i los ojos de los melancólicos.

¡Qué diverso habria sido su destino, si M. de Ferriol la hubiera dejado en el bazar! Habria sido arrojada sobre los divanes de un harem; sus dias habrian discurrido en componer *selams*, en teñirse las uñas i los párpados, en respirar perfumes. Quizas habria sido mas feliz; pero la vejetacion no es la vida; despues de todo ha ganado en el cambio de suerte. Ha amado en cambio de lo que ha sufrido, i una hora de pasion vale por si sola la eternidad voluptuosa del paraíso musulman. Un dia de Aissé vale mas que todas las existencias acumuladas de las jeneraciones del serrallo.

SAINT-VICTOR.

LA CREACION DE UN POEMA.

Nos dicen que la poética ha sido hecha i modelada por los poemas. Hé aquí un poeta que pretende que su poema ha sido compuesto por su poética. Tenia sin duda un gran jenio i mas inspiracion que cualquiera otro, si por inspiracion se entiende la enerjia, el entusiasmo intelectual i la facultad de avivar la intelijencia; repetía con frecuencia, él que era un orijinal completo, que la orijinalidad se aprende, lo que no quiere decir, sin embargo, que pueda ser trasmitida por la enseñanza. La casualidad i lo incomprendible eran sus dos grandes enemigos. ¿Se finjia, por una vanidad estraña i curiosa, mucho ménos inspirado de lo que era naturalmente? ¿Ha disminuido las facultades gratuitas que tenia, para hacer mas bella la parte de la voluntad? Me siento inclinado a creerlo; aunque sea necesario no olvidar que su jenio, por mas ardiente i ágil que fuera, era apasionadamente fascinado por el análisis, las combinaciones i los cálculos. Uno de sus axiomas favoritos era que todo en un poema como en un romance, en un soneto como en una novela, debe concurrir al desenlace. Un buen autor tiene a la vista su última línea cuando escribe la primera. Gracias a este método admirable un compositor puede principiar su obra por el fin i trabajar cuando le plazca en la parte que quiera. Los amantes del *delirio* se sentirán quizás indignados con estas máximas cínicas; pero cada cual puede tomar de ellas lo que le acomode i será siempre útil mostrar los beneficios que puede sacar el arte de la deli-

beracion i hacer ver cuanta labor exige ese objeto de lujo que llaman Poesía.

Despues de todo, un poco de charlatanismo es permitido al jenio i hasta no le sienta mal. Es, como el carmin en las mejillas de una mujer naturalmente bella, un afeitó nuevo para el espíritu. Poema singular entre todos! Rueda sobre una palabra misteriosa i profunda, terrible como el infinito, que han repetido millares de bocas crispadas desde el principio de los tiempos, i que por un hábito trivial de desesperacion mas de un pensador ha escrito sobre el rincon de su mesa para ensayar su pluma: *Nunca mas!* Con esta idea fecundada por la destruccion, está llena la inmensidad de arriba a bajo, i la humanidad acepta con gusto el infierno para escapar a la desesperacion irremediable que encierra esa palabra.

Envolviendo con el traje de la prosa a la poesia resulta necesariamente una horrible imperfeccion; pero el lector comprenderá que me es imposible darle una idea exacta de la sonoridad profunda i lúgubre, de la poderosa monotonía de esos versos, cuyas rimas largas i triples suenan como un toque de melancolía. Es ese el poema del insomnio de la desesperacion; nada falta ahí: ni la fiebre de las ideas, ni la violencia de los colores, ni el raciocinio enfermizo; ni el terror sombrío, ni siquiera esa alegría estraña del dolor que lo hace mas terrible. Escuchad cantar en vuestra memoria las estrofas mas quejumbrosas de Lamartine, los ritmos mas magníficos i complicados de Victor Hugo: mezclad el recuerdo de los tercetos mas sùtiles i comprensivos de Teófilo Gauthier, de las *Tinieblas*, por ejemplo, ese rosario de tremendos *conceiti* sobre la muerte i la nada, en que la rima se adapta tan bien a la melancolía asediante,—i obtendreis quizás una idea aproximativa de los talentos de Poe como versificador; digo como versificador, porque me parece superfluo hablar de su imaginacion.

Pero oigo al lector que murmura como Alcestes: Veremos! --Hé aqui pues el poema (1):

EL CUERVO.

«Una vez, en la media noche lúgubre, miéntras meditaba, fatigado i débil, sobre muchos preciosos i raros volúmenes de una doctrina olvidada, miéntras inclinaba la cabeza medio adormecido,

(1) Las líneas anteriores son de Carlos Baudelaire

sentí de repente un golpe como de alguien que llamaba suavemente, que llamaba en la puerta de mi cuarto. «Es alguna visita—murmuré—que golpea a la puerta; es eso i no mas que eso.»

Ah! distintamente recuerdo que era el glacial diciembre i los tizones iluminaban el piso con el reflejo de su agonía. Ardientemente deseaba la mañana, en vano habia tratado de buscar en mis libros una tregua para mi tristeza, mi tristeza por mi Leonor perdida, por la preciosa i radiante niña que los ángeles llaman Leonor—i que aquí nadie llamará nunca mas!

I el sedoso, triste i vago frote de las cortinas me impresionaba, me llenaba de terrores fantásticos, desconocidos para mí hasta entónces; tanto que al fin para apaciguar los latidos de mi corazón me levanté repitiendo: «Es alguna visita que llama a la puerta de mi cuarto, alguna visita atrasada que llama a la puerta;—es eso mismo i nada mas.»

Mi espíritu en ese momento se sintió mas fuerte. No vacilando por mas tiempo: «Señor, dije, o señora, le suplico a Ud. que me disculpe; pero estaba dormitando i usted ha golpeado tan despacio, tan dévilmente ha venido usted a golpear a la puerta de mi cuarto, que apénas estaba seguro de haberla oído.» I entónces abrí la puerta;—tinieblas, i nada mas!

Escrutando profundamente esas tinieblas, permanecí largo tiempo lleno de asombro, de temor, de duda, soñando sueños que ningún mortal se ha atrevido a soñar; pero el silencio no fué turbado i la inmovilidad no dió ningún signo i la sola palabra proferida fué un nombre cuchicheado: «Leonor!»—Era yo quien lo cuchicheaba i un éco a su turno murmuró esta palabra: «Leonor!» Puramente eso, i nada mas.

Entrando en mi cuarto i sintiendo toda mi alma incendiada, oí luego un golpe un poco mas fuerte que el primero. «Seguramente dije, seguramente hai algo en las celosias de mi ventana; veamos lo que es i exploremos este misterio. Dejemos que mi corazón se calme i exploremos este misterio;—es el viento, i nada mas.»

Empujé entónces la ventana i con un tumultuoso movimiento de alas, entró un majestuoso cuervo digno de los antiguos días. No hizo la menor reverencia, no se detuvo, no vaciló un minuto; pero, con el aire de un lord o una lady se paró encima de la puerta de mi cuarto; se paró sobre un busto de Palas justamente encima de la puerta de mi cuarto;—se paró, se instaló i nada mas.

Entonces ese pájaro de ébano, por la gravedad de su actitud i la severidad de su fisonomía, induciendo a sonreír a mi triste imaginación: «Aunque tu cabeza, le dije, no tenga penacho ni cresta, tú no eres un cobarde, lúgubre i antiguo cuervo, viajero partido de las orillas de la noche. Dime cuál es tu nombre señorial en las riveras de la noche plutoniana!» El cuervo dijo «Nunca mas!»

Me admiró que ese volátil sin gracia entendiera tan fácilmente la pabra, aunque su respuesta no tuviera un gran significado; porque debemos convenir que no fué dado nunca a un hombre vivo ver un pájaro encima de la puerta de su cuarto, un pájaro o una bestia sobre un busto esculpido encima de la puerta llamándose con un nombre tal como *Nunca mas!*

Pero el cuervo colocado solitariamente sobre el busto plácido no profirió mas que esta palabra única, como si en esta palabra única vaciara toda su alma. No pronunció nada mas; no movió una pluma,—hasta que me puse a murmurar débilmente: «Otros amigos ya han volado léjos de mí; hácia la mañana, él tambien, él me dejará como mis antiguas esperanzas me han dejado.» El pájaro dijo entonces. «Nunca mas!»

Temblando al oír esa respuesta dada con tanta oportunidad; «Sin duda, dije, lo que él dice es todo lo que sabe, lo que ha aprendido en casa de algun maestro importunado que la Desgracia desapiadada ha perseguido ardientemente, sin tregua, hasta que sus canciones no tuviesen mas que un solo refran, hasta que el *de profundis* de su esperanza tomó ese melancólico estribillo: Nunca, nunca mas!

Pero el cuervo induciendo de nuevo a sonreír toda mi triste alma, arrastré un sillón frente al pájaro i el busto de la puerta; hundiéndome en el terciopelo traté de encadenar las ideas con las ideas, buscando lo que ese pájaro augural de los antiguos tiempos, lo que ese triste, disgracioso, flaco i augural pájaro de los antiguos tiempos queria decir con su *Nunca mas!*

Estaba así soñando, conjeturando pero sin dirijir una sílaba al pájaro cuyos ojos ardientes me quemaban ahora hasta el fondo del corazón; trataba de adivinar eso, i mas todavía, repósando mi cabeza cómodamente sobre el terciopelo del cojín que acariciaba la luz de la lámpara, ese terciopelo violeta acariciado por la luz de la lámpara que su cabeza, la de *Ella*, no comprimirá mas,—ah! nunca mas!

Entonces me pareció que el aire se espesaba, perfumado por

un inciensario invisible que balanceaban serafines cuyos pasos se deslizaban sobre el tapiz del cuarto. «Desgraciado, exclamé, tu Dios te ha enviado *nepentes* por tus recuerdos de Leonor! Bebe oh! bebe ese buen *nepentes* i olvida a tu Leonor perdida! «El cuervo dijo: «Nunca mas!»

«Profeta!—dije—ser de desgracia! pájaro o demonio, pero siempre profeta! que seas un enviado del Tentador o que la tempestad te haya simplemente encayado, naufragado, pero todavía intrépido sobre esta tierra desierta, hechizado en este recinto por el horror, —dime sinceramente, te suplico, existe un bálsamo del olvido? Dí, dí, te lo suplico! «El cuervo dijo: «Nunca mas!»

«Profeta!—dije—ser de desgracia! pájaro o demonio, pero siempre profeta! por ese Cielo estendido sobre nuestras cabezas, por ese Dios que adoramos, dile a esta alma cargada de dolor si en el lejano Paraiso podrá abrazar una niña santa que los ángeles llaman Leonor, abrazar una preciosa criatura que los ángeles llaman Leonor?» El cuervo dijo: «Nunca mas!»

«Qué esta palabra sea la señal de nuestra separacion, pájaro o demonio!—ahullé yo levantándome.—Vuelve a la tempestad, vuelve a la ribera de la noche plutoniana; no dejes aquí ni una sola pluma negra que me recuerde la mentira que tu alma ha proferido; deja mi soledad inviolada; deja ese busto encima de mi puerta; arranca tu pico de mi corazon i precipita tu espectro lejos de mi puerta!» El cuervo dijo: «Nunca mas!»

I el cuervo inmutable está siempre instalado sobre el busto de Palas, justamente encima de la puerta de mi cuarto; i sus ojos parecen los ojos de un demonio que sueña i la luz de la lámpara que lo baña proyecta su sombra sobre el piso, i mi alma fuera del círculo de esa sombra tendida i flotante sobre el piso, no podrá ya elevarse,—nunca mas!»

Ahora veamos entre bastidores, el taller, el laboratorio, el mecanismo interior o como os plazca calificar el Método de composicion de que se ha servido el poeta para producir una de las obras mas acatadas en este género artístico. Volvemos a dejarle la palabra:

Carlos Dickens, dice, en una nota que tengo a la vista, hablando del análisis que habia hecho del mecanismo de Bernabé Rudge,

dice: «Sabe Ud., sea dicho de paso, que Godwin ha escrito su *Caleb Williams* al revés? Ha principiado por enredar a su héroe en un tejido de dificultades que forman la trama del segundo volumen i en seguida para componer el primero, sea ha puesto a soñar en los medios de legitimar lo que habia hecho.»

Me es imposible creer que tal haya sido precisamente el modo de composicion de Godwin, i por lo demas lo que él mismo cuenta no está de acuerdo con la idea de Dickens; pero el autor de *Caleb Williams* era demasiado artista para no divisar las ventajas que se pueden sacar de algun procedimiento de esta especie. Si hai algo evidente es que un plan cualquiera, digno del nombre de plan, debe haber sido cuidadosamente elaborado en vista del desenlace, ántes que la pluma ataque el papel. Solo teniendo sin cesar a la vista el desenlace podemos dar a un plan su indispensable fisonomía de lójica i causalidad,—haciendo que todos los incidentes i en particular el tono jeneral tiendan hácia el desarrollo de la intencion.

Hai, me parece, un error radical en el método jeneralmente usado para construir un cuento. Ya la historia nos suministra el tema, ya el escritor es inspirado por un incidente contemporáneo, o bien, suponiendo el caso mas favorable, combina acontecimientos sorprendentes que deben formar la base de su narracion, prometiéndose introducir las descripciones, el diálogo o su comentario personal donde una abertura en el tejido de la accion le suministren una oportunidad.

En cuanto a mí la primera de todas las consideraciones es la de producir un efecto. Teniendo siempre en vista la orijinalidad (porque se traiciona así mismo el que se aventura a pasarse de un medio de interés tan evidente i tan fácil), me digo ante todo: entre los innumerables efectos o impresiones que el corazon, la intelijencia, o para hablar mas jenéricamente, el alma es susceptible de recibir cuál es el único efecto que debo escojer en el caso presente? Despues de escojer un asunto i un vigoroso efecto que producir, veo si es preferible hacer sentir ese efecto por los incidentes o por el tono, o por incidentes vulgares i un tono particular, o por incidentes singulares, i un tono ordinario, o por una singularidad a la vez en el tono i en los incidentes;—i luego busco a mi rededor o mas bien en mi mismo, las combinaciones de incidentes i tonos que pueden ser mas propios para crear el efecto que me propongo.

Muchas veces he pensado en el interés que tendria un artículo

escrito por un autor que quisiera, es decir que pudiera, contar paso a paso la marcha progresiva que ha seguido cualquiera de sus composiciones para llegar al término definitivo de su desarrollo. Me sería difícil explicar porqué no se ha publicado nunca un trabajo de esta especie; quizá la vanidad de los autores ha sido, para este vacío literario, mas poderosa que ninguna otra causa. Muchos escritores, sobre todo los poetas, prefieren dar a entender que componen gracias a una especie de frenesí sutil o de intuición estática i temblarian positivamente si se vieran obligados a autorizar al público para que mirase detrás de la escena i contemplara los laboriosos e indecisos embriones de pensamiento, la verdadera decisión tomada en el último momento, la idea tantas veces entrevista como en un relámpago; el pensamiento plenamente madurado i arrojado con desesperacion como intratable, la eleccion prudente i los rebuscamientos, las dolorosas raspaduras i las interpolaciones, —en una palabra, los rodajes i las cadenas, las decoraciones, las escalas i los escotillones,—las plumas de gallo, el carmin, los lunares i todos los postizos que en noventa casos sobre ciento constituyen los recursos del *histrion literario*.

Sé por otra parte, que no es comun el caso en que un autor se encuentra en buenas condiciones para volver a andar el camino por donde ha llegado a su desenlace. En jeneral las ideas surgen confundidas i son perseguidas i abandonadas del mismo modo.

Por mi parte no siento la repugnancia de que hablaba hace un momento i no tengo la menor dificultad para recordar la marcha progresiva de todas mis composiciones; i como el interés de esta especie de análisis o reconstrucción, que he considerado como un *desideratum* en literatura, es completamente independiente del interés real de la cosa analizada, se me perdonará si falto a las conveniencias descubriendo el *modus operandi*, gracias al cual he construido una de mis propias obras literarias. Escojo el *Cuervo* por ser muy jeneralmente conocida. Mi objeto es mostrar que ningun punto de la composicion puede ser atribuido al acaso o a la intuición i que la obra ha marchado paso a paso hácia su solución con la precisión i la rigurosa lójica de un problema matemático.

Dejemos a un lado la circunstancia, o si Ud. quiere, la necesidad de donde nació la intencion de componer un poema que satisficiera a la vez el gusto popular i el gusto crítico.

A partir de esta intencion principia mi análisis.

La consideracion primordial fué la de la dimencion. Si una

obra literaria es demasiado larga para ser leida en una sola sesion, es necesario resignarnos a perder el efecto prodijiosamente importante que resulta de la unidad de impresion; porque si se necesitan dos sesiones los negocios de la vida se interponen i lo que llamamos *el conjunto*, la totalidad, se pierde. Pero, puesto que *ceteris paribus*, ningun poeta puede privarse de lo que concurre a servir su objeto solo queda que examinar si, en la estension podremos encontrar alguna ventaja que compense esta pérdida de la unidad. Desde luego digo: *Nó*. Lo que llamamos un poema largo no es en realidad mas que una sucesion de poemas cortos, es decir de efectos poéticos breves. Es inútil decir que un poema solo es poema si eleva el alma i le procura una sensacion intensa: i, por una necesidad psíquica, todas las escitaciones intensas son de corta duracion. Por eso la mitad a lo ménos del *Paraiso Perdido* es pura prosa, no es mas que una serie de exitaciones poéticas diseminadas *inevitavelmente* de depresiones correspondientes, quedando toda la obra privada por su excesiva lonjitud, de ese elemento artístico tan singularmente importante: la totalidad o unidad de efecto.

Es pues evidente que hai en lo que concierne a la dimension un limite positivo para toda obra literaria,—es el limite de una sola sesion; i aunque en cierto jénero de composiciones en prosa, tales como *Robinson Crusoe*, que no reclaman la unidad, ese limite puede ser ventajosamente sobrepujado, no habrá nunca provecho en hacer lo mismo en un poema. Dentro de este limite mismo, la estension de un poema debe encontrarse en relacion matemática con su mérito, es decir, con la elevacion o la escitacion que produce, en otros términos todavía, con la cantidad de verdadero efecto poético que puede despertar en el alma; no hai a esta regla mas que una sola condicion restrictiva, es que cierta cantidad de duracion es absolutamente indispensable para la produccion de un efecto cualquiera.

Teniendo bien presente estas consideraciones en mi espíritu, así como el grado de escitacion que yo no colocaba encima del gusto popular, ni tampoco debajo del critico, concebí desde luego que la lonjitud del poema proyectado no pasaria de cien versos. No tiene en realidad mas que ciento ocho.

Busqué en seguida una impresion o un efecto que producir, i aquí creo conveniente observar, que al traves de esa labor de construccion tuve siempre en vista el propósito de hacer la obra *universalmente* apreciable. Iria demasiado léjos de mi propósito inme-

díato si me empeñara en demostrar un punto en que he insistido muchas veces: que la *Belleza* es el único dominio lejítimo de la poesía. Diré sin embargo algunas palabras para elucidar este pensamiento que algunos de mis amigos se han mostrado demasiado apresurados en desfigurar. El placer a la vez mas intenso, mas elevado i mas puro creo que solo se encuentra en la contemplacion de la Belleza. Cuando se habla de belleza se entiende no precisamente una cualidad, como se supone, sino una impresion; en resumen, se quiere significar esa violenta i pura elevacion del alma—nó de lain telijencia, nó del corazon,—que he descrito i que es el resultado de la contemplacion de lo bello. Designo la belleza como el dominio de la poesía, porque es una regla evidente del arte que los efectos deben necesariamente nacer de causas directas, que los objetos deben ser alcanzados por los medios mas apropiados para alcanzarlos,—todavía no se ha mostrado ningun hombre bastante tonto para negar que la elevacion singular de que hablo esté mas fácilmente al alcance de la Poesía. El objeto Verdad, o satisfaccion de la intelijencia, i el objeto Pasion, o satisfaccion del corazon—aun cuando en cierto limite estén al alcance de la poesía—son mucho mas fácilmente alcanzados por medio de la prosa. En suma, la verdad exige una precision i la pasion una *familiaridad* (los hombres verdaderamente apasionados me comprenderán), absolutamente contrarias a esa Belleza que no es, lo repito, mas que la excitacion o el delicioso arrobamiento del alma. De lo que se ha dicho no se deduce de ninguna manera que la pasion i hasta la verdad no puede ser introducida, i auu con provecho, en un poema; porque pueden servir para elucidar o aumentar el efecto jeneral, como las disonancias en música, por contraste; pero el verdadero artista se esforzará siempre en reducir las a un papel favorable al fin principal que persigue i envolverlas en cuanto sea posible en esa nube de belleza que es la atmósfera i la esencia de la poesía.

Mirando por consiguiente la Belleza como mi dominio, ¿cual es, me dije el *tono* de su manifestacion mas elevada? Ese fué el objeto de mi deliberacion siguiente. Ahora bien, la esperiencia humana confiesa que ese tono es de la tristeza. Cualquier jénero de belleza en su desarrollo supremo arranca inevitablemente lágrimas a una alma sensible.—La melancolia es pues el mas lejítimo de todos los tonos poéticos.

Quedando ya determinadas las dimensiones, el dominio i el tono, principié a buscar por la via de la induccion ordinaria alguna

curiosidad artística i picante que me pudiera servir de base en la construccion del poema,—de eje sobre el cual pudiese jirar toda la máquina. Meditando cuidadosamente todos los efectos de arte conocidos, o mas propiamente, en todos los medios de *efecto*, entendiéndose la palabra en el sentido escénico, no podia dejar de ver inmediatamente que ninguno habia sido empleado mas jeneralmente que el del estribillo. La universalidad de su empleo bastaba para convencerme de su valor intrínseco i ahorrarme la necesidad de someterlo a un análisis. No lo consideré sin embargo sino como susceptible de perfeccionamiento i vi luego que estaba todavía en un estado primitivo. Tal como se le usa jeneralmente está reducido no solamente a los versos líricos sino que tambien el vigor de la impresion que debe producir depende de la monotonia en el sonido i en el pensamiento. El placer solo es sacado de la sensacion de identidad, de repeticion. Resolví variar el efecto para aumentarlo, quedando jeneralmente fiel a la monotonia del sonido, mientras alteraba continuamente el del pensamiento; es decir que me propuse producir una serie continua de efectos nuevos por una serie de aplicaciones variadas del estribillo, quedando el estribillo mismo siempre semejante.

Establecidos estos puntos busqué en seguida la naturaleza de mi estribillo. Desde que la aplicacion debia ser variada con frecuencia, era claro que el estribillo debia ser breve. Una frase un poco larga habria presentado una invencible dificultad para variar con frecuencia en sus aplicaciones. La facilidad para variar estaria naturalmente en proporcion de la brevedad de la frase. Esto me condujo a tomar una palabra única como el mejor estribillo.

Entónces se ajitó la cuestion relativa al *carácter* de esta palabra. Habiendo resuelto que habria un estribillo, la division del poema en estrofas se presentó como un corolario indiscutible, formando el estribillo la conclusion de cada estrofa. Que esta conclusion, esta caida, para tener fuerza debia necesariamente ser sonora i susceptible de un énfasis prolongado, no admitia duda, i estas consideraciones me llevaron inevitablemente a la *o* larga como la vocal mas sonora, asociada a la *r*, que es la consonante mas vigorosa.

El sonido del estribillo quedaba determinado, era necesario escoger una palabra que encerrara este sonido i que al mismo tiempo estuviera en el mas completo acuerdo con esa melancolia que habia adoptado como tono jeneral del poema, En esta pesquiza era

absolutamente imposible no caer en la palabra *nevermore, nunca mas*. En realidad fué la primera que se me ocurrió.

El desideratum siguiente fué: ¿Cuál será el pretesto para el uso continuo de la palabra *Nunca mas*? Observando la dificultad que experimentaba para encontrar una razon plausible i suficiente para esta repeticion continua, no dejé de apereibir que la dificultad nacia únicamente de la idea preconcebida de que esta palabra, tan tenaz i monotonamente repetida, debia ser pronunciada por un ser humano, que, en suma, la dificultad consistia en conciliar esta monotonía con el ejercicio de la razon en la criatura encargada de repetirla. Entónces pensé en una criatura irracional i sin embargo, capaz de hablar, i mui naturalmente pensé en el papagallo, pero fué inmediatamente destronado por un cuervo, tambien capaz de hablar e infinitamente mas en armonía con el *tono* que se requería.

Habia pues llegado a la concepcion de un cuervo—el cuervo, pájaro de mal augurio!—repetiendo tenazmente *Nunca mas!* al fin de cada estrofa en un poema de un tono melancólico i de cerca de cien versos. Entónces buscando el superlativo de la perfeccion en todos los puntos me pregunté: De todos los asuntos melancólicos cuál es *el mas* melancólico segun la inteliencia *universal* de la humanidad?—La muerte, respuesta inevitable.—¿I cuándo, este asunto el mas melancólico de todos, es tambien el mas poético?—Por lo que ya he esplicado ampliamente se puede fácilmente adivinar la respuesta:—Es, cuando se une íntimamente a la belleza. Luego la muerte de una mujer hermosa es sin duda el asunto mas poético del mundo, i tambien es fuera de duda que el ser mas a propósito para desarrollar ese tema es un amante privado de su tesoro.

Tenia desde entónces que combinar estas dos ideas: un amante llorando a su querida muerta i un cuervo repitiendo continuamente *nunca mas!* Era necesario combinarlas teniendo presente el propósito de variar a cada paso la aplicacion de la palabra repetida; la única manera posible de verificar semejante combinacion era imaginar un cuervo sirviéndose de la palabra de que se trata para responder a las preguntas del amante. Fué entónces cuando ví toda la facilidad que se me presentaba para conseguir el efecto a que destinaba mi poema. Ví que podia hacer pronunciar la primera pregunta al amante a que el cuervo debia responder *nunca mas!*—que podia hacer de la primera pregunta un lugar comun—de la segunda al-

go ménos comun—de la tercera algo ménos comun todavía i así, hasta que el amante, saliendo en fin de su indiferencia por el carácter melancólico de la palabra, por su frecuente repeticion i por el recuerdo de la reputacion siniestra del pájaro que la pronuncia, se sintiera ajitado por una escitacion supersticiosa i lanzara locamente preguntas de un carácter mui diverso, preguntas apasionadamente interesantes para su corazon;—preguntas hechas mitad con un sentimiento de supersticion i mitad con esa desesperacion singular que saborea cierta voluptuosidad en su tortura;—no solo porque el amante cree en el carácter profético o demoniaco del pájaro (que le prueba la razon, no hace mas que repetir una leccion repetida por rutina), sino tambien porque experimenta una voluptuosidad frenética formulando así sus preguntas i recibiendo con el *nunca mas*, siempre aguardado, una herida repetida tanto mas deliciosa cuanto mas insoportable. En vista de esa facilidad que me ofrecia, o mas bien dicho, que se me imponia en el progreso de mi construccion, fijé primero la pregunta final, la pregunta suprema a que el *nunca mas* debia en último término servir de respuesta,—la pregunta a que el *nunca mas* da la réplica mas desesperada, mas llena de dolor i de horror que se pueda concebir.

Así puedo decir que habia principiado mi poema, por el fin,—como debieran principiar todas las obrar de arte;—fué entónces en este punto preciso de mis consideraciones preparatorias, cuando por primera vez puse la pluma sobre el papel para componer la estrofa siguiente:

«Profeta! ser de desgracia, pájaro o demonio, pero siempre profeta! Por ese cielo estendido sobre nuestras cabezas, por ese dios que adoramos, dile a esta alma cargada de dolor si en el lejano Paraiso podrá abrazar una niña santa que los ángeles llaman Leonor, abrazar una preciosa criatura que los ángeles llaman Leonor?»
El cuervo dijo «Nunca mas!»

Fué entónces solamente cuando compuse esta estrofa, primero para establecer el grado supremo i poder así, mas fácilmente, variar i graduar, segun su seriedad e importancia, las preguntas precedentes del amante; i en segundo lugar para fijar definitivamente el ritmo, el metro, el largo i el arreglo jeneral de cada estrofa, así como para graduar las estrofas que debian preceder, de manera que ninguna pudiera sobrepreparar a esta última en su efecto rítmico. Si hubiera tenido la imprudencia de construir estrofas

mas vigorosas, me habria empeñado deliberadamente i sin escúpulo en debilitarlas para no contrariar el efecto del *crescendo*.

Podria añadir aquí algunas palabras sobre la versificacion. Mi primer objeto era, como siempre, la orijinalidad. Hasta que punto se ha descuidado la orijinalidad en la versificacion, es una de las cosas mas inesplicables. Admitiendo que haya poca variedad posible en el ritmo puro, es siempre evidente que las variedades posibles de metro i estrofa son absolutamente infinitas, —i sin embargo durante siglos ningun hombre ha hecho jamas, ni siquiera ha parecido querer hacer nunca algo orijinal en versificacion. El hecho es que la orijinalidad, si se esceptúan los espíritus de una fuerza completamente insólita, no es de ningun modo un asunto de instinto o de intuicion como algunos suponen. En jeneral, para encontrarla, es necesario buscarla laboriosamente i,—aun cuando sea un mérito positivo del carácter mas elevado,—mas bien que el espíritu de invencion, es el espíritu de negacion el que nos suministra los medios de alcanzarla.

Es inútil decir que no pretendo haber sido orijinal ni en el ritmo ni en el metro del *Cuervo*.

El punto que debia considerar en seguida era la manera de poner en comunicacion al mante i el Cuervo, i el primer grado de esta pregunta era naturalmente el *lugar*. Pareceria que la idea debe en este caso presentarse por si sola, es un bosque o un llano; pero siempre he creido que un espacio estrecho i cerrado es absolutamente necesario para el efecto de un incidente aislado; le da la enerjía que el marco añade a la pintura. Tiene la ventaja moral incontestable de concentrar la atencion en un recinto pequeño, i esta ventaja, es inútil decir que no debe ser confundida con la que se puede sacar de la simple unidad de lugar.

Resolví pues colocar al amante en su cuarto,—en un cuarto santificado para él por los recuerdos de la que lo ha habitado. Representé el cuarto ricamente amueblado,—con el propósito de satisfacer las ideas emitidas respecto de la belleza que considero la única fuente verdadera de la poesia.

Determinado el lugar era necesario introducir el pájaro, i la idea de hacerlo entrar por la ventana era inevitable. Que el amante suponga, en el primer momento, que el movimiento de las alas del pájaro contra la ventana es un golpe que han dado en su puerta, es una idea nacida de mi deseo de aumentar la curiosidad del lector i tambien para dar cabida al efecto incidental de la puerta

completamente abierta por el amante, que solo ve tinieblas, i que desde ese momento puede adoptar la idea fantástica de que es el espíritu de su querida el que ha venido a golpear la puerta.

Hice que la noche fuese tempestuosa, desde luego para explicar ese cuervo que busca hospitalidad, en seguida para crear el efecto del contraste con la tranquilidad material del cuarto.

De la misma manera hice que el pájaro trepara sobre el busto de Palas para crear el contraste entre el mármol i el plumaje. Se adivina que la idea del busto ha sido únicamente sujerida por el pájaro; el busto de Palas fué escojido no solo por su relacion íntima con la erudicion del amante, sino tambien por la sonoridad misma de la palabra Palas.

En la mitad del poema he aprovechado igualmente la fuerza del contraste para preparar la impresion final. Le he dado a la entrada del cuervo un aire fantástico, que se acerca a lo cómico cuanto podia permitirlo el asunto. Entra *«con un tumultuoso movimiento de alas. No hizo la menor reverencia; no se detuvo, no vaciló un minuto; i con el aire de un lord o de una lady, se colgó encima de la puerta de mi cuarto»*...

Habiendo preparado de este modo el efecto del desenlace abandono inmediatamente el tono fantástico por el de la seriedad mas profunda. Desde ese momento el amante deja el tono de la burla; ya no ve nada de fantástico en el pájaro. Habla de él como de un *pájaro triste, siniestro, flaco i augural de los antiguos tiempos, i siente los ojos ardientes que lo quemán hasta el fondo del corazon*. Esta evolucion de pensamiento esta idea en el amante, tiene por objeto preparar otra análoga en el lector, llevar el espíritu a una situacion favorable para el desenlace, que ahora va a venir tan rápida i directamente como sea posible.

Con el desenlace propiamente dicho, espresado por el *Nunca mas* del cuervo, respuesta lanzada a la pregunta final del amante, —si volverá a encontrar su querida en otro mundo— puede considerarse terminado el poema en su faz mas clara, mas natural, la de una simple narracion. Hasta aquí todo ha quedado en los límites de lo esplicable, de la real. Un cuervo ha aprendido por rutina la frase *Nunca mas*, i habiéndose escapado a la vijilancia de su propietario, se vió obligado, en la mitad de la noche, por la violencia de la tempestad, a pedir refujio en una ventana en que brilla todavia una luz, la ventana de un estudiante sumerjido a medias en sus libros, a medias en los recuerdos de su querida muerta,

Abierta la ventana el pájaro va a encaramarse en el lugar mas conveniente i fuera del alcance inmediato del estudiante, quien divirtiéndose con el incidente i la conducta singular de su visita, le pregunta su nombre como por broma i sin aguardar una respuesta. El cuervo interrogado, responde con su frase habitual *Nunca mas*,—frase que encuentra inmediatamente un éco melancólico en el corazon del estudiante i éste, espresando en voz alta los pensamientos que le sujiere su situacion, es impresionado otra vez por la repeticion del *Nunca mas*. El estudiante se entrega a las conjeturas que le inspira el caso presente; pero es arrastrado bien pronto por el ardor del corazon humano a torturarse así mismo, i tambien por una especie de supersticion, a proponer al pájaro preguntas escogidas, de manera que la respuesta esperada, el intolerable *Nunca mas*, debe traerle a él, el amante solitario, la mas horrible cosecha de dolores. En ese placer de torturarse el corazon llevado a su último limite, el relato, en lo que he llamado su primera faz, su faz natural, encuentra su conclusion natural, i hasta aquí nada se ha mostrado que traspase los límites de la realidad.

Pero en asuntos tratados de esta manera, sea cual fuere la habilidad con que se trabaje, sea cual fuere el lujo de incidentes que se sponga, hai siempre cierta aspereza, una desnudez que choca al ojo de un artista. Hai dos cosas que son eternamente necesarias: una, es cierta suma de complejidad o mas propiamente de combinacion; la otra, es cierta cantidad de espíritu sugestivo, algo como una corriente subterránea de pensamiento, no visible, indefinida. Es esta última cualidad la que da a una obra de arte ese aire opulento que con demasiada frecuencia tenemos la necedad de confundir con el ideal. Es el exeso en la espresion de lo que solo debe ser insinuado, en la mania de hacer, de la corriente subterránea de una obra, la corriente visible i superior, lo que cambia en prosa i en prosa de lo mas vulgar, la pretendida poesia de los *sedicente—tradicionalistas*.

Penetrado de estas ideas añadí las dos estrofas que cierran el poema. Su calidad sugestiva estaba destinada a irradiarse sobre toda la relacion que precede. La corriente subterránea del pensamiento se deja ver por primera vez en estos versos:

«Arranca tu pico de mi corazon i precipita tu espectro léjos de mi puerta!—El cuervo dijo: *nunca mas!*»

Se notará que las palabras *de mi corazon* encierran la primera espresion metafórica del poema. Estas palabras con la respuesta

nunca mas, disponen el espíritu para buscar un sentido moral en toda la narracion desarrollada anteriormente. El lector principia desde entónces a considerar el cuervo como emblemático;—pero solo en el último verso de la última estrofa le es permitido ver distintamente la intencion de hacer del cuervo el símbolo del Recuerdo funebre i eterno:

«I el cuervo inmutable, está siempre instalado sobre el busto de Palas, justamente encima de la puerta de mi cuarto; i sus ojos parecen los ojos de un demonio que sueña; i la luz de la lámpara que lo baña proyecta su sombra sobre el piso, i mi alma fuera del círculo de esa sombra tendida i flotante sobre el piso, no podrá ya elevarse,—*nunca mas!*»

EDGARDO POE.

SÓCRATES I PASCAL

EL DEMONIO DE SÓCRATES I EL AMULETO DE PASCAL.

I.

Sócrates ha dicho, i toda la antigüedad creyó, que tenia un jé-
nio o un demonio cuya voz oía i que lo dirijia en sus actos. Es
cuestion dudosa la de saber como debe entenderse esta comunica-
cion del filósofo con un ser sobrenatural. Lelut examina esta cues-
tion i discutiéndola con toda la luz que suministra la medicina,
única ciencia competente en semejante materia, no vacila en de-
clarar que Sócrates padecia esa forma de locura que en lenguaje
técnico se llama *halucinacion*. La halucinacion es una especie de
ilusion en que se da cuerpo real a las impresiones, i se ve, oye o
siente objetos que no existen mas que en la imaginacion.

Antes de ir mas léjos, esponamos el estado mental de Sócrates,
tal como ha sido descrito por Jenofonte, Platon i algunos otros.
Estos datos suministrados por discípulos del filósofo que fueron
con frecuencia testigos de los hechos que cuentan, no pueden ser
sometidos a ninguna denegacion. Mas aun, llevan en si mismos un
carácter intrínseco de verdad: están de tal modo en armonia con
lo que la medicina observa diariamente, las esprecciones de que Só-
crates i sus discípulos se han servido recuerdan a tal punto el len-
guaje especial de los halucinados, que todo ese conjunto no puede
ser puesto en duda.

«El favor celeste, dice Sócrates, en el *Theages* de Platon, me ha concedido un don maravilloso que no me ha abandonado desde la infancia: es una voz que, cuando se deja oír, me aparta de lo que iba a hacer. Si uno de mis amigos me comunica algun proyecto o algun designio i oigo la voz, es una señal segura que ella no aprueba este designio i que me aparta de él; puedo citarles testigos: Uds. conocen al hermoso Charmide, hijo de Glaucon; un dia vino a comunicarme el propósito que tenia de ir a disputar el premio de la carrera en los juegos nemeos. Apenas principió a hacerme esta confidencia, oí la voz. Lo disuadí de su propósito diciéndole:—«Mientras te hablo, he oído la voz divina, no vayas a Nemea.» Mas adelante Sócrates dice todavía: «Cuando Timarco se levantó de la mesa con Filemon, solo ellos dos estaban en la conspiracion; él me dijo levantándose:—¿Qué tienes? Continúen Uds. bebiendo; yo tengo que salir, pero volveré en un momento, si puedo. Entónces oí la voz i le dije:—No salgas, he recibido la señal acostumbrada. El se detuvo; pero algun tiempo despues, se levantó de nuevo i me dijo:—Sócrates, yo me voi. Oí de nuevo la voz, i de nuevo lo detuve. En fin, queriéndose escapar por tercera vez se levantó sin decirme nada, i aprovechando un momento en que yo estaba preocupado salió e hizo lo que lo condujo a la muerte. Por eso dijo a su hermano lo que yo ahora les repito, que iba a morir por no haber querido creerme.»

Por estos pasajes i otros muchos análogos que seria mui largo recordar, se vé que Sócrates oía una voz que le hablaba, le daba consejos i advertencias en caso necesario. Notad que se sirve de la palabra voz; en efecto, no queria referirse a sus propios pensamientos; era un sonido lo que oía, un ser estraño quien le hablaba, en una palabra era una ilusion del sentido del oído lo que Sócrates tomaba por una realidad. Esa voz él la llamaba el dios, el jénio i la miraba como una prerrogativa rara entre los hombres. Tenia en ella una fé absoluta, i Jenefonte dice formalmente, que nada en el mundo habria podido decidirlo a hacer lo que la voz le habia prohibido.

Esto no es todo; Sócrates padecia otro accidente: una especie de éxtasis o arrobamiento que a veces lo absorbia en medio de la conversacion de sus amigos. Se conserva la narracion de uno de sus éxtasis que se prolongó mucho mas que los otros: fué en el sitio de Potidea donde Sócrates cayó en ese estado. El sitio duró tres años. Durante el invierno Sócrates habia andado con los pies desnudos

sobre la nieve, vestido a la lijera como de costumbre, lo que asombró mucho a sus amigos i sus compañeros de armas. Llegó el verano, i un día le encontraron de pié en el campo, mirando fijamente el sol, como ciertos enajenados. Van i vienen al rededor suyo, lo señalan con el dedo; Sócrates no se preocupa. Llega la tarde; los soldados jonios traen sus camas en ese lugar, para observar si pasará la noche en la misma posicion. Fué lo que sucedió, i solo al día siguiente, al levantarse el sol, despues de hacer un gran saludo al astro, Sócrates se retiró lentamente a su tienda, sin decir una palabra i sin prestar atencion a los que lo seguian estupefactos de una escena semejante.

Está bien demostrado que Sócrates oia una voz, que la referia a un ser colocado fuera de él, que llamaba a ese ser el dios o el jénio, que recibia de él comunicaciones continuas en que se fiaba enteramente i que dirijian su conducta; de manera que ese ser tenia para Sócrates una existencia verdadera, que su voz era un sonido que él oia, i que articulaba palabras perfectamente distintas para su oido. Insisto mucho en todas estas circuntancias porque son características. Sócrates no se atribuia a si mismo los pensamientos que eran sugeridos de este modo; los atribuia a un demonio que le hablaba en voz alta e intelijible. No creia oir, porque creer oir es la halucinacion de la razon; él oia positivamente palabras i un discurso, sin que el aire vibrara i sin que ninguna boca se acercara a su oido, es la halucinacion de la enfermedad.

Es necesario discutir estos hechos i ver de que interpretacion son susceptibles. Nadie admitirá en este caso la intervencion de un ser sobrenatural; hace ya largo tiempo que esas viejas supersticiones se han desvanecido; no queda entónces mas que la alternativa de creer o que Sócrates era un impostor que se jactaba de tener comunicaciones divinas o que era un alucinado. La suposicion de la impostura no puede sostener un sério exámen. Sócrates fué durante su vida entera observador de una rijida moral i consagrado al cumplimiento de lo que él miraba como su deber, hasta aceptar el martirio i beber la sicuta. Se atribuye a si mismo una especie de apostolado en Atenas. Notable por singularidades de conducta que provenian evidentemente de sus halucinaciones, pero que se armonizaban con la grandeza del pensamiento i el poder de la voluntad, persiguió hasta una edad avanzada el objeto de su mision i no dejó jamas entrever en sus actos algo que no fuera un móvil elevado, el amor de lo bueno i de lo bello. Una impostura

tan larga se habría desenmascarado por momentos; un papel semejante no habría podido ser desempeñado con la habilidad necesaria para que el actor no se descubriera. I por lo demás, solo la convicción da poder a la palabra i Sócrates no hubiera influido tanto sobre el espíritu de los hombres si hubiera sido un miserable juglar que se burlaba de la credulidad de sus contemporáneos. Es necesario pues volver a la opinión de que Sócrates oía realmente la voz del dios que él decía oír; pero como nada hablaba, como esa voz no era real, resulta que era víctima de una ilusión, hasta el punto de no tener conciencia de ello i no poder dejar de dar un cuerpo a las palabras que resonaban en sí mismo i para él solo. Esta es una halucinación positiva, i la halucinación tiene su lugar entre las perturbaciones mentales que abraza la medicina.

No puede quedar a este respecto la menor duda cuando se compara el estado mental de Sócrates con una multitud de casos análogos que los médicos tienen diariamente ocasión de observar. Las formas de la halucinación son muy diversas: ya el enfermo tiene visiones, a veces siente contactos, en otros casos estas diferentes especies de halucinación se combinan entre sí. Entre las que se encuentran con frecuencia se halla la halucinación que experimentaba Sócrates. Oír una voz, recibir consejos de un ser sobre natural visible o invisible, conversar con los ángeles, con los demonios, con Dios, son jéneros de locura bien conocidos de los médicos i frecuentemente observados.

La antigüedad no había estudiado bastante los fenómenos de la medicina mental para constatar con certidumbre todas las formas de las perturbaciones intelectuales. El progreso de los trabajos ha dado a los médicos modernos la facultad de señalar con precisión los caracteres de muchas lesiones mentales; i en este jénero de hechos, las bases del diagnóstico están tan bien sentadas, que se puede por un juicio retrospectivo, apreciar el estado intelectual de ciertos hombres cuya biografía nos ha sido conservada, i someterlos a una especie de exámen médico. Esta aplicación de la medicina a la historia arroja luz sobre muchos móviles oscuros que han empujado en diversos sentidos el jénero humano. La demonología ha desempeñado un gran papel en el mundo, i ahora es evidente, para todo espíritu desprendido de preocupaciones que solo es un resultado de alucinaciones, una locura adoptada por la razón contemporánea. Todo ese período final de la edad media que fué presa de los hechiceros, en que el fuego de las hogueras devoró tan-

tos millares de cerebros trastornados, i en que la ferocidad luchó con la locura, presenta un conjunto de circunstancias de que solo puede darnos razon la medicina histórica. Leuret, en sus *Fragmentos de Sicología* ha desarrollado este punto i puesto fuera de duda el carácter de enajenacion mental de los pretendidos hechiceros. A la misma categoría pertenecen las apariciones de muertos, las visiones de ángeles, demonios o jénios, las comunicaciones con los seres sobrenaturales, las inspiraciones de los profetas i las revelaciones de las religiones. Miéntras los hombres creyeron que el cielo estaba cerca de su cabeza, que el trueno rujia en la mansion celeste, que su tierra estaba colocada en el centro del mundo i cubierto por el firmamento como por un pabellon, se han complacido en ver incesantemente al rededor suyo las manifestaciones corporales de las fuerzas i los poderes sobrenaturales; pero, a medida que las inmensidades del universo se han ido estendiendo delante de sus miradas, a medida que su imaginacion se ha hecho incapaz de concebir los límites, el globo terrestre no ha sido ya mas que un pequeño planeta en el sistema solar; el sistema solar, mas que un punto entre los millones de estrellas que nuestros ojos aperciben, i esos millones de estrellas, mas que una nebulosa oscura perdida en los espacios sin límites. Los fantasmas han desaparecido; la multitud creia en ellos sin haberlos visto; pero los que los vieron realmente, los que los oyeron, los que sintieron su aliento i recibieron sus lecciones, los que refirieron sus palabras i sus órdenes, esos fueron los alucinados, tanto mas inquebrantables en su fé quanto que ésta habia tomado una forma corporal.

Es evidente que la locura ha ejercido una gran influencia sobre el destino de los pueblos i el que se estrañara de esto probaria con su estrañeza que conoce mui poco las analogias que tiene con la razon. Engaña todas las miradas cuando tiene un carácter conforme con las opiniones dominantes, i entónces su accion sobre los otros es tanto mas fuerte quanto que ella determina irresistiblemente la voluntad i puede ir unida con las facultades mas elevadas i poderosas: lo prueba Sócrates, reformador de la filosofía griega; lo prueba el Taso, conversando en un lenguaje magnífico con el jénio que sus alucinaciones evocaban. Un médico que ha sido célebre, Van Helmont, afectado del mismo jénero de locura vió un dia su alma bajo la forma de una llamita, i esta vision le sujirió un sistema de medicina que durante largo tiempo ha metido bulla en las escuelas, que ha sido comentado por jentes razona-

bles i' que en el fondo contiene algunas apreciaciones útiles para el momento en que apareció.

No nos apartaremos de nuestro propósito refiriendo algunas observaciones de locura que Lelut ha consignado en su libro como documentos comprobantes.

«P... viejo todavía mui verde, de una constitucion fuerte, temperamento sanguineo, fué encerrado en la division de los locos hace 5 o 6 años. El 5 de febrero de 1813, despues de algunas semanas, algunos meses quizá, de inspiraciones lijeras i por decirlo así interiores, *Dios se le apareció*, por primera vez *en toda su gloria*, i le anunció que era su hijo, su enviado, encargado por él de anunciar su voluntad a los hombres i operar por sus exhortaciones la reforma del Estado social. Esto no le impidió continuar siempre ejerciendo su oficio de zapatero i conducirse como ántes, con todas las apariencias de una razon perfecta. Solo dos meses mas o ménos ántes de su entrada en Bicetre, i por órden formal de Dios, que lo visitó ese dia, P. dejó de trabajar i permaneció durante seis semanas encerrado voluntariamente en su cuarto, medio desnudo, sin comer nada o comiendo mui poco, ajitado por advertencias divinas reiteradas i la exaltacion que era su consecuencia. Eso fué lo que determinó su admision en el patio de los locos el 8 de octubre de 1829. Estaba en ese momento mui tranquilo.

Desde entónces su estado no ha variado. P. se cree en comunicacion con Dios, de quien se dice *el hijo mui querido*. Las falsas percepciones en que funda esta creencia, son casi puramente relativas al sentido del oido, i no se acompañan de ninguna incoherencia jeneral en las ideas, de ninguna exitacion, de ningun error de conducta. Independientemente de las dos visiones, halucinaciones de la vista, de que he hablado, ha tenido despues dos o tres mas. En una de ellas *ha sido arrebatado en espíritu hasta el trono de Dios en compañía de la Virgen Maria, i ha ido a sentarse a la derecha de su divino padre*. Por lo que hace a sus falsas percepciones habituales, es decir, sus halucinaciones del oido, algunas veces Dios es quien le habla en persona, otras veces el Ser Supremo se sirve del arcánjel Rafael como intermediario, como se servia del ánjel Gabriel para enviar a Mahoma los artículos de la lei musulmana. El divino mensajero le dá con frecuencia advertencias mui largas i mui esplicitas, que P. escribe con gran cuidado i de las cuales me han trasmitido muchas. Leyéndolas, salvo la diferencia del tiempo, el lugar i las personas, se creeria leer un capítulo del

Coran, solo que en éste hai un poco de ménos incoherencia. En una de esas advertencias se encuentran observaciones bastante buenas sobre el valor del arte médico; sobre la intervencion de la Divinidad en la curacion de las enfermedades, tiene ideas que recuerda las del buen Pareo: *yo lo asistí, Dios lo curó.*

A veces sucede que durante largo tiempo la voz, las inspiraciones, todo se calla. P. vive entónces con su pasado. Pero no por eso deja de estar persuadido de la realidad de esas falsas percepciones, i aguarda con tranquilidad que vuelvan a empezar, bien convencidos que no pueden ser de otra manera. Uno de esos intervalos ha durado, a mi vista, doce a trece meses mas o ménos, i la fé del profeta no ha sido absolutamente debilitada.

Desde hace uno o dos años se le ha formado en cada ojo una catarata. P. casi no ve i necesita hacer escribir sus advertencias divinas por uno de sus compañeros. La forma pierde, pero el fondo queda el mismo. P. sin embargo, se resiste a toda operacion sobre los ojos: «Dios le volverá la vista cuando sea tiempo.» He tratado de llamar vivamente su atencion hácia la necesidad de una operacion quirúrgica, a fin de que durante el sueño alguna advertencia divina, reflejando esa escitacion, lo indujera a que se dejase operar. El resultado ha sido contrario a lo que yo esperaba: Dios se ha opuesto a la operacion.

P. en este momento sufre de escorbuto, es decir de una enfermedad grave i esencialmente debilitante. Esto no ha cambiado en nada su estado de halucinacion i de fé religiosa, ni tampoco ha jeneralizado el delirio. No hai en él nada mas que lo que siempre ha habido, es decir falsas percepciones del oido que continuan desde hace 23 años. Las de Mahoma, si solo se las cuenta desde su salida de la gruta del monte Hará, no han durado quizá tan largo tiempo.»

Hé aquí una segunda observacion del mismo jénero: Lelut despues de haber recordado los antecedentes del enfermo continua:

«El jubileo de 1825 tiene lugar. R. toma en él parte con fervor, va a las iglesias, asiste a las predicaciones de los mas elocuentes misioneros. Entónces aparecen sus primeras halucinaciones. Le parece que en su epigastrio resuenan palabras mui claras pero no como las que se apercibe por el oido, i bien fáciles de distinguir de estas últimas. Estas palabras que forman profesías, parábolas, se acompañan de una sensacion de bienestar mui grande, de un calor que se irradia; sumerge a R. en el asombro, en el éxtasis i lo

hacen multiplicar sus ejercicios piadosos. El apetito disminuye; el sueño desaparece; la noche se pasa en oraciones. Una de esas noches de fervor, durante una oracion, R. vé de repente aparecer, en medio de las nubes un disco luminoso tan grande como el sol, pero no tan radiante; una voz habla desde ese disco i dice a R: «Los niños que yo bendicere serán benditos i los que yo maldiga serán malditos hasta la tercera i cuarta jeneracion» R. que reconoce la voz [de Dios, entra en comunicacion con el Ser no creado, i le dirige muchas preguntas que no son todas contestadas. La conversacion duró tres cuartos de hora. R. principió a saber entónces cuales eran los designios de Dios respecto de él. Al terminar, el Eterno le dijo que se fuera a acostar. Esta vision es la única que haya tenido, despues las revelaciones aumentaron i casi no se interrumpieron; pero las palabras que oía eran mui diversas de las de la vision. En esta última en efecto las palabras eran absolutamente semejantes, a las que se oye por el oido, lo que no sucede con las palabras, (epigástricas) de las revelaciones. La vision ha decidido la suerte de R. es el Mesías que debe venir al fin de los siglos para reunir todas las naciones en la misma creencia i preparar el juicio final. En esta calidad ha principiado a hacer profesias a sus compañeros de trabajo, i ha tratado de tener conferencias con el abate M. i con el arzobispo de Paris. Viendo que no podia llegar hasta este último, escaló un dia durante el servicio de misa la reja del coro de la catedral, a fin dice él, de hacerse prender i poder dar a conocer los designios que no habia podido manifestar de otra manera: consiguió lo que queria. Lo condujeron a la prefectura de policia i de allí al patio de los locos el 12 de diciembre de 1827.

R. es el ejemplo mas marcado que conozco de una monomania sensorial, franca, libre de todo delirio jeneral, sea de pensamiento, sea de accion. Si se le concede la realidad de sus revelaciones i de sus misiones, no solamente no es loco, sino que es lo que pretende ser, el Mesías. Antes de su vision, ántes de sus mas fuertes revelaciones, conocia mui poco las escrituras sagradas, que despues ha estudiado, i armoniza con mucho arte con sus creencias hasta el apocalipsis a que ha encontrado un sentido claro. «Jesucristo, dice él, es cierto que es hijo de Dios, ha venido para preparar el camino, pero no es el Mesías, eso no está escrito en ninguna parte.» Cuando habla de las desgracias que amenazan a los malvados al fin del mundo, sus ojos se humedecen con lágrimas; jime por las

penas futuras i solo entónces presenta su fisonomía algo de exaltado i un poco extraordinario.

Durante los catorce meses que R. ha estado en el patio de los locos, su manía no ha variado ni ha sufrido ninguna alteracion. No se manifestaba sino cuando, despues de haber ganado su confianza, se conseguia llevarlo al tema de sus halucinaciones. A parte de eso, era el hombre mas razonable i mejor que se pudiera encontrar. Rara vez pedia su salida del hospicio, i no la habria solicitado nunca haciendo el sacrificio de su creencia. A fines de 1828, consistió en hacerse cargo de funciones de sirviente, i las desempeñó con toda caridad.»

La lesion de que sufría la intelijencia de Sócrates era disimulada por las supersticiosas creencias del tiempo en que vivió. Las relaciones de los dioses o los jénios con los hombres, las inspiraciones de la Sibilas i las Pitónisas, la consulta de los Oráculos, la fé en los sueños, la creencia en las apariciones sobrenaturales, las comunicaciones con los manes de los héroes honrados en ciertos lugares, todo eso formaba un conjunto de opiniones i de hábitos en medio de los cuales el demonio de Sócrates podia hablar sin despertar sorpresa. Cuando el filósofo se decia en relacion con un jénio, no enunciaba nada que pudiese chocar a la razon de sus contemporáneos. Nadie estaba dispuesto a acusarlo de impostura o a tratarlo como loco. Sus compatriotas admitian sin escepticismo todos estos hechos de un órden maravilloso; i las halucinaciones de un espíritu enfermo encontraban naturalmente cabida en el cuadro de lo que formaba la razon de esos tiempos.

Pero si Sócrates hubiera vivido en otra época, en nuestros dias, por ejemplo, no habria podido escapar al fallo de la medicina a su respecto. Nos habria hablado de la voz que oia, del jénio que le hablaba; nos habria hecho confidencia de los consejos que recibia, habria sostenido, con la tenacidad de un loco que siente lo que siente, la existencia de un ser sobrenatural que dirijia su conducta; i, en la imposibilidad de admitir que fuera un embustero o que recibiera los consejos de un jénio, sus amigos lo habrían hecho examinar por un médico, que habria reconocido sin dificultad las halucinaciones de que padecia. Así su locura, oculta bajo el manto protector de la credulidad en medio de la cual lo habia arrojado la fortuna, habria sido descubierta en un siglo ménos ofuscado por creencias supersticiosas; i el pensador, poderoso aunque enfermo, que dió realmente un impulso nuevo a la filosofía, habria

sido relegado sin gloria entre las inteligencias trastornadas. Tan cierto es que la fortuna i la reputacion de los mortales dependen de todo lo que los rodea, que son el juguete de las mas pequeñas como de las mas grandes circunstancias, que nada es mas movible que la luz con que los hombres se han visto así mismos i son vistos por la posteridad, i que mientras mas se penetra en las profundidades de la historia mas se siente que ahí, como en los fenómenos del mundo material, lo verdadero perpetuamente oculto bajo lo aparente, debe ser desenterrado por el trabajo.

II.

Despues de publicar su estudio sobre el demonio de Sócrates Lelut no ha perdido de vista la idea científica que lo habia inspirado, la idea de que la halucinacion, en vista de la constitucion moral del hombre, ha desempeñado un papel necesario, inevitable, en la historia del mundo, papel que solo acaba de concluir en las sociedades mas avanzadas, pero que dura todavía en las poblaciones atrasadas. De esta misma fuente ha nacido su nuevo estudio sobre *El amuleto de Pascal*; i hoi por segunda vez me encuentro de acuerdo con él sobre el fondo de la cuestion. Entre los fisiólogos i los médicos de Europa, en quienes toda creencia en lo sobrenatural ya se ha estinguido, no queda para multitud de hechos referidos por la historia mas que la eleccion entre el fraude i la alucinacion; ahora bien! en jeneral, la eleccion no puede ser dudosa.

Veamos lo que significa este amuleto de Pascal:— despues de la muerte de este gran hombre se encontró cosido en su capa un papel a que daba tanto valor que siempre que cambiaba de vestido lo volvía a coser con sus propias manos en su nuevo traje. El papel escrito de manos de Pascal, contiene el compromiso de un cambio de vida i de consagrarse a Dios completamente. Pero lo que deja ver que no es un simple compromiso como el que se puede contraer consigo mismo, es la forma estraña que Pascal le ha dado. Para cualquiera que haya visto los escritos de este jénero, redactados por halucinados, el primer golpe de vista muestra que el escrito de Pascal pertenece a esta categoría. Por otra parte, encierra la enunciacion manifiesta de una vision en estos términos: «Desde cerca de las diez i media de la noche hasta cerca de las doce i media, fuego.» Es decir, que ese dia, el lunes 23 de noviembre de 1654, durante cerca de dos horas, Pascal tuvo la vision de

un fuego que tomó por una aparición sobre natural, i su conviccion fué tan fuerte que lo determinó a avanzar mas en el camino de la devocion i el rigorismo jansenista.

Se sabe que Pascal, desde el dia en que estuvo a punto de ser precipitado en el Sena, cerca de Nenilly, creia siempre un precipicio abierto delante de sus piés. Esta, a lo ménos, ha sido una tradicion constante entre los que conocieron a Pascal i sus descendientes inmediatos. Sin embargo, en este caso Pascal no se engañaba; sabia mui bien que ese precipicio, cuya intermediacion no podia apartar, a pesar de toda su voluntad, no tenía nada de real i era el producto de su cerebro perturbado. Entónces, como lo observa primorosamente Lelut, Pascal comprendia mui bien que a ménos de un milagro, que no era necesario, un precipicio no podia estar constantemente abierto a su lado; su razon relegaba entre las ilusiones lo que su ojo no podia dejar de ver. Pero en una vision en que él creia ver i oír a Dios no le sucedia lo mismo: su razon estaba de acuerdo con sus sentidos para engañarlo; creia en los milagros, en las apariciones, en las inspiraciones, i por eso aceptó sin vacilar la creencia en aquella que él mismo pensaba haber recibido.

«El caso en que el alucinado, dice Lelut, se engañará con mas frecuencia i facilidad sobre la naturaleza de sus falsas percepciones, será aquel en que sus ideas, en lugar de ser puramente personales, serán las ideas de una época, cuando ellas se unan con creencias que implican la accion de los poderes sobrenaturales sobre los sentidos. Así, en los siglos de renovacion social i de mayor fervor relijioso, cuando las miserias del mundo llevan los espíritus a implorar el socorro del cielo o a conjurar el poder del infierno, un espíritu a la vez mas piadoso i mas torturado que los otros, dirige con una concentracion esclusiva todos sus pensamientos hácia Dios o hácia los jenios secundarios cuya intervencion favorable o funesta le ha sido garantida por la historia misma de su relijion. El cerebro fermenta i se inflama; sus actos representativos, elevados a su mas alto poder, pasan de la idea a la sensacion. Hace un momento los ángeles buenos o los malos solo eran deseados o temidos; el espíritu se ilumina i ellos aparecen; hablan para consolar o amenazar. I como las halucinaciones no siempre son esternas, como ellas pueden estar en relacion con el centro nervioso interior, sensaciones internas, mas vagas, mas variadas, serán atribuidas a ese auxilio o a esa agresion sobrenatural. Hasta

palabras resonarán, no ya en el oído, sino en las principales rejionas de los centros nerviosos de la vida orgánica, por ejemplo en el epigastrio. En fin, por una especie de complemento de todos esos disfraces del pensamiento, se declarará un estado jeneral en que el cuerpo, no ménos comprometido que el alma, mezclará las emociones mas materiales con las aspiraciones mas etéreas, i que será referido por el halucinado a una intususcepcion del poder celeste con que se cree en relacion.»

Esto esplica mui bien como los halucinados, teniendo por lo demas una intelijencia segura i fuerte, son incapaces de reconocér el error que los acedia. Sus creencias establecen firmemente la existencia de ajentes sobrenaturales; a este respecto no les asiste la menor duda. Con esta disposicion mental que es la de todos los que los rodean, he aquí que estos ajentes se dejan tocar, se hacen ver, se hacen oír. De este modo, dos órdenes de hechos vienen a concurrir al mismo fin: una autoridad irrefragable les certifica lo que sus sentidos les muestra. ¿Qué intelijencia podría resistir a la coincidencia de dos pruebas semejantes? I por eso la historia muestra que en los tiempos de fé ninguna intelijencia ha resistido.

Por otra parte es necesario representarse bien la situacion de los halucinados en medio de las poblaciones que nos han precedido. Esa situacion en nada se asemeja a la que tienen ahora. La sociedad moderna se apoya únicamente en la declaracion del médico para determinar el estado de la halucinacion; i la medicina tiene a este respecto una opinion determinada sobre las visiones, las voces, las apariciones, en una palabra sobre todas las falsas sensaciones. En otro tiempo sus dominios no se estendian hasta allí; los alucinados eran juzgados a la luz de las creencias populares, i esas creencias venian en su apoyo. Segun que el halucinado se encontrara en relacion con los poderes bienhechores o maléficos de un órden sobrenatural, era el objeto de la veneracion o del terror; pero jamas era el objeto de la piedad médica. Su estado mental léjos de disminuir su influencia sobre los demas, la aumentaba; al mismo tiempo la confianza de entrar en comunicacion con un mundo superior robustecia su firmeza i su resolucion i con esto, si era un hombre de jénio i de iniciativa, su papel se hacia mas grande.

«Que las halucinaciones, dice Lelut, restrinjidas a un solo órden de ideas, puedan intervenir en los actos de una intelijencia rec-

ta por todo lo demas, sin quitar nada al poder de un espíritu con frecuencia superior, es lo que en los últimos diez años sobre todo ha demostrado hasta la saciedad el análisis antropológico, i lo que ahora está en estado de hacer ver todos los días. Que semejantes halucinaciones se referian particularmente a las épocas de la mas viva fé relijiosa i hayan por consiguiente dominado a los hombres que representaban con mas superioridad esa fé i esas épocas, ya no es contestable i quedará manifiesto para el que se dé el trabajo de ojear con un poco de atencion algunas pájinas de los anales del miticismo. Que semejantes alucinaciones en fin hayan tenido una gran parte en los estraños símbolos de esa fé de los antiguos pueblos, en las caprichosas encarnaciones de sus dioses grandes i pequeños, no será puesto en duda por el que convencido de todo el poder engañoso de la fantasia, reflexione un poco en la estravagancia, ahora todavia inesplicada de los millares de teogonias que tan diversas i tan semejantes, se dividen el cielo i la tierra desde los tiempos mas remotos hasta la época en que vivimos.»

Lo sobrenatural que es la base de todas las relijiones, tiene una doble fuente: 1.º nace de esa tendencia que tiene el espíritu humano de suponer en todas partes una voluntad semejante a la suya; obedeciendo a esa tendencia todos los fenómenos de la naturaleza fueron en otro tiempo personificados. En segundo lugar, las halucinaciones, es decir las visiones que acedían la imaginacion humana, tuvieron gran parte en la elaboracion de las teogonias. Así se formaron en las sociedades las raices de las relijiones que las han ido sucesivamente cubriendo con su sombra. Un desarrollo gradual ha ido poco a poco sutalizando los primeros datos del fetiquismo, en que están sumidos los pueblos primitivos, se pasa por marcadas gradaciones, al culto de los astros, a las formas variadas del politeismo que condensándose mas i mas llegan por fin al monoteismo. Todo descansa, pues, en definitiva, sobre las opiniones que los hombres se formaron al principio sobre la naturaleza de las cosas.

No vieron ni oyeron nada mas que lo que ahora se ve i se oye; pero todo se lo esplicaron de otro modo. Esa lenta esplicacion de las cosas es la historia misma: entre la idea de un dardo de fuego que un dios lanza de lo alto de los cielos i el conocimiento de los fenómenos eléctricos, entre las visiones que hacian patentes los seres sobrenaturales i la determinacion médica que los relaciona con

un estado patalójico del cerebro, se desarrollan todas las fases sociales cuyo desenvolvimiento nos presentan los anales humanos. Es una cadena no interrumpida en que el espíritu se acerca mas i mas al conocimiento real de las cosas, i el último término tiene su razon de ser en el primero; es una eliminacion en que concepciones mas i mas netas reemplazan a las antiguas concepciones hasta llegar al monoteísmo que ahora toca el fin de su faz social.

Las cosas no podian seguir otro camino: el estudio mental del hombre lo demuestra, la concepcion primitiva mas grosera i mas erronea es en definitiva, la aplicacion de las mismas facultades que hoy dan resultados que se acercan mucho mas a la realidad. Atribuir a un fetiche los bienes o los males, pensar que un jénio preside al curso de los astros, creer que el sol descansa durante la noche en el seno de las olas, o imaginarse en fin que las formas que se presentan delante del cerebro perturbado son seres reales, ¿qué era todo eso más que una primera hipótesis, una primera tentativa de esplicacion, i presisamente la que se presentaba con mas naturalidad? A medida que la esperiencia i la reflexion demostraron la insuficiencia de esas hipótesis primordiales, fueron abandonadas i sucesivamente reemplazadas por hipótesis mas apropiadas. Por otra parte ese primitivo error del espíritu humano era tanto mas inevitable, cuanto que en la naturaleza muchas cosas se presentan como un verdadero miraje, es decir mui distintas de lo que son. La tierra parece inmóvil, i sin embargo se mueve en dos sentidos a las vez con una rapidez inaudita; el sol es inmenso i se le ve pequeño; las estrellas son fijas, i delante de nuestra vista dan la vuelta a la tierra en 24 horas; hai objetos que hieren nuestra vista, voces que se oyen i sin embargo no son reales, son una halucinacion. ¡Cuántas causas de errores para el mundo antiguo! Cuántas rectificaciones debian hacerse con el trascurso de los tiempos!

Se estudiará con provecho en el trabajo de Lelut las deducciones en que muestra, como sensaciones fuertes, ideas exaltadas acaban por tomar los caracteres de halucinaciones verdaderas: «La halucinacion dice, es decir la sensacion falsa tomada i aceptada por una sensacion verdadera, casi no es mas que el resultado un poco forzado de un acto normal de la intelijencia, el grado mas elevado de la transformacion sensorial de la idea, son las ficciones de las artes elevadas a su última potencia, son los ensueños, sobre todo, trasportados del sueño a la velada, i en ambos casos unidos con sen-

saciones verdaderas nacidas de la acción del mundo exterior. No debemos pues asombrarnos que un fenómeno que se mezcla de una manera tan íntima i necesaria con todos los actos regulares del pensamiento, se mezcle también con esos actos cuando revisten un carácter opuesto. No podemos asombrarnos de que una especie de *materialización* de las imágenes que en las ilusiones i las halucinaciones es compatible con la rectitud de la razón, pueda en un gran número de circunstancias constituir por sí sola, la perturbación intelectual, principiársela, continuársela sola, persistir así durante toda la vida; sin tener casi más efecto sobre el juicio que darle por materiales un orden de sensaciones más.» Cuando se estudia los fenómenos de la halucinación, se les ve confundirse, por una gradación insensible, con el ejercicio regular de la inteligencia. En este caso, como en toda enfermedad, el estado patológico no es más que una forma, una alteración del estado sano, de que no se distingue por nada esencial. Siempre son las mismas fuerzas i las mismas propiedades las que están en juego. La halucinación no es más que un sueño con los ojos abiertos; en el sueño se ve objetos, se oye voces, i todo pasa como en el estado de velada, solo falta la realidad. La halucinación no es más que esas ideas que salen de improviso de las profundidades de nuestro ser i vienen a acediar nuestro espíritu a pesar de nosotros mismos; a lo menos estas ideas se asemejan i están completamente fuera del dominio de la voluntad. Si estas ideas toman cuerpo, se hacen verdaderas halucinaciones; si el paciente se deja dominar por ellas hasta creer en su realidad exterior, la halucinación deja de ser simple, i se complica con una perturbación de la razón. Esta deducción muestra cuanto importa al libre ejercicio de las facultades mentales preguntarse de donde surgen las ideas que nos preocupan, cual es su título i su valor. Este, como todos los estudios sobre las enfermedades conduce directamente a aplicaciones para la higiene del espíritu, quizás más descuidadas todavía que las del cuerpo. En ninguna parte se le encuentra formando un ramo de la educación misma. Los que reglan los trabajos i los hábitos que deben seguir las inteligencias jóvenes son literatos, metafísicos o matemáticos, tan impropios los unos como los otros para la tarea que les ha sido confiada; i son impropios porque nunca sus estudios les han enseñado las condiciones de desarrollo i de salud del espíritu, ni las circunstancias que determinan tan fácilmente perversiones de todo jenero. Mientras el estudio del hombre, que solo pertenece a la fisiología

no intervenga en el arreglo de estos métodos de estudio serán entregados al acaso temerario o a la rutina ciega.

Es verdad, como demuestra el estudio de la halucinacion, que una multitud de ideas, producidas por las impresiones pasadas o por la influencia del estado de las vísceras, llegan hasta apoderarse de nosotros mismos, hasta crear preocupaciones obstinadas, falsear el juicio i perturbar la razon. Sin duda que no se conseguirá nunca prevenir todos los desórdenes de la intelijencia, pero se evitarian muchos si se supiera combatirlos en su orijen. Bajo este aspecto no hai ejercicio intelectual mas saludable que el de interrogarse sobre lo que se piensa en un momento dado. Se combate así las falsas nociones ántes de que se hayan incorporado en nosotros mismos i en una época en que es todavia fácil desprenderse de ellas. Mas tarde el esfuerzo seria inútil; porque entónces llegan a ser una segunda naturaleza i no tenemos ya ni siquiera la facultad de discernir el móvil que dirige nuestros pensamientos i nuestros actos. Creemos tomar determinaciones libres i espontáneas i somos un autómatas movido por el impulso de opiniones i de inclinaciones disimuladas en el fondo de nuestro ser. Así para continuar citando ejemplos médicos, la hipocondria, ese azote de tantos individuos, podria en su orijen mas de una vez ser evitada. La hipocondria es una halucinacion que afecta las sensaciones interiores. Bajo la influencia de cierto estado del sistema nervioso, se desarrollan sensaciones dolorosas que el paciente refiere a los diversos órganos i cojido como en un lazo por esta falsa impresion, se cree presa de las enfermedades mas funestas. Su vida, que esta perturbacion simplemente nerviosa no compromete casi nunca, se prolonga es cierto, pero se prolonga en medio de las inquietudes mas afflictivas i de los sentimientos mas reales. En muchos casos un exámen riguroso, habria suprimido estos fenómenos puramente subjetivos, o a lo ménos, reduciéndolos a su justo valor, habria impedido que el individuo se dejara absorber por ellos.

Tomando en cuenta el estado mental de los antiguos, que reconocian lo sobrenatural, la halucinacion ha venido a desempeñar un papel en sociedad; i en efecto, en la antigüedad, se ha mezclado de una manera curiosa i singular con los negocios políticos, i en la direccion tanto de los imperios como de los individuos. Aquí, profetas i visionarios comunicaban las voluntades celestes, influyendo sobre las determinaciones de los pueblos i los príncipes. Allí, la pitonisa sobre su trípode sagrado profetizaba en verso, i

no habia negocio considerable en que no se quisiera conocer el pensamimiento del dios que la inspiraba. En otra parte, sacerdotes estáticos ajitados por un verdadero delirio presentaban a los ojos de la multitud el espectáculo de las extravagancias sagradas mas singulares. Es verdad que al lado de todo esto se encontraba un orden de instituciones fundadas, no sobre la halucinacion, pero sí sobre un estudio completamente quimérico de los fenómenos naturales. Se consultaba el vuelo de los pájaros, se examinaban las entrañas de las victimas, se estudiaba el ruido del trueno i los meteoros celestes; todo eso, en la creencia que el mundo sobrenatural se comunicaba por estas vias con los mortales i los instruía en lo que debía hacerse o evitarse. La halucinacion surjia espontáneamente en medio de todo esto, i las palabras que ella pronunciaba valian tanto como los *tripudia* de los pollos sagrados, o la interpretacion de los sueños o los augurios de las aves. Estamos tan alejados, nosotros los modernos, de estas concepciones, que nos cuesta imaginarnos toda la fuerza que tuvieron en otro tiempo i la imperiosa urgencia con que determinaban las voluntades de los hombres. Este mundo tan singular ha sido un mundo real; i móviles hoi completamente estinguídos, han sido en otro tiempo preponderantes.

Por otra parte, el desprecio surge fácilmente en nuestro espíritu en presencia de esos engaños. Sin embargo, es necesario guardarse de él; i yo quisiera inspirar al lector de éstas páginas el hábito de apreciar equitativamente a la antigüedad. Es necesario siempre colocarse con cordura en el verdadero punto de vista del desarrollo humano. Es verdad que los antiguos han caído en profundos errores; pero ¿cómo podrian haberlos evitado? ¿Donde estaba la luz que podia iluminarlos? Todo ese sistema de creencias, de instituciones i de hábitos habia tomado su forma con la misma espontaneidad con que se cristaliza un sedimento en el fondo de una ola tranquila. Todo estaba de acuerdo i en armonia, las opiniones de los hombres i las apariencias del mundo. Se amoldaban, como hoi nos amoldamos nosotros con las nociones que el tiempo i la herencia de sus antepasados les habian dejado, i nuestras ideas, que nos inspiran tanto orgullo, son hijas de sus ideas, que ellos tambien miraban con orgullo, cuando las comparaban con las de los bárbaros. A esa edad de la humanidad sucedió otra, en que como dice Schiller en una admirable estrofa, el fraile se flajeló en su celda i el caballero rompió su lanza en los torneos. Un mundo

nuevo habia salido de las ruinas del antiguo. La nocion mas filosófica del monoteismo arruinó todas aquellas instituciones en que se interrogaba el porvenir. Pero no por eso las locuras que se desprenden de las ideas relijiosas dejaron de persistir con una gran intensidad i con ese carácter que tenian en la edad precedente de ser tomadas por todo ménos por lo que realmente eran. Aun cuando se estableciera el monoteismo con cierto rigor filosófico se dejó subsistir el diablo, copia empuñada del mal principio admitido en las relijiones i filosofías orientales. Esta personalidad fantástica asedió los espíritus en la Edad media, i tuvo un lugar considerable en las opiniones i los actos de los hombres. Se vió entonces innumerables halucinados confesar en plena conviccion sus relaciones con el demonio, i jueces no ménos convencidos condenar esos desgraciados al suplicio. Aquí intervenia una cruel e inevitable fatalidad: jueces i hechiceros creian en la existencia del diablo; i cuando los hechiceros halucinados, confesaban haberlo visto, haberlo oido, haber ido con él al Sabbat, el juez encontraba allí, en actos i en palabras, lo que sus creencias mas firmes le habian inculcado, i en plena seguridad de conciencia, enviaba a morir individuos estrechamente ligados con el autor de todo mal. Así durante siglos, i hasta una época no mui alejada de la nuestra, las llamas brillaron incesantemente en toda la Europa, i devoraron sin tregua locos que una razon mas ilustrada somete ahora a un tratamiento médico. La ciencia a intervenido entre los condenados i los jueces, sacando la verdad escondida bajo las apariencias, i mostrando a la sociedad el cruel engaño en que se hallaba, ha borrado a la vez que una clase de crímenes, toda una série de juicios i suplicios.

Así marchan las sociedades. Mientras mas se cultivan, mas se despojan de las falsas nociones i mas se rectifica el punto de vista jeneral. El agente mas activo de esas transformaciones es la ciencia. Ella sustituye concepciones positivas a las concepciones hipotéticas, pero no arbitrarias, que han sido la obra de los hombres antiguos i la preparacion de los hombres nuevos. Tomar los fenómenos aparentes por fenómenos reales, ha sido el primer bosquejo científico, bosquejo del mismo orden que los trabajos mas complicados que han señalado el curso de los siglos; i el mismo espíritu que fué capaz, por su impulso primitivo i espontáneo, de trazar los lineamientos, era implícitamente capaz de todas las grandes cosas que debian producirse. Entre la humilde idea del salvaje que per-

onifica quién sabe qué en su fetiche, i que raciocinia a su manera sobre la causa de las cosas i los Aristóteles, los Descartes i los Newton, hai una cadena no interrumpida de efectos, i tradiciones que los ligan entre sí. A medida que se estudia mas la humanidad, se ve que sus raíces se hunden en el seno de todas las condiciones que arreglan los fenómenos de la vida sobre nuestro planeta.

Fué grande el servicio que prestó la astronomía a las naciones positivas cuando descubrió el verdadero sistema del mundo. La varilla de un májico no habria hecho mas; el cambio de decoracion fué visible; la tierra inmóvil principió a moverse con increíble rapidez, sino delante de los ojos del cuerpo, a lo ménos delante de los de la intelijencia. En ese momento el lugar del hombre en la creacion fué señalado; dejó de ser el hijo privilegiado; se vió o que era, viajero involuntario lanzado en los espacios sobre su tierra, átomo imperceptible en medio de los mundos infinites.

Grande tambien es el servicio prestado por la fisiología cuando aprovechándose del conocimiento de las halucinaciones nos ha probado que habian sido desconocidas en la historia i tomadas por pruebas irrefragables de lo sobrenatural. Desde entónces todas las visiones i apariciones han sido explicadas; un gran rasgo de luz se ha extendido sobre las edades anteriores; i, punto capital para la ciencia histórica, la íntima correlacion que une las épocas relijiosas nos ha sido revelada; porque si se quiere comprender cómo el estado mental de los tiempos modernos ha llegado a ser incompatible con las nociones teolójicas, es necesario comprender tambien cómo esas nociones se han armonizado completamente con el estado mental de los antiguos.

E. LITRE.

UN PERIODISTA DE LA COLONIA

LA GACETA JOCOSA (1).

I.

Al principiar este siglo circulaba en los corrillos i las fondas de Santiago una cuartilla de papel que pretendia ser el comentario espiritual i chistoso de los sucesos de entónces.

Esa cuartilla era la *Gaceta jocosa* uno de los muchos periódicos manuscritos de su tiempo i uno de los pocos que, mas a ménos encuadernados, han llegado hasta nosotros como una manifestacion espresiva e involuntaria de la vida colonial.

Tenemos a la vista en un grueso volúmen mas de doscientas de esas cuartillas reunidas por su autor o por alguno de esos benedictinos literarios dominados por la pasion de coleccionarlo todo. Solo el amor ciego de un padre o la pasion intemperante de un bibliófilo son capaces de esplicar la infatigable tenacidad del que ha reunido una por una esas cuartillas. Solo un padre podria tener la piadosa estravagancia de recojer aquellas hojas muertas para salvarlas del olvido; solo un erudito podia entrever la importancia

(1) La curiosa coleccion de esta *Gaceta*, forma un grueso volúmen en cuarto, manuscrito, propiedad ahora del señor don Benjamin Vicuña Mackenna. El primer número de esa coleccion es del 15 de octubre de 1802 i el último del 21 de febrero de 1815. Es casi completa durante los años 3, 4, 5; solo hai un número del año 2 i 3 del año 15. Se repartia tres i hasta cuatro veces por semana.

que tendrían aquellas páginas pueriles cuando se quisiese hacer el inventario del pasado.

Vamos a tratar de bosquejar la fisonomía de ese volumen interesante como un origen de nuestra prensa i un recuerdo de otra edad.

II.

Para nosotros el periodismo i el movimiento son sinónimos. Vivimos en una época de fiebre i la prensa que refleja esa infatigable actividad se ve obligado a cambiar a cada instante. Es el eco de nuestro amor i nuestro odio, de penas fugaces i goces mas fugaces todavía; hoy debe sonreír con la alegría de los que se sienten satisfechos, mañana con la amargura del que toca un desengaño. Todo esto exige un perpetuo cambio en la expresión de su fisonomía que debe tener la movilidad del aire i la fugacidad de la ola.

Pero en aquella época la vida no tenía ni esa actividad inmensa, ni ese perpetuo movimiento; la sociedad crecía es verdad, pero crecía lentamente, como crece un vegetal, de una manera paulatina e imperceptible que se escapa al ojo del día i que solo ven los años.

A esa sociedad sin movimiento corresponde un periodismo también sin movimiento, sin variaciones, ni accidentes.—I en este caso lo que haría sospechar la deducción lo realiza la historia. La fisonomía de la *Gaceta jocosa* tiene la inmóvil quietud de un oriental, es inalterable, es siempre igual, es la eterna repetición de las mismas cosas en el mismo tono.

Hai en ella es verdad ciertos cambios, pero son superficiales, epidérmicos:—cambia la fecha, cambian los pequeños accidentes que vienen a interrumpir la identidad pero no la monótona igualdad de su fondo i de su forma.

En la distribución inalterable de sus artículos se vé, se palpa, el espíritu de invariabilidad que la domina. En todos los números van uno detrás de otro siempre en el mismo orden, uniformes como los soldados en sus filas o mas bien como los frailes en sus procesiones.

Invariablemente debajo del título i la fecha hai en todos ellos un párrafo en que se trata de los asuntos extranjeros, lo que se pudiera llamar la crónica exterior,—entonces el exterior era Renca, Curacaví, e Melon, mui rara vez era Lima. Mas allá de este

horizonte estrecho la *Gaceta* no veía nada o a lo ménos nada que pudiera interesar a sus lectores i todavía dentro de ese horizonte todo lo veía con la vaguedad con que se dibujan los objetos en la penumbra.

Después de la crónica exterior siempre siguen uno o dos párrafos sobre noticias locales que vienen a completar las dos primeras páginas; la tercera está ocupada por una lista de obras nuevas i la cuarta por las promociones i avisos.

Este era el orden en que se colocaban todos los artículos que el autor trataba de vestir como Arlequin para justificar el nombre de *Gaceta* jocosa que había dado a su periódico. Pero es bien melancólico ese, pobre Arlequin crucificado que trata en vano de jesticular una sonrisa que no asoma nunca a sus labios, es bien penoso i hasta desesperante el espectáculo de esa eterna impotencia!

Para suplir el vacío de su ingenio apelaba el autor al procedimiento de fabricar los artículos con receta, haciendo una triste aplicación de la mecánica a las letras. Así las noticias del exterior las daba siempre enumerando los objetos traídos por un buque, o descubiertos en una cueva o bien haciendo la lista de las obligaciones que imponía un calendario grotesco.

Como una ilustración de este procedimiento transcribimos del número que corresponde al 11 de octubre de 1804 el párrafo en que da noticias de Curacaví.

«Se ha dado a luz, dice, la semana vijésima sesta del nuevo calendario, a saber:

Primer día:—Quedar como un negro

Segundo día:—Entrarse de rondon

Tercer día:—Pedirle peras al olmo

Cuarto día:—Arrancarse

Quinto día:—Pegar entre oreja i oreja

Sesto día:—Ser el capitán Araña

Sétimo día:—No sudar el ahorcado i sudar el Teatino.»

De esta manera daba cuenta la *Gaceta* de alguno de esos lances domésticos, transparentados en esa época para todos sus lectores. Hemos perdido la clave que servía para interpretarlos i darles interés i nos encontramos ahora en presencia de esos hechos como los viajeros en presencia de los jeroglíficos de Oriente. Por felicidad junto con la clave se ha perdido el interés de estos enigmas

que pueden despertar la atención de un curioso pero no la investigación de un erudito.

Cuando la *Gaceta* no daba bajo esta forma sus noticias lo hacia publicándolas como decretos de un jefe imaginario. Jeneralmente era ese jefe Choclo III, Rábano I, o cualquier otro nombre grotesco, o el Emperador Tomate I, como en el decreto que publica el 27 de setiembre de 1804.

«El Emperador Tomate I ha mandado que todos sus vasallos en los testamentos no entiendan que las mandas forzosas son de dos reales sino segun su caudal algo mas de los dos reales.»

La crónica local se limitaba a hacer al traves de algunas alegrías fastidiosas en fuerza de ser constantemente repetidas, alusiones tímidas al descuido de una calle, el blanqueo de los muros de una iglesia o al mal estado de la cruz de un campanario.

Aquí i allá suele encontrarse algun dato sobre el estado sanitario pero siempre tan vago i tan perdido entre esas pájinas monótonas que no vale lo que pudiera sacarse de ahí los gastos de tan penosa esplosion.

Donde el periodista gastaba su ingenio era en la sátira de su época que hacia bajo pretesto de enumerar las obras nuevas. No se crea por esto que encontramos en esa crítica ni la viveza, ni la festiva alegría o la cáustica amargura del periodismo moderno, nó, solo podemos encontrar en ella cierta malignidad. Vamos a reproducir algunos de los que hemos anotado al pasar de prisa por entre esas largas listas.

«Obras nuevas.—Tarifa chilena para sacar las cuentas de los matrimonios mas convenientes.

«Modo práctico de juntar el *Deo gratias* con la usura.»

«Método nuevo de enredar el *Don* con la firma.»

«Desengaños nupciales.»

«La mística a la moda por Frai Antonio Cómodo» etc, etc.

La seccion de Avisos es una continuacion bajo otra forma de la misma crítica, ahí se lee:

«Dase parte al público que hoi lo que importa es ser Albacea i no heredero.»

«Quien quisiera andar en cabeza sin tenerla entre a ejercicios.»

«Se da parte al público que en Chile se duerme de dia i se vela de noche.»

III.

He aquí el periódico que durante catorce años a lo ménos siguió con su frívola sonrisa el movimiento social. Debía responder i dejar satisfechas las exigencias de aquella época, porque de otro modo no se comprende una vida tan larga.—Debía tener cierto interés para los que veían transparentes sus alusiones hoy impenetrables.

Pero ahora, para nosotros, ¿qué significa esa Gaceta?

El literato verá en ella una medida del gusto de aquella época: gusto gótico por la alegoría, por lo artificial, por la disipación del injénio sin objeto i sin propósito, gusto que acepta aquellas chanzas pueriles, gusto inesplicable para los que han olvidado que según la frase espresiva del Gautama, los primeros hombres comían tierra i la encontraban deliciosa.—O bien se puede ver al través de esa constante alegoría el pensamiento oprimido por una legislación imperiosa que le niega su manifestación espontánea i natural i lo obliga a presentarse bajo el disfraz de la ficción.—De todos modos ese jénero literario solo se concibe que puede vivir en un pueblo que desconoce el buen gusto o desconoce la libertad.

El historiador encontrará desde luego en la existencia misma de esa Gaceta los primeros vahidos de una era nueva, de una necesidad mas elevada que principia a desarrollarse i jermínar oscuramente. Podrá apreciar en ella el valor de esos periódicos que de otro modo le habria sido imposible precisar i encontrará por último en la censura de un defecto o en la crítica de un vicio la prueba incuestionable de que ese defecto o ese vicio existían entre nosotros en esa época.

El hombre de imaginación impaciente delante de la figura del desconocido gacetillero, que se oculta tras el doble velo del anónimo i del tiempo, tratará de imaginar quien podía ser ese hombre mas maligno que malévoló, tan paciente, tan tenaz, con la locuacidad de un barbero i la curiosidad de un ratón i que, cosa importante, podía disponer del tiempo necesario para permitirse un placer tan vanal. ¿Era un jóven? era un viejo? Sería un fraile o sería un soldado?

En la colección que estudiamos hai tres números del año 1815, los tres encabezados con el *Viva el rei*. Aparte de esta manifestación realista no hai en ellos ni una sola palabra relativa al pode-

roso movimiento de esos días, ni de aprobación, ni de vituperio; esquisita reserva que no se comprende en la edad de las pasiones. — Luego no era un joven.

De 1802 a 1815, desde el primer número hasta el último de esa colección, la sociedad chilena había experimentado un cambio profundo en todas sus manifestaciones i sobre todo en su periodismo. Camilo Henríquez había seguido un camino revolucionario en la publicación de su *Aurora* comunicándole a la prensa un empuje enérgico que hacía pedazos las tradiciones del periodismo colonial. — Había hecho ver que la prensa era algo más que una charla insulsa entre comadres, i rompiendo el aislamiento en que se encerraba el periodismo lugareño había dilatado estensamente el horizonte de nuestras pasiones e intereses. Pues bien, al lado de Camilo Henríquez proseguía su obra el escritor de la *Gaceta jocosa*, completamente extraño al movimiento social, sin apercibirlo, sin comprenderlo al parecer, encerrado en sus antiguas formas alegóricas i su moralismo insípido. Solo entre las antiguas murallas heladas de un convento se comprende esa vida aislada, que continúa impasible su frívolo trabajo en medio de una sociedad sacudida por el vértigo revolucionario. Ese espíritu paciente, impasible, en que se ha impreso tan profundamente el sello de la tradición, debía ser el de un fraile.

¿Era un fraile viejo? — ¿quién sabe?

Lo único que puede formular la crítica en medio de estas afirmaciones vacilantes es que la vida del escritor de la *Gaceta* se ha consumido en jirar al rededor de cuestiones mesquinas con la eséril i fastidiosa tenacidad con que jira un moscardon al rededor de un candil, sin dejar mas huella en nuestra vida que la que deja un ala en el aire que ha zurcado!

Santiago, junio de 1873.

AUGUSTO ORREGO LUCO.

LOS HOMBRES GALANTES

DE CHILE.

I.

La galantería es el refinamiento de la civilización. Siempre que el arte brilla, que la industria florece, que el bienestar i la ilustración se hacen jenerales, dominan también las ideas galantes i caballerescas, i así como aparecen pintores, escultores i poetas célebres, así también pasean por los salones, en medio de las ricas porcelanas i de los bronce admirables, esos hombres elegantes i finos, que son objetos de arte vivos i que simbolizan las costumbres de su época.

Ya se comprenderá fácilmente que para que tales hombres existan se necesita de un teatro brillante: son como los grandes actores que no nacen en todas partes sino adonde hai afición i protección por el teatro. Por eso es que entre nosotros los hombres galantes nacieron con la república, es decir con nuestra civilización, con nuestro movimiento social, con nuestros adelantos materiales.

La galantería era flor desconocida durante la vida colonial. En aquella sociedad monótona, triste, pobre, silenciosa, apenas se comprendía cierto ceremonial de etiqueta; desde que no existía el salón, la tertulia, el club, el baile, el teatro, no había por consiguiente atmósfera respirable para los hombres galantes. Es cier-

to que no faltaron durante la colonia sus aventuras romanescas, sus dramas de argumentos conmovedores, pues en toda época i en toda sociedad ha existido el amor, i entónces como ahora habia tambien sus calaveras mas o ménos brillantes i sus Don Juan mas o ménos afortunados; pero este tipo comun corresponde al de nuestros héroes.

Los gobernadores españoles, muchos de ellos hombres de corte, no podian llevar en Santiago una vida galante. Las relaciones frias i poco íntimas que la política española les aconsejaba mantener con los criollos no era el menor de los inconvenientes. ¿Cuál fué el primero de entre ellos que rompió con ese estirado i ridículo ceremonial que hacía una falta de una sonrisa franca i de un apretón de manos afectuoso? Cabe este alto honor al señor Marin de Poveda, marqués de Cañada Hermosa.

Era el presidente de Chile, es decir el señor Marin de Poveda, un hombre de aspecto varonil i de maneras distinguidas; no era jóven ni hermoso pero poseia ese don especial que vale tanto o mas que la juventud i la belleza: la simpatía. Apasionado i ambicioso, soñaba con formar en Santiago, al rededor de su modesto palacio, una pequeña corte que reuniera todo cuanto de hermoso i elegante poseia entónces la capital colonial. De esta manera las noches se pasarían un poco mas agradablemente. La alta sociedad podría por lo ménos prolongar sus veladas hasta las diez de la noche en verano, sin que se la pudiera acusar de trasnochadora. Fué, pues, en esos salones semi-oficiales en donde se bailaron los mas alegres *cuandos* i los mas graves i solemnes *minues* de la época, donde se pronunciaron talvez las primeras frases galantes que hirieron dulcemente los sencillos oídos de las beldades santiaguinas.

Pero el presidente de Chile no solo tenia admiracion por la danza sino que tambien profesaba un culto profundo a las mujeres hermosas, entre las que descollaba una jóven de quince años, que en aquella época en que las mujeres se casaban de doce, era ya toda una señora formal. La bella niña llamada Valentina, pertenecia a una aristocrática familia, como que era sobrina del jeneral don Gaspar de Ahumada, que dió su nombre a la comercial calle que hasta ahora lo lleva.

Un dia Santiago amaneció febrilmente ajitado: veíanse salir de las casas solariegas mujeres que cuchicheaban en voz baja; penetrando al interior de las casas veíanse en los grandes salones

damas elegantes que demostraban en sus rostros i en los ademanes de su conversacion la indignacion i el asombro. ¿Cuál era la causa de este estraño movimiento? Tratábase de un escándalo brillante, cuyo autor habia sido el mas elevado personaje de la colonia, de un desaire a toda la sociedad santiaguina, de un acto galante del presidente para con la jóven Valentina, de que no se tenia precedente, de que no habia memoria hasta entónces.

El hecho se referia de la siguiente manera: la familia de Valentina habia salido a dar su paseo en calesa. Eran las tres de la tarde i al llegar a la plaza el aristocrático carruaje, entrando por la calle del Rei, habia perdido una de sus ruedas. Con motivo de este accidente las pacíficas mulas estuvieron en peligro de sublevarse. Por fortuna pasaba en esos momentos la carroza del presidente: el marqués se lanza fuera, detiene a las mulas, abre la puerta de la calesa, baja de ella a las hermosas damas i sombrero en mano las obliga a aceptar su dorada carroza. Hasta aquí el hecho era perfectamente correcto; pero lo que no se podia perdonar al presidente era el obsequio que habia hecho de su flamante carroza, la mas lujosa de Santiago, a la familia de Valentina.

Este hecho galante, el primero que recuerda la crónica caballescaca de aquella época, dió vida durante muchos meses a los salones de la capital. ¡Cosa estraña! hai quienes atribuyen a este acto de cortesia la separacion del marqués de Poveda del mando de la colonia. ¿La supicaz política española vió en esta galanteria un peligroso indicio de influencia criolla en el ánimo del presidente? Indudablemente: se creia sin duda que tales manifestaciones no solo comprometian la dignidad del representante del rei, sino la soberania misma del monarca.

Pero como todo pasa i se olvida, la era de los presidentes galantes no se estinguió con el marqués de Poveda. Pocos años despues Santiago, vestido de sus mas ricas galas, celebraba verdaderas fiestas reales para recibir dignamente al nuevo soberano que le enviaba el rei de las Españas.

El nuevo señor, que no era marqués sino simplemente caballero de Alcántara, se apellidaba Cano de Aponte, i era la figura mas arrogante que hasta entónces se habia paseado por las calles de la capital. Amable, obsequioso, galante, llegó a ser en poco tiempo el ídolo de las damas. Venia dominado por una gran ambicion que solo atenuaba algun tanto el noble deseo de transformar la ciudad en la cual debia pasar feliz i adorado el resto de sus dias.

Ya entonces la fisonomía de Santiago había cambiado notablemente; las ideas habían progresado demasiado; muchas familias francesas se habían establecido en la ciudad i modificado los costumbres. Se vivía ménos en la iglesia i mas en los salones; el vecindario se acostaba mas tarde i se levantaba también mas tarde, i la última moda del peinado i del traje principiaba a preocupar a las hermosas bisabuelas de nuestras abuelas. Ya nadie se asombraba, como en los tiempos del marques de Cañada Hermosa, de un hecho galante.

Una noche, una noche fria del mes de julio de 1708, grandes fiestas tenían lugar en los salones del presidente. Como dicen los cronistas de hoy i de siempre «todo lo que Santiago tenía de mas hermoso, de mas aristocrático i elegante se había dado cita en la ríjia morada.» Había la novedad de tocarse por la primera vez algunos instrumentos. Numerosas calezas esperaban a la puerta formando una larga fila i hasta jente *de tapada* se asomaban por las ventanas.

Esa noche estaba destinada a presenciar una galantería digna de Versalles.

Eran las diez i el baile se había interrumpido por un momento. Una de las mas hermosas i elegantes damas, doña Emilia de Uribe, había roto el rico collar de perlas que ocultaba su rosada garganta.

Las perlas cubrían el pavimento i los concurrentes, como otros tantos Buckingham, pisaban sobre ellas.

Este incidente desgraciado, que había entristecido algun tanto a la señora de Uribe, había también enfriado la fiesta.

Cano de Aponte se presenta al instante en el salón llevando suspendido en sus manos un collar de perlas mucho mas valioso que el que acababa de destruirse. Era la alhaja mas rica que hasta entonces había llegado a la colonia.

Todas las damas dirijieron al collar una de esas miradas profundas i ardientes que las mujeres fijan en las joyas.

El presidente se acerca galantemente a la señora de Uribe i envuelve al rededor de su lindo cuello las ricas perlas.

Todos los hombres aplaudieron involuntariamente; todas las damas, ménos la de Uribe, se mordieron los labios.

Cano de Aponte fué proclamado el hombre mas galante de Santiago; pero muchas damas no le perdonaron jamás esta galantería.

II.

La guerra de la independencia puso a la moda a muchos hombres. En esa época de incesante agitacion, de reveses i de victorias, se vivia mui rápidamente. ¡ cosa estraña! el salon estaba en íntima relacion con el campamento. Desde que los nombres mas aristocráticos de la sociedad figuraban en el ejército, el estruendo de las batallas resonaba con la misma fuerza en el corazon de las grandes damas que en el de las mujeres del pueblo. Todos estaban ligados por iguales sentimientos: el de la patria i el de los mas íntimos afectos.

Por eso cuando las campañas permitian un lijero interregno, cuando se suspendian las hostilidades por algunas horas, los salones se abrian de par en par i una juventud hermosa, entusiasta, valiente, enamorada de todo lo grande, se precipitaba en ellos. La amenaza del comun peligro habia hecho desaparecer la etiqueta, i un sentimiento jeneral de amor i de confraternidad estrechaba todos los corazones. Era mas difícil brillar en esos momentos desde que solo se estimaban las grandes dotes del espíritu i del corazon.

Los Carreras eran los héroes de estas reuniones así como eran tambien los primeros soldados del ejército. La popularidad gloriosa de que gozaban, el valor temerario i audaz, el talento superior, el jénio altivo, todo esto formaba al rededor de esos jóvenes una atmósfera de cariño, de admiracion i de incienso. José Miguel especialmente atraia sobre sí las miradas de todas las mujeres. Sus hermosos ojos que espresaban no sé qué profética inquietud, cierta predestinacion terrible oculta en el fondo de una dulce tristeza, le daba todo el aspecto de un héroe popular i de romance.

Se referia de él hechos de una galanteria temeraria. Una historia un tanto sarcástica, ha llegado hasta nuestros oidos. Se le habia invitado a un baile en Santiago i habia prometido a una dama que concurriria a él aun cuando fuera necesario perder una batalla. El dia de la fiesta llegó i José Miguel Carrera se encontraba a mas de ochenta leguas de la capital. Recordando súbitamente su promesa Carrera se puso en marcha recorriendo en veinte horas la inmensa distancia. Despedazado, jadeante, casi muerto entró en Santiago a las oraciones. Siendo indispensable reposar un momento para dar brío a su cuerpo i lucidez a su espí-

ritu, el galante soldado se arrojó en su lecho recomendando a su asistente le despertara a las nueve de la noche para asistir al baile. El buen hombre cumplió estrictamente con la orden i a las nueve de la mañana siguiente despertaba a su jeneral. Carrera habia galopado ochenta leguas, que tenia que volver a reconocer todavía mas de prisa, para dormir una noche en Santiago!

Pero hasta en el mismo dia de su trájica muerte, hasta en las gradas mismas del patíbulo, José Miguel Carrera fué siempre un hombre galante. Se sabe que cuando marchaba al suplicio divisó en un balcon a una hermosa dama, su amiga, que con los ojos anegados en lágrimas le veia marchar a la eternidad. José Miguel Carrera la sonrió dulcemente, descubriéndose ante ella con la misma cortesía que si lo hiciera en la Alameda de Santiago. Tal era el temple de aquellos hombres que arriesgaban su vida por la patria i por la mirada de una mujer hermosa!

Manuel Rodriguez, el célebre guerrillero, que hizo las campañas de las sorpresas i de los golpes audaces, brilló en los salones de Santiago en los mismos dias de la revolucion i del terror. Espíritu inquieto i turbulento desorientaba al enemigo con su admirable guerra de intrigas i de engañosas. Miétras se le perseguia en el campamento él se hacia presente en los salones, se le veia en la plaza pública i hasta en el palacio mismo de Marcó. Héroe mas propio del romance que de la historia sus aventuras tenian el prestijio de lo increíble. Hermoso i célebre encantaba a las mujeres porque finjia la pasion o la sentia verdaderamente, espresándola en un lenguaje apasionado i vehemente. El peligro continuo que rodeaba su vida i la zozobra que su presencia despertaba en los salones daba a sus aventuras un doble valor. Jugaba su cabeza en cada sonrisa i en cada frase galante.

Se referia que una noche, al salir de un salon, dando el brazo a una dama, un grupo de soldados españoles le esperaba para prenderle. Al verlos Manuel Rodriguez se dirijió a ellos.

—I bien, ya es nuestro! les dice con la mayor calma, estad prontos para prenderle.

Los soldados, creyéndole uno de sus jefes, le dejaron pasar. No se imaginaron un instante que ese hombre elegante i fino pudiera ser el terrible montonero.

Lady Dundonald, la esposa de lord Cochrane, juzgando a los hombres de la revolucion i a la revolucion misma, habia dicho una vez—«Es curioso que este país no haya sido libertado por

sus hombres mas sencillos i fuertes sino por sus hombres mas elegantes.»

I en efecto hasta en los mas serios i encumbrados personajes de la revolucion la galanteria era algo natural e inuata en ellos. Asi se decia de Blanco Encalada que habia capturado a la *Maria Isabel* «de guantes i corbata blanca.» Esta frase, de moda entónces, retrataba la vida íntima del héroe.

Nunca vió nuestro ejército figura mas aristocrática que la de Blanco Encalada. Aquel marino, mitad espartano i mitad parisiense, sabia arreglar admirablemente la severidad de sus deberes con la encantadora facilidad de sus maneras. Sorprendia encontrar ese temple de acero dentro de esa fisonomía delicada i de una acentuacion tan noble i franca.

Los años nunca debilitaron aquella rica naturaleza tan llena de fé i de entusiasmo; asi se vió en los dias de la segunda guerra contra España a ese anciano glorioso, levantarse casi del borde de la tumba i retar a la escuadra española a un duelo singular, con fuerzas iguales, casi cuerpo a cuerpo, como en los torneos caballescicos de la edad media. Era que el ilustre marino, a los setenta i cinco años, conservaba intacto el viejo espíritu animoso i galante de su época.

Otra figura que no seria justo dejar en el silencio, es la del jeneral Calderon, considerado como uno de los tipos mas acabados del hombre galante. Ese jefe, que no tiene pájinas brillantes en la historia militar de la república, que no fué vencedor ni vencido, ha dejado, sin embargo, una memoria que recuerdan con cariño las bellas damas de entónces i que aun viven.

Calderon habia tenido un nacimiento de príncipe; a lo que debia talvez en gran parte la rapidez de sus ascensos. Habia nacido capitán por gracia especial del rei de las Españas, que no concedia tamaño honor sino a los príncipes reales. Era amable i de una elegancia verdaderamente perfumada. Se decia que sus mejores victorias las habia obtenido en los salones; i así era la verdad por que sus mas grandes batallas las habia peleado sobre las alfombras de las casas de Santiago.

Se refiere de él un hecho que personifica al hombre: Calderon, ya viejo, tuvo sin estar enfermo el presentimiento de su muerte. El galante i ya achacoso paladin sufría talvez la nostalgia de los recuerdos. Se veía destronado por la nueva i brillante jeneracion que se alzaba a su vista. Calderon se preparó tranquilamente para

el largo viaje, despidiéndose de todas sus relaciones como si fuera a emprender una escursion de placer. El presentimiento habia sido tan leal i profundo que el dia siguiente, despues de haber estrechado la mano de su última amiga, moria tranquilo como un caballero que ha cumplido con el último de sus deberes.

El viejo jeneral murió mui oportunamente! A su espalda se alzaba ya la nueva jeneración en que figuró Carlos Bello, el poeta i novelista romántico de la época; Francisco de Paula Rodriguez, que siendo jefe de un batallon de la Guardia Nacional, hizo que su tropa rindiera las armas a la hermosa i distinguida dama a quien él rendia el culto de su corazon; Francisco Echeverría, llamado el *Monte Cristo* por su opulencia i esplendidez, i cuyo baile dado a la sociedad de Santiago, en que se veian inscripciones de brillantes en las murallas, se recuerda todavia como una fantasia oriental; Florencio Blanco, una especie de Octavio de Parisis, Luis Cousiño i tantos otros que brillaron como dioses en medio de esas masas de elegantes que no saben llevar un frac, ni decir una frase, verdaderas fuerzas negativas que hacen en los salones el papel de las poltronas.

VICENTE GREZ.

«NO HAI QUÉ BUSCARLE

CUESCO A LA BREVA.»

(TRADICION)

El 7 de febrero de 1736, llegaron a esta capital i fueron conducidas a la iglesia de la Compañía de Jesus, las primeras relijiosas traídas espresamente de Lima para que fundaran en Santiago el monasterio de las Trinitarias descalzas. Las relijiosas llegadas eran tres i pertenecian a la alta sociedad. Una de ellas habia brillado en su juventud por su belleza i talento, dos cosas que no le impidieron ser desgraciada en sus primeras ilusiones de niña i en sus primeras impresiones de mujer. El convento, es decir la tumba de todos los ensueños de la vida, habia sido el fin de su primer amor no correspondido. Estas tres santas i resignadas mujeres llevaban por nombre Francisca de San Gabriel, Ana Josefa de la Santísima Trinidad i Margarita de San Joaquin.

Santiago, que ya era la Roma sud-americana, así como ahora es el Paris, recibió con gran pompa a las ilustres huéspedes. El reverendo obispo, las dignidades canónicas, los prebendados del clero, el ayuntamiento, la nobleza i el pueblo acompañaron a las primeras Trinitarias. Hubo fiestas i regocijos casi populares. El gran templo en que fueron recibidas habia sido espléndidamente decorado: su iluminacion era fastuosa, una profusion de flores cubria el pavimento, verdaderas nubes de incienso subian de los altares a

la bóveda del templo. Entónces como hoy todo regocijo divino o mundano se manifestaba tambien gastronómicamente; hubo, pues, gran gasto de dulces i de biscochos, de sorbetes i de aloja.

Despues de las ceremonias de recepcion fueron conducidas a la casa que debia hospedarlas para siempre i que solo tenia el titulo de beaterio, por no haber sido elevada todavia a la categoria de monasterio, cosa que se hacia luego. Diez o doce novicias pasaron a hacer compañía a las tres monjas fundadoras.

Durante algun tiempo la casa no progresó absolutamente. Solo las tres madres i las doce novicias formaban el total de la comunidad. ¿Era que no habia vocacion al hábito de *Trinitarias* entre las devotas mujeres de aquella época? No; era que todos esperaban que la casa fuera elevada a la categoria de monasterio.

La ambicionada concesion se hacia esperar demasiado; habia trascurrido un año i el prometido ascenso no se hacia efectivo. Las buenas mujeres, aun cuando eran muy humildes i nada les importaba la pompa mundanal, preferian sin embargo, ser directores de un convento de monjas que de un beaterio. Entónces se principiaron a ver cosas extraordinarias, sueños, apariciones; anuncios misteriosos, todo un mundo de fantasmas i de sombras, lechuzas que se azotaban despedazando sus alas contra los campanarios, buhos que lloraban, chunchos que jemia, árboles que no daban frutos, plantas que no florecian, etc., etc., señales todas inequívocas del deseo que habia en la naturaleza porque el beaterio fuera elevado a monasterio.

La señora doña Ana Monardo, que llevaba el nombre de Ana de la Santísima Trinidad, oraba una noche en el coro del templo por la ereccion del monasterio. En lo mas patético de su uncion mística la santa mujer vió tres lunas llenas, brillantes como las que nos alumbran en diciembre. Las tres lunas fueron desapareciendo una en pos de otra hasta quedar el mundo en completa oscuridad. ¿Qué significaba esa extraordinaria vision? Las tres lunas representaban a las tres fundadoras de la casa: Francisca, Ana i Margarita. La primera luna que se ocultó debia llevarse consigo el alma de Margarita, la segunda la de Francisca i la tercera la de Ana. Solo habia un medio de conjurar el peligro que amenazaba la existencia de las tres mujeres i era elevar el beaterio a la categoria de monasterio.

Habia en el huerto del beaterio un boldo mas corpulento que un laurel i que apesar de su riqueza de vejetacion no daba frutos;

a su alrededor habia otros boldos raquíticos cargados de frutos. ¿Qué significaba este hecho estraño? Una de las monjas tuvo una noche la misteriosa revelacion:—El gran árbol no daria frutos hasta el año de la ereccion del monasterio.

Habia un pozo que daba el agua mas deliciosa. Repentinamente i sin causa ninguna que pudiera explicar el fenómeno, el pozo se secó. Las pobres monjas tuvieron miedo, atribuyeron el hecho a castigo del cielo por alguna falta cometida en el beaterio; pero una noche que oraba Margarita de San Joaquin tuvo la súbita revelacion del suceso: el pozo no volveria a dar agua hasta que el beaterio fuera elevado a monasterio.

Así, dia por dia, semana por semana, se repetian estos estraños fenómenos que tenian a la santa casa en la mayor alarma i a las buenas mujeres en la mas completa intranquilidad i duda. Las apariciones y fenómenos se habian repetido tanto que las jóvenes novicias, que no tenian la dosis de credulidad i de fé de las reverendas superiores, llegaron a burlarse de ellas i por su parte inventaron otras nuevas.

Un dia en la mesa del refectorio i en el momento de servirse el *desengraso* de la comida, la madre Ana Josefa, al pelar una breva encuentra un cuesco en ella. Fenómeno estraño, diabólico, verdaderamente sobrenatural! La madre dejó la breva en un plato i principió a buscar cuesco a las demas. Se despedazaron todas las que estaban sobre la mesa, se hizo subir a las novicias a las higueras i bajar todas las frutas que contenian; pero fué inútil: no se encontró otra breva con cuesco.

Este fenómeno era ya demasiado elocuente para que se demorara por mas tiempo la creacion del monasterio. Las buenas madres iban ya a conseguir su objeto, cuando desgraciadamente se descubrió la verdad: una de las traviesas novicias fastidiada de tantas apariciones que la obligaban a ella i sus demas compañeras a triplicar sus resos, habia puesto un cuesco en una de las brevas que debia servirse la madre superiora. El hecho salvó luego las murallas del convento, se hizo del dominio público i la ciudad se rió mucho de él. La autoridad eclesiástica se vió en la necesidad de suspender todavía por algunos meses, hasta que no se olvidara un poco el suceso, la ereccion del monasterio. Desde entónces se ha popularizado como un adajio el dicho: «no hai que buscarle cuesco a la breva.»

EL CERCO DE LA PAZ

POR LOS SUBLEVADOS DE 1811.

APUNTAMIENTOS HECHOS EN FORMA DE DIARIO POR DON RAMON MARIACA, PRESBITERO, ABOGADO DE LA REAL AUDIENCIA DE CHÁRCAS, EN VIRTUD DE PREVENCION I ENCARGO DEL SEÑOR GOBERNADOR INTENDENTE DON DOMINGO TRISTAN, DE LOS SUCESOS DE LA CIUDAD DE LA PAZ EN EL CERCO PUESTO A ELLA POR LOS INDIOS I CHOLOS SUBLEVADOS EL DIA 14 DE AGOSTO DE 1811 (1).

Siendo la guerra un abismo insondable de males, lo es con especialidad la civil, intestina y revolucionaria: ella se dexa ver con aspecto mucho mas terrible, sanguinario y feroz; es como un monstruo desolador de muchas cabezas, en que cortadas unas nacen otras, talvez diferentes en los medios, pero las mismas sin variacion en quanto a los horrores, estragos y ruina de la patria: aunque sus autores pueden meditar, convinar y sacar a luz la empresa, los progresos y últimos resultados se ocultan siempre aun a la perspicacia de los mejores calculadores; nadie puede gloriarse de haber presentido y alcanzado el fin que haya de tener una lucha de esta clase. Así la sabia y poderosa Roma, ensayada la opre-

(1) Simple copia coetánea, sección de Mss. en la "Coleccion Boliviana" del señor G. René-Moreno, en Santiago.

sion de su libertad en los sangrientos debates de Mario y Sila, proyectada por la ambicion de Julio César, y llevada a efecto por la de su sobrino Octaviano Augusto, abrazó insensiblemente un yugo mas duro, y mas despótico, que aquel que con tanto odio, y efusion de sangre, habia arrojado de sus murallas. Así la Flandes española, infiel primero a su legitimo soberano, subyugándose despues a Potencias estrangeras, salió por último con un Gobierno que ántes no entró en el plan de sus designios. Así la Francia, habiéndose propuesto en las Cortes no otra cosa que enriquecer el erario en los tesoros de la nobleza, y del clero, pasó a enflaquecer, y aun aniquilar la potestad regia, luego al Gobierno consular republicano, y por fin, despues de las mas horribles convulsiones, resolló entregada al capricho de un solo hombre, que bajo el título de emperador la ha desfigurado enteramente, haciendo que la que ántes era mirada como plantel delicioso de ciencias y artes, no sea ahora mas que una selva de guerreros, mas feroces que las mismas fieras, y que no satisfecho con ello, ni con el transtorno de la faz bien organizada de la Europa, haya podido su malignidad surcar mares inmensos para sembrar la discordia y conmover los fundamentos pacíficos de las partes mas distantes del Globo. Así la ciudad de La Paz, despues de la novedad revolucionaria de la noche del 16 de julio de 1809, fué testigo de los propios desastres, que incrementándose diariamente, amenazaban, no ménos que su última ruina: la entrada del M. L. Sr. Presidente don José Manuel de Goyeneche, Mariscal de Campo y General en Jefe del Ejército del Alto Perú, la sostuvo; restituyó la quietud y sosiego asegurando las propiedades y vidas de los hombres de bien, los derechos del Rey, y de la religion: poco despues se incorporó al Virreynato de Lima, desmembrándose del de Buenos Ayres, a causa de la creacion de la Junta y demas sucesos de aquella capital; pero la desgraciada funcion de Aroma y la creencia de que ya asomaba un cuerpo formidable de cochabambinos para no perdonar vidas, ni haciendas, la pusieron en la necesidad de apartarse de Lima y unirse otra vez a Buenos Ayres, no pudiendo baxo de tal sistema dispensarse de concurrir con dineros, tropas y otros auxilios a su Ejército situado en Guaqui y sus inmediaciones.

El dia 20 de junio de 1811, se dió entre éste y el del Alto-Perú la batalla conocida por la denominacion del mismo pueblo, célebre y memorable por muchos capítulos. No es del actual propósi-

to detallar por menor los acontecimientos y circunstancias de ella; sin embargo, convendrá hacer un apunte breve y ligero para que la noticia de los pasages anteriores, con la de los primeros resultados del combate y del estado en que se hallaban las cosas, contribuía al mejor conocimiento de lo respectivo al Cerco.

En los dos campos se habia reunido el armamento, pertrechos y fuerzas mas grandes que hasta aquí se han visto en la América Meridional. Se trataba, por una parte, de conservar el buen orden antiguo, de la obligacion de reconocer la legitimidad y autoridad de las Cortes congregadas en España, y de excluir toda especie de innovacion, al ménos hasta ver la última suerte de la Península; y por otra, de dar la Ley a los dos Virreynatos, conforme a las máximas recientes de la Junta de Buenos Ayres.

No distaban uno de otro mas que el espacio de seis leguas que hai de Guaqui al Desaguadero: la infraccion por parte de los porteos y cochabambinos del armisticio que se habia asentado, impelió al Sr. Goyeneche a marchar con su ejército y atacar al del enemigo la mañana del espresado 20 de junio, siendo evidente, notoria, e incapaz de obscurecerse la energía, brillantez y valor con que se portó en la accion: dispuso el ataque del modo mas conveniente y acertado; se mantuvo firme y tranquilo a la cabeza de su ejército, no obstante de ser parage sumamente expuesto a los tiros de cañon, que menudeaban los contrarios, y de las instancias de sus oficiales para que se trasladase a lugar ménos peligroso; dió con la mayor serenidad y presencia de ánimo las órdenes que se exigian por la fugaz sucesion de momentáneas ocurrencias; y en fin llenó cabal y perfectamente todas las partes de un grande y excelente General.

El fruto fué la victoria, que despues de cinco horas de fuego continuado alcanzó por sí, y por medio de las divisiones que con las respectivas órdenes habia encomendado a los señores don Juan Ramirez y don Pio Tristan: derrotó enteramente la de los contrarios, sin embargo de sus posiciones ventajosas, mucha y buena Artillería y mayor número de combatientes: los fugó y dispersó apoderándose de sus campamentos, municiones, cañones y pertrechos inmensos acopiados en el campo de batalla y en los pueblos de Guaqui, Tiaguanaco y Laxa.

Sus guerrillas bien dirigidas disiparon a los Indios auxiliares de las cimas de aquellos cerros, donde confiados en la local ventaja, se habian situado en número considerable, provistos de sus or-

dinarias armas de hondas, y tambien de granadas incendiarias para usar de ellas en lugar de piedras.

El triunfo no pudo ser mas completo, ni mas capaz de grandes efectos. El Sr. Goyeneche se cubrió de gloria inmortal, de inmarcesibles laureles; todo su Ejército participó de ellos, con particularidad los señores don Juan Ramirez y don Pio Tristan que dirigieron las divisiones de su cargo, sin dexar que desear al honor, al valor ni a la pericia militar; el Sr. Coronel don Francisco Picuaga con su regimiento bien disciplinado, se mantuvo a su lado y concurrió con él al destrozo de los que tenian en opósito, el Sr. Coronel don Pablo Astete, el Teniente Coronel don Luis Astete, los Edecanos y en fin el demas resto de la oficialidad. Su Artillería desmontó un obuz y otras dos piezas de los porteños, subiendo con esto el crédito bien asentado de don Alexandro Herrera y de los otros que la manejaron: se cortó de un golpe el vuelo a una revolucion general de la América, que en caso adverso podia haberse hecho indefectible; se atajó la efusion de arroyos de sangre que acaso hubieran corrido desde La Paz hasta Lima, o mas adelante, y se devió contar con la reposicion estable y duradera del buen orden, removido ya el fuerte apoyo en que estrivaba la dislocacion.

Fué cierto que el ejército vencedor, pudo a su arbitrio dar y establecer libremente la ley que le pareciese: sin embargo de ello, ni de las pasiones que regularmente suele producir la victoria, hubo que admirar en el Sr. Presidente, tanto o mas que la que obtuvo, la moderacion y bondad con que se sirvió dirigir oficio y manifiesto a esta ciudad, ofreciendo indulto general, su amparo y otras ventajas, siempre que reconociendo la autoridad de las Cortes, se separe de las ideas de Buenos Ayres: la plebe estaba conmovida y la adherencia al manifiesto, aunque deseada por el Sr. Gobernador y los pocos sensatos que se juntaron, no podia resolverse, ni manifestarse, sin el peligro inminente de fatales estragos: por ello solo contestó el Sr. Gobernador en los términos siguientes:—«El oficio de V. S. fecha 28 del corriente, con el manifiesto que le acompaña, se recibió a las tres de la tarde de este dia; y aunque pudieron juntarse los pocos sensatos miembros de las corporaciones que han quedado, no ha podido procederse a la resolucion que inspira y justamente exige el mérito de su contenido, por la falta de fuerza contra un pueblo, cuya espectacion le hace temer irreparables y fatales consecuencias; lo que sirva a V. S. de gobierno

para sus demas deliberaciones.— Dios guarde a V. S. muchos años. Paz, 23 de junio de 1811.—*Domingo Tristan*.—Sr. General del Ejército del Alto-Perú, Brigadier don José Manuel de Goyeneche.

Despues, habiéndose logrado algun desahogo, se abrazó clara y gustosamente quanto proponia, y se le avisó de ello: en seguida para reconocer las Cortes, rendirle las gracias y conferenciar sobre la materia, el 2 de julio se eligieron y nombraron de diputados el Sr. Dean Dr. D. Guillermo Zárate, el Dr. D. José Landabere, el padre prior de San Agustín, el Dr. D. José Antonio Medina y don Ramon Mariaca presbítero doctoral sustituto, quienes partieron sin dilacion y se le presentaron en Tiaguanaco el dia 4 del propio mes.

Allí verificado el reconocimiento, prestados los respectivos homenajes, tributadas las gracias, y recibidos distinguidísimos rasgos de su benignidad, se procedió en la misma fecha a la sesion, en que concedió aun mas de lo que se habia apetecido, declarando que el indulto comprehendiese, no solo a los que se hubiesen mezclado en la turbulencia que acababa de serenar, si tambien a los que habiendo sido partes principales en la del año de 1809, fueron confinados a presidios y otros lugares; y aunque teniendo muy a la vista las jenerosas y sabias intenciones del Exmo. Sr. Virrei de Lima, y la máxima de deberse perseguir al enemigo vencido, sin darle lugar a que se rehaga, y adquiera nuevas fuerzas, se hallaba ya en marcha con divisiones adelantadas a las provincias de Cochabamba, Chárca y Potosí, a fin de restituirlas al anterior estado, y cortar de raiz la desorganizacion causada por las tropas de Buenos Ayres, condescendió afable a la súplica de los mismos diputados acerca de entrar a la ciudad, y agregar este favor a los muchos que tenia dispensados.

Lo verifiqué el 8, con una division de mil quinientos granaderos acompañados de sus edecanes, y varios oficiales, habiendo entrado el dia ántes el Sr D. Pio Tristan; y no es fácil hallar expresiones que basten a dar cabal idea del alto grado de júbilo, gratitud y alegría con que lo recibió la poblacion. No habian pasado muchos dias desde que el atroz asesinato del Sr. Marques de San Felipe el Real en plaza pública, la internacion repentina de multitud de indios armados a la execucion de este estrago y de otros, la existencia en la ciudad de los autores de tan execrables crímenes, la de los porteños derrotados que impunemente sin haber fuerza pa-

ra resistirles, perpetraban robos, y otros delitos, y la de la especie inicua que esparcieron y corria en el vulgo de que el Ejército vencedor venia a arrasarla sin la menor indulgencia, la tenian sobrecogida, atónita, y sin atinar cuál seria últimamente su trágico y desgraciado paradero.

La apacible presencia del Sr. Goyeneche, el conocimiento de sus sanas intenciones, la esperiencia constante de su benignidad, y la subordinacion recomendable de sus huestes, desengañaron a la porcion incauta, evidenciando la falsedad de aquella especie, consolidaron la persuacion verdadera de los sensatos, y llenaron de regocijo a unos y otros. Todos creyeron haber salido felizmente de la mayor borrasca, y adquirido nueva y reciente vida: los semblantes i lágrimas, aun de los inocentes niños, esplicaron mejor que las palabras los fervorosos afectos de su justo reconocimiento.

Llegó a la plaza y se dirijió en derechura a la Santa Iglesia Catedral donde se entonó el himno *Te Deus laudamus*; habiendo salido, exhortó y peroró eficazmente a la tropa que estaba formada para que guardándose la subordinacion y disciplina se precaviese todo género de gravámen i perjuicio al pueblo; luego pasó al Ilustre ayuntamiento y ratificó la sesion celebrada con los diputados en Tiaguanaco, dando nuevas pruebas de su clemencia y desplegado mas estensa i específicamente la sanidad i rectitud de sus planes en obsequio de la causa justa de la lealtad al Soberano y del respeto debido a la religion.

El 9, se cantó misa de gracias con asistencia suya en la expresada Santa Iglesia; después de ella se encaminó a la casa pretorial y organizó el buen orden que debia observarse en lo sucesivo; determinó siguiese el Sr. D. Domingo Tristan de Gobernador Intendente de la ciudad y provincia: nombró de Teniente Asesor interino al D. D. Pablo Gutierrez, de Comandante de la plaza al Teniente Coronel D. Joaquín Rebuelta, de Sargento Mayor de ella al Capitan D. Lorenzo Rivadeneira, y mandó que los Rejidores actuales continuasen en sus empleos.

El siguiente 10 de julio, se partió para Viacha en alcance de su Ejército, dejando a los de La Paz tan rendidos a sus beneficencias, como destrozados a los porteños en Guaqui: triunfó de éstos en el campo con las armas y talentos militares; en la ciudad cautivó a aquéllos con los de la elocuencia, política cristiana y clemencia extremada; los unos huyeron precipitadamente de su aspecto, los otros lo gravaron en el centro de sus corazones agradecidos.

Entónces, aunque habian precedido algunos movimientos de indios, no se reputaban de mayor consideracion, ni ocurría presuncion, indicio o conjetura fundada y convincente de que fuesen capaces de sublevarse, y causar las turbulencias y estragos que han executado: ellos presenciaron el destrozo del Ejército de Buenos Ayres, que suponian invencible; vieron la disciplina e intrepidez de las divisiones del Sr. Goyeneche; debieron hacerse cargo de la pericia i alcances militares de este Jefe y sus subalternos, y de que con ellos casi siempre es segura la victoria; tocaron por la experiencia la piedad y buen tratamiento que por el mismo Sr., se les ha hecho invigilando remover qualquier perjuicio que pudieran irrogarles los soldados, no solo en la actual ocasion, si tambien en la anterior del año 1809; finalmente no pudieron dudar de que ese Ejército victorioso y respetable, teniendo que regresar por estos mismos lugares, no podia desentenderse de escarmentar los exesos que durante la expedicion se executasen; motivos todos poderosos para convencerse, que lexos de maquinar reuniones y alzamientos, solo pensarian en la quietud y silencioso retiro de sus ranchos. Las mismas causales, con las de la transmigracion de muchos revolucionarios de la ciudad al lado de Cochabamba, influyeron para no haber quedado mas que una guarnicion corta, de cien fusileros de Arequipa, y otros tantos dragones Mageños del rejimiento del actual Sr. Gobernador D. Domingo Tristan, en el supuesto de ser suficiente para su resguardo, atentas las circunstancias expresadas.

Pero siendo tan falibles los juicios del hombre, no tardó mucho en correrse el velo y descubrirse la inestabilidad de los que se habian formado sobre la sujecion y tranquilidad de los indios. La ciudad, despues de tantas alternativas y visitudes propias como se tocó ántes de las conmociones civiles, se vió de improviso envuelta en otra guerra la mas cruel, sanguinaria y destructora; tal es la que sufre de parte de los insurjentes en el actual cerco.

La ferocidad de éstos supera a toda ponderacion. No se satisfacen con quitar la vida a los españoles indefensos que han apresado en los campos, haciendas o pequeños pueblos, sino que parece hacen consistir sus delicias en executar la muerte del modo mas atroz e inhumano: ninguno estando en su poder puede contarse por seguro, ni descansar sobre su fé y palabra: aun de los infames que se hallan reunidos en sus campamentos, son frecuentes los estragos: en los mismos, están acogidos los mayores asesinos y la-

drones, que por su abandono y ningunos sentimientos de humanidad y religion, anhelan el destroz de vidas y propiedades: amenazan atropellar combentos y templos sin respeto alguno a lo que veneramos de mas sagrado: en el concepto de que los monasterios son el depósito de los caudales, se proponen el saqueo de ellos, siendo este uno de los principales estímulos para empeñarse en la toma de la ciudad; y es cierto que si llegaran a prevalecer, no habria iglesia que se libertase.

Al parecer son varios los resortes que los animan. El principal hacen consistir en la oposicion al reconocimiento de las Cortes de España, queriendo se siga el plan de la junta de Buenos Ayres, atacando por lo mismo y por otros incidentes directamente los derechos del Soberano; sus operaciones y el tratamiento de realistas que dan a los que se exterminan: despues de eso, las ofertas aéreas y lisongeras de las tropas de Buenos Ayres; el deseo de robos y saqueos con el de la confusion para executarlos sin temor de la justicia especialmente de parte de los cholos; las engañosas sugestiones de éstos que hallándose al mismo tiempo cargados de crímenes, no tienen otro medio de evadir o al ménos retardar su punición y castigo; la barbárie y rusticidad de los indios prontos y dispuestos a la alucinacion y a empresas desatinadas y crueles; y sobre todo, el no haberse adoptado en la sublevacion del año de 1781, un castigo que sin derramamiento de sangre les sirviese por un considerable tiempo de exemplo y de escarmiento, trayéndoles a la memoria sus extravios pasados y señalándoles funestos resultados tan a propia costa, parece han sido las otras causales mas o ménos fuertes.

El asedio del expresado año de 1781, fué desde luego peligrosísimo y lleno de los mayores riesgos y cuidados: los del presente, si no son superiores, al ménos no pueden reputarse inferiores. Por que si entónces cargó sin comparacion mayor número de indios; si estaban mas orgullosos e insolentes por las victorias que lograron en el Alto de Lima, en Potopoto y Sicasica; si tenian seis cañones que nos ganaron y con cuyos tiros afligian la ciudad insesantemente, y en ella a los pocos dias se conoció la suma falta de víveres, y llegó la gente a mantenerse con carnes de mulas, perros, gatos, y lo que es mas a perecer de pura necesidad por defecto aun de esos viles alimentos; y si por el uso de ellos o por otros motivos padeció tambien una epidemia que desoló notable porcion de ella: habia por otra parte la ventaja del crecido número de de-

fensores; pues los que tiraban, que ascendian a dos mil, regulándose en otros tantos, con alguna diferencia, los que servian sin sueldo; la multitud de armas de fuego entre escopetas, pistolas y fusiles, con doce cañones y una gran culebrina; la seguridad de las trincheras fabricadas no aceleradamente sino con bastante tiempo; y en fin la union de los habitantes y la uniformidad de sus sentimientos contra el plan de los rebeldes, ya sea porque éstos no daban quartel alguno, o ya por que todavía no habian tomado cuerpo las rivalidades que despues han dado tanto que hacer, o por uno y otro.

Al presente es verdad tenemos bastimentos de arroz, azúcar, chuño, cecina, maiz y otras especies para considerable tiempo: la poca milicia debe tambien contemplarse de mejor clase y disciplina que aquélla, al propio paso que la indiada es una parte de la que se congregó el año de 81 y solo tiene un cañon que no se ha atrevido a aproximarle a la ciudad. Pero nosotros carecemos enteramente de esta arma, que es de mucho terror a los indios; las defensas de paredes y trincheras, por falta de tiempo y operarios, no se han construido con la formalidad que ántes; y sobre todo la union, nacida desde tiempo atras e incrementada por la poca reflexion de algunos, aunque ha calmado en estos dias, no ha sido en términos que pueda producir completa seguridad, y si en un grado susceptible de escepciones y recelos, como que a mas de los cholos pazeños y de otras partes que andan en los campamentos de los indios influyendo, dando arbitrios y ejecutando graves males con el cañon y fusiles que manejan, no faltan sospechas de otros de la misma raza existentes en el seno de la ciudad.

Ademas, en aquella época habia muchos vecinos nobles, honrados y del primer rango, que en los tiempos subsiguientes se han acabado, sin dejar en la mayor parte sucesion que los subroge: ellos estaban en la ciudad y sacrificaron caudales, fatigas y desvelos para defender la Patria y los derechos del Soberano, sirviendo de mucho alivio al Xefe que con satisfaccion descargaba en ellos una gran porcion de sus cuidados.

Ahora está despoblada no solo por aquella falta de sucesion, si tambien porque de los que existian, unos han emigrado a la Provincia de Cochabamba a resultas de la batalla de Guaqui, y otros como el D. D. José Plata, D. Jorge Ballivian, D. Benito Blaz Abarriega, D. José Mendizábal, etc., se hallan incorporados en el Ejército del Sr. Goyeneche, donde hacen el servicio sin desmentir a su

nor y buen nombre; y así es que cotejadas y balanceadas las circunstancias, parece resulta fundado el juicio de no ser ménos laborioso y arriesgado el cerco del día, que el del año 81; consiguientemente la defensa de la ciudad es un punto en que va, no ménos que el todo de quanto podemos apetecer, estimar y respetar en este mundo; con esa consideracion los vecinos que han quedado de todas clases, a excepcion de los mui pocos que han dado lugar a que se les note de insensatos, pusilánimes e indolentes por la suma frialdad y pretextos nada honrosos de su procedimiento, los demas generalmente penetrados de la fidelidad e importancia de la materia, han concurrido al cumplimiento de sus deberes, luego que se dejó traslucir el peligro.

Sucedió esto a consecuencia de las primeras noticias que vinieron de los movimientos que los indios hacian en diversos puntos. En Caquiavire, capital del partido de Pacáxes, asesinaron tumultuariamente a los recaudadores de tributos Gutierrez y Urvina y a D. Francisco Zárate, dependiente del Subdelegado Dr. D. Pablo Segobia, apoderándose de dichos fusiles, que por encargo suyo se habian recogido para conducirlos a la ciudad. En el rio abajo, partido de Yungas, prendieron tres arrieros y dos dependientes de don Manuel Pinillos a quien intentaban matar sin que hasta el presente se sepa si escapó o murió en sus manos. En el pueblo de Cohoni asesinaron tres españoles con la circunstancia de profanar la iglesia ingresando con los sombreros puestos, extrayendo violentamente al nombrado Juan José, y descargándole allí mismo un garrotazo que talvez le causó la muerte. Asesinaron así mismo a un expreso que despachó el Gobierno al alcalde ordinario de Irupana, en cuya circunstancias se apareció en el mencionado pueblo de Cohoni, Bernardo Calderon, natural de esta ciudad, asegurando ser comisionado de D. Francisco Rivero, gobernador intendente de Cochabamba, y que conforme a sus órdenes, tenia alisada la gente de Palca; siguió con el alistamiento de la de Mollocato, Guaricana y Guayguasi, comprendiendo indios y mestizos; todo lo que corria en la ciudad con la adhesion de que los insurgentes habian determinado sitiaria el día 15 del propio mes.

El caso era demasiado crítico; la ferocidad de la indiada sublevada, bien notoria, por lo que se esperimentó en la rebelion pasada, no podía ménos que consternar y sobresaltar los ánimos, temiendo la repeticion de aquella triste escena. Se aumentaban los cuidados viendo la ninguna prevencion de la ciudad para igual ocurrencia,

el corto número de la guarnicion sin cañon alguno, y el concepto muy recibido de hallarse en el mismo ámbito muchos enemigos ocultos, que convinando sus ideas con las de los indios, podian quando ménos se pensase dar un golpe que funestamente decidiese de su suerte.

El Sr. Gobernador Intendente, comprendiendo quanto podia sobrevenir, y que no era infundada la persuacion de un pronto acedio, y quizá ataque de parte de los indios, lleno de zelo, valor y eficacia puso en movimiento todos los medios concernientes a la defensa: con dos húsares de su guardia en buenas mulas, avisó al Sr. Goyeneche, en oficios de 9 y 11 de agosto, de los movimientos de Pacáxes y los otros partidos; con fecha 14 del propio mes, le puso otro de los subsiguientes, pero hallándose ya los caminos cerrados, no pudo caminar; y aunque tampoco se sabe de la suerte de los húsares que conduxeron los antecedentes, se ha tenido firme esperanza de que sabedor por otras vias del trastarno acaecido, o infiriéndolo de la misma falta de correos y comunicacion, a fin de que no perezca lo que con repeticion ha conservado y se abra la correspondencia con el Cuzco, Lima y Arequipa, que tanto importa, no habrá omitido providencia alguna para socorrer y auxiliar la ciudad, sacándola como otra vez de la estrechez y apuros a que se halla reducida.

Igual oficio pasó al Sr. D. Pedro Benavente, comandante del Desaguadero, para el cuidado y seguridad de aquel punto y para los auxilios que pudiese necesitar la ciudad, a cuyo efecto a mas del expreso, despachó indios fieles con gratificacion liberal de dinero y promesa de otros premios, si evacuaban el cargo con la puntualidad deseada.

La insinuacion se fundaba en la alta y generosa proteccion del Exmo. Sr. Virrey de Lima, que en exercicio de sus superiores facultades, y resguardado de los sagrados derechos del Rey, no ha cesado un punto de dar las órdenes y providencias necesarias a restablecer en esta y demas provincias la tranquilidad y buen orden, removiendo los obstáculos y pacificando las novedades contrarias a tan recomendables objetos; el conocimiento de ello, inspiró la consideracion de que el comandante del Desaguadero y demas Xefes de aquella carrera, prevencion expresa o tácita, no podian ménos que prestarse a la solicitud de los auxilios, bien ciertos y seguros de la aprobacion del Señor Excmo.

Tambien acordó el Sr. Gobernador e instó que el Sr. Marques

de Cochán, destinado a marchar al ejército del Sr. Goyeneche con cien fusileros, hallándose todavía entre Tiaguanaco y Desaguadero, se encaminase en todo caso a la ciudad, lo que se puntualizó y entró en ella el día 13; fué de notable alivio y al mismo tiempo el único medio de haberse salvado la partida, por que hallándose ya levantados en aquella coyuntura los pueblos de Calamarca, Hayohayo y Sicasica numerosos de indios e indispensables para el paso a Cochabamba, era consiguiente su pérdida, caso de continuar su primera ruta: acababa de llegar el subdelegado de Sicasica D. Cristóbal García, habiendo apenas podido escapar de una partida de cochabambinos, que por distintos rumbos del que llevaba el ejército del Sr. Goyeneche, había salido a quitar un cañon que le conducian, y venia a echarse sobre el pueblo con grandes ansias de coger al subdelegado; y aunque no lograron este intento, les fué fácil alborotar y sublevar toda la indiada de los espresados pueblos.

Al mismo tiempo, mandó construir trincheras y paredones en las bocacalles y circunferencia, abandonando los barrios de San Sebastian, San Francisco, San Pedro y Santa Bárbara, por ser absolutamente imposible de defenderlos aun quando tuviese mayor número de soldados y armas, como que por la misma razon se abandonaron por el Sr. don Sebastian de Segurola en el cerco del año de 1781; y aunque por la escasez de los indios jornaleros que se retiraron y celeridad con que fué preciso trabajar, salieron defectuosas, en aquel pronto aseguraron la ciudad de una invasion repentina y pusieron en respeto a los rebeldes; despues en los intervalos que han dejado de inquietar, se han ido mejorando, sacándolas algun tanto de las boca-calles y colocando troneras a los tres frentes para hacer fuego y defender, no solo la delantera, si tambien los flancos.

El día 14, no estando todavía concluidas las trincheras, se avistaron dos campamentos de indios, el uno en el cerro de Pampaxasi, distante una legua, y el otro en su faldío inmediato al rio de Orcohabira, apartado de la ciudad cosa de medio quarto de legua. El Sr. Gobernador, con el Comandante de la plaza y algunos piquetes de su guarnicion, salió a reconocer el segundo campamento; y habiéndose avanzado hasta mui cerca, hicieron los rebeldes sus movimientos y se retiraron, contentándose con gritar: murió un indio y se trajeron tres prisioneros con una mula cargada de víveres.

De todo esto se comunicó igualmente al Desaguadero por otro oficio que sin duda llegó a manos del Sr. Benavente; porque la noche del 14 y la mañana del 15 hasta cerca de las doce se mantenía libre el costado del camino de Lima, como que poco ántes llegó sin novedad un europeo que venia del Cuzco.

Llegó el día 15 de agosto, y a cosa de las doce, se observó golpe de indiada en los caminos de Lima y Potosí; a poco se supo con fixeza estar ocupados de los rebeldes por boca de un arriero costeño, que escapó de ellos y dió noticia de la muerte atroz que executaron en sus tres ó quatro compañeros, apoderándose de las requas de vinos y aguardientes que conducian: quedó enteramente cortada la comunicacion y correspondencia por todas partes y ninguno de los correos arribó a la ciudad.

Serian las doce o poco más, quando aparecieron pelotones de indios en las cimas inmediatas de Quilliquilli y cerro antiguo de a Agua de la vida. El Comandante salió con una partida de fusileros y lanceros; subió a aquellas alturas, manteniéndose el Sr. Gobernador entre la garita de Potopoto y alto de Santa Bárbara. Los enemigos sin atreverse a hacer cara, se retiraron para Potopoto, Pampajasi y camino de Coroyco; quince soldados cuzqueños de la division del Sr. Marques de Cochan, tuvieron el arrojo de perseguirlos hasta Chuquiaguillo, que dista una legua, y volvieron trayendo la cabeza de un indio clavada en la bayoneta. Se despejaron enteramente aquellas alturas, y se restituyeron el Comandante y todos los soldados sin la menor lesion.

En los días 16 y 17 se presentaron en estos mismos cerros y en los demas lugares que ocupaban, inquietando con gritería, cornetas, o bocinas desapacibles; en la ciudad se pensó y efectuó con prontitud el acuartelamiento de voluntarios en casa de Don Francisco Palacios; consta de un cuerpo de mas de cien hombres entre europeos, pazeños y forasteros; muchos sirven sin sueldo y con armas propias; su Comandante es el Teniente Coronel don Ramon Ballibian; han custodiado con notoria vigilancia quatro de las principales trincheras; conduciéndose en las salidas, auxilios y demas ocurrencias con la correspondiente actividad, valor y esfuerzo.

Tambien se ha alistado y aquartelado una compañía de sesenta negros, que con su capitán Dionisio Sotomayor, hacen gustosamente el servicio bajo el comando útil y activo de don Ventura Barron, contador de la renta de tabacos; y como no se encontra-

ron en la sala de armas mas de ocho cajones de cartuchos, se estableció prontamente de órden del Gobierno fábrica de pólvora en casa de la finada Doña Juaquina Medina, para proveer la ciudad de este ramo, sin el qual no era posible la defensa, pues los ocho cajones no pueden sufragar al continuo fuego que necesita hacerse para contener al enemigo; corre bajo la direccion de don Pedro Bartolomé Imbreh, cuyo mérito es mui recomendable, mediante a que en este particular del servicio del Rey y de la Patria; lo mismo que en otras ocasiones, ha dado comprobantes de superior esfera.

Se hablaba de una salida para desalojar a los indios de los caminos de Lima y Potosí; los de la opinion se fundaban en que era necesario escarmentarlos ántes de que se reuniesen en mayor número, porque si se les daba tiempo, no habria momento en que dejasen de engrosar sus cuerpos, trayendo indios de los pueblos inmediatos y haciendo mas difícil y calamitosa la defensa de la ciudad: otros con mas solidez discurrieron lo contrario, apoyados en que la subida a aquellas alturas, distantes una legua, era de mucho peligro por lo pendiente de la cuesta, escabrosidad del piso y proporcion de piedras que en qualquiera parte tienen los indios; que desde la cima podian tambien causar estragos, soltando pedrones y galgas de que era regular estubiesen prevenidos, y que por eso en el cerco pasado las diversas veces que se intentó ganar el Alto, nunca se logró la empresa, sino que se dió la vuelta no sin descabros: que en el dia tampoco habia tropa suficiente que quedase en custodia de la ciudad, para asegurarla de la invasion que podian executar de la parte opuesta; y sobre todo que, aunque se consiguiese desalojarlos felizmente, nada se adelantaba, una vez que la milicia apenas alcanzaba para guardar la Ciudad, y de ninguna manera para situarse al mismo tiempo en el Alto y sostener aquel puesto, en cuya atencion los indios no harian mas de retirarse ocultándose en aquellas quebradas, cerros y grandes llanuras, esperando el regreso de la expedicion para colocarse inmediatamente en los propios parages y executar las mismas hostilidades.

El señor Gobernador, atento siempre al mejor resguardo de la ciudad, comprendió perfectamente todo el peso de estas razones; y desengañados los que proponian la salida, se desvaneció esta, no así la otra que meditó, dispuso y gobernó el mismo Sr., no al Alto ni a la forma de la propuesta, sino al faldío, sin duda para reconocer sus senderos, quiebras y collados, infundiendo al mismo tiem-

po terror al enemigo y que supiese que en la ciudad había valor, armas y gente para contrarrestarle.

En consecuencia, el 18 a cosa de las doce previno que sinquenta fusileros se dirigiesen hácia el camino de Potosí, deteniéndose en la quebradita donde principia la cuesta, y él con quarenta de caballo, se encaminó al de Lima, hasta el Tejar, lo reconoció con todo el terreno que intermedia y se entiende con varias lomadas hasta la garita de Potosí, donde últimamente vino a salir por las veredas estrechas que atraviesan de uno a otro camino; se le reunió la infantería, y dejándola emboscada en la garita, pasó adelante con la caballería y se acercó a uno de los parages mas escabrosos de la cuesta, donde ya los indios amontonados y satisfechos de la ventaja del lugar insultaban con ademanes, voces y gritaría.

Era necesario sacarlos del puesto para obrar sin exponerse y conseguir el fin de la emboscada, y al efecto ordenó la retirada; y los indios, que siempre están acechando estos lances para cargar por las espaldas con todas sus fuerzas, descendieron del parage que les era favorables y siguieron al Sr. Gobernador, contándose ya triunfantes y victoriosos; al aproximarse a la garita se descubrieron los fusileros, y haciendo fuego derribaron nueve y ahuyentaron a los demas que se acogieron a las mismas alturas, con lo que el Sr. Gobernador dió la vuelta, y habiéndose conducido en la ocasion con tanto tino, destreza y precauciones, sin haber experimentado desgracia, fué justamente recibido con grandes vivas y aclamaciones; el verdadero fruto consistia en haber atemorizado al enemigo e inspirado nuevos alientos y valor a la tropa; uno y otro fué positivo, mas por desgracia solo tuvo por duracion de pocos momentos.

Quando llegó a la plaza, estaba formada la parte de la tropa que habia quedado, respecto de que mientras la funcion en el camino de Potosí, acometieron los indios de Pampaxasi por Santa Bárbara, amagando asaltar las trincheras; para auxiliar ordenó el Comandante, se pusiese sobre las armas la gente restante de los cuarteles; se les contrarrestó y aunque se retiraron, solo fué hasta el alto de la parroquia, donde se advirtió que tenian muchos cholos consigo; incendiaron a mas de las garitas de la circunferencia, algunas casas del mismo barrio y la quinta de don Juan Imaz en el de San Pedro. Por esto, a fin de reprimirlos y escarmentarlos, se acordó otra salida a la parte de Santa Bárbara, y se puntualizó la tarde del mismo dia con sesenta hombres entre caballería e infan-

tería de lanza y fusiles, bajo la direccion del Comandante don Joaquin Rebuelta.

El Señor Intendente fué hasta el Alto de la parroquia de donde se restituyó a la ciudad: de los sesenta hombres, se hicieron dos divisiones; la una tiró al rio de Orochavira por la pampa de Poto-poto, y la otra con el Comandante, a quien se le unió con seis soldados el Teniente de caballeria Don Manuel Perez, trepó por las cuchillas de Quilliquilli y cerro de la Agua de la vida hácia el Calvario, persiguiendo unos y otros a los indios; en cuyo estado, sea por el ardor militar, que no pocas veces ha sido origen de los mayores desastres, o por falta de subordinacion, que es otro principio fecundisimo de los infortunios bélicos, o por el prurito de señalarse en ocasiones extraordinarias, o por todo junto, se desordenaron y separaron sin que las voces del Comandante fuesen bastantes a sujetarlos y reunirlos.

La indiada al principio aparentó fuga o la hizo de verdad, y quando los vió distantes y apartados cargó furiosamente sobre ellos en una y otra parte. El Señor Gobernador mandó órden por dos veces para que se replegaran, con el Doctor Segobia y otro oficial, de los que solo pudo pasar el uno: restaba poca tarde y la retirada era mui peligrosa, en especial a los del cerro, por el descenso escabroso, pendiente y casi sin sendero que debian tomar para restituirse a la ciudad; en el vulgo de ésta ya los contaban por enteramente perdidos, y el sexo débil, siempre embarazoso en estos casos, poblaba las calles de importunos gritos, capaces de desalentar a los mas animosos; se mandaron auxilios unos despues de otros, y en fin se internaron los que en las zanjas y precipicios no fueron oprimidos por la multitud: murieron once y entre ellos el sargento 2.^o Mariano Padilla, dos cabos y el Teniente de caballeria don Manuel Perez, naturales de Arequipa, dando mucho que sentir por haberse perdido en él un sujeto de mui bellas qualidades, de espíritu, lealtad y puntual servicio: el Comandante salió maltratado y herido, habiéndose conducido con todo el valor que podia caber en tan peligroso lance: tambien salieron heridos y maltratados, a mas de otros soldados, el Capitan Don Mariano Parédes y el Alférez don José Llano, que se portaron con igual esfuerzo y valentía: el enemigo se apoderó de 21 fusiles y no solo recuperó el ánimo perdido, sino que se le aumentó la insolencia, como es regular en semejantes casos, y con mas particularidad segun se tiene observado respecto de los indios, que apenas conciben haber

logrado alguna ventaja, quando se exalta enormemente su orgullo y altanería; de forma que la pérdida se hizo mas sensible por las conseqüencias, llegándose a temer el cerco mas de lo que hasta entónces.

El 19, se mandó traer el cadáver de D. Manuel Perez, y se le dió sepultura en la Santa Iglesia Catedral con la correspondiente solemnidad y pompa. En este dia, y en los siguientes 20 y 21, se presentaron los rebeldes formados en fila, hicieron diversos movimientos o evoluciones a su modo; descaminaron y asesinaron a los viajantes que incautamente sin saber de lo acaecido venian a la ciudad, y pusieron las cabezas de algunos de ellos en la horca que tienen levantada en el Alto de Potosí.

El 22 principiaron a formarse desde la mañana, y descendiendo a cosa de la una de uno y otro cerro, atacaron la ciudad por toda la circunferencia, despidiendo innumerables piedras a las trincheras y muchos tiros de fusil, sirviéndose de los que ganaron y de otros que tenian de antemano. Así con mucha gritería siguieron hasta el toque de las Ave Marias, en cuya hora se retiraron, habiendo ántes saqueado varias casas del barrio de San Sebastian. Se contempló que su número llegaría a cosa de seis mil: hallaron fuerte resistencia en el fuego continuado de las trincheras de la ciudad. Fué herido de nuestra parte y murió despues un soldado Mageno: de la de ellos hubo variedad de juicios; unos calculaban hasta ciento, otros hasta cincuenta.

Los dias 23 y 24 baxaron con su acostumbrada gritería, caxas y cornetas, y aunque no se aproximaron a las trincheras y solo cruzaban a pié y a caballo por los extramuros y faldíos del cerro, quemaron algunas casas en el barrio de Santa Bárbara, fabricando otra frontera a ella de puertas y mesas, con cuyo parapeto saquearon las casas del barrio e hicieron muchos tiros de fusil a la calle de la Merced, donde pereció de una bala D. Francisco Perez; igualmente inquietaron la trinchera de San Francisco y otros puntos, hasta la mañana del 26, habiéndolos mandado reforzar el zelo del Gobierno: en el mismo fueron en calidad de diputados del Sr. Gobernador el padre Juandediano fray Bernardino Garicano y dos compañeros, a los indios situados en los Altos de Lima y Potosí, con encargo de requerirlos a su nombre para que se tranquilizasen y retiren buenamente a sus casas y chacras con promesa de indulto en tal caso: no los dejaron salir hasta el Alto, sino que atajándolos en un lugar de la cuesta, dieron la desatinada respues-

ta de que primero se les entregasen los europeos, las religiosas Concebidas y los criollos realistas.

El 27 a las quatro de la tarde se divisó una banderilla blanca a la puerta de Santa Bárbara, clavada en un morro; fué allá D. Dionisio Lovaton y la traxo con pliego firmado por Vicente Rodulfo con la misma fecha en Pampaxasi y dirigido al Sr. Gobernador; su contenido se reducía a decir cuidase del criollismo y no se aventurase la ciudad a su total ruina, por el auxilio que le habia llegado y esperaba de D. Francisco Rivero; que rindiesen y se le entregasen las armas, en cuyo caso la proveeria de mantenimientos, bien que teniéndola siempre cercada conforme a las órdenes de dicho Rivero; lo que le prevenia por encargo del mismo, y que de lo contrario seria irremisible la ruina, aunque tuviese muchos auxilios, porque siempre serian incapaces de balancear con sus fuerzas. Se le contestó que las armas del Rey, destinadas a sostener sus derechos, los de la religion y del buen orden, miraban con desprecio iguales intimaciones; y que si el tal Rodulfo tenia algun influjo entre los indios, los retraxese de sus tumultuarios procedimientos, haciendo se restituyan a sus hogares y a la sujecion de las autoridades legítimas, y que en su defecto tocarian su último exterminio.

El 29 apareció otra vez la bandera, y conducida se encontró un pliego para el Cabildo secular en que le decia el mismo Rodulfo, insitase al Señor Gobernador a la rendicion de las armas, baxo las propias conminaciones: se miró con total desprecio y no se le contestó; despues se descubrió que el apelativo de Rodulfo era figurado y arbitrado por los cholos para llamar la expectacion de la ciudad, y no era otro que el indio de Palca Vicente Choque, uno de los Comandantes de Pampaxasi.

El 30 se logró de tranquilidad; y el 31, habiendo salido por la mañana un piquete a conducir cebada de las chacarillas de Coscochaca, baxaron al momento muchos indios para impedirlo y atacarlo; el piquete, con algun refuerzo de caballería, mató dos indios a lanza y regresó sin novedad.

El primero de Setiembre no hubo novedad; y el dos, como a las ocho y media de la mañana, principió a baxar la indiada compuesta de infantería y caballería; a las diez rodeó la ciudad con griteria, tambores y cornetas, y a la una empezó el ataque por todas las trincheras, con especial por las de San Francisco, Riverilla y costado del Calvario; fué feroz y empeñoso; las piedras venian como

llovidas; redoblaron la gritería y amenazaban los mayores estragos. No pudo contenerse la guardia militar de San Francisco, y saltando a la plazuela con cosa de ciento y cincuenta personas del pueblo, la acometió y retiró con muerte de veinte enemigos, habiéndose procurado templar su ardor para que dejaran la persecución y no cayesen en las emboscadas de casas y quebradas: en la de la Riverilla se arrimaron hasta desmoronar algunos adobes de la pared, pero también fueron rechazados con muerte de siete indios: en las otras se hizo igual oposición, habiendo muerto de los nuestros, el europeo Cerna, el italiano Buritier, un cabo, dos soldados, una muchacha y dos paisanos, de balas que tiraron y cruzaban por trincheras y calles. Duró la gritería y amago hasta la mañana del día 3, teniendo a la tropa en continua fatiga; el Sr. Gobernador, altamente empeñado en la defensa, no cesó de mandar auxilios, y tomar las demas providencias concernientes a ella.

Continuaron los incendios entre los barrios de San Sebastian y Carcancia, igualmente que el tiroteo de las calles; fué herido un soldado; los nuestros, a mas de algunos indios muertos en el lado de la Caja del agua, degollaron cosa de treinta, saliendo de la trinchera de Santa Bárbara y sorprendiéndolos en una de aquellas casas donde se habian retirado, o por descanso o por emboscada; a uno de los cadáveres colgaron de cierta pared, de los pies con la cabeza para abaxo, y se ha sabido que su vista causó grandísima sensación en los indios.

La tarde del propio 3, se hizo una salida por la Caja del agua con tropa de fusileros, lanzeros y muchos voluntarios del pueblo: se desbarataron las trincheras que los indios habian formado unas despues de otras, para con ese resguardo tirar balas a presencia de la tropa; subieron en fuga el Alto del Calvario, sin dejar de gritar ni de hacer muchos tiros de fusil desde la mitad de la cuesta: regresó la tropa sin desgracia; de los indios murieron dos, y a las cinco de la tarde fué pasado por las armas otro nombrado Bernardo Velasco, aprehendido por la mañana en la trinchera de Carcancia.

El 4, situados en sus parages dominantes, siguieron con el tiroteo a las calles haciéndolas casi intransitables, mataron dos muchachas y un soldado, hiriendo al moreno Dionisio, capitán de los negros lanzeros. El Dr. Segobia se libertó de una bala que le pasó con mucha inmediación, y se creyó haberse hecho la puntería directamente a él: hubiera sido mui sensible caso de tocarle por ser

sujeto de valor, espíritu y de otras prendas amables, y que como tal, siendo uno de los Edecanes, está haciendo mui señalados servicios.

El 5 ahorcaron por la mañana a uno en el Alto de Potosí, formando allí mismo una dilatada fila, y baxando otros a emboscarse en las quebradas y rancherías de San Pedro. El señor Gobernador dispuso salida de un competente cuerpo militar, a que a porfía se agregaron los del pueblo, aun los muchachos, pidiendo armas, entusiasmados para la defensa e indignados de la barbarie e inhumanidad de los indios en las quemas, saqueos y muertes crueles executadas en quantos podian aprehender: el éxito fué feliz y volvió la tropa sin avería: de los indios que baxaron a combatirla, murieron mas de quarenta y otros salieron heridos; los demas fugaron por la travesía de San Pedro: se recojió vivo a uno que ha dado idea de las esperanzas lisongeras con que se mantienen y de las seducciones de sus influyentes; así mismo que el Comandante del Alto de Potosí es Julian Sulcalla, indio de Achocaya, y el de Lima otro apellidado Collquehuanca, de Guarina.

El 6 y 7, se mantuvieron en silencio, y el Señor Gobernador dirijió proclamas a los Altos de Potosí, Lima y Pampaxasi, requiriéndoles con paternales amonestaciones a que se retiren a sus hogares, eviten ruinas suyas y las de la ciudad, atiendan la bondad del señor Goyeneche, acepten el indulto que les ofrecia en nombre del Rey, y entreguen los cabezas baxo el premio de quinientos pesos por cada uno. De emisarios fueron dos presbíteros, D. Dionicio Silva y D. Juan de Dios Portillo, quienes regresaron asegurando haberles salido al encuentro solo seis u ocho indios, y que recibiendo el pliego protestaron contestar.

Por la tarde, descubriéndose la respuesta de Pampaxasi en una banderilla al lado de Santa Bárbara, la recogió el presbítero D. Juan de Dios Mariaca, y a las cinco y media la del Alto de Lima el teniente de Cura de la Parroquia de San Sebastian. La primera inculca, mui desatinada y referente en parte a las cartas que con apelativo Rodulfo, dirigió ántes el indio Choque: se repite en ella que si como a comisionado de Rivero, no se le entregan las armas dentro de tercero dia, exterminará la ciudad y correrá sangre y fuego en Potopoto.

La segunda, firmada por un Juan Manuel Cornejo y Felipe Mano, pareció mas metodizada, sumisa en parte y en otra bastante artificiosa. Confiesan en ella los efectos de bondad y buenas

qualidades del Señor Goyeneche y del Señor Gobernador Intendente; no obstante suponen siempre comision de Rivero y figuran haber padecido daños de parte de los soldados de la ciudad; acogíendose a su ignorancia o bien para disminuir sus excesos, o para no aclarar lo tocante a tales comisiones, dejando indecisa la suspensión de hostilidades y la adherencia al indulto y entrega de los cabezas.

El 8, formaron su fila en el Alto de Potosí, dispararon algunos cañonazos con la pieza montada que tienen, acompañaron otros golpes de camareta, y según declaró un niño que se entró, fué en obsequio de Bernardo Calderon, por decirse que había llegado con auxilio de armas y cochabambinos, y que las miras de éste se dirigian a pasar a cuchillo la ciudad, captando a la plebe para con su union con los rebeldes, por medio de mujeres que introduxesen papeles seductivos.

En este dia se formalizó el cuartelamiento en casa del finado D. Miguel Ignacio de Zabala, de los patricios Paceños; ya habian dado su nombre para la lista; las muchas y diversas atenciones del Gobierno y otros motivos no permitieron se efectnase ántes; ellos concibiendo que acaso se desconfiaba de su fidelidad, instaban a que se les destinase al servicio, dándoseles armas con protesta de que desempeñarian con el honor debido, y para dar pruebas anticipadas de ello en todas las salidas, unos mal armados y otros aun sin armas, acompañaron a las partidas destinadas, y ofreciéndose la ocasion acometieron y persiguieron a los indios con ardor inponderable. Acreditada de esta suerte su fidelidad y satisfecho de ella así el Gobierno como el público, se ha tenido el consuelo de que se mire este cuartel como uno de los baluartes mas firmes para la defensa de la ciudad: hacen el servicio con puntualidad y gusto; diariamente se presentan otros para engrosar el número; estiman y veneran justamente a su Comandante Dr. D. José Landavere, vecino principalísimo de la ciudad, y que en esta ocasion ha manifestado la nobleza y el honor con que debe pensar un hombre de bien, dando los mas relevantes calificativos de su amor a la Patria, al buen orden, a las legítimas autoridades y a los derechos del Rey: ha sacrificado fatigas, afanes y dinero propio sin reserva para la defensa, sirviendo de considerable desahogo al Gobierno en medio de sus graves e incesantes cuidados: han sido electos para capitanes de estos patricios D. Francisco Guerrero Oliden y don Luis Guerra, sujetos de honor y oficiales antiguos

de Ejército, que siempre se han desempeñado con la mayor vigilancia y lealtad.

El Señor Gobernador Intendente Don Domingo Tristan, ha sido el móvil de la creacion de este interesante cuerpo; su política, prudencia, sagacidad, liberalidades y generosa franqueza, le han conciliado la voluntad y afecto del pueblo; con su buen modo ha sabido apagar la efervescencia de los ánimos, calmar los resentimientos nacidos de intempestivas producciones, y sacar la triaca de donde los vé preocupados o poco reflexivos, o suponian no poderse encontrar mas que el veneno: jamas podrán encontrarse expresiones bastantes a manifestar cuánto en esto y en los demas efectos de su patriótico zelo le debe la ciudad; su nombre debe ser en ella inmortal y siempre venerado con la mas acendrada gratitud y amor.

El 9 de setiembre a la doce, baxó multitud considerable de indios, dirigiéndose a las travesías de la capilla de Sopocachi: se creyó disponian algun ataque, pero regresaron al Alto, y solo por la noche tubieron muchas candeladas, e hicieron tiros de cañon y fusil, como ostentando sus fuerzas, o burlándose de la ciudad. Aquella tarde ántes de su retiro les despachó el Señor Gobernador, por medio del presbítero Aranda, otra proclama prudente y suave, invitándoles por última reconvenccion a la tranquilidad y sosiego de sus hogares, con oferta, si lo executaban, del indulto, sin exclusion aun de los cabezas que fuesen naturales, cumpliendo as superabundantemente con la suavidad y requerimiento de que há blan las Leyes de Yndias.

El 10 baxaron bastantes indios, unos de a pié, y otros de a caballo con sables desenvainados; dos cholos se adelantaron indicando traer aviso, respuesta o embaxada, y figurándose cochabambinos, entregaron a los prebisteros Aranda, Arteaga y Osorio, que salieron al Alto de San Francisco, cinco pliegos, los dos para el Gobierno y los demas para los Cabildos Eclesiástico y Secular firmados por Bernardo Calderon, titulándose Comandante General de Armas y los otros por los ménos principales y a nombre de los respectivos cuerpos, en la forma siguiente:—Por el Comandante Manuel Colqueguanca,—Por el Comandante Julian Sulcalla,—Por el Comandante Antonio Vargas,—Por el Comandante Eugenio Contréras,—Por el Comandante Xavier Bachaya,—A ruego del Comandante comisionado por el señor Rivero: *Simon Fernandez*.

Ambos orgullosos, insultantes y ofensivos de todas las corpora-

ciones y del M. I. S. Goyeneche, Protector de los Derechos de la Religión, del Rey y de la Patria, conminando la total ruina de la ciudad y del señor Gobernador, si no rendía prontamente las armas a la fuerza de treinta y dos mil indios y muchos españoles criollos, que Calderon afirmaba tener divididos en Sicasica, para oponerse a los auxilios del señor Goyeneche, en el Azafranal para impedir los del Desaguadero, y en los Altos de la ciudad, agregando que una partida suya había quitado las municiones y pertrechos de guerra, que el señor Gobernador poco ántes del asedio despachó al señor Goyeneche, y también que el pueblo de Irupana se había destruido por quinientos cochabambinos.

Los indios Comandantes, en su contextación dictada sin duda por el mismo Calderon, hablan con mayor osadía; se burlan de los requerimientos suaves del Gobierno, retractan la respuesta moderada que anteriormente dieron a una de las proclamas, expresando no ser de ellos y sí extendida por otro que carecía de las necesarias nociones; asientan perjuicios imaginarios inferidos a ellos, y del propio modo que Calderon se denominan comisionados de don Francisco Rivero, y que a su regreso de estos lugares al Gobierno de Cochabamba, les cometi6 los encargos en que se ocupaban.

Al Cabildo Secular previene Calderon la misma rendición y entrega de armas, al Eclesiástico y Prelados el que no permitan hacer fuego de sus respectivas iglesias y torres, advirtiéndolo propio en cuanto a la Abadesa de las Concebidas, y que de otro modo no podrá contener el furor de los indios, como indicando el ingreso, saqueo y profanación de los templos.

Los dos cholos aguardaban la respuesta en el término de cuatro horas; el Gobernador la dió bervalmente por medio del mismo Aranda, reducida a que la pólvora y balas contestarian a todos: retirados con esto, empezó el ataque a las once y media de aquella noche por todo el rededor de la ciudad con mucha gritería: tiros de cañon, fusil y piedras: las calles estaban iluminadas y se contrarrestó valerosamente baxo las órdenes del Gobierno y Comandancia, que de momento a momento, segun las ocurrencias, se comunicaban a los cuarteles, habiéndose ántes publicado bando relativo al criminal tenor de los oficios y al reparo de todo desorden que embaraze la defensa.

Al amanecer el día once se disminuyeron la furia, osadía y número de los agresores: se notó que se retiraban a los Altos dejando fusileros contra las trincheras y calles; fallecieron dos muchachos,

dos paisanos y un negro esclavo. Por la tarde se vió multitud de indios en las faldas del camino de Potosí conduciendo el cañon hasta el Cruzero; se observaron las nuevas trincheras que habian fabricado para tirar con mas seguridad, sin embargo de las muchas que les proporcionaban las chozas y casas dominantes; se aproximaron y atacaron por la noche; y aunque la tropa estaba rendida con la anterior fatiga, se les resistió valerosamente.

La mañana del 12, se retiraron, continuándose el tiroteo a las calles. A cosa de las doce salió una parte de la tropa al barrio de Santa Bárbara, a destrozár las expresadas trincheras, situadas en la calle que se dirige a la iglesia de esta parroquia y en la del camino de Coroico. Se consiguió el fin ahuyentando a los indios que aparecieron, con muerte de muchos de ellos: algunos se refugiaron en la iglesia y por la justa veneracion de ella no fueron extraidos y castigados: regresó la tropa y luego volvieron a posesionarse del Alto, dirigiéndoles balas hasta la misma plaza: en esta salida ocuparon la vanguardia setenta patricios con su Capitan Don Luis Guerra, el Teniente Don Juan de Dios Ortiz y el Subteniente Don José de la Iglesia, y se desempeñaron valerosamente; fueron los primeros que ocuparon el Alto, desalojando y persiguiendo al enemigo, con todo que no llevaban mas armas que lanzas. El Señor Gobernador, constándole de todo, mandó se les diesen gracias y dos reales de gratificacion a cada uno: el Comandante don Joaquin Reuelta dirigió la accion con mucho valor y acierto.

Por la tarde a las tres, recibió el Señor Gobernador carta de Calderon titulándose Comandante General del Rio de la Plata por nombramiento de Rivero, su fecha quartel de Chocata 12 de Setiembre y tenor entre atento y suplicatorio, reducido a pedir la rendicion de las armas y la respuesta dentro de dos horas, asegurándole acababan de llegar quinientos cochabambinos prontos a recibirlos, y que al señor Goyeneche, cercado por Rivero, lo concebía acabado: estas y otras especies iguales, no eran mas que ficciones y patrañas de este embustero para mantener a los indios en el error, engaño y ferocidad.

El condutor de la carta fué el presbítero don Gabriel Sandoval; él mismo llevó la respuesta manifestativa de sus execrables miras contra la ciudad de su nacimiento; del horror con que la mas remota posteridad recordará su detestable nombre; de la entereza y fuerza del Gobierno para sostener los derechos del Rey y de la

Patria, y del heroísmo del señor Goyeneche para estos propios sagrados objetos. Los indios desde la primera noche apuraron la gritería, trompetas y balas a las trincheras, jactándose tener para el manejo de fusiles mucha cholada de la ciudad y pueblos comarcanos, cuyo particular se ha afianzado con la deposición de algunos prisioneros, sabiéndose igualmente, haberse venido y agregádoseles muchos de los prisioneros que por el Señor General se remitieron al Cuzco.

El 13 siguió el tiroteo de fusiles: en el mismo se entró un muchacho del Alto, y declaró que las proclamas del Gobierno hicieron impresion en muchos indios para el retiro a sus casas, pero que la cholada y Calderon les suplicaron y persuadieron a mantener el sitio con la promesa del saqueo, y por decir que para ello había orden de Rivero; que los individuos traídos por Calderon con el nombre de cochabambinos, eran reducidos a doce cholos de Caracato: que en el Alto estaba un tamborcito venido de Cochabamba y aseguraba la entrada triunfante del Señor Goyeneche en aquella ciudad, y que impuesto Calderon de ello, le ordenó silenciase la especie dándole diez pesos con apercibimiento de ser ahorcado, si la divulgara, haciéndolo custodiar para que no pase a la ciudad.

El 14 continuó el tiroteo con muerte de una muchacha en la calle de Comercio, a mas de otras desgracias, y sumo peligro de los transitantes. Por la noche hubo silencio, y se supo haber provenido de la noticia que tuvieron de hallarse en Sicasisa o Calamarca el auxilio remitido por el señor Goyeneche, lo que pareció confirmarse con el papel escrito a Pedro Tórres por el indio Sullcalla, Comandante del Alto de Potosí, añadiendo la de otro auxilio de parte del Desaguadero, a cuya consecuencia los de Pampaxasi tomaron la ruta para el camino de Potosí con resolución de prender a Calderon por no haberles comunicado de los auxilios para contrarestarlos: esto fué el día 15.

La noticia se traxo a la ciudad por José María Cortinas, escribiente de Tórres, y el irlandés Francisco Palácios, que aprehendidos por los indios, los servían forzados, y solo pudieron escapar aquella mañana: el primero entregó al Gobierno un talego de papeles relativos a la sublevación, influyentes, y correspondencia de los cabezas: se encontró el mencionado de Sullcalla a Tórres, y una carta de don Francisco Rivero de 18 de Julio, escrita a los indios, para incomodar al Señor Goyeneche por las espaldas con la conmoción de esta provincia; refirieron la desgracia de cosa de

cinquenta españoles que en ambos Altos habian muerto cruelmente los indios a garrotazos desnudándolos primero, lamiendo despues la sangre y empapándola en sus garrotillos.

La venida de los auxilios se celebró con alegres repiques de campanas en todas las iglesias; los espíritus abatidos se desahogaron con demostraciones de júbilo; hasta los muchachos congregados en considerable número, salieron y desbarataron las contratrincheras de los indios, quienes como atónitos sin hacer oposicion se retiraron a las alturas; y aunque al medio día hicieron tiros de cañon y muchos de fusil con direccion al cuartel de los patricios, la noche fué ménos incomoda, habiendo el Señor Gobernador mandado reforzar las trincheras, por las luces que adquirió de los mismos papeles sobre que meditaban empeñarse mucho mas en los ataques, atenta la inmediacion de los auxilios.

La mañana del 16, continuaron los tiros de fusil a las calles con muerte de tres o mas personas; a las diez y media baxaron los insurjentes; incendiaron muchas casas y apuraron el tiroteo de balas: el Gobierno dió providencias oportunas para que los cuarteles estuviesen prontos con la fusilería, granadas y lanzas, habiendo ordenado desde dias ántes, se coloquen en las calles principales colgaduras o telones de alfombras, que embaracen a los rebeldes la vista y direccion de las balas a determinados objetos. El citado Cortinas, con referencia a un testigo ocular, ha comunicado, que transitando por Sicasica de regreso a La Paz, con pasaporte del Señor Goyeneche, el alcalde D. Pedro José Indaburo, el D. D. Joaquin Riva, su cuñado D. José Murgia, D. Pedro Sota y otros fueron asesinados por los indios, escapando únicamente el Dr. Riva.

Por la tarde siguió el tiroteo con muerte de tres personas, incluso un soldado voluntario, y por la noche fué tristísimo el espectáculo de la ciudad con el extraordinario humo que la cubria proveniente del incendio de muchas casas en toda su circunferencia.

El 17, no cesó el tiroteo, con muerte de un soldado voluntario en la trinchera de San Francisco: algunos patricios despechados salieron hasta las faldas de San Pedro, ahuyentaron a los enemigos, quebraron los baleros de barro que tenian y trageron unos pedazos de plomo; el Señor Gobernador les gratificó con dinero para animarlos; por la noche no hubo novedad.

La mañana del 18, levantaron los toldos que tenian en la falda de la cuesta de Potosí; y aunque se creyó que determinaban reti-

rarse temerosos de la cercanía del auxilio, a las once se presentaron en fila desde un camino a otro con tres banderas, una blanca, otra encarnada y otra azul o negra; por la circunferencia corrían otros dispersos a una y otra parte, hicieron algunos tiros de cañon y muchos de fusil con muerte de una criatura; por la tarde siguieron del propio modo, y por la noche con alguna gritería intentaron apoderarse de la torre y bóveda de la iglesia de San Francisco.

El 19, se introduxeron por la trinchera de San Francisco dos cabezas ya secas que habian colocado a su inmediacion, y se creyó fuesen de los que murieron en la salida del 18 de agosto, aunque ellos aseguraron ser la del Comandante del punto de Tiquina y otro oficial su compañero; corrieron algunas balas de fusil.

El 20, se les vió formados en todas las alturas a las diez de la mañana; y baxando con tambor, cornetas y gritería, incendiaron aquella tarde otras casas e incomodaron toda la noche las trincheras con insultos y tiros de fusil, sin que la guardia pudiese obrar, por estar parapetados con las casas quemadas y haber hecho forados de unas a otras para acercarse o alejarse sin ser vistos, teniendo la insolencia de acuartelarse en los barrios de San Sebastian, calle Ancha y Cañaricalle.

El 21, amaneció con el incendio de otras casas del barrio del Calvario y Carcantia; en la tarde acometieron con indecible denuedo la trinchera frontera al callejon inmediato a la casa del licenciado Don Mateo Ariñes, barrio de Carcantia mataron al centinela de un balazo; la guardia cuzqueña era corta para contrarrestar la multitud de indios, se arrimaron éstos hasta ponerse uno encima empuñándose otros en derribarla por medio de palos metidos en las troneras; hirieron otros dos soldados y causaron la mayor consternacion: del quartel de la casa de Zabala, corrieron a uxiliarla doce patricios con lanzas; aseguraron el puesto y aun salieron fuera de trinchera con otros muchos que se les agregaron; persiguieron a los indios, mataron diez o doce a lanza y fusil, y ahuyentaron a los demas, señalándose en valor el Teniente de caballería Don Faxardo y el ingles don Tomas Clout: aqui sucedió la desgracia de la herida mortal de don José de la Iglesia, hijo único del señor alcalde del crimen de la Real Audiencia de Lima don José de la Iglesia y de doña Casimira Llano, Subteniente de una de las compañías de patricios, jóven de 18 años, de amables prendas, de bella representacion y grandes esperanzas por la docilidad

de su índole, y por el notable valor e intrepidez que siempre manifestó en todas las ocurrencias: entró la bala por la garganta y se estancó en el pulmón; falleció la mañana siguiente con todos los sacramentos y auxilios espirituales; se admiró en su digno padre y amorosa madre la resignación mas alta, mezclada con tiernas lágrimas. Quando los patricios regresaban se hallaba ya en la trinchera el auxilio de los veteranos, que la puso a cubierto de todo riesgo.

Por la noche no cesó la algazara, y por medio de una muger que baxó del alto, se supo que habian proyectado combatirla en la misma con el mayor empeño, pero que se desvaneció por las noticias que tuvieron de dos auxilios que nos venian por Tiquina y Desaguadero, al propio tiempo, que el de la parte de Oruro habia destrozado un Ejército de indios en Carotollo. Tambien comunicó que el auxilio que les habia llegado de Larecaxa era aparente, respecto de que prometian atacarlos por la retaguardia, siempre que de la ciudad se les acometiese con alguna salida, cuyas noticias se confirmaron por un cholo que se entró escapando de la prision en que lo tenian.

El 22, no hubo mas novedad que la del tiroteo, muriendo dos mugeres: se supo por otros venidos del Alto, que el padre del inicuo Casimiro Irusta, autor de los memorables estragos y asesinato hechos en la persona del Señor Coronel Marques de San Felipe el Real don Diego Quin, Fernandez Dávila y el europeo don Pedro del Castillo, el 23 de junio anterior, se hallaba de comandante, y que las miras actuales de la indiada eran arrastrar la gente para combatir los auxilios que venian.

El 23 y 24, siguieron con el incesante tiroteo a las calles; no era posible transitar sin exponerse a alguna bala: murieron varias personas especialmente niños y mugeres, por que ha sido tal la iniquidad de los rebeldes, que tirando al objeto que se les presenta sin distincion de estado, edad, ni sexo, se satisfacen con cualesquier estragos que causen, aunque ningun provecho esperen; la gente pobre necesitada a andar para remediar sus urgencias y la de los niños, ha sido la que mas ha padecido; la calle y pila del hospital de San Juan de Dios son los parajes mas peligrosos, donde por la mayor parte han sucedido las desgracias de muertos y heridos por el concurso de las gentes, respecto de ser la única agua que ha quedado en la ciudad, pues habiendo los rebeldes cortado la cañería, no corren las otras pilas desde el principio del cer-

co. Continuaron así mismo con el destrozo de las casas del barrio de San Sebastian, saqueándolas enteramente y arrancando aun las puertas y ventanas: todas están minadas y horroradas, como se expresó ántes, para sin ser vistos ponerse en la inmediacion de las trincheras, y tirar piedras y balas de las troneras que han abierto con direccion a las calles y quarteles, subiendo a tal grado su atrevimiento, que en los suyos fijados en dicho barrio tocan la diana y retreta a las veces con golpe de música, y hacen las demas funciones en las propias horas y del mismo modo que en la ciudad.

Algunos han opinado deberse salir para castigarlos y escarmentarlos; pero el Gobierno, con acertada precaucion y prudencia, ha pensado de otro modo; porque se viene a los ojos, que haciéndose la salida pueden tirar de las troneras sobre seguro, y despues de causar en la tropa muertes y heridas, ponerse a salvo con igual seguridad por aquellas comunicaciones de unas casas a otras; de modo que léxos de adelantarse con las salidas, solo se sacaria la muerte, e inutilizacion de muchos de los nuestros, siendo así que en todos eventos, y mayormente en el del dia, debe estimarse en mas la vida de uno de éstos que el destrozo de centenares de los enemigos. Ademas que aguardándose próximos auxilios, y con ellos el remedio sin riesgos, no conviene exponer a ellos a la poca milicia fiel y valerosa.

Desde días ántes se hablaba de dos tropas auxiliares, que se encaminaban a la ciudad; la una despachada por el Señor Goyeneche, de que aseguró Cortínas haber entrado a Calamarca, y pareció confirmarse con el papel del indio Sulcalla, aunque posteriormente se ha desvanecido, o al ménos confundido con otras de haber arribado únicamente a Sicasica y detenídose allí esperando refuerzos; y la otra del Desaguadero, de donde al principio se creyó viniese con prontitud; mas por las reflexiones de que el Comandante de aquel punto, despues de dexar guarnicion suficiente que lo custodie, no podia moverse sin un cuerpo respetable y bien pertrechado, para no aventurarse, ni aventurar la suerte de la ciudad, y que para ello necesitaba de algun tiempo, se desvaneció igualmente la esperanza; y en muchos dias no se habló de la materia, en cuyo estado se encontró el papel, entre los que introduxo Cortínas, relativo al auxilio del Desaguadero.

Revivieron los consuelos y se fomentaron con las luces que prestaron las deposiciones de algunos indios prisioneros, bien que sufocados en cierto modo por los puntos inverosímiles que se mezcla-

ban. El Señor Intendente despachó ocultamente indios fieles con contribuciones de dinero, para que se impusieran y volvieran con noticia del paradero de los auxilios: además, sabiendo por boca de don Fermin Bústios, vecino de Larecaxa, sugeto de fidelidad y mérito, hallarse en la ciudad Don Agustino Alarcon, del mismo partido, mozo eficaz y activo, lo hizo comparecer y le propuso saliese al campo del enemigo, con pretexto del hermano que tenia allí entre los españoles Larecaxeños recién venidos, gratificándole de pronto con dinero y ofreciéndole otras recompensas; avino a ello y salió con la necesaria precaucion; por la noche volvió internándose por medio de las balas, e indecibles riegos, y trajo la noticia del estado del campo de los indios, de la realidad del auxilio que venia del Desaguadero y se hallaba entre Guaqui y Tiaguanaco, del partido que entre los de Larecaxa habia a favor de la ciudad, y del encargo que secretamente le hicieron el presbítero Don Ramon Mariaca y Don Manuel Macedo, de que comunicara a Su Señoría que ellos no venian a perjudicarla, y si ántes a obrar lo que pudiesen en obsequio de ella.

Volvió a salir Don Aquilino con otras prevenciones oportunas, y regresó despues con su hermano Don Pedro Alarcon, que igualmente se ha manejado con la mayor lealtad; siendo por ello ambos hermanos beneméritos y dignos de recomendacion y premio: traxeron noticias mas individuales de todo. Tambien se entraron don Matías Carpio, el citado presbítero Don Ramon Mariaca y otros dos vecinos de Larecaxa, y confirmaron lo tocante al auxilio: Don Mariano se traxo original una esquila del indio Comandante de Tiaguanaco a los del Alto, pidiendo gente y asegurando la entrada del Ejército auxiliar en Guaqui, con lo que ya no se dudó de su verdad; pero la ansia y deseo de su pronto arribo, tenia los ánimos sumamente inquietos: entró otro de Larecaxa y comunicó el plan y empeño de los indios para el ataque a la ciudad, y prometió pasarse al Señor Benavente quando estuviese inmediato: el Señor Gobernador le dió pasaporte y se ha sabido que cumplió la promesa con seis o siete compañeros.

Entre tanto los destinados para continuar el cerco nada aflojaban; distante de ello, el 25 desde la madrugada tiraron muchas balas de fusil; a las diez y media aparecieron en la parte de San Sebastian dos comisarios con bandera blanca; el uno, indio de Pucarani, bastante vivo y perspicaz, entendia y hablaba castellano, lo mismo que qualquier español; el otro, un cholo de la ciudad que

fingió ser de Coroyco: traian pliego para el Señor Gobernador y se les dió entrada con la respectiva guardia y precaucion; era dirigido del parage de Cusicancha y firmado por Bernardo Calderon y otros caudillos, reduciéndose su contexto a decir, que para los tratados de la rendicion de armas de la ciudad y otros adyacentes, saliesen dentro de tres horas parlamentarios a la Plazuela de San Sebastian, ofreciendo la seguridad y ponderando sus fuerzas con el auxilio de Larecaxa.

Se explicaban con alguna especie de miramiento y confusion; con ese respeto y el de dar tiempo a la llegada del auxilio, se arbitró en el Gobierno la entretenida de decirles en contestacion, aclarasen los puntos, asentando la bases y preliminares de lo que se haya de tratar.

A las tres de la tarde mandaron con dos Larecaxeños otra carta comprensiva de siete puntos extremadamente altivos y desatinados: los primeros contenian la intimacion de que prontamente se les rindiesen las armas y se deshiciesen las trincheras, dexándole las calles libres, con amenazas de destrozos y ruinas. El Gobierno contestó con la seriedad y fortaleza que correspondia, expresando que los derechos del Rey y de la Patria, puestos a su cuidado, no podian deshonorarse en tratados con un complot revolucionario como el de Cusicancha: en seguida despachados los Comisarios, expidió las órdenes necesarias para la seguridad de la ciudad, baxo el concepto recibido de que no tardarian en acometerla: se ha sabido que con la respuesta se conmovieron, y entre la confusion de pareceres y total desórden de sus divisiones, no atinaron a determinar cosa fixa; por la noche incomodaron solo con la gritería y algunos tiros de fusil.

Pero la mañana del 26, a las quatro, se empeñaron en el tiroteo de balas de fusil y cañon, con los dos que tenian montados en la parte del Calvario, y en la opuesta de Loroquere. Así mismo descargaron innumerables piedras, y subió de punto la algazara; fué el dia en que corrieron mas balas en las calles, y no habiendo muerto mas de un ingles en la de San Juan de Dios y otro en la del correo, se hace verosimil la especie de que habiéndose hecho cargo de una parte de los fusiles, los Larecaxeños, tiraron de propósito a los texados y paredes, cuidando de no hacer averia y al mismo tiempo de consumir al enemigo multitud de cartuchos; por la tarde, segun tambien se ha sabido, algunos de ellos fieles y compactados, hicieron seña con una bandera encarnada, de dos

puntas, para que saliesen de la ciudad, estando dispuestos a entregar el cañon de Loroquere, que en aquel lance no tenia mas guardia que la de cien indios, y el Comandante Calderon, estaba, segun su costumbre, enteramente ébrio y perdido; no se entendi6 la señal y se pasó la ocasion; se supo ciertamente, por aviso que dieron los Larecaxeños Alarcones, de que insistian en el propósito de esforzarse en el ataque a todo riesgo, para hacerse del armamento de la ciudad y contrarrestar con él al Ejército auxiliar; consiguiente a ella, fixaron en la parte del Calvario una bandera negra listada de roxo, y redoblaron los tiros de fusil i cañon; tenian ya tres, el uno traído de Jesus de Machaca, donde le dexaron los cochabambinos despues de la batalla de Gnaquí, y los dos que habian ganado en esta banda de Tiquina, por impericia del oficial que los conduxo con solo el resguardo de 30 hombres.

La mañana del 27 se observó que las alturas se despejaban y que muchos indios marchaban para Pampaxasi y Chacaltaya; se infirió la cercanía del auxilio, y habiéndose hecho una salida con cosa de 600 hombres entre infantería, caballería y agregados del pueblo, baxo la direccion del Comandante, por el barrio de San Sebastian, Coscochaca y Calle nueva, se conoció, que aunque se habian retirado de las casas, no eran tan pocos, como se habia creído; se agolparon en los extramuros formando varios montones con gritería y ademanes de acometer o resistir; se les hizo fuego, de que cayeron muchos, y se regresó sin desgracia, habiéndose portado el Comandante y oficiales con acierto, valor y prudencia.

La mañana del 28 se practicó otra salida con casi igual número de gente por el lado del San Pedro hasta cerca de la Capilla: no se pudo contener a la muchedumbre de mugeres y niños que salieron igualmente, y habiéndose esparcido por la llanura en busca de verduras con parte de los lanzeros voluntarios, baxó un peloton de indios del Alto de la Capilla, y como en semejante desórde., era arriesgado hacerles frente, se tocó a retirada, la que se verificó con bastante precipitacion; murieron tres negros lanzeros y otros tantos patricios; fuera de eso se llevaron algunas mugeres y niños: se sintió la desgracia por lo mismo de hallarse tan próximo el arribo de las tropas auxiliares: se internaron a la ciudad ocho reces, de que el señor Gobernador mandó distribuir a los monasterios y a otros, que apreciaron por la total falta de carne fresca; que desde muchos dias atras se experimentaba.

Serian las once y media del dia, quando los indios de la falda y

ceja de los dos caminos, hicieron varios movimientos; a poco se oyeron tres cañonazos en el de Lima, y se dexó ver allí mismo un golpe considerable de gente; unos eran de sentir que era el auxilio tan esperado, otros presumian que no era mas que la indiada amontonada, recelando fuese algun ardid de ella para sacar la gente de la ciudad, y hacerla caer en las emboscadas que podian tener aprovechándose de las quiebras y collados que hay en el intermedio: no cesó esta variedad de pareceres, con todo que por medio de anteojos de larga vista se procuró hacer el correspondiente exámen, y se reparó que se tremolaba una bandera blanca, porque tambien los indios la tenian; y siempre se notaban señales que persuadian ser el auxilio, y otras que indicaban lo contrario, hasta que a la una entró el indio fiel del Dr. D. José Landavere nombrado Mateo Anco, que el Señor Gobernador habia mandado al Desaguadero para inquirir el estado del auxilio, e incitar su pronta venida; le traía papel firmado por los señores Coroneles Don Pedro Benavente y Don José Santa Cruz y Villavicencio, y por el Mayor Don Ramon Ribert; en que se le decia hallarse en aquel Alto con el Ejército auxiliar: entónces, no pudiéndose ya dudar de la verdad de su arribo, se mandó repique general, y la ciudad se llenó de gozo y alegría trocando en demostraciones de contento y seguridad los peligros y sobresaltos en que poco ántes estaba sumerjida. El Señor Gobernador mandó al Edecán Dr. Segovia acompañado de una partida de dragones a cumplimentar de su parte al Señor Benavente; regresó a las cinco de la tarde, en cuya hora, festivamente congregados en una de las piezas pretoriales, el Señor Dean, los Prelados, otros Eclesiásticos, y el vecindario distinguido, le tributaron al Señor Gobernador encarecidas gracias por la defensa de la ciudad hasta el momento de verse asegurada, habiendo sido incalculables sus afanes y desvelos casi sin interpolacion por el tiempo de quarenta y cinco dias.

El Ejército auxiliar, aunque poco numeroso, no pudo ser mas valiente ni mas oportuno: solo contaba de trescientos fusileros y quatrocientos a quinientos lanzeros, con quatro cañones de a dos, y no es preciso detenerse en reflexiones para confesar que estas fuerzas parecian mui desiguales a la empresa que se intentó y llegó a perfeccion: la indiada pasaba de doce mil; tenia un cañon y mas de cien fusiles; ocupaba en el intermedio el gran cerro de Llocolloco, tránsito preciso, pero lleno de peligros: el Ejército habia de subir la cuesta de aquel lado, que con extencion de mas de

media legua, corre por entre dos cerros dominantes con algunas quiebras y collados; situacion mui al propósito para el intento de los insurgentes.

No se descuidaron, ántes aprovechándose de las ventajas del lugar, se apartaron en las cimas colaterales del camino. El Señor Benavente habia determinado dirigirse por el de Chulluncayani, y estando ya en marcha, eligió de improviso (o de caso pensado) el de Llocolloco: se empezó a subir, y quando los enemigos creyeron ser llegada la oportunidad hicieron fuego de fusil, y dispararon infinidad de piedras por el frente y costados: ya se habia previsto el suceso, y dividiéndose el Ejército en partidas a cargo del Mayor Don Ramon Rivert y otros oficiales, tomados con la mejor pericia militar diferentes rumbos, se consiguió inutilizar las disposiciones y ventajas del enemigo, con muchas muertes de su parte. Ganada la altura, baxó el Ejército al llano, y a alguna distancia vió a los indios con su cañon y fusiles prevenidos a atacarles nuevamente; no obstante, marchó sin desórden hasta el lugar de Cochamisco donde se asentó el campo.

Los indios se mantenian rodeando a lo léxos, y permanecieron del propio modo toda la noche; a las doce de ella se tocó la generala; se puso todo el Ejército sobre las armas, y a las siete de la mañana, empezó a marchar llevando en el centro como el dia anterior las cargas y carraages, y en formacion que pudiese hacer cara a todas partes; todo fué menester, porque no tardaron los indios en atacar por vanguardia, retaguardia y flancos haciendo muchos tiros y redoblando la gritaría: así continuaron hasta el Alto de la ciudad al paso del Ejército, que por precision tuvo que andar mui despacio, haciéndoles un fuego incesante, y habiéndose trabaxado mucho para contener el ardor de los soldados, que arrebatados, de la indignacion, querian arrojarse a la indiada y chocar con arma blanca. En el combate de este dia y en el del antecedente, no hubo en nuestra parte mas desgracia que de un muerto y quatro heridos; de los indios se reguló que moririan mas de trescientos, fuera de los que quedaron tendidos en Llocolloco.

Si por ello no puede dudarse de la prodigiosa intrepidez del Ejército, ménos podra expresarse el alto grado de valor animosidad y pericia del Señor Benavente: su arrojo con ese puñado de gente y sin mas que trescientos fusiles, es demasiado orijinal para tener exemplares: el cielo, que atiende con especialidad las buenas intenciones, quiso sin duda premiar las que concibió generosamente.

te para socorrer y salvar la ciudad a qualquier costo: sus oficiales y subalternos hasta el último soldado se condujeron con la misma animosidad y exfuerzo, señalándose en particular el Sr. Coronel D. José Santa Cruz y Villavicencio, Maestre de Campo, Juez Real y Subdelegado de Apolobamba; D. Ramon Rivert, D. Manuel Loayza, Auditor de Guerra, que sin perjuicio de la abogacía hacia al mismo tiempo de gran soldado, y los Capitanes y Tenientes: es mucho lo que le debe la ciudad, no solo por haber venido a auxiliarla arrojando a tamaños peligros, sí tambien porque con su arribo la ha sacado de los que tenia sobre sí con la opresion inmediata de los sitiadores, desgracia continua de los que fallecian a bala, falta de carne fresca, agua, etc.

En quanto a los vecinos, ya se dixo que generalmente se habian manifestado patricios y europeos ansiosos y prontos para la defensa, a la reserva de unos pocos que por su apatía y mezquindad llevan consigo un borron eterno; se han distinguido con singularidad en el servicio del Rey y anhelo del bien de la patria, el Comandante de la plaza Don Joaquin Reuelta dando concluyentes pruebas de su zelo, valor y ánimo: el Señor Dean Dr. D. Guillermo Zárate, ha estado pronto a quanto dependia de sus facultades, y a contribuido para la refaccion de trincheras: el Dr. D. José Landavere Comandante del quartel de patricios, como queda expresado, nada ha exseptuado de dineros y afanes: los capitanes del mismo quartel Don Francisco Oviden y Don Luis Guerra; los Comandantes de los otros quarteles, el Señor Marques de Cochan y don Ramon Ballibian con sus respectivos oficiales, habiéndose señalado don Francisco Santibañez, don Pedro Gonzales y don José Loredo, como igualmente los beneméritos y distinguidos oficiales de la guarnicion con sus Capitanes Don Mariano Parédes y Don Martin Puértas; el teniente de Artillería don Andres Rondon, manteniéndose constante en las trincheras con sus tropas sufriendo ocho o diez dias sin relevo. El teniente asesor interino Dr. D. Pablo Gutierrez, cuyas fatigas en la asombrosa multitud y variedad de asuntos han sido inponderables, ayudándole en todo don Juan Manuel Porcel; el Dr. D. Pablo Segovia, el capitan D. Julian del Castillo, D. Juvenal Aberasturi, el ayudante mayor de la plaza D. José Chirveches; los Subdelegados de Yungas y Sicasica, D. Juan José de la Fuente y D. Cristóval Garcia; D. Tomas Clout de nacion ingles, ha hecho grandes y señaladísimos servicios en salidas, custodia de trincheras, patrullas y demas que se ha ofrecido; los

dependientes y subalternos de la Real Casa y renta de tabacos con su Comandante el señor Ministro Contador don José Caséllas, que siendo tambien uno de los edecanes se ha portado con mucho honor en uno y otro empleo: el Mayor de órdenes don Hipólito María del Valle; el Mayor de la plaza don Lorenzo Rivadeneira; el regidor don Mariano Ayorca; el Prevendado don Francisco Garci Gutierrez, contribuyó para composicion de trincheras e hizo donativo de viveres a favor de la tropa; el Dr. D. Francisco Isaura, secretario de su Iltma., condonó quinientos pesos de sus sínodos y ademas contribuyó para trincheras: han hecho iguales contribuciones, el Dr. don Agustin Arze, el P. Guardian de San Francisco y otros vecinos eclesiásticos y seculares; el capitán de la sala de armas don José Texada, D. Santayana. Así mismo lo es el regidor don Mariano Ayorca, quien, con su actividad, recolectó en varias ocasiones 1160 pesos para repartir de gratificacion de las tropas en los dias de los ataques; don Sebastian Vidangos ha puesto su asistencia y puntual cuidado, con recomendable vigilancia, en la obra de la construccion y refaccion de trincheras; el administrador de correos don Francisco Pásos, viendo la falta de numerario en Arcas Reales, suplió seis mil pesos; los monasterios del Cármen y de Nuestra Señora de la Concepcion, se han esmerado en auxiliar a la soldadesca forastera, mandando de comer diariamente a los cuarteles y trincheras en medio de la carestía de agua, leña y bastimentos; lo propio han practicado la señora Marquesa de Aro y otras personas, particularmente doña Teresa Parédes, madre del Dr. Landavere, y doña Francisca Veamurguía, viuda del capitán Don Mariano Vilvao; el Secretario de Gobierno, Don Lorenzo Huméres y los escribanos Juan Manuel de Varela, Juan de Prado y Juan de Mendieta, han impendido inmenso trabaxo contrayendo para ello mérito de mucha recomendacion.

Hasta esta fecha se calcula, que el perjuicio causado por los rebeldes en quemas y saqueos de casas, llegará a quinientos mil pesos: si se traen a consideracion las cosas de que se han apoderado en las haciendas y caminos de Yungas, el ganado que han estraido de las estancias de Puna, los granos que han tomado y los demas menoscabos executados en unas y otras fincas, pasará con mucho de un millon de pesos.

El 29 a la madrugada salieron de la ciudad doscientos hombres; se unieron en el Alto de Potosí con otros tantos del campo del señor Benavente y se dirigieron con un cañon baxo el coman-

do de don Ramon Rivert al pueblo de Achocaya, distante cuatro leguas, en virtud de haberse sabido que los indios se reunian allí con su comandante Irusta; y habiendo entrado por una baxada escabrosa de mas de un cuarto de legua, dexando asegurada la espalda con el cañon y cien hombres, solo se encontraron unos pocos indios y fueron muertos; los demas con Irusta huyeron quebrada abaxo para los Obrages, o Mecapaca, y volvió la expedicion sin desgracia: el mismo dia entró a ver al señor Gobernador de su parte y la del señor Benavente, el Maestro de Campo don José Santa Cruz y Villavicencio; se recibieron cartas atrasadas de Arequipa, Cuzco y Lima, el decreto de las Cortes sobre excepcion de tributos a favor de los naturales, una proclama del Señor Goyeneche, por la que, y por otras cartas y diarios, se supo de su gloriosa victoria en Sipesipe contra el numeroso Ejército de cochabambinos el dia 13 de agosto; de su entrada triunfante en aquella ciudad y del ánimo que tenia de pasar en breve a la de la Plata: se supo igualmente que el señor Lombera habia salido el 25 del propio mes con 23 hombres a auxiliar esta ciudad, en cuya inteligencia debia estar ya en el Alto; y como no ha arribado, ni se sabe en esta fecha el lugar cierto de su paradero, se hace verosímil el contraste, que segun se dice, ha encontrado en Sicasica de indios reunidos al efecto, baxo el comando del escribano Cáceres, que habiendo escapado del cadalzo, no cesa de maquinare nuevas turbulencias.

El 30 fué el Señor Gobernador a ver al Señor Benavente acompañado de sus Edecanes, oficiales y una partida de dragones, volvió sin novedad, y posteriormente han ido a lo mismo el Señor Dean, el Dr. D. Pablo Gutierrez y otros.

Los indios, aunque desampararon toda la ceja de los caminos de Lima y Potosí, no se han movido del cerro de Pampaxasi y sus faldos.

En los dias 1.º y dos de Octubre, tuvieron el atrevimiento de acercarse al barrio de Santa Bárbara y ponerse en el Alto de Quilliquilli y del Agua de la Vida, con lanzas y palos, haciendo varios tiros de fusil, al mismo tiempo que otros pasando a la pampa de San Pedro, intentaron llevarse arrebataadamente las mulas del Ejército que pastaban en aquel campo: se les embarazó y se dispuso una salida, que se efectuó por la tarde hasta mas allá de la iglesia de Santa Bárbara, sin que hubiesen hecho cara, y sí ántes huido al lado de Pampaxasi, satisfaciéndose con insultar y gritar desde allí;

en cuya vista se dió la vuelta, bien que ellos permanecen en la llanura que hai en la cumbre del cerro, al parecer no en el crecido número que ántes, sin duda por los muchos que se les han ido; de los de Lareaxa, es constante que todos o la mayor parte se han retirado a sus pueblos.

Del campo del Señor Benavente, salió así mismo una partida de doscientos soldados para el lado de Vilaqui, y sin encontrar oposicion en el espacio de tres o quatro leguas, conduxo mil cabezas de ganado lanar, casi otras tantas de carnero de la tierra, y algunas reces para la mantencion del Ejército, de que ha participado a la ciudad: en los mismos dias se han presentado en el Gobierno varios indios principales de las parroquias de San Pedro y San Sebastian, exponiendo haber estado violentados en los campamentos enemigos, y protestando guardar perfecta fidelidad en adelante: el Señor Gobernador los ha recibido del modo que corresponde, haciéndoles ver primero sus errores y atrocidades, y acariciándoles despues con encargo de que procuren atraer y tranquilizar a los otros, ántes de que el rigor de la Leyes y fuerza de los Ejércitos descargue sobre ellos.

POESIAS.

LA EPOPEYA DEL LEON.

(DEL ARTE DE SER ABUELO, DE VICTOR HUGO).

I

EL PALADIN.

Robado entre sus dientes, sin dañarlo,
Se llevaba un Leon a un tierno niño
A ocultarlo en la selva, esa jigante,
Abuela del arroyo i de los nidos...
Cual se coje una flor porque es hermosa,
Sin saber como, habíalo cojido
Adusto i sin crueldad, que los leones
Son así: jenerosos i sombríos...

—

Sin libertarse del profundo espanto
Era mui desgraciado el pobre niño
En la espantosa cueva, cuyas rocas
Temblaban de la fiera a los rujidos.
Transido de pavor, desnudo, inerme,
Esperando la muerte siempre tímido,
Yerbas comiendo o carne palpitante
Vivia casi muerto, embrutecido!

—

Era este hermoso niño, de dos lustros,
El hijo i sucesor de un rei vecino,
Que otra hijita tenia, solamente
De dos años de edad. Por redimirlo
Mil dones daba el rei, pero su pueblo
Mas temia al Leon que a su rei mismo....
Llegó por fin un héroe, oyó la historia
I al antro del Leon marchó aguerrido...

Una caverna do penetran pálidos
Del refulgente sol los rayos vívidos
Era la residencia de aquel monstruo
Que se adormia en lecho de granito.
Mas rejas que los hierros de una jaula
Tenia el bosque de árboles tupidos,
Entre cuyos ramajes se elevaba
En honor de Irminsul un obelisco.

Protegia a la cueva una montaña
De esas que forman horizonte. Un círculo
De encinas colosales la rodeaba
I sus flancos dejaba defendidos.
Odio por odio a la ciudad volviendo
Hasta el viento, al zumbiar en aquel sitio,
Parecia decir con voz sañuda:
«¡Respetad al Leon ¡este es su asilo!»...

El paladin penetra en la caverna
I halla entre los despojos de esterminio
Inequivocas pruebas de que habita
Un verdadero rei en su circuito.
Huellas do quier de muertas i de estragos,
Osamentas i cráneos esparcidos,
Todo manifestaba que el monarca
De nada se privaba en su apetito...

Un destello de sol por una grieta
 Abierta por el rayo, entraba tímido...
 Era la hora en que despierta el águila
 I vuelven las lechuzas a sus nidos...
 Modesto era el palacio... allí no habia
 Encaje ni blazon, jarro ni vino:
 ¡El rei bebia sangre!... El caballero
 Entró de punta en blanco, espada al cinto...

I pronto vió en la cueva uno de aquellos
 Crinados monstruos de imponente aspecto:
 ¡Al Leon, que severo meditaba
 Cuál pontífice unjido del desierto!

I era enorme el Leon, de agudas garras,
 De alta cerviz i de robusto cuello,
 De tremendo mirar i acostumbrado
 Solamente a inspirar, no a sentir miedo!...

Con tranquilo valor, al fondo oscuro
 Se aproxima el intrépido guerrero,
 Sin que halle mas de nuevo que la calma
 Que encontró entre los Sísifos Teseo...

El paladin, al que el valor le grita
 ¡Adelante! desnudo alza el acero...
 Solo entónces el Leon abre los ojos
 I al paladin contempla, soñoliento.

—«¡Salud, bestia, salud! díjole el jóven,
 «Tú aquí ocultas a un niño, que yo vengo
 «A libertar de tí; mas, no habrá lucha
 «Si consientes al punto en devolvérmelo...

«Yo tambien soi Leon!... Vea su padre
 «Al niño entre los suyos... o tu cuerpo
 «Tibio vapor exhalará bien pronto!»...
 Pensó la fiera i dijo:—«No lo creo!»...

Avanzó el paladin, blandió la espada
 «Defiéndete!» le dijo, i con desprecio
 La fiera se sonrió... ¡sonrisa horrible!
 I entre hombre i monstruo establecióse el duelo.

Embístense los dos... vibra la espada,
 Ruje el Leon, i unidos cuerpo a cuerpo,
 Al paladin, espuma vomitando,
 Lo revuelca en sus garras por el suelo!...

¡Ya casi triunfa el héroe del carnívoro!...
 Mas, el Leon lo oprime con su peso
 I hundiéndole en las carnes la armadura
 Hace un monton de miembros i de acero.

Quedó rojo el recinto, i contemplando
 Informe masa i triturados huesos
 Lo que fué un paladin, sobre esa masa
 Tranquilo el monstruo se quedó durmiendo...

II.

EL HERMITAÑO.

Llega despues un Hermitaño. Lleva
 Una cruz i un cordon; i sin otra arma
 Entra, sin susto a la espantosa cueva,
 Se apercibe el Leon, mas no se alarma.
 Despues de bostezar, la frente eleva
 I cuando al monje vé, mas se desarma
 Su instinto natural... Causando hielo,
 Deshecho el paladin yace en el suelo...

I como el rechinar que se oye abriendo
 Férrea puerta, la fiera así le dijo:
 —«¿Qué buscas?»...—«A mi rei»...—«¿Qué estás diciendo?»
 —«Al príncipe!»...—«¿Qué es eso?»—«Al niño, al hijo
 «De mi señor»...—«¡Al cabo te comprendo!
 «¿I eso llaman un rei?»...—«Sí. Yo te exijo
 «Por mi Dios, que lo vuelvas a su padre»...
 —«Nó!... los hombres mataron a mi madre»...

—«De mi rei ten piedad!... ¿No te conmueve
 «Su profundo dolor?»...—«Nó, que ese niño
 «Me acompaña en las noches cuando llueve...
 —«¡El era de mi rei todo el cariño!...
 —«Tiene a mas una hija...—«Pero él debe
 «Ser su heredero»...—«Yo mi amor no ciño
 «A un objeto: yo admiro en la montaña
 «Cuanto ama el sol, que mi melena baña»...

—«¡Ten lástima de un padre tan doliente
 «Que es un monarca como tú!»...—«No tanto:
 «El es un hombre... yo un Leon»...—«¡Clemente
 «Hazlo feliz!...—«¡El me odia con espanto!»
 —«Yo el cielo te abriré!»...—«¡Vete, insolente
 «Ficcioso viejo, con barniz de santo!»...
 I el monje viendo al animal furioso
 Tornó su paso a la ciudad, medroso...

III.

CACERÍA NOCTURNA.

Quedó solo el Leon... En el olvido
 Que rodea a las fieras se durmió.
 Vino la noche, se apagó el ruido
 I en el cielo la luna apareció...

Espectro es cada roca blanquecina,
Cada árbol un gigante colosal;
Cirios los astrós; la sutil neblina
Una helada mortaja funeral.

No cantan las cigarras... En su nido
El ave muda se guarece al fin...
La igual respiracion del Leon dormido
Tranquiliza a las bestias del confin....

¡Mas, se oye de repente un clamor vago
De voces de hombre i trompas de metal;
I al par anuncian destrucción i estrago
Los ladridos de estrépito infernal.

Es una caceria, horrible, estraña,
Que interrumpe aquel sueño encantador.
La colina i el valle i la montaña
Despiertan i se ajitan de terror.

Un ejército finje... i es lo cierto:
¡Un ejército viene a batallar
Con el monstruo feroz, que acaso ha muerto
Al príncipe que el cetro iba a heredar!...

I soldados, monteros i mastines,
Se derraman del bosque en lo interior
Para encerrar la fiera en sus confines
I arrancarle la presa a su furor!...

¿Por qué en lo humano hai iras tan severas?
 ¿Por qué el hombre del bruto corre en pos?...
 Del problema, los hombres i las fieras
 Son las cifras:—la suma es solo Dios!...

Los soldados recuerdan sus campañas
 I aprestan otra nueva, en un festin,
 Soñando ser, en brios i en hazañas,
 Cada cual en la lucha un paladín.

I marchan, avivando sus corceles,
 Persiguiendo la fiera con afan...
 Suenan las trompas, ladran los lebreles
 I tras el rastro apresurados van.

Sigue la confusion... El Leon oyóla,
 Alza los ojos, que, la turba ven...
 Mas no se levantó... La enorme cola
 Solo siguió moviendo con desden....

Fuera de la caverna se sentia
 De la irritada jente el ronco estrépito,
 Zumbando cual enjambre que a una araña
 Persigue i la rodea en un momento;
 O como aménazar suele rabiosa
 Una jauría al oso prisionero...
 ¡Así al Leon los cazadores buscan
 Maniobrando en el órden de un ejército!...

Sabíase que el monstruo era terrible,
 Que tumbaba i comíase un guerrero
 Cual si fuera una nuez, que parte i traga,
 Asi como jugando, un mico hambriento...

Que era astuto i esquivo mas que el tigre,
De águila su ojo i de titan sus nervios;
¡Por eso en toda regla se le hacia
Todo el honor de tan pomposo acecho!

La tropa los zarzales destrozaba
I apretados marchaban los flecheros,
Parándose otras veces, por si oían
Los pasos del Leon por el sendero.
Llevados de su instinto, hácia adelante
Rastros buscaban los mastines diestros
Sijilosos tambien, sin hacer ruido,
Listas las patas i el hocico abierto....

Las antorchas la yerba iluminaban
I vistos, al fulgor de sus reflejos,
Los árboles jigantes parecían
Que a la turba miraban con desprecio.
Cuando un hogar se incendia el humo sale,
El bronce vibra si se sitia un pueblo,
¡Mas, nada aquí se escucha... nada... nada,
Ni ruido, ni señal: todo es silencio!...

El miedo, si al silencio hace su cómplice,
Es mas terrible que el mayor estruendo;
¡Por eso los que al monstruo altivos siguen
Buscan a un tiempo i temen el encuentro...
¡Ya dan con la caverna!... Alzan las luces...
Mil serán los soldados, por lo ménos...
De repente, llenando el horizonte,
Aparece terrífico un objeto!...

¡Vióse al Leon!... En el instante todo
 Engrandecido apareció... De espanto
 Pareció que la brisa enmudecía
 I combatientes i árboles temblaron.

—

Mas, repuestos los fuertes cazadores
 Contra la fiera emprenden nuevo asalto
 I su cuerpo acribilla una tremenda
 Lluvia feroz de flechas i de dardos.

—

No se irrita el Leon... cual no se irritan
 La Ossa ni Peléo, si los rayos
 De horrible tempestad trisulcos cruzan
 Entre sus crines de lucientes astros...

—

Solo encoje la piel la herida fiera,
 I al sacudir su cuerpo lacerado,
 De las agudas puntas se desprende,
 Aunque no se liberta de su estrago!...

—

Otro, sin duda, al verse tan herido,
 Se hubiera entre las breñas escapado,
 No así el Leon que, cansando a los monteros,
 Como un dios, de su rabia no hace caso.

—

Los perros callan... pero el monstruo lanza
 Un rujido tan hondo i tan extraño,
 Que en lo alto el trueno se despierta i dice:
 «¿Quién por allá en la tierra está tronando?»...

—

I todo concluyó... La turba escapa,
Cual el viento disipa a los nublados,
Como si aquel rujido hubiera sido
El eco de algún mito sobrehumano...

Todos, jefes, soldados i monteros
De aquel campo de horror huyen temblando,
I escuchan, al huir, que el Leon les dice:
«¡No amedrentan a un libre mil esclavos!»...

Las fieras tienen gritos
Cual los volcanes lavas:
Estallan, i su cólera
Se disminuye así.

Mas, nunca cual los dioses
Las fieras son tan bravas:
¡En medio de sus ímpetus
Saben volver en sí!...

Cuando el Olimpo al mundo
Rejía, se dijeron
Los Hércules titánicos:
—«¡No quede ni un león!»
En cambio los leones
Al reto respondieron
Sonriendo:—«De los Hércules
Tengamos compasión!»...

Y a questo Leon sombrío,
Tranquilo i majestuoso
Cual la hora del crepúsculo,
No osó venganza hallar:

De la tranquila noche
 Bajo el oscuro manto
 El quiere ser pacífico,
 Dormir i descansar...

Amaneció... La cima
 Trepó del alto monte
 I altivo, revistiéndose
 De rejia majestad,
 Así dijo orgulloso
 Mirando el horizonte,
 Con voz que escuchó atónita
 La próxima ciudad:

—«¡Oh rei, tú te has portado
 Tan vil como cobarde
 Haciendo que un ejército
 Me venga a combatir:
 En nada ofendí al niño;
 ¡Mas, de mi enojo alarde
 Haré, i ante tus súbditos
 Lo mirarás morir!»...

Alumbró el sol... Altivo
 El Leon se aproximaba,
 I sin soltar al príncipe
 Entraba a la ciudad.
 Con paso firme i lento
 La fiera caminaba,
 I al verla el pueblo tímido
 ¡Piedad! gritó ¡piedad!...

IV.

LA AURORA.

El pueblo entre tanto se oculta medroso.
Defensa no cabe ¿a qué batallar?...

Las puertas

Abiertas

Están, ¡ orgulloso

Por ellas al monstruo se mira pasar.

—

Al rejoy recinto, que, de oro bruñido
Su cúpula eleva, se obstina en seguir.

Ninguno

Importuno

Pretende atrevido

Cruzando su paso su marcha impedir.

—

Cual roble que recto se eleva, aunque herido
El monstruo orgulloso, terror de la grei,

Despacio

Al palacio

Se vá decidido

Llevando en sus dientes al hijo del rei....

—

¿Un príncipe es un niño?... Si! ¡ el odio
No alcanza a él!... Por eso diligente
La santa Compasion, su ángel custodio,
Cuidaba en el peligro al inocente.

—

Pálido entre los dientes de la fiera
Colgaba el niño, por el cuello asido,
I una mordaza de silencio era
Que sofocaba su feroz rujido.

Tremenda era la calma i el horrible
Silencio del Leon, cuya mirada
En cada puerta, con rencor terrible
Se clavaba en la jente amedrentada.

Así pasando por la calle estrecha
Desarmaba a la cólera el cariño,
Pues, cada cual temia que su flecha
Sin herir al Leon matase al niño.

Cual lo habia en el monte prometido
Como cárcel, desdeña la ciudad,
I hácia el palacio avanza decidido
A hacer sentir su rejia majestad.

Las rejas sin cerrarse, en su abandono
Franco acceso hasta lo íntimo le dan.
Entra en los patios; el salon i el trono
Solos, cual los vestíbulos están.

Lamentando del niño la desgracia
Habia huido el asustado rei
Que, si para luchar falto de audacia,
Con él trataba de salvar *la lei*...

No hallando allí ni a quien mirar siquiera,
Desagradado se sintió el Leon,
Pensando cuan enorme es una fiera
I cuan pequeños los humanos son...

E invocando a las sombras así dijo:
 —«¡Infame padre sin piedad ni amor!
 ¡Dejar morir a su indefenso hijo
 Sin disputarlo altivo a su raptor!...

—
 Pues está bien, devoraré a este niño
 Si nadie me lo quiere disputar!»...
 I entre salas de púrpura i armiño
 I techos de oro comenzó a vagar.

—
 Para hacer su comida, paso a paso
 Un aposento cómodo buscó;
 Por fin, del hambre atormentada acaso
 De repente la fiera se paró.

—
 Cerca del parque, en olvidada alcoba
 Una niña inocente está dormida,
 En el sueño feliz en que se arroba
 Tranquila i pura la niñez querida.
 ¡Es la hijita del rei, que oye la trova,
 Del ángel de su guarda interrumpida
 Por unos pasos que a explicar no acierta,
 Cuyo ruido, sin susto, la despierta.

—
 Desnudita se sienta, i en la cuna,
 Que es el nido de un ave, un ángel bello
 Parecía, o un lirio a que la luna
 Alumbra con su cándido destello.
 No hai en su rostro turbacion ninguna:
 Sus ojos son turquezas; su cabello
 Oro en hebras; i artísticos pedazos
 De alabastro sus manos i sus brazos.

El Leon entró a la alcoba... Tembló el piso,
 Miró a la niña i se detuvo... Echarlo
 Ella intentó; vé al niño... i de improviso
 —«¡Es mi hermanito!» dice, i va a abrazarlo...
 El Leon, turbado, detenerla quiso:
 Ella alza su dedito... Al contemplarlo
 Él suelta al niño i dice:—«¡No me arrojes:
 «Tu hermanito está aquí... Nó, no te enojés!»...

J. A. SOFFIA.

1877.

LA MANO DE LA SUERTE.

LEYENDA.

De un verde cerro de sombras lleno
 Modesta choza se eleva al pié;
 I a su derecha por hondo valle
 Rápido un río se ve correr.

Una aldeana la choza habita
 I una muchacha que su hija es,
 Jentil i esbelta como es el lirio
 Que allá en los bosques la vió nacer.

Su tierna madre, ser desgraciado,
 De la fortuna sufrió el vaiven,
 I al mundo vino la jóven bella
 Víctima triste de suerte cruel.

Cartorce octubres tan solo cuenta;
 Morena alegre, de limpia tez,
 I de alma ardiente como los soles
 Que la abrasaban en su niñez.

Todos los días por la mañana
 La morenita bajar se vé;
 Hasta la orilla del río llega,
 I al largo rato vuelve despues.

La amante madre se dice inquieta:
«Qué hará la niña que al río fué!»
Luego la mira que alegre torna
I tiernas flores lleva en su sien.

Ella lo ignora: de su hija amada
Enreda el alma temible red;
Su pecho inflama latente fuego
Que a despertarse comienza en él.

Otra alma vírjen como la suya
Vierte en sus labios preciosa miel:
Miran el orbe que vive amando
I luego aprenden a amar tambien.

Libres vagando como las aves,
Dulces las horas miran correr,
I entre mil flores de suave aroma
Amor respiran, gloria i placer.

Es su alimento néctar divino,
Es su morada rico verjel,
La suave brisa su compañera,
La voz del alma su única lei.

I así extasiados el dia pasan,
Dormidos sueñan con el de ayer,
I esperan locos la nueva aurora,
Que mas delicias verán talvez...

Mas ¡ai! que presto tan dulce vida
Ahogarse debe con ímpia hiel
¡Flores preciosas de primavera,
Cuán pasajera su vida fué!

Conoce el mundo su pasion bella,
I al punto corta lazo tan fiel,
Que él ha nacido de escelsa cuna
I ella su amante no puede ser!

Como si el pecho de pobre niña
No palpitara de amor tambien;
Como si el cielo que sueña el alma
Pudiera el mundo desvanecer!

Una mañana de otoño frío
 Triste a su choza la niña va;
 Lágrimas brotan sus ojos negros
 Que con su manto suele enjugar.

Llega i al verla su madre tierna
 Estrecho abrazo de amor le da:
 Mas ella al punto prorrumpe en lloro
 I al pecho inclina su mústia faz.

«Madre querida, temblando dice,
 Soi infelice por siempre ya!
 Perdona a tu hija, su torpe llanto:
 ¡El me ama tanto! yo le amo mas!...

I me arrebatan toda mi vida,
 Que alma oprimida no puede amar!
 Pierdo ilusiones, ventura i calma,
 Pues no tengo alma cual las demas!

Hoi debe darme su adios postrero
 El ser que quiero... Madre, piedad!
 No me maldigas porque he cambiado
 Tu amor sagrado, mi amor filial!»

I aquí se calla la pobre niña,
 Su voz ahogada no puede alzar;
 I esos dos seres entre sollozos
 Consuelo dánse con mucho afan!...

.....
 Nubes, en tanto, cubren el cielo;
 Oyese léjos fiero huracan,
 I a oscurecerse comienza el mundo,
 Como anunciando la tempestad.

Las verdes ramas de la palmera
 Chócanse i ruido confuso dan,
 I en remolinos que al éter suben
 Las hojas secas véense agrupar...

Luego se alumbrá todo el espacio,
 Hórrido trueno se oye estallar,
 I desatada cae a torrentes
 Lluvia que cubre la inmensidad.

Las horas pasan; se anega el mundo;
 Las ramas ceden al huracan;
 De cada cerro baja un torrente,
 I cada rio parece un mar.

Llega la noche; i en la cabaña
 Que el agna azota i el vendaval,
 Dos almas tristes, i abandonadas
 La suerte impia llorando están.

—«Ya no he de verle! parte mañana:
 Todo se junta para mi mal!
 Cielos i tierra, bosques i rios,
 Que me enseñasteis a idolatrar,
 ¿Por qué hoi verdugos de mi ventura,
 Tambien la vida no me quitais?
 —Llora, hija mia, llora tan solo
 Que ya tu dicha no vuelve mas.»

I esa existencia que envenenada
 ¡Ai! tantos años se arrastra ya,
 Hora se muestra como insensible,
 Que ya sus fibras secas están....

Por fin se disipa tan lúgubre noche;
 La luna las sombras empieza a auyentar,
 I fúljidos rayos que brota su coche
 El suelo presentan cual nítido mar.

Las húmedas hojas brillantes reflejos
 Do quiera despiden con trémula luz,
 I allá se divisan perderse a lo léjos
 Las últimas franjas del negro capuz.

Del rio en la orilla bellísima ondina
 Se ve contemplando las aguas correr;
 La luna su frente graciosa ilumina
 I el blondo cabello que adorna su sien.

De la ancha corriente por la otra ribera
 Un jóven se acerca corriendo veloz;
 Un grito detiene de amor su carrera,
 I otro eco mas dulce responde a su voz.

Intrépido al río se arroja el amante,
 Las ondas rompiendo su altivo corcel,
 I avanza i avanza nadando arrogante
 I ya su adorada va a unirse con él.

Cuando álzase turbio, feroz remolino
 Que envuelve al jinete con furia voraz,
 Quien! ai! conociendo cual es su destino
 Esclama, angustiado por ansia mortal:

«No alcanzo a abrasarte! la suerte lo quiso;
 Te amé con locura i hoy muero por tí!
 Iremos a amarnos allá al Paraíso,
 Que ese otro, alma mia, jamas tiene fin!»

La hermosa sirena sus ojos alzando,
 «Oh! si; volaremos unidos los dos!»
 Esclama i al río se lanza buscando
 Eterno un abrazo de su único amor.

I aquellos dos seres sus almas unieron,
 Que no quebrantaban sus votos jamas:
 De amor infinito promesas se hicieron,
 I estrecha la tierra mostrábase ya!

Al fondo de un valle se elevan dos cruces,
 Que un dia se hallaron dos cuerpos allí,
 I cuentan las jentes que nítidas luces
 De noche sobre ellas se ven relucir.

A mas una vieja que nombran la loca
 De vida ignorada, mujer singular,
 Refieren que siempre dos nombres invoca
 I al pié de esas cruces se suele postrar.

Santiago, diciembre 3 de 1876.

E. L.

ROSA BLANCA.

EN LA TUMBA DE LA MALOGRADA JÓVEN CHILENA, SEÑORITA
MARÍA MERCEDES VIDELA.

¡Quién me dijera a mí, cuando cercano
El soplo siento de la tarde umbría,
Que en mi acento aun hubiera una armonía
Para al ángel llorar, que tan temprano
Huye a las zonas del eterno día!

—
¿Será acaso que el don del sentimiento
En mi alma exista con acción constante
Como existe fulgor sobre el diamante,
I tal don lo refleje el pensamiento
Profundo i triste en doloroso instante?

—
Triste—al ver esta virgen peregrina
Marchita como un lirio sobre el suelo,
Que ya, dejando en nuestras almas duelo,
La suya encumbre a la rejion divina
Siendo un perfume que remonta al cielo:—

—
Profundo,—porque miro sollozante
Al padre tierno que la ausencia llora
Del astro que encantó desde su aurora
El doméstico hogar, en donde, amante
Derramaba su luz hora tras hora.—

—
Hoy, enlutado aquel hogar querido,
Para sus deudos será noche eterna
Donde, el vacío de afección tan tierna
Irá a colmarlo el funeral gemido
Que lance en torno la afección materna.

¡Madre infeliz! i... ¡padre infortunado!
 Si de este ángel tan casto la partida
 Sobre el desierto valle de la vida
 Hoi por siempre a llorar ya habeis quedado,
 Ponga bálsamo Dios en vuestra herida!...

—

I tú, vírjen blanquisima en pureza,
 Que anhelando vivir aquí has venido,—
 Sobre sus faldas el gigante erguido
 Al que diera esplendor naturaleza,
 Tumba te ofrece... pero no el olvido!

—

La Paz tu muerte deploró angustiada:
 Solo una noche te cubrió su cielo;
 I de sus cumbres de esplendente hielo
 El Illimani contemplóte alzada
 Hacia el empíreo desplegando el vuelo.

—

Peregrina vision de breve instante,
 En los ensueños de la mente mia
 Al mirarte, probé melancolía
 Cual aquella que prueba el caminante
 En la hora triste de acabarse el dia.

—

Sobre mi alma tu imájen se ha grabado
 I ha de traerle siempre el sentimiento
 De quien ve la hoja que arrebató el viento,
 De quien contempla un lirio deshojado...
 O... de sombras cubrirse el firmamento...

RICARDO BUSTAMANTE.

La Paz, 5 de diciembre de 1877.

A ORILLAS DEL MAR.

I.

¡Cuanto me place el escuchar a solas
Libre de cruda pena,
El ruido misterioso de las olas
Que ruedan por la arena!
Mirar como veloz huye la bruma
Del sol con los celajes;
Cual forma el viento, de lijera espuma
Bellísimos encajes.
Oír el coro melodioso i blando
De las marinas aves
Que al aire hienden, al pasar, rozando
La lona de las naves.

II.

En ese inmenso i azulado llano
Todo es sublime i grande!
Por eso siempre al borde del Oceano
El corazon se expande.
I a Dios, se alza, la mente confundida
Do quier la luz buscando
Que aiumbra los abismos de la vida,
Paz i verdad ansiando!

1877.

F. A. SUBERCAEAUX.

VEINTÉ DIAS EN SICILIA.

QUERIDO AMIGO :

Usted me ha pedido que le diga algo so' re el Congreso de Palermo, en donde hemos encontrado tantas simpatías, i sobre el viaje a Sicilia que emprendí despues. En la tranquila residencia de Isquia, i a algunos días de distancia, este rápido viaje me parece un sueño. Tantos monumentos, tantos recuerdos, tanta vida, tantas pasiones se han desarrollado a mi vista, que por momentos creo soñar con otro mundo. En veinte días he hecho lo que, en otras condiciones, habria exigido meses. Lo he hecho sobre todo renunciando al sueño. Ahora que he descansado tranquilamente, temo ser víctima de una ilusion al recordar esas imágenes de una carrera fantástica.

La carta de mi colega i amigo Amari, que me invitaba al Congreso de Palermo, me sorprendió precisamente cuando pensaba volver a ver esos mares meridionales, que me figuro siempre como fuentes de juventud i de vida. Un mal verano se habia mostrado lleno de perfidias para conmigo. Me habia vuelto dolores que creia adormecidos; por primera vez pensaba en la vejez, me quejaba de que fuese prematura, reconociendo sin embargo que estaba ya casi acabada mi obra esencial i que debia considerarme entre los privilegiados del destino. Como protesta contra un agotamiento precoz, pensaba en un gran viaje, el último sin duda. I hé aquí que Aretusa en persona venia a invitarme a visitar su bella

ribera. Acepté i el 24 de agosto me embarcaba en Jénova para Palermo con dos jóvenes amigos, Gaston Paris i el marques de Laborde, cuyas frescas sensaciones me recordaban las que yo esperimenté hace 26 años al tocar por primera vez la tierra de Italia.

I.

La vista de Sicilia a la altura de Palermo nos llenó de admiracion. No es ni la Siria ni la Grecia; es mas bien el Africa, algo tórrido i jigantesco, que da una idea de lo indómito i de lo innaccesible. Cuando se entra en la bahía la escena cambia. Limitada en sus dos estremidades de un lado por el monte Peregrino i del otro por el monte Catalfano, como la bahia de Napoles por Isquia i Caprea, la bahia de Palermo cede a esta última en la grandeza i la variedad; pero tiene una sencillez de líneas encantadora. A derecha e izquierda dos lúgubres masas áridas, terminan una especie de línea de oro, formada por construcciones resplandecientes; detras de la ciudad, una faja de verdura i de vejetacion completamente ejiptica; en el horizonte, las cimas mas áridas que he visto despues del Antilibano,—hé aquí Palermo. La ciuntura de jardines debe su vida a numerosas fuentes que nacen a los pies de la montaña. Desde las alturas de Montreal, se creeria estar mirando la *Ghouta* de Damasco; pero estando los riachuelos ocultos por los árboles, nada recuerda esos innumerables hilos de plata que surcan el llano de Damasco i que, vistos desde la cúpula de Tamerlan, producen una impresion que no se olvida nunca. Lo que caracteriza a Palermo, es su vida i su alegria. Las calles con sus balcones suspendidos i las salidas que forman los accesorios de las ventanas, son de un efecto mui agradable. En la tarde a eso de las 8 o 9, el movimiento de las calles principales está lleno de carácter. Una poblacion viva, atenta, curiosa que conoce a los estranjeros por su nombre al cabo de uno o dos dias, se agolpa en esas calles, i gracias a una profusion de alumbrado se estaciona en cierto lugar como en un salon. En las construcciones modernas el mal gusto español ha dejado con demasiada frecuencia sus huellas; pero los restos del arte árabe i sículo—normando, emerjen a cada paso como verdaderas joyas sembradas en medio de ese mal gusto. La catedral, algunas partes del palacio real, los palacios Chiaramonti i Sclafani, la Catena, la Martorana, San Juan de las Hermitas, la Comba, la Liza, son obras que no se parecen a nada de lo

que se ve en otra parte. Palermo en efecto con Montreal, Céfalu i si se quiere Mesina,—aunque el antiguo carácter de los monumentos de esta última ciudad esté un poco borrado,—forman un capítulo aparte en la historia del arte. Una combinacion sin ejemplo fuera de la Sicilia se presenta aquí. Los árabes durante su dominacion próspera en la parte occidental de la isla, introdujeron aquí su encantadora manera de construir; en el Este, sin embargo, la dominacion Bizantina continuaba. Cuando los jefes normandos conquistaron la isla, la poblacion árabe continuó sus hábitos, sus costumbres i sus artes. Cuando los Rojer i los Guillemos quisieron construirse palacios, casas de recreo, capillas, abadias, recurrieron a los arquitectos i albañiles árabes, que naturalmente hicieron lo que sabian hacer. Los decoradores bizantinos brochearon todo aquello. En fin, el clero normando parece haber ejercido una influencia decisiva. Los conquistadores normandos no tenian albañiles, pero tenian frailes. Estos querian iglesias conformes con el estilo que ellos conocian e impusieron mas o ménos su plan jeneral. La abadia de Montreal o la catedral de Céfalu, es San Estévan de Caen revestido de mosaicos i tratado en los detalles a la manera árabe i bizantina. Así bajo la influencia del espíritu grande, noble i conciliador de aquella dinastia, que fué la casa verdaderamente nacional de Sicilia, se formó un arte que, en su fecha (principio del siglo XII) fué el primero del mundo. Como nuestros reyes capetos, los reyes normandos de Sicilia fueron personajes semi-eclesiásticos; jefes poderosos de un clero rico i por consiguiente patriota. Las imágenes del rei normando coronado directamente por Jesucristo o el Padre eterno, son muy comunes; sobre la silla principal de todas las grandes iglesias, a la derecha del coro, en el lado del Evanjelio, se lee en grandes caracteres: *Sedes regis*. La conquista normanda produjo aquí su efecto ordinario, que era de reunir con un propósito comun i nacional, bajo la mano de vigorosos jefes, bien pronto identificados con el pueblo conquistado, todas las fuerzas vivas, todos los elementos del pais. En Sicilia estos elementos eran prodijiosamente variados. Habia allí, si es posible decirlo, una civilizacion trilingüe; las incricciones en que se complacian en hacer figurar el griego, el árabe i el latin, era la mas perfecta imájen de esa sociedad revuelta, mezclada, i sin embargo llena de vida i de orijinalidad.

Es indudable que el periodo suave brilla en el mas alto grado. Palermo fué durante algunos años la capital de Europa, el centro

de los grandes negocios; pero Sicilia se vió arrastrada por los Hohenstaufen a una lucha que no tenia nada de nacional para ella, la guerra del imperio i el papado. Esa guerra del poder laico i de la iglesia, la Italia sabe hacerla a su manera; pero su manera no es la manera alemana. La Alemania procede en guerra abierta, por antipapas; la Italia sustrae la tempestad en vez de afrontarla. No sabe que hacerse con los antipapas: su papa es siempre el papa de Roma, el papa verdadero. Las torpezas de los Hohenstaufen solo dieron por resultado el advenimiento de esa triste dominacion ultramontana de la casa de Anjou, tan perjudicial para la Francia como para la Sicilia i el papado, i que nos hizo desempeñar por primera vez el papel siempre sin gracia de un zuavo pontificio.

No se puede nunca pedir al arte la razon de los procedimientos que emplea para producir su impresion. El mundo bizantino, el mundo latino, el mundo árabe, parecen tres elementos inconciliables. La Sicilia ha sabido mezclarlos en monumentos de un efecto encantador. La capilla Palatina i lo que se llama la cámara de Roger, deben ser contadas entre las perlas del mundo. No me imaginaba nada semejante aun despues de lo que he visto en el Oriente: una capilla edificada sobre el plan de una mezquita, con un techo decorado con pendientes en forma de estalactitas, hé aquí algo que los cristianos del oriente no se habrian atrevido jamas a construir; les inspiraria horror una iglesia tan puramente musulmana. La cúpula de la capilla Palatina es una maravilla de gracia i elegancia, es una pequeña mezquita de Omar; como en esta, los órdenes griegos han sido empleados con un sentimiento preciso de su valor primitivo. I sin embargo, todo eso ha sido edificado en 1132 por Roger II.—La iglesia de San Juan de las Hermitas, con sus tres absides i sus cinco pequeñas cúpulas hemisféricas, parece tambien al primer golpe de vista una mezquita, i sin embargo ha sido edificada para iglesia; no puede haber duda a este respecto.

Qué decir de la Martorana, esa pequeña obra maestra con sus inscripciones árabes i griegas, tan caprichosamente convertida en una capilla de monjas, que sin alterar mucho las partes primitivas, las han apropiado para sus usos por medio de adiciones del estilo mas pretencioso, seguramente, pero de una alegre injenuidad. Aquí se presenta la cuestion de las restauraciones en toda su desnudez. ¿Deben suprimirse todas esas pequeñas joyas de cobre i mármol jaspeado con que las pobres reclusas se divertian, esas her-

mosas rejas doradas que les permitian satisfacer su curiosidad sin romper su clausura, i detras de las cuales se cree ver dibujarse todavía mas de una linda cara velada, esa tribuna o mas bien ese salon Pompadour donde cantaban los dias de fiesta? Por mi parte vacilaria ántes de destruir todo eso. Lo abigarrado es expresivo a su manera. La historia misma, ¿qué otra cosa es sino la mas irónica i mas incongruente asociacion de ideas? Todo tiene su valor como recuerdo. Un monumento debe ser aceptado como el pasado nos lo legó; es necesario, en cuanto sea posible, impedir su destruccion, hé aquí todo. En Francia se ha traspasado bastante este límite; bajo pretesto de dar a los edificios una pretendida unidad de época que no tuvieron jamas, se ha destruido, reedificado, acabado, completado i preparado así las maldiciones de los arqueólogos futuros, cuya tarea ha sido hecha singularmente difícil por esos indiscretos retoques. Se comete a veces la misma falta en Italia. Bajo pretesto de restablecer los edificios como fueron, están en camino de suprimir los siglos XVII i XVIII. Seguramente que esos fueron siglos de decadencia para el arte italiano. Las torpezas que se cometieron con los edificios de la Edad Media no pueden ser bastante deploradas; pero el mal está hecho. Si quitando las charachas de la Martorana, se pudiera esperar volver a encontrar las partes antiguas que ellas cubren, seria de opinion que las quitasen; pero la desaparicion de esos adornos pueriles no volverá un átomo de lo que se ha perdido. Dejad pues ese pequeño monumento tal como está. Por otra parte el gusto es tan movible ¿quién puede jactarse de fijarlo? El siglo XVII despedazaba la Edad Media sin sospechar que un dia ese arte bárbaro, incorrecto, con frecuencia salvaje, tendria su valor. Ahora se destruye el siglo XVII como incípido i sin carácter. Quien sabe cual será el gusto del porvenir. ¿I el siglo XIX no será tratado de vándalo a su turno? Solo hai una manera segura para no ser tratado de vándalo: es no destruir nada, dejar los monumentos del pasado tales como son. La Italia con sus contrastes elocuentes i caprichosos nos parece tan bella como está, que vemos con miedo llevar la mano a cualquier parte de esa decoracion maravillosa, aun sobre las partes más, aun sobre el rococo.

La Ziza i la Couba fueron consideradas durante largo tiempo construcciones de la época árabe. La semejanza es perfecta, i se cuenta que Abd-el-Kader, cuando visitó sus encantadores edificios, se puso a llorar recordando la decadencia de su raza. Las inscrip-

ciones árabes, visibles todavía, aunque mutiladas, que principiaban por la fórmula: «En nombre de Dios clemente i misericordioso» ¿no era acaso la mejor de las pruebas? Amarí fué el primero que leyó esas inscripciones por completo, i ¿qué dicen? Que Guillermo I, Guillermo II han edificado esos castillos para su habitación i sus placeres. Aquí, pues, trabajaron los árabes para los normandos. Los arquitectos hicieron lo mismo que Edrisi, que escribió en árabe para Roger su famoso tratado de jeografía, como los poetas que escribían sus *kasida* en árabe en honor de sus nuevos señores.

En Montreal, en Céfalu, la influencia árabe es ménos fuerte que en Palermo. La abadía de Montreal, la catedral de Céfalu, son iglesias romanas decoradas a la bizantina. Allí flamea el mosaico en todo su esplendor. Imagínese una de nuestras catedrales historiada de arriba abajo, como las páginas de una Biblia resplandeciente. La ejecucion tiene en Céfalu una perfeccion singular. En Montreal algunas escenas bíblicas, sobre todo la de la creacion, están representadas de una manera enteramente nueva. Las puertas de bronce de Montreal recuerdan las de Ghiberti en Florencia por la grandeza i la injenuidad; son de 1186. En el claustro, cada uno de los chapiteles esculpidos exijiria un estudio de muchas horas.

II.

Como estas maravillas del arte sículo-normando tienen su centro en Palermo, pudimos estudiarlas cómodamente sin abandonar los trabajos del congreso. La visita que hicimos a las escavaciones dirigidas por el príncipe de Scalea i M. Cavallari en la antigua ciudad fenicia de Solonto, no nos impidió tampoco prestar a estas interesantes discusiones la atencion que merecian. Los congresos de *Scienziati*, establecidos hácia 1840 por algunos sabios patriotas i liberales, entre los que debe ser contado el príncipe de Canino, desempeñaron en otro tiempo un gran papel en la obra de la unidad i de la independencia de Italia. El propósito era entónces mas político que científico. Se trataba de dar a los hombres mas ilustrados de las diversas partes de Italia una oportunidad para verse i oirse. Una vez concluida la obra nacional se habria podido mirar como supérfluas esas reuniones que sirvieron de pretesto, en una época de sospecha, para preparar esa obra. No lo hicieron así i tu-

vieron razon. Se conservó como un recuerdo esas asambleas periódicas, que se hicieron despues ménos importantes en un sentido i en otro mas sinceras. El congreso de Palermo ha sido digno de su título i de los sabios italianos que se reunieron en él. Un parlamento científico de que formaban parte el padre Sechi, i los señores Blaserna, Canizzaro, Palmieri, Amari, Fiorelli, Imbriani, Conestabile, Raina, Pitré, Salinas, no podia dejar de ser fructuoso. El venerable decano de la filosofía italiana Mamiani, presidia con su elevada tolerancia su espíritu vasto i conciliador. La presencia del príncipe Humberto i la de Bonghi, ministro de instruccion pública, contribuian a una obra no ménos útil que la de la ciencia, a una obra de buena política i de buena administracion.

Uno de los motivos en efecto que habian hecho elejir a Palermo para residencia del congreso nacional de la ciencia italiana, era una idea de apasiguamiento i de concordia. Desde hacia muchos años la Sicilia estaba disgustada; se creia aislada del resto de la Italia, pretendia no tener parte en la reparticion de los favores nacionales. La lei de escepcion recientemente promulgada parecia presentar la provincia a que se aplicaba como un país bárbaro i fuera del derecho comun. Como todos los insulares, los sicilianos son mui patriotas, i como todos los patriotas son susceptibles. La idea de que eran poco visitados, la persuacion de que no se atribuia a la Sicilia [en el presente i el pasado el lugar que merece, les habian inspirado algo del sentimiento del niño que se pretende en la familia ménos querido que los otros. No se necesitaba para desvanecer esas prevenciones a veces injustas, mas que un acto de cortesía. El congreso, i sobre todo el viaje del príncipe Humberto, curaron todas las lastimaduras. Ese movimiento, ese alimento para la curiosidad, esas visitas de los principales personajes del Estado, fueron de un efecto excelente. Las provincias vecinas de Palermo quisieron tambien tener su parte; se les prometió mandarles el ministro i los *Scienziati*. Atestiguaron por los sacrificios que tuvieron que imponerse para recibirlos el valor que daban a semejante favor.

Tal como nos fué dado estudiarlo en esas circunstancias ventajosas, el carácter siciliano se nos presentó como un hecho singularmente marcado i con un raro poder de individualidad. Se ha dicho con frecuencia que los insulares forman, por el solo hecho de su situacion jeográfica e independientemente de la raza, una categoria en la especie humana. Es mui cierto. Esas fronteras,

las mas naturales de todas, inspiran un patriotismo intenso, oponen netamente el indijena al resto del mundo, crian una historia aparte. En apariencia no hai pueblo mas mezclado que el de Sicilia. Antiguos sicanes, griegos, fenicios i cartajineses, romanos, bizantinos, árabes, normandos, franceses, alemanes, españoles, napolitanos, todo ha venido a confundirse allí. A pesar de esa diversidad de orijen, la unidad del carácter nacional es perfecta; en ninguna parte la fusion de las razas ha sido mas absoluta. Algunas familias nobles son las únicas que conservan el recuerdo de su orijen, i todavía esa nobleza, toda ella de orijen normando, suave o español, no tiene la pretension de representar mas que una situacion social superior i la gran propiedad. Es profundamente siciliana i no se separa en nada de los destinos del país.

Lo que domina evidentemente en esta mezcla de razas, es el elemento árabe o mas bien berberisco i el elemento greco-bizantino, el primero domina en el Oeste, el segundo en el Este de la isla. Atravesando las aldeas de la punta occidental hácia Alcamo, uno se cree a veces en Berbería. Las mujeres viven en una semi-reclusion; el sentimiento de la independencian inclina fácilmente al bandolerismo. En Siracusa al contrario uno se cree en Grecia. Las mujeres os acojea con un aire risueño, se encuentra mas buen humor i alegría. Estos análisis son difíciles i siempre sujetos a muchas reservas. Lo que es claro es el resultado del conjunto. Un carácter ardiente, apasionado, jeneroso, liberal, lleno de faego para lo que es noble i bello, un temperamento en que el corazon desborda i se anticipa a veces a la reflexion, hé ahí la naturaleza siciliana. La pasion profunda del árabe i el liberalismo griego se reunen en ella. En suma si se quiere ver la vida griega prolongarse todavía en nuestros dias, es en Sicilia, es en la baía de Nápoles donde se debe ir a burcarla. La Grecia propiamente dicha ha sido demasiado despoblada, allí se han hecho enormes sustituciones de razas. Aquí, al contrario, la verbosidad, el arranque primitivo, la abundancia fácil, han sobrevivido a todas las aventuras históricas i se ostentan todavía a nuestra vista.

Una soltura sorprendente, a veces cierta presuncion, son el resultado del alto sentimiento que tiene el siciliano de su nobleza. La idea de que él sea inferior a alguien no se le ocurre jamas. Lo que nosotros llamamos reserva i discrecion es el resto de una larga desigualdad social. El griego tampoco conoce semejantes timideces. Al principio me sorprendieron las cartas innumerables, las

cosmogonías, los tratados sobre el universo, sobre la naturaleza de las cosas, los proyectos de reforma universal que recibia diariamente. Es raro entre nosotros que un desconocido venga a decirnos: «Su filosofía es la mia,» o bien Ud. es del pequeño número de los que han llegado a una concepcion exacta de la creacion.» Luego uno recuerda que está en Grecia, que así pasaban las cosas en tiempo de Empedocles, i que gracias a ese impulso la humanidad se ha lanzado en la investigacion de las causas. La Sicilia es quizás el país en que el gusto por la especulación es mas natural. Si algo puede todavía darnos idea de un país en que, como en Grecia, el gusto por las cosas bellas era comun a todo un pueblo, i en que la diferencia de cultura entre las clases inferiores i las otras clases solo era una diferencia de grado, es la Sicilia. Lo que nos parece injénuo es simplemente antiguo. La alegría con que era saludada la visita del congreso en los campos, era un espectáculo que no habria ofrecido ningun país de Europa. En Selinonte, sobre una ribera enteramente desierta, barcas que contenian centenares de personas, salian a nuestro encuentro gritando: «Viva la ciencia!» Ese entusiasmo nos recordaba los bellos versos en que Empedocles cuenta los triunfos infantiles de la ciencia en medio de un pueblo embriagado con sus primeros milagros: «Amigos que habitais la Acrópolis de la gran ciudad que baña el rubio Acragas, jentes que os preocupais de las buenas cosas, salud! Para vosotros soi un Dios ambrosiano, no un mortal; camino rodeado por vuestros honores, coronado por vosotros con banderetes i coronas...

En el fondo, esas buenas jentes que nos acopian al grito de *viva la ciencia*, nos repetian solamente una palabra convencional. Sabian mui bien, aunque con vaguedad, lo que decian. La ciencia significaba para ellos la libertad del espíritu, la protesta contra toda autoridad impuesta en nombre de otra autoridad que no fuese la razon. Es necesario recordar que el fanatismo relijioso nunca ha sido fuerte en Sicilia. Las poblaciones abandonaron el islamismo i la iglesia griega sin crisis violenta. La inquisicion fué en Sicilia una institucion española mas bien política que relijiosa. Un extremo ardor de espíritu, un gran calor de procelitismo, el vivo empeño en trabajar en la obra del tiempo, son los sentimientos dominantes, hasta en una parte del clero. Ese entusiasmo, que nos trasporta 2,400 años atras, en plena Grecia, cuando las rejiones del Oriente no habian levantado todavía contra la ciencia la ba-

rrera mas fuerte que jamas existiera, ¿será capaz de llevar a algo fecundo? No vacilamos en creerlo. El gran número de excelentes cabezas que la Sicilia ha producido en nuestros dias, permite esperar todo del porvenir. La Sicilia es un lavadero de oro que no ha sido explotado todavía. Despues de haber amado la ciencia, la juventud de Sicilia querrá seriamente elaborarla. Ningun país, excepto Hungría, está mas cerca de una reforma religiosa. Ningun país, esceptuando siempre la Hungría i la Croasia, tiene un clero ménos fanático, mas armonizado con la poblacion, mas desprendido de los lazos de un partido extranjero. La Sicilia ha podido ser por un momento una dificultad para la Italia; llegará a ser una de las mas hermosas joyas de su corona i una de las principales fuentes de su prosperidad.

El estado revolucionario que ha atravesado la Sicilia durante mas de 50 años, ha disipado muchas fuerzas vivas. Ese periodo, bajo muchos aspectos justificado, toca a su término. El gobierno detestable que ha tenido desde principios de este siglo, provocaba la revolucion. Los diversos movimientos que se han sucedido, han sido esencialmente nacionales, todos han sido hechos con el apoyo de la nobleza. *Che fanno i signori?* es la primera pregunta que se hacia el pueblo. En este momento, dos verdades son incontestables. Políticamente hablando, los borbones no tienen en Sicilia un solo partidario sério. Hai en ciertas partes de la opinion pública una oposicion viva, pero apenas hai trazas de partido radical. La idea que la Sicilia pueda formar una república independiente, es el sueño de algunos espíritus, pero no es mas que un sueño. En la práctica, todos están de acuerdo en el mantenimiento del estado de cosas actual, estado impuesto por la mejor de las razones, por una evidente necesidad.

No se puede negar que el bandolerismo, o mas bien un estado de insubordinacion local ha existido en las provincias del oeste produciendo actos de penoso recuerdo. No se puede pedir a poblaciones mal gobernadas durante siglos el órden i el respeto a la lei, que son el resultado de un largo hábito de paz i regularidad. La *vendetta* está en el fondo de la mayor parte de esos extravíos. En poblaciones ardientes, en que la garantía del Estado ha sido nula durante siglos, la venganza privada se presenta como una especie de deber. Nadie debe hacerse justicia por sí mismo; es fácil decir en sociedades en que el gobierno se encarga mui realmente de una mision de justicia i proteccion. Pero semejante abdicacion del de-

recho de defensa personal habria parecido una amarga ironía bajo los gobiernos que ha tenido la Sicilia durante 600 años. Otra fuente de actos penosos es el sentimiento mas altanero que legal con que el arrendatario mira sus derechos respecto del propietario. Las exigencias de éste van con frecuencia a estrellarse contra una idea de la propiedad, que ha sido la del pasado i no es ya la de nuestro tiempo. El jefe feudal no era un propietario como el que en nuestros dias compra un terreno; en muchos paises, sus vasallos eran sus copropietarios. Herido en una pretension instintiva a que su orgullo no puede renunciar, el arrendatario va hasta el asesinato del propietario, i a partir de ese momento se declara así mismo fuera de la lei. Un hecho que hemos podido observar, es que los grandes propietarios nobles que tratan a sus inquilinos según los antiguos usos, pueden atravesar la Sicilia sin encontrar mas que simpatías i respeto. Otra jeneracion se plegará mejor a las nuevas exigencias. Los ferrocarriles, sobre todo, transformarán completamente el estado de la Sicilia. Ningun pais los necesita mas, porque es un país hecho sobre todo para la esportacion. La estraccion de azufre produce millones; esa esplotacion se hace por procedimientos singularmente primitivos. Desgraciados muchachos, con una lámpara suspendida sobre la frente, traen la materia prima por escaleras o mas bien por precipicios de 200 i 300 metros; burros trasportan en seguida el azufre estraido de esos minerales. ¡Cuántas fuerzas serian ahorradas con un mecanismo sencillo! La riqueza estrema de la costa oriental de la isla, al pié del Etna, la prosperidad sin igual de Catania, Aci-Reale i Mesina, proviene de una sola causa, los ferrocarriles. Los reclamos de la Sicilia a este respecto son mui fundados

En resúmen, el siciliano tiene graves defectos i preciosas cualidades. Los defectos pueden ser atenuados, i las cualidades bien empleadas. Los defectos son un amor propio excesivo, cierta tendencia a contentarse con jeneralidades superficiales, una fogosidad que no se gobierna bastante bien, mui poco horror a la efusion de sangre. Las cualidades son de aquellas que no se reemplazan, corazon, entusiasmo, intelijencia viva i pronta, instinto seguro, ardor sin límites. Me dicen que en lo relativo a la educacion militar, el siciliano aprende en cinco dias lo que el italiano de otras provincias solo aprende en un mes. Las canciones i las creencias populares recojidas por Pitré pueban cuanto espíritu, vida i poesía hai en esta raza. Nosotros, hombres del norte, debemos evitar la

creencia de que nuestras sólidas cualidades bastan para la obra del progreso. Nosotros, solos, no habríamos hecho jamás la civilización. Se necesita el brillo, la desenvoltura de los que no dudan de nada. Un extranjero (no era un francés) que uno de nuestros amigos consultaba sobre el estado moral del país i las reformas mas urgentes: «¿Reformas? dijo. Una sola seria eficaz; seria una inundacion que llegara hasta la cima del Etna para que la Sicilia se librase de los sicilianos.» Este severo crítico no añadía que sin duda pensaba interiormente que la Sicilia fuera redoblada por jentes de su nacion. Error; la especie humana es un conjunto mucho mas complicado de lo que se cree. Las dotes mas diversas son necesarias para formarla; la raza que dice: «La civilización, es mi obra; el espíritu humano, soi yo,» blasfema contra la humanidad.

III.

Bonghi decidió que despues de la conclusion de los trabajos del congreso, la comision nacional de antigüedades visitaria todas las grandes ruinas de Sicilia, para darse cuenta de los puntos en que importa mas ejecutar escavaciones. Quiso él mismo formar parte de esta rápida espedicion a que invitó a los sabios extranjeros venidos al congreso. Los viajes de Montreal, de Solunto, Céfalu podian ser llevados a cabo en una jornada. Una escursion de diez dias fué cuidadosamente organizada para mostrarnos en seguida los grandes monumentos de la antigüedad que asegura a la Sicilia un rango arqueológico casi igual al de la Grecia. Esa escursion ha dejado en los que la hicieron una viva impresion. La infatigable actividad del ministro no dejaba descansar; durante diez dias, no supimos lo que era dormir; pero el espectáculo del pasado i el presente era tan extraño que solo despues sentimos la fatiga. Cosa singular, mi pierna ríjida i mi pié pesado no se resistieron una sola vez a sus deberes mas penosos. El mal no estaba curado, era olvidado.

Salimos de los grandes arcos del castillo de Roger, el 7 de setiembre a las 5 de la tarde. Volvimos a ver a Montreal al caer la noche; saludé la bella abside del rei Guillermo II, i pude estrechar la mano de ese buen canónigo, que en la época de mi primera visita, quiso ser mi guia i mi sosten. La noche nos sorprendió escalando las cimas que forma el fondo de la holla de Palermo. Entrábamos en la holla del golfo de Castelamare, en los valles que

producen el delicioso vino de Zucco. Todas las aldeas estaban iluminadas; la presencia de un representante del gobierno que esas poblaciones solo habian conocido hasta entónces de léjos, los llenaba de alegría. A cada paso el ministro se veia obligado a presentarse; los *Scienziati* eran tambien mui pedidos; los habian anunciado, las localidades que habian votado fondos para la recepcion querian verlos. Este entusiasmo era conmovedor i llevaba el sello de una cordialidad estrema. En todas partes nos servian excelentes refrescos i los vinos del pais. El patriotismo local se mezclaba tambien en esos agasajos. En Partenico: «¿Encuentran Uds. nuestros helados mejores que los de Borgetto?» En Borgetto: «¿No es cierto que nuestro vino vale mas que el de Zucco?»—Si, sin duda,» respondiámos nosotros, i es la verdad. Esos vinos de Sicilia son jarabes esquisitos; cambian de aldea en aldea i siempre parece mejor el último que se debe.

Esta palabra aldea exige esplicacion. En Francia las llamaríamos una gran poblacion, una cabecera de canton, una ciudad de 10, 15, 18 mil almas. La ausencia de caserías i poblacion esparcida en los campos esplica esta singularidad. No hai país en que haya tantas ciudades populosas, i esas ciudades están situadas a dos o tres leguas una de otra. Es verdad que bajo ciertos aspectos esas grandes ciudades no eran hace poco mas que aldeas. Bagheria, a las puertas de Palermo, tiene 15,000 habitantes, i no tenia una sola escuela bajo el antiguo gobierno.

Debíamos pasar la noche en Alcamo, antigua capital árabe, donde todavia las costumbres están bien conservadas. El síndico como verdadero cheik, habia pedido que se le especificase bien las cualidades de las personas que debian venir, para qué cada uno fuera tratado segun su rango. Eran las 3 de la mañana cuando llegamos. Esas campiñas son mui febriles. Muchos se dormian de fatiga en el fondo de los coches; pero los sicilianos no lo permitian, pretendiendo que se corria así un gran peligro de atrapar la fiebre. Las murallas i las torres de Alcamo hacian un efecto brillante a dos i tres leguas a la redonda. La recepcion fué particularmente amistosa. A las cuatro deliberamos. Acostarse para levantarse a las 6 era poco cuerdo. Volvimos a montar pues en coche para alcanzar lo mas pronto posible las ruinas de Segesto. Vimos el alba levantarse sobre las orillas del Crimisus, testigo de esa brillante campaña de Timoleon contra los cartajineses donde nació la estrategia, bien pronto llevada mas léjos todavia por los capitanes

de Alejandro. Hacia a las 7, un templo magnífico, intacto, en apariencia, se nos presentó en el horizonte inundado por los rayos del sol. Era Segesto. Dejamos los coches a orillas del Crimisus i en media hora alcanzamos a caballo hasta el templo, situado al pié de la ciudad antigua que por su alianza con los romanos, desempeñó en la historia de Sicilia un papel tan decisivo.

Para el arqueólogo, el templo de Segesto tiene problemas singulares. Parece no haber sido concluido. Sin duda, la destrucción de la ciudad por los cartajineses, en 409 ántes de J. C. habrá suspendido la obra. Las acanaladuras de las columnas no han sido hechas; las superfluidades no han sido quitadas. Para el artista, el templo de Segesto es uno de los monumentos que tiene mas efecto. La columnata, el arquitrabe, los triglifos, los metopos no esculpidos están completamente intactos. Los capiteles dóricos tienen una blandura, una flexibilidad de curva que no ha sido sobre pujada. El color de la piedra, su aspecto esponjoso, la certidumbre de que la mano de ningún restaurador ha pasado aquí entre la antigüedad i nosotros, hace que se quede pensativo durante horas enteras a la sombra de esas columnas. La ciudad antigua ha desaparecido, excepto el teatro. Roma no concedió a su aliada mas que una existencia efímera, i la fábula del orijen troyano no bastó para preservarla del abandono.

Segesto es un desierto; pero Calatafime i todas las localidades rodeantes habian acudido allí para ver al ministro i los *scienziati*. Bajo una tienda levantada con gusto, encontramos un almuerzo excelente. Se bebió por los viejos héroes de Segesto, por la paz i la concordia que no supieron fundar, por los muertos de 1860 que mas felices que sus antepasados dieron sobre ese campo de batalla la Sicilia a la Italia; i hacia la una, bajo un sol ardiente, volvimos a ocupar los coches para llegar a Trapani ántes del fin del día.

Contorneamos el Erix (monte San Julian) que tantas veces en mis viajes habia visto perfilarse en el horizonte. Es mas bello todavía del lado de tierra que del lado del mar. Cortado a pico, sostuvo en la primera guerra púnica sitios de dos años. Preparar el Erix, ver los restos de ese célebre santuario de la Venus Ericina, que el marino fenicio veia desde veinte leguas a la redonda, dibujarse como el paraíso en que tendria la recompensa de sus penas, habria sido mi sueño. Fué imposible pensar en eso; teníamos las horas contadas, i se necesitaba un día por lo ménos para escalar la montaña. Polizzi por lo demas, el excelente bibliotecario de

Trapani, desde el pié de la montaña me esplicaba todo, piedra por piedra, me contaba sus investigaciones para descubrir la célebre inscripcion cartajinesa de Erix, i me probaba que es necesario resignarse a no verla mas. Esa piedra curiosa fué vista en el siglo XVII por Cordici, que ha dejado la historia manuscrita del monte San Julian, libro que se encuentra en la biblioteca comunal de Palermo. Cordici da un dibujo de los mas groseros, que Torremuzza reprodujo mas o ménos i que Gesenius reprodujo con poco cuidado de la obra de Torremuzza. Así alterada por tres intermediarios, la inscripcion era indescifrable; habria valido mas no ocuparse de ella, sobre todo en una época en que la interpretacion de los monumentos fenicios estaba en su infancia. No sé que quimera ha hecho que Gesenius, Ebrard, Meier, Blan, vean en esa piedra un trozo de literatura, una lamentacion fúnebre por la muerte de una jóven. Todas esas hermosas cosas son imaginarias. Gracias a Porizzi, a Amari, a Salinas poseemos ahora cálculos rigurosamente exactos i fotografias de la copia de Cordici que está en la biblioteca de Palermo. Además, otra copia igualmente autógrafa de la obra de Cordici ha sido descubierta en el monte San Julian. Con estos auxilios se puede apercibir ahora el orijinal mejor que ántes; i aunque todavía estén léjos de haber leído todo el conjunto, se ha leído lo bastante para poder afirmar que la inscripcion era votiva i se dirigia a la Venus Ericina, llamándola «Prolongadora de la vida.»

Teníamos una necesidad extrema de reposo; pero ¿cómo resistir a las invitaciones de la municipalidad de Trapani, que nos habia preparado un banquete para las 11 de la noche? La amabilidad extrema de nuestros huéspedes nos permitia por otra parte esa quietud, ese semi-sueño con los ojos abiertos que debíamos practicar durante 8 dias. Una espléndida iluminacion de gas convertia la sala en una estufa en que todos los reumatismos del mundo habrian debido ceder. Los brindis se sucedian en un estado de semi-sueño que la induljencia de nuestros vecinos aceptaba sonriendo. Al dia siguiente, a las 8, habíamos visitado la biblioteca, el museo i estábamos a bordo del *Arquímedes*, hermosa fragata a vapor en que la cortesía del comandante Continos habia preparado el mas amable de los alojamientos.

Volví a ver el Erix desde el mar, i saludé a la distancia esa pequeña isla de Marítimo que me traia recuerdos tan vivos. En mi primer viaje a Oriente desperté la segunda mañana despues de mi

salida frente a esa isleta bañada por el sol, cubierta de verdura por las lluvias de octubre.—Ahora la encontraba árida, sin rocío. Un mes de diferencia es mucho en esta estación; pero quince años es mucho más en la vida! Marítimo se me presentó así:

Quand! era in parte alter! nom da quel eh! i zono.

Desde entónces han muerto muchas partes de mí mismo; nos vamos muriendo a pedazos.

¿Veríamos a Selinonte? Nos hacíamos esta pregunta desde que la fragata dobló Marsala (el cabo Lilibeo). Selinonte solo podía ser visitada por mar. Pero esa costa sin puerto presenta a un gran navío dificultades extremas. Obligado a mantenerse a media legua de la ribera solo puede descolgar sus botes cuando el mar está seguro; el menor viento, el menor capricho de las olas hace imposible la vuelta de las chalupas. El comandante nos dejó bajar con la advertencia de que si, mientras visitábamos las ruinas, si levantaba la menor brisa, debía volver a Trapani abandonándonos a nuestra suerte. El tiempo nos fué maravillosamente propicio. Creíamos abordar en desierto; veintenas de barcas nos esperaban; un desembarcadero i un camino habían sido improvisados por las jentes de Caetveltran; nos habían preparado carruajes. Seguramente que habrían ganado las ruinas con ser vistas en medio de la soledad; pero las atenciones, la cordialidad, el sentimiento injénno de esas jentes que se creían olvidadas del mundo, orgullosas ahora porque un ministro i hombres que creían célebres visitaban su isla, todo eso tenía algo que nos llegaba al corazón. El síndico de Caetveltran nos lo decía de una manera conmovedora, cuando a veces la multitud nos sofocaba: «Piensen, señores, que estas jentes han andado 30 millas para verlos.» La atención i las consideraciones con que las autoridades trataban hasta los muchachos, nos llamaron la atención. Helados, excelentes sorbetes, un vino de fuego, nos aguardaban en cada ruina. No necesitábamos ménos para podernos sostener. Un sol terrible, una tierra rasgada por cinco meses tórridos i que solo producía un delicioso lirio blanco, un pantano infecto, disecado en otro tiempo, según se dice por Empédocles, pero que desde la muerte del gran injeniero agrijentino, ha recobrado sus derechos para apestar la comarca, convirtiendo esa alegre jornada en la más ruda de todas; pero ¡qué espectáculo tan sublime! Siete templos, cinco de ellos

enormes, están ahí tendidos sobre el suelo; el diámetro de las columnas llega casi tres metros i medio, i por todas partes esos maravillosos chapiteles dóricos, la cosa mas bella que el hombre haya inventado. En ninguna parte se sorprende mejor que aquí los progresos de esas curvas divinas en su marcha a la perfeccion. Cada ensayo, cada vacilacion es visible i ¡lo que es mas extraordinario que todo! cuando los creadores de ese arte maravilloso alcanzaron la perfeccion, no cambiaron nada. Milagro que solo los griegos han sabido hacer: encontrar el ideal, i una vez encontrado, quedarse ahí.

Ah! porqué creyeron esos semi-dioses que era su deber devorarse unos a otros? Bajo este aspecto las ruinas de Selinonte dejan la impresion mas triste. Esa inmensa destruccion sabiamente ejecutada i con un designio premeditado hace maldecir a Cartago, que lanzó sobre este mundo delicado los salvajes mercenarios del África; pero sobre todo hace detestar esas divisiones entre ciudad i ciudad, esas guerras fratricidas en que se abismó el mundo griego. La destruccion de Selinonte fué hecho por Segesto i Segesto un año despues caia a su turno. Se comprende que despues de todo eso la paz romana haya parecido un beneficio.

Esas niñas de Selinonte son dignas de la Grecia por la grandeza la perfeccion del trabajo. La comision arqueológica estuvo unánime para pedir al ministro que en adelante los esfuerzos principales de las escabaciones sicilianas se dirijieran sobre este punto. Ya las investiagaciones de Cavallari han producido felices resultados, sobre todo al rededor de la acrópolis. Ahí se han encontrado esos célebres metopos que ahora adornan el museo de Palermo, monumento de un estilo arcaico, todavía asiático i que quizás esplican la transicion tan buscada entre el arte de Oriente i el de la Grecia. Los otros metopos de Selinonte nos muestran paso a paso los progresos de la escultura. Como en la Edad Media, esos progresos no estaban a la altura de la arquitectura. Esta habia ya fijado sus formas cuando todavía la otra vacilaba. La escuela dórica de Sicilia se dejó sobrepujar por la escuela ática. Muchas de esas obras un poco sin gracia son contemporáneas del Partenon. Un detalle notable es que las partes desnudas de las figuras de mujeres son ejecutadas en mármol blanco, exactamente como en los vasos pintados, las manos, los pies, las cabezas de los personajes femeninos, son de un blanco pálido. La polierómia que lo cubria todo podia ocultar esas juntas de materias diversas para nosotros ahora tan chocantes.

En la noche del 9 al 10 de setiembre el *Arquímédes* nos llevó de Selinonte a Agrigento. La ciudad de Girjente, edificada en la acrópolis de la antigua Agrigento, está bastante lejos del mar. Al pié de la montaña han construido un pequeño puerto que ha adquirido desde hace algunos años cierta importancia comercial por la esportacion de azufre: lo llaman *Porto Empedocle*. Abordamos bajo un poético decorado con las estatuas de Victor Manuel i de Empédocles. Empédocles, es todavía el semi-dios de Agrigento. Filósofo, sabio, ingeniero, músico, médico, profeta, taumaturgo, tuvo todavía tiempo para ser demócrata, dar una constitucion a su república, fundar la igualdad civil, negarse a recibir una corona, derribar la aristocracia de su tiempo. Este último rasgo ha contribuido poco a su fortuna moderna. El partido liberal de Girjenti vive al pié de la letra con Empédocles. Su retrato se ve a cada paso; su nombre es tan prodigado en los lugares públicos como el de Garibaldi; es difícil oír un discurso en que no se recuerde su gloria. Pero esa gloria es de buena lei. Empédocles no es inferior a ninguno de esos jénios de la filosofía griega anti-socrática, que fueron los verdaderos fundadores de la ciencia i de la esplicacion mecánica del universo. Los fragmentos auténticos que nos quedan de él nos lo muestran ajitando todos los problemas, acercándose con frecuencia a soluciones que se debian encontrar dos mil doscientos años despues, codiándose con Newton, Darwin, Hegel. Hizo esperiencias sobre el clepsidro, reconoció la pesantez del aire, tuvo la idea del átomo químico, del calor latente, sospechó la fecundidad de la idea de atraccion, entrevió el perfeccionamiento sucesivo de los tipos animales i el papel del sol. En biología no fué ménos sagaz: proclamó el gran principio *Omnia ex oro*, lo aplicó a la botánica, tuvo algunas nociones del sexo de las plantas, vió mui bien que el movimiento del universo no es mas que una sustitucion de elementos desagregados, que nada se cria ni se pierde. Concebia aun la química de los cuerpos organizados i suprimió los dioses en su hipótesis. Lucrecio le debe tanto como a Epicureo. Bajo otros aspectos este Newton parece forrado en un Cagliostro; andaba por las calles de Agrigento grave i melancólico, con zandalias de bronce, una corona de oro sobre la cabeza, en medio de jóvenes que lo aclamaban. Se defendia débilmente cuando se le atribuian milagros, aun resurrecciones i se dejaba adorar como un dios. Los agrigentinos modernos no admiten estos reproches i solo quieren ver en su célebre compatriota ca un sabio completamente ocupado en

moralizar el pueblo, un gran ciudadano que volvió a su patria sus derechos políticos i dió el ejemplo de la abnegacion rehusando aceptar la autoridad suprema.»

Selinonte solo es un cadáver de ciudad. Agrigento vive todavía i cuenta cerca de 20,000 habitantes. El aspecto de esa ciudad coronada de casas apretadas, que se levantan sobre la substrucciones antiguas, i los flancos tallados de la roca, es grandioso, austero. La falta de agua, el aspecto árido de la comarca aumentan todavía su tristeza. La ciudad moderna con sus calles estrechas, su aire sombrío, inaccesible i cerrado, su catedral estraña, completamente española, parece resto de otro mundo. A poca distancia se estiende la ciudad antigua con sus siete u ocho templos, colocados casi todos a lo largo de la antigua muralla, de manera que desde el puerto se ve esa línea de edificios perfilados sobre el cielo. El templo llamado de los gigantes era seguramente algo único; presenta las columnas dísticas mas grandes que se conocen. Diodoro dice estrictamente la verdad; cabe un hombre en sus acanaladuras; los chapiteles tirados por el suelo producen una especie de estupefaccion. Uno solo de los tálamos que sostenian el arquitrave está tendido. El efecto de ese coloso, cuyas piezas desarticuladas parecen los huesos de un esqueleto, es pasmoso. Los pies están juntos, son pequeños; esos colosos no han sostenido nunca algo efectivamente; estaban apoyados sobre la muralla o sobre pilastras. Me inclino a creer que parecian sostener el techo en el interior de la arqueria, lo que explica porqué Diodoro lo pasa en silencio. En el exterior una decoracion semejante habria producido demasiado efecto, no podia pasar desapercibida. El curioso sello de Girjenti en la edad media, que representa el *aula gigante* ha sujerido argumentos en pro i en contra de esta opinion. En todo caso lo que me parece cierto es que ese templo de los gigantes fué primitivamente consagrado a un culto oriental. Girjenti presenta muchas otras huellas de la influencia fenicia en su templo de Júpiter Atabyrius (del Tabor), Júpiter Policus, situado en el interior de la acrópolis i en los indicios del culto de Moloch que se lee claramente en las fábulas relativas al toro de Talaris. Esos gigantes estaban en el interior, desempeñarian el papel de los colosos osirios en las avenidas de los templos de Egipto i de los serafines en el templo de Jerusalem.

Sin duda que son bellos los demas templos de Agrigento, pero cuando se ha visitado la Grecia uno es exigente. El cuidado de la ejecucion es mucho menor que en los edificios atenienses. Una es-

pecie de estuco revestía toda la columna i disimulaba las imperfecciones del trabajo. Descuidos, como los que se notan en la mayor parte de los templos egipcios, se ven aquí a cada paso. Se deja ver la impresion del arquitecto. Decididamente, la perfeccion es una invencion de Aténas. La ejecucion de los detalles del Erectheum, por ejemplo, es una maravilla que hace mirar con disgusto todo lo que se encuentra despues. En los templos de Agrijento el estuco i la policromía ocultaban los defectos. Todo viaje, toda investigacion, todo estudio es un himno a Aténas. Aténas no ha criado nada de primera mano, pero en todo ha introducido el ideal. I ¡qué respeto por la divinidad! ¡Cómo se vé que no tratan de engañarla! Se han descubierto en un agujero delante del Partenon un gran número de tambores de columnas rechazadas. Es necesario examinarlas mui cuidadosamente para descubrir el defecto que las ha hecho rechazar. Lo que no se vé es tan cuidado como lo visible. Nada de esas vergonzosas decoraciones vacías, de esas apariencias engañadoras que forman la esencia de nuestros edificios sagrados.

Esa ruda jornada me habia agotado, i el banquete cordial que nos dieron los agrijentinos sobre las ruinas mismas no hizo mas que inspirarnos mayor deseo de reposo. Recibimos con alegría la noticia de que se nos esperaba en casa de Gellias. Gellias fué un rico ciudadano de la antigua Agrijento (siglo V, ántes de Jesucristo) que hizo construir un gran número de hospederías, en cada una de las cuales un portero invitaba a los estranjeros con una gratuita i espléndida hospitalidad. Su nombre es ahora el de un hotel en donde tuvimos un descanso mui dulce,—dulce, pero corto. A las cinco de la mañana una carrera rápida, ejecutada parte en ferrocarril, parte en coche, parte a caballo, nos llevó al corazon de la Sicilia, a Kacalmuto, centro de la estraccion del azufre, industria que tuvo tal desarrollo, por las necesidades de la industria moderna, que la provincia de Girjenti llegará a ser uno de los países mas ricos del mundo. Era el África lo que veíamos ese dia, desenvolverse delante de nosotros en esa cadena de colonias tostadas por el humo del azufre, sin árboles, sin verdura, sin agua. La alegoría siciliana resiste a todo. Las recepciones de Grotte i Kacalmuto fueron quizás las mas orijinales de todas, las mas espresivas de amable curiosidad. Nunca olvidaré la *banda* musical de Grotte. Se obstinaba en resolver un problema que yo habria creído insoluble; en seguir al ministro tocando a paso de carrera. Veo todavía un *oficleide* que pasaba por debajo de los cohes co-

riendo i sin omitir una sola nota. El músico mayor, tocaba el clarinete con una volubilidad sin nombre, corria con una carrera desenfadada, sirviéndose de su instrumento como de un índice para mostrar el camino a sus compañeros. El siciliano no se preocupa de saber si se le observa; obra para su satisfaccion propia. La idea de vijilarse para evitar un pretendido ridículo solo se ocurre a los que no están seguros de su nobleza histórica, i que no siempre tienen conciencia de obedecer a un móvil elevado.

En una noche i una mañana, el *Arquímedes* nos trasportó a Siracusa. La ciudad actual solo ocupa la isla de Ortijia, la mas pequeña de las diversas partes de la antigua ciudad. Achradina, Neapolis, Fiche, los Epipoles han sido ocupados por campos o jardines. Todos juntos formaban un recinto casi igual al de Paris ántes de las fortificaciones. Al primer golpe de vista parece que los monumentos antiguos de Siracusa han desaparecido; un estudio atento descubre bien pronto todo un mundo. ¿Qué templo sabiamente restaurado vale lo que esa catedral construída en el templo dórico de mas notables proporciones? La transformacion se ha verificado de una manera singular. La *Cella* ha sido suprimida i las columnatas han sido embutidas en una muralla que abraza los fustes, los capiteles, el arquitrave, visibles todavia aunque perdidos en parte en la muralla. No conozco otro ejemplo de este jénero de apropiacion cristiana. Con frecuencia la *Cella* ha sido trasformada en iglesia, como sucede en el Partenon. En Afrodisias en Carie, se han construido dos murallas exteriores al perístilo, de modo que las columnatas se hicieron interiores, i dibujan tres naves como en Santa Maria Mayor. Aquí la muralla ha sido hecha sobre la misma columnata. He visto pocos efectos de un pintoresco mas acabado. Aquí otra vez me encontraba en desacuerdo con celosos arqueólogos, cuya admiracion por la antigüedad es perfectamente ilustrada, pero quizás un poco exclusiva. Hacer votar fondos para construirle al obispo una nueva catedral i restaurar el templo antiguo era el deseo que oia formular a mi alrededor. No podia aceptarlo enteramente. El templo se vé bien tal como está, i el vacío mismo de la catedral con sus tres naves hace resaltar la grandeza del edificio antiguo.

Las escabaciones de Cavallari han sido en Siracusa, como en otras partes, fructuosas i bien dirijidas. Uno de los templos mas antiguos con una bella inscripcion arcaica, ha salido de esas escabaciones, que merecerian ser continuadas. El teatro, el anfiteatro

la via de las tumbas, las fortificaciones del Epípoles, levantadas por Dionisio el tirano, i sobre todo esas *latomias* grandiosas que desempeñan un papel tan importante en la historia de Siracusa, producen la mas viva impresion. Nada puede expresar el efecto de esos caminos de una profundidad enorme, en cuyo fondo se ostentan, abrigados por masas de rocas talladas por la sierra antigua, frescos i lujuriosos jardines de higueras i naranjos. La naturaleza desigualmente friable de las capas de calcarie ha producido en las paredes los dibujos mas singulares; una bella vejetacion de yedras i de enredaderas forman delante de cada grieta de la roca cortinas trasparentes de verdura. Un almuerzo habia sido preparado en una de esas salas; ramas de limones i granados entrelazaban las guirnaldas naturales que formaban las plantas trepadoras produciendo una deliciosa media luz. A una altura inmensa de encima de nuestras cabezas, i como suspendidos en los parapetos de torres desmensuradas, se dibujaban algunos espectadores mezclados con los árboles que colgaban sobre el abismo. Una música excelente hacia resonar esos largos corredores con el himno real de Saboya; pero no podíamos dejar de oír, al traves de esos sonidos armoniosos, los sonidos que llenaron en otro tiempo esas cabidades hoy tan risueñas, i sobre todo la desesperacion de los siete mil atenienses que perecieron allí de hambre i de miseria despues de la loca expedicion de 413.

Las catacumbas i una vieja cripta adornada con pinturas son interesantes para la arqueología cristiana; el museo, ademas de una Venus bien conocida, posee algunos fragmentos griegos que parecen provenir del Partenon; pero la perla antigua de Siracusa, es todavía el Anapus. Es casi el único entre todos los rios de Sicilia que tiene durante el año entero un volumen de agua superior al de un riachuelo. La belleza de las plantaciones de la campiña de Siracusa proviene de las aguas de ese pequeño rio, nacidas en la montaña i conducidas por acueductos antiguos sobre las cimas de los Epípoles. El valle, a pesar de todas las sangrias que se hace al rio, conserva todavía una masa de agua bastante seria, que a la distancia de dos quilómetros del mar, es triplicada o cuadruplicada por una enorme fuente, la fuente Cianéa, que nace en el fondo del valle en un golfo análogo al del Loiret i envia sus aguas al Anapus siguiendo un camino de cerca de legua i media. En toda esa estension es navegable para buques de alto bordo. Esta pequeña navegacion con sus efectos alternativamente alegres i melancólicos, es

una de las cosas mas encantadoras que se pueden ver. Se toma una barca en el muelle de Siracusa, se atraviesa este hermoso puerto uno de los mas grandes, de los mas profundos, de los mas seguros del mundo; se atraviesa con cierta dificultad una barra en la desembocadura del rio i se entra en una bella agua límpida, profunda, rápida, bien pronto despues en un pequeño bosque de rosales inmensos i de papiros. El papiro no crece en Europa mas que en el valle del Anapus. En Ejipto es raro. Si esta planta que ha prestado tan grandes servicios al espíritu humano i que merece un lugar tan capital en la historia de la civilizacion, estuviera un dia en peligro de desaparecer, quisiera que las naciones civilizadas, haciendo un fondo comun, le aseguraran una pensión alimenticia en el valle del Anapus. Esas masas espesas de tallos verdes, flexibles de 15 i 18 piés de altura, coronados por una elegante expansion de hilos lijeros terminados en abanico, forman pequeñas islas impenetrables en el agua pura de Cianéa. La vejetacion acuática que desarrolla en esos canales rara vez turbadas es de una frescura esquisita. Son verdaderos prados flotantes que descubren la superficie del rio i ondean bajo el monumento del remo, como el agua misma. Hermosas joyas verdes en forma de conchas vueltas hácia el sol, ostentan todo el lujo voluptuoso de una vejetacion efimera. Innumerables renacuajos saltan sobre esas superficies verdes; envidiábamos su felicidad: es cierto que la hidra de los riachuelos los devora; pero ellos no piensan en eso, i quizás muchos mueren de vejez, «con la hermosa muerte,» como se ha dicho tan impropiamente.

El golfo mismo de Cianéa es un milagro de limpieza. Se ve a profundidades infinitas el agujero de donde emerge i los innumerables pescados que persiguen en el abismo su feliz vida de eterno movimiento. Cianéa, como Aretusa, fué una ninfa casta. Murió de pesar, porque no pudo impedir que Pluton se robara a Proserpina, i se cambió en fuente a fuerza de llorar; pero mas feliz que Aretusa (ésta ha desaparecido; la fuente que se muestra ahora con su nombre en Ortijia proviene de un acueducto) Cianéa ha sido inmortal. Pero ¡ai! es siempre severa con los que se le acercan. Quedar mas de una hora sobre sus orillas en ciertas partes del dia es esponerse a la fiebre. La puesta de sol es allí como un cambio de escenario. Un frio súbito os penetra; cada movimiento del aire parece traer un escalofrio; las flores i las hojas se cierran; el pequeño mundo que vagaba por los prados flotantes se retira a las

profundidades; otro, invisible hasta entónces, aparece en los aires. Esa frescura parece deliciosa; cuidado, la naturaleza es traidora; no es nunca mas acariciadora que cuando mata.

Una escena encantadora nos trasportó a los dias de las *musas sicelides*, a esos dias en que la música i la poesía pastoril salieron del buen humor de los pastores sicilianos. Un sonido de flauta llegaba hasta nosotros al traves de los rosales i papiirus. El sonido se iba acercando poco a poco, i luego nos encontramos delante de un aldeano tendido en la yerba, al borde mismo del riachuelo i siguiendo con la flauta su inspiracion del momento. Hacia horas que estaba allí; el pasaje de nuestras barcas no lo hizo ni levantar la cabeza, ni interrumpir su música un solo instante. Cantaba en Cianéa, sobre una naturaleza verde i fresca, debajo de un bello cielo. Era la viva imájen de la invencion de la flauta. Ese buen siciliano la creaba a su turno, en nombre de la necesidad instintiva que tiene el hombre de responder por sonidos alegres a la armonía de la naturaleza i a su sonrisa benévola.

Siracusa es la cabecera de un ferrocarril, i en adelante el viaje no ofrecia ninguna dificultad. Catania, gran ciudad, casi toda nueva, activa, llena de porvenir, Aci-Reale algunas leguas de allí, asombran por su riqueza i prosperidad. Lo que se admira, es el Etna, sus bellas formas, su eterno penacho, las ricas culturas que hasta cierta elevacion cubren su falda. Como el Vesubio, el Etna no pertenece a una cadena de montañas, es un solevantamiento aislado; esto da a sus líneas una gracia que no tienen nunca los picos ahogados por la cadena de que forman parte. Felices los que pueden subir a esa cima! les dije adios, no sin envidia, a mis dos jóvenes amigos, que nos dejaron para emprender la ruda expedicion. Tuve mi revancha la noche siguiente. Hacia media noche, yendo de Catania a Aci-Reale, encontramos completamente iluminado Aci-Castello; el viejo castillo arruinado de Roger de Loria—resplandecia en medio del mar. Los aldeanos habian preparado barcas i pudimos recorrer a la luz de la luna los grandes peñascos que, segun las diversas tradiciones, el cicople lanzó a Acis, Galatea i Ulises. De noche, nada hai mas romántico que esas masas basálticas en forma de aguja, a cuyos piés se levantaba en silencio un mar sombrío, lleno de terrores.

El teatro de Taormina merece su reputacion por su grandeza, su bello estilo, su situacion única, la perspectiva de que se goza al traves de las brechas de la gran muralla de la escena, i tambien

por sus terribles recuerdos. Allí fueron degollados en la primera guerra servil millares de esclavos insurreccionados. Es el primer teatro del mundo; el de Orange no es mas que el segundo, aunque el estado de conservacion que nos asombra en el de Taormina se ha debido en parte a restauraciones hechas en el siglo XVIII. La belleza de esos grandes palcos, cuando la multitud los llenaba, debia leer algo embriagador. Una orquesta colocada sobre el *proscenium* i que tocaba el piano, se oía sobre los gradas mas elevadas; pero la voz humana llegaba allí de una manera confusa. No creo que semejantes recintos sirvieran de ordinario a los ejercicios de literatura. Si las conferencias han tenido un lugar en la arqueología siciliana, lo encontraria mas bien en Siracusa, en ese pequeño edificio consideradas como baños, i que quizás explicaria mejor mirándolo como una especie de gimnasio literario. La ciudad misma de Taormina, conservada sin rejuvenecimiento desde hace siglos i a decir verdad imposible de rejuvenecer por el sitio escarpado en que se encuentra, no debe ser pasada en silencio. Es necesario penetrar en esas calles estrechas i pintorescas, en que lo imprevisto se encuentra a cada paso. Soberbios puntos de vista sobre el mar, recuerdos de historias trágicas, encantadores detalles de arquitectura ojival, os retendrán con un encanto poderoso. El ferrocarril está al pié; en una hora estareis en Mesina, es decir en el dintel de la Sicilia, en el entrecruzamiento de todas las grandes vias del Mediterráneo.

La ciudad de Mesina i su activa universidad no se quedan atras de las manifestaciones liberales que por todas partes nos habian acojido. Conocí a Mesina por las escalas que habia hecho allí yendo al Oriente. Ya, como dicen los persas, «el cuervo de la separacion grasnaba sobre nuestras cabezas.» El jueves 16 de setiembre estrechábamos por última vez la mano de tantos hombres distinguidos con quienes habíamos contraído tan agradables hábitos de sociedad. A las 4, estábamos en el estrecho, en medio de esos pequeños remolinos creados por las corrientes contrarias que dieron origen en la antigüedad a las fábulas de Caribdes i Scilla. No hai que reír demasiado: Scilla i Caribdes ya no hacen víctimas; pero son sin embargo bastante fuertes para desviar sensiblemente un gran buque a vapor que los atraviere. Habíamos perdido de vista el Etna, i nos acercábamos a Strómboli, que se nos presentaba en un momento de mucha actividad. Al día siguiente despertamos en Capri i el cabo de Sorrento. Los planes interiores de esa bahia maravi-

llosa se iban dilatando sucesivamente. El Vesubio nos pareció mas bello todavía que el Etna; en el horizonte estaba Izquia, o término de nuestro viaje que nosotros perseguíamos, como Ulises persiguió a Itaca, al traves de largos rodeos. Izquia donde yo venia a buscar un equivalente de Vichy i de Carlsbad, bajo un cielo mas bello es un pequeño paraíso terrestre. Allí encontramos un perfecto descanso, un dulce clima; una soledad absoluta i un amigo, Hebert, habituado desde hace largo tiempo a venir a buscar en Izquia la salud i las inspiraciones del jénero que ama. Izquia es un antiguo volcan, el Epomea, en otro tiempo rival del Vesubio, i que hace 500 años hervia todavía. La variedad, lo imprevisto de los pequeños paisajes formados por los desgarramientos de los flancos de la montaña no pueden describirse. Las construcciones, macisas, irregulares, parecen hechas espresamente para el placer de los pintores. Solo por una ocupacion árabe puede esplicar el uso de la cúpula hemisférica i hábitos de arquitectura que recuerdan completamente al Oriente. Nada hai cambiado de las antiguas costumbres. Por todos lados, se oyen los cantos de la vendimia; ayer iluminacion espléndida de toda la isla para fiesta de no sé que madona. La pequeña ciudad de Forio, con sus iglesias pintadas i sus *torride Saraceni*, nos ha encantado. Allí encontré un verdadero capuchino, que todavía pone a San Francisco en el mismo nivel que a Jesucristo. Habiéndole preguntado Hebert porqué de los dos brazos estigmatizados que decoran todas las iglesias franciscanas, uno está vestido, el otro desnudo: «uno es el brazo de Jesucristo, el otro el de San Francisco, nos respondió, *perché eranno fratelli*.» Tiene razon. Francisco de Asis es el hombre que se ha parecido mas a Jesus, i es en la gran aparicion del siglo XIII donde se deben buscar analogias para esplicar los orígenes del cristianismo. Vivimos al lado de la colina de Casamicciola, enfrente de Gaete i Ferracina, en una casa perdida entre las viñas, en medio de un laberinto de terrados superpuestos i pequeños senderos que no tienen la horrible vanalidad de los grandes caminos. Nada de esa obsequiosidad tan fatigante en Sicilia; ni un solo indijena se apercibe que todo eso es esquisito. La pequeña Orsolina, de que Berta hace un retrato excelente, no sabe lo que es *poseer*. Es el Líbano, con mas encanto todavía. Aquí nos sentiremos bien; el reposo es dulce cuando se le ha comprado caro.

SWIFT.

El jénio ingles no tiene un representante mas violento i repelente que Jonatás Swift. Encarna en sí el orgullo desenfrenado, el sombrío egoismo, el odio encarnizado, la ironía malévola, el carácter insociable, todos los pecados capitales de su país i de su raza. No hai un solo rasgo simpático en ese salvaje misántropo; jeticula o amenaza por todos lados. No se sabe como tomar esa mezcla erizada de ñas i de espinas. A veces disgusta, a veces aterra: un puerco-espín enrollado sobre si mismo simbolisaria bastante bien su áspero jénio.

Su vida fué una tiranía maléfica, interrumpida por accesos de furor. Esa tiranía principiò por la servidumbre. Secretario a los 20 años de Sir William Temple, capellan a los 30 años de Lord Berkeley, sirviente disfrazado bajo este doble título, Swift bebió hasta las heces todo el fango de la humillacion. Sintió cuan duro es subir por la escalera del servicio, i cuan amarga es la masa con que se hace el pan de los sirvientes. Salió de esa posicion subalterna con sus panfletos mortíferos, como un esclavo arrancado que se abriera su camino a puñaladas. La libertad de imprenta acababa de aparecer; la Inglaterra estaba llena de admiracion delante del periódico como los negros lo están todavía ahora delante del *papel que habla*. Swift se convirtió casi súbitamente en una potencia, la aristocracia, el clero, los ministros emplearon i temieron alternativamente esa pluma acerada que hacia heridas de muer-

te. El escribiente de William Temple, el oficiante a sueldo de lord Berkeley, fué el consejero de los gabinetes i el dictador de los partidos.

Abusó cruelmente de ese cambio de fortuna, volviendo el insulto por el desden i la imprecacion por la impertinencia. Los cortesanos advenedizos vengan su infancia miserable con un lujo abrumador: el panfletero abrumó con sus ultrajes a la clase social que lo habia colmado de desprecios. Su indomable arrogancia aterraba el orgullo de raza de los ministros i los grandes señores. Se citan de él dichos que son verdaderas estocadas.—Vuelve los billetes de banco que el primer lord de la Tesoreria le envia en recompensa de un artículo, pide esplicaciones, las obtiene i escribe en su diario: «He vuelto mi proteccion a Harley.»—El duque de Buckingham desea conocerlo; Swift responde «que no puede, que el duque no ha contraido los méritos bastantes,» se le dice que el duque no tiene costumbre de hacer las primeras insinuaciones.—«Digo que no puedo hacer nada por él, porque yo siempre he aguardado manifestaciones en proporcion de la calidad de las jentes, i mas de parte de un duque que de parte de cualquiera otro.» Otro dia se imagina que el secretario de Estado Saint John lo mira con frialdad. Eso lo indigna i exaspera como un delito de lesa majestad. «Le advertí que no queria ser tratado como un estudiante, que todos los ministros que me honraban con su familiaridad, debian si oian o veian algo desfavorable para mi, hacérmelo saber en terminos claros, i no darme el trabajo de adivinarlo en el cambio o la frialdad de su aspecto i de sus maneras; que eso era algo que me costaba soportar de una cabeza coronada, pero que yo no encontraba que el favor de un súbdito valiera ese precio, que tenia intencion de hacer la misma declaracion al lord guarda-sellos i a M. Harley, para que me tratasen en consecuencia.»—Saint—Jonh se excusa alegando dos noches pasadas la una en beber i la otra en el trabajo: lo que Swift habia tomado por frialdad era fatiga. El se digna aceptar esa esplicacion.

A pesar de su pluma i su influencia, Swift no pudo alcanzar el poder. Sus pasiones eran mas fuertes que la elevacion de su ambicion. Habria pasado por encima de la mitra i la cartera para atrapar un sarcasmo o para herir a un enemigo. No se podia hacer un obispo del escéptico que, en *El Cuento del Tonel*, habia comparado las sectas cristianas con trajes mas o ménos bordados; no se podia hacer un lord del hombre que escribia en su Gulliver: «Un noble

es un miserable podrido en cuerpo i alma, que ha recojido todas las enfermedades i todos los vicios que le han trasmitido diez jeneraciones de libertinos i de bellacos.» Swift era de aquellos hombres que los partidos conservan, sin elevar jamas. Relegado al decanato de San Patricio en Dublin, sacó de la miseria del pais en que se le desterraba el alimento para nuevos furores. Ingles de orijen, aunque irlandes de nacimiento, compartió en contra de su raza el odio de su pais de adopcion; hizo abullar el hambre, sangrar las heridas i sonar las cadenas. La Irlanda esclavizada encontró en él al mas violento i poderoso de los tribunos.

No se puede negar a este hombre de presa ciertas pasiones jenerosas. Detesta la iniquidad, la hipocrecia le indigna; «la corrupcion de los hombres que están en el poder come su carne — como él dice— i seca su sangre.» Pero si él sabe execrar, no sabe amar. Aboga sin simpatias por la causa de los oprimidos; i al mismo tiempo los defiende, i los desprecia casi tanto como sus opresores. Su sed de justicia proviene de su irritacion permanente. Hai hiel en su seno i bilis en su abnegacion.

Indudablemente que un personaje semejante no era a propósito para seducir; tenia por otra parte una envoltura apropiada a su carácter, una fealdad abrupta i sombría. Parece que él habria podido decir como el Ricardo III de Shakespeare: «Estoi peleando con el amor desde el vientre de mi madre.» Por eso profesaba cínicamente el desprecio a las mujeres. La naturaleza lo habia hecho neutro, pero él violaba esa neutralidad. No conozco nada mas odioso que su carta a una jóven sobre su matrimonio. Mancha su velo nupcial; marchita con sus ásperas manos de pedante las flores de su guirnalda i las ilusiones de su corazon: «Ud. tiene, le escribe,—muy pocos años mas de juventud i de belleza a los ojos del mundo, i muy pocos meses mas a los ojos de un marido que no sea un tonto. Espero que Ud. no soñará ya con los encantos que el matrimonio ha tenido i tendrá siempre por mision hacer desaparecer súbitamente. Por otra parte su union ha sido cuestion de prudencia i de buena amistad, sin que se mezclara para nada esa ridícula pasion que solo existe en las piezas de teatro i las novelas.»—Continúa en este tono brutal hablándole a esta jóven como a una hembra: «lo mismo que los teólogos dicen que ciertas personas trabajan mas por condenarse que lo que necesitarian trabajar para salvarse, así su sexo emplea mas memoria i aplicacion para ser estravagante de lo que se necesitaria para ser cuerdo i útil.

Cuando pienso en eso no puedo creer que Uds. sean criaturas humanas. Uds. son de una especie, apenas un grado superior al mono. I todavía el mono tiene juegos mas divertidos que los suyos, i es en resúmen, un animal ménos costoso i ménos maléfico. Con el tiempo podria llegar a ser un crítico pasable en materia de terciopelo i de brocado, i esos adornos, me parece, que le sentarian tanto como a Uds.»

Este ser odioso fué sin embargo amado. Las buenas fortunas del enano de Astolfo i el negro de las *Mil i una noche* no son mas singulares que las pasiones inspiradas por Swift. Fué el amor al revés: Galatea cortejando a Poifelmo, Miranda enamorada de Calibasa. Una jóven llamada Miss Waryng aspiró primero a su mano; él la espantó para alejarla, haciéndole del matrimonio una pintura al lado de la cual la de Arnolfo es una joya de tocador.—«¿Es Ud. capaz, escribe a su pretendida, de renunciar a sus inclinaciones para seguir las mias, no tener mas voluntad que la mia i resignarse a una profunda abnegacion? ¿Sufrirá Ud. con paciencia mis cóleras con frecuencia injustas i mi carácter casi siempre detestable? ¿Con 300 libras esterlinas, podria Ud. mantener una casa i darle comodidad? ¿Seria Ud el ángel de resignacion que yo no espero encontrar en este mundo? Si Ud. lo cree cásesese conmigo.»

Mis Waryng retrocedió delante del retrato, Ester Johnson se enamoró del orijinal. Era una bella jóven que habia conocido en casa de su primer patron, William Temple. Fué su preceptor i llegó a ser su amante. La niña se unió a él con una pasion que se parecia a una posesion; lo siguió a Irlanda; entró en su decanato como habria entrado en un claustro. La vírjen hizo yoto de castidad en manos del viejo impotente. Pero otra jóven, Miss Vanhomrigh, se enamoró de Swift a su turno. El espantajo, inerte i sombrio, atrae a las palomas. Swift se dejaba adorar con un torpe embarazo; dejaba a sus dos queridas platónicas tirar las faldas de su raida capa de ministro. Les daba los nombres poéticos de Stella i Vanessa; a veces llegaba a fraguar para ellas pesados madrigales: regalos de un viejo cíclope a las ninfas. Se siente en sus versos de amor al eunuco para quien un billete tierno es una tarea tan ingrata como un *pensum*.

Sin embargo, Stella, cuando supo que tenia una rival, cayó enferma de desesperacion i de celos: Swift se casó con ella para curarla. Matrimonio irrisorio i glacial: el contrato estipulaba su es-

terilidad. No por eso dejó Vanessa de morir de dolor. Hai algo de misterioso en esta historia medio grotesca i medio trájica; haria creer en los hechizamientos.—Stella desde entónces principió a languidecer i murió bien pronto a su turno. Al partir se llevó la razon del viejo que la habia muerto. Insensible a los sufrimientos de sus dos víctimas, Swift no resistió a sus espectros. Su mujer se agitaba en las profundidades del Spleen i la locura. Saboreó el lento suplicio de sentir que la imbecilidad lo invadia a la manera de una gangrena. Sus facultades se desprendian de él una por una; perdió primero la vista, despues la memoria, despues la inteligencia. Su hipocondria se convirtió en rabia; murió segun su prediccion; «como un raton envenenado en su cueva.»

El talento en Swift es el hombre: una habilidad de verdugo, una misantropia de hipocondriaco, una risa de tirano. A veces recuerda ese Apolo de Ribeira, que, con su cuchillo ensangrentado en los dientes, mira humear el cadáver de Marsyas; a veces el sepulturero de Sheakespeare, chanseándose sobre las fosas abiertas i rompiendo los cráneos con su pala. Como panfletero es terrible i único. Nunca la venganza ha sido comida con mas frialdad i mascarada con mas flema. «Desgraciado!—esclamaba Augusto legando el imperio a Tiberio,—desgraciado el pueblo romano que va a ser presa de mandíbulas tan lentas!» Se recuerda este grito de Augusto, asistiendo a las ejecuciones de Swift. Se compadece como él al desgraciado que ha caido en las manos de ese torturador metódico. Ni un arranque, ni un temblor, ni uno solo de esos movimientos de cólera que abrevian el suplicio o que lo elevan dándole el carácter de un combate. Despedaza siniestramente a su víctima, la divide i la subdivide, inflige un dolor escogido a cada miembro, una convulsion especial a cada fibra.—Hai algunos de sus retratos satíricos, el de lord Wharton por ejemplo, que recuerda a los *desollados* de la anatomía.

Cuando Swift es moralista no deja de ser panfletero. Su odio, de particular se hace jeneral. Quisiera que la humanidad no tuviera mas que una cabeza para escupirla en la cara. Su preocupacion única en sus cuentos es la de rebajar i envilecer. Degrada todas sus pasiones, rebaja todas sus tendencias, deshonra todos sus sentimientos. El cuerpo no es para él mas que un aparato de funciones innobles, el alma mas que un receptáculo de vicios i locuras, la belleza mas que un vano engaña-vista que no resiste al vidrio del microscopio. Resume la relijion en un energúmeno, la

ciencia en un charlatan, la política en un sicofante, la civilización en una pandilla de imbéciles i de bribones.—En su *Gulliver*, cria los *Jahous*, una especie de monos inmundos i feroces, los compara con los hombres i los declara superiores. Sus gigantes i sus enanos nos empequeñecen igualmente, los unos rebajándonos al estado de insectos, i los otros mostrándonos parodiados por un hormiguero. Este viaje de Gulliver es mas triste en el fondo que el de Dante al través del infierno. Aquí se busca en vano un punto por donde se puede ver el cielo. ¡Qué diferencia con la navegación imaginaria del *Pantagruel* de Rabelais, con que ha sido tantas veces comparado! El buque de Pantagruel boga en plena ciencia i en plena naturaleza: el viento del porvenir sopla en sus venas; el alba del renacimiento brilla en su horizonte. Aborda, como el de Gulliver, las islas simbólicas de la mentira i la ignorancia; pero los alegres colosos que van en ese buque afrontan los monstruos, soplan sobre los fantasmas, i exorcisan sus demonios con una carcajada fulgurante. El Gulliver de Swift viaja sin esperanza i sin ideal. Los países quiméricos que visita le muestran los vicios de la humanidad monstruosamente aumentados o ridículamente parodiados. Allí aprende que la humanidad es incurable e incorrejible, que todo es vanidad i calamidad. El universo tal como él lo descubre es un vasto sistema de infiernos i prisiones que rueda en el vacío. Hasta la idea de inmortalidad aparece afeada i degradada. Gulliver encuentra en la isla de *Luggnagg* a los *Struddbrugg*, una raza de inmortales; pero estos inmortales son viejos idiotas e inválidos que se arrastran a lo largo de su eternidad miserable. Cada lustro aumenta su decadencia, cada siglo agrava su decrepitud. Los seres que la Grecia convierte en semi-dioses no son para Swift mas que imbéciles que han vuelto a la infancia.

Aun cuando moraliza Swift nos aterra i nos choca. Da sus lecciones bajo la forma del antifrasis: pero guarda en el sarcasmo una serenidad tan imperturbable que uno se pregunta si esa serenidad no es verdadera. Esa ironía perpétua tiene la aterradora inmovilidad de la máscara que llevaban los histriones antiguos; su risa crispada no mueve los labios; las blasfemias i las infamias pasan al través de ellos sin estenderlos i sin contraerlos. Sus *Instrucciones a los sirvientes* indignarían a Scapin i escandalizarían a Mascarilla. Lee, predica el robo, el fraude, la embriaguez, la pereza, el espionaje, la mentira, la injuria con los niños, el desgasto de la casa, el odio a sus señores. La intención moral es probable; pe-

ro ¿cómo discernirla en esa fisonomía impasible? Ningun signo es advierte que el autor embroma i que descubre los vicios de los sirvientes finjiendo enseñárselos. El administrador, el mayordomo, el cochero; el lacayo, el groom, la cocinera, la nodriza, la ama, la camarista, tienen su capítulo aparte en ese manual técnico de la lellaquería. Los menores detalles del servicio son allí pervertidos; el autor corrompe a cada cual según su empleo: revela a la camarista las astucias de las encubridoras; enseña al lacayo las estratagemas de los pillos. Es Maquiavelo dándole acciones a la servidumbre en la antesala.

Pero si se quiere ver el jénio de Swift en toda su fealdad, es necesario leer el pequeño panfleto que titula «Modesta proposición para evitar que los niños de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o para su país i hacerlos útiles al público.» Su modesta proposición consiste en sangrar los niños como vacas i carneros, en cocerlos i en comérselos. Se comprendería que el tribuno de un pueblo hambriento empleara esa monstruosa imájen para aterrar a sus tiranos, haciendo resonar en su discurso el grito de los pechos secos i las entrañas desgarradas. Pero no, Swift tenía esta horrible idea con su flema ordinaria. No la lanza en un acceso de cólera oratoria, la presenta como una moción, la explica, la discute, hace resaltar punto por punto todas las ventajas. Como si un fraile de Moloche, convertido en pastor protestante, tratara de propagar los ritos de su antiguo dios acomodándolos al espíritu práctico de su nueva religión.—Principia por establecer que un niño bien alimentado es a la edad de un año, asado o cocido, en la estufa o al horno, un alimento sustancial i sabroso; luego suplica al público que considere que sobre 120,000 niños se podrian reservar 20,000 para la reproducción de la especie «lo que es mucho mas de lo que se reserva para los carneros i el ganado mayor,» i que los otros 100,000 podrian, a la edad de un año, ser ofrecidos en venta a las personas de calidad i de fortuna, en todo el reino, «advirtiéndose siempre a la madre, que los alimente copiosamente en el último mes, para hacerlos carnudos i gordos para las buenas mesas.» Lo ha previsto i calculado todo: el peso que el niño puede alcanzar, su precio de costo i de venta, el uso que se podria hacer de su piel convenientemente preparada. Espone los resultados financieros i económicos de esa carnicería infantil: la disminucion del número de los papistas, principales productores de la nacion, la riqueza del país aumentada en 50,000

guineas que costaría por año el mantenimiento de los niños comidos; el provecho del nuevo plato introducido en la mesa de los *gentlemen* «que tienen alguna delicadeza de gusto;» el aliento al matrimonio convertido en una industria lucrativa; el amor materno escitado i alentado, «cuando las mujeres esten seguras de una ocupacion para la vida entera de sus hijitos, instituida en cierto modo por el público mismo.» I esta broma de ogro continua así durante 25 páginas apoyada en cifras, sazónada con recetas culinarias i gastronómicas. Así hablaría un taitiano parlamentario que propusiera a la cámara de su isla volver al canibalismo... El corazón se subleba, el gusto se indigna! Uno se pregunta si el exeso mismo de la desesperacion autoriza semejantes fantasías, si la ironía llevada a ese exeso no es cómplice de los horrores que quiere simular.

Swift es un grande hombre en Inglaterra, disminuye en Douvres; en Calais, solo tiene una talla ordinaria. Su jénio es demasiado insular para aclimatarse en cualquier parte fuera de su país. Personifica con un vigor singular las cualidades violentas de la raza sajona. Pero su talento que entusiasma a la Inglaterra, solo inspira en otras partes un asombro siniestro.—Baal domina en Cartago, Tifon reina en Ejipto: su jénio cruel forma parte del espíritu público, su fealdad caracteriza al país, su deformidad agrada a su pueblo como la espresion de su orijinalidad i de su poder. Pero Roma se niega a adorar esos rudos fetiches indíjenas; la ciudad eterna i universal no los admite en su Panteon.

SAINT-VICTOR

CONVICCIONES

CONTRA CONVICCIONES.

Es un hereje, un impio, se dice todos los dias de un individuo que no profesa la religion católica. I todo el mundo conviene en e título, hasta los mismos herejes. Ese hereje puede ser protestante o libre-pensador. Respecto del protestante no tenemos nada que decir. Su herejia cabe dentro del cristianismo, i él forma por lo tanto en las filas del pasado. Pero respecto del libre-pensador que ha roto con el cristianismo i que lucha por el porvenir, la cosa es mui diversa. El cristianismo es para él un error i los que lo profesan adolecen, por consiguiente, de ignorancia. En vez de ser un hereje, es pues, un individuo que huye del error i busca la verdad; i, si consigue adquirir opiniones determinadas i científicas sobre el órden del mundo i el destino del hombre, es el mejor de los creyentes.

Por desgracia son contados los libre-pensadores, que se hallan en este último caso. I si es cierto que dudan de la verdad del cristianismo, no tienen, en jeneral, que sustituirlo como norma moral i social. Esta insuficiencia en su manera de pensar produce los mas deplorables resultados.

Donde quiera que los tales libre-pensadores ejerzan su accion, se les ve asumir un papel de escépticos, de críticos, llenos de ambages, cortapizas i contradicciones, sin atacar lo que deben atacar,

con la valentía que corresponde, haciendo concesiones incomprensibles i despertando así por todas partes las dudas, las vacilaciones; pero sin crear convicciones que ellos mismos no tienen. Si escriben, transijen algo; si hablan, transijen mucho; si educan, reniegan de sus ideas. Muchos son, en verdad, los emancipados de las creencias religiosas, i sin embargo, todos somos educados en conformidad con esas creencias, ¿Cómo los que llegan a salir de las creencias religiosas, porque las consideran erróneas, permiten que sus hijos sean educados en ellas? ¿Acaso esperan que ellos sabrán a su vez, emanciparse? Pero dado que así fuera, ¿no es una desidia incalificable, no es un verdadero crimen, el obligarlos a la penosa tarea de una reorganizacion radical de sus ideas? Cuántas naturalezas no fracasan en esa empresa o van a dar cuando ménos al indiferentismo, es decir, a la falta de convicciones. No seria mucho mas racional que una vez que hemos salido del error pusiéramos todo nuestro empeño en convertir a nuestros semejantes a la verdad, i con mayor motivo a nuestros hijos. Hai que advertir, ademas, que la educacion, para ser verdaderamente fructuosa, debe ser uniforme, regular, sin solucion de continuidad. La educacion corriente, malgasta estéril i perniciosamente las mas preciosas fuerzas de la humanidad. Es dispersiva i contradictoria por demas, enjendrando de consiguiente la mas absoluta falta de convicciones; por lo tanto de carácter.

Esta manera de ser, produce por otra parte en la sociedad, una situacion verdaderamente singular. Si se hace un balance íntimo de las creencias de los individuos, resulta que el número de los libre-pensadores es inmenso. I sin embargo, el cristianismo impera triunfante en las leyes, en la enseñanza i en la sociabilidad. Todos, cual mas, cual ménos, le rinden acatamiento en público; por mas que murmuren en secreto. De aquí proviene un espíritu de hipocrecia que, estendiéndose por toda la sociedad, hace insufrible la vida de las almas verdaderamente sinceras. Para que un estado de cosas tan ilójico i enojoso desaparezca, solo hai un medio seguro. I es, la adhesion de los libre-pensadores a la concepcion científica del mundo i a la concepcion científica de la humanidad. Reunidos bajo ese credo verdaderamente infalible, impondrian con facilidad su opinion i harian suyas las leyes, la enseñanza i la sociabilidad, con beneficio inmenso de la suerte del jénero humano.

Cuando una religion está de acuerdo con el saber humano, los espíritus mas distinguidos i mas virtuosos son sus partidarios i sus

defensores. Pero si el acuerdo cesa por el progreso del saber, el talento i la virtud la abandonan. Por eso es que el cristianismo contó en lo antiguo, cuando el saber humano no lo contradecía, con varones ilustres. I por eso es, tambien, que hoi que el saber humano lo contradice, no cuenta mas que con vulgaridades: los espíritus eminentes le son necesariamente estraños.

Es preciso convencerse, por otra parte, de que si los cristianos tienen convicciones, los que desechemos el cristianismo las tenemos tambien, i con esta diferencia, que las convicciones de los cristianos implican el error, puesto que están reñidas con la ciencia, i las nuestras implican la verdad, puesto que son la ciencia misma; razon de mas para que seamos escrupulosos i exijentes. El cristianismo consiste en una concepcion del mundo i del hombre que estaban hasta cierto punto en armonía con el estado intelectual de nuestra especie a la época de su aparicion, hace dos mil años. Hoi dia, gracias al desarrollo de los conocimientos por la acumulacion sucesiva de la esperiencia de las jeneraciones, el cristianismo se desvanece como vano fantasma ante la concepcion científica del mundo i del hombre. ¿Es posible, en esta virtud, desdeñar la enseñanza de los siglos, cerrar los ojos a la luz? Guardémonos, pues, de enseñar a las nuevas jeneraciones el error del cristianismo.

Dígase lo que se quiera, el cristianismo viene estrecho al desenvolvimiento que ha alcanzado ya la humanidad. El porvenir está fuera de esa creencia. La concepcion científica del mundo i la concepcion científica del hombre que se imponen con irresistible evidencia, rechazan absolutamente el cristianismo. No hai transaccion posible. De modo que la verdadera humanidad no puede ser cristiana, porque tiene que ser científica.

Pero si reconocemos que el cristianismo no puede satisfacer ya al espíritu humano porque está en abierta oposicion con los resultados de la ciencia, i que por lo tanto ha hecho su época; no por eso le negamos los servicios que ha prestado a la humanidad en el pasado. Cuando no existía el conocimiento de la naturaleza que poseemos ahora, el triunfo del cristianismo fué natural, lójico i sincero; mas aun, fué eminentemente útil al órden moral i social del jénero humano. Bajo sus auspicios se eleva el criterio moral de la humanidad, i se mejora la condicion social de la mujer i del esclavo.

Estos son títulos que el cristianismo reivindica con justicia, i que le acordamos con sinceridad. Empero, no se vaya a creer que

el cristianismo sacó de su propio fondo la riqueza moral que repartió en la humanidad. Pues, en el momento de su aparición ya toda esa riqueza era patrimonio del espíritu humano. Eso sí que se hallaba dispersa entre unos cuantos hombres privilegiados, que formaban como una aristocracia de la virtud. El mérito del cristianismo ha consistido en apropiarse esa riqueza moral para repartirla en seguida a toda la sociedad, democratizando en cierto modo la virtud.

La filosofía del siglo diez i ocho fué injusta para con el cristianismo. Inspirándose en las ciencias positivas que habían descubierto ante la inteligencia humana, el espectáculo de la naturaleza en su grandiosa realidad, miró con el más soberano desprecio esa creencia errónea del pasado que se perpetuaba arrogante en el mundo moderno. La ridiculizó, la escarneció, ni el más ligero servicio le quiso reconocer; por el contrario, la declaró el peor enemigo en todos los tiempos, del bienestar i del progreso de la humanidad. Respecto del presente, tenía razón; el cristianismo delante de la ciencia no es más que una grosera superstición. Pero históricamente la cosa era muy diversa: el cristianismo cuando la ciencia no existía todavía hizo buenos servicios a la causa de la humanidad. Esta parcialidad engañosa de la filosofía del siglo diez i ocho tiene una especie de justificación en la actitud de la lucha; agravada por el contraste del cristianismo, es decir, del error, proscribiendo a la ciencia, es decir, a la verdad.

La filosofía del siglo diez i nueve continuadora científica de la filosofía del siglo diez i ocho, reniega igualmente del cristianismo; pero estando más serena es más justa i le reconoce, por lo tanto, su grande oficio social, en cierto período de la historia de la humanidad.

Esta es la manera de ver que debe predominar en la apreciación de las diversas creencias que constituyen el modo de pensar i de sentir de nuestra especie en el curso de su existencia. Así es como el politeísmo prestó también un gran servicio a la humanidad en la época que precedió al cristianismo, a pesar de que delante de la ciencia es un error tan vano como su sucesor.

Los que están a la altura de la época presente, es decir los que aceptan la concepción científica del mundo i la concepción científica del hombre, deben sentirse felices i orgullosos a la vez de haber nacido en un tiempo en que les es dado contemplar las perspectivas más grandiosas sobre el destino de la humanidad. ¡Qué de

torrentes de jeneraciones han tenido que precipitarse en el abismo de la muerte viviendo de sueños e ilusiones! Pero el trascurso de los siglos no ha sido estéril i, despues de millares de errores, la experiencia acumulada de las jeneraciones sucesivas ha logrado al fin rasgar el velo que cubria a la naturaleza. Abramos bien los ojos, i contemplemos agradecidos el magnífico espectáculo que nos han preparado penosamente nuestros antepasados. I en cuanto a los que piensan que para respetar a nuestros antepasados es preciso creer lo que ellos creyeron, si quieren ser lójicos, vuelvan a las creencias de los salvajes primitivos. Pero no es ese el respeto que se debe al pasado. En la grande obra del progreso, que consiste en la conquista perpétua de la naturaleza por el hombre, han tomado parte todas las jeneraciones, desde las primeras aparecidas sobre la faz de la tierra. Ellas se han ido unas en pos de otras obedeciendo a una lei inexorable, pero la otra queda i guarda los vestijios de la labor de cada jeneracion, La conquista de la naturaleza por el hombre, se ha estendido así mas i mas, i hoi es tan vasta que si las jeneraciones desaparecidas pudieran renacer se hallarian en pais estraño. Nuestro respeto por el pasado debe concretarse, pues, al reconocimiento por los esfuerzos hechos en favor de la verdadera empresa de la humanidad.

¿Hasta cuando perdemos el tiempo en vanas i estériles contempORIZACIONES? ¿Hasta cuando vivimos sin tener conciencia de nuestros deberes? o ¿acaso es meritorio el escepticismo? Pero si aspiramos a mejorar la suerte de la humanidad por medio de la verdad i el bien ¿porqué no nos ponemos a lo obra? ¿Qué significa ese respeto por el error personificado en la teología i esa indiferencia por la verdad personificada en la ciencia? ¿Basta ya! Tengamos el valor ¡qué digo! cumplamos el deber de decir bien alto que queremos rejenerar i engrandecer a la humanidad, enseñándole la verdad que solo puede conducirla a la justicia i a la felicidad.

Es verdaderamente singular lo que pasa ahora en el mundo. Los hombres del error atruenan los espacios con sus absurdos, se enorgullecen de su ignorancia, pervierten las conciencias, perturban los hogares i detienen el progreso; miéntras tanto, los hombres de la verdad hablan en voz baja, se callan las mas veces, i como que se avergüenzan de su saber, de modo que hasta cierto punto dejan libre el campo a los enemigos de la humanidad. Semejante estado de cosas debe desaparecer aunque mas no sea por la dignidad del jénero humano. I cuando se considera por otra parte, los benefi-

cios que acarrearía al mundo el predominio de la verdad, cuantas dolencias físicas, morales i sociales se disiparian, i como la armonía sucedería al desórden, la paz a la guerra, no es posible vacilar un instante sin ser un profundo egoísta.

¡A la obra, pues! Proclamemos la verdad con entereza, difundámosla por todas partes, a todas horas, especialmente en los institutos i en las escuelas. No dejemos el menor acceso, bajo ningún pretexto, en esos lugares sagrados donde se educan las nuevas generaciones, al error, esa peste sutil i horrible que mancha las conciencias i enerva los caractéres. Si no procedemos así no habremos cumplido el deber de la época presente i la posteridad será severa con nuestra desidia. Porque ahora, ya no es disculpable la duda sobre la realidad de las cosas. Demasiado a la vista está el espectáculo grandioso abierto por la ciencia para que sea dable el ofuscamiento. Los misterios de que la teología ha poblado la naturaleza en el curso de la historia de la humanidad, se han desvanecido cual vanas sombras en presencia de las leyes inmutables que rijen el universo. Todas las creaciones místicas que han sido la creencia de tantos siglos, son quimeras hijas de la ignorancia que deben huir avergonzadas ante la concepción real del mundo. Pero hai además, una contemplación mas íntima que debe acabar de asegurarnos: la de la humanidad. Sus orígenes se pierden en un pasado remotísimo. Por los vestijios que quedan vemos que su situación debió ser a los principios deplorable; ignorancia, hambre, desnudez. En una palabra, la humanidad era el esclavo de la naturaleza. La experiencia de los siglos la ha ido emancipando poco a poco. La historia de esa emancipación está llena de miserias, de cáimenes, de errores; pero la verdad i la virtud embellecen de cuando en cuando esos tristes anales. En el fondo, la trama de esa historia consiste en los esfuerzos incesantes de la humanidad, por salir de las tinieblas a la luz, del error a la verdad, del mal al bien. La lentitud de ese movimiento es algo que desespera muchas veces; el imperio del error i del mal es demasiado duro. Pero, la tarea no se detiene un instante, i aun en las épocas mas luctuosas, la verdad i el bien han hecho un camino. En los momentos actuales, el trabajo, relativamente con los orígenes, está ya muy avanzado, i la humanidad en vez de esclavo de la naturaleza, puede ser, si lo quiere, su señor. Para conseguirlo, lo bastaría con renunciar por completo a la teología, esa creencia del pasado, i con aceptar de lleno la ciencia esa creencia del porvenir.

Ahí está la obra que deben empeñarse en realizar los que deseen servir a la humanidad de una manera eficaz. Para ello se necesita, en verdad, de algun valor, i, sobre todo, de gran sinceridad. Pero la perspectiva de los bienes que produciría en el mundo, el predominio del modo de pensar científico, es suficiente estímulo para alentarnos en la empresa, siempre que nuestra naturaleza no se halle tan depravada, que sea capaz de interesarse en la felicidad del jénero humano.

Podemos esperar, con cierto fundamento, que el estado de cosas actual desaparezca en algun tiempo mas. Si los que se dicen liberales aman verdaderamente el progreso, desean el bienestar de la humanidad, no podrán ménos que sostener con firmeza en todos los momentos de su vida las convicciones científicas, convicciones de que deben sentirse orgullosos. Ellas ennoblecen la naturaleza humana desprendiéndola de los mil lazos del error, que por todas partes la encadenan. Ellas levantan al hombre por encima de las preocupaciones egoistas de sexo, de clase, i de pueblo. Ellas permiten elevarse a la contemplacion de la cooperacion humana que tan fecunda es en nobles estímulos i en jenerosas aspiraciones. Ellas solas, en fin, pueden hacer verdaderamente feliz al jénero humano. ¿I qué es lo que se opone a que esto suceda de una vez? Las convicciones teológicas que tanto imperio tienen todavia en el mundo para vergüenza de la humanidad. Ellas al revés de las convicciones científicas envilecen la naturaleza humana haciéndola esclava de toda clase de preocupaciones, hijas de la ignorancia. Ellas empequeñecen al hombre con odios i animadversiones de individuo a individuo, de sexo a sexo, de clase a clase, de pueblo a pueblo. Ellas incapacitan para la noble i jenerosa contemplacion de la cooperacion humana. Ellas, en fin, son el eterno obstáculo del verdadero bienestar de nuestra especie.

Frente a frente están, pues, las convicciones científicas i las convicciones teológicas. Aquellas harian feliz al jénero humano; éstas le hacen desgraciado. De consiguiente, los verdaderos miembros de la humanidad por el espíritu i el corazon, no deben vacilar en erijir, cuanto ántes, las convicciones científicas sobre la ruina definitiva de las convicciones teológicas.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

LA ENSEÑANZA OFICIAL (1).

SEÑOR:

No llamará la atención que yo desee usar de la palabra esta noche. El primer deber que he llenado, como miembro de la comisión encargada de la supervijilancia de la instrucción pública, fué dar mi cordial asentimiento al proyecto que el honorable Miembro por Finsbury pide a la Cámara que rechace. Soy uno de los que han sido acusados por todas partes en el reino, i ahora en el parlamento de pretender, bajo especiosos racionios, dar un golpe a la libertad civil i relijiosa de este pueblo. Es pues natural que aproveche la primera oportunidad que se presenta para vindicarme de tan grave cargo.

El honorable Miembro por Finsbury debe escusarme si en las observaciones que presento a la cámara no sigo estrechamente el orden de su discurso. La verdad es que una simple respuesta a

(1) El discurso que ahora publicamos, fué pronunciado por lord Macaulay en la Cámara de los Comunes de 1847, en apoyo de la enseñanza oficial que se trataba entónces de introducir en Inglaterra, i que esa legislatura aceptó por la enorme mayoría de 372 votos contra 47.

El discurso de Macaulay, que era entónces considerado como el orador mas elocuente de la Cámara i el defensor sistemático del liberalismo ingles, tuvo gran parte en la resolución adoptada a despecho de un movimiento popular enérgico i vigoroso, hábilmente preparado a la sombra de un respeto ilimitado por las garantías individuales i la libertad relijiosa.

ese discurso no sería ni mi defensa ni la de mis colegas. Confieso que me sorprende que un hombre de su habilidad i su perspicacia, en una ocasion como la que ahora se presenta, haya pronunciado un discurso como el que se acaba de oír. El país está escitado de un extremo al otro por una gran cuestion de principios. En esa cuestion el gobierno ha tomado su actitud. El honorable Miembro pasa por el campeón escogido i afianzado de un gran partido que asume una actitud contraria al gobierno en este asunto. Esperábamos oír una completa esposicion de la manera de ver de aquellos en cuyo nombre él habla. Pero, para nuestro asombro, apénas ha aludido a la controversia que divide a la nacion entera. Nos ha entretenido con sarcasmos i anécdotas personales: ha hablado mucho sobre materias de simple detalle: pero despues de escuchar con sostenida atencion todo lo que ha dicho, soi incapaz de descubrir si, en el único punto importante que hai ahora en el debate, está de acuerdo con nosotros o con el cuerpo vasto i activo de no-conformistas diametralmente opuestos con nosotros. Ha dejado la palabra sin decir una sola en que sea posible descubrir si él cree que la educacion es o no es una materia en que el Estado debe intervenir. Sin embargo, esa es la cuestion sobre la cual, durante varias semanas, la nacion entera ha estado escribiendo, leyendo, hablando, oyendo, pensando, dirijiendo peticiones i sobre la cual debe el parlamento pronunciar su fallo. Una vez formulada esa cuestion, creo que habrá mui poco espacio para la discusion. Si el Estado no debe intervenir en la educacion del pueblo, la intervencion recomendada por la comision debe ser necesariamente condenada. Si el estado tiene el derecho i el deber de intervenir en la educacion del pueblo las objeciones que se hace a nuestro proyecto en mui pocas palabras demostraremos que son frívolas.

Seguiré un curso mui diverso del que ha seguido el honorable Miembro. Espresaré de la manera mas clara mi opinion sobre esa gran cuestion de principios que él tan estudiosamente ha evadido; i en apoyo de mi opinion daré a la cámara razones que me parecen incontrovertibles.

Creo, señor, que es derecho i deber del Estado proveer a los medios de educar al pueblo. Esta proposicion me parece que está envuelta en todas las definiciones que hasta ahora se han dado sobre las funciones del gobierno. Sobre la estension de esas funciones hai gran diverjencia de opinion entre los hombres de injenio.

Hai algunos que sostienen que es del resorte del gobierno mezclarse en todos los detalles del sistema de la vida humana, regularizar el comercio con estímulos i prohibiciones, regularizar el gasto por leyes suntuarias, regularizar la literatura por una censura, regularizar la relijion por una inquisicion. Otros van al extremo opuesto i solo asignan al gobierno una estrechisima esfera de accion. Pero la mas estrecha de las esferas que se le han asignado, por cualquiera escuela de filosofía política, tiene la estension necesaria para mi propósito. En un punto están de acuerdo todos los que discuten este asunto. Unánimemente reconocen que es un deber del gobierno tomar las medidas necesarias para dar seguridad a las propiedades i la vida de todos los miembros de la comunidad. Admitido esto, ¿puede negarse que la educacion del pueblo es el medio mas eficaz de dar seguridad a la persona i a la propiedad? Que Adam Smith responda por mí. Su autoridad, siempre elevada tiene a este respecto títulos para un respeto especial, porque él odiaba estremadamente a los gobiernos interventores. Era de opinion que se dejaran abandonadas así mismas la literatura, las artes i las ciencias. No era partidario de los establecimientos eclesiásticos. Era de opinion que el Estado no debia mezclarse en la educacion de los ricos. Pero nos ha dicho espresamente que debia establecerse una distincion, sobre todo en una sociedad comercial i de civilizacion avanzada, entre la educacion del rico i la educacion del pobre. La educacion del pobre, dice, es un asunto que interesa profundamente a la comunidad. Lo mismo que el magistrado debe intervenir para evitar que la lepra se desarrolle en el pueblo, tambien debe intervenir para detener el progreso de las enfermedades morales que son inseparables de la ignorancia. I no puede esto deber ser descuidado sin poner en peligro la seguridad pública. Si dejais la multitud sin instruccion, hai sérios peligros de que las animosidades relijiosas produzcan los mas sangrientos desórdenes. Los mas terribles desórdenes! Estas son las propias palabras de Adam Smith; i fueron esas, palabras proféticas. Apenas acababa de dar esta advertencia a nuestros lejisladores cuando se realizó su prediccion de una manera que no se olvidará jamás. Hablo de los motines anti-católicos de 1780. No sé si pudiera encontrar en toda la historia una prueba mas enérgica de que la ignorancia del pueblo hace insegura la propiedad i la vida de todas las clases sociales. Sin una sombra de sospecha, impulsados por un loco, cien mil hombres se levantan insurreccionados. Durante una semana en-

tera la anarquía se desencadena en las mas grandes i mas ricas ciudades europeas. El parlamento es sitiado. El predecesor del presidente se sienta temblando en su silla i aguarda a cada instante ver derrivada la puerta por los rufianes cuyos ruidos oye al rededor de la cámara. Los pares del reino son sacados fuera de sus coches. Los obispos tienen que escaparse por los tejados. Las capillas de embajadores extranjeros, edificios consagrados por la lei de las naciones, son destruidas. La casa del ministro de Justicia es demolida. Los niños del primer ministro son arrancados de sus camas i puestos sobre la mesa de un cuerpo de guardia, único asilo seguro en medio de aquella canalla enfurecida. Se abren las prisiones. Salteadores de camino, ráteros de ciudad, asesinos, vienen a engrosar la insurreccion que los ha puesto en libertad. Treinta i seis incendios brillan al mismo tiempo en Lóndres. Despues viene la retribucion. Cuéntense todos los infelices que fueron fusilados, ahorcados, que fueron aplastados por las murallas, que se embriagaron hasta morir en los rios de alcohol que corrian de Holborn Hill; i se encontrará que muchas batallas han sido perdidas i ganadas con menor sacrificio de vidas. ¿cuál fué la causa de esta calamidad, de una calamidad que en la historia de Lóndres está al mismo nivel que la gran plaga i el gran incendio? La causa era la ignorancia de una poblacion que se habia permitido crecer, en la vecindad de palacios, teatros i templos, tan torpe i tan estúpida como una tribu de caníbales en la Nueva Zelanda, i pudiera decir como una manada de bestias en el mercado de Smithfield.

El ejemplo es notable: pero no es único. A la misma causa deben atribuirse los motines del Nottingham, el saqueo de Bristol, todos los ultrajes de Ludd, Swing, i Rebecca, bella i costosa maquinaria despedazada en el Yorkshire, los graneros i depósitos incendiados en Kent, las cercas i los edificios derrivados en Gales. ¿Podieran haber tenido lugar semejantes hechos en un país en que la intelijencia del labrador hubiera sido iluminada por la educacion, en que se le hubiera enseñado a encontrar placer en el ejercicio de su espíritu, en que se le hubiera enseñado el respeto a su Dios i el respeto a la autoridad lejitima, i se le hubiera enseñado al mismo tiempo a buscar el correctivo de los males reales por medios pacíficos i constitucionales?

Este pues es mi argumento. Es deber del gobierno proteger nuestras personas i nuestras propiedades. La grosera ignorancia del pueblo es una causa principal de peligro para nuestras perso-

nas i nuestra propiedad. Por consiguiente es deber del gobierno cuidar de que el pueblo no sea groseramente ignorante.

¿I cuál es la alternativa? Está univesalmente aceptado, que por algun medio el gobierno debe proteger nuestras personas i nuestra propiedad. Si se presecinde de la educacion ¿qué medios quedan? Quedan medios que solo la necesidad puede justificar, medios que inflijen una temible suma de dolor, no solo al culpable, sino tambien a los inocentes que están relacionados con el culpable. Quedan fusiles i bayonetas, palo i látigo, casas-matas, celdas solitarias, colonias penales, patibulos. Examínese la cuestion desde este punto de vista. Hai un fin que todos reconocemos que los gobiernos están obligados a alcanzar. Solo hai dos medios de alcanzarlo. Uno de esos medios es haciendo a los hombres mejores, mas sabios i mas felices. El otro medio haciéndolos infames i desgraciados. ¿Puede dudarse cuál de los dos es el que se debe preferir? ¿No es estraño, no es casi increíble que hombres piadosos i benévulos propaguen sériamente la doctrina de que el majistrado está obligado a castigar i obligado tambien a no enseñar? A mí me parece completamente indiscutible que el que tiene derecho para ahorcar tiene derecho tambien para educar. Podemos pensar sin vergueza i remordimiento que mas de la mitad de esos infelices que han sido atados en Newgate, en nuestro tiempo pudieran haber vivido felices, que mas de la mitad de los que están ahora en las prisiones pudieran estar gozando de la libertad i usando bien esa libertad, que esos infiernos sobre la tierra como la isla de Norfolk pudieran no haber existido, si hubiéramos gastado en la educacion de hombres honrados siquiera una pequeña parte de lo que hemos gastado en perseguir i torturar bellacos!

Encareceria vivamente el exámen de un informe contenido en el apéndice al primer volumen de las actas de la comision. Hablo de un informe dirijido por Seymour Fremenheare sobre el estado de esa parte de Monmouthshire, principalmente habitada por una poblacion empleada en las minas. Encontró que en este distrito a fines de 1839, sobre 11,000 niños que estaban en estado de ir a la escuela, 8,000 no iban a ninguna i que la mayor parte de los 3,000 restantes habrian hecho casi lo mismo no yendo a ninguna escuela que yendo a esas escuálidas cabañas én que hombres que debian ser estudiantes pretendian ser maestros. En jeneral estos hombres no tenian mas que un solo título para su empleo; i ese era el de ser completamente incapaces para cualquiera otro. Eran

mineros arruinados, o buloneros quebrados. En sus escuelas todo era ruido, confusion, fetidez. De cuando en cuando el ruido de los niños era silenciado durante dos minutos por las furiosas amenazas del maestro; pero luego volvía a estallar de nuevo. La instrucción que se daba era de la peor especie. Ni una sola escuela estaba provisto de un solo mapa. De esta manera han permitido Uds. que se formara la intelijencia de una gran poblacion. Pasemos ahora a ver las consecuencias de esa negligencia. Los bárbaros habitantes de esta rejion se levantan en una loca rebellion contra el gobierno. Se desparraman por sus valles hácia Newport. Hacen fuego sobre las tropas reales. Hieren un majistrado. Los soldados contestan el fuego i muchos de esos desgraciados pagan con su vida la pena de su crimen. Pero ¿es el crimen solo de ellos? ¿Es estraño que ellos escucharan la única enseñanza que tenian? ¿Cómo pueden Uds. que no se han tomado el trabajo de instruirlos, castigarlos porque escuchan al demagogo que se tomó el trabajo de engañarlos? Los sometimos, por supuesto. Los castigamos. No habia otra cosa que hacer. El orden debe ser mantenido; la propiedad debe ser respetada i desde que habíamos omitido el mejor medio de manteuer este pueblo tranquilo, estábamos en la necesidad de mantenerlo quieto por el terror de la espada i de la soga: ¿Pero podia haber una necesidad mas cruel? ¿I cuál de nosotros querria esponerse a verse colocado en esa necesidad por segunda vez?

Por eso digo que la educacion del pueblo no solo es un medio, sino el mejor de los medios, para alcanzar lo que todos reconocen como un objeto primordial de los gobiernos; i, si esto es así, sobrepasa mis facultades entender como puede alguién sériamente sostener que el gobierno no tiene nada que hacer con la educacion del pueblo.

Mi confianza en esta opinion se robustece cuando recuerdo que la sostengo junto con todos los grandes lejisladores, hombres de Estado i filósofos políticos de todas las edades i naciones, con todos los mas ilustres campeones de la libertad civil i espiritual. Pudiera citar muchos de los mas venerables nombres del antiguo mundo; pero prefiero citar el ejemplo de ese país que los sostenedores del sistema voluntario, de la iniciativa individual nos están recomendando siempre como un modelo. Retrocédase a los dias en que la pequeña sociedad que se ha dilatado en la opulenta e ilustrada república de Massachusetts principió a existir. Nuestros modernos

disidentes, me parece, que apenas se aventurarán a hablar con sarcasmo de esos puritanos cuyo espíritu Laud i su alta comision eclesiástica no pudieron subyugar, de esos puritanos que prefirieron dejar la patria i la familia i todas las comodidades i adelantos de la vida civilizada, cruzar el océano, levantar su casa en los bosques entre bestias salvajes i hombres salvajes, ántes que cometer el pecado de hacer, en la casa de Dios, un jesto que creyeron que le seria desagradable. ¿Creyeron esos valientes desterrados que era inconsistente con la libertad civil o relijiosa que el Estado se encargara de la educacion del pueblo? No, señor; una de las primeras leyes promulgadas por los colonizadores puritanos era que toda ciudad, tan pronto como Dios la hubiese aumentado al número de cincuenta casas, señalara una de ellas para enseñar a todos los niños a leer i escribir, i que toda ciudad de cien casas sostuviese una escuela de gramática. Los descendientes de los que hicieron esta lei no han dejado jamás de sostener que las autoridades públicas estaban en la obligacion de procurar los medios de instruccion pública. I no está reducida esta doctrina a la Nueva Inglaterra. «Educad al pueblo» fué el primer consejo dirigido por Penn a la colonia que fundó. «Educad el pueblo» fué el legado de Washington a la nacion que habia salvado. «Educad al pueblo» era la incesante exhortacion de Jefferson; i cito a Jefferson con peculiar placer, porque, entre todos los hombres eminentes que hasta aquí han vivido, sin esceptuarse ni siquiera Adam Smith, Jefferson fué el que mas aborreció todo lo que pudiera parecerse a la intervencion de los gobiernos. Sin embargo, la principal ocupacion de sus últimos años fué el establecimiento de un buen sistema de enseñanza oficial en la Virginia.

I, en contra de autoridades semejantes ¿qué tiene que exhibir los que sostienen la opinion contraria? ¿Pueden Uds. mencionar un solo gran filósofo, un solo hombre distinguido por su celo para la libertad, la humanidad i la verdad, que, desde el principio del mundo hasta la hora del parlamento actual haya sostenido jamás sus doctrinas? Uds. no pueden oponer a la voz unánime de todos los sabios i los buenos, de todas las edades, i de ámbos hemisferios, nada mas que un clamor que por primera vez se oyó hace algunos meses, un clamor que Uds. no pueden apoyar sin condenar no solamente aquellos cuya memoria Uds. profesan mirar con reverencia, sino tambien a Uds. mismos.

Esta nueva teoría política tiene a lo ménos el mérito de su oriji-

nalidad. Puede ser injénuamente espuesta en estos términos. Todos los hombres han estado hasta aquí completamente equivocados en lo que se refiere a la naturaleza i el objeto del gobierno civil. La gran verdad, que se ha ocultado a todas las jeneraciones precedentes, i al fin revelada, en el año de 1846 a algunos ministros respetables i directores de congregaciones disidentes, es esta. El gobierno es simplemente un gran verdugo. El gobierno solo puede obrar por medios rigurosos i degradantes. El único oficio del gobierno es maneatar, encerrar, azotar, fusilar, dar de puñaladas i estrangular. Es odiosa tiranía de un gobierno tratar de prevenir el crimen desarrollando la intelijencia i elevando el sentido moral de un pueblo. El estadista puede ver caserios convertidos, en el curso de una sola jeneracion, en grandes puertos i ciudades manufactureras. Puede saber que del carácter de la vasta poblacion que se ha reunido en esas ciudades admirables, depende la prosperidad, la paz i la existencia misma de la sociedad. Pero no debe pensar en formar ese carácter. Es un enemigo de la libertad pública el que trata de evitar que esos centenares de miles de sus conciudadanos lleguen a ser simples Jahoos. Puede es cierto levantar cuartel sobre cuartel para intimidarlos. Si se insurreccionan, puede mandar caballería para sablearlos: puede diezmarlos con fuego graneado: puede ahorcarlos, descuartizarlos, puede hacer todo, ménos enseñarlos. Puede ver, i estremecerse cuando ve, en inmensos distritos rurales, millones de niños que crecen tan ignorantes, tan esclavos del apetito sensual como las bestias. No importa. Es un traidor a la causa de la libertad civil i relijiosa sino mira con los brazos cruzados, miéntas las esperanzas absurdas i las pasiones malvadas maduran en esa tierra fecunda. Debe esperar que llegue el día de su cosecha. Debe esperar, hasta que llegue la Jaquerie, hasta que las haciendas esten incendiadas, hasta que los telares sean despedazados; i entónces principia su tarea, que es simplemente la de mandar un pobre salvaje ignorante a la cárcel del condado, otro a los antipodes i un tercero a las galeras, Tal es, señor, la nueva teoría de gobierno por primera vez propagada, en el año 1846, por algunos hombres de alta posicion entre los disidentes de Inglaterra. Es difísil comprender como hombres de excelente intelijencia i excelentes intenciones,—i hai, me apresuro a reconocerlo, hombres así entre los que sostienen esta teoría,—pueden haber caido en un error tan absurdo i pernicioso. Solo una esplicacion puede ocurrírseme. Estoy inclinado a creer que este es

un ejemplo de la gran lei de las reacciones. Acabamos de salir victoriosos de una larga i penosa lucha por la libertad de comercio. Mientras esa lucha estuvo indecisa, mucho se dijo i se escribió sobre las ventajas de la libre competencia, i sobre el peligro de permitir que el Estado legislara en materia que habian de ser abandonadas a los individuos. Como una consecuencia de esto ha surjido en el pensamiento de individuos que se dejan llevar por las palabras i que no tienen el hábito de hacer distinciones, la tendencia de aplicar a las cuestiones políticas i a las cuestiones morales principios que son justos solamente cuando se les aplica a cuestiones comerciales. Estas jentes, no contentos con haber obligado al gobierno a entregar una provincia erroneamente usurpada, ahora quieren arrebatarse al gobierno un dominio apoyado en un derecho nunca hasta ahora disputado, i que no puede ser disputado con la menor sombra de razon. «Sí, dicen ellos, la libre competencia es una cosa buena en el comercio, debe seguramente ser una cosa buena en la educacion. La oferta de otras comodidades, de azúcar, por ejemplo, se arregla por sí misma con la demanda; i la consecuencia es que estamos mejor provistos de azúcar que si el gobierno tratara de proveernos de este artículo. Porque dudaremos entónces que la oferta de instruccion será, sin la intervencion del gobierno, igual a la demanda?»

No hubo nunca una analogía mas falsa. Si un hombre está o no provisto de azúcar es un asunto que solo a él le concierne. Pero si está bien provisto de instruccion, es un asunto que concierne a sus vecinos i al Estado. Si no puede pagar para tener azúcar, debe quedarse sin azúcar. Pero de ninguna manera es aceptable que, porque no puede pagar su educacion, se quede sin educacion. Entre los ricos i sus maestros puede haber, como dice Adam Smith, libre cambio. La provision de maestros de música i maestros de italiano puede ser abandonada así misma. Pero ¿qué será de los millones demasiado pobres para procurarse los servicios de un maestro decente? Hemos oido decir que estos millones tendrian los maestros que les proporcionen la libre competencia de benévolos individuos que se disputarán este servicio a la humanidad. Sin duda que hai muchos benévolos individuos que gastan su tiempo i su dinero de la manera mas laudable levantando i sosteniendo escuelas, i Uds. pueden decir, si quieren, que hai entre esas personas una respetable competencia para hacer el bien. Pero no se dejen engañar por las palabras. No crean que esta competencia es

semejante a la competencia producida por el deseo de hacer fortuna i el miedo de aruinarse. Hai una gran diferencia entre ésta i la rivalidad de los pulperos. El pulpero sabe que, si sus mercaderías son peores que las de sus vecinos, irá luego ante el tribunal de comercio, i su mujer i sus hijos no tendrán mas refugio que una casa de trabajo: sabe que si su tienda alcanza una celebridad honorable, será capaz de comprar un carruaje i edificar una casa de campo: i esto lo impulsa a hacer esfuerzos comparados con los cuales los esfuerzos de las personas mas caritativas en servicio de los pobres son mui lánguidos. Seria una estraña infatuacion a la verdad legislar bajo el supuesto de que un hombre se preocupa por sus concidadanos tanto como se preocupa por si mismo.

A no ser, señor, que me engañe mucho, los argumentos que prueban que el gobierno no debe dejar a la accion privada la tarea de proveer a la defensa nacional, probarán tambien que el gobierno no debe dejar a la accion privada la tarea de proveer la educacion nacional. A este respecto Hume ha establecido la regla jeneral con admirable buen sentido i perspicacia. Me refiero a David Hume, no al miembro por Montrose, aunque ese honorable caballero estoi seguro que aceptará la doctrina sostenida por su ilustre homónimo. David Hume, señor, justamente dice que la mayor parte de las artes i negocios que existen en el mundo producen tantas ventajas i placeres al individuo, que el majistrado puede tranquilamente abandonar a los individuos el impulso de esas artes i comercio. Pero añade que hai necesidades que, aunque altamente útiles, mas todavía, absolutamente necesarias a la sociedad, sin embargo, no contribuyen al placer o provecho especial de ningun individuo. La necesidad militar es un ejemplo. Aquí dice Hume, el gobierno debe intervenir. Debe asumir la regularizacion de estas necesidades, i estimular la industria de los individuos que se consagran a llenarlas por recompensas pecuniarias i honorarias. Ahora, señor, me parece que por el mismo principio que entrega al gobierno la direccion i recompensa del soldado, debe entregarse al gobierno la direccion i recompensa del maestro. Me refiero por cierto, al maestro del pueblo. Que su profesion es útil, que su profesion es necesaria, será difícilmente discutido. Sin embargo, es claro que sus servicios no serán remunerados de una manera adecuada si esa remuneracion es fijada por aquellos a quienes se les enseña, o por las contribuciones voluntarias de la caridad. ¿Se niega esto? Véase los hechos. Uds. nos dicen que las escuelas se multiplicarán i flo-

recerán excesivamente, si el gobierno se abstiene de intervenir en ellas. ¿No se ha abstenido el gobierno mucho tiempo de intervenir en ellas? ¿No se ha dejado todo, durante muchos años, a la actividad industrial? Si fuera cierto que la educacion, como el comercio, prospera mas donde el majistrado interviene ménos, el pueblo de Inglaterra seria ahora el mejor educado en el mundo. Nuestros colejos serian escuelas modelos. Todos tendrian una pequeña biblioteca bien escojida, excelentes mapas, un laboratorio pequeño pero limpio para las esperiencias de la filosofia natural. Un adulto incapaz de leer i de escribir, seria señalado con el dedo como el jigante O'Brien o el conde Polaco. Nuestros maestros de escuelas serian tan eminentes en lo que se refiere a la enseñanza como son nuestros cuchilleros, nuestros tejedores de algodón o nuestros injenieros en sus respectivas profesiones. Como clase serian colocados en una elevada consideracion; i serian tales sus ganancias, que seria fácil encontrar hombres de un carácter respetable para llenar sus vacantes.

¿I es esa su situacion? Véase las sentencias de los jueces, las resoluciones de los grandes jurados, los informes de los empleados públicos, los informes de las asociaciones voluntarias. Todos cuentan la misma triste e ignominiosa historia. Tómense los informes de los inspectores de prision. En la casa de correccion de Hertford, de 700 prisioneros la mitad no podia leer absolutamente; solo 8 podian leer i escribir bien. De 8000 prisioneros que habian pasado por la cárcel de Maidstone, solo 50 podian leer i escribir bien. En la prision de Coldbath, la proporcion de los que podian leer i escribir bien parece haber sido todavia menor. Pásese de los registros de las prisiones a los registros de los matrimonios. Uds. encontraran que cerca de 130,000 parejas se casaron en el año de 1844. Mas de 40,000 novios i mas de 60,000 novias no pudieron firmar sus nombres. Cerca de la tercera parte de los hombres i cerca de la mitad de las mujeres, que están en la primavera de la vida, que seran mañana los padres de la proxima jeneracion inglesa, que van a tener una parte importante en el desarrollo intelectual de esa jeneracion, no pueden escribir sus nombres. Recuértese todavia que, aunque la jente que no puede escribir su propio nombre debe ser groseramente ignorante, hai jente que puede escribir su nombre i solo tiene un conocimiento mui reducido. Millares de los que eran capaces de escribir sus nombres, segun toda probabilidad, solo habian recibido la mezqui-

na educacion de una escuela ordinaria. Sabemos lo que una escuela de esta clase es con demasiada frecuencia; un cuarto cubierto con suciedad, sin luz, sin aire, con un monton de carbon en un rincon i una nidada de gallinas en el otro; la única máquina de instruccion es un silabario con las puntas gastadas i una pizarra rota; los maestros, son los que rechazan todas las otras profesiones, sirvientes despedidos, baratilleros arruinados, jente que no puede sacar una cuenta de regla de tres, jente que no puede escribir una carta comun sin borrones, jente que no sabe si la tierra es una esfera o un cubo, jente que no sabe si Jerusalem está en Asia o en América. I a esta jente a quien ninguno de nosotros le confiaria la llave de su bodega, le hemos encomendado la intelijencia de la eneracion que se levanta, i, junto con la intelijencia de esa jeneracion la libertad, la felicidad i la gloria de nuestro pais.

¿Se pone en duda la exactitud de esta descripcion? Presentaré ejemplos que estoi seguro Uds. no se aventurarán a tomar como excepciones. Todos saben aquí, supongo, el papel importante que tiene la *Union de las congregaciones* entre los disidentes, i que parte tan prominente ha tomado el señor Eduardo Baines en la oposicion a la enseñanza oficial. Un comité de la *Union de las congregaciones* presentó el año pasado un informe sobre educacion. El informe fué aprobado por la *Union*; i la persona que hizo indicacion para que fuera aprobado fué el señor Eduardo Baines. Ese informe contiene el pasaje siguiente: «Si fuera necesario exhibir hechos en una reunion como esta, respeto de la ignorancia i decaimiento de las partes descuidadas de nuestra poblacion en las ciudades i en los distritos rurales, tanto adultos como niños, seria mui fácil hacerlo. Informes privados comunicados al directorio, la observacion personal i el exámen de varias localidades, junto con los documentos publicados por el Inspector jeneral i los informes de las prisiones de Estado en Inglaterra i Gales, publicados por orden de la Cámara de los Comunes, suministrarían lo bastante para hacernos hablar con modestia de lo que se ha hecho en favor de las clases humildes, i avergonzarnos de que los hijos de Inglaterra hayan sido tan largo tiempo descuidados, i presenten al ilustrado viajero de otros paises el triste espectáculo de la educacion descuidada, el poder intelectual perdido, i la degradacion espiritual.» Nada puede ser mas justo. Todos los informes que he podido recoger confirman las aseveraciones de la *Union de las congregaciones*. Creo que la ignorancia i la degradacion de una gran parte de la comunidad

a que pertenecemos debiera avergonzarnos de nosotros mismos. Creo que un viajero ilustrado de Nueva York, de Jinebra o de Berlin se sentiria indignado al ver tanta barbárie en la estrecha vecindad de tanta riqueza i civilizacion. Pero ¿no es estraño que los mismos caballeros que nos dicen en un lenguaje tan enfático que el pueblo está vergonzosamente mal educado, persistan sin embargo en sostener que bajo el sistema de la libre competencia el pueblo está seguro de ser admirablemente educado? Esta misma mañana los que se oponen al proyecto circulaban un papel en que predecian con confianza que la libre competencia hará todo lo que es necesario si aguardamos con paciencia. ¡Aguardar con paciencia! ¡Qué! hemos estado aguardando desde la heptarquia. ¿Hasta cuando aguardaremos? Hasta el año 2847? ¿O hasta el año 3847? Uds. no niegan que hasta aquí la esperiencia ha fracasado? ¿I por qué ha fracasado? ¿Por qué ha sido hecha bajo circunstancias desfavorables? No tal; ha sido ensayada en el mas rico, en el mas libre i en el mas caritativo de todos los países de Europa. ¿Ha sido ensayada en una escala mui reducida? No tal; millones han sido sometidos al experimento. ¿Ha sido ensayada durante un tiempo mui corto? No tal; ha estado en obra durante edades. La causa del fracaso es clara. Todo nuestro sistema era absurdo. Habiámos aplicado el principio de la libre competencia a un caso en que ese principio no era aplicable.

Pero, señor, si el estado de la parte meridional de nuestra isla me ha suministrado un fuerte argumento, el estado de la parte septentrional me presenta otro que es, si posible, todavia mas decisivo. Hace 150 años era la Inglaterra uno de los países del mundo mas bien gobernados i mas prósperos: la Escocia era quizás el país mas pobre i mas inculto que pudiera aspirar a ser llamado un país civilizado. El nombre de escocés se pronunciaba entónces en esta parte de la isla con desprecio. Los mas hábiles estadistas escoceses miraban la degradada situacion de sus pobres compatriotas con un sentimiento vecino a la desesperacion. Es bien sabido que Fletcher de Saltoun, un bravo i cumplido caballero, un hombre que habia sacado su espada en defensa de la libertad, que habia sufrido la proscripcion i el destierro por la libertad, se sintió tan disgustado i tan desanimado por la miseria, la ignorancia, la ociosidad, el desarreglo del bajo pueblo, que propuso reducir a la esclavitud muchos miles de ellos. El creia que solo la disciplina que mantenía el órden i obligaba la actividad a los negros de una

plantacion de azúcar, que solo el látigo i el palo, podian apartar a los vagabundos que infestaban la Escocia de sus hábitos indolentes i depredatorios i compelerlos a sostenerse a sí mismos con un trabajo enérgico. Bajo la influencia de estas ideas, poco despues de la revolucion, publicó un panfleto en que encarecidamente, i i a mi juicio por el solo impulso de la humanidad i el patriotismo, recomendaba a los estados del reino este severo remedio, el único que el concebía que pudiera curar el mal. Pocos meses despues de la publicacion de ese panfleto un remedio mui diverso fué aplicado. El parlamento reunido en Edimburgo aprobó una acta para el establecimiento de las escuelas parroquiales. ¿Cuál fué la consecuencia? Un adelanto como el mundo jamas habia visto se operó en el carácter moral e intelectual del pueblo. Luego a despecho del rigor del clima, a pesar de la esterilidad de la tierra, la Escocia llegó a ser un país que no tenia razon para envidiar a las comarcas mas hermosas del globo. Donde quiera que fuese un escocés,—i a mui pocas partes del mundo dejó de ir,—llevaba consigo su superioridad. Si era admitido en una oficina pública luego alcanzaba el puesto mas elevado. Si se empleaba en una cerbeceria o en una fábrica luego era el jereñte. Si abria una tienda, su comercio era el mas próspero de la calle. Si se enrolaba en el ejército, llegaba a ser jefe. Si iba a alguna colonia, su plantacion era la que mas medraba. Del escocés del siglo XVII se habia hablado en Lóndres como hablamos ahora de los esquimales. El escocés del siglo XVIII era objeto, no de desden sino de envidia. Se quejaban de que donde quiera que se presentase sacaba mas de lo que le correspondia; que mezclado con ingleses o mezclado con irlandeses se les sobreponia con la misma seguridad con que el aceite se va encima del agua. ¿I qué habia producido esta gran revolucion? El aire de la Escocia era siempre frio, las rocas de la Escocia eran tan áridas como ántes. Todas las cualidades naturales del escocés eran las mismas que cuando hombres instruidos i benévulos aconsejaban que fuera llevado a latigazos, como una bestia de carga, a su trabajo diario. El estado le habia dado educacion. La educacion no era, es verdad, bajo todos aspectos lo que debiera haber sido, pero tal como era habia hecho mas por las heladas i sombrías riberas del Forth i del Clyde que lo que habia hecho el mas rico de los suelos i el mas alegre de los climas por Capua i Tarento. ¿Hai un solo miembro de esta cámara, por mas enérgicamente que sostenga la doctrina de que el gobierno no debe in-

tervenir en la educacion del pueblo, que se levante i diga, que a su juicio, los escoceses serian ahora mas felices i mas ilustrados si se les hubiera dejado, durante las cinco últimas jeneraciones instruirse por sí mismos?

Digo pues, señor, que si la ciencia del gobierno es una ciencia experimental, esta cuestion está resuelta. Podemos aplicar el procedimiento inductivo ajustándonos a las reglas prescritas en el *Novum Organum*. Tenemos aquí dos naciones estrechamente unidas que habitan la misma isla, que arrancan del mismo orijen i hablan la misma lengua, gobernadas por el mismo soberano i la misma lejislatura, que sostienen esencialmente la misma fé relijiosa, que tienen los mismos aliados i los mismos enemigos. De estas dos naciones estaba la una, hace 150 años, en lo que toca a su opulencia i civilizacion, en el mas alto rango entre las comunidades europeas, i la otra en el mas bajo. La nacion opulenta i civilizada entrega la educacion del pueblo a la libre competencia. En la nacion pobre i semi-bárbara el Estado se encarga de la educacion del pueblo. El resultado es que los primeros son los últimos, i los últimos son los primeros. El bajo pueblo de Escosia, —es inútil disimular la verdad,—está por encima del bajo pueblo de Inglaterra. La libre competencia, ensayada en un terreno ventajoso, ha producido efectos de que, como nos dice la *Union de las Congregaciones*, debíamos estar avergonzados, i que nos rebajan en la opinion de todo viajero intelijente. La educacion por el Estado, ensayada en medio de todo jénero de desventajas, ha producido un adelanto a que seria difícil encontrar un paralelo en cualquier época o país. Una esperiencia semejante seria mirada como decisiva, en cirujia o en química, i tambien debiera me parece ser mirada como igualmente decisiva en la política.

Estas, señor, son las razones que me han hecho ver que la educacion del pueblo es un deber del Estado. Firmemente convencido de esta verdad, no dejaré de proclamarla aquí i fuera de aquí a despecho del clamor que los agitadores pueden alzar. El resto de mi tarea es sencillo. Porque, si el gran principio que he estado sosteniendo es admitido, las objeciones que se han hecho a los detalles de nuestro plan se desvanecerán rápidamente. Me ocuparé de esas objeciones siguiendo el órden en que han sido formuladas por el Honorable Miembro de Finsbury.

Coloca el costo entre la primera de sus objeciones. Seguramente, señor, que el que admite que es nuestro deber dirigir la

inteligencia de la jeneracion que se levanta, no puede pensar que 100,000 libras esterlinas es una suma excesiva para semejante objeto. Si miramos la cuestion desde su punto de vista mas estrecho, si consideramos a los seres humanos simplemente como productores de riqueza, la diferencia entre una poblacion inteligente i otra estúpida, estimada en libras, chelines i peniques, excede cien veces el desembolso propuesto. No es esto todo. Por cada libra que Uds. economizan en la educacion, tendrán que pagar cinco en persecuciones, en prisiones, en establecimientos penales. No puedo creer que la Cámara, que nunca ha negado lo que se le pedia para mantener el órden i proteger la propiedad por medio de la pena i el terror, principiará a ser avara tan pronto como se proponga alcanzar el mismo objeto, haciendo a los hombres mas sabios i mejores.

La siguiente objecion formulada por el Honorable Miembro a nuestro plan, es que aumentará la influencia de la Corona. Esta suma de cien mil pesos, teme que sea empleada en corromper i sobornar. Los maestros de escuela que voten por los candidatos ministeriales obtendrán una parte del dinero que se acuerde: los maestros de escuela que voten por los opositores al ministerio inútilmente reclamarán la otra. Señor: el Honorable Miembro no habria hecho nunca esta objecion si se hubiera tomado el trabajo de entender el proyecto que ha condenado. Proponemos colocar esta Parte de los gastos públicos bajo trabas que harán que los abusos, como los que teme el Honorable Miembro, sean moralmente imposibles. No solamente habrá las trabas ordinarias que han sido juzgadas suficientes para evitar la malversacion de los millones anualmente acordados para el ejército, la marina, la policia, el gobierno civil: no solamente los ministros de la Corona deben presentarse todos los años ante esta Cámara para dar cuenta de la manera como han invertido lo que se ha votado el año precedente; sino que tambien despues de haber satisfecho a la Cámara, despues de haber merecido su aprobacion, todavia no podrán invertir el dinero a su discrecion. Cualquiera cosa que hagan por un maestro de escuela debe ser echa de acuerdo con las personas que, en el distrito donde vive ese maestro, toman interes por la educacion, i contribuyen con su fortuna privada a sufragar sus gastos.....

.....

.....

La objecion que en seguida ha formulado el Honorable Miembro

a nuestro proyecto, es que se roza con las convicciones relijiosas de los súbditos de S. M. Algunas veces se ha insinuado, pero no se ha probado nunca, que el Consejo haya manifestado un favor ilícito para con la iglesia establecida. He leído i estudiado cuidadosamente ese proyecto; i quisiera que todos los que han desplegado su elocuencia en contra de él hubiesen hecho otro tanto. Digo que lo he leído i estudiado atentamente i que creo que ha sido formulado con una imparcialidad ejemplar. Los beneficios que nosotros ofrecemos son igualmente ofrecidos a todas las comunidades relijiosas. Los directores de escuelas disidentes tendrán la misma autoridad que los directores que pertenecen a la iglesia. El niño que vá al meeting será tan elejible para monitor i recibirá prácticamente la misma proporcion como el que va a la catejral. El maestro de escuela no conformista i el maestro de escuela conformista, tendrán los mismos emolumentos i obtendrán despues del mismo término de servicios i bajo las mismas condiciones, la misma pension de retiro. Quisiera que algunos caballeros, en vez de usar frases vagas sobre la libertad relijiosa i los fueros de la conciencia, contestaran esta sencilla pregunta. Supóngase que en una de nuestras grandes poblaciones hai cuatro escuelas, una escuela unida a la Iglesia, una escuela unida a los Independientes, una escuela bapbista i otra wesleiana; ¿qué estímulo pecuniario u honorario segun nuestro proyecto se dará a la escuela ligada con la iglesia, i se ha negado a cualquiera de las otras tres?

Es verdad, lo reconozco, que en los distritos rurales demasiado pobres para sostener mas de una escuela, la comunidad relijiosa a que la mayoría pertenece, tendrá la ventaja sobre todas las otras comunidades. Pero no por nuestra culpa. Si somos lo mas imparciales, que es posible serlo, Uds. seguramente que no nos pueden pedir mas. Si hubiera una parroquia que contuviese 100 partidarios de la Iglesia i 100 disidentes, si en esa parroquia solo hubiera una escuela ligada con la Iglesia, si los disidentes fuesen allí demasiado pobres para sostener otra escuela, sin duda que la escuela ligada con la Iglesia tendrá en esa parroquia todo lo que damos; i los disidentes no tendrán nada. Pero obsérvese que no hai ninguna parcialidad para la Iglesia, como Iglesia, en este arreglo. Los partidarios de la Iglesia reciben el dinero público, no porque son partidarios de la Iglesia, sino porque son la mayoría. Los disidentes no tendrán nada, no porque son disidentes, sino porque son una pequeña minoría. Hai distritos donde el caso será inverso, don-

de habrá escuela de disidentes, i no habrá escuela de la Iglesia. En esos casos tendrán los disidentes todo lo que damos i los partidarios de la Iglesia no tendrán nada.

Pero, señor, no debo decir que los partidarios de la Iglesia no tendrán nada en un sistema que da una buena educacion a los disidentes, o que los disidentes no sacarán nada de un sistema que da una buena educacion a los partidarios de la Iglesia. No somos, lo espero, ni tan partidarios, ni tan enemigos de la iglesia, como para que lleguemos a olvidar que somos ingleses i cristianos. Todos nosotros, anglicanos, prebiterianos, independientes babtistas, i metodistas, tenemos interes en que la gran masa del pueblo sea arrebatada a la ignorancia i a la barbarie. Me he referido ántes a los tumultos populares encabezados por lord Gordon. Esos tumultos principiaron, es verdad, entre los católicos romanos: pero mucho ántes de que esos tumultos fueran desechos no habia en Lóndres un solo protestante respetable que no temiera por su casa, por su cuerpo, por su vida, por la vida de aquellos que le eran mas caros. El Honorable Miembro por Finsbury dice que pretendemos hacer que la jente pague una educacion de que no deriva ningun beneficio. Niego que en todo el país haya un solo hombre honrado i laborioso que no saque mas beneficio de vivir entre vecinos laboriosos i honrados que entre vecinos revolucionarios i vagabundos. Esta cuestion nos concierne a todos, tanto como la defensa de nuestras costas. Supóngase que yo dijera «¿Por qué me obligan Uds. a pagar impuesto para fortificar a Portsmouth? Si el pueblo de Portsmouth cree que no puede estar seguro sin bastiones i rebeines, que el pueblo de Portsmouth pague ingenieros i albañiles. ¿Por qué voi yo a costear trabajos de que no derivo ninguna ventaja?» Uds. me contestarian, i con la mayor justicia: que no hai en toda la isla ningun hombre que no derive ventajas de estas obras, viva o no dentro de ellas. I, como todo hombre en cualquier parte de la isla que viva, está obligado a contribuir al sosten de los arsenales necesarios para la seguridad comun, así tambien todo hombre, sea cual fuere la secta a que pertenezca, está obligado a contribuir para el sosten de las escuelas de que depende, no ménos que de nuestros arsenales, la seguridad comun.

Llego ahora a las últimas palabras del contraproyecto. El Honorable Miembro por Finsbury teme que imponiendo la educacion obligatoria hagamos un avance sobre los derechos civiles de los súbditos de S. M. ¿Pero como los derechos civiles de un hombre

pueden ser perjudicados, enseñándole a leer i escribir, a multiplicar i a dividir, o aun porque adquiere algun conocimiento de historia i jeografía? Una sola cosa hai clara, i es que los individuos sumidos en la ignorancia en que nos asegura la *Union de las Congregaciones*, está sumido un gran número de nuestros compatriotas, puede ser libre solo en el nombre. Es difícilmente necesario que nombremos un comité para averiguar si la instruccion es un aliado o un enemigo de la libertad. Es, debo decirlo, un amigo miope del pueblo el que aspira a concederle franquicias que lo hagan omnipotente, i sin embargo, le niega la instruccion sin la cual su poder tiene que ser una maldicion para ellos mismos i para el Estado.

Esta, señor, es mi defensa. Del clamor de nuestros acusadores apelo con confianza al país a que debemos dar en breve una estrecha cuenta de nuestra administracion. Apelo con mas confianza todavía a las jeneraciones futuras, que, cuando gocen de todas las bendiciones de un sistema de instruccion pública imparcial i eficaz, difícilmente podrán creer que los autores de ese sistema han tenido que luchar con una oposicion vehemente i obstinada, i todavía mas difícilmente podrán creer que esa oposicion era hecha en nombre de la libertad civil i relijiosa.

LORD MACAULAY.

VIAJE A CALIFORNIA.

RECUERDOS DE 1848, 1849, 1850.

II.

Nuestro comisionado de embarcacion, para la prosecucion de nuestro viaje a Sacramento adentro, habia ya terminado sus diligencias; pero no siempre en California, bastaron el esfuerzo individual i la voluntad, para llevar a cabo las empresas mejor meditadas: faltábanos el alma de la guerra: la plata. Nuestro haber disponible llegaba apénas a mil pesos; i como calculábamos que el viaje i sus mas inmediatas consecuencias, importarian otro tanto; nos echamos a pedir prestado. No con poco trabajo, arrancamos mil pesos a un judío, quien por hacernos bien i buena obra nos entregó, con la fianza de Sanchez, al interés del cinco por ciento mensual, esa indispensable cantidad.

Arreglado nuestro flete i pasaje; atracó la *Daice-may-nana* al costado del *Stahueli*, barca que nos llevó a California i que, hasta entónces, nos habia servido de casa. Era el *Daice*, una balandra de veinte toneladas; de construccion antidiluviana; de enfermizo i aguachento andar, i con aparejo en forma de varapalo, que parecia calculado para barrer con cuanto pudiera sobresalir sobre la borda; del propio modo que el rallador de los molineros, barre con cuanto trigo sobresale del bordo de la medida faneguera.

En este falucho de triste figura, despues de meter en su estrecha bodega, ya repleta, lo poco que pudimos, nos instalamos completando con nuestro personal, el número de veinte i nueve pasajeros, todos sentados sobre sacos, cajones, palas, fusiles, canastos con provisiones, i treinta mil envoltorios mas, que solo esperaban el menor balance, para irse al mar llevándose consigo de paso, cuanto tenian encima. Aquí debe serme permitido volver a copiar algunas pájinas de mi viaje; por tener la virtud de haber sido escritas sobre el mismo campo de batalla.

Constaba el personal de nuestra edicion social, no sé si corregida, pero si considerablemente aumentada; de un Ramirez i Rosales, marino retirado de la armada chilena; de un Hurtado, jóven estimable santiaguense; de un Clakston, gringo achilenado del comercio de Valparaiso; de un Cassalli, antiguo consueta del teatro municipal en tiempo de la Pantanelli; de tres Solares i Rosales; de un Perez medio hermano de los anteriores, i de tres peones inquilinos de la hacienda de las Tablas.

Ninguno de los viajeros podia dar un paso sin pisar sobre el vecino; ni tampoco recostarse, sin encontrar espaldas o rodillas por almohada. Ibamos, pues, en situacion de envidiar hasta la suerte de las mismas sardinas; que si bien es cierto que van estrechamente encajonadas, tambien lo es, que van por lo ménos acostadas.

Mandaba nuestro navío el memorable capitán Robinson, yanke ceceoso, chico de cuerpo, vejete atrabiliario i borracho consuetudinario ademas. Le acompañaban en calidad de marineros, un gringo escoces con su nariz de tomate remaduro, i dos yankes que, a falta de plata, para costear su pasaje, acababan de sentar plaza de marinos.

Describir las fachas de bandidos de los otros compañeros de viaje, seria lo mismo que principiar con ánimo de no acabar. Todos de aspecto repugnante, i todos diferentes unos de otros; solo se asemejaban en los indispensables arreos de aquella época: enormes botas granaderas con sus competentes clavos; puñales en la cintura; i rifles i pistolas, que aun abordo no dejaban un solo instante de manosear.

A las cuatro de la tarde del día seis de marzo de 1849, diciendo adios a la *Stahueli*, que tanta hospitalidad nos habia dispensado, comenzamos la árdua tarea de desembarazarnos de entre los desiertos buques que nos rodeaban, cuyo número pasaria entónces

de ciento. Por mal de nuestros pecados metimos a bordo una damajuana con aguardiente, i un canasto con botellas de vino; lo cual visto por el apreciable tocayo del antiguo schilerick de Juan Fernandez, exclamó, con sentimiento nuestro, que tan delicados objetos, solo debian navegar bajo su inmediata custodia; i sin mas esperar, cargó con ellos. A poco andar, el viento flojo i la corriente en contra, favoreciendo los ocultos proyectos del guardador de botellas, dieron con la embarcacion i con todos nosotros en un banco de fango i arena, del cual no nos pudimos desprender en toda la noche, a pesar del oficioso socorro que nos prestó un bote de una embarcacion rusa, que se mantenía al ancla en el álveo del canal de la vaciante. Allí fué el oír las maldiciones i los reniegos de los unos; los lamentos i los malhayas de los otros! En balde se echaron algunos al agua, para empujar el lanchon; en vano se pidió socorro a otros buques; ni ellos nos hicieron caso, ni nosotros pudimos hacer mas que quedarnos. Pero como la noche entrase a gran prisa, i el frio, la llovizna i la incomodidad en que estábamos, debían dar al traste con los expedicionarios; si por acaso se le ocurría al salvajon del capitan, ya beodo, proseguir a oscuras con las aguas de la creciente; titubeábamos si debíamos o no bajar a tierra para recabar del armador, que sujetase, con una órden, a la *Daice-may-nana* hasta el dia siguiente; cuando atracó a nuestro costado un botecito chato, con cinco pasajeros mas que el buen capitan Robinson tenia vistos para embarcar a hurto de su patron!

Asustados con esta invasion que iba a estrecharnos mas de lo que estábamos, salió una comision en el bote ruso, para denunciar a Branam lo que ocurría. Era este caballero un poderoso comerciante, jefe o director de la sucursal de la secta Mormónica en California, i dueño, ademas, de la famosa embarcacion en que íbamos enfardelados. Dormía a la sazón: le recordamos, i logramos con no poco trabajo, nos diese en una tirita de papel, la órden que necesitábamos. Vueltos a bordo se armó la de San Quintin; porque habiendo Robinson arrojado sin leer, el papelucho de Branam, le gritó nuestro compañero Clakston que se guardase de proseguir ántes del alba; porque eso sería contravenir a las órdenes de su patron! En mala hora se acudió a semejante sustantivo. La voz de Patron fué como el estruendo de una camareta prendida en el barril donde estaba sentado Robinson. ¡Qué es eso de Patron! exclamó éste, arrojando la mas espantosa de las maldiciones. Yo no

tengo patron; ni aquí hai patrones; i si hubiese de seguirse mi dictámen, a ninguno debería ahorcarse, por pícaro, primero que a ese bribon de Branam! Por fortuna este arranque de vital brutalidad, agotó sus fuerzas porque dando de barriga sobre unos fardos, no pudo levantarse hasta el dia siguiente.

¡Qué noche aquella! Todos la pasaron borracho, a espensas de nuestras botellas i de nuestra damajuana; i nosotros sobre las armas, para evitar desmanes, pues dos veces estuvo a punto de ensangrentarse nuestro mal i húmedo alojamiento.

Vino por fin el dia: con la fresca volvieron en sí nuestros conductores, i como no soplabla la menor brisa ni llevábamos tampoco un solo remo, fué preciso ir, a medida que nos arrastraba la corriente a estrellarnos sobre los buques que nos rodeaban, evitando encontrones, a fuerza de brazos hasta que a eso de las ocho de la mañana, la mano de Dios i la corriente nos pusieron en franquía.

Júzguese cual pueda ser la resistencia de estos hombres de fierro, para beber, pues habiendo encontrado el gringo nariz de tomate, una botella de quimagogo, que iba por acaso entre las otras de nuestro pobre vino; creyéndola de puro oporto, se la bebió entera, i hasta ahora no comprendo el por qué no reventó.

El viaje ha durado siete dias con sus mortales noches; sin que nos haya sido dado ponernos en pié en todo él; porque las jarcias de las velas latinas, aun así sentados, como estábamos nos barrian la cara, en cada una de las doscientas mil viradas que el viento i la marea nos obligaban a hacer. En aquella incomodísima postura, envueltos en nuestros ponchos i frazadas, que amanecían destilando humedad, a causa de los grandes rocíos nocturnos; defendiéndonos de las plagas de ponzoñosos i tenaces zancudos, que espesan el aire, desde prima noche, en aquellos lugares pantanosos; todavía nos sobraba voluntad para departir sobre el hermoso panorama que se desarrollaba a nuestra vista, a medida que recorriamos la poética bahía, i las preciosas estrechuras que encaminan a la desembocadura de los rios que desaguan en ella. Diré mas, en aquella lancha de Caron, ni escaseaban las risas ni las burlas que nos hacíamos, al contemplar nuestras recíprocas i doloridas cataduras. Dispuestos a sufrirlo todo con estoica enerjía; lo único que nos hacia dar al demonio, era el descomedido pisoteo de los yankes, quienes con sus botas con clavos, no respetaban, en las maniobras, ni las espaldas ni las narices de nadie. Al pobre Cassalli le plantó

uno su pataza en la cara, i al reniego amenazador de éste, se contentó el yankee con dirigirle un sonoro all right! pasando de largo como si tal cosa hubiese acontecido.

Al fin llegamos a Sutters Ville, donde nos despedimos de nuestros simpáticos compañeros de viaje; en la *Daice-may-nana*, de terrible recuerdo; i de ese atroz dios Baco que, con el nombre de capitán Robinson, iba tambien a explorar *Placeres*!

Nuestro viaje, a no haber sido tan brutalmente incómodo, no hubiera carecido de encantos.

Atraviesa el viajero la hermosa bahía, creyéndola formada de un solo cuerpo, hasta la estrechura de los Dos Hermanos; formada por dos islotes mui parecidos que llevan el mismo nombre. Cualquiera creyera que aquel estrecho es ya boca de rio; i por esto causa admiracion, dejados atras los peñones, encontrarse navegando en otra bahía, al parecer sin salida tambien, i que lleva el nombre de San Pablo. El aspecto de este nuevo seno, no es otro que el de un gran lagunon rodeado de cerros i de feraces campos, cubiertos de bosques i de ganados. Pueden en sus aguas navegar buques del mayor calado, i encontrar en todas partes caletas i fondeaderos.

El efecto de las mareas alcanza todavía mas adentro. Largas franjas de espuma puerca i turbulenta, se ven periódicamente alineadas, subir o bajar en las bahias, formando borbotones i remolinos que llegan a convertirse en vorájjines peligrosas para las embarcaciones menores, en el último canal que termina en la Puerta del oro, sobre las aguas del Pacífico. El retiro periódico de las aguas, en los senos o bahías que están mas al interior, hace necesaria la presencia de prácticos idóneos que conozcan la profundidad de los álveos; los bajos fondos, i la naturaleza de los bancos, que ellos dejan descubiertos, sin que, por esto, sea peligrosa la navegacion.

Navégase en la bahía de San Pablo mui cerca de tierra, i en aguas tranquilas; descubriendo, a cada paso, puertas, caletas i multitud de buques i de embarcaciones menores cargadas de pasajeros i de bastimentos; sin que ningun novel viajero sospeche, en ella, la menor salida; hasta que llegando a su confin septentrional, ve abrirse ante sus ojos, el precioso canal de Benicia, que comunica la bahía de San Pablo con la de Saísum. En el centro del costado norte de esta imponente garganta profunda i correntosa que tiene como una legua de largo, se están echando los prime-

ros cimientos de una ciudad, que lleva el nombre de Benicia; para honrar el de la esposa del acreditado jeneral californes Vallejo. El aspecto del puerto i el de los contornos del presunto pueblo, no es por cierto halagador. Sus terrenos apénas se elevan sobre la superficie de las altas mareas; la alta vejetacion escasea i los endiablados zancados ejércen en aquella rejion, el mas sangriento de todos los poderes. Estaba allí al ancla un buque de guerra; i en tierra firme se alzaba un palo de bandera en cuyo alrededor parecia agitarse i moverse mucha jente.

En aquel lugar inhospitalario por su naturaleza; pero necesario por su situacion apropiadísima para arsenales marítimos, comienzan a alzarse las paredes de una iglesia; de dos escuelas; de un gran café posada; de un teatro i de una casa de amonedacion.

El yanke entiende por excelencia el arte de colonizar i de erijir poblaciones. Nunca comienza por programas, ni por pomposos ofrecimientos que pocas o ningunas veces se cumplen: comienza por abrir caminos; por franquear el acceso al lugar que desea poblar; por hacer en él trabajos, cuyo costo i magnificencia, dan al inmigrante positivas garantías de estabilidad; i solo exige por pago de los primeros sitios i terrenos que regala, la obligacion de edificar o trabajar en ellos. Antes de ayer, ajentes de Benicia domiciliados en Sacramento, me ofrecieron sitios regalados en Benicia, si yo colocaba mis hermosas tiendas de campaña en ellos; mas como no hemos venido a California a poblar, sino a recojer oro, hemos contestado con sonrisa: a otro perro con ese hueso.

Pasado el canal de Benicia, que mas parece rio que canal, se entra en otra gran laguna navegable llamada Suisun. Las tierras que rodean este seno son tan bajas, que le hacen aparecer mayor de lo que en realidad es; aunque se alce hacia el alto cerro del Diablo, cuya vista acompaña por muchas horas al viajero. La bahia de Suisun está llena de bancos, que entorpecen en sumo grado la navegacion; cuando no se tiene un conocimiento perfecto de los canales principales; sin embargo, la cruzan ahora buques de mucho calado; i esto i seguro de que, con el tiempo no contarán los capitanes como gracia el no haber tenido que esperar, encallados en el fango, la vuelta de la marea para proseguir el viaje. A medida que uno avanza hacia el interior, se multiplican tanto los bancos, los islotes i los pajonales; que solo se sale de ellos, cuando se llega al laberinto de canales que constituyen la imponente confluencia del San Joaquin con el Sacramento. Aunque desde Benicia ya

pueden beberse a falta de otras, aquellas aguas; llegado a la confluencia de estos rios, puede decirse que *son potables*.

Es preciso ser buen práctico para no errar el canal, que entre este laberinto de brazos mas o ménos profundos, conduce al Sacramento; pero el jénio práctico de los yankes, hará pronto escusada la necesidad de esa clase de ociosos, pues vemos que ya comienza a señalar el derrotero, la presencia de otro pueblo naciente erijido allí con el nombre de Moctezuma. En la parte sur del laberinto se abre paso otro canal que al traves de las aguas del San Joaquin, conduce a la nueva ciudad de Stackton; i en su entrada se proyecta fundar otra ciudad, con el nombre de New-Yorck. Nosotros proseguimos por la via de Moctezuma. Dejamos atras el laberinto de la confluencia, i pronto nos encontramos navegando en uno de los mas hermosos rios de la costa occidental del Continente Americano. Es tranquila i lenta su corriente; como espejo su superficie; i sus claras aguas trasparentan los bajos fondos. Se alza en las vegas i ribazos de sus márgenes, la mas lujosa vejetacion; i a medida que uno avanza por medio de sus majestuosas curvas, suelen los árboles dar sombra a las embarcaciones i aun enredar con sus largos brazos estendidos en alto sobre el rio, las jarcias de las balandras que mas se aproximan a las orillas. Esta preciosa via fluvial, cuya hondura franquea fácil paso a los mayores buques mercantes i que no tiene en toda su estension, hasta el mismo Sacramento, arriba de dos cuadras de anchura, no es el cuerpo principal del rio de este nombre, sino uno de los brazos que mas directamente conducen al pueblo, donde al cabo de seis horas, atracamos el infernal falucho que fué nuestro purgatorio durante siete mortales dias.

El lugar destinado para el pueblo de Sacramento, es el hermoso valle cubierto de encinas i de cipreces que yace al sur oeste de la confluencia del rio Americano con el Sacramento. Al designarle como asiento de poblacion, mas parece que se ha tenido en mira la necesidad, que la salubridad; porque, a juzgar por los muchos bajos, pantanos i totorales que median entre las juntas de los dos rios i el pueblo, no es posible que las tercianas i las fiebres pútridas, dejen de hacer estragos con el tiempo en él.

Constituyen ahora la base de la poblacion, cuatro casas de tablas en bruto, con sus correspondientes techos de lona; algunas tiendas, muchos toldos de distintas formas i dimensiones, colocados sin orden ni concierto i muchísimas enramadas.

Al lado de este campamento tendimos nuestras tiendas i sin mas esperar, armados de nuestros trajes de guerra, como si estuviésemos mui descansados, dimos principio al desembarco i acarreo de nuestros efectos. Cuantos nos veian nos echaban miradas de envidia, al contemplarnos provistos de cuanto pudiera apetecerse en un lugar donde todo faltaba o costaba muchísimo dinero.

Como todos los habitantes de este aduar marchaban para las minas i ninguno de ellos habia estado ántes en ellas; tan a oscuras nos encontrábamos en él, como en San Francisco, respecto a noticias. Apénas instalados fuimos favorecidos por la singular visita de un agente o corredor de ciudades, quien provisto del plano de la futura ciudad de Sacramento-City, nos ofreció sitios regalados, con tal que en ellos, colocásemos desde luego nuestro campamento; mas el precio era mui subido, para empeñar de nuevo, por simples sitios nuestras fuerzas agotadas. Dijimos con entereza, nó; i estendidas nuestras frazadas en suelo plano, estendimos sobre ellas nuestras, por tantos días, encojidas humanidades; i dormimos de un solo sueño hasta el dia siguiente.

Llegada el alba, nos pareció que nos encontrábamos en el centro de un campamento que tocaba en todas partes a rebato. Nadie podia decirse que andaba; todos parecian volar, i entre las voces: Animo!... Adelante! No hai que aflojar! se oia repiqueteo de maldiciones mezcladas con el alegre i favorito canto de la Susanita, tonadilla hecha espresamente para los buscadores de oro, cuyo estribillo era: Susana Susana no llores por mí, pues me voi a California a traerte costales de oro!

En esta poblacion notamos harta mas movilidad que en el mismo San Francisco, i no es de estrañarlo; porque los campamentos dia a dia nacia i desaparecian con la misma rapidez que se formaban. Si la llegada de veinte o treinta embarcaciones, inundaba hoi la poblacion de jentes i de toldos; la alegre vuelta del siguiente dia, barria con cuanto habia en ella hácia los minerales; dejando para alojamiento de los viajeros que marchaban escalonados tras de ellos, un campo de batalla sembrado de ropas, de monturas, de sacos rotos, muchos con huesillos; de botellas desocupadas i de cuantas sarandajas podian estorbar o encarecer la marcha del minero, hasta llegar a los afluentes auríferos del rio Americano.

Todos marchaban a pié; todos parecian mulas de carga, o arse-

nales ambulantes i en todos brillaba la nacionalidad, en la naturaleza misma de la carga que llevaban a cuestras.

Harina tostada, alforjas, palas i barretas, batea de lavar oro, puñal verduque i poruña, descubrian a la legua al buen chileno. Rifle, pistolas de seis tiros, navaja, polvorines i carmañolas; botas granaderas i un cargamento de botellas de brandi; al aspero i pendeciero Oregones. Un sombrero parasol de papel barnizado, un guarda zancudos arrollado en el pescuezo, un yatagan árabe en la cintura, zapatos de diez suelas de carton, dos sacos de arroz suspendido en los extremos de un palo puesto al hombro, al hijo del celeste imperio. Solo el ajuar del yanke i el de los demas paises europeos, barajados hasta no poder mas entre sí, no revelaban nacionalidad.

Aquí no se oyen mas que disparos de pistolas o de rifles por todas partes: todos tiran con frecuencia al blanco i ninguno se cuida de averiguar adonde puede rematar la bala. Al anochecer es cuando mas denotaciones inesperadas se sienten; ya sea para dar a entender que hai armas de fuego; ya para limpiarlas i cargarlas de nuevo. Ningun yanke se acuesta sin llenar ántes este indispensable deber de precaucion

Tan contajioso movimiento no tardó en apoderarse de nuestras ya repuestas fuerzas; pero como el peso de nuestro bagaje, solo nos permitió llevar el compas en este concierto i no cantar en él hemos resuelto alijerarle. Dijonos un yanke que él nos fletaria una carreta que debia llegar en dos dias mas: que la carreta cargaba veinte quintales i que solo nos llevaria a razon de 35 \$ quintal desde el Sacramento hasta los placeres del rio Americano, cuya distancia se calculaba en 55 millas. Aceptada la proposicion, nombramos una comision para descartar del todo, los 20 quintales mas indispensables i para vender el resto: otra para marchar a un *rancha*, nombre que dan los californes a lo que en Chile llamamos hacienda, a comprar dos caballos; i otra para armar un carretón con unas ruedas que hemos traído por acaso de San Francisco; con el propósito de acomodar en él las tiendas i los útiles de nuestro mas inmediato uso.

Hasta aquí el gobierno de la colonia habia sido multicéfalo i como era indispensable dar al todo, un centro de accion, le convertimos en unitario; nombrando desde luego un monarca con el nombre de Decano. Esto dispuesto, cada comision puso en obra su cometido.

Vendimos ropas i herramientas a precios nunca vistos: la harina tostada a 40 centavos libra, el poco vino de Penco que escapó en el fondo de la bodega del inolvidable Daice—may—nana, a 16 pesos galon: i el chibato de Tiltil a 18. La carretilla suplementaria, que debia ser de caballos i de brazos humanos al mismo tiempo, quedó en la noche lista, i solo nos inquietaba la demora de los compradores de caballos; cuando a deshoras llegaron estos al cuartel jeneral, pero con las manos vacias, aunque repletos de hambre i de cansancio. Averiguado el inesperado mal éxito de nuestros valientes camisionados; resultó que Hurtado i Clackton habian sido encantados en el viaje por una Sirena; i que los matadores ojos de ésta, les habia hecho olvidar hasta el objeto de su mision. Desde la separacion de nuestra Rosarito Améstica, ni ellos ni nosotros, ni nadie, habian vuelto a ver faldas; i como por desgracia el *ranchero* tuviese a su lado una muchacha, perdió la comision el equilibrio, i con él, la ocacion de impedir que otros mas diestros maromeros les llevasen los mejores caballos; dejando solo en el corral, el mas ruin de todos los rocinantes valorizado sin embargo, en 250 pesos. Hubiéranle comprado por 150 \$ segun espuso Clackton; pero la presencia de la niña, puso coto a tan baja propuesta; así es que refunfunando entre dientes, que mas hubieran dado los 250 por ella que por él, se volvieron sin nada. A la voz de muchacha tomó la palabra el Decano, i despues de un cesudo i reposado discurso, en el cual hizo patente a los oyentes, los males que podia acarrear a la colonia andante, la adquisicion de otra clase de articulos, que aquellos que se habian ido a buscar; concluyó su patética oracion invistiéndose él mismo, del cargo de ir a torear a la Sirena i de obligar al carero guardador del *mandundo*, a darle por menosprecio. Púsose, pues, en campaña al venir el dia; pero no solo, pues le acompañaron todo el estado mayor i aun el menor, temerosos de que fuese a suceder alguna desgracia al pudibundo jefe, en tan arriesgada aventura.

Hora i media caminamos, con direccion al occidente, por el fresco i ameno valle del Sacramento, mas inmediato a las correntosas aunque profundas aguas del rio Americano. Altos pinos, robustas encinas, ya formando grupos, ya diseminadas sobre un piso verde i cubierto de flores tempraneras, daban a aquellos lugares, el aspecto de un interminable parque ingles. Solo nos hacian conocer que estábamos mui distantes de la pérfida Albion, la soledad; la grata temperatura; la algazara de las bandadas de pavos

silvestres, que a cada rato pasaban, como nuestros loros, por las alturas; el canto, la figura i coloridos de aves, que nos eran del todo desconocidas, i el susto que nos daban las culebras, mas o ménos entumecidas, que tendidas de atraveso en los caminos, esperaban para moverse que calentase mas el sol.

Como a las 25 cuadras de nuestro campamento encontramos el lugarejo que llaman el Fuerte, antigua i memorable morada del intrépido hijo de Helvecia, cuyos descubrimientos comenzaban a inundar esos lugares de jentes descaminadas. Reduciase la tal fortaleza a un enorme cason, con gruesos i hendidos paredones, apoyados en un foso medio colmado con escombros i malezas; i a unas cuantas piezas de artilleria que descansaban mohosas i cubiertas de pasto sobre el suelo. Vimos allí un casucho de tablas a la rústica; algunas enramadas, i a poca distancia, un gran almacen con una enorme enseña que decia: Branam i C.^ª. Era el jefe de este establecimiento comercial, aquel ex-mormon Branam dueño del funesto *Daice-may-nana*, como ya he dicho, i señor de una de las mas saneadas fortunas californicas de aquella época. Jefe o cura párroco de su secta, de este lado de la Sierra Nevada, supo tambien aprovechar del trabajo de sus numerosos feligreses, que habiendo logrado monopolizar una rica estencion de orillas del rio Americano, se llenó en poco tiempo de riquezas. Parece que en cuanto no mas se vió con ellos, habia dado de mano a esa relijion i quedádose sin ninguna; bien que las malas lenguas aseguraban, que para tranquilizar su conciencia, rezaba con frecuencia oraciones en honor a la Poligamia.

El almacen colocado precisamente en el mismo camino que conduce a los *placeres*, causaba admiracion, por el completo surtido de cuanto podia desearse para los menesteres del trabajo de las minas. De los precios nada digo, puesto que solo dejaban al vendedor la ruin utilidad de cincuenta, a ciento por uno!

Habíamos caminado ya como dos horas llevando a la izquierda el rio Americano a cuya márjen nos condujo la sed, cuando supimos por un sonoreño, que allí mismo podríamos encontrar oro; porque aunque solo a 17 leguas del punto en que nos encontrábamos, comenzaba este rio a recibir los tres torrentes auríferos conocidos con los nombres del Rio del Norte; Rio del Medio i Rio del Sur; era tal la fuerza de su corriente, que alcanzaba a arrastrar oro hasta su misma confluencia con el Sacramento. Deseosos de cerciorarnos de la verdad del comedido Sonoreño, ensayamos

con la inseparable poruña del minero chileno, aquellas misteriosas arenas; i llenos de contento por haber visto oro, aunque poco, nos dirijimos a las casas de la hacienda o *rancho* que ya comenzaba a verse a alguna distancia.

La tal casa parecia el comienzo de un desierto; ni una alma humana salió a recibirnos; ni siquiera un perro se dignó ladrarnos. Las puertas i las ventanas abiertas, de par en par, no tenían porque no estarlo; puesto que nada se divisaba que mereciese ser guardado. Ni una flor, ni un árbol, ni una ave! Quien hubiera recorrido las pampas argentinas, metido de un repente en un *rancho* californes, creeria sin duda que se encontraba mudando caballos en una de las postas de aquel desierto. Asomóse al cabo, por sobre las bardas de un silencioso corralon, una cara de Jestas, que despues de un sonoro ¿quien vive? se introdujo en él. A tiempo llegamos: el dueño de casa estaba a punto de cerrar trato de venta con un yanke por el malhadado rocin que habia dejado de comprarse el dia anterior; i como en California, el tiempo es oro, tuvimos, por la competencia, que largar 300 pesos por lo que en Chile solo se pudiera vender para aceite.

Hasta aquí nada de Sirena, ni ninguno de nosotros se atrevia a indagar del can-cervero, el paradero de semejante joya; pero como el acaso protege siempre los buenos deseos; debiendo pagar en oro en polvo, i no en plata, porque no habia; se nos condujo a un mezquino sucucho en donde, oh! cielos! nos esperaba, balanza en mano, la viva imájen de la diosa Astrea. Ella misma, único ser femenino admirable que se nos habia presentado desde que abandonamos las playas chilenas, pesó con sus pecadoras manos, parte de nuestro escuálido caudal. Sirviónos leche, objeto de lujo cuyo nombre ya habíamos olvidado; nos hizo caritas, i nosotros la hubiésemos hecho dueño de nuestros asendereados corazones, si la presencia de Fierabrás, no hubiera tenido a raya, nuestros naturales ímpetus, que no eran ni podian ser otros, que los de servirla. Separámonos con pena de aquella casa hospitalaria; i dándonos prisa para volver a reunirnos en nuestro campamento, llegamos a él entrada ya la noche.

Grande algazara formamos todos al rededor de nuestra desvenijada cabalgadura: luego la hicimos una *probada* con una rastra, i vimos que era buena. En seguida nos dimos a fabricar morrales con sacos vacíos, para llevar cada uno a cuesta, cuanto peso pudiera, a fin de aliviar al *mandundo*. Le acomodamos un cinchon i

un pretal de nueva invencion; cargamos la carreta fletada que ya nos esperaba; dispusimos la carga de la carretilla; i comiéndonos despues, una olla entera de porotos, nos tendimos en el suelo, donde dormimos esperando el alba, como si hubiésemos reposado sobre un mullido lecho de agradables plumas.

Al venir el dia, i en los momentos de salir, se unieron a la compañía, dos Garceses padre e hijo, i un Herrera, todos chilenos, listos tambien para marchar. Tomamos todos un *ulpo* caliente, i echándonos a la espalda cuanto podíamos cargar no teniendo mas que hacer en aquel lugar, dió el Decano la voz de arremetida.

El órden de nuestra marcha fué el siguiente: Cassalli i un Garces a vanguardia, al cuidado de lo que iba en la carreta: mis cuatro hermanos marchaban en seguida juntos con un peon, ayudando al caballo que tiraba la carretilla. Clackston, Hurtado, un peon de mano i el Decano, cerraban la retaguardia en calidad de cuerpo de reserva.

A poco andar cesó el reinado de la alegría, i principió el de los reniegos; tanto nos dió en que entender el maldito caballo que tiraba la carretilla. Parecia que no le agradaba el estrambote que, por mal de nuestros pecados, le habíamos colgado a la cincha; i poco faltó para que en un rato de mal humor, no diese con sus respingos, al traste con nuestro malhadado catafalco, descuajeringándolo por completo. Fué preciso ayudárle a marchar a fuerza de brazos; pero a las cinco leguas, el demonio del animal nos significó con mui espresivos ademanes de abierta rebelion, que de allí no lo moveríamos ni a palos. Tuvimos que alojar.

La relacion de nuestras aventuras en los cinco dias de presidarios condenados a trabajos forzosos, que duró nuestro viaje, hasta dar con nuestras maltratadas humanidades, en el asiento de minas del Molino, solo puede interesar, como recreo de vejez, a las mismas personas que figuraron como autores en semejante danza. Básteme decir para comprobar la enerjía moral que se habia apoderado de los mas tímidos corazones en aquella época, que no hubo un solo aventurero que no haya sabido, con la risa en los labios, compartir con el animal de carga el hambre, las miserias i los trabajos.

Hermosos son los planos salpicados de cipreses i de encinas que recorrimos con direccion al oriente, el primer dia de nuestra marcha. En ellos abundan pastos i buenas aguadas; mas desde allí pa-

ra adelante, el territorio a medida que va ascendiendo por entre los primeros ramales de la Sierra Nevada, que alcanzan hasta esta distancia, pierde su carácter de planicie. En varias partes se quiebra, dificultando la marcha de las carretas; i en otras exhibe médanos casi intransitables que, a cada rato, obligan al viajero a repechar lomas i cuestras por sobre los pedreros que arrojan rocas despedazadas sobre el camino. Pero nunca falta la alta vejetacion, ni en las numerosas mesetas o descansos de las cuestras, pastos abundantes i muchas de las vistosas flores que cultivamos con esmero en nuestros jardines.

Nuestros alojamientos se colocaban siempre al abrigo de alguna corpulenta encina, al rededor de cuyo tronco nos instalábamos como se colocan los rayos de una rueda de carreta al rededor de su maza: y como en California caen en aquella estacion rocios mui parecidos a aguaceros, nuestras camas, reducidas a su última espression de menoscabo, amanecian testualmente empapadas.

En nuestra marcha, dejamos sucesivamente al poniente la morada de la encantadora deidad cuyo recuerdo conservaba vivo en nuestra mente, el endemoniado rocinante, que tan poco nos servia: las ruinas de un costoso molino colocado en la primera violenta correntada que señala el término navegable del río Americano, pocas leguas ántes de lanzarse en el Sacramento: el pequeño aunque risueño valle sin nombre, forzoso alojamiento del cual parten dos caminos uno inclinado al oeste que conduce a los *Placeres secos* llamados *Dry-diggings* i otro al oriente, que conduce a los *húmedos* del molino, hasta que llegamos al primer riachuelo de oro a mano, descubierto por el aventurero Wewer, i que por esto se llama *Wewer-Crick*, riachuelo cuyas arenas examinadas con poruña, fueron calificadas de verdadera riqueza por uno de nuestros peones mineros. Antes de llegar a este lugar un accidente pudo habernos sido funesto. Hacia como seis horas que caminábamos con rumbo estraviado. Ni una alma se veia en lo que nosotros juzgábamos caminos, aunque por instantes se aumentaba la dificultad de transitar por él. Acostumbrado a cortar rastros en las Pampas Arjentinas, i no encontrando el de botellas rotas, que es el que deja siempre tras de sí el yanke, alarmado, mandó el Decano hacer alto. Comenzábase ya a apoderarse de nosotros la mas febril indecision, cuando atraído por la curiosidad de ver jentes en aquel lugar poco frecuentado por *blancos*; se nos apareció un campesino de raza mestiza, quien no solo nos dijo que llevábamos un camino

errado; sino que sin saberlo, habíamos cometido la imprudencia de penetrar en el territorio de un cacicato de indios malos, que aunque habian permanecido fieles al capitán Sutter hasta entónces ya iban volviendo, por las tropelias de los norte americanos, a sus antiguas mañas, de robar i de asesinar a cuantos blancos encontraban solos. Agregó que aunque a él no le habia sucedido desgracia ninguna con los indios hasta entónces, por ser de muchos conocido, habia echado fuera, sijilosamente, a su familia i que seguia para poblado, cuando tuvo el gusto de encontrarnos.

La noticia no fué, por cierto, mui satisfactoria; sin embargo, confiados en la superioridad de nuestras armas de fuego, contratamos de práctico a Santana, que así se llamaba el paisano, i dejándole, con el yanke carretero i otros dos compañeros, a cargo de disponer el alojamiento i los porotos, marchamos con nuestras poruñas i bateas a lavar arenas a la orilla del Crick; tan sueltos de cuerpo como si nada pudiera acontecernos. A los pocos pasos encontramos a nuestro sirviente Leiva, que acudia lleno de gusto a mostrarnos el resultado del lavado de una bateita de mano, en cuyo fondo se veia como un castellano de oro, sacado en un instante. A la voz de oro, quedó desierta la cocina; i cada cual, por el camino que le pareció mas corto, se lanzó a la orilla del rio. Sucedió que, una india, con un niño a cuestas, que por acaso pasaba el sol entre los matorrales inmediatos al rio, al verse rodeada por todas partes de caras blancas, creyéndonos yanques, echó como un gamo a correr; i que como nosotros, por aumentar su miedo, hicimos amago de perseguirla, dió un traspié i cayó dando alaridos. Los clamores de socorro! socorro! contestados a lo léjos, por otras voces que nos parecieron bramidos, no tardaron en atraer hácia nosotros un tropel de indios, que con gritos i ademanes amenazadores, desembarazando de los sacos de pieles de coyotes, que les servian de alzadas, sus flechas envenenadas parecian dispuestos a acometernos. Nuestra situacion perdió en el acto su comenzado encanto; i ya olvidábamos el oro por completo, para acudir a las armas, cuando las voces de Santana, conocidas por algunos de los indijenas, vinieron a evitar, que tanto ellos quanto nosotros tuviésemos que lamentar, ese dia, dolorosas desgracias.

Santana se fué a ellos; hízoles presente que no éramos yanques sino españoles amigos de Sutter; que éramos ademas jente buena i que solo pensábamos pasar una noche allí, i seguir sin hacerles

daño nuestra marcha hácia el molino. Acercáronse algunos con recelo; despues llegaron otros, i pronto nuestras demostraciones de cariño, reforzadas con regalos, de pañuelitos de algodón, de esos de a tres cuartillos, en cambio de ataditos de polvo de oro, de cuatro o cinco pesos cada uno, restablecieron entre los belijerantes la mas cordial i perfecta armonia.

Nos ofrecieron bellotas, único i favorito alimento de aquellos indios, i recibieron en cambio de ellas i de no poco oro, algunas escudillas de harina tostada.

Es el color de estos hombres un poco mas tostado que el del indio nuestro; nos parecieron de contextura mas débil i de cara acarnerada. Su vestido era una mescolanza indescriptible, entre bárbaro i europeo. Unos llevaban por todo traje un andrajoso i puereco leviton, colocado con valor a raiz de las carnes; otros una camiseta de punto de media, que apénas les alcanzaba al lugar donde colocaban ántes nuestros soldados la cartuchera; otros un simple taparabo. Ninguno ostentaba plumas, ni vestido esencialmente indijena. Las mujeres mas acomodadas llevaban la cintura envuelta en pañales de lana o de esparto, que les alcanzaban a la rodilla; otras un simple taparabo, pero ninguno cuidaba de encubrir aquellos suplementos que en rejiones ménos liberales i mas maliciosas, suele llevarse en estrechísima clausura. Atan los niños de pecho contra un aparato de mimbre que afirman a un árbol cuando trabajan i que llevan a la espalda cuando viajan, sujeto con una correa en la cabeza.

Luego los invitamos a que siguieran su interrumpido trabajo del lavado de tierras para poderlo presenciar, i dándonos ellos gusto con la mejor voluntad, nos llevaron al lugar del cual nuestra imprudencia los habia apartado.

El sistema que empleaban en el lavado de las tierras es el mismo que han usado de tiempo atras nuestros propios lavadores de oro; pero con mas método. Los hombres con palos endurecidos al fuego, o con tal cual gastada herramienta europea, cavaban hasta descubrir la *circa*, que es uno de los lechos mas cargados de arena i de cuerpos pesados que depositan los aluviones en los valles. Los niños cargaban esas arenas en canastos i las llevaban a orillas del rio, donde una fila de mujeres con bateas finísimas de esparto, las lavaban i a medida que iban liquidando el oro, le colocaban al tanteo en ataditos como de dos castellanos cada uno para facilitar el cambio.

Visitamos en la noche al jefe de la tribu, acompañado con quince *mocelones*, quienes festejados por nosotros, hicieron tambien lo posible por divertirnos. Jugaron un juego de envite que pudiéramos llamar *pares o nones*. Sentados formando un círculo entre dos grandes fogatas, puso el tallador en el suelo, cuatro palitos iguales como de una pulgada de largo cada uno; i al lado de ellos una pequeña porcion de pasto seco bien restregado entre las manos. Despues estos objetos que fueron bien examinados por los demas jugadores, los tomó i echando ambas manos a la espalda, para ocultar la maniobra, formó con los palitos i el pasto, dos pequeños envoltorios, de igual tamaño, que volvió a colocar en el suelo a la vista de todos. Los jugadores entónces dijeron, pares unos, i otros nones; i llamando a un niño para que deshiciese los envoltorios, dieron tres enormes berridos de contento los gananciosos i los otros bajaron en silencio la cabeza. Al cabo de un buen rato, en el cual muchos perdieron sus ataditos de oro en polvo, el jefe para despedirse, les propuso el juego de la Guerra. Alzados todos con el mayor contento, i animadas las fogatas, se retiraron a veinte pasos de ellas; colocados en fila uno tras de otro, con el jefe adelante; a una voz de éste, rompieron marcha con un tranco pesado hácia nosotros, acompañando cada paso con un sonido gutural: a otra voz del jefe, llegados a las fogatas, saltaron todos dando un alarido i le rodearon. El jefe entonces se puso a entonar una especie de lastimoso Yarabi, concluido el cual, dando todos a un tiempo una palmada i un grito, comenzaron una zambra de las mas violentas posturas de ataque i de defensa, baile que duró hasta que el jefe con otra voz de mando los llevó otra vez a la distancia de veinte pasos para comenzar de nuevo aquel simulacro de accion de guerra.

Al dia siguiente, sin esperar la vuelta de nuestros amables indios, emprendimos la tarea de recobrar el camino perdido; i al cabo de muchos repechos i de fatigas, tuvimos el gusto de divisar el mentado Molino, término primero de nuestro viaje i de nuestras aspiraciones en cuya risueña aldea entramos con la caída del sol.

En cuanto hicimos alto, comenzamos con gran prisa i algazara a instalar nuestro campamento, el cual allí, como en el Sacramento gozó los honores de la jeneral admiracion; pues ninguno podia conformarse con que hubiese hombres tan rematadamente tontos que fuesen capaces de alcanzar al Molino con tan completo ajuar.

Este lugarejo, que pronto se elevará segun parece, a la categoría de ciudad, está situado en un risueño vallecito enclaustrado por altos cerros cubiertos de pinales, a orillas del rio llamado del Sur, que es el primero de los tres caudalosos auríferos que desprendiéndose de las Sierras Nevadas, derraman sus arenas de oro en el lecho del gran brazo tributario del Sacramento conocido con el nombre de rio Americano. Allí fué donde se hizo el casual descubrimiento que a tantos, como a nosotros mismos debia tener andando al retortero. La abundancia i el tamaño de las pepas de oro que saltaban como por encanto, a impulso de los barretazos de los peones de Sutter, que trabajaban para el establecimiento del molino de aserrar tablas en la orilla sur de la barranca del torrente, fué tal, que llegó a hacer dudar a los mismos que miraban el tesoro, que fuese el rei de los metales aquel que sin saberlo pisoteaban. Sabido es que los trabajadores, ántes que la noticia del hallazgo, llegase a Sutter, se habian repartido, en tono de mofa, alguna parte de aquel precioso metal, sin creer ni aun en sueños que lo fuese; i que ni Sutter mismo pudo persuadirse a que las noticias del descubrimiento fuesen ciertas, hasta el grato momento en que uno de sus trabajadores, puso en sus manos, la primera muestra.

Sutter i cuantos le rodeaban, desvanecidos con lo que tenian a la vista, salieron a revienta cinchas para el mineral; i la fama de la riqueza en tanto bajando al rio, corrió con tanta rapidez abultándose cada vez mas hasta que llegó a conmover a Sonora, a San José, a San Francisco i a Monterey. Los tranquilos habitantes de estas pobres aldeas, atolondrados con lo que oian, corrieron desatinados, abandonando sus casas i sus familias, hácia aquel país de promision que a todos convidaba con tan fácil dicha; i en breve tiempo, comerciantes, abogados i boticarios, sacapotras, albañiles i lechuguinos, se tornaron como por encanto en mineros colados. Pronto comenzaron a verse en manos de rústicos gañanes, pepas de oro de monstruoso valor; i cuantos plebeyos descamizados tuvieron la dicha de llegar primero al bellocino de oro, lograron la de tornar a sus hogares, llevando bajo un puerco i raído ceñidor, indisputables títulos de nobleza, de talento i de valia encerrados en robustas i envidiables culebras de oro en polvo.

Ya he dicho como cundió despues esta noticia por el mundo, hasta alcanzar a Chile.

Quando llegamos, la aldea Molino se reducía a un molino; un

almacen, dos casuchas de madera i a muchos toldos i enramadas colocadas en todas partes al acaso. Ya no se consideraba este lugar, sin embargo, como asiento principal de minas; lo bueno para el minero, era que no se habia explorado; así es que muchos apenas alojaban en él, i pasaban de largo para los torrentes del Medio i del Norte, de los cuales tantos prodijios se contaban. No faltaba oro, sin embargo en él, i si ya el Molino se miraba en ménos, era por que entónces nadie queria trabajar para buscarle sin caminar para encontrarle.

Instalados debidamente el dia anterior, salimos todos al siguiente, en alegre procesion llevando cada cual su batea, su poruña junto con palas i barretas; despues de orillar un poco el rio por entre los escombros de recientes laboreos, nos pusimos, como dicen, a *pirquinear* para adiestrarnos en el manejo de la batea. Duró dos horas aquel trabajo alternado de barreteo, de acarreo i de lavado: nos produjo onza i media de polvo; i juzgándonos ya suficientemente diestros, nos echamos, despues de comer nuestros apetitosos porotos, a elejir punto para establecer un trabajo definitivo.

Encontrámosle, en efecto, en una de las barrancas del rio, en un lecho de arena i ripio de gran corrida, cubierto con otro de tierra vegetal, que tendria poco mas de un pié de espesor. A poco raspar la barranca por el lado del rio, vimos con alegria que relumbraban en la parte raspada muchas chispas de oro; i al calcular, con la vista, la estension i el rumbo de aquel lecho aurífero, tomamos en el acto posesion de él, dejando a dos compañeros, en calidad de guardadores de aquel tesoro, para que durmiesen sobre él i sobre las armas.

Al dia siguiente se invistió al Decano del doble oficio de contador i de cocinero, i se dió con entusiasmo principio al trabajo del manto aurífero al que el buen Cassalli, dió el nombre de Manto de Justiniano, acordándose de las lantejuelas que adornaban el manto que vestia el Justiniano del teatro Municipal.

Un mes entero duró esta tarea sin que ninguno se enfermase, Solo se suspendia el trabajo en las horas de la comida o en las destinadas al sueño. Al venir la noche se recojia la colonia al desierto alojamiento; se pesaba el oro de la cosecha, se guardaba en una bolsa de chibato, que era nuestra caja de fierro i tras de algunas chanzas de alegre conversacion se tendian todos a dormir como lirones.

El oro que seguimos acopiando en el Molino estaba mui mezclado con arenas de piritas de fierro, i de vez en cuando sacabamos de la cuna lindos trozos de cuarzo de un 25 hasta un 70 por ciento de riqueza.

Pronto organizamos escursiones lejanas, i tanto estas, cuanto las minas propias, unidas a las relaciones de los muchos aventureros con quienes trabé amistad en mis correrias, me persuadieron que el oro suelto, con ser tanto, no es la única riqueza que ha dispensado a esta rejion la mano jenerosa de la naturaleza. He encontrado ademas riquisimas minas de plata, de cinabrio de fierro i de carbon de piedra, i en Grass Walley una rejion que parece sin término, llena de poderosas vetas de cuarzo aurífero con piritas de fierro. En jeneral esta última clase de minas, que no hai para que trabajarlas en el dia, se encuentran disminuidas en tanta abundancia, en todos los arranques o contrafuertes occidentales de la Sierra Nevada que ellas solas esplican el orjén i las existencia de los grandes depósitos de oro sedimentario, acumulados en su base, o esparcidos a lo léjos por las corrientes.

Dice mi diario:

La rejion aurifera de la Alta California que llama la atencion de los trabajadores en el dia, yace entre la cadena de cordilleras llamada Sierra Nevada al oriente i los rios Sacramento i San Joaquin que desprendiéndose de ella, confluyen en los ciénagos de Suisun. Este triángulo de terrenos minerales, cuyas dimensiones no se han calculado aun con exactitud, mide sobre poco mas o ménos 135 millas jeográficas, desde el rio Yuba al Norte hasta el Mercedes en el Sur; i como 60 millas, término medio, en su anchura de Oriente a Poniente: lo que da una superficie aproximativa de 8100, millas cuadradas mas o ménos abundantes en arenas de oro. Desde los rios que le sirven de límites al Poniente, el terreno se eleva gradualmente hácia las cordilleras, en cuyas cercanias, se encuentran los lechos auríferos mas ricos; sin que este requisito i el encontrarse en él multitud de vetas i de derrumbes metálicos, lo desnude de su frondosa vejetacion. En los arroyos i rios secundarios que se desprenden de la sierra en toda la estension de 135 millas, i que cortan el terreno en zonas paralelas hasta sus confluencias con el Sacramento i el San Joaquin, es donde tienen su asiento las rancherías improvisadas de los mineros: i a pesar de que todos los dias llegan i corren noticias de nuevos descubrimientos; hasta ahora los principales i mas productivos de

la rejion aurífera son al norte: Yuba, Bear, North, Sam, Midle Yorks, Mormon, Molino i Dry Diggins; i al sur, Cosumanes; Dry Creek; Mokelomies; Calaveras; Stanislaus; Tonalomie; campo de Sonoia; Mercedes i otras de menor importancia.

Las arenas aluviales de una a seis pulgadas de espesor que constituyen los lavaderos del norte; descansan sobre lechos de pizarras con hojas casi verticales al horizonte; i la hondura en que se encuentra este casco sólido respecto a la superficie del terreno que lo cubre varía entre uno i ocho piés.

Los minerales o *placeres* del sur no se encuentran colocados con tanta seguridad. Trozos de metales de estraordinarias dimensiones, con oro a la vista, se han encontrado en varias quebradas de los cerros de Stanislaus. *Colpas* mas o menos ricas se exhiben a cada rato en esos contornos, i se arrojan despues como objetos inútiles o de mera curiosidad. La última que ví i que fué llevada a San Francisco para adornar una de las mesas de un hotel, contenia sobre 95 libras de peso en bruto, 20 de oro puro.

Cruzada en todas direcciones, la parte occidental de la Sierra Nevada de veneros de oro, en ellos encontrará la industria futura una fuente mayor i mas contante de riquezas, que la que ahora encuentra diseminadas en los terrenos de los valles de su base; porque el oro suelto que se encuentra en esta rejion privilegiada no es tanto ni tampoco como lo daban a entender las noticias contradictorias que nos llegaban a Chile; i si me resolví a aumentar el número de los chilenos que se dirijieron a este lugar, fué al pensar que el solo término-medio, bastaria para satisfacer los deseos del hombre mas exigente. No me he equivocado: el oro nativo ya sea en polvo o en pepitas acopiado con profusion en el fondo de las quebradas, en el lecho de los rios i bajo levisimas capas de tierra que cubren algunos llanos, acude a la mano del hombre con tan levisimo trabajo, que si esto hubiese de durar quedaria fuera de duda que andando el tiempo, el oro vendria a convertirse en el mas barato de todos los metales. Pero, por lo que llevo visto, hasta ahora, el oro vendrá a ser en California la menor de todas sus riquezas tanto por su temprano i natural agotamiento, cuanto por la preferencia que el industrioso yanke sabrá dar a los inagotables elementos de riqueza agrícola i fabril que, existiendo en este pais escepcional desde ántes de ser descubierto, los españoles ni siquiera sospecharon su existencia.

Es cierto que agotado o mui disminuido el oro a mano que se

entrega al simple lavado, queda aun el recurso del trabajo de minas aplicado a las vetas metalíferas; pero este será siempre lento i mucho ménos productivo si el acaso no viniere, como tantas veces, a ayudar los progresos de la ciencia; porque yo he observado aquí a mas del oro desnudo o nativo, piritas auríferas que apénas manifiestan oro sometidas a la simple amalgamacion; oro *gris* tirando a plomizo que es oro aliado con arsénico; oro *gris* amarillento que es el que está aliado con hierro, i que abunda mucho; oro amaratado que me ha hecho traer a la memoria las muestras de un oro de Hungría que dejé en Chile en mi coleccion de minerales, i que tienen por nombre *oro color de hojé*, muestras que si no fuese por el respeto que debo a la ciencia, talvez me atreveria a llamar oro mineralizado; i por último, una especie de piritita que existe tambien en Adelfors en Suecia i en Hungría i que es conocida en este último reino con el nombre de *Gelft*; piritita que no exhibe el oro i de la cual, sin embargo, estraia el sabio M. de Justi hasta dos onzas por quintal, a pesar de los esfuerzos que hacia el distinguido piritólogo Henckel para probar lo contrario.

Como solo escribo para Chile, al llegar a este punto, no puedo ménos de detenerme para llamar la atencion tanto de nuestros gobiernos cuanto de mis paisanos mineros, hácia la incuestionable necesidad de dar al estudio de la mineralojia aplicada a la práctica el importantísimo grado de perfeccion que alcanza en Europa. Allá se benefician con lucro metales que ni siquiera merecerian en Chile ese nombre por su baja lei. En Harz segun Brongniart, las piritas de Rammelsberg solo contienen una 29 millonésima parte de oro por quintal i así costean el trabajo.

El yanke por ahora no tiene tiempo de estraer piritas auríferas a fuerza de pica i pólvora de las entrañas de la tierra, ni mucho ménos de someterlas al laborioso i científico influjo de las tuestas i de las reiteradas fundiciones, que espulsando en forma de vapores o de escorias las sustancias que enmascaran el oro, si no le purifican, le concentran i le ponen en el caso de rendirse a la copela o al azogue: le basta agacharse i levantarle del suelo en estado negociable. Pero cuando llegue el tiempo de poderse dedicar a esto, talvez i sin talvez llamen su preferente atencion las únicas minas que jamas se han agotado: la agricultura i la industria.

Los minerales de oro mas productivos en el dia, son los de Siberia, en Rusia, no tanto, es cierto, por la riqueza del terreno aurífero, cuanto por su jigantesca estension; aunque se encuentra de

vez en cuando en él pepitas de sorprendentes dimensiones. Del mineral que yace al sur de Miask se han estraído pepas de oro macizo con peso de trece a veinte libras cada una i en 1843 se encontró una que aun se conserva en San Petersburgo, que no pesa ménos de setenta i ocho libras (*avoir du pois*). Tambien ántes se encontraban en el Perú pepas que llegaban a cuarenta i cinco i hasta sesenta i cuatro marcos de oro puro; al paso que hasta ahora no se ha encontrado en California pepa alguna que llegue al peso de veinte i cinco libras.

El oro de California en cuanto a lei, o fino, ocupa el sétimo lugar entre losoros conocidos. El siguiente cuadro manifiesta la lei del oro que corresponde a cada uno de los mas afamados districtos mineros que figuran en el comercio del mundo:

COMPOSICION DEL ORO NATIVO

Nombre de los lugares donde se encuentra.	Oro puro.	Plata.	Cobre.	Hierro.
Siberia Schabrosehka, segun Rose.....	98.76	0.16	0.3	0.5
Id. Boruschka, segun id.....	94.41	5.23	0.39	0.4
Brasil, segun Darcet.....	94.00	5.85	0.00	0.0
Siberia Beresovsk, segun Rose.....	93.78	5.94	0.08	0.0
Id. Arenas de Miask, segun id.....	92.47	7.27	0.06	0.8
Bogotá, segun Boussingault.....	92.00	8.00	0.00	0.0
California, segun Warwick.....	89.58	0.00	0.00	0.0
Siberia Lavaderos Miask, segun Rose.	89.35	10.65	0.00	0.0
Senegal, segun Darcet.....	86.97	10.53	0.00	0.0
Siberia Nijnij-Tagilek, segun Rose.....	83.85	16.15	0.00	0.0
Trinidad, segun Bonssingault.....	82.40	17.60	0.00	0.0
Transilvania, segun id.....	64.52	35.48	0.00	0.0
Altai Sinarowski, segun Rose.....	60.08	39.38	0.33	0.0

Volviendo a los afanes de nuestra sociedad minera, diré que la cosecha diaria fué mui mezquina en los tres primeros dias; porque solo los empleamos en el trabajo, la batea o fuente de mano; pero no tardamos en hacernos de la *cuna* californes, en la cual meciendo, con amor, al niño oro, le vimos crecer como un portento. Este ingenioso i sencillísimo aparato que reúne todas las ventajas de la *poruña* minera, en escala colosal, se reduce a una cuna ordinaria de vara i media de largo, sobre media de ancho, colocada de manera que la cabecera se encuentra una cuarta mas alta que el pié, que está siempre destapado. En la cabecera lleva un toscó harnero hecho de tablas agujereadas, i en el plan inclinado que forma el

piso de la cuna, algunos listoncitos de madera que colocados de atraveso en él, sujetan los cuerpos mas pesados que se escurren con los barro durante el trabajo, en el cual, el aparato no debe dejarse de mecer. El modo de usar este primitivo, ridiculo, pero mui útil maquinote, es el siguiente: uno ceba el harnero con tierras auríferas; otro echa sobre ellas baldes de agua; otro mece la cuna i el último extrae a mano, la piedra grande que no pasa por los agujeros del harnero; despues de examinada i de ver si contiene o no, alguna pepa grande. El agua desliza la tierra del harnero; la turbia cae i corre por el plan inclinado, i el oro i otros cuerpos ferrujinosos se alojan en los atajos de los atravesaos. De allí se recoje cada diez minutos este polvo cargado de partículas de oro, i se deposita en una batea para liquidarlo despues a mano cuando ha concluido el trabajo diario.

La cantidad de oro que recojimos al dia, variaba entre diez onzas i veinte i dos.

Mi hermano Federico desertó tres ocasiones del trabajo, para ir en busca, como él decia, de emociones. En las dos primeras deserciones trajo los bolsillos llenos de pedazos de cuarzo, cuajados de clavitos de oro; i en la tercera, se nos apareció con una pepa de oro macizo que pesó 17 onzas i cuarto encontrada entre las piedras del fondo de una quebrada.

En los primeros dias de abril estuvimos todos espuestos a ver arrasado el pueblo por un levantamiento jeneral de indíjenas. Querian despedir a los intrusos estranjeros, que no les dejaban en quietud en parte alguna; i se dieron tan sijilosa traza para conseguirlo, que a no haber sido vendidos, un dia ántes, por un traidor, no estaria yo ahora refiriendo este suceso.

Formóse un meeting en el acto, todos abandonaron sus tareas; i a las pocas horas, marchaba para los aduares, un cuerpo de 170 rifleros i diez i ocho hombres de caballeria. No habiendo yo asistido al meeting, cosa que estrañaron mucho en un francés, que por tal pasaba entónces; vino una comision a buscarme, i habiéndome encontrado, *como era natural*, mui enfermo, pero con muchos ánimos de acompañarles, se opusieron a semejante sacrificio, contentándose con que el esforzado compatriota de Lafayette los ayudase con plomo i con pólvora.

Dos dias despues, entró la espedicion, de vuelta al pueblo, con ciento catorce cautivos entre hombres, mujeres i niños; se les tuvo dos horas de planton a la orilla del torrente, miéntas que un

jurado improvisado, disponia de su suerte; luego el que hacia de jefe acompañado con algunos rifleros, dirijiéndose en español a esos infelices les dijo: Ya han visto ustedes, tales por cuales, lo que podemos i sabemos hacer. Si se portan en adelante bien, nada tienen que temer; mas si mal, les pasará lo que ahora mismo van a presenciar, ántes de volver libres con la noticia a sus toldos. I diciendo i haciendo, descargaron las armas sobre 15 infelices que tenían separados a un lado, dejando el suelo lleno de cadáveres.

He referido este sangriento episodio con la misma rapidez que ocurrió, por haber visto en él traducido de nuevo, con enérgicos caracteres, el célebre lema de los yankees *Tiempo es plata!*

La impresion que dejó en el corazon de los audaces aventureros de Coloma, este terrible i oportunistísimo castigo, ni siquiera alcanzó a durar dos horas; porque todavía no habíamos perdido de vista a los indijenas, puestos en libertad, que marchaban cabisbajos i dando alaridos por entre los pinales de las lomas que rodean el valle; cuando el rumor de un nuevo descubrimiento de oro, hecho al otro lado del torrente, vino a apoderarse de todos los ánimos. Ya no se habló mas que de esto, i todo el vecindario se hubiera precipitado a un tiempo, para lograr de aquel tesoro, si no hubiesen sido tan escasos los medios de atravesar el peligroso torrente que se les interponia. Solo de dos modos podia vencerse este tropiezo: o pasando a fuerza de brazos, con el agua al pecho, asidos de un cable suelto sujeto a entrambas orillas, o en bote chato, en el que apiñados podrian caber quince personas: i sin embargo ya entrada la noche, pudimos admirar, por los fuegos que brillaban al lado opuesto, que mucha jente estaba alojada ya en él.

Resueltos a emprender tambien un reconocimiento que pudiera mejorar la condicion de nuestro trabajo; convenidos en que al dia siguiente saliese yo para ese punto, dejando a cargo de otro la cocina, en la madrugada del dia once de abril me acompañaron todos para verme pasar el rio.

Todavía recuerdo, con espanto, lo que se me esperaba. Elejí, para pasar, el bote. Desde el embarcadero se podian perfectamente divisar los penachos de espuma que, a cosa de dos cuadras mas abajo, levantaba el cable o andaribel, arrastrado por la corriente sobre la superficie de las aguas de aquel torrente, que tendria como una cuadra de ancho sobre brazada i media de profundidad. Fué tanta la jente que acudió a embarcarse tras de mí; que aunque yo ví el peligro a que nos esponíamos, pues ni siquiera se de-

jaba franco el manejo de la bayona, me fué imposible abrirme paso para salir del bote. Apénas nos separamos de la orilla, cuando el bote mal estivado i cojido de atravesio por la corriente, zozobró lanzándonos a todos en el agua en medio de un grito de espanto de cuantos presenciaban desde tierra esta catástrofe! Yo nadaba entónces, i aun podia decirse que nadaba bien; pero no siempre aprovecha, en casos semejantes, ser diestro nadador. Pasada la impresion de la repentina zabullida, traje sin turbarme, a la memoria la cuerda del audaribel, que pudiera talvez salvarnos; mas apénas habia logrado franquearme paso al traves de los cuerpos convulsos que con desesperados encontrones me detenian bajo del agua, cuando un bulto aferrado de mis hombros me sumerjió de nuevo. En vano fueron mis esfuerzos para desembarazarme de él; faltandome ya la respiracion, hecho mano al puñal, mas ántes de herir, Dios me sujirió la idea de buscar con un esfuerzo desesperado el fondo! Recuerdo que quedé libre del peso que me ahogaba, que atragantado por el agua i la falta del aire, senti un repentino i agudo dolor en los pulmones, en las orbitas de los ojos, en los oidos i en el nacimiento de la nariz, i por último un furioso redoble como de muchos tambores en la cabeza que me privó de los sentidos.

Tres horas despues, el buen Decano, tendido sobre las abrigadoras cobijas de sus solícitos consocios, contaba a estos con voz entre risueña i dolorida, sus impresiones de viaje al otro mundo, hasta el momento en que la asfixia habia dado al traste con sus recuerdos.

Contáronme que corriendo todos por la orilla aguas abajo, no tardaron en ver varios cuerpos humanos aferrados de la cuerda del andaribel i que unos de ellos era yo: que traído con no poco trabajo, a tierra, donde por un atolondramiento natural, me dejaron caer de golpe boca a bajo; despues de arrojar agua i sangre por la boca habia dado el primer suspiro que indicó a mis desconsolados hermanos que aun vivia!

Al dia siguiente el contador i cocinero, bien que medianamente molido, bajaba, como si tal cosa hubiese sucedido, a sus quehaces culinarios.

Entraba con todo su esplendor la primavera, esmaltando con sus preciosas flores los verdes campos de la envidiada California; cuando tanto por ir a San Francisco a pagar lo que debíamos, cuanto por recojer cartas de la madre tierna que lloraba en San-

tiago la ausencia de sus hijos, resolvimos que uno de nosotros se dirigiese a ese pueblo. La eleccion recayó sobre el frances que supuesto ya de las consecuencias de su inmersion hidropática, seguia impertérrito desempeñando las veces de Decano, de contador i de cocinero.

Triste, mui triste fué para los hermanos la mañana del 25 de abril. Era esta la primera vez que uno de nosotros, solo i a pié, debia recorrer una gran distancia en medio de un pais semi-bárbaro a causa de su vida escepcional. Juntos, los peligros i los afa-nes bien poco o nada nos suponian; separados quien podria decir lo que pudiera acontecer! Estábamos a dos mil leguas de la patria, de los recursos i de las relaciones; en medio de un pais convertido en ajitada féria de atrevidos aventureros, entre los cuales alternaban, juntos con hombres de bien, enjambres de bandidos, de vagos i de aquellos corrompidos corazones que la ola humana arroja siempre léjos de sí. No habiendo pues en ellos mas espíritu que el de buscar oro; mas derecho que el del mas fuerte; ni mas corte de apelacion que el plomo de las armas, era evidente que cualquier atropello, las enfermedades, las fieras, los reptiles ponzoñosos, el hambre, la sed en las travesias, la mas casual dislocacion de un pié, podian juntas o separadas, convertirse en causa mortal de irreparable desgracia para el hombre aislado.

Acompañáronme mis silenciosos hermanos como cosa de una milla, al cabo de la cual, pareciéndonos esto demasiado sentimentalismo para el pais en que estábamos, dándonos un resuelto apretón de manos nos dijimos adios.

Llevaba a la espalda arrollados como capote de soldado, por toda cama, un zarape o manta mejicana con un *poncho* chileno; i a guisa de mochila un saquito con 16 libras de harina tostada con su correspondiente escudilla de oja de lata; sobre el hombro izquierdo suspendido un rifle, i en el cinto a mas de las pistolas i el puñal una culebra con diez i siete libras de oro en polvo.

A cada paso tenia que desviarme del camino, para evitar encuentros con tropillas de aventureros, que ya alegres i cantando, ya echando maldiciones se encaminaban a los *Placeres*. Cuando me encontraba con un solo viajero, era de rigor el mas cortés i recíproco saludo; cuando el encuentro era con dos o mas peregrinos, solo me cumplia a mi el saludo: los otros o no me miraban o si lo hacian, era para medirme de alto a bajo con una sonrisa desdenosa.

Llegada la noche; escojia para alojarme, el abrigo de la mas coposa encina que encontraba; raspaba con mi puñal el pasto i las basuras que se acumulaban al rededor del tronco; barria el todo con alguna rama i despues de calafatear con tierra i hojas mochadas, cuantas grietas pudieran ocultar insectos o reptiles venenosos, hacia fuego con los abultados frutos de los pinos, i muerto de cansancio, dormia como un soldado, a pesar de los disparos de las armas de fuego que se oian en los alojamientos de los contornos.

Así marché cuatro dias seguidos i en la mañana del quinto llegué sin novedad al Sacramento.

Cuantos adelantos materiales en tan costisimo tiempo. Ya el Sacramento habia dejado de ser lo que el dia ántes no mas fué. Delineada la ciudad alzábanse ya en ella, muchas casas de sumo valor; porque la tabla, único material empleado en las construcciones, se vendia a razon de 75 centavos el pié. Ya no se regalaban sitios, se vendian i se vendian caros; i en el puerto, a mas de las embarcaciones menores, ostentaban sus desiertos cascos i arboladuras, once barcas.

En medio del bullicio i de las acostumbradas carreras, no me costó poco trabajo orientarme para dar con la casa, o mas bien tienda del señor Guilespie, honrado i flemático gringo-americano a quien recién llegados al Sacramento, vendimos el vino i el chibato de Tiltil.

Hábame cobrado este hombre particular cariño; i como nos dimos, el cordial apretón de manos en el momento que se disponia a ir a reconocer un terreno que pensaba comprar a una milla de distancia del pueblo, alegre con mi inesperada llegada, por aprovechar, como él decia, mis conocimientos de campo, me propuso le acompañase. Desembarazado pues del molestísimo peso que llevaba, sin mas trámites i como por via de descanso nos pusimos en el acto en marcha.

La mano protectora de la Providencia fué la que guió nuestros pasos en esta escursión; puesto que volviendo de ella i en los momentos en que pasábamos el sol bajo de un árbol, ocurrió aquel espantoso lance que espuso a nuestro paisano Alvarez a una muerte desastrosa: bárbaro asesinato que por fortuna logramos evitar, como lo dejó espuesto en la primera parte que relaciona estos recuerdos del pasado.

Vueltos a casa de Guilespie donde recojimos al pobre caballero a quien la emocion, habia estraviado del juicio; la suma amabili-

dad de mi amigo estuvo a punto de costarnos a ambos la vida.

Tenia el buen Guilespie guardado un tarro de ostras para cuando repicasen mui fuerte; i como creyese que con mi llegada, se habian echado a vuelo todas las campanas del mundo, salió el tarro a lucir; i tanto él quanto el convidado, nos pusimos gustosísimos a dar cuenta de tan raro manjar en aquella época por esos mundos. El líquido del encurtido me pareció dulce i su color lechoso; pero solo me comenzó a inspirar cuidado, cuando comencé a sentir dolores en el estómago i violentos deseos de vomitar. Mi compañero que sufrió, segun supe despues iguales síntomas, no tardó en buscar pretesto para salir de la tienda, i yo viéndome solo, prorrumpí en los mas violentos vomitos acompañados de fatigas i de sudores del peor carácter. Ardiendo de sed, me arrastré hasta la tienda vecina donde oia hablar frances, gritando me diesen agua porque estaba envenenado! Acudieron solícitos a favorecerme: toda el agua que bebia me parecia poca, hasta que las últimas arcadas que fueron de sangre, me comenzaron a calmar. En el acto supliqué a esas caritativas jentes, que acudiesen al socorro de Guilespie, i al dia siguiente este pobre amigo i yo compartiámos la única cama que habia en la tienda, tan estropeados i molidos, como si nos hubiesen dado la mas atroz de las palizas. El agua que me tuvo en la puerta de la muerte en el Molino acababa de salvarme en Sacramento.

En California na die tenia tiempo para enfermarse; así es que a los dos dias de convalecencia, una chalupa de Guilespie provista de todo lo necesario, me conducia a San Francisco, adonde llegué a los doce dias de mi salida del mineral, molido i estropeado, es cierto, pero lleno de resolucion i de contento.

¡Cuán distinto encontré a San Francisco de lo que estaba cuando le dejé para salir al interior! De la tolderia de arancanos salpicada de cimientos que debian ostentar despues hermosos edificios, solo quedaban estos ya concluidos i otros mas en atropellada construccion. Los toldos, las casuchas i las enramadas formaban alineadas calles de arrabales que al paso que llevaban, estaban indicando que pronto se tornarian en verdaderos centros de hermosa poblacion. Ya los sitios se median por pies, i su valor pasaba el termino de lo subido.

¡Cuán mal hicimos nosotros en no admitir sitios urbanos en los pueblos donde no ha muchos dias nos los ofrecian poco ménos que regalados! i ¡cuánto nos pesó despues de haber mirado en po-

co lo que tanto i en tan breve tiempo debia valer! Aqui entra decir, sin ánimo de ofender a nadie, que solo hicieron fortuna en California, los que no tuvieron arrojado para lanzarse en pos de ella, despreciando el hambre, las fatigas i los peligros; puesto que unos con admitir sitios de valde; otros por haberse hecho de ellos a vil precio; i otros con esperarla tras de algunos bultos de mercaderias que el acaso, mas que el cálculo, les hizo llevar a ese país, se encontraron, de la noche a la mañana poseedores de positivas riquezas.

La bahía estaba atestada de buques todos desiertos. Sus pasajeros i tripulaciones hacian subir la poblacion de tránsito a mas de 30,000 almas; i era tan activa i febril la actividad de los estantes i transeuntes, que la ciudad se veia transformarse i crecer como por encanto. Largos muelles sustentados por poderosos pilotes de pino colorado, unos construidos i a pesar de esto prolongándose, otros a medio construir, en cada una de las bocas calles que caian a la marina, disputaban a los barros de las bajas mareas, asiento para el tránsito i para nuevos edificios. Aquí a falta de prontos materiales para muelles, se amontonaban en la fangosa orilla del mar, cajones i sacos llenos de tierra: alli, para no perder tiempo, se improvisaban muelles, bodegas i calles, enfangando buques puestos en hileras a continuacion de ellas i se construian oficinas sobre varones i vigas apoyadas en sus costados.

Uno de los primeros inventores de trasformar buques en moradas de tierra firme, fué el jóven chileno don Wenceslao Urbisondo, quien aprovechando de un oportuno plenilunio, prolongó con su desierta e inútil barca, la calle situada al pié de la colina que limita a la izquierda el plan del puerto; valiéndose para salvar los barros que mediaban entre la popa de la embarcacion i la calle, de los mismos mástiles convertidos en puente.

En las calles se formaban veredas hasta con lios de charqui que, a falta de mas barato i rápido terraplen, se inmerjian en el barro junto a las casas, para poder transitar sin enfangarse hasta la rodilla.

El comercio sufría en aquella ciudad los periódicos contrastes de las mareas; unas veces el agua lo invadia todo depreciando, con su abundancia, los valores mas acreditados; otras lo dejaba todo en seco, sin que el mas previsor pudiese verse libre de los ruinosos chascos que producen las altas i las bajas inesperadas. Este se hacia rico sin saber por que; aquél se arruinaba contra

las provisiones del cálculo mas cauteloso. Recuerdo que vista la escasez de los medios de construcción, se pidieron casas hechas a Chile i que cuando estas llegaron, abundaban ya en tanto grado en San Francisco que los que las habían encargado, tuvieron que pagar para que alguno se hiciese dueño de ellas i se encargase de desembarcarlas. Yo soi testigo i víctima de lo que refiero.

Sin embargo, nadie desmayaba; porque hasta para que recobrasen su valor los efectos ménos precisados, se improvisaron oportunos incendios, que dia a dia i con peligro de arrasarlo todo, se veian surgir en todas partes.

En este teatro donde se representaba la mas estrepitosa fèria internacional de cuantas recuerda la memoria; ningun actor representaba el papel que le habia cabido en suerte en su propia patria. El amo se trasformaba en criado; el abogado en fletero; el médico en cargador; el marino en destripa terrones; i el filósofo abandonando las rejiones del vacío, en el mas positivo obrero de la materia. He visto sin sorpresa, pero con el justo orgullo de chileno, al afeminado i tierno petrimetre de Santiago, pendiente aun del ojal de una sudada camisa de lana la cadena de oro, que engalanaba su chaleco en los bailes de la capital, cargar con la risa en los labios i el agua del mar a la cintura, efectos de un membrudo i alquitranado marinero; recibir el precio del jornal i ofrecer, incontinente, a otro patan sus oportunos servicios.

En todas partes se alzaban pomposos cartelones. Sobre una recién barraca se leia Hotel Fremon; sobre la flexible lona de una tienda del que talvez no pasó de sepulturero: Fulano, médico i cirujano; sobre el toldo de un conocido corredor de pólizas de Valparaiso: Fulano, consejero en leyes. Fulano i C.^{as} comisionistas en todas partes, i en la enramada de un antiguo peluquero de Santiago: Hotel Frances! Lo mismo hacian los chilenos de cuyas principales familias bien pocas se libraron de lucir sus apellidos en California.

La muchedumbre de hombres i siempre hombres; porque lo que es mujeres aun no habia entrado en moda por allá; habia hecho necesario establecer siquiera un simulacro de gobierno civil en aquella Babilonia.

Erijíose en efecto algo parecido con el nombre de Alcalde, funcionario cuyas atribuciones reflejaban perfectamente las de nuestros antiguos subdelegados; lo único que podia distinguir al uno de los otros, era, que las órdenes i decretos de los subdelegados

chilenos fuesen justas o injustas, se cumplieran; al paso que solo la conveniencia saneionaba las del Alcalde Californes o San Franciscano. Atraido por el bullicio de un tropel de jente; por algunos gritos i no pocas maldiciones; vi que a punta de pescozones levaban a pesar suyo, a uno de tantos, a la presencia del Alcalde. Hiceme encontradizo, i entré con los demas al tribunal que era una gran bodega con una puerta en un extremo, i una ventana baja en el otro, lugar que ocupaba el juez. El Alcalde despues de un breve coloquio con los acusadores i con el reo, como *tiempo es plata*, se dió por enterado i puesto en pié, dijo en alta voz: Oigan! Oigan! condeno al reo a cincuenta azotes que deben aplicárseles en el acto! A la voz de cincuenta azotes, no tardó en contestar otra, que aunque aguardientosa i llena de hipos, articuló tambien un Oigan! Oigan! Todos miramos al lado de donde salia aquel berrido; i vimos con estrañeza, que lo despedia un Oregones quien sujetándose, apénas, sobre los hombros de otros dos morrudos compañeros, transformados en tribuna, despues de un nuevo Oigan! Oigan! de ordenanza dijo: Ciudadanos! Ya que el Alcalde opina por la inmediata aplicacion de cincuenta azotes, a ese ciudadano de los Estados Unidos; yo propongo que diez de nosotros llevemos al Alcalde hasta una milla de distancia de aquí a fuerza de puntapiés en el...!! Hurraaa! esclamaron todos a un tiempo, i el mismo reo i todos los demas iban a lanzarse ya sobre el Alcalde, cuando este mas lijero que un conejo, saltando por la ventana logró hacerse humo en las vecinas encrucijadas.

Con semejantes jueces i semejantes litigantes, no era pues de estrañar que las cuestiones en primera i segunda instancia las dirimiese la pistola o el puñal.

Nada tenian de cordiales las relaciones que existian entre los chilenos i los americanos, i el decreto del jeneral Persiflor Smith espedido desde Panamá en el que se espresaba, que todo extranjero quedaba desde esa fecha, excluido del derecho de esplotar minas en California, vino a poner el colmo a los desafueros que se cometieron contra los pacíficos e indefensos chilenos.

Alarmados con esto el comercio, i las autoridades propusieron a los extranjeros que se declarasen ciudadanos de la Union; adjudicando, por solo el valor de diez pesos, tan importante título. Pero este salvo conducto solo podia servir a medias, en el lugar donde se recibia; porque saliendo de él, mas era objeto de pifia que de resguardo. Poco tiempo despues el gobierno provisorio de San

José declaró libre, para el extranjero, el trabajo de las minas, con el solo cargo de pagar cada uno veinte pesos al mes adelantados. El recibo debía servir de suficiente autorización para poder trabajar. Pero cuantos choques no resultaron de semejante acuerdo entre recaudadores i contribuyentes!

La mala voluntad del yanke vulgar contra los hijos de otras naciones, i mui especialmente contra los chilenos, se habia, pues, acentuando. Hacianse un argumento sencillo i concluyente: el chileno era hijo de español, el español tenia sangre mora, luego el chileno debía ser por lo ménos Hotentote; o mui piadosamente hablando, algo de mui semejante al humillado i temido californes. Habíaseles indijestado el arrojo del chileno, que sumiso en su país, deja de serlo en el extranjero; aunque sea ante una pistola encarada al pecho, siempre que él pueda apoyar la mano sobre la empuñadura de su puñal. El chileno, por su parte, detestaba al yanke a quien calificaba de cobarde a cada rato; i esta mútua mala voluntad, esplica las sangrientas desgracias i las atrocidades que a cada rato presenciábamos en el país del oro i de las esperanzas.

No tardó en formarse en San Francisco una sociedad de bandidos denominada Galgos, compuesta de vagos, jugadores i borrachos, que unidos por la mancomunidad del crimen, tenia por lema, *salirse siempre con la suya*. Precedíanlos en todas partes el asco i el miedo que infundian con su provocadora presencia, i en todas partes, la camorra i la violencia, que no les perdian pisadas, establecian sus reales.

Como no siempre se *salieron con la suya*, cuando recorrían la puntilla de la derecha, donde se habia formado una especie de Chilesito aislado del centro de la ciudad, resolvieron los malhechores galgos darles una violenta zorra una mañana i como en California *tiempo es plata*, estos desalmados en número crecido, acometieron a los desprevenidos chilenos de aquel rincon a palos i a pistoletazos. De presumir es el alboroto i la grita que se armó en aquel lugar, por tan brutal e inmotivado atropello. Los chilenos, vueltos en sí, empezaron a llover piedras sobre sus agresores. Un respetable caballero chileno no pudiendo huir por la puerta de su tienda, por encontrarse en ella varios galgos que le acometían, tendió de un pistoletazo al primero que se le acercó, i rasgando con el puñal la lona de la tienda, alcanzó, escapando por aquella puerta improvisada, la fortuna de unirse ileso a sus demas compañeros. Branam el ex-mormon dueño de la inolvidable *Duice-may-nana*,

informado por algunos chilenos de lo que ocurría en la puntilla, se lanzó lleno de justa indignación sobre el tejado de su casa, i dando desde allí grandes voces para llamar al pueblo a reunirse, con breves i enérgicas palabras, manifestó que ya era tiempo de ejemplarizar tan inauditos desmanes, contra los hijos de un país amigo que mandaba día a día a San Francisco, junto con la mejor harina flor, los mejores brazos del mundo para cortar *adoves!* Propongo, agregó, para hacer el desagravio mas completo, que chilenos de buena voluntad capitaneados por ciudadanos de los Estados Unidos, acudan en el acto, a prender a los perturbadores del orden! Un hurra jeneral que retumbó en la puntilla agredida i la presencia casi instantánea de los improvisados protectores del orden, puso término a una salvajada que pudo haber acarreado las mas desastrosas consecuencias.

Diez i ocho bandidos sacados, a viva fuerza, de sus escondites, fueron remitidos en calidad de presa, a bordo del navío capitana de la escuadra yanke, i con esto se restableció la calma en la nueva Babilonia.

Tres dias despues, cuando mas activaba mis diligencias para volver al lado de los míos, leí con sobresalto, en el diario de San Francisco esta alarmante noticia: Sangre norte-americana vertida por infames chilenos en los placeres! Alerta ciudadanos!

Al dia siguiente, la noticia habia tomado proporciones sin medida; i en la noche se corrió que no solo habian sido espulsados con violencia los chilenos del lado de San Joaquin; sino que la misma partida de malhechores, instigada por el robo i por la venganza, se dirigia sobre los chilenos que trabajaban en los tributarios del rio Americano.

Júzguese cual sería mi situación cuando titubeando todavía sobre lo que me restaba que hacer en tan angustioso trance, me dió un conocido la exajeradísima noticia de que se acababan de perpetrar en el Molino, las mayores atrocidades contra los chilenos! Confieso mi pecado. Ni la distancia que mediaba entre el Molino i San Francisco; distancia que yo conocia tan bien; ni la conocida imposibilidad de hacer llegar, volando, las noticias; fueron parte a hacerme desconfiar de la que se me acababa de dar. Estaban mis hermanos de por medio; era necesario que perdiese el juicio! Mis hermanos, mis pobres hermanos solos por allá, i yo sin poder compartir con ellos sus desgracias! Desatentado, sin mas equipaje que mis armas; sin mas esperanza que la de vengarlos, pagué doscien-

tos pesos por un bote que debía arrojarse en las playas del Sacramento, i sin oír las reflexiones de la prudencia, ni atreverme a hacérmelas, me entregué a la violencia de mi destino!

¿A donde iba? ¿Qué pretendia hacer? Lo ignoro. Lo único que recuerdo es que todo me parecia hacedero, todo fácil, menos volver sin mis hermanos a Chile.

Vagamos noche i dia sin descanso; llegamos a Sacramento, salté al agua sin esperar atracar al muelle, i lleno el corazon de angustia, corrí hasta llegar a casa de Guilespie.

Júzguese cual debió ser mi sorpresa. Dios no me habia abandonado! Mis hermanos llegados el dia ántes a Sacramento, pobres i despojados de cuanto tenian, pero ilesos; acordaban con Guilespie el como reunirse cuanto ántes conmigo en San Francisco. Llegar, verlos, contarlos i desplomarme de emocion fué todo uno! Ah! es preciso haberse encontrado en mi situacion, para comprenderla! La desesperacion, el despecho, talvez el espíritu de venganza, habrian seguido dando a mi enfermizo cuerpo, la fuerza i el vigor que el exceso de la dicha me quitó en aquel momento.

Juntos todos en la tarde bajo un modesto toldo de zarapes, e impuestos de nuestras mútuas aventuras, no tardó en venirnos a buscar la alegría haciéndonos entender que todo lo pasado, no era ni podia ser mas que una mala i ridícula pesadilla. En efecto, estábamos buenos i sanos; de la cuenta no faltaba ninguno; qué mas podíamos desear! No habian necesitado los yanques de grandes violencias, para espulsar a los intrusos chilenos del Molino. Fueron si robados i despojados de cuanto tenian; pero esto en California no tenia significado atendible.

Los demas compañeros habian tocado a dispersion. Esa misma noche nos declaramos en *comité* para decidir lo que en adelante debíamos hacer. Ninguno opinó por el regreso a Chile; ántes bien se adoptó por unanimidad, volver a luchar de nuevo contra la adversa suerte, modificando si el sistema de ataque hasta demarlarla.

VICENTE PEREZ ROSALES.

COMPETENCIA

DE LA AUTORIDAD ADMINISTRATIVA I JUDICIAL, EN MATERIA DE AGUAS (1).

De las ideas jenerales que ántes hemos espuesto acerca del dominio de las aguas, resultan reglas precisas para demarcar la respectiva esfera de la jurisdiccion de la autoridad administrativa i judicial en materia de aguas.

Ante todo, por lo que concierne al mar territorial, el derecho internacional i el civil están de acuerdo en reconocer el derecho del Estado en todo lo que se refiere a la policia, seguridad del país i observancia de las leyes fiscales hasta la distancia de cuatro leguas marinas, medidas desde la línea de mas baja marea. En este espacio de mar, la accion de la autoridad administrativa es, sin competencia de otra autoridad cualquiera, absoluta i esclusiva en todo lo que se roza con la policia de seguridad i sanidad, con la observancia de los reglamentos fiscales destinados a prevenir el contrabando, i con la defensa del territorio. El derecho del poder administrativo para establecer reglamentos sobre estas materias, está formalmente reconocido por el art. 598 del Código Civil.

(1) Atendida la importancia de este asunto, hemos tomado de la notable *Memoria* del señor Vergara, el capítulo en que estudia nuestra legislacion práctica en materia de aguas, prometiéndonos reproducir mas tarde otros no ménos importantes i como estos todavía inéditos.

En cuanto a las aguas de río, el roce mas frecuente i continuo de los intereses particulares con los de la sociedad en jeneral, i la facultad que la lei reconoce de poder adquirir derecho sobre esas aguas, hace mas posible las colisiones entre la autoridad administrativa i la judicial, que lo que pueden serlo respecto del mar territorial. Por una parte, la lei reconoce en el Presidente de la República la facultad de reglamentar por medio de Ordenanzas jenerales o locales el uso de las aguas de río; i por otra confiere a los particulares el derecho de apropiarse esas mismas aguas para aplicarlas a los menesteres domésticos, al fomento de la agricultura i al ejercicio de la industria. Hé aquí dos derechos puestos en presencia el uno del otro, i que por necesidad deben armonizarse en su ejercicio. Ni conviene atribuir al Estado un derecho absorbente del de los particulares, porque entónces el Estado se haria el supremo dispensador del uso de las aguas con detrimento de los derechos privados: ni tampoco sería racional sobreponer el ejercicio de estos derechos privados a los que el Estado se reserva en interes i provecho de la sociedad en jeneral.

La Ordenanza de 3 de enero de 1872, inspirada por el deseo de poner en armonia esos dos intereses rivales, es la primera disposicion que tenemos acerca de esta materia. Ella definió por primera vez las atribuciones del ajente administrativo conocido desde antiguo con el nombre de *juez de aguas*, i cuyas facultades eran tan arbitrarias como desconocidas. Pero al definir las atribuciones de ese ajente, aunque reservó al poder judicial el conocimiento de las cuestiones sobre el derecho prelativo de los diversos accionistas a las aguas de un río, dejó sin embargo en manos de ese ajente la facultad de juzgar con apelacion al juez de letras, varios incidentes de grave importancia que podian surgir sobre el uso de las aguas. Hizo aun mas esa Ordenanza: confirió a ese ajente hasta jurisdiccion penal para reprimir los abusos que en esa materia pudieran cometerse. Poco se avanzó, en consecuencia, en cuanto a trazar un deslinde preciso entre la autoridad administrativa i la judicial para conocer de las cuestiones sobre aguas. Obedeciendo a prácticas vetustas, se concentró en manos de ese ajente una amalgama informe de atribuciones administrativas i judiciales.

Bajo el punto de vista del deslinde en la jurisdiccion de esas dos autoridades, la citada Ordenanza se presta a mui graves i severas críticas. Sin embargo, el país le debe no pequeña gratitud por haber sido el primer ensayo o tentativa que se ha hecho para regu-

larizar el ejercicio de los poderes públicos sobre una materia de tan vital importancia para los intereses de la agricultura i de la industria.

La lei de 15 de octubre de 1875 i el Código Penal, han venido a corregir en gran parte los defectos de esa Ordenanza. Por la primera de esas leyes, se privó a los jueces de agua de toda jurisdiccion civil; i por el último, se les privó asimismo de toda jurisdiccion penal. De este modo, cercenadas o mutiladas las facultades del juez de aguas en esos dos ramos tan importantes de la jurisdiccion contenciosa, sus atribuciones han venido a quedar reducidas a las de un mero agente administrativo.

Hecha la debida separacion entre lo que al juez de aguas correspondia como mero agente administrativo i lo que le competia a virtud de las atribuciones judiciales que le conferia la Ordenanza de 3 de enero, la síntesis de sus facultades en el primero de esos caracteres puede espresarse bajo la siguiente formula: es un *perito facultativo* para graduar la proporcion en que las aguas de un rio deberán ser distribuidas entre los diversos accionistas a él, cuando se les someta a turno por declaracion del Presidente de la República; i es a la vez un agente de policia para velar sobre la conservacion de las demarcaciones que hiciere de la cantidad de agua que debe sacar cada canal, i sobre las obras que deben ejecutarse en los rios para facilitar esa misma demarcacion. No es mas, en sustancia, el papel que compete i llena en el dia un juez de rio. Todas las cuestiones sobre preferencia en el saque de aguas o sobre la cantidad de ellas que corresponde a cada canal, no son del resorte de ese agente administrativo. Importando ellas una verdadera contension entre intereses privados, su decision queda privativamente deferida, al poder judicial. Tal es el principio que proclama el art. 108 de nuestra Constitucion, i tal es tambien la regla que, como derivacion lejitima de ese principio, establece el art. 1.º de la lei de 15 de octubre de 1875.

Como encargado de llevar a efecto el turno a que el Presidente de la República someta a los accionistas de un rio, el juez de aguas no tiene la facultad de determinar por sí solo i a su arbitrio la cantidad de agua que debe sacar cada canal. La parte primera del art. 3.º de la citada Ordenanza impone al juez de aguas el deber de distribuir por sí mismo las aguas de un rio entre los diversos regantes, pero con sujecion a las reglas prescritas en esa misma Ordenanza. ¿I cuales son esas reglas prescritas? Ahí está el

art. 14 que encierra todo un sistema sobre esta materia. El dice:—

«A fin de fijar la porcion de agua que ordinariamente lleva un canal para que sirva de base a la distribución en caso de turno, según se establece en el art. 1.º de esta ordenanza, se tendrá una reunion de los representantes que deben tener los canales, con arreglo a la disposición del art. 9.º.— En esta reunion, teniendo a la vista los títulos de cada canal si los hubiere, se pondrán de acuerdo los interesados en la cantidad de agua que deba asignarse a cada uno como dotacion ordinaria; sin perjuicio de los derechos de preferencia u otros que algunos pudieran alegar i que sean de la competencia de los Tribunales de Justicia.—Los acuerdos que se celebren en la forma indicada obligarán a los canales cuyos representantes no hubieren concurrido a la reunion.—Los Intendentes o Gobernadores, a quienes corresponda, según lo establecido en el ya citado art. 9.º harán la citacion con la debida oportunidad, designando el dia i la hora en que debe celebrarse la reunion que tendrá lugar bajo su presidencia i en la sala de su despacho.—Si no se arribase a acuerdo en la reunion, se levantará acta para constancia, remitiéndose al Ministerio del Interior, a fin de que el Presidente de la República nombre un ingeniero o comision de ingenieros que proceda a determinar la cantidad de agua que ordinariamente debe corresponder a cada canal, teniendo presente las bases establecidas en el art. 1.º»—Esta referencia a las bases del art. 1.º, es preciosa; pues en este artículo se dispone:—A que cuando sobrevenga escasez de aguas en los rios que dividen departamentos o provincias, de manera que sea necesario para el buen arreglo someterlos a turno, se procederá a hacer la distribución de sus aguas, entre los canales de una i otra ribera; haciéndose el repartimiento de la manera mas equitativa posible i en proporcion a la cantidad de agua que ordinariamente haya llevado cada canal.»

Tenemos pues, como resultado de estas disposiciones: 1.º que la distribución de las aguas en casos de turno, no es arbitraria, ni a la voluntad discrecional del juez de aguas; 2.º que esa distribución debe ser proporcional, siendo la base de esta proporcion la cantidad de agua que ordinariamente haya llevado cada canal; 3.º que la fijacion de esta dotacion ordinaria, no es tampoco atribucion del juez de aguas, sino de los representantes que deben tener los canales; 4.º que si estos no se ponen de acuerdo sobre qué

cantidad de agua es la que debe reputarse como dotacion ordinaria de cada canal, toca fijarla al Presidente de la República por medio de un ingeniero o comision de ingenieros que nombre con este objeto;—i 5.º que solo cuando se haya fijado esta base para el repartimiento de las aguas, toca o corresponde al juez de rio hacer por sí mismo la distribucion de ellas entre los canales.

El juez de aguas, es pues, *el ejecutor legal* de acuerdos previos en que él no tiene facultad ni derecho de intervenir. Esos acuerdos previos deben ser celebrados en junta de representantes de los canales bajo la presidencia inmediata de los Intendentes o Gobernadores.—I mientras tales acuerdos no intervengan, el papel del juez de aguas como repartidor de ellas entre los diversos canales, está en receso; no existe aun.

El juez de aguas, en su carácter de encargado de llevar a efecto el turno, no viene a ser mas que un perito facultativo, cuya mision se reduce a hacer una cuenta de proporcion entre el número de regadores que corresponden a todos los canales que tienen derecho a sacar agua de un rio, i el número de regadores que este contenga. Así, por ejemplo, si el número de regadores que dé la suma de los que corresponden a todos los canales es de dos mil, i el rio no contiene agua mas que como mil regadores, la reduccion que aquellos deberán sufrir en su dotacion ordinaria, será igual a la mitad de ésta; salvo empero, los casos de preferencia de unos canales respecto de otros, atendida su antigüedad respectiva.

Por esto, hemos dicho al principio, que el papel propio de un juez de aguas, como encargado de llevar a efecto el turno entre los diversos accionistas a un rio, es el de mero perito facultativo. El no tiene facultad para decidir cual sea la dotacion ordinaria de cada canal, ni tampoco para declarar u otorgar preferencias a unos canales sobre otros. Si sobre estos dos puntos llegase a surgir una cuestion, la misma ordenanza en parte, i la lei de 15 de octubre de 1875 de una manera absoluta, difieren al poder judicial la facultad privativa de decidirla.

El segundo papel que hemos asignado al juez de aguas, se reduce a funciones de mera policia. El se halla formalmente definido en los números 2.º, 3.º, 4.º i 5.º del art. 3.º de la citada Ordenanza. Las disposiciones allí consignadas atribuyen a dicho funcionario los deberes siguientes: 1.º velar porque no se altere la demarcacion de las aguas, restableciéndola en el acto que por cualquier accidente se alterase; 2.º proponer a los gobernadores las medidas

mas convenientes para facilitar el repartimiento de las aguas; 3.º pedir auxilio a los mismos gobernadores para hacer cumplir i respetar las demarcaciones que hicieren en la boca de los canales; i 4.º tener a su servicio, i asalariados por él mismo, los inspectores o guardianes necesarios que le ayuden a velar sobre la conservacion de los repartimientos de agua que él hubiese hecho. Como se vé, todas estas funciones son de mera policia. No tiene siquiera en este carácter las facultades de jefe. El ejerce sus funciones bajo la vijilancia i dependencia de los intendentes o gobernadores: a ellos debe ocurrir en solicitud del auxilio de la fuerza pública para mantener las demarcaciones de agua. Es pues evidente que tales funciones no son mas que las de un agente auxiliar i dependiente de la autoridad administrativa superior para llenar los deberes de policia que le incumben sobre los rios.

Demarcada así la modesta esfera de accion dentro de la cual debe mantenerse el juez de aguas, por el mismo hecho queda demarcada tambien la esfera propia de la accion del poder judicial. Todo lo que no se encierra dentro del círculo de la primera, por necesidad queda comprendido en el círculo de las atribuciones del segundo.

Pero fuera del papel que al juez de aguas corresponde desempeñar como agente auxiliar del poder administrativo superior, existe este mismo poder con facultades que le son peculiares, i que conviene conocer i precisar, para prevenir conflictos entre él i el poder judicial. Las facultades del poder administrativo superior están reducidas: 1.º a declarar cuándo un rio debe o no ser sometido a turno, correspondiendo la iniciativa de esta declaracion a los Intendentes i Gobernadores, i la declaracion misma al Presidente de la República, segun el art. 15 de la citada Ordenanza; 2.º a conceder mercedes de agua a los particulares que las solicitaren, segun el art. 603 del Código Civil, siendo el jefe del departamento en que el saque de agua haya de establecerse, el competente para otorgar esa merced, segun el inc. 3.º del art. 118, de la lei de 8 de noviembre de 1854; 3.º velar sobre que las aguas de los canales de irrigacion no corran paralelos a los caminos públicos i ocupando una parte del espacio de ellos, i que los que atravesasen en su curso éstos caminos, lo hagan bajo de puentes sólidas de seis varas de estension, segun el art. 25 de la lei de 17 de diciembre de 1842; 4.º dictar ordenanzas jenerales o locales para el uso i goce que compete a los particulares sobre las aguas de rio,

ya con relacion al riego o movimiento de máquinas, ya con relacion a la navegacion, segun el art. 598 del Código Civil.

A primera vista se concibe que el carácter mas elevado i jeneral de las facultades que compiten a la autoridad administrativa superior, sea ménos ocasionado a competencias de jurisdiccion que el carácter de las funciones de juez de aguas. Sin embargo no han faltado casos en que han surjido conflictos entre aquellos funcionarios i el poder judicial. No há mucho tiempo que un gobernador pretendió tomar el agua ya salida del rio i que corría por un cauce artificial, haciéndola desbordar sobre el cause del rio para aplicarla a usos jenerales. Semejante pretension es a todas luces insostenible. Por una parte, el art. 118 de la lei de 8 de noviembre de 1854 limita el poder administrativo sobre las aguas de rio solo a las que corren por su cause natural; i por otra, el art. 837 del Código Civil declara de propiedad privada las aguas que corren por un cause artificial. Combinadas ambas disposiciones legales, contribuyen a condenar como un abuso, como un atentado contra el derecho de propiedad, la injerencia de la autoridad administrativa sobre aguas que, por haber salido ya del cause natural por donde corrian, han dejado de estar sometidas a su jurisdiccion. El único caso i los solos fines para que la lei concede jurisdiccion a las autoridades administrativas sobre las aguas que ya han salido de su cause natural, es cuando las exigencias de la policia de salubridad i el manteninimiento espedito del tránsito de los caminos así lo exijieren. Pero a estas necesidades debe proveerse por medio de reglas jenerales de policia, i no por disposiciones individuales, que podrian ser ocasionadas a detestables abusos. Así lo dispone espresamente el inc. 2.º del ya citado art. 118 de la lei de 8 de noviembre de 1854.

Siendo imposible comprender en este sucinto trabajo todas las cuestiones de competencia que pueden surjir en materia de aguas, forzosamente hemos tenido que limitarnos a la enunciacion sumaria de los principios mas capitales que dominan esas cuestiones.

Estudiados con un espíritu despreocupado i aplicados con imparcialidad, no creemos que ellos puedan dar márgen a tantos conflictos como los que por desgracia surjen casi diariamente. La base ordinaria sobre que esos conflictos se apoyan, es el carácter de los funcionarios que con sus medidas poco pensadas las hacen surjir. Las autoridades administrativas reivindicacion para sí el privilejio

del *nolli me tangere*, i lo oponen como escudo de defensa contra el poder judicial, cuando éste, a instancias de un particular que se vé vulnerado en sus derechos, pretende rever los actos de esos funcionarios. Sin duda que estos actos no podrian recaer bajo la apreciacion i sensura del poder judicial, toda vez que se contuvieran dentro de la órbita de las facultades que compiten al poder administrativo. Pero siempre que estralimiten sus atribuciones, ¿cuál puede ser el valor que esos actos tengan en sí para que se pretenda sostenerlos como actos de autoridad, i sustraerlos al juzgamiento de nuestros tribunales? Segun nuestra Constitucion, ninguna autoridad tiene un *poder propio*: toda facultad le es simplemente delegada. I es sabido, que segun los principios jenerales de jurisprudencia, toda facultad delegada no puede exeder los límites del mandato que la confiere. Conforme a estos principios, el art. 160 de nuestra Carta fundamental declara nulo todo acto de las autoridades que se ejecute fuera del círculo de las facultades que espresamente no le hayan sido conferidas por las leyes. En consecuencia, la aspiracion de las autoridades administrativas a sustraer sus actos de la fiscalizacion del poder judicial, tan solo puede ser lejitima i atendible, cuando esos actos procedan de facultades que espresamente les hayan sido conferidas por la lei. Refiriendo siempre a esta piedra de toque los actos administrativos, creemos que con facilidad podrán resolverse las cuestiones de competencia.

ANTONIO VERGARA A.

EL CERCO DE LA PAZ

POR LOS SUBLEVADOS DE 1811.

(CONCLUSION).

El 3, entró un cholo venido de Coroyco, y notició que de los españoles de aquel pueblo, una parte se habia retirado a Yrupana, y la otra estaba dividida en opiniones; que se andaba alistando gente para venir a incorporarse con el campamento de Pampaxasi: no supo decir quiénes hacian cabeza, y es de creer haya sucedido lo mismo que en Larecaxa, donde fueron partidas de indios rebeldes con órdenes y comisiones de un N. Ramirez para sacar gente, pena de la vida al que se resistiese, levantando horcas en los Pueblos para mas atemorizarlos; en cuya atencion, unos de grado y los mas por temor y fuerza, no hallaron otro vado que el de sugetarse y cumplir las órdenes. Tambien notició ser efectivo el destrozo que hicieron los yrupaneños de un Ejército rebelde que se les acercaba.

En los dias 4 y 5, manteniéndose los indios en Pampaxasi, donde tienen su campamento y un cañon, se acercaron repetidas veces, en pelotones cortos, hasta las cimas de Quilliquilli y cerros del Agua de la Vida y Calvario, haciendo algunos tiros de fusil; tam-

bien se vieron trozos de caballería hácia Loxeta, cabezadas de San Pedro; unos y otros se avanzaron a robar las mulas del Ejército auxiliar de la pampa de esta parroquia, y en efecto se llevaron unas pocas. Algunos indios de la misma y de la de San Sebastian han comparecido en el Gobierno para lograr del indulto y perdon, prometiendo proveer la ciudad de carne, y exponiendo haber sido compelidos por los otros al seguimiento de sus banderas. Igualmente se han recibido dos presentaciones de muchos indios de Pucarani y Laxa, en que expresan eso mismo, y de que siempre que camine tropa auxiliar, concurrirían a ganar el cañon que Collqueguanca tiene en Vilahaque. A unos y a otros se les admitió con las necesarias exhortaciones para su tranquilizacion, y la de los otros que se mantienen rebeldes; y aunque se acordó la expedicion a Vilahaque, y salieron de la ciudad, a mas de la caballería, doscientos lanzeros y fusileros que debian unirse con otros tantos del campo auxiliar, y dirigirse baxo el comando del Maestre de Campo D. José de Santa Cruz, no tuvo efecto por las justas consideraciones, de no ser conveniente dividir las fuerzas en medio de las noticias que se tenian de la indiada reunida hácia Viacha, Pampaxasi y otros lugares: el citado dia cinco murió Don Ramon de Ballibian de enfermedad; le sucedió en el comando del quartel de voluntarios Don Julian del Castillo.

El 6, tuvieron los indios la osadía de venir por veredas ocultas para arrearse toda la mulada, que pasaba de quatrocientas, de la citada pampa de San Pedro: los arrieros destinados a su custodia no los sintieron ni avisaron a tiempo, y quando lo hicieron, ya las mulas estaban cerca del Alto de Potosí: salió la caballería y otra gente armada en su alcance: del Ejército auxiliar vino tambien una partida, y juntándose unos y otros, las recuperaron todas con una mas de los indios: para asegurar la empresa entreteniéndolos a los de Sopocachi, Potopoto, y Pampaxasi, se hicieron al mismo tiempo salidas por Santa Bárbara y San Pedro, donde fué en persona el Señor Intendente, y en todas partes se veian pelotones de indios y cholos, llegando su atrevimiento a tal extremo, que salian de las chacarillas del Señor Obispo con sus fusileros a hacer frente a las tropas: mandó el Señor Intendente al Capitan Parédes ocupase una posicion ventajosa a la parte del Rio, desde donde se les hicieron algunas descargas, y al mismo tiempo ordenó al Edecan Segovia viniese a sacar alguna gente de la plaza, para contenerlos del lado de Santa Bárbara; y por ser ya tarde y te-

mer que le coxiese la noche en el campo, se retiró con orden, sin la menor novedad; pero algunos cholos fusileros lo siguieron hasta la misma alameda, y entró a la ciudad ya de noche.

El 7, estuvo la ciudad sumamente consternada por las voces que corrian, de que el Ejército auxiliar habia determinado retirarse al Desaguadero, bien que solo hizo impresion en el mugerío y demas gente de poca reflexion; porque el Señor Intendente y los sugetos de juicio, estaban persuadidos ser especie falsa y supuesta, fundados en que el Señor Benavente no habia comunicado tal cosa por oficio, al mismo tiempo que no era conforme al servicio del Rey ni a su propio honor y al de sus distinguidos subalternos, hacer semejante retirada, que podria tener funestísimos efectos; siendo el principal que los rebeldes, situados todavía en las inmediaciones se insolentasen, y tomando otro tono de altanería, affixiesen nuevamente la ciudad, y acaso se hiciese mas difícil la pacificacion.

No obstante, para aquietar al pueblo y desvanecer la ligereza de sus aprehensiones, el día 8 acordó el Señor Gobernador dirigir oficio al Señor Benavente, diputando para su conduccion al Señor Dean, Dr. D. Guillermo Zárate, al Comandante D. Joaquin Rebuelta, al Dr. D. José Landavere, al Capitan D. Francisco Olíden, al Padre Comendador de la Merced, y a D. Ramon Mariaca. En el oficio, despues de recordarle el servicio del Rey, las órdenes del Señor Virrey, la precision de guardar la retaguardia del Señor Goyeneche, y su propio honor, que no podian dar lugar a pensar en aquella retirada, le decia que él por esos motivos estaba cierto de que era únicamente especie fraguada o mal aprehendida del vulgo; pero que no obstante, para desimpresionarle, se sirviese mandar constancia de no ser ese su camino, sino ántes de permanecer en el Alto hasta que la ciudad estuviese perfectamente asegurada.

Los Diputados llegaron al campo; se leyó el pliego, y conferenciada la materia, se manifestó que el modo de pensar del Señor Benavente y sus subalternos, no era indecoroso como habia imaginado el populacho, y sí muy honorífico y puntualmente en la misma conformidad que se creyó por el Señor Gobernador y sensatos.

Su determinacion solo era de trasladar el campamento al lugar de Seque, distante dos leguas, para lograr la cercanía de la agua y otras proporciones que no se encuentran en el Alto; pero aun de

esto se desistió con el objeto de satisfacer plenamente a los deseos de la ciudad, y se acordó que la traslacion se efectuase al Alto de Potosí, con concepto a su mayor proximidad y otras razones; y que allí permanecería ocho dias, para que si dentro de ellos arribaban los auxilios, dexando asegurada la ciudad, se hiciesen las expediciones convenientes, y en caso de que todavía no parezcan se forme Consejo de Guerra para acordar lo que deba obrarse, contándose únicamente con las fuerzas de la ciudad y las del campo auxiliar: ésta misma fué la sustancia de la contestacion al Señor Gobernador, y se aquietó el pueblo. Por la tarde se entró un indio, y expuso: que entre los rebeldes corria la noticia de hallarse un Ejército de españoles en las inmediaciones de Sicasica. Se creyó fuese el del Señor Lombera: en la misma se hizo salida a la pampa de San Pedro, por haberse noticiado de un peloton de indios; pero nada se encontró.

El 9, el Señor Benavente dirigió carta al Señor Gobernador, diciéndole que a representacion de sus Oficiales habia determinado no trasladar el campo al Alto de Potosí, y que se mantendria en el de Lima.

El 10, una division del Ejército auxiliar al comando de D. José Santa Cruz, se acercó a Vilahaque, donde reconoció indiada, y regresó trayendo mil y quinientas cabezas de ganado lanar: en la ciudad salieron 20 negros y otros tantos patricios al cerro del Agua de la Vida, a desbaratar unos ranchos donde se guarecian los enemigos para hacer fuego. Encontraron dos cadáveres recientes de españoles, sin saberse de quiénes fuesen: algunos indios andaban en Potopoto, y solo hacian el ruido acostumbrado de gritaría y cornetas; pero de la chacarilla del finado D. Sanfurgo se llevaron a los hijos de D. Pedro Montalvo y D. Juan de Dios Ortiz. Comparecieron en el Gobierno los presbíteros Olaguivel y Manzaneda, recién venidos de los campamentos de los indios donde estaban de prisioneros, y noticiaron que hácia la Ventilla se convocaban y reunian en quatro puntos, y que corria entre ellos de que el Señor Lombera, habiendo destrozado un considerable número de indios en Sicasica, dió la vuelta para Oruro.

El 11, el Señor Gobernador escribió al Señor Benavente, expresándole tener prontos mil mazos de tabaco de donativo para su tropa: en la contestacion le pidió ciento cinquenta hombres de la ciudad, para la expedicion que habia meditado contra los indios de Vilahaque.

El 12, salieron a el efecto doscientos hombres de lanzas y fusiles, y cincuenta de caballería con prevencion de tiendas de campaña.

El 13, hizo el Señor Gobernador salida a la pampa de Sopocachi con trescientos de infantería y alguna caballería; los indios no hicieron cara, pero a la retirada, siendo ya algo tarde, tuvieron el atrevimiento de acometerle en la alameda y chacarilla del finado Monge; en el mismo se entraron cinco mozos de Viacha que venian escapando de los indios, y dieron noticia de haber entrado al pueblo ciento cincuenta o doscientos de los de Pacáxes, y muerto ocho españoles.

El 14, fué el Señor Gobernador al campo del Señor Benavente, y con lo que trataron se suspendió la expedición a Vilabaque, y tambien la que se habia pensado a la Ventilla, Viacha y Laxa; con razon, porque las fuerzas eran cortas y no convenia dividir las, quando se sabia de la reunion de la indiada.

El 15, no hubo novedad: el 16 se acercaron por el lado de Santa Bárbara, y volvieron a sobresaltar con el tiroteo; tambien se llevaron de Cusipata quince mulas de D. Santiago Zapata, y en el Alto acometieron a las del campamento, y se arrearon cosa de cincuenta. Una partida de caballería fué en alcance; pero siendo ya tarde y encontrando una fila considerable de indios en defensa del paso, regresó dexando las mulas perdidas.

El 17, salió una partida de infantería y caballería a la pampa de Potopoto, baxo el comando del Señor Marques de Cochan; el Señor Intendente acompañó hasta mas allá del Alto de Santa Bárbara. Unos pocos indios que se avistaron en esta banda del Rio, se retiraron a la otra; pero luego baxaron del Alto de Pampaxasi en número, segun se reguló, de mil quinientos a dos mil; llegaron al Rio, y aun pasaban en divisiones, con apariencias de cercar o cortar a los nuestros, se tuvo por conveniente mandar la retirada, que se efectuó inmediatamente.

El 18 por la mañana rodearon los indios la ciudad, en especial por el lado de Santa Bárbara, Quilliquilli y cerro del Agua de la Vida, donde se agolparon en número considerable, e hicieron varios tiros de fusil a la calles; murió en la de la Merced el armero de la plaza D. Faustino Llano; se hizo salida por aquel costado hasta el Alto de Quilliquilli, baxo el comando de D. Juvenal Aberasturi. El enemigo huyó a las colinas, pero cargando a la retirada, hirió

gravemente a un soldado voluntario; mató tres que venian algo separados y volvió a posesionarse del Alto. El defecto de la pólvora y de los fusiles ocasionó la desgracia, porque a repetidos rastrillos no dieron fuego quando era menester, para alejar a los indios.

Corria en la ciudad que el Señor Benavente habia tenido combate con los indios, y los habia derrotado, lo que era mui verosímil, por las muchas partidas de indios que se veian en el Alto de Potosí y tiroteo que por allí se oia, y por el teson y empeño que allí atacaban, por el lado de Santa Bárbara y Agua de la Vida. Cerca de las doce llegó el Comandante de caballería D. José Faxardo, trayendo un pliego para el Señor Gobernador, en que decia el Señor Benavente, que habiendo sido acometido aquella madrugada por los indios, los debarató con muerte de mas de cinquenta, ganándoles cinco fusiles y el cañon que tenian en la Ventilla, lo que fué de suma complacencia. En el mismo instante se avistó en el Alto de Potosí, tropa regular de caballería, con unas banderas; ocurrió la propia variedad de opiniones que en el arribo de Benavente.

Unos pensaban fuesen indios que talvez quisiesen acometer nuevamente al Campo auxiliar o descender a la ciudad, y otros que podian ser las guerrillas o primeras divisiones del Señor Lombera, a que coadyubaba la noticia que comunicó al Señor Gobernador el clérigo Mamani desde Pampaxasi, donde estaba preso, por medio de un costeño que escapó aquella mañana, de que el expresado Señor Lombera, habia entrado a Calamarca con el Ejército; y aunque todavía se dificultaba, en atencion a la distancia de doce leguas largas que hay desde este pueblo, se oyeron luego seis cañonazos seguidos, con lo que se creyó que efectivamente era el Ejército auxiliar; en consecuencia baxaron tres Diputados con pliego del Señor Lombera para el Señor Intendente, en que le decia hallarse en aquel Alto. Salió a verlo acompañado de sus Edecanes y Oficiales; pero habiéndolo encontrado ya en media cuesta, viniendo para la ciudad con el Señor Coronel Don Pablo Astete, la oficialidad y todo el Ejército, se volvió y entraron juntos a ella; se repicó con generalidad, y todos colmados de gozo se congratularon mutuamente.

Pasaron luego a la Pampa de Potopoto, donde primero se habia acordado situar el Campamento; pero en lo misma tarde se determinó acuartelar toda la gente en la ciudad, como se efectuó: consta de dos divisiones, de mas de mil hombres cada una, a car-

go de los Sres. Coroneles Astete y Lombera; la soldadecza es de satisfaccion, así por su robustez y disciplina, como por estar hecha al trabaxo y al mismo tiempo en posesion de vencedora; siendo bien notable el atrevimiento de los indios, que quando baxaba el Ejército por el camino de Potosí, y se hallaba ya en los extramuros de la ciudad, ellos todavía se mantenian por el otro lado en Quilliquilli y cerro del Agua de la Vida, gritando y haciendo destrozos en los cadáveres de los tres que mataron poco ántes; les quitaron las cabezas, se tiraron con ellas y las pusieron en unos palos largos; y lo que es mas, a uno le abrieron el pecho ántes de que acabase de morir, y sacándole el corazon, lo despedazaron a bocados y mordizcones. Todo, y aun el mismo cerco, era proveniente de la mala situacion de la ciudad dominada por todas partes de alturas, a que se siguen quebradas y laxerías, que al paso de facilitar la fuga, imposibilitan la persecucion o la hacen de mucho riesgo.

Poco ántes del arribo del Señor Lombera al Alto de Potosí, tuvo en el de Lima, el Señor Benavente otro combate, fuera del que se ha referido. La division que salió, compuesta en la mayor parte de la caballería y otros patricios de la ciudad, regresaba victoriosa, trayendo los fusiles y cañon ganado a los indios, quando se avistó otra multitud de éstos al lado de Chacaltaya, formados en fila, provocando a nuevo combate; y como ésta acababa de obrar y estaba fatigada, quedó en custodia del campo, y la demas gente salió contra ellos baxo el comando del Señor Coronel Don José Santa Cruz y Villavicencio; fueron acometidos con el mayor denuedo, y pareció que la desesperacion se habia apoderado de los indios; muchos llegaron a luchar brazo a brazo; uno se arrojó a abrazar al Señor Comandante, empeñándose en sacarlo de la muela en que iba y traerlo a tierra; se deshizo de él descargándole prontamente un sablazo que dividió la cabeza del rebelde: no hubo desgracia de nuestra parte, habiéndose portado el Comandante con mucha valentia y honor; de los indios murieron mas de doscientos cinquenta; y aunque los demas se dispersaron, por la noche volvieron reunidos, se acercaron al campo con griteria y tiros de fusil, y lo incomodaron, teniéndolo en vela casi toda ella.

El 19, no ocurrió cosa mayor, y el 20 salieron unas partidas de las divisiones de los Señores Astete y Lombera para Potopoto; los rebeldes de Pampaxasi, quando los vieron, baxaron de la cima como para acometer; pero habiendo los nuestros pasado el Rio y

empezado a subir la cuesta sin detenerse, se retiraron ellos a la Ceja, indicando quererse defender allí; lo que tampoco verificaron, porque, hallándose inmediatas las tropas, huyeron, aunque despues de despedir muchas piedras y algunos tiros de fusil, con que hirieron tres soldados: murieron diez o doce indios; los nuestros posesionados del Alto cogieron algunos comestibles, la cureña sin el cañon, que lo habian retirado anticipadamente, y quemaron toda la ranchería que habian construido; con lo que no siendo posible perseguirlos por aquellos cerros y quebradas inmensas y casi impracticables, regresaron a la ciudad. Un indio prisionero declaró que el cañon pensaban primero enterrarlo, pero que despues lo cargaron al Alto de las Animas, donde tenian campamento, y proponian hacerse fuertes, igualmente que en Mallasa que está casi enfrente, rio en medio, distantes ambos lugares de la ciudad tres leguas, y que en el de Mallasa estaban los caudillos Cáceres, Irusta y Calderon. Se supo tambien haber dicho Cáceres escrito a Tianguanaco y a otros pueblos, asegurando a los indios, que habiendo sido enteramente derrotado el Señor Goyeneche, las divisiones que habian entrado a la ciudad, no eran mas de restos últimos de su Ejército, y que así era necesario se reuniesen para acabar con estos residuos. Este perverso indio, siendo nativo de Pacáxes y escribano de muchos años, con motivo de su oficio y otros artificios, ha logrado un grandísimo concepto entre los de su casta; baxo de esa satisfaccion y el conocimiento de la calidad de los indios, no se detiene en engañarlos con estas y otras falsedades, para mantenerlos en la rebelion; una de sus máquinas ha sido decirles, que él por ser escribano del Rey, sabe séntricamente todo lo perteneciente a la Soberanía, y que por eso, a ninguno otro, sino a él deben dar crédito. Irusta y Calderon han seguido cabalmente sus máximas, y desde el principio del cerco no han cesado de infestar a la indiada, y aun a la plebe de la ciudad, con otros embustes semejantes a la expresada máquina.

El 21, hubo Consejo de Guerra en la Casa Pretorial, a que concurrieron el Señor Gobernador, los Señores Coroneles Astete, Lombera, Benavente, el Comandante de la plaza y otros Oficiales, para tratar y concertar el plan de operaciones. Se acordó que el Señor Astete se dirija al Alto, recorra y pacifique los Partidos de Pacáxes y Sicasica, teniendo libre y expedito el camino desde este pueblo al Desaguadero, y estando a la mira de la ciudad para auxiliarla siempre que se necesite; que el Señor Lombera se encami-

ne al Rio abaxo y Partido de Yúngas, y el Señor Benavente a los de Omasúyos y Larecaxa, ambos con los propios objetos: se ha considerado muy acertada la determinacion.

El Procurador de la ciudad se presentó solicitando que de cada division quede algun número de gente con cartuchos y dos o tres cañones, para la mejor defensa de la ciudad, por creerse que luego que se separen, no tardarán los indios en volver a sitiarla; se ha logrado en quanto al cañon que ganó el Señor Benavente en el Alto, y mas de veinte mil cartuchos con que han proveido la ciudad, ménos por lo tocante a la gente; y parece con bastante motivo, porque al paso que las expediciones necesitan de ella, puede muy bien la ciudad defenderse con la que tenia de ántes, y el socorro de cartuchos y cañon, agregándose el hallarse las divisiones en la misma provincia para auxiliarla y abrir las comunicaciones siempre que convenga.

El 22, volvieron a la ciudad los 300 hombres de infanteria y caballería que habian salido y permanecian en el campo del Señor Benavente.

El 23, salió la division del Señor Coronel Astete para su destino, dirigiéndose por el Alto de Potosí; se presentaron en el Gobierno muchos indios de Achocalla (que han sido los mas tenaces) y de otras partes; llevaron sus respectivos pasaportes. Llegaron el Licenciado D. Márcos Pardo y el Dr. D. Luis Carrasco, curas muy fieles y beneméritos de Calamarca y Hachacachi; tuvieron trances peligrosísimos con los rebeldes: han comunicado, el primero que le parece estar libre el camino desde Sicasica a la ciudad; y el segundo, que a los pueblos de Santiago, Guarina y parte de Hachacachi y Pucarani, considera todavia tumultuados; pero que en el Partido de Larecaxa, el Subdelegado interino D. Baltazar Rada, sabiendo de la invasion que preparaban los insurgentes, y asegurado de la fidelidad de mucha o la mayor parte de la indiada del mismo Partido, tenia en la capital de Sorata reunidos mas de quinientos hombres, entre españoles y otras gentes, con algunos fusiles para la defensa, caso de verificarse la invasion en este mismo dia; mandó propio el cura de Sapahaquí D. Francisco Zalazar a los Señores Intendente y Comandante Astete, noticiándoles por oficio la sumision de aquel pueblo, el que ha sido uno de los mas rebeldes. No cesan de presentarse por centenares en el Gobierno los indios de las haciendas y pueblos inmediatos a solicitar el perdón, y tratándoseles con benignidad por el Señor Gobernador, se

espera pronto ver restituida la paz y tranquilidad de esta provincia.

El 24 se movieron y dirigieron igualmente a sus destinos las divisiones del Señor Lombera y del Señor Benavente.

Es la verdad de lo acaecido, y el estado de las cosas en la actual fecha.

Paz, 24 de Octubre de 1811.

Ramon Mariaca.



CAMBIAZO.

El trájico motin que hace poco salpicaba con sangre las márgenes heladas del Estrecho ha traído a la memoria el recuerdo de la descabellada i sangrienta sublevacion encabezada allí mismo por Cambiazo.

Esta triste asociacion de ideas daba al dramático episodio, de hace un cuarto de siglo mas o ménos, el vivo interes de un hecho palpitante. Al favor de ese interes el señor Vicuña Mackenna se ha apresurado a arrojar en la rápida corriente de su pluma algunos documentos i a dar así la vida de la historia a esas hojas muertas i enterradas en su archivo. ¿Pero cuánto durará esa nueva vida? ¿Será tan pasajera como el interés fujitivo, de una hora de un momento que las ha sacado del olvido? Se desencuadernarán las hojas de este libro con la misma rapidez con que han sido encuadernadas?

Preguntas amenazadoras que persiguen los estudios históricos del señor Vicuña Mackenna con la misma tenacidad con que él persigue los asuntos que puedan producir una honda sensacion en sus lectores; preguntas que talvez en este caso podamos resolver de una manera favorable i hasta lisonjera.

En su último libro el señor Vicuña Mackenna ha hecho un gasto de imaginacion mucho mayor que en cualquiera de sus obras anteriores, talvez estimulado por la naturaleza misma del asunto que iba a presentar. Ese drama medio envuelto en una sangrien-

ta leyenda popular abría un ancho campo a su imaginación femenina—no afeminada—escitable, nerviosa, brillante i caprichosa. El señor Vicuña Mackenna se complace en cubrir las formas opulentas de esa imaginación femenina con todas las galas de un estilo exuberante i peculiar. Estilo que se ha formado por sí solo, que se ha desarrollado libremente, i que como todo estilo espontáneo, es bárbaro, poderoso i pintoresco, como el de Carlyle i el de Sarmiento. Como todo estilo espontáneo es desigual, a veces ampuloso i rebuscado hasta tocar los límites de un oscuro gongorismo; a veces natural i distinguido, como el verdadero estilo de un artista; pero siempre, aun en sus caídas mas profundas, es atrayente, orijinal, armonioso i pintoresco; tiene siempre lo que Carrel llamaba «la imaginación de la frase.»

A la luz de esta imaginación el autor del *Cambiazó* va a exhibirnos los documentos que ha podido recojer sobre el motin de Magallanes i sobre el miserable protagonista de ese drama de trájica barbarie.

Pero ante todo ¿cuál es el grado de confianza que merecen esos documentos? ¿cuál es su valor real ante la historia?

El diario del capitán García, segun la frase testual del señor Vicuña Mackenna, «ha sido escrito a posteriori i con el propósito de defensa personal.»

Su autor aparecía complicado en el motin i escribió esta relación para salvar su responsabilidad de la deshonra i la vergüenza. No puede pues acordársele mas fé que la que se prestaría a un alegato apasionado en que la situación suprema de su autor en cierto modo justifica hasta las tergiversaciones mas audaces. No queremos decir con esto que realmente el capitán García haya cometido un fraude histórico, queremos poner de relieve solamente la presión de las circunstancias porque él atravesaba i la temeridad que habria en concederle el valor de un testimonio irrecusable.

El tercero de esos documentos se caracteriza por sí solo con su título i su firma. «Diario de la revolución de Magallanes en 21 de noviembre de 1851, fecha en que se subleva en el fuerte de Punta Arenas el teniente de la compañía fija don Miguel José Cambiazó en unión del teniente de la guardia nacional don Nicanor García, comandante del piquete cívico que tambien se encontraba de guarnición en la colonia»—i la firma es: «Uno de los mártires de Magallanes.»

El espíritu violento en contra de Garcia que anima esa relacion i que se deja ver hasta en el áspero sobre del escrito, seria bastante para hacerlo sospechoso. I esta justa prevencion se hace mas acentuada todavia en presencia de las inexactitudes evidentes i de los hechos «no solo fantasmagóricos sino inverosímiles» que se encuentran a cada paso en ese diario, que segun las propias palabras del señor Vicuña «ha sido escrito con mas fantasía que buena memoria.»

En cuanto al segundo, es una relacion rápida i vaga escrita por el señor Avalos doce años despues de los sucesos i que arroja algunas sombras sobre el diario de Garcia, i alguna luz sobre el asesinato del desgracido gobernador de la colonia.

La nota pasada por don Santiago Dunn, el ex-secretario de Muñoz Gamero, cuando iba a iniciarse el proceso de Garcia ha sido escrita con una estudiada vaguedad i el propósito evidente de salvarlo. Ese documento podia tener un valor serio ante el tribunal, obligado a mirar la firma que llevaba al pié, pero no puede tenerlo ante la historia, obligada a examinar el espíritu i los móviles que inspiraban a su autor. Ese espíritu está de relieve en el solo hecho de que no se haya precisado en esa nota la parte real i verdadera que tocaba a Garcia en los sucesos. Si Garcia era inocente, si solo se habia arrojado en el motin siguiendo los consejos que el gobernador Muñoz Gamero en presencia de su secretario le habia dado, si realmente habian procedido de acuerdo hasta el momento en que el acuerdo era imposible ¿por qué no afirma Dunn esos hechos de una manera terminante i categórica? ¿Por qué entrega a la dudosa interpretacion de una nota equívoca la vida i el honor de un inocente? I por el contrario si sabia Dunn que la pretendida duplicidad de Garcia no era mas que un cobarde subterfujio; ¿por qué entónces no lo hace desempeñar el papel que en realidad desempeñó? Esa nota ambigua que absuelve a Garcia por lo que dice i lo condena con sus reticencias, a los ojos de un crítico imparcial es la espresion de un hombre que fluctúa entre la jenerosidad i el resentimiento, que no quiere condenar a muerte a un antiguo camarada i que resiste al mismo tiempo a perdonar al cómplice de injurias todavia palpitantes.

Pero, sea de ello lo que fuere, el hecho solo de que este documento pueda prestarse a tan graves comentarios lo coloca en una luz dudosa.

Añádase a esto la nota pasada por el comandante de la *Virago*

que tiene algunos detalles interesantes sobre el desenlace del motin: las sentencias del Consejo de Guerra, la Corte de Apelaciones i la Corte Suprema de Santiago, en el proceso de Cambiazo i de sus cómplices; una correspondencia de periódico ilustrado i la memoria correspondiente del ministro de la Guerra i se tendrá la base histórica en que el señor Vicuña Mackenna apoya su trabajo.

Para la elaboracion de su libro el señor Vicuña Mackenna disponia, pues, de poderosos recursos personales pero de elementos históricos que no estaban a su altura. No pretendemos con esto dirigirle el cargo absurdo de que no haya buscado una fuente mas segura para alimentar su narracion desde que era la única de que podia disponer. El historiador tiene que ceñirse a los elementos que encuentra en su camino, i todo lo que tenemos derecho de exigirle es que sepa apreciarlos desde un punto de vista verdadero i no les conceda un valor exajerado, es que sepa sacar todo el partido que sea posible saccar de ellos i que les dé el calor i el movimiento de una narracion viva i animada.

El autor del Cambiazo se halla escento de todos estos cargos, pero desgraciadamente no se encuentra tambien libre de la peligrosa influencia que lleva consigo fatálmente la rapidez para concebir i componer. Esa rapidez hace que la imaginacion dejenere en fantasia i que la libertad del escritor llegue a convertirse en un verdadero libertinaje de la pluma. El señor Vicuña Mackenna parece dominado por una fiebre de produccion devoradora, que lo hace pasar con una sorprendente rapidez de un polo al otro polo del mundo intelectual i no se puede impunemente someter la inteligencia a esa jímástica violenta. Las concepciones de esa hora de fiebre están destinadas a desvanecerse como las caprichosas quimeras de los sueños. En los tiempos de Amadis de Gaula se decia que las guirnaldas florecian sobre la cabeza de la mujer que ha sido fiel i se marchitaban sobre la frente de la que no ha sabido ser constante. Esta leyenda caballeresca se realiza en los dominios del arte: todo muere i se marchita al contacto de una pluma lijera i todo adquiere nueva vida al calor de una reflexion perseverante.

Esta composicion vertijinosa condenaria los libros del señor Vicuña Mackenna a un olvido irrevocable si debajo de su brillante superficie no circulara a veces una corriente profunda i filosófica. Esa corriente asegura al estudio sobre Cambiazo un interés mas

sólido i mas sério que el de una simple narracion dramática. En este libro el señor Vicuña ha bosquejado por lo ménos un interesante estudio de carácter.

No seria pues justa la crítica del porvenir si juzgando al señor Vicuña Mackenna le dijese, como Jesus juzgando a la hermosa Magdalena:—Escritor! tú te has salvado porque has escrito mucho. Nó, seria necesario que añadiese todavia:—Tus bellezas hacen olvidar tus defectos, i si es cierto que se puede decir de tí, como de Walpole, que hacias grandes las cosas pequeñas i pequeñas las cosas grandes, tambien se debe decir de tí, que sabias animar el recuerdo i darle vida al pasado, que sabias despertar en el corazon de tus lectores las emociones, los placeres i las torturas de sentimientos ya desvanecidos, i que como el autor de *Caton* sabias hacer que «tojos ingleses derramasen lágrimas romanas.»

Pero permítasenos un paréntesis para evitar que esta fecundidad redentora se convierta en una fecundidad tentadora. No queremos que nadie cuente con asegurar la absolucion de sus faltas por la simple prodigalidad de su pluma. No, necesitamos, insistir en que hai diversas clases de fecundidad: hai la fecundidad pasmosa de los organismos inferiores, la fecundidad de los *efimeros*; hai la fecundidad imponente de los semi-dioses de la antigüedad i de los artistas de todos los tiempos, la de Deucalion que pobló la tierra i la del Dante que pobló el infierno; i entre estas dos fecundidades, la de arriba i la de abajo, la de los jénios i la de los infusorios, está la fecundidad humana en que se mezclan las dos, la grande i la pequeña, la belleza i el defecto,—la fecundidad envidiable del señor Vicuña. Pero, por desgracia, hai tambien otra que no es ni pasmosa, ni imponente, ni envidiable, es la fecundidad desesperante de la mala yerba i de los mercaderes del arte. Delante de esta, Jesus no levantó la mano para absolver, sino el látigo para arrojarlos del templo.

Dejando a un lado las apreciaciones jenéricas del *Cambiazó* i de su autor, pasemos a confrontar la relacion con el proceso seguido en Valparaiso a los amotinados de Punta Arenas—precioso documento de la valiosa coleccion del señor don Luis Montt, que nos ha permitido consultarlo con su amable i habitual galantería.

I.

El señor Vicuña Mackenna ha consagrado la primera parte de

su libro a narrarnos el establecimiento de la colonia penal de Maganes desde su punto de vista pintoresco i dramático. Ha seguido con una mirada cariñosa la estela que dejaba el *Ancud* surcando las aguas del Estrecho, pero ha dejado en la sombra el objeto político i social que el gobierno de Chile perseguía yendo a buscar un puerto seguro entre esos cabos tormentosos, que azotan sin cesar las olas de dos océanos i cubren las nieves eternas de los polos.

Como él abandonaremos el estudio de esa cuestion política i social i en pos suya seguiremos la goleta exploradora que el 21 de setiembre de 1843, en el corazon del invierno, echaba el ancla en frente del siniestro promontorio de Santa Ana. Al pié de ese mismo peñon hacia poco mas de dos siglos i medio el atrevido don Pedro de Sarmiento echaba el ancla i tomaba posesion en nombre de los monarcas españoles. Ahora el comandante Williams iba a recojer nuestra herencia como lejítimos herederos de los reyes de Leon i de Castilla.

Despues de esta ocupacion militar se alejó la goleta para continuar sus exploraciones del Estrecho dejando en la colonia que acababa de fundar al teniente Gonzalez Hidalgo i un corto destacamento de artilleros. «La colonia—decia en 1844 el ministro de la Guerra,—se ha establecido en el puerto de San Felipe al abrigo de un puerto suficientemente guarnecido i capaz de resistir los ataques de los indijenas; se le ha provisto de cuantos artículos puede necesitar una poblacion naciente, así para el sustento i abrigo de los pobladores, como para la construccion de edificios, cultivos de la tierra, crianza de ganados i otras operaciones industriales. Tambien se ha hecho conducir allí un intérprete para facilitar la comunicacion con los buques extranjeros, un médico con su correspondiente botiquin i un cura que se empleará, en ganar para la fé i la civilizncion las tribus salvajes de las cercanías. Nuestros buques de Guerra menores deben encargarse de mantener las comunicaciones con la colonia, i uno de ellos especialmente debe estacionarse en el puerto de San Felipe, para prestar a los colonos los auxilios que puedan necesitar i para hacer reconocimientos i levantar planos en la costa. El gobierno, en fin, no ha perdonado medio de obtener un resultado favorable de la empresa. En los pocos meses que la colonia cuenta, ha tenido ocasion de prestar auxilios oportunos a los navegantes que cruzan por aquellos remotos mares. Víveres, embarcaciones i tropas para defender los efectos náu-

fragos de la rapacidad de los salvajes, se han proporcionado a buques de diferentes naciones i se han dado instrucciones mui especiales al Gobernador a cerca de la hospitalidad cordial i franca que debe conceder siempre a los extranjeros que arriben al establecimiento.»

La pequeña guarnicion no habia sido pues abandonada a la inclemencia del desierto i del océano. El gobierno velaba con cariño por la suerte de ese núcleo de soldados, estacion avanzada de la hospitalidad chilena. A entradas del invierno de 1844 el piquete de soldados era una verdadera guarnicion de cincuenta a sesenta hombres; el teniente Gonzalez Hidalgo dejaba su puesto al comandante don Justo La-Rivera primer gobernador militar de la colonia, que en ese puesto oscuro inició la tradicion de laboriosidad i desprendimiento que debian continuar sus sucesores. En las cimas de la punta de Santa Ana levantó el fuerte que sirvió de primer recinto a la colonia i que en honor del jefe del Estado se llamó «el fuerte Búlnes.»

En enero de 1845 el gobernador La-Rivera dejaba su puesto de trabajo i de peligro al nuevo gobernador don Pedro Silva. A la administracion del antiguo pipiolo sucedia una administracion gráficamente pelucona. El comandante Silva era la encarnacion viva del autoritarismo crudo. Severo, imperioso, dominado en todo por un espíritu de órden i estricta economía i creyente fervoroso de la infabilidad oficial, tal era el nuevo gobernador a quien sus subalternos llamaban «el Califa.»

Ese espíritu de severa economía provocó el primer conflicto de la naciente colonia. Llegó la inexorable parsimonia con que el comandante Silva distribuia los víveres hasta hacer sentir la exaltacion del hambre. La colonia de Magallanes, observa con justicia el señor Vicuña Mackenna, estuvo en vísperas de volver a merecer el terrible nombre de *Puerto del'Hambre* con que la bautizara el navegante Cavendish cuando recojió al último de los sobrevivientes de la expedicion de Sarmiento.

Por otra parte a medida que la colonia prosperaba se hacian sentir, de una manera mas intensa los inconvenientes de su mala situacion. Faltaba el agua, la leña estaba léjos, el terreno era estéril, i a esas penosas condiciones de un verdadero desierto venian a unirse la inclemencia de un clima glacial i los formidables huracanes del polo. En estas condiciones la vida se hacia insoportable en la colonia. El capitán Molina perdió la razon i despues la

vida a consecuencia de esas condiciones deplorables. Una suerte análoga habia corrido el capitán Stokes, que al cerrarse el primer cuarto de este siglo exploraba esas mismas rejiones del Estrecho.

En esa dura i penosa situacion volvieron la vista los colonos hácia la meseta mas benigna i pintoresca en que se halla ahora situada Punta Arenas. «Es sabido por todos los que conocen el Estrecho que miéntras mas se aparta el territorio del terrible i tormentoso cabo Froward, hácia el oriente i el norte, mas dulce i ménos tormentoso se hace. El cabo Froward divide con su pesada cabeza los estrechos de Magallanes en dos secciones jeográficas profundamente marcadas. Al oeste del cabo, tempestades constantes, lluvias continuas, costas inhospitalarias, i por último, como por un sarcasmo, el puerto de la *Misericordia*, cubierto de arrecifes i de naufragios: ese es el Estrecho desde el cabo de Pilares (no Pilar) hasta el cabo de Froward.

«Desde aquí al cabo de las Virjenes en el Atlántico, la naturaleza se amansa como un corcel que llegase fatigado de larga correria, i el sol alegra con sus luces aquellas latitudes que comienzan otra vez a recordar los iluminados cielos de aquella patria que el navegante cree haber dejado a su espalda i que encuentra de nuevo i gozoso en su camino» (1).

Sin embargo, es necesario no olvidar que en cambio de sus inconvenientes numerosos el habra de fuerte Búlnes presentaba ventajas incuestionables para el anclaje i desembarque de los buques. Esas ventajas de una importancia primordial para el marino era lo que los habia decidido a preferir el peñon de Santa Ana. Para los soldados que espermentaban de una manera permanente los inconvenientes de un clima duro i un terreno estéril esas ventajas eran completamente inapreciables, así es que luego principiaron todos a ajitar la inmediata traslacion de la colonia. No debia verificarse, sin embargo, bajo la direccion del comandante Silva sino bajo la de su inmediato sucesor el gobernador Mardones. Un incendio acaecido un año despues de su llegada (marzo del 48) redujo a cenizas la mitad de la colonia precipitando así la traslacion cuyo decreto se aguardaba impacientemente. Un año mas tarde ya la colonia estaba establecida en el punto que definitivamente debia ocupar. Contaba entónces con una poblacion de cerca

(1) Cunningham en su *Natural History of the Strait of Magallanes* señala el Cabo Norte,—situado al N. E. del Cabo Froward—como linea divisoria entre las dos zonas del estrecho.

de 400 habitantes, i luego tuvo todos los edificios públicos indispensables para el libre juego de una organizacion social. El malogrado Muñoz Gamero, encontró en aquel sitio, dos años ántes abandonado i desierto, una ciudad próspera i risueña que en ese corto espacio de tiempo casi habia duplicado su primitiva poblacion i que animaba con lisonjeras esperanzas el productivo trabajo del carbon i un comercio de tránsito que llega a parecer inverosímil. Durante el año 48 i parte del 49 sesenta buques cruzaron el Estrecho.

La importancia que el nuevo establecimiento iba adquiriendo con pasmosa rapidez avivó mas todavía el interés con que los hombres de gobierno lo miraban. El jeneral Búlnes creyó que para secundar su desarrollo era menester mandar allí algo mas que un soldado valiente i laborioso i confió su direccion a un oficial intelijente, jóven, prestigioso, que habia hecho con brillo su rápida carrera. Dió al señor don Benjamin Muñoz Gamero,—que unia a sus brillantes cualidades personales un nombre ilustre en nuestras campañas militares i una educacion completada en la marina inglesa,—los amplios poderes de una verdadera dictadura militar. Con esos títulos i un considerable acopio de elementos llegó el nuevo gobernador a la colonia a fines de abril del año 51. «La colonia, decia el ministro de la Guerra en su memoria refiriéndose a esos días, se presentaba entónces como nunca. Abundante en víveres i en recursos de todo jénero, con una administracion que conciliaba el bienestar i el porvenir de aquellos habitantes con el ahorro de los caudales públicos: el luero del trabajo individual con el trabajo procomunal. Habia una escuela en que se enseñaban niños i un hospital bien provisto i asistido. El número de habitantes que allí habia ascendia a mas de setecientas personas, entre la tropa, los destinados i la familia de unos i otros. Algunos de los destinados de tiempo cumplido se habian convertido en pobladores voluntarios i se hacia buen comercio, aunque en pequeña escala con los indios i los buques que pasaban: los sembrados presentaban un aspecto halagüeño: se anticipaba una abundante cosecha: todo, en fin, ofrecia provechos i adelantos.» Sin embargo, debajo de esa superficie próspera i risueña se habian ido poco a poco amontonando lo mas peligrosos elementos. La guarnicion militar de la colonia se componia en esa época de una compañía fija de artilleros organizada sacando diez plazas de cada compañía de ese rejimiento. El señor Vicuña observa con justicia que

nada podía haber de mas desacertado que aquella providencia del ministerio de la Guerra, porque en vez de designar un personal a propósito para el delicado servicio de custodiar presos i malhechores, se escujo el deshecho de cada seccion para ese puesto. Desde que el envío a la colonia era considerado como un verdadero castigo, los capitanes de artillería consistieron en desprenderse solo de a parte mas ruin de su tropa. I era tambien una imprudencia dar el carácter de fija a aquella guarnicion. Un largo contacto entre soldados i confinados debia necesariamente relajar la disciplina de los unos i dar aliento a las temerarias empresas de los otros. Esa guarnicion por otra parte estaba al cargo de una oficialidad mediocre i que como mas tarde pudo verse era incapaz de dominar cualquiera emergencia peligrosa.

En resúmen, mas de trescientos confinados que formaban la hez de nuestro ejército se encontraban allí al cargo de una escasa i mal organizada guarnicion, de una tropa entresacada en las últimas filas del ejército, ajitada por las rivalidades de un provincialismo estrecho, al cargo inmediato de una oficialidad incapaz de dominarla i bajo la direccion superior de un jóven militar que a sus bellas i numerosas cualidades no unia, por desgracia, la resolucion i la enerjía. I como si todo esto no fuera bastante todavía, llegaron en calidad de confinados los sarjentos del *Valdivia* que iban a avivar la agitacion de la colonia arrojando en ella los fermentos esplosivos la pasion política.

La prosperidad de la colonia estaba pues en un equilibrio inestable que la presion mas lijera debia trastornar. Bastaba un lijero impulso para desarrollar esa perspectiva inmensa de desgracias; bastaba el soplo de un resentimiento para dar aire a esa formidable conflagracion.

Los sucesos de la colonia no tardaron en presentar al que debia dar ese impulso. El provocador de esas desgracias fué Miguel José Cambiazo, hombre oscuro que no contaba todavía treinta años, cuyo nombre sin embargo, mas de una vez habia sonado en los juzgados criminales.

II.

Cambiazo era oriundo de Petorca, donde nació en 1823. Era hijo de un médico de aldea i de una jóven del lugar «cuya belleza realzaba una voz encantadora.» Pasó su «primera juventud os-

cura como la aldea en que habia nacido, lóbrega como su memoria.» Las únicas huellas que dejó en su vida la educacion lugareña, fueron una hermosa letra manuscrita i una marcada aficion por los estudios químicos, que probablemente adquirió ayudando a su padre en la botica.

Pero apenas llegó a los 18 años, esa edad reveladora en que las tendencias que van a dominar al individuo se descubren siempre al ojo observador, huyó Cambiazo de su aldea, robándose a una jóven de su edad, con quien vino a ocultarse en el dédalo entóncees verdaderamente impenetrable que formaban los arrabales de Santiago.

El padre de la jóven consiguió, sin embargo, descubrirla i devolverla a su hogar.

Las consecuencias de ese rapto se dejaron sentir sobre Cambiazo de una manera abrumadora. Se encontró en Santiago solo, aislado, reducido a las estrecheces del hambre i la miseria i sin poder volver a su aldea por el temor del castigo que allí se le aguardaba.

Para escapar a las angustias de aquella penosa situacion sentó plaza de soldado el 10 de marzo de 1842.

La seriedad de su conducta,—seriedad impuesta por el temor de perder aquella plaza, que era su última i su única esperanza,—llamaron luego la atencion de sus compañeros i sus jefes, que en pocos meses lo elevaron hasta el honroso puesto de sarjento. Llegando a esa posicion relativamente holgada, buscó medios de satisfacer su aficion a la química, solicitó i obtuvo el permiso necesario para seguir los cursos universitarios de Domeyko. La estrictez con que cumplia sus deberes militares, la intelijencia con que desempeñaba siempre las comisiones del servicio, su hermosa caligrafía i el prestigio mismo que le daba su aficion perseverante por la química, formaron una atmósfera simpática al jóven artillero. En 1845 un antiguo oficial de infantería, llamado don Rafael Navarrete, «hombre poco versado en papeles, en cuentas i lo que se llama el *detall*,» fué mandado a hacerse cargo de la compañía de Chiloé. Navarrete solicitó del coronel de artillería que le permitiese llevar a Cambiazo en calidad de secretario, i en ese carácter llegó a Aneud en el otoño de 1845.

Su posicion ahora independjente, la conciencia de que los servicios que él prestaba serian difícilmente reemplazados, el relajamiento de la disciplina militar inevitable en las guarniciones apar-

tadas de sus jefes superiores, fueron debilitando poco a poco la reciente severidad de sus costumbres. A todo esto vino a unirse una de esas fatalidades de la vida que dejan perplejo al mas severo moralista. Cambiazo cayó enfermo, i en medio del aislamiento social en que entónces se encontraba, recibió los cuidados cariñosos de una mujer perdida. Al traves del prisma de la gratitud desaparece la mancha indeleble que imprime el vicio sobre la frente de sus tristes escojidos. A ese sentimiento perturbador i jeneroso viene a unirse todavía en un corazon jóven e inesperto la risueña esperanza de poder redimir por el amor a la victima talvez de involuntarios estravios.

Al traves de ese prisma engañoso, la redencion de esa mujer se presentaba como un propósito noble i natural al cerebro debilitado de Cambiazo. Quiso realizar esa empresa caballeresca i temeraria. Solicitó de sus jefes el permiso para atar con un lazo indisoluble su honor i su vida a los caprichos de una prostituta de cuartel e inútilmente trataron ellos de apartarlo de aquel propósito estravagante i deshonoroso. El amor i la esperanza lo inducian a perseguir las vanas sombras de una rejeneracion quimérica.

No tardó en sentir el punzante escozor de las espinas que ocultaba su nueva situacion. Se vió obligado a vivir en la oscuridad i el aislamiento léjos de sus antiguos camaradas, que miraban con insultante desprecio a la mujer que él habia creído poder levantar de su ignominia. Una circunstancia que en cualquiera otra ocasion habria sido un impulso vigoroso para lanzarlo por el camino del honor vino a hacerle palpar mas claramente todavía las consecuencias de su humillante matrimonio.

En 1847 recibió el grado de oficial de artilleria. «Desdeñado tras el velo de un ténue disimulo por sus camaradas en su nueva posicion, recojiendo cada dia desaires mas o ménos acerbos en medio de la sociedad en que el deber le obligaba a vivir, cada dia, cada hora, destilaba su mala índole dentro de las paredes de su corazon.»

El prisma color de rosa de las esperanzas ilusorias era reemplazado por el prisma sombrío de las amargas realidades.

Habla Stendhal en su estudio del Amor de un momento que compara con las cristalizaciones de las minas de Salzburgo. Arrojan en ellas una rama, al cabo de poco tiempo se ve cubierta su tosca superficie de brillantes cristales que transforman el tallo muerto i seco en una joya diamantina. Lo mismo sucede si se arroja la

figura de una mujer en el espíritu de su amante: poco a poco esa figura querida va cubriéndose con todas las cualidades nobles i elevadas que concibe su imaginacion exaltada; poco a poco va desapareciendo la realidad bajo el manto esmaltado de la ilusion, i no vemos al fin la mujer verdadera oculta por estas cristalizaciones del sentimiento, como no se vé la rama seca bajo los cristales deslumbradores.

El odio tiene tambien su periodo de cristalización como el amor; llega tambien un momento en que no vemos en el objeto aborrecido mas que un conjunto de todos los vicios i defectos que hemos encontrado esparcidos por el mundo. I al mismo tiempo que vemos irse concentrando en un solo objeto todo lo que odiamos, se van concentrando todas nuestras facultades en una facultad última i tremenda:—la desesperacion!

Cambiazó llegó hasta ese momento de inevitable desequilibrio intelectual en que la imaginacion se precipita en los desenlaces trágicos del crimen. ¿Llegó hasta consumarlo?—Se le ha acusado de haber querido corroer con el veneno la cadena humillante que lo ataba al poste de la afrenta pública, se le ha acusado de haber querido dar muerte a su mujer, pero la inculpacion no pudo ser probada en el juzgado i Cambiazó fué declarado inocente ante la lei. Pero, inocente o culpable, tenemos en ese hecho la prueba moral de que Cambiazó habia llegado a una situacion en que la posibilidad del crimen no es un absurdo inadmissible.

Tenemos todavia otro hecho que proyecta una luz viva sobre la situacion intelectual que atravesaba. Se entregó a la embriaguez como si quisiera desvanecer en los vapores del alcohol la idea de su humillacion que lo perseguia con la tenacidad implacable de una idea fija.

Esa atmósfera moral envenenada lo llevó hasta la zona intermedia entre la razon i la locura. Mas aún, lo llevó francamente a la locura.

«En ocasiones despechado ya consigo mismo sentaba plaza de saltimbanqui de aldea i divertía a las jentes de dudosa existencia con juegos de manos i manipulaciones químicas de jugar.—Cambiazó tenia tambien como ciertos animales dañinos condiciones raras para el mal i el engaño: era ventrílocuo i parecíase al cocodrilo en que podia hincar el puñal en su presa finjiendo el llanto de un niño. La cruel naturaleza habia arrancado a la garganta

privilejiada de su madre aquel divino don para esconderlo en las entrañas de su fatal enjendro.»

Basta i sobra con los hechos apuntados para tener los elementos necesarios para fundar el diagnóstico de una enajenacion mental, con toda la seguridad que se puede dar a los diagnósticos retrospectivos de la historia. Solo estando bajo la influencia de una perturbacion de su cerebro pudo convertirse un jefe militar en un histrion de taberna.

Entre tanto el ruido de la vida desordenada de Cambiazo no habia llegado hasta la comandancia de Santiago donde conservaba intacto su prestijio. Aprovechando la primera vacante sus jefes se apresuraron a ascenderlo al grado de teniente i en 1850 le enviaron a Valdivia sus despachos. Por una singular coincidencia este último ascenso no fué mas favorable para Cambiazo que el primero. La fortuna parecia complacerse en hacerle sentir al mismo tiempo el contraste de su favor i su crueldad. Junto con llegar a Valdivia la noticia de los despachos que se mandaba a Cambiazo, salió el correo que avisaba al gobierno la conducta irregular que éste seguia i las acusaciones criminales que pesaban sobre él. En vista de estas circunstancias,—que habrian sido ignoradas sino se le hubiese decretado ese fatal ascenso—el gobierno lo mandó *calificar* servicios, es decir, lo arrojó del ejército a la calle.

Cambiazo se vino a Santiago, talvez con la esperanza de poder siquiera en parte reparar su desastrosa situacion, talvez para no dar el espectáculo de la miseria a los que habian presenciado el de su degradacion humillante.

Llegó a la capital cuando se organizaba la compañía fija que debia servir de guarnicion en la colonia i cuando el gobierno tocaba con dificultades incesantes para encontrar oficiales que quisiesen aceptar esa dura comision. Ocurrió tambien,—dice el señor Vicuña—una nimiedad casi inverosímil que facilitó el ingreso de aquel mal oficial en el noble cuerpo que habia deshonrado: de sus ajustes con la caja del cuerpo resultó deudor a ésta de ochenta pesos, i a fin de que la pagara con desahogo, se le devolvieron otra vez sus despachos. Dejamos a cargo del señor Vicuña la responsabilidad de esta acusacion que no nos consta por ninguno de los documentos que hemos podido examinar.

Cambiazo partió luego a Chiloé para hacer los aprestos de su viaje, entre los que contaba acaso de antemano, el rapto de una óven de Ancud. En los dias que allí estuvo lo arregló todo i es-

aba ya con ella pronto para salir, cuando la intendencia tuvo noticias de ese delito escandaloso i lo mandó desembarcar.

Fué condenada a una reclusion de seis meses en el castillo de Niebla, i si se hubiera llevado a efecto la sentencia, talvez habria caido sobre otro la tremenda responsabilidad de la sublevacion de Magallanes.—Pero se interpusieron las influencias i Cambiazo salió libre e impune de aquella tentativa criminal i descarada.

Cuando Muñoz Gamero llegó de gobernador a la colonia ya Cambiazo habia adquirido una triste notoriedad por su vida desarreglada i licenciosa. Se le presentó, pues, bajo una luz desfavorable, pero Cambiazo supo luego sino desvanecer, a lo ménos atenuar esa impresion poniendo en juego su evidente superioridad intelectual i los recursos simpáticos de un carácter alegre i atraente (1).

El inesperto gobernador, dejándose arrastrar por jenerosos sentimientos, gastó con aquel soldado incorrejible una condescendencia imprudente i que debia espiar con crueldad. Cambiazo ilusionado con la esperanza de salvar una mujer perdida dejó el honor i la razon en esa empresa temeraria; Muñoz Gamero dejándose tambien seducir por la esperanza de salvar ese soldado mas perdido todavía sacrificó la vida en aras de esos nobles e imprudentes propósitos: así vemos en el estrecho campo de esta historia el castigo implacable que persigue a los que pretenden desvirtuar el movimiento misterioso e inalterable que dirige el destino de los hombres. La fatalidad antigua se levanta implacable i tremenda sobre todos los que han querido oponerse a la realizacion de su imperiosa voluntad.

Pocos dias despues de su llegada supo Muñoz Gamero que un motin encabezado por Cambiazo habia estado a punto de estallar i que solo habia fracasado por la embriaguez de los cabecillas en la noche definitivamente convenida. Era el plan apoderarse de la barca nacional «Los tres Amigos» i del cuartel de Punta Arenas. Cuando la barca se hizo a la vela i la realizacion de aquel plan se hizo imposible, temiendo Cambiazo que alguno de los conjurados lo pudiese traicionar, se apresuró él mismo a descubrirse, prometiendo al confiado Gobernador que no se volveria a embarcar en una empresa análoga. La promesa del que acaba de traicionar a

(1) Todos los detalles relativos a la juventud de Cambiazo a que hemos aludido, no tienen comprobante alguno en el proceso, i descansan solamente en las investigaciones personales del señor Vicuña Mackenna.

sus cómplices bastó para tranquilizar a Muñoz Gamero, que parecia empecinado en su funesta ceguedad (1)

Algunos dias mas tarde, en una de sus reyertas, Cambiazo atacó de mano armada a su inmediato jefe militar. Este delito imperdonable fué el punto de partida del horrible drama que vamos a seguir. Cambiazo fué arrestado en el cuerpo de guardia, donde permaneció durante varios dias en contacto con los soldados que formaban su custodia. El deseo de vengar aquella ofensiva reclusion, inducia su cerebro ya de antemano perturbado, a arrojarse en cualquiera jénero de empresa. Principió a explotar activamente todos los elementos de desórden de que le era posible apoderarse. Luego consiguió avivar el descontento de los unos i las esperanzas locas de los otros. En la realizacion de su propósito, Cambiazo no guardaba ni siquiera una reserva aparente. Hacia en público su propaganda criminal que segun todo jénero de probabilidades no era un misterio para nadie en la colonia, ni siquiera para el gobernador Muñoz Gamero. El capitán García asegura en su diario que al dia siguiente de haberle comunicado Cambiazo sus propósitos le dió parte al gobernador de la revolucion que se fraguaba. Léjos de dictar al tenor de estas revelaciones medidas enérgicas que pusiesen a raya cualquier conato de motin, ni siquiera se estrechó un poco la prision de Cambiazo a quien encontramos al dia siguiente sentado en la mesa del gobernador al lado del jefe a quien habia injuriado brutalmente. Esa induljencia daba alas a la audacia de Cambiazo i de sus cómplices: veian en ella,—i con justicia,—una prueba de timidez i cobardia. En esa misma mesa Cambiazo se encargó de hacer palpar al gobernador Muñoz Gamero la interpretacion que él daba a su induljencia. Delante de él mismo arrojó a su jefe insultos groseros que tuvo que acallar el gobernador hablando en nombre de la autoridad que revestia. Bajo la influencia del vino i de sus antiguos resentimientos avivados por la reciente humillacion que acababa de imponérsele, volvió Cambiazo a su prision resuelto a precipitar el motin que venia preparando i que estalló esa noche,—21 de noviembre de 1851 (2).

A la media noche fué disparado un cañonazo en el cuartel; los confinados se precipitaron dentro del recinto; la guarnicion se so-

(1) *Proceso*—Declaracion de García.

(2) Esta es la fecha que las declaraciones fijan de una manera uniforme i no la del lunes 17 aceptada por el señor Vicuña Mackenna.

metió, i Cambiazo quedó dueño de la nueva situacion. Para dar a aquel movimiento un colorido que lo justificara moralmente Cambiazo proclamó presidente de la República al jeneral don José María de la Cruz, candidato opositor vencido en la última lucha electoral. Bajo este carácter de levantamiento político Cambiazo ocultaba, pero no olvidaba, el verdadero móvil de sus actos. Al mismo tiempo que hacia disparar el cañonazo daba las órdenes necesarias para apoderarse de su jefe militar i someterlo a una prision severa i cruel, que debía terminar en el patíbulo en el riguroso plazo de una hora. «Pero fuera el aplazamiento meditado por refinamiento de crueldad; fuera olvido de la ebriedad del vino—lo que es mas probable i mas justo de reconocer—por efecto de esa especie de magnanimidad que aun en las almas mas viles produce la primera hora del triunfo, el capitan no fué ejecutado aquella noche.» Se limitó Cambiazo a mantenerlo en una triste reclusion bajo la guardia de uno de los sarjentos del Valdivia.

Se establecieron luego relaciones entre el prisionero i su guardian; i aunque éstas no fueron mas allá del cambio de algunas palabras inocentes i el obsequio de una botella de vino, apenas llegaron a oidos de Cambiazo, ordenó la ejecucion inmediata del guardian. Nada pudo apartarlo de ese propósito sangriento en que queria basar su dictadura.

Luego para recompensar a sus cómplices i organizar la insurreccion, se ocupó Cambiazo de la formacion de su ejército i distribucion de los ascensos. La colonia entera quedó militarizada, i los grados superiores del ejército fueron prodigados. El mismo Cambiazo se decretó el titulo de coronel en un curioso documento, que no podemos resistir a la tentacion de reproducir en esta página como una manifestacion espresiva de aquella revolucion estravagante. Dice asi: «*El gobierno provisorio de Magallanes ha tenido a bien nombrarse coronel i jefe de la fuerza armada de la division: dése en la órden del dia i comuníquese a quien corresponda.—García—Aprobado—Cambiazo.*»

Pero aun ántes de colgarse las ensangrentadas charrateras e improvisado coronel, ya se habia rodeado de una guardia que lo vijilaba contantemente aun durante las horas de su sueño. El temor de ser asesinado lo dominaba en todos los instantes de su vida: Cambiazo se vió asediado por esos espectros del miedo que persiguen como una Nemesis implacable a todo usurpador.

En el momento en que hemos llegado a los agentes activos que

perturbaban el cerebro de Cambiazo, vienen a añadirse la sed de venganza i el asedio del terror.

En todas partes vemos la huella inequívoca de una perturbacion profunda, i sobre todo en el código draconiano a que sometió la colonia.

Ese código promulgado el 13 de diciembre, en medio de un estruendoso aparato militar, consta de veinte i nueve artículos, en que prodiga las penas mas atroces por delitos vagos, dejando así una enorme elasticidad a la tirania de que él se apoderaba. Es curioso ver que si hubiese sido juzgado a la luz de su propio código el organizador de ese estravagante despotismo, habria sido condenado a muerte por infraccion de sus tres primeros artículos. «Todo inferior que hablase mal de su superior será en el acto *fusilado*.—Todo inferior que echase manos a las armas para ofender a su superior será inmediatamente *ahorcado*.—Si se llegase a verificar el mal trato, bien sea con armas o sin ellas, será quemado vivo.—El infiel a la bandera que hemos jurado, será *descuartizado vivo i después quemado*.—Todo individuo que por cobardía volviese la espalda a la vista del enemigo, o habiéndose empeñado la accion, será inmediatamente *muerto a bayoneta*, sacándole al mismo tiempo los ojos, para comprobar el hecho.—Si algun *infiel* fuese aprehendido, se principiará por *arrancarle la lengua* como instrumento de su falsedad. En seguida se le quemarán los ojos con un fuego candente, hasta carbonizarlos, etc.»

Hemos transcrito estos seis artículos del código, no solo para dar una muestra de su bárbara crueldad, sino tambien para hacer ver cómo a medida que la pluma corria sobre el papel, las penas iban aumentando en un vertiginoso *crescendo*. El frenesí del delirio está allí visible i palpable.

Desde el primer momento se empeñó Cambiazo en hacer ver que sus sangrientas prescripciones no serian letra muerta en la colonia. «Al pié del recinto, dice Diaz, se trabajaron todos los suplicios que se han conocido desde la antigüedad: hoguera, horca palo aguzado para empalar, un roble que servia de banco para fusilar, una escalera para azotar, tenazas de fierro para aplicarlas caldeadas a las carnes, grillos, mordazas, cadenas, fierros a propósito para carbonizar los ojos, etc., etc.» Sobre esta masa de sangre i de lodo flotaba la ironía brutal con que Cambiazo sazonaba sus sentencias i presenciaba su ejecucion. El roble que servia para exhibir a los ajusticiados fué bautizado por Cambiazo, por una

alegoría salvaje, con el nombre del «Peral.» Haciendo alusion a ese nombre las sentencias de muerte de Cambiazo se reducian a señalar un individuo i decir sarcásticamente a sus secuases. «Llévenlo a tomar peras.» I despues de ejecutada la sentencia iba Cambiazo a continuar el sarcasmo brutal con que la habia iniciado diciendo a sus camaradas:—«Hombre ¿no parecen pájaros?»

III.

Entretanto vivia la colonia en una incesante agitacion. Por todas partes se oia el ruido de las armas, la algazara de la orjía el clamoreo de las canciones obscenas, el chisporroteo del incendio i las siniestras llamaradas de la hoguera. A cada momento resonaba la llamada del tambor i recorrian la poblacion partidas armadas a cuya cabeza se veia flotar la bandera característica de aquel motin delirante. Era un jiron de trapo lacre «por un lado tenia una calavera de difunto encima de dos canillas atravesadas, i abajo de éstas este rótulo: *Conmigo no hai cuartel.* En el otra lado de la bandera tenia este otro: *Soi salteador en tierra i pirata en el mar*» (1). Rodeando esta bandera se presentaba Cambiazo con su escolta: todos montaban los caballos mas briosos que habian encontrado en la colonia i lucian los uniformes mas abirragados i relumbrantes que habian podido imajinar. El traje de su jefe—dice el oficial que acabamos de citar—se componia de pantalon de paño azul con franja amarilla, fragmento de su uniforme de artillería, casaca de marino, charrateras encarnadas, las palas de paño lacre (trabajadas por él mismo) kepi de artillería con pompon de lana lacre, espada de marino, tiros de galon amarillo, un par de pistolas enganchadas en los tiros, botas granaderas i un puñal en la pierna derecha.

A todas horas del dia i de la noche se veia pasar aquella tropa singular en medio de una algazara indescriptible, de una incesante gritería, con los estravagantes disfraces de un sangriento carnaval. De improviso un hondo silencio reemplaza aquel ruido estrepitoso; la voz se hiela en la garganta; el miedo i la sorpresa se dibujan en todos los semblantes. A la luz crepuscular se divisa una vela que asoma en el horizonte. Era el momento del pánico. Aquella vela podia poner a todo un brusco fin.

(1) Diario de Diaz; declaraciones de José Miguel de la Fuente, Ramon Jimenez, etc.

Se colocó en la playa un piquete de observacion en emboscada. El buque echó el ancla. Cambiazo mandó uno de los marineros, trasformado en capitán de puerto, con un pliego en que falsificando la firma de Muñoz Gamero ordenaba al capitán desembarcar sin demora los confinados que traía. Pocos momentos despues el bote volvía a la playa i desembarcaba sus tripulantes que victoreando el nombre del Jeneral Cruz se apoderaron del oficial que venía custodiándolos. La primera parte de la maniobra había sido, pues, afortunada: aumentaban las tropas de Cambiazo, tenía en su poder al jefe militar del buque que acababa de llegar i la esperanza de poderlo capturar. El peligro se alejaba pero no se desvanecía. Un ruido sospechoso, una señal, cualquier detalle, podia llevar a bordo la noticia de la insurreccion de la colonia i en pocos dias mas todo habría concluido, sus desórdenes junto con su vida. La noche fué de expectativa i observacion.

El buque que anclaba al caer la tarde del 26 de noviembre era la barca nort-americana «La Florida» en que por una circunstancia casual no se encontraron embarcados don Marcial Gonzalez i don Fernando Urizar Gárfias.—«Trasladaron a este buque—dice una carta citada por el señor Vicuña Mackenna—a Marcial Gonzalez i a Urizar Gárfias, quienes habrían ido a ese destino sino se hubiera andado con tanta prontitud para permitir que les consintieran salir del país, rindiendo fianza de 6,000 pesos cada uno, de no volver sin prévio permiso del gobierno, quedando presos e incomunicados mientras se presentaba la primera oportunidad para pasar al Perú. Arreglado este asunto en los términos expresados, los trasbordaron al buque en donde estaban ántes; i «La Florida» dió a la vela.»

Mientras pasaban para Cambiazo lentamente las largas horas de esa noche de asecho i de terror una ráfaga de esperanza iluminó la sombría situacion del gobernador Muñoz Gamero.

Contando los amotinados con la falta de resolucion i de enerjía del jóven gobernador de la colonia lo dejaron en completa libertad, dándole por cárcel el aislamiento que debía naturalmente producirse en torno suyo. Es fácil concebir la desesperante humillacion que debía producir esa desdeñosa libertad en el ánimo pundonoroso de un soldado. Muñoz Gamero no solo creyó que podría escapar en «La Florida» a la situacion bochornosa en que se hallaba, sino que talvez le sería posible sofocar el motin i recuperar la colonia.

Cobró bríos al calor de esa esperanza; i aprovechando la oscuridad de la noche, se apoderó audazmente de una embarcacion. Por desgracia la estricta vijilancia establecida por Cambiazo no pudo ser burlada por completo: lograron apoderarse del bote pero no alejarse de la orilla sin que los centinelas lo notasen. Inmediatamente sonó el cañon de alarma que se disparaba para anunciar la fuga de prisioneros: De modo que cuando Muñoz Gamero se acercó al costado de «La Florida» ya la escalera estaba izada i la tripulacion prevenida de que debía negarles todo auxilio (1).

Para agravar todavia las angustias de aquella situacion desesperada se desató una violenta tempestad. El ruido del viento i de las olas apagó la voz del gobernador i la fuerza de una corriente poderosa arrastró su embarcacion a la playa opuesta de la Tierra del Fuego. Al amanecer saltaron sobre esas rocas buscando entre ellas un abrigo en que guarecerse de la intemperie i de la lluvia. Pero no tardaron en ser apercibidos i asaltados por una de esas tribus de canibales, viéndose obligados a saltar de nuevo sobre su bote i lanzarse sobre el mar en plena i furiosa tempestad. El embarque tuvieron que hacerlo en medio del asalto, pero nó sin que Muñoz Gamero i otro de sus compañeros fuesen heridos por los proyectiles de los indios.

Desesperados, abandonaron al acaso la suerte de su bote, que llevaron las olas tres o cuatro dias mas tarde a la playa de Agua Fresca. Desembarcaron i fueron al bosque en busca de un asilo. La perspectiva de la muerte se presentaba como el término natural de cualquier línea de conducta que siguiesen. No era posible permanecer ocultos mucho tiempo i una vez descubiertos no podían dudar cual seria la venganza que tomara Cambiazo. Muerte por muerte valia mas la ménos vergonzosa. Desesperado, agotado por el hambre i la fatiga, herido, abrumado por la enorme responsabilidad que le afectaba, el desgraciado gobernador emprendió una marcha de once leguas.

La fatalidad parecia empujarlo hácia la muerte. Los acontecimientos desarrollados en la colonia durante su ausencia habian decidido su destino de una manera irrevocable.

(1) Cambiazo puso a precio sus cabezas, para estimular el ardor de las partidas que en todas direcciones salieron a buscarlos; ofrecía una recompensa de trescientos pesos por la cabeza del Gobernador, i otra de doscientos por la de Briones— que lo acompañaba en la fuga—único detalle en que insistimos, solamente para rectificar las apreciaciones en que un error de pluma ha hecho incurrir al señor Vicuña Mackenna.—*Proceso*, declaracion de García.

Al día siguiente de su evacion mandó Cambiazo a su impávido capitán de puerto con una nota al comandante de la «Florida» en que le ordenaba continuar el desembarque de los confinados que traía. El comandante del buque obedeció, i concluido el desembarque bajó a tierra acompañado del dueño de la barca. Cambiazo se apoderó entónces de su buque sin ninguna resistencia i sometió lo dos extranjeros a una dura reclusion acusándoles de «monttistas», crimen imperdonable en el código estravagante de Cambiazo.

Apénas acababa de terminarse la captura de «la Florida» apareció en el horizonte una nueva embarcacion que cruzaba rápidamente las aguas del Estrecho. Esa vela fué saludada por los amotinados con impresiones mui diversas de las que habia producido «la Florida.» Ahora tenian los elementos necesarios para apoderarse del buque i podian perseguirlo en caso de que su tentativa se frustrase, o por lo ménos podian huir de la colonia. Léjos de evitar su llegada lo atrajeron enarbolando las señales de socorro.

Apercibidas esas señales por la tripulacion de «la Elisa Cornish»—era el nombre del bergantin que cruzaba a la distancia—hicieron rumbo hácia la playa. Los amotinados se apoderaron por sorpresa de la nueva embarcacion miéntras su capitán se dirigia a tierra donde a nombre de la autoridad se le invitaba.

Apénas puso el pié en la playa fué apresado i amenazado como su piloto con una muerte inmediata. Este creyendo poder apagar con oro la sed de sangre que revelaba esa bárbara amenaza, descubrió a Cambiazo el tesoro que ocultaba la bodega de «la Elisa.» Talvéz con esa revelacion solo consiguió precipitarlo en la ejecucion de sus propósitos.

El motin de Magallanes habia sido en su primer momento una empresa descabellada, destinada a una espacion tremenda tan pronto como se tuviese noticias en Valparaiso de los sucesos del Estrecho. Los sublevados no podian escapar a la muerte del hambre en el desierto o a la ejecucion en el patíbulo. Pero desde el momento en que adquirieron los elementos de la fuga principiá a variar su situacion; i ahora que podian contar con recursos monetarios superiores a sus mas locas esperanzas, la suerte de los amotinados variaba por completo.

Pero para asegurar esa fuga era necesario no dejar nada que pudiese indicar el camino seguan, que no era pues posible dejar vivos

a los capitanes i propietarios de los buques apresados. La muerte era una necesidad imperiosa que imponía el nuevo jiro que ellos mismos habían dado a los sucesos, i una necesidad que estaba pronto a aceptar sin gran violencia el espíritu perturbado de Cambiazo.

Acusando a los unos de una criminal complicidad en las violencias de la política oficial, i acusando a los otros de llevar a Europa los tesoros del tirano, todos fueron condenados a la pena capital, pasados por las armas i arrojados en seguida en una hoguera.

Brillaba todavía la lúgubre llamarada de esa pira cuando entraba el gobernador en la colonia. Debió ser un espectáculo desgarrador el de aquel pobre jóven, herido, estenuado, con las huellas del hambre i la desesperacion en su semblante, arrastrándose abatido en medio de un grupo de soldados orgullosos con su presa i el clamoreo de la canalla que insultaba su caída.

Fué inmediatamente encerrado junto con el capellan en la prision en que se hallaban Salas i Diaz, miéntras el Consejo de Guerra juzgaba su conducta. No era difícil sospechar el fallo, pero debió haber entre los prisioneros un movimiento de sorpresa cuando en medio del silencio sintieron los pasos de la tropa que rodeaba su prision, situada en medio del recinto, i oyeron las voces que decían desde afuera:—«Un credo para los pobres que están adentro; se le va a prender fuego a la casa!» En ese momento de terror solemne el sacerdote se puso de pié i todos se arrojaron de rodillas para recibir la absolucion. Hubo un intervalo de siniestro silencio. Luego oyeron golpes en la puerta i...—¡brutalidad inaudita!—princiaron a tocar fuera una vihuela i a entonar la *igualataria* en medio de los vivas al jeneral Cambiazo, al jeneral Cruz i a don Fernando Urizar Gárfias. Este último nombre no era lanzado al acaso. Urizar Gárfias era amigo de Muñoz Gamero; i haciéndole creer con esos vivas que contaba con el apoyo de ese hombre resuelto, se avivaban las esperanzas ya perdidas para hacerle sentir una vez mas la tortura de un horrible desengaño. El tormento i la crueldad tocaban los últimos límites de la barbárie imaginable.

Muñoz Gamero i el capellan de la colonia llegaban una hora despues con los ojos vendados al patíbulo—i una descarga ponía término a aquella agonía aterradora (1).

(1) Hemos seguido en esta reseña del asesinato de Muñoz Gamero la relación siempre abultada de Diaz, que en este caso ha sido, sin embargo, superado por el señor Vicuña Mackenna.

Los gritos, los ahullidos, todo ese movimiento delirante i loco en que se agitaba la colonia se exacerbó al calor de la nueva ejecucion. El señor Vicuña Mackenna nos pinta a Cambiazo en la plaza recamado de oro, radiante i afable. Empuña, dice, una lanza en la mano a la manera de cetro i uno de sus pajes tiene por la brida su corcel de guerra, renegrado como la pólvora, brioso como el lanza-fuego. Una enorme cruz de plata,—símbolo de su nueva fé política inventada por su imaginacion i por su ingenio, especie de órden de caballeria conferida a salteadores—pende de su pecho e igual emblema adorna a sus oficiales i milites formados en batalla a su espalda. Todos los rostros muestran un raro contento. Los feroces capitanes de la matanza nocturna han aliñado sus mugrientas cabelleras i han enjugado sus manos encallecidas por la culata del fusil, para limpiarlas del costron de sangre de las diarias ejecuciones en el banco. Los soldados se muestran mas alegres que de ordinario porque han recibido dos meses de paga en dinero efectivo de los talegos de petate mejicano estraidos de la cámara de «La Elisa,» al paso que el herrero de la colonia ha fundido la barra de plata maciza que escondian los navieros asesinados para fabricar las toscas insignias que cada cual ostenta. En cuanto a las barras de oro solo Cambiazo guarda las llaves del cofre que las encierra.

En medio de este alegre i sangriento alboroto vuelven a renovarse las escenas de silencioso terror que hemos pintado cuando aparecieron en la rada las velas de la «Florida.» Era una vela tambien la que ahora despertaba la inquieta incertidumbre.

La «Virago,» buque de guerra de S. M. B. atravesaba el Estrecho dirijiéndose al Pacífico en medio de una densa neblina, que la ocultaba a los centinelas de la costa. Una ráfaga de viento rompe de improviso la neblina, precisamente cuando el buque estaba dentro de la bahia i se presenta la «Virago» como en una escena teatral.

Tapia—el improvisado capitan de puerto—se dirijió a bordo mientras deliberaban sus compañeros la conducta que debian seguir en aquella peligrosa coyuntura. Desde luego se habia mandado ofrecer al capitan de la «Virago» los recursos de que la colonia podia disponer haciéndole saber al mismo tiempo que el gobernador se hallaba «gravemente enfermo.» Pero mas que una visita de ofrecimiento era aquella una visita de inspeccion, necesaria a juicio de algunos para apreciar el grado de peligro en que

se hallaban i necesaria tambien, a juicio de Cambiazo, para tender una celada a los tripulantes de la «Virago.» Lo que éste queria era traerlos a tierra i a una señal dada sorprenderlos con el puñal del asesino. Las fuerzas del buque eran en todo caso superiores a lo que a primera vista parecian desde la costa i mui capaces de defenderlo con éxito aun despues de haber perdido una gran parte de su tripulacion. El crimen no solo seria estéril sino que tambien seria peligroso, Cambiazo tuvo pues que contentarse con una mistificacion de comedia.

El capitan Garcia—segundo de Cambiazo en el motin—se echó en cama para hacer el papel de gobernador enfermo. Se puso el cuarto en una ténue media luz para impedir que pudiese ser reconocido, i allí se llevó el capitan de la «Virago» cuando éste se presentó a visitar al gobernador en compañía de sus médicos. Ninguno de estos, pudo apercibir nada de lo que pasaba en la colonia i aceptaron como esplicacion de los escombros i las huellas del motin la historia de una invacion de patagones forjada por Cambiazo (1).

Al dia siguiente zarpaba la «Virago» encantada del amable recibimiento que se le habia hecho en la colonia, llevando una órden del gobernador para que se le diese carbon en San Felipe i una nota para el capitan de la barca «Tres Amigos» pidiéndole que regresase a Punta Arenas «para asuntos del servicio.»

La careta habia sido tan admirablemente aplicada sobre la faz de la colonia que ni siquiera una sombra de sospecha hizo vislumbrar la terrible realidad que se ocultaba bajo aquella mistificacion singular.

Satisfecho Cambiazo con el éxito de su atrevida estratajema se decretó los honores de Jeneral en Jefe del Ejército Libertador en una de sus órdenes del dia. Pero era visible, aun al traves de sus escentricidades i locuras, que aquella situacion no podia ser sostenida mucho tiempo i que el alejamiento de la colonia habia llegado a ser no solo inevitable sino urgente. Pero ¿adónde ir? Las opiniones andaban a este respecto divididas: querian los unos arrojarlos por sorpresa sobre los puertos descuidados e indefensos de Chiloé; querian los otros dirigirse a Arauco donde creian fácil engrosar sus filas proclamando al Jeneral Cruz como caudillo, i

(1) Lo que aumenta el cómico colorido de esta escena, es que Garcia pretendió probar en su declaracion que realmente estaba enfermo.—*Proceso*, declaracion de Garcia.

donde en caso de un descalabro encontrarían un fácil refugio entre los indios. Estaban pues todos de acuerdo en la necesidad imperiosa de embarcarse i resolvieron hacerlo dejando a la eleccion de Cambiazo el camino que debia seguir la expedicion.

La necesidad de destruir todo lo que pudiera dar algun indicio de la direccion en que marchaban, era el criterio inflexible a que obedecian las sanguinarias ejecuciones de Cambiazo. Ese criterio monstruoso exijia un nuevo holocausto inexplicable para el que no quiere penetrar la lójica absoluta del motin de Punta Arenas, lójica que por otra parte nos demuestra la perturbacion del cerebro de Cambiazo. La lœcura, segun la brillante fórmula de Locke, consiste esencialmente en raciocinar bien partiendo de una base falsa, es decir, en proceder con una lójica inflexible i rigurosa hasta precipitarse en un abismo a cuyos bordes la razon habria podido detenernos.

Cuatro infelices i desgraciados *yanaconas*—uno de ellos mujer—víctimas de esa necesidad insensata, fueron condenados a morir lanceados para que nadie pudiese ni siquiera con señas indicar su rumbo. Solo hubo compasion para la mujer, compasion quien sabe hasta que punto desinteresada i jenerosa.

IV.

Los preparativos del viaje fueron rápidamente ejecutados, i al dia siguiente de haberse resuelto la partida (1.º de enero de 1852) estaban ya embarcados todos los habitantes de la colonia i prontos para darse a la vela hácia el Pacífico.

Cambiazo se habia embarcado en la «Florida» junto con los mas comprometidos del motin, llevando a su lado las barras de oro que habian sacado de la «Elisa.» En este último buque iba el resto de la poblacion de Punta Arenas.

Los dos buques navegaron en convoi hasta llegar a San Felipe donde anclaron para aumentar sus carnes frescas. Allí fueron divisados a la media noche por un vapor de comercio que cruzaba cautelosamente las aguas del Estrecho, iluminadas por las inmensas fogatas que devoraban los bosques inmediatos.

Cuatro dias despues volvian los dos buques a desplegar sus velas i doblaron el tempestuoso cabo Froward dirijiéndose hacia el puerto Solano donde hacia poco habia encallado el «Garonne.»

Dirijiéndose Cambiazo hácia el buque náufrago quizás iba sola-

mente a recojer los vinos i licores que encerraba su bodega, pero debió allí concebir un proyecto que modificaba sus planes en presencia de las facilidades con que podia realizarlo.

Los restos del «Garonne» eran un cebo eficaz para atraer a los compañeros de Cambiazo, i atraidos por ese cebo se dejaron llevar a tierra cuarenta i ocho de entre ellos. Vieron tranquilamente alejarse de la orilla los botes que los habian conducido i que se imaginaban volvian a bordo para traer el resto de sus compañeros. Pero los botes fueron izados, cargados los cañones a metralla; i apenas comenzó a pardear la noche, se alejó la «Elisa» dirijiendo su proa hácia el Atlántico, dejando completamente abandonados a aquellos infelices.

Esto sucedia la noche del 12 de enero de 1852.

Ya a esas horas la sublevacion de Magallanes estaba en conocimiento del Gobierno.

El vapor que divisó a los sublevados al ancla al pié del San Felipe, venia de Liverpool para el Pacifico i siguiendo su itinerario tocó en Punta Arenas dos dias despues de haber sido abandonado. El espectáculo siniestro que presentaba la colonia alarmó al capitán quien se apresuró a alejarse cautelosamente de aquel sitio.

Seguia su rumbo explorando la costa atentamente cuando vió aparecer sobre una roca un pequeño grupo que ajitaba un trapo blanco implorando socorro. Entre los pasajeros del vapor venia el capitán de navío don Santiago Bynon i algunos oficiales chilenos que volvian de Europa, donde el Gobierno los habia enviado a completar sus estudios militares. Todos ellos se apresuraron a ofrecerse para saltar a tierra i descifrar el enigma que encerraba la estraña situacion en que habian encontrado a Punta Arenas. El capitán Bynon no quiso comprometerlos sin embargo, i entrada ya la noche se dirijió solo hácia el grupo que habia llamado su atención. Dos horas despues llegaba a bordo con los tres compañeros de que se separó Muñoz Gamero en Agua Fresca para seguir el camino fatal de la colonia. Cuando se supo a bordo la tremenda historia de la colonia abandonada i el peligroso encuentro que podian hacer en el Estrecho se alistaron las armas, se apagaron las señales, i forzando la marcha cruzaron a todo vapor por los canales, donde, como hemos dicho, divisaron los dos buques sublevados al pié del antiguo «Fuerte Búlnes.»

El 11 de enero llegaba el vapor a Valparaiso i cinco dias mas

tarde dejaban su fondeadero el «Meteoro,» el «Infatigable» i el «Virago» vapor de S. M. B. que se apresuró a ponerse a las órdenes del gobierno para perseguir a la «Florida» i a la «Elisa» declaradas piratas.

El 27 de enero navegaba el «Virago» con la cautela de un jendarme, registrando todas las caletas i ensenadas del Estrecho, cuando al caer la tarde, avistaron una vela que voltejeaba de vuelta i vuelta haciendo rumbo al Pacífico» Era la «Elisa Cornish» abandonada en Puerto Solano por Cambiazo bajo las órdenes del «comandante Briones.» El buque sublevado se rindió a la primera señal de intimación i fueron trasbordados a la «Virago» todos los adultos que se encontraban a su bordo, dejando solo en su bodega las mujeres i los niños bajo una fuerte custodia. El vapor inglés continuó sus pesquisas con pocas esperanzas, sin embargo de alcanzar a Cambiazo que le llevaba quince dias de ventaja.

El 30 de enero llegaron a Punta-Arenas, a tiempo para salvar casi todos los infelices abandonados por Cambiazo en la desierta playa de Solano. Inútilmente se prendieron fogatas para atraer a los que se habian fugado hácia las Pampas.

Era todo lo que podian aguardar de una persecucion tardía. La barca sueca «Eujenia» con que cambiaron comunicaciones ese dia, los convenció de que la «Florida» habia ya salido del Estrecho. Con esa desalentadora noticia, la «Virago» volvió su proa hácia el Pacífico, renunciando a una captura ya imposible. Despues de un cruzero que habia durado casi un mes cabal, anclaba la «Virago» en la rada de Ancud, donde encontró un buque desconocido, bajo el fuego de las baterías i en que se divisaba una fuerte guarnicion. Ese buque custodiado i preso era la «Florida,» que la noche anterior habia aparecido «como un espectro de los mares, desmantelada i batida por las olas.» ¿Cómo se habia verificado esa estraña aparicion?

Apenas abandonó Cambiazo pérfidamente a sus compañeros en Solano, dijimos ya que dirijió su rumbo hácia el Atlántico i citó a consejo a sus principales secuases. Despues de recordar la serie de crímenes que habian cometido i de que todos eran solidarios, les hizo ver que no habia para ellos salvacion posible en las costas de Chile. Era inútil pensar en que el gobierno establecido pudiera mirar con induljencia a los amotinados de Punta-Arenas, i era imposible que el jeneral Cruz estendiera hasta ellos una proteccion culpable. En presencia de esa situacion tranquila i friamente

desarrollada por Cambiazo, sus secuaces se sintieron abrumados. Abandonar la vida o abandonar la patria, era el dilema tremendo en que los colocaba Cambiazo. Pero ¿era ineludible ese dilema? ¿No habia ningun medio de salvar la vida sin perder la patria? En aquellos cerebros oscuros e incultos brillaba la llama vivaz del amor al humilde cortijo o a la oscura aldea en que vieran la luz. Amor tanto mas intenso, mas imperioso e irresistible cuanto mas instintivo. Escitados por esa violenta emocion, era imposible que no descubriesen la única puerta de salvacion que les quedaba: apoderarse de Cambiazo, acogerse bajo las garantías que la lejislacion concede al que organiza la contra-revolucion. Razonado o instintivo el movimiento estalló el 15 de enero. En las altas horas de la noche, cuando dormia Cambiazo en medio de la profunda i silenciosa tranquilidad de la «Florida,» los promotores del contra-motin, derriban la puerta de su camarote i se arrojan sobre él i su guardia de noche. Un golpe de mano, un cordel, una mordaza, i la revolucion que estaba en los espíritus quedó verificada. Prieto i Villegas,—los dos promotores—no tuvieron mas que presentarse ante sus compañeros para trasformar a los partidarios ciegos de Cambiazo en sus mas implacables enemigos. Dueños del buque, siguiendo el camino del Cabo de Hornos, que el capitán aconsejaba, dirijieron su rumbo a Chiloé, donde fueron a entregarse.

Por fin, el 24 de febrero «la escuadrilla de Magallanes entraba al fondeadero de Valparaiso con la solemnidad i el silencio de un convoi de muertos.»

Al dia siguiente se iniciaba el proceso militar, que a pesar de toda la actividad que en él se desplegó, exijiria mas de un mes para llegar a su término. Los hechos tenian una notoriedad indiscutible, los crímenes eran evidentes, pero la enorme masa de testigos que era necesario confrontar, embarazaba la marcha de las investigaciones judiciales. Luego, sin embargo, fué posible deslindar la responsabilidad que a cada cual correspondia. El capitán García, segundo de Cambiazo, logró probar que su participacion habia sido involuntaria i de perfecto acuerdo con el gobernador de la colonia. Bastías, Prieto, Villegas encontraron perdon por la parte que habian tomado en el contra-motin. Este último se paseaba libremente en Valparaiso, siguiendo el desarrollo del proceso, con la tranquila indiferencia del que se siente amparado por la lei. En medio de esta tranquila i profunda persuacion, talvez cuando mas

distante se creía de correr algun peligro, fué llamado una mañana por el fiscal de la causa, quien le pide su espada i le intima prision. Entre los papeles de Cambiazo «habíase hallado la sentencia de muerte del goberuador Mañoz Gamero, firmada por él el postrero.» Esa firma fué su sentencia de muerte.

Por fin la lenta tramitacion llegó a su término; i el 23 de marzo Cambiazo i siete de sus compañeros fueron condenados a la pena capital, i confirmada la sentencia por la Corte de Apelaciones i el Consejo de Estado.

El 5 de abril se levantaba el patíbulo en una de las colinas que dominan a Valparaiso. Nos habríamos detenido delante de este momento solemne en que la justicia de los hombres va a consumir un sacrificio doloroso i cruel, pero inevitable i necesario. Para que el respeto a la vida i al derecho ajeno puedan existir sobre una base inamovible no basta que la justicia escriba sus fallos en los códigos, es necesario que los escriba con sangre en el patíbulo.

Pero para que la justicia sea respetable, sea grande, sea la santa justicia, es necesario tambien que sea humana. [ese dia se mostró brutal. Cambiazo fué condenado a muerte i a ser descuartizado, pena bárbara que no se encontró ningun verdugo de oficio que se prestase a ejecutar.

Hai en la atmósfera moral corrientes estrañas que perturban la conciencia de una sociedad. Son corrientes que pasan, pero que miéntras pasan, dominan. En esos dias una de esas corrientes circulaba en nuestra atmósfera. Los crímenes, los delitos, las infamias, las locuras, parecian jerminal espontáneamente en esa atmósfera estimulante. Cambiazo hacia su monstruosa aparacion i al lado suyo, al lado del patíbulo, en un puesto que los verdugos no querian ocupar, se presenta «un moso perdido—especie de Cambiazo de los lupanares, que llevaba el apellido i la sangre de una de las mas ilustres familias de Chile—que se ofrecia para aquel servicio vil en cambio de su libertad. Hollinóse con este objeto la cara i procedió a ejecutar su empeño con tanta brutal petulancia como torpeza, porque estuvo mas de tres horas aserrando los miembros del ensangrentado cadáver, o cortándolos con una hacha en medio de la indignada muchedumbre que parangonaba la blancura de sus brazos descubiertos con el hollin de su rostro i de su alma.»

El motin quedaba concluido i la figura de su oscuro caudillo envuelta para siempre con el San Benito de la historia, dejando el triste recuerdo de escenas deplorables, que por desgracia no debian ser únicas en la historia de Magallanes—historia mas ajitada i tempestuosa que las olas de su mar.

AUGUSTO ORREGO LUCO.

Santiago, enero de 1878.

EL SUICIDIO POLITICO.

La lectura del libro de Des Etangs sobre el suicidio político me ha causado una emoción profunda que no puedo ocultar. Sea cual fuere la sangre fría histórica de que uno se arme, cuando las aventuras toman como en este caso el carácter de tragedias domésticas i confunden incesantemente la inexorable fatalidad de las cosas i la suprema angustia de los dolores humanos, el corazón no puede quedar frío e impassible, i es necesario abandonarlo al temblor que se apodera de él a medida que el dedo va doblando las hojas lamentables. Qué de tristezas en la revolución i en el suicidio enlazados por la narración como lo fueron por los acontecimientos! Cuántos recuerdos penosos despiertan los mas grandes i los mas humildes destinos! Qué terrible disolución fué aquella que, cambiando súbitamente las relaciones i los sentimientos, arma a los partidos los unos en contra de los otros, consagrados todos es cierto al servicio de grandes ideas, pero tambien todos ciegos i furiosos! Una desgracia desconocida se desliza entre los hombres, ha dicho Malherbe en un hermoso verso en que caracteriza los temibles conflictos de su tiempo, los conflictos relijiosos. El poeta aterrado ha tenido la visión de esa misteriosa *desgracia*, de esa fatalidad renovadora que se presenta cuando opiniones nuevas llegan a tener el poder necesario para chocar con las antiguas opiniones; en otros términos, cuando las grandes revoluciones sociales, desde largo tiempo preparadas, hacen explosión.

El libro de Des Etangs, es la historia del contra-golpe de las

conmociones políticas sobre aquellos a quienes obligan a morir o a quienes atraen a la muerte. Como en un libro de medicina solo se trata de enfermedades, así aquí solo se relatan catástrofes, catástrofes siempre en relacion directa con la perturbacion del organismo social. Al tratar un asunto semejante, tan importante por sus conexiones, tan lúgubre por sus detalles, la forma i el estilo importan mucho. Por mi parte si hubiera visto en ese libro ostentarse la declamacion i asomar la parcialidad, si hubiera encontrado en él los arrebatos de una palabra que no sabe dominarse i de un falso gusto que encuentra tan fáciles pretextos en acontecimientos tan extraordinarios, me habria sentido ménos conmovido. Pero esta lectura ha reavivado todas mis impresiones por la gravedad del estilo, por un tono sóbrio que no es un tono frio, por la correccion castigada del lenguaje que deja ver el cuidado con que el autor ha tratado el asunto, por cierto recojimiento que va del libro al lector. Así se produce el efecto, es decir que, al mismo tiempo que se transmiten al corazon las emociones de una terrible historia, se graban en el espíritu las lecciones que esa historia lleva envueltas.

«Comienzo, dice Tácito, la historia de una época fértil en catástrofes, ajitada por las sediciones», i queriendo caracterizarla en sus últimos términos, añade: *Ipsa etim pax saevum*, funesta aun durante la paz. Muchos rasgos de ese cuadro célebre i enérgico, pudieran ser aplicados a la tormenta revolucionaria: las catástrofes fueron grandes i las discordias irreconciliables; pero el último rasgo, que es el principal en el pensamiento de Tácito, no le convendria. Las sediciones militares que trasferian el imperio, solo tenian en efecto paces o mas bien treguas desprovistas de todo beneficio real, una especie de atmósfera pesada i enervante que, sin ser la tempetad, oprimia la tierra i los cuerpos sin refrescarlos. Tácito lo sentia i sabia espresarlo. Al contrario en los verdaderos períodos revolucionarios, los sufrimientos podrán ser bien grandes i los desgarramientos bien crueles; pero la paz que interviene es fecunda, el progreso científico, intelectual, i por consiguiente, dígase lo que se quiera, el progreso moral continúa. Las conmociones del imperio romano no tenian mas causa que un malestar indeterminado ni mas fin que poner a Oton en lugar de Galba, a Vitelio en el lugar de Oton, o todavia si se quiere a Vespasiano en el lugar de Vitelio, un jefe hábil en el lugar de un jefe incapaz. Las conmociones revolucionarias puras en su orijen de todo inte-

res personal, tenían por causa un malestar determinado, el que producía instituciones insuficientes, i tenía por objeto llevar a la práctica un ideal que dominaba los espíritus i los corazones.

¿Cuál es entónces, se preguntará, el vínculo que liga la revolución con el suicidio? Se apercibirá ese vínculo siguiendo la opinión de Des Etangs, cuando se recuerde que entre los suicidios hai una clase entera que tiene por causa escapar a una muerte que muchos reputan vergonzosa. Los médicos que dirijen casas de enajenados ven con frecuencia enfermos que se dan la muerte; en esos casos el suicidio es manifiestamente un acto de locura ligado al conjunto de los fenómenos patológicos que el paciente sufre, i desprovistos de toda libertad moral. Sucede tambien, prescindiendo de la enajenacion determinada, que un hombre, por lo demas sano de espíritu, es a veces dominado por un disgusto de la vida, invencible pero inesplicable por las circunstancias exteriores; ese disgusto que causa el suicidio, es una afeccion mórbida del resorte de la medicina. Pero ahí se detiene el dominio del médico. Cuando un hombre espone claramente las razones que le impiden vivir mas largo tiempo, i cuando esas razones son reales i no imaginarias ¿qué motivos hai para negarle la libertad moral tal como la reconocemos en cada uno de los otros? ¿Cuál es un acto razonable, si no lo es el que ha sido bien comprendido por el autor del acto i en relacion con las circunstancias que lo justifican? Es indudable que cierto número de suicidas escapan a la categoria de la locura i deben ser relacionados con otro jénero de influencias.

Desde el momento que el suicidio deja de ser esclusivamente patológico, deja tambien de pertenecer esclusivamente al que se mata a sí mismo; desde el momento que no tiene únicamente por causa el trastorno de la inteligencia individual intervienen en la resolucion de matarse condiciones exteriores que violentan al individuo i que, a su juicio, lo obligan a preferir la muerte a la existencia. Pero se dirá, *violentar, obligar*, son términos que comprometen la libertad moral i que aproximan el suicidio a los actos automáticos de la locura. Absolutamente; cuando un hombre rico, arruinado por su culpa o por la de otros, queriendo satisfacer a sus acreedores, *se violenta* para vender su patrimonio i se encuentra *obligado* a cambiar todas sus costumbres, si se quiere está forzado; pero al consumir ese sacrificio no deja de gozar de su libertad moral i de

su razon. Lo mismo sucede con los suicidios de que me ocupo; sea cual fuere el juicio que se emita sobre el acto, es razonado i está bajo la dependencia de lo que se llama el libre albedrio. Sin duda que hai una presion, pero esa presion viene del exterior i no del interior del individuo. I esa presion que determina al paciente a deliberar i escojer ¿dónde buscarla sino en las condiciones que le rodean, en el medio en que está sumergido, en los acontecimientos políticos en que se encuentra implicado, en el destino de la clase a que pertenece i sobre todo en las relaciones domésticas con que está ligado? Siempre pues, que el suicidio no es un hecho patológico, es un hecho doméstico o social, en que valiéndome de las expresiones de Des Etangs, el individuo no interviene mas que para dar una forma mas fija, mas precisa, a sufrimientos domésticos o a sufrimientos jenerales; el individuo es el que mide la accion de las influencias exteriores i la resistencia del alma individual.

El caso estremo de esa violencia hecha al individuo por las circunstancias es aquel en que el suicidio deja de ser una muerte voluntaria, es decir, cuando condenado a muerte uno se mata para no morir como quieren los partidos vencedores, los jueces i los verdugos. Este jénero de suicidio fué, durante la revolucion, el compañero inseparable del asesinato que los partidos se infijieron con una crueldad inexorable. Ninguno escapó, i alternativamente los realistas, los jirondinos, los de la montaña, los conspiradores de toda especie, decidieron de su suerte, ántes que una mano estraña decidiese de ella. I no era ese el tranquilo suicidio de Caton, que tenia su puñal bajo la almohada, miéntras leia el diálogo de Platon sobre la inmortalidad del alma; era el suicidio en medio de angustias mortales i de persecuciones encarnizadas, al pié de un tribunal i entre las manos de jendarmes, con un clavo, con un cruel cuchillo o una gota de veneno cuidadosamente conservada para la última estremidad. Des Etangs no ha entrado en estas lamentables narraciones; ha dejado hablar los documentos ciertos, oficiales, contemporáneos; i ciertamente que su elocuencia es bien grande para mostrar la dura condicion de los tiempos i el furor de las luchas, la resolucion de aquellos que querian conservar la disposicion de sí mismos i la libertad en la muerte o que creian deber al honor de su bandera no ser tocados por la mano ensangrentada del vencedor.

Voltaire en las últimas partes de su correspondencia, está lleno no solamente de previsiones sino tambien de aspiraciones sobre la

revolucion que se prepara, felicita a sus amigos mas jóvenes que él, porque se acercan a tiempos que llegarán cuando haya pasado su vejez, pero que abraza en su esperanza ila cuyo advenimiento él no ha sido estraño. Al reves del oráculo de Macbeth que se realizó al pié de la letra, pero fué desmentido en el fondo, la revolucion se realizó en el fondo, pero desmintió las primeras esperanzas. El bien que contenia i por el cual se consagraban sin hacer mas que entreverlo, estaba por venir; los sacrificios que traia estaban presentes e inexorables. Fué necesario soportarlos; i es justo decir que los amigos de Voltaire, o para hablar con mas exactitud, los hombres eminentes que se inspiraban en el pensamiento del siglo i lo inspiraban a su turno, no cedieron en medio de la tormenta. Nada los abandonó, ni la fé en su causa, ni la abnegacion, ni el amor a las letras i las ciencias, ni su apego a los sentimientos elevados de la humanidad. Se vió entónces claramente cuánta grandeza, fuerza, heroismo i virtud habia absorbido esa edad apesar de sus frivolidades i s u relajamiento en el soplo de renovacion que levantó la Francia primero, i la Europa despues, i en el ensanchamiento intelectual i moral que caracterizaba la época. *Neque adeo sterile virtutum fuit seculum, quin et bona exempla prodiderit*, dice Tácito poco satisfecho de su siglo i de su mundo. Este al contrario estaba tan lleno de una savia jenerosa que al mismo tiempo que fué delante de la muerte tan estoico como los estoicos de Roma, delante del porvenir que fecundaba se mostró lleno de esperanza i de entusiasmo. Por lo demas se resume en un tipo ideal que desde hace mucho tiempo despierta en mí una suprema veneracion: quiero hablar de Condorcet. Todo lo que constituia la vida i el pensamiento del siglo XVIII estaba en él; por eso cuando la gran crisis se acercó, la recibió con emocion; cuando fué necesario seguir una conducta que él desaprobaba, se hizo proscribir; i cuando estaba proscrito i oculto, escribió, bajo la amenaza cotidiana de la muerte, su *Bosquejo de los progresos del espíritu humano*, como si hubiera estado en su gabinete; cuando una lei abominable asimiló con el condenado a muerte a toda persona que recojiera a un proscrito, huyó de la jenerosa hospitalidad de la señora que lo habia salvado hasta entónces; i, cuando fué prendido, gracias al celo salvaje de un albañil, miembro del comité revolucionario, de Clamart, bebió un veneno que desde hacia largo tiempo preparado i escribió en su testamento: «Que se aleje de mi hija todo sentimiento de venganza personal; que se le pida esto en mí

nombre; que se le diga que yo no he conocido jamás esos sentimientos.» Alma serena i fuerte, consagrada a la humanidad, que muestra por un sublime ejemplo lo que puede, por sí misma i sin ningun apoyo, la nueva moral que se impuso a las conciencias.

En la antigüedad el orden social no parece haberse ocupado del suicidio; algunas filosofías lo reprobaban; la religion le daba en otra vida, un lugar intermediario entre los campos Eliseos i el Tártaro. El cristianismo reagrávó estas penas; i bajo su inspiracion la lejislacion intervino, ordenando que los cadáveres de los que hubieran dispuesto de sí mismos serian arrastrados, la cara vuelta al suelo, colgados en seguida por los piés, i que sus nombres serian declarados infames i sus bienes confiscados en detrimento de la familia, para la cual al dolor de perder uno de sus miembros venia a añadirse la espoliacion i la ruina. En éste, como en otros casos, la medicina puso las cosas en un punto de vista verdadero i humano. De la misma manera que arrebató los poseídos a los exorcismos, los hechiceros a la hoguera i los locos al calabozo i al mal trato, arrebató el suicida a esa penalidad que, conforme con las ideas de la civilizacion de la edad media, no lo eran con las ideas de una civilizacion mas avanzada; mostró que habia una grave confusion orijinada por la imperfeccion de los conocimientos sobre patolojía mental, i que debiendo con seguridad atribuirse a la locura una parte de los suicidios no podrian ser imputables al individuo i debian ser considerados como actos irresponsables. En cuanto a la otra categoría, aquella en que, como se ha dicho mas arriba, no es posible desconocer, la intervencion del libre albedrio, conservó para esos actos deplorables el sentimiento del dolor, de la pena, del reproche que inspiran; pero bien pronto se apercibió que tocaba cuestiones complejas; que en muchos casos si el individuo víctima del suicidio era culpable, no era el único culpable, i que para pronunciar un juicio equitativo cada asesinato de sí mismo debia ser objeto de una investigacion, como cada asesinato de otro. Mientras mas crece i se desarrolla la medicina, mas se hace la consejera indispensable en una multitud de cuestiones administrativas i sociales. Bastará un solo hecho para hacer ver cuan estensos i fecundos han sido sus progresos. En otra época no se la consultaba sobre nada, i la verdad es que no habria tenido que proponer mas que hipótesis poco aceptables i poco dignas de ser escuchadas por los gobiernos; pero ahora que en éste, como

en las otras partes del dominio intelectual la tradicion ha acumulado los trabajos de hombres eminentes i construido una doctrina tan sólida por su antigüedad como creciente i progresiva, los gobiernos sacan de ella informaciones i reglas; porque ellos tambien cediendo si pesar al impulso que hace penetrar por todas partes el conocimiento positivo de las cosas, abandonan las hipótesis o los empirismos que necesariamente prevalecieron al principio en el desarrollo de las obligaciones sociales.

Cuando uno se ha habituado a considerar la historia como un fenómeno de evolucion, absteniéndose de juzgar las nociones rudimentarias con las nociones sabias, se llega, guardando el calor de corazon por lo que se desarrolla, a hacer justicia a lo que conserva i mantiene. Pero esta imparcialidad necesaria, sin la cual la historia aparece como un caos i no como un encadenamiento, no impide emplear, dentro de la esfera que le es propia el juicio justo que reclama una moralidad, a la vez siempre presente i siempre creciente i sucesiva. Sobre todo cuando se toca los límites en donde lo que fué legal principia a mostrarse duro, inícuo, salvaje, monstruoso, hai casos en que el sentido moderno se levanta con plena razon contra las prácticas tradicionales que solo chocaban en esa época a los espíritus escojidos. Uno de esos casos que ha llegado a ser imperdonable es el que presenta la antigua legislacion sobre el suicidio; no solo se confiscaba los bienes del homicida de sí mismo sino que tambien se obsequiaban esos bienes confiscados a personas que se queria favorecer i hasta a personajes de elevado rango. «Un belche, dice Voltaire con ese disgusto por las cosas bajas i bárbaras que le dominaba tan enérgicamente, un belche tiene la ocurrencia de separar su alma de su cuerpo; i para consolar al hijo se da su propiedad al rei, quien concede casi siempre la mitad a la primera muchacha de ópera que la hace pedir por uno de sus amantes; la otra mitad pertenece de derecho a los administradores jenerales.» En este pasaje que el doctor Des Etangs no ha dejado de citar, las *muchachas de ópera* no están ahí bajo la pluma de Voltaire mas que para fustigar, por la insolente familiaridad del lenguaje, la cruel ignominia del acto administrativo. La verdad es que el provecho de los suicidas no estaba esclusivamente reservado a las muchachas de ópera. «Hoi, dice Dangeau en sus memorias, el rei ha dado a la señora Delfina un hombre que se ha muerto así mismo; espera sacar de él mucha plata.» Aquí tenemos una gran señora, i sin duda una excelente mujer, que calcula por

si misma o deja calcular a otros lo que le producirá la herencia de una familia arrojada a la calle, i que no teme manchar su mano con los despojos ensangrentados de un miserable i con los bienes de la viuda i el huérfano. ¿Quién de nosotros, en la mas triste de las condiciones, no retrocederia con horror delante de un obsequio semejante i no se creeria deshonrado si se le ofreciera llenarle la bolsa con un dinero de esa especie? I sin embargo, entónces un rei daba i una Delfina aceptaba esa detestable presa! Por cierto que no tengo deseos de hacer aquí la apolojía de mi tiempo; pero que se dejen de presentarnos el siglo XVII para avergonzarnos de nuestra época i correjirnos de nuestros defectos. Sean cuales fueren los justos reproches que la sabiduría contemporánea enrostra al siglo XIX i los que el porvenir descubrirará en él, es cierto sin embargo, que la moralidad se ha levantado, i que aun cuando los hombres queden en el fondo los mismos que siempre han sido, el conjunto de las condiciones sociales tiende a comprimir en el individuo los impulsos dañinos i a facilitar los impulsos benéficos.

El pueblo inculto creado en medio de la ruda disciplina de la edad media no habia sido educado con mucha suavidad. El tormento, la tortura, la muerte prodigada, suplicios atroces i con frecuencia ejecuciones colectivas, como cuando se *empalaba*, era la espresion, o cuando se ejecutaba a esos pobres bretones de que habla madama de Sevigné, eran precedentes de funesto augurio si llegaba algun dia a cambiar de manos el poder i ponerse al servicio de una mezcla temible de los mas nobles intereses i las pasiones mas furiosas. Byron ha pintado en su *Don Juan* un buque desamparado a la merced de las olas, cuya merced es como la de los hombres en las guerras civiles:

At mercy of the waves; whose mercies are
Like human being's during civil war.

Las discordias civiles fueron efecto sin merced i amontonaron ecatombes humanas. He leído en no sé que autor ingles que entre los delitos imputables a la nacion inglesa,—que por lo demas él creía poco numerosos,—uno de los mas graves era el asesinato de Juana de Arco, de una mujer, de una prisionera de guerra. Es verdad que ese acto mancha el honor de la Inglaterra, pero sin discutir el aserto ni averiguar si esos actos son tampoco numero-

sos como él dice, en verdad tambien que se debe colocar entre los mas graves delitos de la nacion francesa la San Bartolomé i el Terror, comprendiendo en él tambien las reacciones que lo acompañaron i lo siguieron. En los actos que afectan de esta manera la responsabilidad comun no basta arrojar la culpa sobre algunos individuos notoriamente motores o instrumentos de lo que ha pasado; es de estricta justicia atribuirlos al ser colectivo que se llama nacion i componer con ellos sin halago, su biografia verdadera, mostrarle sus faltas al lado de sus grandezas i señalarle los arrebatos que le han puesto en la mano el hacha o el puñal.

Entre estos delitos de las naciones colocaria los guerras injustas (lo que no se hace de ordinario); no porque yo olvide que la guerra es con frecuencia un difícil caso de conciencia nacional: así por ejemplo, en la que suscitó la revolucion, aun cuando reconozco el pleno derecho de la Francia nueva, no puedo prescindir del derecho de la Francia realista i de la Europa. Pero cuando sin discusion posible es una guerra injusta como la de España en 1808, entónces es un delito tan bochornoso para la nacion como la San Bartolomé o el Terror. I ¿cómo puede compararse la sangre derramada en estos dos acontecimientos con seis años de combates, emboscadas, agresiones audaces, heroicas pero salvajes resistencias, ciudades forzadas, mujeres violadas, heridos degollados, hospitales incendiados? I bajo otro punto de vista ¿qué es el móvil de una rapacidad conquistadora al lado de las grandezas de los móviles sociales que bajo el nombre de catolicismo, de protestantismo i de revolucion, inflamaban a los hombres en pro de intereses morales i causas impersonales?

Lo que es digno de observacion en estos grandes delitos i los muestra bajo su verdadera faz de arrebato i de culpabilidad transitoria, es que, por mas odioso que sean, no cambian la conviccion de nadie. La pérfida e inmensa inmolacion de la San Bartolomé no disgustó a ningun católico de su creencia; i la sangre derramada por el Terror no hizo retroceder ningun revolucionario hácia el jiron de la monarquía i de la iglesia. Ningun partido quiso admitir que su causa fuera responsable de esa violacion tan ultrajante de la humanidad; i tenian razon. Pero como toda responsabilidad debe caer sobre quien corresponde, ésta cae sobre la nacion. La misma nacion que sus jefes pudieron lanzar traidoramente contra los hugonotes, en todo el territorio de la Francia, se negó a reconocer a Enrique IV miéntras no se convirtiera al catolicis-

mo; la conciencia relijiosa era firme e inflexible, pero la conciencia moral habia enmudecido en presencia del asesinato. La misma nacion, que no vaciló en prestar su apoyo al réjimen del Terror, obligó a aceptar i consagrar la revolucion a los borbones restaurados; la conciencia politica, mejor que la conciencia moral, no permitió que la gran obra de la revolucion fuera destruida. Todo esto deja ver que la conciencia moral está léjos de poseer entre nosotros la jeneralidad i el poder que tiene la conciencia relijiosa i la conciencia política, i que un gran progreso se habrá alcanzado cuando esa jeneralidad i ese poder pasen a su lado. Por una inclinacion detestable pero natural, los partidos relijiosos i políticos están dispuestos a mirarse los unos a los otros como los violadores de las leyes divinas i humanas; i por eso, cuando se dejan caer con furor los unos en contra de los otros, se creen ocupados en vengar el cielo o la virtud. ¿Qué era el protestante para el católico? ¿Qué era el jacobino para el realista? ¿Qué era el jirondino para el de la montaña? Podemos representarnos completamente esa odiosa parcialidad leyendo los procesos verbales de algunas municipalidades que cuentan con grosera injenuidad la persecucion i el suicidio de los jirondinos a que se daba caza como a bestias salvajes. Bajo el punto de vista de la historia, una conmocion cuyo impulso es progresivo tiene compensaciones que no tiene la guerra: la revolucion francesa es sin duda el ejemplo mas asombroso; miéntras la manchaba el Terror, la iluminaban las luces mas vivas i la arrastraban las aspiraciones mas nobles. Pero es necesario no olvidar que la biografia de las naciones no se compone solamente de lo que han hecho de grande, de lo que han producido de bello.

Des Etangs no me reprochará estas consideraciones históricas; porque no hago mas que seguirlo como él mismo no hace mas que seguir su asunto. Al lado de estas muertes para escapar al verdugo hai otras mas voluntarias tambien ligadas con los acontecimientos políticos. El uno se mata porque, apegado a una forma de gobierno que se derrumba, no quiere sobrevivirla. El otro, perdida la esperanza de ver triunfar a su partido, escapa por la muerte a la impaciencia i al desaliento. Otros, ménos vivamente impresionados por las ideas políticas que ganan o que pierden terreno, lo son mas por la conmocion; se aterrorizan o se aflijen en extremo i se precipitan en el suicidio. En medio de un conflicto tan tumultuoso i de agitaciones tan violentas nunca faltan espíritus

arreatados, entristecidos, desalentados, aterrados, cuyos lazos con la vida son rotos por emociones de esta especie.

Antes de escribir su libro i para escribirlo, Des Etangs ha hojeadado los archivos en que se conservan los informes de los comisarios de policía sobre los suicidas i las piezas, cuando existen que han sido escritas por las victimas i en que han consignado sus últimos pensamientos. Estos tristes documentos son indispensables. No se puede hacer la historia de una enfermedad sino recojiendo exactamente, a la cabecera de los enfermos, relaciones exactas de cada caso particular, con cuyo auxilio se compone un cuadro jeneral, ni se puede tampoco hacer la historia del suicidio sin recojer i comparar lo que el suicida dice de sí mismo. Estos díceres son la contra-prueba de las investigaciones, i no se puede dejarlos a un lado, como no se puede, en una enfermedad, dejar a un lado una clase importante de síntomas. La primera pregunta en el estudio del suicidio es: cuál es el móvil que decidiendo la voluntad, la determina a mirar con desprecio la conservacion de sí mismo? Importa estudiar la expresion de esta voluntad. Ella nos instruye, no solo por lo que declara, sino tambien por la manera como declara. Allí se ve que, cuando la resolucion de morir lo domina todo; cuando ha concluido la lucha suprema con el deseo de vivir, lucha descrita con una calma tan sombría i una sensibilidad tan profunda por Carrel, en su célebre estudio sobre un suicida; cuando todos los hilos de la vida han sido cortados uno a uno, i mil cosas involuntarias acaban por determinar a una muerte voluntaria; entónces se ve, repito, que ningun sentimiento, por fuerte que sea, es capaz de hacer equilibrio al impulso fatal. Ni el cariño a la madre, a la mujer, a los hijos, ni la relijion cristiana detienen la mano homicida; se pide perdon a los que se abandonan, al Dios que se ofende, pero no se deja ejecutar el proyecto concebido i resuelto. Estudiar cómo la preocupacion de la muerte vence a todas las demas preocupaciones, es un problema de sicología que solo puede ser resuelto estudiando las piezas escritas por los suicidas. Una serie de documentos escojidos de esta especie debe acompañar las investigaciones sobre el suicidio. Des Etangs ha dado este buen ejemplo; i el lector que medite se lo agradecerá.

Leyendo su libro me he detenido muchas veces delante de un documento que me atrae, a pesar mio, i que necesito trascribir aquí. Se trata de un obrero, cuya hija se habia ahogado i que reclama sus pobres despojos: «Señor, Ud. me perdonará la libertad

que me tomo interrumpiéndole para dirigirle estas palabras. La necesidad me obliga a hacerlo. He quedado viudo desde hace nueve meses, cargado con cuatro pequeños hijos. El menor de los cuales está todavía con nodriza, le costó la vida a su madre. Ahora solo tengo tres; porque apenas he salido de la desgracia que me sucedió, cuando me llega otra. La mayor de mis hijas, que era una muchacha de 16 años, ha tenido el pensamiento culpable de matarse, arrojándose al canal San Martín, por temor a la amenaza que le había hecho de despedirla su maestra de taller. El temor de serme gravoso, la ha hecho hacer eso; porque Ud. sabe que la posición de los obreros en este momento no es favorable. No tengo trabajo, no tengo ahora más que los ocho francos semanales que el gobierno nos da. Es necesario esperar que las cosas no seguirán así. En fin, señor, es para reclamar una bagatela de los despojos de mi hija, que me han dicho ha sido depositada en el palacio de justicia. La bagatela consiste en un par de aros, una llave vieja de la puerta de mi cuarto i un dedal.» Tanta tristeza, espresada en un lenguaje tan sencillo, una dolorosa necesidad tan sentida i tan honda, las preocupaciones del momento imponiéndose con tanta dureza a las penas del alma, una petición tan humilde en medio de un sufrimiento semejante, hé aquí lo que detiene la mano i el corazón sobre esa hoja!

Des Etangs ha considerado el suicidio, no solo bajo el punto de vista médico, no solo bajo el punto de vista moral, sino también bajo el punto de vista social. I era indispensable. La medicina ajitando esta cuestión ha librado al suicida de los castigos legales. La moral condena en abstracto al suicida, pero sin penetrar hasta las raíces que lo ligan, como tantos otros desórdenes, al medio social. Este medio social debe ser estudiado en sus relaciones con el mal que lo sojuzga. La moral para dar un paso más allá del punto a que ha alcanzado, tiene en adelante que dar por base a sus preceptos los conocimientos sociológicos para unir a la eficacia individual que posee, la eficacia colectiva de los correctivos sociales. Esta es la conclusión del libro de Des Etangs; también es la mía.

E. LITTRÉ.

POESIAS.

EN LA MUERTE DE LA SEÑORITA MARIA MERCEDES VIDELA

(A LA SEÑORA LASTENIA E. DE VIDELA).

Pura fué cual blanco lirio,
Jentil como la palmera,
De la hermosa primavera
La mas perfumada flor.

—
Dejando una tierna madre,
Dejando sus patrios lares
Cruzó anhelosa los mares
En busca de la salud.

—
Del Choqueyapu en las ondas,
Del Illimani en la falda,
En sus campos de esmeralda
Hallar la vida creyó.

—
Mas ¡ai! que la impía muerte
En la edad bella i florida,
Cortó el hilo de su vida,
Marchitando su ilusion.

Una sola noche el cielo
De La Paz la cobijó,
Mústio i triste contempló
Su hermosura i su dolor.

Durmióse al eterno sueño
Tranquila cual tierno niño,
Que duerme entre blanco armiño
En el seno maternal.

Sin tormentosa agonía
Reclinada dulcemente,
Inclinó su casta frente,
Como el junco al alquilon.

Pálido ví su semblante
Enturbiados ví sus ojos,
Entónces caí de hinojos
I mi espíritu entrevió

A María, vírjen santa,
Toda hermosa i sonriente,
A Mercedes, en la frente,
Dar un ósculo de amor.

Ví a la venturosa niña
Ceñida de blancas rosas,
Entre nubes vaporosas,
Hácia el empirio volar.

I a mil lindos querubines
 Como estrellas refulgentes,
 En grupos resplandecientes,
 Su víveo velo llevar.

—

Volvió mi espíritu al suelo
 I al contemplar sus despojos
 Vertieron llanto mis ojos
 ¡De dolor i de placer!...

.....

—

Tierna madre, vuestro duelo
 Mitigue el ángel que hoi goza
 En la mansion venturosa
 De una dicha sin igual.

—

No lloreis, que es egoismo
 Retener en esta tierra,
 Do tantos males se encierra,
 A un ángel que vuelve a Dios.

—

No lloreis, que aquí una amiga
 Sobre su tumba afanosa
 Guirnaldas de gualda i rosa,
 Siempre frescas le tendrá.

NATALIA PALACIOS.

La Paz, diciembre 4 de 1877.

LA VIDA.

(Vita sópor est. Cicero).

Un lamento al nacer, criatura incierta,
Arroja el hombre que la luz divisa;
Porque este mundo, el corazón le avisa,
Del ser i del no ser es tumba abierta.

—

Es esta vida la fatal cubierta
Do la rueda del tiempo se desliza,
Con fantásticos sueños nos hechiza,
Con terribles dolores nos despierta.

—

Cruza el hombre el desierto de la vida
I el fantasma encubierto de la suerte
Le arrastra por rejion desconocida....

—

Le lleva al fin al campo de la muerte,
Donde toda ilusion está perdida,
Donde toda existencia yace inerte.

Santiago, diciembre 24 de 1877.

MANUEL EDMUNDO ARENAS.

VIAJE A CALIFORNIA.

RECUERDOS DE 1848, 1849, 1850.

III.

No eran las minas el único negocio que, en aquella época, ofrecía al trabajo California. Broceadas éstas para el de afuera, todavía estaba el comercio en poderoso alcance.

Supieron mis hermanos por mí, que los comerciantes al menudeo, i los ociosos, ganaban mas que los trabajadores i los industriales; i a una, resolvimos erijir altares al buen Mercurio, Dios de los Ladrones. Faltábanos el saco de dinero, las alitas en los piés i el caduceo. En cuanto al saco, los hermanos me formaron uno de saquitos que contenia mil setecientos pesos, una guinda para California, escapada por milagro entre los pliegues de los cinturones. Las alitas debia yo comprarlas en San Francisco, en forma de una lancha que dejé a medio tratar allá, i no nos acordamos del caduceo, puesto que de nada nos podia servir en aquel momento.

Examinado el estado de la plaza, i dejando a la sociedad Solar Hermanos, cuatrocientos pesos para arreglo de *almacenes i bodegas* en Sacramento; al dia siguiente de nuestro feliz e inesperado encuentro, navegaba, aguas abajo llena la cabeza de proyectos, el feliz Decano, la hermosa via que conduce a San Francisco.

Parecía que, por momentos, aumentaba el número de chilenos conocidos que desembarcaban en San Francisco: venían con tales brios, que hasta miraban en ménos al chileno que no alcanzaba a ser siquiera un Creso. Solo los incapaces o los flojos podían estar pobres o desalentados. Yo despues de contestar las atropelladas preguntas que me dirijian, dejándolos echar plantas, proseguía silencioso, acarreando a la playa unos lios de charqui apolillado, que acababa de comprar a razon de dos pesos el lio; diciendo para mis adentros: está visto, estos niños no saben todavía lo que es canela! ¡I cuán pronto lo supieron! ¡I cuántas bravatas se tornaron en lamentos!

Entre los infinitos conocidos i parientes con quienes a cada rato, me encontraba, oyéndome decir don Miguel Ramirez, que iba a comprar una embarcacion; propuso venderme una lancha de 12 toneladas, que acababa de rematar en 700 \$ i que por no necesitarla ya, pues en vez de lanchero, queria convertirse en aserrador, me la venderia en 300. Se hizo el trato.

Ayudado de tres jóvenes chilenos convertidos en marineros para costear con su trabajo, el viaje al Sacramento; el capitan Decano, ex-cocinero i contador de los trabajos de minas del Molino, i actual negociante i armador, no tardó en completar la carga de la *Infatigable*, que así se llamaba su envidiado lanchon.

Constaba el cargamento de ocho lios de charqui considerablemente alijerados por los estragos de la polilla: de veinte quintales de fracciones de quesos de chanco, cuidadosamente cuadrados a cuchillo, para librar la parte sana, de los efectos de la podredumbre: de cuatro sacos de descorazados: de dos barriles de chivato de a dos arrobas cada uno: de un canjoncito de tarros con dulce que recibí de Chile, i de dos sacos de harina tostada.

Ibame ya a embarcar, cuando el diablo, que no puede ser otro, casi cargó con todo mi negocio. Significóme un agente de aduana, que no me moviese de donde estaba; porque mi embarcacion no habia sido construida en Norte América, ni su quilla era de madera americana; dos requisitos indispensables para el cabotaje en los rios. Dando a Barrabás con semejante contratiempo, en un país donde *tiempo es plata*; ocurrióseme, en el acto, invertir el órden de estos dos sustantivos, i diciéndome; si tiempo es plata, claro está que plata es tiempo, i no solo tiempo sino cuanto hai en este mundo; me dí a correr tras del corredor de pólizas de Valparaiso, convertido en abogado o consejero en leyes, como el cartelon de su

casa lo decía. Finjió no conocerme; ni aun conocer el español. *Poco tiempo en Chile!*... Díjome que mi lancha le era mui conocida; que no necesitaba ni saber donde estaba; pero que mi asunto era mui delicado, aunque no imposible. Pida Ud. lo que le pareciere repuse; porque si salgo mal, carga conmigo una fanega de demonios. Pues bien, dijo él entónces con suma gravedad, comience Ud. por depositar la mitad del importe de las dilijencias, i procederemos. Entreguñe 450 \$ en oro, i ya estaba del lado de afuera cuando me gritó: ¿chalupa es, no?—No señor, contesté con incomodidad; lancha, i lancha de 12 toneladas con nombre de Infatigable! I el bribon decía que la conocia, i que habia estado poco tiempo en Chile, cuando habia encanecido en él!

Cuatro dias despues, un verdadero siglo en California, se me apareció el tal consejero en leyes, con un legajo lleno de garabatos en el cual se encontraban pruebas incuestionables, de que la madera de mi cascaron, habia sido cortada en el bosque de la *Berenjena* de la Union, i que en San Francisco mismo estaba, de tránsito para el interior, el mismo constructor que habia labrado la quilla del falucho. Constaba ademas, que no solo la embarcacion era pura sangre; sino que hasta su mismo nombre lo era; porque en vez de decir infatigable, como los bárbaros mejicanos que no saben el ingles, la pronunciaban debia decirse Impermeable!

Anda con Dios! Dueño, señor i capitán de embarcacion Americana, con un recargo de 900 \$ de valor por semejante gracia, procedí a ponerme en franquia.

Constaba el personal de la espedicion de cinco personas de capitán a grumete: Dos chilotes Velazquez; un Valdivia de Casa-Blanca; un jóven Martinez del sur, i yo. Martinez que tendria como 22 años, i que habia sabido captarse mi voluntad, tanto por su fino trato, como por su simpática figura, padecia de terciana; enfermedad que cuando le atacaba, le aniquilaba tanto, que pasado el acceso de frio i el de calor, quedaba Martinez por mas de una hora, en una especie de modorra mui semejante a un prolongado desmayo. Ojalá no lo hubiésemos embarcado!

Como la violencia de la vaciante habia hecho zozobrar, en la mañana, a dos chalupas perdiéndose con ellas cuantos las tripulaban incluso tres chilenos, en los remolinos o pequeñas vorájines del canal que comunica la bahía con el Pacifico; resolví no volverme sino con la creciente, i en la espera, tuve ocasion de obser-

var con espanto los efectos de la terciana sobre el desmedrado cuerpo del pobre compañero.

Navegó tres días consecutivos con marea i viento favorables, la gallarda Impermeable, dando i recibiendo ¡hurra! de cuantas embarcaciones íbamos dejando atrás, hasta entrar en las aguas Suisun, donde flanqueando el viento, comenzó también la marea a ser contraria. A eso de medio día, obligados a aguantarnos amarrados a unas raices a medio ahogar i cubiertas de tortugas, que asomaban sobre las aguas de la márjen septentrional de aquel golfo interior; el calor, nos obligó a buscar alguna sombra en tierra, i a esperar en ella la vuelta de la marea. Acababa por desgracia Martínez de sufrir otro furioso ataque de la cruel enfermedad que le acababa: le acomodamos lo mejor que pudimos bajo un toldo de lona; colocamos a su alcance una escudilla con agua azucarada i dejándole amodorrado, saltamos a tierra, condolidos, pero mui ajenos de lo que se nos esperaba a la vuelta.

Ya he indicado cuan intensa era la plaga de ponzoñosos i tenaces zancudos que infestaban las márgenes pantanosas de los rios Sacramento i San Joaquin, en cuyas confluencias tenían su principal asiento estos molestísimos insectos. Defendiéndonos como podíamos a pañuelazos, nos asilamos bajo unos matorrales que daban frente a un pequeño plan desnudo de pasto i cubierto de pequeñas cuevas, como las que forman nuestros *cururos* en los sécanos de ultra-Maule. Estuvimos allí como una hora sin darnos cabal cuenta del significado de muchos palitos secos como de tres pulgadas que parecían intencionalmente clavados en cada uno de los agujeros del suelo. Apénas, movido por la curiosidad me acerqué a ellos, cuando retrocedí espantado gritando: son culebras!

Muchas rejiones solitarias he recorrido en el curso de mi vida, i no recuerdo alguna, que tenga mas vívoras i culebras que las que exhibe en algunas partes el dorado suelo californes. El coral, el cascabel se encuentra a cada paso entre multitud de otros ofidios de distintas clases i tamaños, que aunque no todos venenosos, siempre espantan i desvian al viajero cuando los encuentra, tomando sol, de atraveso en los caminos. Las culebras que teníamos a la vista no eran de carácter sospechoso; puesto que ninguna de las muchas que matamos, tenía la cabeza con escamas; ántes bien se asemejaban a la chilena, que en vez de menudas escamas, tiene conchas a guisa de espalda de tortuga.

Ocupados, quién sabe cuanto tiempo, en descabezar culebras a varillazos, i en derribar, a pedradas, las muchas tortugas que engrosaban, puestas en fila, los troncos de los árboles recostados sobre el agua, perseguidos por los zancudos que llegaban a empañar la vista con sus bandadas, i que nos hacian pedazos con sus picadas, sin que el humo, las manotadas i los abanicazos con ramas, fuesen parte a librarnos de ellos, nos recojimos prësurosos a bordo.

Hai ciertas impresiones que por su intensidad nunca se olvidan. Martinez inmóvil; monstruosamente hinchado; con la cobija arrollada a los pies, sin duda a impulso de algun movimiento convulsivo, tenia todo el cuerpo inclusa la cabeza cubierta con una asquerosa i sangrienta mortaja de zancudos que repletos i amodorrados formaban sobre la desgraciada victima, un lecho que el espanto nos hizo presumir de mas de una pulgada de espesor. Ver aquello, precipitarnos sobre el pobre amigo; llamarlo, sacudirlo reventando millares de zancudos que nos empozan las manos con sangre, faé todo uno. Pero tardió socorro. Martinez estaba muerto!

Carecíamos de herramienta para labrar allí una sepultura: llevarle a Sacramento no tenia objeto; arrojarle en tierra para que fuese pasto de los coyotes no podia caber en nuestra angustiada imaginacion. Al dia siguiente pues, despues de una noche atroz, las aguas del Sacramento recibieron con nuestras lágrimas, el cuerpo inanimado de aquel jóven infeliz, que el dia ántes no mas habia sido nuestro compañero i nuestro amigo!

La vida del minero californes era, entónces, mui semejante a la del militar en campaña. Suele una lágrima humedecer la tez tostada del adusto soldado; al estrechar por última vez la mano del muerto compañero; pero esa lágrima se enjuga pronto ante nuevos peligros, o ante el entusiasmo que produce la victoria.

La fresca brisa de la mañana; la desaparicion de los zancudos barridos por ella; el aspecto imponente de las tranquilas aguas de Suisun; el de los bosques i graciosas colinas de sus contornos, la algazara de las aves; el continuo encuentro de innumerables embarcaciones llenas de alegres pasajeros, i acaso la reflexion, que son lágrimas perdidas las que se derraman sobre males sin remedio; no tardaron en devolver a nuestros ánimos preocupados, su primitiva enerjia.

Llegado dos dias despues a Sacramento, exhibí mi factura a los hermanos, i llenos éstos de entusiasmo por estar los artículos

mercantiles que les llevaba, en una de aquellas alzas que tanto asombraban en California, procedimos sin tardanza a su desembarco e instalacion.

Ya no teníamos tienda de campaña; el lujo habia desaparecido. Media pieza de jénero de algodón suspendida en rústicas estacas, era el techo de nuestra casa-almacen, cuyas paredes de ramas formaban, a su sombra, un medesto semi-círculo para precavernos del viento.

A un cajon boca abajo colocado en la abertura que hacia de puerta, se le adjudicó el nombre de mostrador; i como todo el cargamento no cupiese dentro, se adjudicó tambien el nombre de bodega al trecho donde acomodamos a todo campo, todo el resto.

No tardaron en acudir algunos curiosos, al ver instalada sobre el cajon, la indispensable balancita de pesar oro, al lado de una rebanada de queso, de un montocito de huesillos, i de una botella con sus dos guapas copas al frente que servian de vanguardia a los barriles de chivato que como cuerpo de reserva, teníamos guardados mas adentro.

Todo se vendia a las mil maravillas, ménos el charqui, que no podia salir a luz, sin vergüenza. No sabiendo pues que hacer con él, porque la polilla a falta de otra cosa, podia emprender con nosotros mismos, acordó el directorio devolver al charqui terraplenando sus agujeros con cebo, el aspecto i la gordura que le faltaban.

Desarmados los lios, el charqui que mas parecia jirones de harneros, que charqui; fué sacudido i estendido sobre el pasto donde despues de darle por uno i otro lado una mano de cebo caliente le dejamos un momento al sol. Federico nos habia traído, el dia ántes, un saco de cominos que unos chilenos habian arrojado al pié de un árbol, i como no hai cosa que no pueda utilizar la industria humana, aprovechándonos nosotros del incidente, derramamos sobre el charqui caliente aquel endemoniado condimento, i fecho, formamos con el todo una artistica pirámide de Ejipto.

Al olor que despedia tan estrambótica mercancia, acudieron dos acomodados sonoreños, a quienes contestando sus preguntas sobre lo que significaba tan aromático alimento, aseguramos que era el mas escojido charqui que solia servirse en la mesa de la nobleza de Santiago, i que no habíamos podido colocar hasta entónces, porque parecia que en California, apesar del oro, mas se atendia a lo malo i barato, que a lo bueno i caro. Mentimos como esperi-

mentados mercaderes, cuando protestan ante alguna amable compradora, que pierden plata en el negocio; que por ser a ella dan el jénero a tan bajo precio; que no lo digan; que guarden secreto, etc., etc; i aquellas escomulgadas garras, se vendieron a peso libra, i lo que es mas, desaparecieron del sitio que ocupaban. El chivato se vendió por copitas a razon de seis reales copa, por ser del que bebia el duque de Orleans, i así todo lo demas.

No tardó en llenarse el pueblo de Sacramento con los chilenos, que abandonaron los lavaderos del norte a causa de las ningunas garantías de seguridad que encontraban en ellas, i como si no bastase para consumir la ruina de mis pobres paisanos las nuevas leyes i el encono yanke, se le ocurrió tambien al clima venir a terciar en el asunto.

Los calores obrando sobre las ciénegas de las puntas del rio Americano con el Sacramento, viciaron tanto la atmósfera con exhalaciones pútridas, que no tardaron en desarrollar violentas epidemias de tercianas mui aniquiladoras para unos, i hasta mortales para otros. César mi hermano, casi perdió la vida, i nuestra flamante sociedad mercantil tuvo en tres ocasiones que cambiar su funcion de vendedora, por la de sepulturero, cargando con tres infelices i abriendo fosas al pié de los árboles para sepultarlos.

Resueltos a salir cuanto ántes de Sacramento, vendimos nuestra embarcacion puesta en San Francisco, i nos trasladamos a ese lugar con algo que parecia a 5,000 pesos en oro en la cintura.

Habíamos sido mineros, i en las minas nos habia ido mal, a pesar de nuestros enérgicos esfuerzos para evitar semejante calamidad. Habíamos sido comerciantes, i a pesar de que lo fuimos con todo el lujo de sus pecadoras tretas, el comercio en aquellos momentos se puso, como dicen, por los suelos; i ya comenzábamos a creer que, nuestra esquiva suerte, si poníamos una fábrica de sombreros, habia de influir para que los hombres naciesen sin cabeza cuando el aspecto del oro que empolvaba los cafés, nos sujirió la idea de plantear uno tambien.

En California nunca pudo medir el compas, entre el proyecto i su inmediata ejecucion, arriba de una línea. Organizamos una compañía con dos hijos del jeneral Lastra, quienes corrian como nosotros la caravana por aquellos andurriales; compramos en tres mil pesos un sitio en la calle de Dupont, i provistos de madera i de herramientas de carpintero, nos pusimos con un yanke, contratado al dia, a destrozár, o acepillar, i a escoplear con tan morrudo

tezon, que en dias, porque en aquel lugar los meses eran siglos, alzamos nuestro vistoso catafalco compuesto de un salon, con tres piezas abajo cuatro en los altes i un confidente íntimo, lujo entónces en San Francisco, que colocamos en forma de garita de soldado, a prudente distancia del cuerpo del palacio. Hago mencion de este departamento; porque muchos chilenos, i, entre otros caballeros, nuestro simpático paisano don J. M. I. a falta de mas cómodo dormitorio, pasó muchas noches sentado en él, como pudiera haberle hecho el príncipe de Asturias en el mas mullido lecho.

Trabajóse al mismo tiempo un pozo para la provision de agua potable, i el trabajo fué confiado al barretero don Juan Nepomuceno Espejo, quien olvidando el manejo de su antigua i leve pluma, por el pesado hierro de una tosca barreta, se las apostaba al mas membrudo patan. Cavaba él en el fondo de su agujero, i llenaba con tierra i piedras un balde que yo suspendia despues, con una cuerda, llenándole la cabeza con las cataplasmas de barro que se desprendian de él. Recuerdo que cuando el agua le llegaba a las rodillas, me gritaba con voz sepulcral: Vicente, ya será bastante hondura, mira que aquí me llevan las... i que recibía por toda contestacion: Trabaje no mas amigo, no me gane la plata de balde!

Contratamos un famoso cocinero frances llamado Monsieur Michel, que ganaba a mas de la casa i de la comida que importaban 200 pesos mensuales, un sueldo de 500 o sean 8,400 pesos anuales que es harto mas de lo que gana en Chile un ministro de Estado; i colocando en la puerta del nuevo establecimiento un gran letrero que decia: Restaurant de los ciudadanos, dimos principio a nuestras tareas en la fuerza del verano del año 49.

Escusado es decir, que el negocio marchó, al principio, a las mil maravillas; porque todo marchaba bien al principio en California, i solo al llegar al medio se broceaba. Nosotros éramos juntamente amos i criados del *restaurant*, i para criados, salvo algunos olvidos escusables del papel que representábamos, no lo hacíamos mui mal.

Entre los pensionistas figuraba un mulato, caballero de reciente creacion, que aun no habia arrojado el pelo de la dehesa. Sus voces de mando eran tiránicas i mui poco simpáticas las maneras con que las acompañaba. La leche era, hasta entónces en San Francisco, un lujo asiático, i como no la habia yo vuelto a tomar, desde aquella que nos dió, con tan buena i afable voluntad, la Si-

rena del caballo que compramos en Sacramento; tentóme el diablo una mañana, i de dos sorbos casi acabé la que tenia reservada para el almuerzo de nuestro acaballado parroquiano. Suplí con agua el déficit, i me di a los trabajos de costumbre.

Encontrábame sirviendo esto que los gringos llaman *cola de gallo*, a un pasajero, cuando tuve que abandonarlo todo por acudir a los ajos i cebollas, con las que el amo jetudo apostrofaba a mi hermano Federico por la clase de leche que le servia. El jesto i modo de aquel intruso en caballero habian hecho olvidar su papel de sirviente a Federico, i ya empuñaba éste la mano, cuando interpuesto a tiempo, pude salvar el descrédito del restaurant con las mas coquetonas i reverentes cortesías, quité de su vista la agua puerca que se le dió por leche; acudí con ella a la cocina; la trasladé a otra lechera, i volviendo presuroso, con el nuevo envase, cerca de mi patron, el nieto de africana mas satisfecho, alcanzó a exclamar: En fin mozo, ésta parece mas mirable!... A cuantos amos no se les pasará gato por liebre con buen modo!

Cerrado el Restaurant en las altas horas de la noche, nos sentábamos todos en el suelo a lavar platos; se designaba el que debía madrugar a regar, barrer i disponerlo todo para el siguiente dia, i no ménos contentos que los demas hoteleros nos echábamos a dormir.

Fué esta nuestra vida durante el poco tiempo que fuimos partidarios i agentes de la restauracion; mas como el negocio no requeria tantos brazos, i el asunto de la leche, no se me podía olvidar, con pretesto de estender nuestra esfera de accion, obtuve de mis compañeros permiso para hacer un viaje a Monterey.

Confieso que no fué otro mi propósito que el de ir a hartarme de leche en aquel pueblo.

Con el fresco de una hermosa mañana de julio, rifle al hombro pistolas i un delgado culebrin con oro en la cintura, puerco sombrero de paño, un zarape i barba al pecho, me puse en marcha a pié por entre los cerros i colinas que median entre San Francisco i la antigua capital de la Alta California.

Pasadas las primeras cerranías que llaman de la Costa, acompañado de varios señoreños que volvan desengañados a sus hogares, entramos en un estenso valle cubierto de pastos i de flores, donde abundaban tanto las aves, i sobre todo las ardillas, que parecia que estos ajilísimos i graciosos cuadrúpedos, brotaban como por encanto de nuestros piés. Manadas de ciervos se acreaban como

lo hacen nuestros huanacos, a reconocernos, i huian de estampida al menor de nuestros movimientos, para detenerse de un repente, i volver otra vez. La alta i mui útil vejetacion sorprende en este valle como sorprende en todas partes la de esta rejion privilejiada. La encina, el pino, el fresno parecen inagotables. La contra costa del pueblo de San Francisco se encuentra cubierta de pino colorado mui semejante a nuestra madera de alerce, i por cierto que los árboles no ceden en tamaño al jigante de nuestra vejetacion austral. En mis correrías anteriores tuve ocasion de contemplar, admirado, el maravilloso grupo de pinos del mineral de las Mariposas. En él ví pinos que median de noventa a cien varas de alto, sobre veinte i ocho a treinta i una de circunferencia en la base; i lo que es mas sorprendente aun, ramas laterales nacidas a cuarenta i cinco varas de altura, con un grueso de tres i media de diámetro. Estos portentos de la vejetacion que la ciencia llama *Seguvia jigantea*, tienen en California tantos nombres, que ya el viajero no sabe a cual quedarse. *Grizzly-giant*, les llaman unos; otros pino colorado. Los gringos les llaman *Wallintones*; los yankees *Washintones*, i nosotros podríamos llamarlos *San Martines*.

Alojamos al abrigo de una encina, i toda la noche nos molestaron las visitas de los coyotes, especie de lobo que aunque bastante menor que el europeo, es voraz i tan mal intencionado como aquel. El temor de los coyotes, fué el que despidió de California, al señor O. A., adamado petimetre argentino, mui conocido en Santiago, que habiendo intentado hacer lo que hacian los demas, aventurándose solo en un camino, fué perseguido sin descanso por ellos, hasta que lo metieron dando alaridos en poblado. Estos malditos animales nos dejaron sin almorzar al dia siguiente, por haber dado cuenta, casi sobre nosotros mismos, del resto de un venado que nos servia de rancho.

En éste, como en mis anteriores encuentros con señoreños i con californeces españoles, tuve ocasion de maravillarme del candor con que discurren estas pobres jentes, cuando se trata de la invasion i dominio de los yankees en su patria. Creen que ellos no pueden expulsar a los que hasta ahora califican con justicia de tiranos; pero tambien creen i a puño cerrado, que vista la enérgica resistencia de los chilenos a las brutales vejaciones de los yankees, los chilenos si quiciesen, podian espulsarlos! Iban pues, en compañía mia, al parecer, tan seguros de cualquier atropello, como si

caminasen bajo la proteccion de un irresistible Fierabrás. Así es que cuando llegó el momento de separarnos, creo que el Fierabrás no quedó con ménos miedo que ellos al verse solo.

En la tarde del dia tercero de marcha, ya medio arrepentido de mi calaverada, divisé con gusto una torre de la aldea Monterey a cuyo pueblo me dí trazas para llegar ántes de oscurecer.

Monterey puerto, es uno de los mejores de aquella costa. Monterey, pueblo, tenido hasta entónces como capital de la Alta California, era una aldea semejante a nuestro Casablanca del año 1840 i su poblacion no pasaba de 2000 almas. En cambio la naturaleza de los campos que lo rodean, i en jeneral la de todo el distrito, es de lo mejor i mas feraz que junto con Santa Cruz he encontrado en el Estado Califormes.

Alegraban los contornos de este ameno lugar, multitud de quintas llenas de preciosas arboledas; i aunque los edificios conservaban el tipo que tenian nuestras pesadas casas de campo ahora medio siglo, sus anchos corredores al camino público revelaban en ellas, el carácter hospitalario de la raza española.

Entraba a gran prisa la noche, i como ni mi figura, ni la poca decencia de mi traje, me autorizasen a solicitar hospedaje, de puertas adentro, en ninguna parte; me propuse pasarla al abrigo del corredor de una casa, que por tener las ventanas cerradas i la puerta a medio cerrar, parecia no estar en aquel momento habitada por los principales dueños. Al acercarme reparé que la puerta se cerraba con estrépito. Malo, dije para mis adentros; imposible es que no me hayan visto: ¿qué significará este puertazo?... Entré, sin embargo, bajo el corredor; llamé con tres golpecitos a la española; i como nadie me contestase, acordándome que aun estaba en California, apliqué con la culata de mi rifle sobre la muda puerta, dos coscachos que provocaron una inmediata contestacion... ¿Quién es? dijo de adentro la voz de una vieja carcomida..... Deo-gracias señora, contesté. Es un hombre de paz, que solo busca permiso para tender, por esta noche, su zarape en el suelo de este corredor i nada mas. Sentí entónces como que se movian con presteza algunas personas del lado de adentro i que una voz de mujer decia: si no es yanke;... si es español..... Tras de un tardío ¡Por siempre! entré abriendo la puerta con cautela. Se me presentó un caballero como de 45 años de edad, vestido con sencillez i desencia, quien saludándome, me preguntó qué se ofrecia. Al oirme hablar, exclamó con el sentimiento de la mas completa alegría:

Dios le perdone amigo mio, el susto que nos acaba de dar! Al verle venir, creimos que fuese Ud. uno de esos muchos zamarros, que infestan nuestros caminos i poblados, desde que la paz nos hizo mudar de dueños! Adelante señor, adelante!

I tenian razon de precaverse: solo el propietario californes sabia a cuantas tropelias, sin apelacion, estaba espuesto desde que comenzó la invasion de los que ellos llamaban bárbaros del norte.

Fué de ver el jeneral contento que despertó en aquella amable i hospitalaria familia, compuesta de un caballero, de su hermosa señora, i de dos cuñadas, que pudiendo ser bonitas para todos, me parecieron ángeles a mí; cuando supieron que no solo trataban con jente, sino tambien con un chileno.

Un chileno veterano de los Diggins, en esas alturas, era el símbolo de la seguridad individual; el espantajo de las tropelias del yanke, i el hermano a quien debia siempre tenderse la mano.

No tardó la confianza en sentar sus simpáticos reales entre los amables huéspedes i el recién llegado, a quien no se cansaban de hartar a preguntas, sobre Chile; sobre los chilenos que residian en San Francisco; sobre mis malandanzas i sobre los motivos que me habian encaminado a Monterey; i no sé como no se destornillaron riéndose, cuando dije a las señoras que el principal motivo de mi viaje a Monterey era el de hartarme de leche cuando llegase.

Don Juan Alvarado que así se llamaba el dueño de casa, tomándome de la mano me condujo a su dormitorio privado, i haciéndome prometer que descansaria en su casa los mas dias que pudiese, logró a fuerza de súplicas, i aun de enojos, que admitiese una camisa de hilo i un paletot-saco, para no estarle a cada rato recordando, con mi facha, la de aquellos intrusos que tanto aborrecia. Dejómelo solo; i nuevo don Quijote, cambiando de traje en casa del duque, despues de una famosísima lavada, i de tal cual recorte en las patillas; sentí el incomparable agrado que produce el delicado frescío de una camisa de hilo almidonada, sobre una piel curtida despues de tanto tiempo de usar lana!

Dormí esa noche en cama con sábanas i almohada! i al dia siguiente me esperaban junto a un corredor que daba a un hermoso parron rodeado de jardines, dos hermosas vacas que me hartaron de leche, pasando vaso tras vaso al incansable consumidor, por las sollicitas i pulidas manos de las amables cuñadas de mi huésped. Si hai como dicen séptimo cielo, en ese séptimo cielo, me encontraba yo. Para saber lo que es descanso no hai como la fatiga; así

como para saber lo que es regalo, era entonces necesario haber sido aventurero californes.

Traté por medio de don Juan con un *ranchero* doce vacas lecheras i ocho bueyes puestos en San Francisco; i pareciéndome que una *cimarra* de ocho días de solaz, era ya sobrado tiempo, anuncié a la familia que partiria al siguiente. Hubo súplicas de aquellas que solo sabe hacer la raza latina a sus alojados; demoré un dia mas, para participar de una tertulia que me prepararon; i endosados al dia siguiente mis arreos de guerra perfectamente lavados, me dispuse a marchar. Acompañado por toda la hospitalaria familia de mi nuevo amigo hasta el corredor de afuera, encontré que me esperaba allí, una hermosa mula con una de aquellas riquísimas monturas de terciopelo recamadas de oro con su borren delantero de plata maciza imitando cabeza de águila, que tanto maravillan a los extranjeros, que visitan a Méjico. Fué imposible resistir a las instancias de don Juan para que aceptase aquel recuerdo, esa friolera, como él decia, i despues de las protestas de la mas cariñosa despedida, separándome, con pena, de ese oasis de mi travesía al través del desierto del egoismo indiferente, salí a paso largo i lleno de esperanzas, en pos de nuevas aventuras.

A mi llegada encontré a San Francisco plagado de nuevos chilenos; ya he dicho que casi no queda familia de las conocidas en Chile que no tuviese allí un lejítimo representante de su nombre. Todos se encontraron al llegar desorientados. El negocio que ayer no mas era de infalible buen éxito, hoy se tornaba en sinónimo de ruina. En medio de las decepciones i de los lamentos de los chasqueados, mis compañeros i yo hacíamos, aun, inútiles esfuerzos para nadar contra la corriente desanimadora que a todos nos llevaba por delante.

Vendí mi mula en 600 pesos; en setecientos mi lujosa montura; Felipe Ramirez se encargó de proveer de leche cortada los hoteles; César mi hermano, de ordeñar vacas i callejear la leche; Federico, de regresar a Chile a acompañar a nuestra excelente madre, i yo del restaurant con los demas compañeros.

Todo en San Francisco asum a un tipo especial.

Hasta entonces, como se ha visto, solo habíamos tenido que habérnolas con hombres, porque mujeres ni para remedio se encontraban por las calles.

El espíritu mercantil que especula hasta con la desmoralización, no tardó en buscar suplentes imaginarios al bello sexo, exhi-

biéndolo en toda su primitiva desnudez i en efijies atrozmente pintadas en los caféés de mas nota que existian en el pueblo. Ese adorno repugnante que cubria las paredes de los salones i que hubiera hecho huir, en otra parte, al mas descarado sátiro, llenaba, sin embargo, de oro, junto con las mesas de juego i la bebida, los bolsillos de los felices poseedores de semejantes tesoros. Con semejantes premisas era natural que no tardasen en llegar orijinales, de carne i hueso, tan repugnantes como los pintados.

El vapor de la carrera de Panamá trajo en su primer viaje a dos hijas de Eva de estas que llaman del partido. Los que salieron a ver entrar el vapor, desde la puntilla del poniente, al divisar sombrillas i gorras de mujer, formaron tan entusiasta alboroto, i se dieron tanta prisa a acudir al muelle, que arrastrando con cuantos encontraron en el camino llegaron a reunir un grupo de harto mas de mil hombres en la playa. Soltada el ancla; se armó a bordo un orijinalísimo altercado entre las dos doncellas andantes i el bueno del contador del vapor. Querian ellas saltar primero que nadie a tierra: oponíase el contador, diciendo que el trato era que le pagasen el valor del pasaje al llegar a San Francisco; i la mas arrestada de las dos yankes, fundándose en que *tiempo es plata* hacia ya responsable al asustado contador, de daños, perjuicios e intereses, cuando dos curiosos cansados de esperar en la playa, saltaron a bordo i arrojando un saco de oro, a los pies del judío cobrador, bajaron con ellas a tierra en medio de un hurra! jeneral.

Abrió calle la alegre muchedumbre, i ellas del brazo de sus felices salvadores, repartiendo saludos i recibiendo hurras! no tardaron en desaparecer por entre las encrucijadas de los casuchos, seguidas, a lo léjos, con las miradas lascivas i envidiosas de los que no supieron dar al *tiempo es plata* su lejitima importancia.

Era de esperar, que halagados los armadores del vapor con el subido precio del pasaje que podia pagar la mercancia mujer, a su llegada a San Francisco, procurasen embarcar, como lo hicieron, cuantos bultos de esa especie podian encontrar. Al siguiente viaje llegaron siete mas; las mismas que fueron recibidas con idéntica galantería.

Alarmados los dueños de café con la competencia que hacian a sus mamarrachos mal pintados, los mamarrachos mas positivos que iban llegando, idearon i pusieron en planta el mas estravagante i obsceno arbitrio, de cuanto puede, en casos, improvisar la

desvergüenza humana. Contrataron a peso de oro a esos ascos, para formar con ellos cuadros plásticos en el salon del café: formaron a uno i otro lado pedestales i sobre ellos totalmente desnudas, i asumiendo indecentes posturas, colocaron las imágenes del pudor i del decoro californes.

A las ocho de la noche i a son de música, se abria la puerta de la exhibicion. Los curiosos, despues de dejar en la portería una buena parte del bolsico de polvo de oro que llevaban en la cintura, apénas principiaban a curiosear, cuando empujados por los que venian atras, se veian precisados a salir, dando al diablo, por la puerta de atras. Recuerdo que un respetable chileno, don J. E., cuyo nombre no hai para que traer mas claro a colacion, me decia: Compañerito, tentóme el diablo i casi me han limpiado todo el oro que llevaba en el bolsillo,—media libra! Estaba echando en la balanza el precio de la entrada, cuando un empellon de los de atras, me hizo vaciar en ella casi todo el bolsillo, i seguir renegando hácia adelante, sin que me fuese posible volver atras para recobrar el exceso.

Pero este negocio solo pudo sostenerse un mes; porque los vapores ya no vinieron con pocas, sino con cargamentos de mujeres, todas con cargo de pagar sus pasajes a bordo, un dia despues, cuando mas, de su llegada.

Si las escenas anteriores son repugnantes, estas últimas que voi a referir, ántes de dar de mano a esta parte de mis apuntes, no causarán ménos maravilla.

En la puerta de la habitacion de cada una de las primeras Mesalinas que llegaron, se ardian de noche, a punta de palos i de pistoletazos cuantos querian entrar primero a saludarlas; i ellas que sabian mui bien, que ni los muertos ni los derrotados daban oro, salian presurosas a apaciguar los pretendientes, valiéndose de argumentos que el pudor impide referir.

Habiendo mermado algun tanto la demanda de mujeres, por los muchos cargamentos que traian los vapores; para no perderlo todo, los capitanes convinieron en poner a remate el valor del pasaje. El mayor postor cargaba con la prenda, i el capitan con el valor de la postura, chancelaba el del pasaje.

Repitiéronse, a consecuencia de esto, las mas estrañas i brutescas escenas.

Colocadas en el alcázar de popa, con todos sus postizos atavios, los objetos que motivaban el remate; aquel que hacia de martille-

ro, tomando a una de esas sinvergüenzas de la mano, despues de elojiar su talle, su juventud i su hermosura, decia en alta voz: Caballeros, ¿cuánto está dispuesto a dar alguno de ustedes, ahora mismo, porque esta hermosa dama venga de Nueva-York a hacerle una especial visita?... Al momento comenzaba la puja, i el mayor postor, junto con oír el martillazo, entregaba el polvo de oro i cargaba con su mueble!

Pero ya es tiempo de doblar esta hoja. Perdóneme el sexo encantador que constituye la mas hermosa mitad del jénero humano, si para designar a tan abyectas mamíferas con faldas, me he visto precisado a darles el nombre con que designamos a los ánjeles del hogar. Entre los escojidos del Señor tambien hubo un Luzbel.

Pero esta clase de vicios no fué, ni con mucho, el único fango al traves del cual se echaban, entónces, los cimientos del que debe ser, con el tiempo, un Estado rico i soberano. El robo, el asesinato, el incendio i el juego terciaban tambien en sumo grado en él.

Todas las noches el toque de música, en algunos garitos, o el de caja o de tantan chinesco en otros, convocaba a los aficionados al peladero, en medio de la embriaguez que produce el baile i la bebida. Todas las noches habia heridas, trompadas i garrotazos, i en cada una de ellas, salian los arruinados a buscar el desagravio de sus pérdidas, en el robo o en el atropello.

Tuve ocasion de presenciar una partida de juego, en la que figuraba un taimado oregonez. Acercóse éste a la mesa, i sin decir una palabra, colocó sobre una carta del naípe un saquito que contendria como una libra de oro en polvo, i perdió. Con el mismo silencio i con la misma gravedad, colocó otro de iguales proporciones, i perdió otra vez. Entónces, sin inmutarse, separando de su cintura una delgada culebra, que contendria como seis libras de oro, la colocó sobre una carta, echó mano a un revólver, le amartilló, i encarándolo al que tallaba, esperó tranquilo el resultado. Ganó!... ¿Con qué gané, eh?... dijo con aire sarcástico, empuñando estóicamente la ganancia. ¡Vaya, una suerte! i desapareció. Ganó, porque mui bien sabia el astuto tallador, que el asunto podia haberle costado la vida.

Pero, para ser justos, es preciso confesar que no todo era desórden en San Francisco. Tambien en aquella batahola se pensaba de cuando en cuando en un porvenir político. El Gobierno militar hacia tiempo que estaba rechazado por el espíritu mas decidi-

do de libertad, encarnado en cada uno de los aventureros que pensaba fijar en California su residencia permanente. Quisieron tambien que la nueva rejion territorial se elevase, i pronto, a la categoría de Estado soberano; i como ya se estaban dando muchos pasos en este sentido en Washington, para dar mas peso a tan justa pretension, que al último ya comenzaban a exijirse con imperio, se propusieron nombrar diputados para reunir una convencion, ya no en Monterey, como lo habian pretendido ántes, sino en San José, donde, en calidad de capital, debia residir el Gobernador.

Celebráronse, pues, meetings con este objeto, en todas partes; i desde luego comenzaron los interesados a las diputaciones, a poner en juego sus respectivas relaciones. Grandes grupos con banderas i bandas de músicas improvisadas, recorrieron las calles, acompañando cada uno al candidato de su predileccion. El pretendiente, provisto de una gran cartera, en cuya primera hoja estaba escrita su profesion de fé política, se entraba de casa en casa a recojer adhesiones. El solicitado, si se adheria, daba su nombre; si no, decia simplemente que ya estaba comprometido. En el primer caso, tres hurras! acompañados de música i aun de algunos tiros al aire, celebraban el futuro voto; en el segundo, el pretendiente se contentaba con decir: lo siento, otro dia será, i la comitiva seguia en silencio hácia la casa vecina.

Cada candidato designaba el color de la cinta que debia adornar el sombrero de sus partidarios el dia de la eleccion; i las fondas i los *hoteles* del pueblo, enarbolando sus colores respectivos, daban grátis de comer i de beber a cuantos se les presentaban con semejante condecoracion.

Instaladas las mesas receptoras, cuya custodia i vijilancia estaba a cargo de tantos grupos de encintados mirones, cuantos eran sus correspondientes candidatos; éstos, bien montados i acompañados por algunos compañeros, recorrían a media rienda todas las calles de la ciudad, llamando a los suyos i presentándose en todas las mesas, donde eran recibidos con grandes hurras! por sus compañeros políticos. Allí era el oír los discursos de los candidatos, sin desmontarse de sus cuadrúpedas tribunas: allí las contestaciones i las réplicas de los que abogaban por otro; el echar al suelo los barriles i las mesas en que éstos se encaramaban para que se les oyese mejor; el ver como se formaban i se deshacian los círculos de los que rodeaban a los que dirimian a trompadas la cues-

tion de preferéncia. Pero ningun pistoletazo, ninguna herida. Las armas ese dia enmudecieron. ¡Cuánta diferencia con lo que acontece en otros países! Mas aun, terminada la eleccion, todos los electores aceptando el color del elegido, olvidaron sus privadas pretensiones, para celebrar al electo por la mayoria, con tanta algazara i tan completo entusiasmo, como si ellos mismos hubiesen contribuido a su triunfo.

California en tanto, por lo que hacia al negocio que atrajo a ella tantos i tan distintos especuladores, desde los acuerdos o desacuerdos del buen gobernador Smith, habia perdido ya para el aventurero extranjero, casi la totalidad de sus primeros atractivos. Se necesitaba en ella, como en todas partes, ya no simples brazos extranjeros que trabajasen con éxito, por su propia cuenta; sino brazos asalariados o tributarios. No es pues, de estrañar que aquellos que disponian de fuertes capitales, o estuviesen pobres, o tocasen a una desconsoladora retirada. Nosotros pensábamos ya hacer lo mismo, cuando la suerte que tanto nos habia maltratado, vino a darnos el golpe de gracia, que nos lanzó con cajas destempladas fuera de aquel país de ex-promision, con uno de aquellos espantosos incendios que todo lo arrasaron en los últimos meses del año de 50.

Haria como dos horas que nos habíamos recojido, resuelta la realizacion para volver a Chile, cuando una luz roja i temblona, vino al traves de los vidrios de nuestra ventana a iluminar el aposento en que dormiamos. El fuego habia principiado, segun muchos intencionalmente; en el hotel de los afanados cuadros plásticos de que ya he hecho mencion. Nunca nos imaginamos que estando éste, a mas de tres cuabras de nuestra casa, podria alcanzarnos mal alguno; i ya nos alegráramos del mal de aquellos be-rejes, calculando el valor de nuestra brillante realizacion por la alza del de los edificios; cuando hora i media despues, vino a probarnos la suerte que no todos los brillos de las realizaciones, sin dejar de ser brillos, son provechosos. El fuego cundió en todas direcciones con la misma desesperadora rapidez, que le vemos de cuando en cuando cundir en Chile, en algunas de nuestras sementeras de trigo en la época de las cosechas. En medio de aquella inmensa i atronadora hoguera, avivada por las detonaciones de los barriles de pólvora del comercio, que poblaban la atmósfera de chispas i de maderos encendidos; las tablas ardiendo empujadas por el viento, no tardaron en invadirlo todo. Rodeados de fuego

por todas partes, solo debimos nuestra salvacion como la debieron todos, a la rapidez de nuestra fuga!

Dos meses i medio despues, i en traje de marineros, abrazábamnos con ternura a nuestra madre en el tranquilo Chile; pobres como siempre; pero satisfechos de no haber abandonado la brecha sino despues de haber quemado el último cartucho!

VICENTE PEREZ ROSALES.

ERRORES POPULARES

SOBRE LAS FUNCIONES DEL GOBIERNO.

Si en este momento no existe una idea clara i difundida sobre el porvenir político de la clase obrera i del país en jeneral, i si debe o no ser aumentado el poder de esa clase, seguramente que no es porque la cuestion haya sido descuidada, o porque solo la haya estudiado una pequeña parte del público. Desde principios de este siglo i especialmente desde que principió la agitacion que vino a terminar en el gran bill de reforma ha sido un tópicó de interes nacional; i desde que fué jeneralmente conocida la necesidad del bill de reforma de 1868, probablemente ha despertado mayor suma de interés que cualquiera otro problema político-social. No ha sido este interés ni exesivo ni artificial, desde que es evidente que hasta las medidas mas trascendentales que ocupan la atencion de la lejislatura, son insignificantes cuando se las compara con las cuestiones inmensamente abrazadoras, de saber si el poder lejislativo pasará a las manos de una clase diversa de la que ahora lo posee, i hasta que estension llegará ese poder en las manos de la clase obrera,—de una clase que probablemente podrá desarrollar una gran intelijencia en el uso hábil i culto de ese poder, pero que todos admiten que ni conoce ni desea conocer los medios políticos i diplomáticos del pasado; que tiene pocas tradiciones políticas, i esas pocas son principalmente de un carácter subversivo; que está

acostumbrada a imaginarse sus intereses directamente opuestos a los de las clases que ahora gozan algo parecido a un monopolio del poder; i que, por consiguiente, si fuera absolutamente suprema, persiguiera fines fundamentalmente distintos i por medios enteramente diversos, de los que hasta aquí han sido perseguidos por el cuerpo gobernante.

Aun cuando ya han trascurrido cerca de diez años desde que dimos a los electores proletarios la mayoría en las elecciones urbanas, no ha pasado todavía la escitacion que produjo esa medida. Es verdad que algunos escritores i polemistas, cuyo interés en materia política requiere el estímulo de la crisis o del pánico, i que fueron dominados por una alarma loca por la comuna de Paris i las subsiguientes declaraciones de la liga internacional, han dejado de mirar como urgentes los problemas relativos a la clase obrera desde que sus peores temores fueron desvanecidos por el resultado de la última eleccion jeneral, i han caido en una quietud i satisfaccion de cuando en cuando perturbada por la noticia de demostraciones i movimientos como las elecciones de Stoke-upon-Trent, sociedades fenianas, etc. Políticos mas previsores han percibido, sin embargo, que el pequeño uso que hizo el proletariado entónces de sus derechos recién adquiridos para derrocar sus superiores sociales era debido, mas a su falta de organizacion i de una direccion intelijente, que a una disminucion en su sed de poder o una sumision afectuosa a las clases en que elijió sus representantes. Por eso la mayoría de los políticos mira todavía la actitud i los propósitos de la clase obrera como el factor mas importante quizá en sus cálculos sobre el porvenir político, i el diluvio de escritos i discursos que siguieron a la agitacion de la reforma aun cuando se haya indudablemente debilitado en los últimos años, no ha desaparecido por completo.

Si la concesion de 1868 era justificable, si era inevitable; si era prematura o tardía; inadecuada o excesiva; cuánto poder conferia teórica i prácticamente, i qué uso se haria de ese poder; si quedaria satisfecha la clase que lo pedia, o si se necesitarian mas amplias concesiones; i si esto era así, hasta qué punto llegarían esas concesiones i en qué plazo seria necesario hacerlas;—éstas i una multitud de cuestiones análogas han sido incesantemente presentadas i resueltas desde casi todos los puntos de vista posibles, durante diez años, con la habitual variedad de talento i futilidad, de imparcialidad i preocupación.

Siendo esto así, pudiera parecer supérfluo escribir sobre este asunto; i a la verdad que es necesario que un autor esté dotado ampliamente de jénio i orijinalidad o de ignorante presuncion si pretende presentar una teoría, a la vez nueva i verdadera, sobre una materia que ha sido discutida tan estensamente i con frecuencia con tanto talento. Hai, sin embargo, un aspecto particular de esta cuestion que, aunque *no* es nuevo, es a nuestro juicio a la vez tan verdadero, tan vitalmente importante i tan inexactamente apreciado, que haria una obra útil el que lo difundiera en el público con todo el vigor de la repeticion i la insistencia. Ha sido magníficamente desarrollado por alguno de los mas grandes escritores de este siglo; i por consiguiente presentados algunos de sus principales puntos de vista, puede pretenderse mui poco de orijinalidad en la percepcion de la verdad o siquiera de novedad en su combinacion. Solo se espera que, con el ausilio de algunos grandes principios que los sociólogos han elaborado cuidadosamente, i que el público ha olvidado con demasiada jeneralidad, pueda arrojarse alguna luz sobre la verdadera solucion de dos grandes cuestiones: 1. ¿Por qué seria peligrosa en este momento la democracia? 2. ¿Qué se necesita para que sea pacífica? ¿En qué consiste la ineptitud para lejislar de que se acusa a las clases obreras? ¿I en qué precisamente consiste la educacion i el desarrollo que podria ponerla en aptitud de igualar o sobrepujar a las clases actualmente gobernantes? Es evidente, con solo ver los problemas que hemos elejido para nuestro estudio, que hai algunos políticos cuyas premisas diferirian tanto de las nuestras que dificilmente podria ser útil dirijirnos a ellos en estas pájinas. En primer lugar están los que por un extremo egoismo de clase o preocupaciones conservadoras i sectarias, miran la democracia como una forma de gobierno esencialmente inmoral i anárquica, que si alguna vez llegara a establecerse en este país reduciria su civilizacion al caos i consumaria su ruina social, política e industrial. En segundo lugar están los que profesando un credo mui semejante respecto a la democracia, piensan que la violacion i la represion son agentes adecuados para arrancarla de raiz. Piensan que las tendencias democráticas pueden ser dominadas por maniobras diplomáticas, por medidas lejislativas, por restricciones de la espresion popular, i, en último resorte, por la fuerza militar; i prefieren resistirla mas bien que prepararla, elevarla o dirijirla. En tercer lugar está el partido creciente de ardientes radicales,—principalmente responsables

del estado raído i gastado en que se encuentra la máxima de que tanto se ha abusado *Vox populi, vox Dei*,—que ha sido arrastrada por la reaccion producida por las escuelas ántes mencionadas, a una devocion fanática por el populacho; que cree que la democracia no será nunca establecida demasiado pronto, i que tiene una fé ilimitada en la capacidad de las masas para desempeñar todos los deberes concebibles i salvar todas las emergencias posibles.

A esta i a otras escuelas semejantes de pensadores i disertadores políticos es imposible dirigir las reflexiones encerradas en las pájinas siguientes. Son dirigidas de preferencia a los que creemos que forman la mayoría entre los ingleses intelijentes e instruidos i que, si solamente hablamos de los vastos principios que sostiene en comun i prescindimos por el momento de los muchos e importantes puntos de diverjencia que hai entre ellos, pueden ser descritos aproximativamente en estos términos:—Son individuos que tienen la jenerosidad i la cultura suficiente para mirar por encima i mas allá de los intereses de su clase o de su partido, o que a lo ménos hacen un honrado esfuerzo para conseguir esto. Están convencidos que la violencia i la represion no solo son fútiles, sino suicidas, cuando se les dirige contra una tendencia popular que es el producto espontáneo de la evolucion social; i ellos reconocen los signos del tiempo en la tendencia irresistible que aproxima a las naciones civilizadas hácia las instituciones republicanas i democráticas. Ya sea que miren o no la democracia como «la última forma del desarrollo político,» desean pesar sus problemas imparcialmente, i arreglarse con ella lo mejor posible, si es inevitable; i si desean que el advenimiento de la democracia sea postergado, o a lo ménos que no sea precipitado, lo desean, no por egoismo o estrechez de espíritu, sino porque divisan en la clase obrera una doble inaptitud para legislar. Perciben que ignora verdades que para un legislador es de la mayor importancia conocer, i perciben que acaricia errores positivos que en un legislador serian estremadamente peligrosos.

Esta percepcion, i los temores consiguientes, no deben ser de ninguna manera confundidos con esa timidez conservadora que mira en cada edad sucesiva, con un miedo vago i con cierto horror sagrado, las mas espléndidas formas del progreso i las especulaciones de las intelijencias mas jenerosamente dotadas. La clase de políticos que hemos estado describiendo puede incluir e incluir en efecto, algunos de los mas atrevidos pensadores de esta

o de cualquiera otra edad. El filósofo socialista experimentado no puede es verdad temer ningún mal permanente de un cambio, o mirarlo como prematuro i errado, si puede ver que el sentimiento que lo orijina está profundamente arraigado en la naturaleza i la conciencia del pueblo; que ha crecido gradualmente, i bajo condiciones naturales, hasta llegar a ser vigorosa i estensamente difundido; i que las mismas causas que han creado i robustecido esta tendencia han ido preparando silenciosamente la naturaleza de los hombres para satisfacer los deberes i las emergencias que debe necesariamente ocasionar. Pero nadie sabe mejor que el filósofo sociologista que los impulsos tumultuosos del deseo popular pueden ser fácilmente producidos por causas esternas, sin que tengan ninguna raiz en una necesidad permanente i sin que hayan disciplinado al pueblo para la situacion que necesariamente van a crear. En la revolucion francesa tenemos el ejemplo mas completo i aterrador. El pueblo se levantó frenético en nombre de la libertad, pero en realidad era movido por una odiosidad i una hambre horrible i por una miseria indecible e intolerable. Entre todas las grandes naciones europeas era la mas enseñada a depender de su gobierno, la mas afeminada por la proteccion i por consiguiente la ménos preparada para el vigoroso gobierno de sí misma. Ni sabia lo que era libertad, ni la habria deseado si hubiera estado bien gobernada i bien alimentada. Por consiguiente la libertad que obtuvo no era la base de una vida política ennoblecida i progresiva, solamente era una breve i trájica anarquía que debia desenlazarse inevitablemente en el despotismo.

Sin duda que en Inglaterra las condiciones son felizmente diversas. Todas nuestras instituciones i nuestra historia han sido una larga educacion en el amor i la intelijencia de la libertad, i una gradual preparacion para su posesion mas i mas completa; no nos sentimos trabajados por nada que sea remotamente comparable con el horrible estado de angustia i opresion que precedió a era de los enciclopedistas. Sin embargo, los políticos pensadores pueden percibir que la educacion del populacho inglés necesaria para una libertad completa e igual, aun cuando progresa de una manera sana i halagueña, dista mucho todavia de haber llegado a su término; i en segundo lugar que hai causas ahora en trabajo que pueden hacer mas intenso i hasta exasperar el clamor popular por una mayor suma de libertad, i que puede arrastrarla hasta crear, o a lo ménos luchar, por instituciones para las cuales no está

madura todavía la inteligencia pública. La libertad o a lo menos un fantasma de libertad puede como hemos dicho ser ardentemente perseguido por razones diversas de las que harían racional perseguirlo o benéfico su resultado: los derechos también pueden llegar a ser reconocidos ántes que sus deberes correlativos puedan ser desempeñados. I no faltan indicaciones de que esta maléfica anticipación del desarrollo natural puede ser para nosotros una próxima posibilidad de peligro.

Las causas externas que parecen calculadas para estimular nuestras tendencias democráticas consisten, hasta cierto punto, en *quejas reales*, que afectan al pueblo—es decir, sufrimientos i penalidades que realmente resultan del gobierno de una gran clase proletaria por una pequeña clase que posee los títulos i la fortuna, i que pueden, *ceteris paribus* ser remediados por una forma de gobierno mas completamente popular. Pero consisten también, en una medida mucho mas estensa, como probaremos en este estudio, en lo que pudiera llamarse *quejas falsas*—es decir, quejas que son sufrimientos apreciados de una manera errónea—penalidades i angustias, convertidas en quejas por ciertas apreciaciones equívocas de su verdadera causa i sus remedios. Podrá ser cierto que, mientras la naturaleza humana sea egoísta, las clases que tengan mayor suma de poder, serán las clases cuyos intereses sean mejor cuidados, i que las clases mas elevadas de la sociedad no legislan con entera honradez para aquellos cuya autoridad política es menos directa i estensa. Puede ser igualmente cierto que, hasta el momento en que principiaron a protegerse a sí mismos por medio de la asociación, los obreros fueron rudamente tratados por la competencia entre el capital i el trabajo i que aun ahora los intereses de los capitalistas son mejor atendidos en las negociaciones mercantiles que los intereses de los mecánicos i trabajadores. Pero estas causas de disgusto son pequeñas cuando se les compara con la enorme queja que se levanta cuando la decadencia jeneral de la clase obrera, su pobreza, lo bajo de su salario, la escasez de trabajo, i las alternativas de aumento i disminución en la industria, son atribuidas al egoísmo directo i voluntario de las clases elevadas, i sobre todo al gobierno—cuando se ha sostenido, que la avaricia, la crueldad i la indiferencia de los patricios es la causa de las privaciones de los plebeyos (cuando en realidad estas privaciones proceden de un aumento de población, plétora de trabajadores, imprevision personal, i una série de condiciones económicas, i so-

ciales perturbadas)—cuando en suma gana terreno la idea de que el gobierno podría traer la abundancia si lo quisiera i que por intereses egoistas no lo quiere ni lo querrá nunca, hasta que sea trasferido a hombres que legislando para el pobre, legislen para sí mismos.

Es un hecho curioso que tan pocos escritores políticos hayan hasta aquí puesto de relieve esta causa oculta del disgusto de las masas i de su avidez de poder político. Escasamente algunos han percibido que los obreros desconfían i malquieren a sus superiores porque creen, con razon o sin ella, que teniendo esos superiores el poder de darles la prosperidad prefieren mantenerlos en la adversidad. Escasamente algunos se han apercibido de que aspiran al poder porque, con razon o sin ella, creen que teniéndolo podrían darse a sí mismos la prosperidad i desbaratar los propósitos de una casta egoista i sin escrúpulos.

Los que se aventuran a estudiar el *rompe-cabezas político* de la democracia son, como hemos dicho, numerosos i sostienen vaticinios singularmente variados. Tenemos políticos que hablan de grandes i poderosas minorías de obreros conservadores, que felicitan a las masas por su prosperidad i les reprochan como una ingratitud su descontento; hai otros que creen que las clases superiores i medias tienen en reserva un poder irresistible, que hasta aquí se han abstenido de desplegar i que como un león dormita, con la conciencia de su fuerza majestuosa, sin levantarse a desplegarla para aniquilar enemigos completamente insignificantes.

Tenemos otros escritores políticos que nos dicen que estamos sobre un volcan en ebullicion, un volcan cuyos cráteres abiertos son el comunismo frances, el republicanismo de los obreros ingleses i la liga internacional de los obreros;... que la condicion de los obreros se hace insoportable por sí misma i por el contraste que forma con la de los ricos, i que esa situacion lleva a los hombres hasta hacerlos desesperados i sin freno. Un gran político práctico ha hablado últimamente de «la fuerza de la democracia, que no puede ser resistida, pero que puede ser dirigida,» i nos ha dicho que «es inútil empuqueñecer el asunto. A no ser que el mundo vaya para atrás, la democracia tendrá que ir para adelante. La voluntad del pueblo tendrá que prevalecer mas i mas. No podemos evitar que la mayoría dirija; solo podemos esperar que la persuadiremos de que dirija bien.» I luego en palabras calcu-

ladas para avivar el colorido dramático de profesías aterradoras, Carlyle nos dice: «esperad un poco hasta que la nacion entera se encuentre en un estado eléctrico; hasta que toda su electricidad vital, dejando de estar en una saludable neutralidad, se separe en dos porciones aisladas, en Positiva i Negativa (en Fortuna i en Hambre) i se presente allí, embotellada en dos baterías colosales. El dedo de un niño bastará para ponerlas en contacto, i entónces...—¿qué sucederá entónces?» Tenemos pesimistas políticos como Greg, que tiemblan ante las delicadas cuestiones de política: como el manejo del imperio de la India, si hombres sin educacion en la ciencia de gobierno son violentamente introducidos en los puestos de responsabilidad. Tenemos economistas que temen que la supremacia comercial del pais i hasta su prosperidad comercial, puedan perderse para no ser jamas recuperadas mientras los directores populares hagan estériles ensayos por el estilo de los *ateliers nationaux*, el reconocimiento del *droit au travail*, proteccionismo industrial bajo nuevas formas i análogas falacias del socialismo, i tenemos tambien un gran número de no mui audaces pensadores, que tienen poca afinidad con las teorías abstractas, pero que tienen deferencia por las castas i las iglesias, i un respeto jeneral para todo lo que se halla establecido; i que encuentran que deben temerlo todo de una irrupcion en los puestos elevados de hombres cuya animosidad principal ha sido dirigida en contra de esas mismas cosas que ellos suponen eternamente esenciales para el órden i la propiedad.

Todos, sin embargo, parecen completamente unidos en la idea de que si las clases industriales son peligrosas es en virtud de su fanatismo por la libertad i de su violenta desconfianza del gobierno; i pocos ven que son peligrosas porque tienen escasamente una idea de la libertad verdadera i equitativa, i porque (como demasiados de sus superiores, i con mas exajeracion que sus superiores) tienen en la omnipotencia de los gobiernos la fé mas extravagante i desgraciada. Si hojeamos las publicaciones de la Liga Internacional o escuchamos los discursos de sus oradores, si recorrimos las columnas de los órganos de la clase obrera o examinamos los programas presentados en los meetings i las conferencias políticas, en todas partes encontramos mas o ménos evidencia de la idea comun i fundamental de que la omnipotencia está en manos de los lejisladores i estará en la de los obreros si llegan a ser lejisladores. I su suspicaz disgusto del gobierno existente es el resultado

de esta conviccion i no la desaprobacion de esta omnipotencia.

El rei Nepaul que hizo cañonear los dioses nacionales porque a despecho de sus sacrificios i sus súplicas habian permitido que su hermosa reina tuviera la viruela; que no probaba con esto falta de fé en el poder de las divinidades para producir milagros i suspender las leyes naturales. Si no hubiera tenido esa fé, no habria recurrido ni a la súplica ni a la descepcion, como un intelijente deista de los tiempos modernos que, ni espera ni pide una interposicion entre la causa fisica i su efecto, ni suplica que el rayo sea desviado, ni increpa, ni abandona a su dios por el daño que ha causado. El rei Nepaul i los sacerdotes de Baal se indignaron con sus dioses porque creian con una conviccion inquebrantable que sus dioses podian auxiliarnos, i deducian de aquí que su continuada inaccion era el resultado de la malignidad o de la indiferencia. Las ideas sostenidas por las clases obreras modernas han sido resumidas por Herbert Spencer de una manera viva, comentando las palabras de un historiador frances, cuya propia desconfianza en los gobiernos parece haber encontrado, sea dicho de paso, mas cabida en sus palabras que en sus hechos:—«Es una gran ilusion la de creer en el poder soberano de la maquinaria política, dice M. Guisot. I dice la verdad; no solo es una gran ilusion sino que es una ilusion mui peligrosa: que se den a un niño ideas exajeradas sobre el poder de sus padres, i luego pedirá la luna. Que se deje creer a un pueblo en la omnipotencia del gobierno, i con seguridad hará revoluciones para conseguir lo imposible.» Tan cierto es esto, que nos sentimos tentados a admirar cómo esa fé en la omnipotencia gubernativa no ha creado un odio mortal entre las clases i estimulado una violenta usurpacion del poder. ¿Cuál seria la indignacion i el resentimiento de un hijo que hubiera atravesado las penalidades i vicisitudes ordinarias de la vida con la íntima creencia que sus padres podrian evitarle todo sufrimiento, toda enfermedad, que podrian darle conocimientos sin la fatiga del estudio i perfeccion, sin la disciplina del esfuerzo? ¿Cuáles serian los sentimientos de la víctima de una operacion si creyera que el médico voluntariamente i sin objeto ocultaba el anestésico o pudiera haber conseguido el mismo resultado sin imponer ningun dolor? Cuál será la situacion moral de un ignorante obrero que trabaja penosamente, cuya familia es escasamente sostenida con sus ganancias aun en los mejores tiempos i a fuerza de gran cuidado i privaciones, a quien cualquiera emer-

jencia de una série de emergencias probables reduce a la condicion del abyecto pauperismo—que no tiene esperanzas de economizar para su vejez o de levantarse a sí mismo o a sus hijos encima de esa condicion de un trabajo incesante i escualido, i que firmemente cree que los nobles que ruedan en espléndidos carruajes al través de millas de parques i sitios de recreo, i el afortunado caballero que lo halaga pidiéndole su voto para ir a representar sus intereses, no tendrian mas que salir del egoismo de su crueldad i su codicia, no tendrian mas que levantar su voz en la gran asamblea de la nacion i se produciria irresistiblemente el *fiat*—que haya comodidades en la casa de los pobres!» «Qué haya trabajo para todos los que lo buscan!» «Qué tengan la felicidad necesaria, en toda la estension de la tierra los que sufren de hambre i los obreros sin trabajo, lo mismo que los que tienen fortuna para comprar la felicidad, i poder para tomarla, i fuerza para guardarla!»

Esta es apénas una exajeracion de la teoría latente i «semi-articulada» que se oculta debajo de las quejas i las esperanzas políticas de un inmenso número de obreros. Verdaderamente es admirable que la Liga Internacional haya reunido un número de adeptos que se calcula *solamente* en 17.000,000. Es admirable que la «secta de los ganapanes» haya mostrado tanta paciencia aguardando i esperando. Es admirable que «las casas suntuosas de Inglaterra» no hayan sido perturbadas por el fuego i el saqueo mientras «las casas de paja de Inglaterra» cobijan una docena de seres humanos en un cuarto, i se habla de ellas como de una «desgracia para nuestra civilizacion i un horrible sarcasmo para nuestro cristianismo.»

Felizmente los hombres rara vez llevan sus convicciones teóricas hasta sus consecuencias lógicas, i rara vez proceden armonizando sus teorías i sus actos; i especialmente las clases sin educacion son las que sostienen doctrinas contradictorias, que se neutralizan mutuamente, permaneciendo inconcientes de esa incompatibilidad. Mas todavía, ciertas influencias obran sobre la clase trabajadora i contrarian el efecto que naturalmente debieran producir sobre su ánimo i su vida, su credo político i el jiro de sus ideas. No hai muchos obreros enteramente libres de una fé excesiva en los gobiernos pero, hai muchos demasiado abatidos, absorvidos por el trabajo, o demasiado preocupados con otros asuntos, para poder tomar interés en la política; i hai otros que han llegado a ser indiferentes a los procedimientos parlamentarios, desde

que tantas medidas de que aguardaban brillantes resultados han dejado su condicion apenas alterada. Hai muy pocos cuya cultura intelectual les permita percibir la falacia de las opiniones de las clases populares. Algunos de los mas vigorosos i enérgicos que han alcanzado a adquirir propiedades principian a mirar estas cuestiones desde el punto de vista de la propiedad. No pocos quizá, tienen la vaga idea que en estos problemas se encierra algo mas de lo que pueden percibir i tocar en la superficie. Un número considerable tienen gran confianza en los políticos de la escuela liberal de una clase mas elevada que los simples agitadores i demagogos; i finalmente un número muy considerable estando completamente convencidos que no se hará nunca nada favorable para el obrero mientras los poderes existentes están en las manos que ahora los dirijen, han llegado a la triste conviccion de que esos poderes son por el momento, prácticamente inaccesibles i que querer resistirlos seria querer resistir lo inevitable. Mas todavía, los calma la posesion de un poder político mayor que el de sus antepasados i la expectativa de que se aumente ese poder; como las otras clases no está exenta de la influencia del hábito, de las primeras enseñanzas, de la influencia de la jenerosidad con que a veces han sido tratada, de la impresion que produce el esplendor i las «inutilidades decorativas;» i por último los calma ver la vida laboriosa e irreprochable que no pocas veces llevan entre ellos individuos de un rango superior.

Por estas i muchas otras razones análogas la tranquilidad existe i continúa, pero el predominio de las creencias que hemos apuntado o a lo ménos de ideas que se les aproximan, es sin embargo, un hecho incuestionable. Hai por cierto una profunda ignorancia en los fabricantes de discursos i en los teóricos que consideran la clase obrera como una entidad homogénea, a la cual, tomándola en conjunto, se puede atribuir hechos i rasgos detallados i seguros. La clase obrera está dividida en secciones que difieren casi tan completamente en sus opiniones i manera de vivir como las subdivisiones de las clases superiores i medias. Nadie espone con mas claridad ni deplora con mas enerjía, la torpe confusion i amalgama de grupos sociales enormemente separados que el político de la clase obrera Tomas Wright, él habla con un énfasis penoso de la gran difusion que ha alcanzado el error particular a que hemos aludido en casi todas las sesiones de proletarios que se ocupan de política. Sus palabras abrazan la cuestion de una

manera tan completa que se nos puede perdonar una cita tal vez un poco larga:—«No hemos dicho con un espíritu malévolo sino con la mas completa injenuidad, que el principal obstáculo para la mejora de la clase obrera es la clase obrera... No ve que una gran parte de la reforma que se necesita es una reforma personal, producida por ella misma, i que exige sacrificios de sí misma. Tiene una idea perniciosamente estraviadora de los límites—o mas bien de la falta de límites—de las funciones i facultades del gobierno, que los hace pasar por alto o descuidar puntos sustanciales i obtenibles miéntras gastan su enerjía, amargan su espíritu i debilitan su posicion, persiguiendo los molinos de viento de la política.»

Hablando del «programa de los ocho puntos» presentado por la asociacion republicana de Londres dice: «Su manifiesto encerraba ideas que tienen una gran aceptacion entre la clase obrera que toma una parte activa en la política, i que servirá para demostrar las apreciaciones visionarias i, como visionarias, nocivas i perturbadoras del progreso—relativas a las funciones del gobierno... Lo ménos que se puede decir de los que presentan cosas como el «careópago republicano,» formando parte de un programa de actualidad política i de los que tienen fé en guias semejantes es que ellos mismos prueban que carecen de sentido comun, que son completamente incapaces de mezclarse en el gran movimiento político i social que envuelve el problema del adelanto i mejora de la clase obrera, que ignoran lo que constituye la esencia de esas cuestiones, lo que es i lo que no es política practicable, lo que está i lo que no está dentro de ese dominio... los que abrigan esta creencia colocan al gobierno en el lugar de las leyes naturales o por encima de esas leyes. Tienen una vaga idea de que solo por el egoismo de los hombres de Estado, de los aristócratas i capitalistas, los gobiernos del dia no han realizado las bombásticas promesas que Shakespeare pone en boca de su Jack cuando dice a los que lo siguen. «En Inglaterra se venderán por un penique siete panes de a medio penique cada uno,... i el reino será una propiedad comun.» Están persuadidos que los hombres pueden ser hechos felices por decreto; que el gobierno podria crear un orden de cosas en que la clase obrera no necesitara preocuparse del dia siguiente, ni de nada mas que de comer, beber i estar contento; crecer i multiplicarse. Que estas ideas están mui difundidas en la clase obrera no lo negará ningun injénuo observador de dentro de

esa clase, i apénas lo sabrá un cuidadoso observador de *fuera* de esa clase. ¡Cuánto estorban el progreso político i social de la clase obrera, cuánto embarazan a los hombres de Estado que desean trabajar por ese progreso i qué asidero para la burla i el escarnio, i qué excusa para la oposicion, presentan a los que realmente combaten los intereses de la clase obrera! Hasta qué punto atraen las maquinaciones de los halagadores i egoistas aventureros políticos i hasta qué punto los amigos desinteresados de la clase obrera i todos los que trabajan para neutralizar el antagonismo de las clases sociales están en el deber de señalar, sin cuidarse del resentimiento de los fanáticos i de la vanidad herida, la locura i la engañadora naturaleza de estas ideas, nos parece que son cuestiones tan óbvias que no necesitamos detenerlos a demostrarlas.»

Es perfectamente cierto como ha dicho Wright que la nocion de la omnipotencia gubernativa es mas bien un sentimiento vago que una profesion de fé positiva i que rara vez se espresa con la claridad con que la encontramos en el «programa de los ocho puntos;» pero un sentimiento vago puede ser tan influyente en la determinacion de los actos i tendencias de un partido, i, cuando es erróneo, puede ser tan digno de ser combatido como una creencia claramente espresada en proposiciones claras, principalmente cuando, por su falta de precision, está ménos espuesta a ser discutida. Aunque como ya hemos dicho la doctrina de que el gobierno no puede hacer *todo* es rara vez presentada de una manera terminante; seria desgraciadamente fácil multiplicar citas i ejemplos que probasen con que jeneralidad ha sido tácitamente aceptada. Rastros de esta idea con frecuencia fuertes e inequívocos se encuentran donde quiera que las aspiraciones de la clase obrera han sido formuladas i desgraciadamente no solo han sido adoptadas a veces por ignorancia i a veces intencionalmente—por los que hacen el «negocio de la agitacion,» sino que tambien con demasiada frecuencia han sido alentadas de una manera indirecta, o a lo ménos han sido dejadas pasar por alto indolentemente por los políticos mas instruidos i filosóficos que han tomado un interes jenuino i realmente intelijente por los negocios de la clase obrera. Hasta el sentimiento predominante respecto a la estension de las franquicias electorales, aunque no sea aisladamente considerado, un síntoma mórbido, es tan desproporcionado con el interes que toma la clase obrera en las importantes cuestiones políticas que no afectan directamente su propio poder, o en las medidas con que su bienestar está

relacionado desde un punto de vista no político, es en sí mismo una indicacion inequívoca de su tendencia a identificar todas las probabilidades de modificar su condicion con las probabilidades de alcanzar el poder personal. Los legisladores aun cuando sean liberales o radicales no son como clase los mas inclinados a demostrar que el objeto i el valor de la legislacion han sido exajerados en su alcance. Estas verdades son las últimas que su preocupacion de clase les permite percibir o que les interese popularizar dirijiéndose a los obreros como cuerpo electoral. Sin embargo, Gladstone en un aplaudido discurso que pronunció en Greenwich creyó necesario atacar con seriedad esta idea:—«A mi juicio no son vuestros amigos sino vuestros enemigos los que os aconsejan dirijiros a la legislatura para apartar los males que aflijen a la especie humana. Del hombre individual, de la conciencia individual i del carácter individual, es de lo que depende en su mayor parte la felicidad i la desgracia humana. Los problemas sociales que afrontamos son muchos i formidables. Aunque el gobierno trabaje cuanto le sea posible, aunque la legislatura gaste en vuestro servicio sus dias i sus noches, despues de haber conseguido lo mas posible de lo que pedis, será todavía un problema saber si el padre ingles será el padre de una familia feliz i el centro de una casa unida, problema cuya solucion pende principalmente de él mismo.»

Es verdad que ideas exajeradas sobre lo que el gobierno puede hacer i el disgusto consiguiente a lo poco que hace, produce en este pais una agitacion política mui diversa de la que se manifiesta en Paris i en la jeneralidad de las capitales del continente. Es mucho ménos intenso i explosivo i mucho mas práctico, sano i moderado, como debia esperarse de un pueblo que vive bajo el gobierno constitucional mas estable del mundo; pero la principal diferencia entre los dos quizás esta: los rusos, austriacos i prusianos durante todo el curso de su historia moderna, i los franceses hasta el tiempo de su gran revolucion i durante el curso entero de los dos imperios napoleónicos han estado acostumbrados con gobiernos en que los intereses de la clase obrera no podian esperar que se les diese una representacion real i equitativa, gobiernos basados en principios despóticos i que no encarnaban ninguna esperanza de aumentar la autoridad i establecer la igualdad o la supremasía de la clase obrera. No podia desarrollarse naturalmente su poder para satisfacer necesidades sin cesar crecientes; sabian que el gobierno no les daria ninguna cabida en su seno, les ofrecia escasas

oportunidades para la acción o la agitación, i se les presentaba como una maquinaria inadaptable a sus necesidades. Por consiguiente no han tenido mas recurso que el de imaginar instituciones cuyo resultado no podían preveer i cuyo valor o falta de mérito no podía ser apreciada. Su credo es el socialismo; su esperanza la revolución; sus políticos casi enteramente idealistas i teóricos.

Los ingleses por el contrario gozan de un poder considerable bajo las instituciones actuales; de cuando en cuando aumentan todavía ese poder i ven espedido el camino para alcanzar en el porvenir concesiones aun mucho mayores. Por eso tratan de realizar los fines que persiguen por medio de las instituciones existentes mas bien que por su violento trastorno. Como cuerpo, ellos no creen apasionadamente en la guerra civil o en la rebelión; i muy rara vez crían conflictos serios, mucho menos revoluciones i conspiraciones. El gobierno a que ellos aspiran difiere del actual, menos en su forma esterna que en la clase social que debe dirigirlo i en las medidas a que debe dar importancia. Están mas interesados en los hechos presentes que en las inmensas posibilidades futuras. Prefieren el republicanismo al socialismo, la agitación a la revolución i las franquicias electorales a los *falansterios* i a la organización Comtista. Como un último hecho significativo puede observarse que la Liga Internacional, que es eminentemente socialista en sus aspiraciones, apesar de su oríjen inglés hace pocos años solo contaba 186,000 miembros ingleses en un total estimado en esa misma época i por la misma autoridad en 1.700,000. Las clases dominantes extranjeras deben temer los horrores de la revolución, pero pueden quizás, si este es un consuelo, aguardar con ciertos fundamentos una rápida reacción al despotismo. El gobierno inglés, estamos firmemente convencidos que no debe temer un reinado de terror mas que lo que teme una matanza de la San Bartolomé. Pero tiene que afrontar la posibilidad seria de que una presión popular irresistible lo obligue a ceder a las clases menos educadas ciertas funciones legislativas que no están todavía en aptitud de desempeñar, porque no tienen una idea exacta de sus límites. El hecho de que buscan el poder político por medios políticos, no por la fuerza de las armas o el motin, no prueba que se abstendrían del monstruoso despotismo de las mayorías o que dejarían de usar de su poder de intervenir en esa esfera de la actividad humana en que es eminentemente perniciosa la intervención del gobierno. Se ha dicho que «la nueva democracia no es mas que

el viejo despotismo que ha cambiado de nombre,» i mas que eso todavía, ha llegado a ser un hecho familiar, que los demócratas pueden forjar proyectos de violencia e intervencion mucho mas peligrosos e imposibles de ser realizados por los autócratas individuales. «Se puede ver, dice Spencer, hasta que profundidad ha penetrado este sentimiento en hombres dominados por la supremasía de los cuerpos lejislativos, viendo como arrasta al mismo tiempo a todo jénero de políticos, desde el antiguo tory hasta el republicano rojo. Opuestos como son esos partidos, en el tipo de gobierno que ellos aprueban i en la teoría que sustentan sobre el orijen de la autoridad gubernativa, están unidos en su creencia incuestionable de la autoridad gubernativa, i en su fé ilimitada en la capacidad del gobierno para realizar cualquier propósito que desee..... Lo que el gobierno se decide a hacer puede ser hecho, es el axioma oculto en los planes de los reformadores mas revolucionarios. Analícese el programa de los comunistas, véase lo que esperan los partidarios de la república social i democrática, estúdiense las ideas sobre la accion lejislativa que propagan nuestras reuniones comerciales, i se encontrará implícitamente la creencia de que un gobierno, organizado, segun el modelo que ellos aprueban, será capaz de remediar todos los males de que se quejan i traer todos los beneficios que esperan.»

Espresiones análogas son frecuentes en los escritos de los modernos filósofos políticos, pero el espacio no nos permite multiplicar citas que serian talvez mas fastidiosas que instructivas. Lo que se ha dicho puede bastar para resolver el primero de los dos problemas propuestos. A la pregunta ¿Por qué seria al presente peligrosa la democracia? Responderíamos,— No precisamente porque las masas son ignorantes, porque un grado de educacion jeneral mas elevado que el que podrán recibir en muchas jeneraciones, mas no ha podido destruir en el ánimo de muchos de las clases superiores el error particular que hemos estado combatiendo. Mucho ménos todavía porque sean fanáticas por la libertad o porque tengan poca confianza en el soberano reinante i sus consejeros; sino porque no tienen una idea verdadera de las funciones i en especial de los límites que deben concederse a cualquiera especie de gobierno que ellos elijan.

Pasando ahora al estudio de la segunda cuestion, ¿Cómo evitar que la democracia sea peligrosa? Tenemos la penosa conviccion de que probablemente vamos a separarnos de muchos con quienes

hasta aquí hemos estado de acuerdo en nuestras conclusiones. Es verdad que la respuesta a la segunda pregunta puede parecer envuelta verbalmente a lo ménos, en la respuesta que hemos dado a la primera. Si la ignorancia de la naturaleza limitada de las funciones gubernativas es lo que hace a la democracia peligrosa, un conocimiento mas exacto de los límites de esas funciones es lo que se necesita para hacerla inofensiva. Pero cuando tratamos de fijar estos límites con cierto grado de precision i señalar los principios en que descansa nuestra opinion, tememos aparecer a los ojos de muchos pensadores inteligentes, colocados en una posicion estrema e insostenible. Mui pocos estadistas o políticos instruidos serán los que no acepten que la idea de las funciones gubernativas indicada en el «programa de los ocho puntos» es esencialmente exajerada, i debe ser proporcionalmente dañina; pero tememos que muchos disientirán de nuestra opinion de que los únicos principios que pueden servir para demostrar claramente la falsedad de estas ideas nos llevarán, desarrollándolos hasta sus conclusiones lejítimas, mui cerca de la teoria de Stuart Mill, Herbert Spencer, Wilhelm von Humboldt, Buckle i muchos otros pensadores ménos célebres—a saber que el único beneficio que un gobierno civilizado puede proporcionar a sus súbditos, es la mayor suma de libertad individual compatible con la libertad de los demas; i que los únicos medios que lejítimamente pueden llevarlo a ese fin i lo único que puede autorizarlo para exigir contribuciones compulsivas, es el mantenimiento por medios directos de la seguridad nacional e individual. En otros términos, la funcion del gobierno es garantir a sus ciudadanos la proteccion de la vida, los derechos i la propiedad por una estricta administracion de justicia i un ejército capaz de la defensa nacional; el corolario de estos principios es que siendo el gobierno un espediente transitorio exigido por los defectos de la raza humana i su adaptacion imperfecta a la vida civilizada, la necesidad de los gobiernos desaparecerá cuando los hombres hayan alcanzado la perfeccion necesaria para abstenerse espontáneamente de toda agresion internacional o individual.

De hecho, el error de una perenne fé en la lejislacion no está encerrado en una clase particular, i aunque sea estensamente modificado por la educacion en las clases superiores tiene todavía un gran predominio en todas las clases sociales i especialmente entre los que se han embarcado en los intereses políticos o las carreras políticas. Si nos hemos referido especialmente al proletariado ha

sido por una doble razon. En primer lugar, su efecto sobre las clases educadas i lejislativas ha sido con mas frecuencia estudiado i descrito que su efecto sobre la clase jornalera. En segundo lugar, su predominio en la última clase está preñado con ciertos elementos de peligro enteramente diferentes de los que produce su predominio en las clases superiores, i que bajo ciertos aspectos son mucho mas amenazadores e inminentes. Si, como indudablemente sucede, las clases superiores exajeran la accion del gobierno, su condicion bajo ese gobierno es tan satisfactoria que esta idea produce mui poca irritacion i disgusto. Pero creyendo las clases inferiores que el gobierno es omnipotente para hacer el bien i encontrando que su situacion es dura, tienen mucha razon para resentirse en contra de la autoridad i para desear resistirla o apoderarse de ella.

Entre tanto, es mui natural que las clases mas elevadas de la sociedad vayan lentamente abandonando la ficcion de que el gobierno es la beneficencia personificada i el principal agente del progreso. Es verdad que la historia es la crónica continuada de una batalla entre el gubernamentalismo, i el individualismo, en que el individualismo ha ido siempre ganando terreno. Es verdad que una multitud de cosas ha sido poco a poco separada de la proteccion i administracion del Estado, i con resultados reconocidamente favorables. Es verdad que la continuacion lójica del camino que hemos seguido para llegar a ser la nacion mas libre de la Europa nos llevaria a una restriccion constante de las funciones del gobierno dentro de límites mas i mas estrechos. Pero aun cuando la historia fuese mas jeneralmente estudiada en sus principios i en sus hechos, aun cuando la historia no fuera principalmente una crónica de «fechas sazonadas con crímenes.» habria muchas razones que hicieran a los políticos ingleses descubrir lenta e involuntariamente en las crónicas del pasado la evidencia de un individualismo creciente.

En la edad media de las naciones, como en la edad media de los individuos, cuando la ardiente parcialidad i el espíritu de partido de la juventud ha sido correjido por la esperiencia i el estudio i ha cedido su lugar a concepciones de la verdad a la vez mas maduras i mas poligonales, se desarrolla con demasiada frecuencia una inclinacion exajerada hácia la creencia paralizadora que, donde hai opiniones opuestas, la verdad debe encontrarse entre las dos; i que cualquiera de esas opiniones debe necesariamente ser exajera-

da i quijotesca. Se cree entónces que cuando un aspecto de la verdad o una série de hechos relativos a la misma cuestion, han sido esclusivamente delineados, las conclusiones resultantes necesitan ser modificadas por una indispensable consideracion de otros aspectos i otras séries de hechos igualmente valiosos e importantes. De aquí nace con demasiada frecuencia la deduccion de que una verdad *completa en sí misma* debe ser templada por una juiciosa mezcla del error o la falsedad opuesta. Los ingleses en particular pueden mui rara vez comprender que hai asuntos en que cada paso que damos adelante nos acerca mas i mas a un ideal perfecto. Son inclinados a las combinaciones prácticas en que ingeniosamente mezclan la mayor parte de los inconvenientes de dos sistemas con mui pocas de las ventajas de cualquiera de ellos. Tratan de encontrar un feliz término medio entre la ignorancia i la ciencia, entre la verdad i el error, entre el defecto i la perfeccion, i en cada jeneracion se inclinan a creer que la vision clara de los que van a la cabeza de sus compatriotas i abren el camino del porvenir, debe conducir a teorías estravagantes que en la práctica serán estériles e impracticables.

Los que viven cómodamente bajo el réjimen existente están especialmente inclinados a permanecer en él como definitivo, i a suponer que es la mayor aproximacion posible a ese justo medio que constituye su ideal o su equivalente. Porque están contentos con sus instituciones creen que el progreso de que han resultado era bueno i deseable en su conjunto; pero suponen que el mundo, o a lo ménos su país, ha llegado o está mui cerca de llegar al punto mas allá del cual el progreso es inútil i peligroso. Si son conservadores talvez quisieran que el movimiento se hubiera detenido unos cuántos pasos ántes de llegar al estado actual, ántes que ciertos progresos victoriosos hubieran sido alcanzados por el partido liberal, que habiéndolos disputado recientemente palmo a palmo son recordados todavía con irritacion. Si son liberales probablemente postergarian la parada hasta haber atravesado el pequeño espacio que tienen inmediatamente a la vista i que ya ha sido limitado por los fabricantes de programa de partido. Pero ya sea que su apreciacion de la «eterna oportunidad de las cosas» les indique un punto de parada un poco mas hácia adelante o hácia atrás, es seguro que ese punto no está nunca mui léjos. Los radicales ardientes i los torys colocarán su ideal entre la barbárie primitiva i el socialismo mas utópico, i muchos descuidados políticos de las dos es-

cuelas son por cierto capaces de creer que el actual órden de cosas no es mas que «un modesto eslabon en la cadena de las evoluciones;» pero si el término medio de los miembros de cualquier clase particular considera radicalmente errónea la condicion en que se encuentra, eso probará jeneralmente que se encuentran en una condicion penosa.

Mas todavía, hai algo especialmente fascinador en el ideal de los gobiernos fuertes: es delicioso imaginarse un país libre i unido aceptando la obediencia con amor i con respecto i poniendo su voluntad a los piés del hombre o del grupo de hombres que ellos reconocen como mas noble i mas perfecto. Es a la verdad una concepcion tan risueña que olvidamos investigar si es practicable. Nos olvidamos de preguntar i responder a estas preguntas: ¿Qué evitará que el lejislador sea corrompido por el poder? ¿Qué impedirá que los lejislados sean enervados por la irresponsabilidad? ¿Cómo siendo los hombres ignorantes, egoistas i corruptibles aseguraremos el reconocimiento i la eleccion de los mejores? ¿Qué impedirá que el mas inepto sea estimado por su propia inepticia? I si los hombres llegan a ser jenerosos, altruistas, instruidos e incorruptibles ¿qué necesidad tienen de gobiernos fuertes?

El hombre fuerte de Carlyle i la administracion fuerte de Matthew son simples modificaciones de la misma idea. En todas partes algunos de los pensadores mas idealistas que elevados reproducen el anhelo del poeta: «Un hombre con un corazon, una cabeza i un brazo como la de esos sencillos grandes hombres que se han ido para siempre i por siempre. Un hombre todavía fuerte en una tierra mujiente, llámenlo como quieran, qué me importa? aristócrata, autócrata, demócrata—uno que sepa mandar i que no sepa mentir.»

Hai tambien algo de pintoresco en los sistemas que abundan en fuertes contrastes sociales—por un lado la magnificencia del trono i la nobleza, por otro lado la miseria, el sufrimiento i las privaciones que se decoran con el nombre de escaso trabajo i sencilla alegría no manchada por la pompa del mundo. Una nacion que presenta todos estos extremos atada a las instituciones pasadas por sentimientos mas respetuosos que racionales, que se inclina a muchos absurdos antiguos i pintorescos i mas rica en obediencia, en fé i en tradicional lealtad que en ciencia, enerjía i amplitud de tolerancia, parece mas poética a los pensadores de la escuela de Ruskine que una república próspera e ilustrada, como una rejion de

picos nevados i valles montuosos es mas poética que el llano fértil abundante, o como la era de las grandes revoluciones i las espléndidas empresas es mas poética que el siglo tranquilo que tiene la bendicion de no tener historia, a no ser el recuerdo del silencioso crecimiento en libertad, en ciencia i en comercio. Solo cuando aprendamos a ver la verdadera poesía en lo que es mas benéfico i en lo que da mas álas al perfecto goce i al completo desarrollo de cada vida aislada, dejaremos de temer que la poesía se desvanezca con la invasion del telar i la locomotiva i se deje de conservar por razones de estética cosas que desde el punto de vista de la humanidad i la filosofía deben ser condenadas.

La falta de filosofía con que se aprecia entre las jentes educadas las funciones del gobierno tiene una importancia tan especial que nos han inducido a dar algun espacio a su consideracion. Una verdadera teoría del gobierno es precisamente una de las cosas que no pueden nacer fácilmente sino entre los hombres que poseen un gran caudal de conocimientos i que han adquirido por la experiencia i el ejercicio intelectual algun vigor i estension de pensamiento. Si alguna vez los hombres de esta clase aceptasen una teoría, insensiblemente ejercerian influencia sobre las capas sociales que le son inmediatamente inferiores; pero es casi imposible que la enseñanza de las funciones del gobierno sea impartida a las clases industriales mientras permanezca desconocida de sus superiores en posicion i educacion.

Hace poco tiempo hicimos ver nuestra fuerte conviccion de que la ignorancia en la economía política era una de las fuentes principales de errores políticos entre las masas del pueblo i que una amplia difusion de ciertas verdades económicas i fundamentales constituirian una valiosa salvaguardia. Insistiendo sobre esta idea estábamos completamente convencidos que no abrazábamos enteramente el tema, i que habian muchos errores políticos populares que el conocimiento de la economía política no podia corregir. Dábamos, sin embargo, una especial importancia a este ramo de los conocimientos por las razones siguientes:—En primer lugar porque consiste en verdades definidas, suceptibles de demostracion i de una completa ilustracion i que por consiguiente pueden ser popularizadas. En segundo lugar porque haria mucho para destruir la teoría de la omnipotencia del gobierno, haciendo ver que alguno de los cambios mas importantes en que insisten los partidarios de esta teoría serian o completamente imposibles o contra-

rios a sus propósitos. En tercer lugar porque muy pocas de las abstractas consideraciones que se alegan en contra de la excesiva intervención del Estado pueden ser enseñadas a las clases industriales de una manera tan concreta i definida como las enseñanzas de la economía política. Estamos pues prontos para admitir que si es inútil indicar la naturaleza verdadera de un mal cuando no tenemos un remedio eficaz que ponerle, entónces este artículo no puede en justicia ser acusado de no ser práctico, desde que la jeneralidad de los electores no ha alcanzado el grado de cultura que les permita ser enérgicamente dirigidos por los principios abstractos.

Felizmente, sin embargo, los principios abstractos ganan terreno sobre esas deducciones empíricas de algunos de los hechos mas próximos i palpables que comunmente se presentan como consideraciones prácticas.

Discursos como los que ha pronunciado Mr. Forster dejan ver que los políticos prácticos principian a buscar la instruccion filosófica i a juzgar sus opiniones por métodos filosóficos. Una carrera política como la de Stuart Mill deja ver que el legislador i el filósofo teórico pueden reunirse en un solo individuo; i el profesor Cairns ha demostrado con dolor que la doctrina de la evolucion social de Mr. Spencer está principiando a producir un efecto paralizador en la enerjía de los legisladores i filántropos. Es innegable, a la verdad, que la opinion literaria del pais influye de una manera creciente en sus trabajadores prácticos, i que el terreno en que proceden los políticos instruidos no dejará de ejercer una influencia poderosa sobre los que ahora son sus electores i mas tarde en cierto modo sus secuases i adherentes.

Las clases superiores son en gran parte responsables de la idea popular de que la política es el medio de salvacion social. Han halagado la vanidad política del pueblo i estimulado sus extravagantes esperanzas, i es indudable que un gran cambio seria perceptible en los actos i los discursos de la clase obrera si cada legislador se empeñase en concentrar las esperanzas del pueblo, no en sí mismo i en las empresas parlamentarias que promete, sino en la capacidad del pueblo mismo, en las posibilidades de educarlo i en un porvenir en que lleguen a ser tan pacientes, enérgicos, inteligentes i dueños de sí mismos como para no necesitar ni la coercion ni la asistencia ajena.

Debe tenerse presente que si el pueblo por algun medio pudie-

ra ser llevado a modificar su estimacion exesiva de la autoridad gubernativa, el período de transicion durante el cual poseerá un gran poder i mui poca educacion, seria mui probablemente atravesado con una seguridad relativa. Aun cuando obtuviera franquicias universales debe, sino se verifica una revolución, legislar durante un largo tiempo por medio de apoderados. Podria elejir obreros para miembros del parlamento; pero se sabe que hai un gran número de dificultades prácticas que estorban la adopcion de este plan en cierta estension; i estas dificultades combinadas por el hábito, los antecedentes i el sentido comun, naturalmente los inducirian a escojer la mayor parte de sus representantes en las clases educadas i opulentas. Nada es vorosímil que impida esto, a no ser un sentimiento jeneral de desconfianza i resentimiento con esas clases; i donde esa desconfianza i ese resentimiento existen han sido producidos, como nos hemos empeñado en probarlo, principalmente por una idea exajerada del poder que tienen esas clases para influir sobre los destinos del pueblo i remover sus sufrimientos.

No se debe suponer que todos los argumentos en contra de la omnipotencia del Estado no pueden ser comprendidos por nuestros industriales mas educados. Es imposible, en este artículo, hacer mas que una breve alucion a algunos pocos de los argumentos mas importantes, pero esperamos poder mostrar que algunos pueden ser desarrollados de una manera eficaz i sencilla.

En primer lugar hai argumentos basados en el valor de la individualidad i en el estudio de los únicos medios que pueden robustecerla. En la vida humana, como en el universo físico, toda facultad se desarrolla en proporcion a la necesidad i a las oportunidades de su ejercicio, i en proporcion a las penas que acarrea su inaccion. Por consiguiente los seres humanos mas enérgicos, seguros i mejor desarrollados se producirán en la sociedad, como se producen en las familias, por el sistema que los hace apoyarse mas en sus propios recursos i que los ampara ménos de las penas que les traen sus faltas e incapacidades, i que les disminuye ménos sus deberes i responsabilidades. Hai un período primitivo de existencia, en que las naciones como los niños, no pueden ser emancipados de la autoridad porque no pueden juzgar con bastante cordura, ni obrar con suficiente reflexion para evitar errores fatales o insubsanables. Pero el gobierno sabio como el padre sabio se empeña en desarrollar sus facultades por el ejercicio i la esperiencia,

de manera que puedan ser emancipados de esta condicion con la mayor rapidez i seguridad posible; i juzgo la perfeccion de la lei, no por el número de cosas sábiamente hechas que produce en favor de los lejisladors, sino por el número de cosas que los lejisladors han aprendido a hacer sábiamente por sí mismos. Mas todavía, Guillermo Humboldt que consagró su libro sobre el gobierno casi esclusivamente a la teoria de la individualidad, ha demostrado poderosamente que un despotismo o una administracion enérgica no solo disminuyen la *fuerza* del desarrollo individual, sino que tambien desalientan su *variedad* de forma i manifestaciones, i tienden a crear una uniformidad de carácter contraria a la naturaleza. Estos argumentos tienen un valor especial por que se aplican igualmente a los gobiernos virtuosos i desinteresados i a los corrompidos. Hasta que punto es inútil la ilustracion del lejislador cuando no es compartida por el pueblo, se deja ver en la historia extraordinaria de la España bajo Cárlos III i sus dos sucesores. Hasta que punto la libertad es inútil cuando el pueblo no ha sido robustecido por una accion personal i enérgica, se deja ver en Francia, donde toda revolucion concluye en un despotismo i donde los socialistas mismos «esperan que el gobierno sea el jefe de todos sus trabajos en los falansterios.»

A esto es necesario añadir el hecho que, arreglando cierto número de personas segun cierto sistema, i delegándoles ciertas funciones o ciertos poderes, no es posible hacer surgir de su combinacion ninguna ciencia o poder que ántes no poseyesen, de modo que la comunidad puede trasferir pero no puede crear un poder. Mas aun se alega que los problemas de la vida social están íntimamente unidos i dependientes entre sí i son infinitamente vários i complejos. Se necesita algo que está mui cerca de la omnisciencia para determinar en un estado i una época dada que será lo mas ventajoso para un pueblo i porque medios podrá ser mas fácilmente realizado. Cada jeneracion derriba las soluciones de sus antepasados, i en cada jeneracion los hombres mas sabios están ciertos de que la ciencia i su penetracion serán sobrepasadas por las de sus sucesores. Es por consiguiente estremadamente peligroso permitir a un número de hombres, aun cuando sea una mayoría abrumadora, violentar al resto de la comunidad con el objeto de alcanzar una ventaja positiva para ellos; i es especialmente peligroso permitir que una opinion relativa a esa ventaja se cristalice en una lei, que sobrevivirá probablemente a la época que en cierto modo

era necesaria o defendible, esto es suponiendo que en alguna época ha sido necesaria i defendible.

Esta violencia ignorante pero bien intencionada ha sido quizás la fuente mas fecunda en inútiles sufrimientos, i el obstáculo mas sério e invencible que ha encontrado el progreso. Las tentativas para obligar a los hombres a creer correctamente han producido persecuciones i crueldades horribles, i un espantoso aumento del perjurio i la hipocrecía. Las tentativas para proteger los intereses del comercio han embarazado las transacciones comerciales, han arrastrado muchos países al borde de la ruina financiera i han hecho surjir un estenso sistema de contrabando. Hemos tenido leyes paralos pobres que han destruido la independencía i la prevision de las clases industriales. Hemos tenido leyes contra la usura que han interceptado empresas nacionales i casi han destruido el comercio. I, mas todavía, la sociedad por su estrema complicacion, es entre todas las especies de conjunto la especie mas difícil de dirijir por el camino que se quiere i no por el camino que no se quiere. Las persecuciones robustecieron la herejía; las leyes de proteccion perjudicaron al comercio; las leyes en favor de los pobres aumentaron la pobreza; las leyes en favor de la usura levantaron el interés.

Una medida filantrópica, en la mayoría de los casos, no solo no realiza el objeto para que ha sido creada, pero tiene con frecuencia reacciones indirectas que sus promotores no pudieron jamas imaginarse. Ya se ha observado que el proyecto de custodiar estrictamente las costas donde se embarcan los esclavos, no solo no ha destruido la trata de los negros, sino que ha producido horribles crueldades para ocultarlos bajo la cubierta de los buques i ha llegado hasta ser la causa de que cargamentos enteros de negros hayan sido arrojados al mar para no ser descubiertos. Se ha observado que el Acta para procurar casas sanas i sólidas a la clase pobre, no solo no alcanzó ese objeto, sino que hizo que la construccion de casas para los pobres fuera una especulacion sin provecho i que se arrojaran en otras direcciones capitales que se habrian empleado con ese objeto, i de esta manera esa Acta se hizo en parte responsable del amontonamiento, el vicio i la miseria de las casas para los pobres de Lóndres. I finalmente debe tenerse siempre presente que miéntras ménos hace el gobierno, ménos son sus gastos i mas llevaderos son sus impuestos; de modo que solo puede encargarse del beneficio positivo de los súbditos arran-

cándoles pesadas contribuciones pecuniarias, o en otros términos disminuyendo sus medios de actividad i de goce i estrechando los límites en que puede ejercitar sus facultades.

L'Etat, dice Bastiat, c'est la grande fiction a travers laquelle TOUT LE MONDE s'efforce de vivre aux depens de TOUT LE MONDE.

Por otra parte argumentos poderosos en contra de este exeso de legislacion se derivan de una justa apreciacion de la suficiencia de los deseos humanos para satisfacer sus aspiraciones si esa satisfaccion es posible. Lo que se desea, pero que no se puede conseguir en el momento presente, es manifiestamente algo que ni el gobierno ni ninguno otro agente puede útilmente tratar de suplir. Lo que se puede obtener, pero que no se desea, no puede ser impuesto con justicia i con éxito a una comunidad. I lo que se desea i es obtenible se obtendrá, como regla jeneral, sin auxilio i sin violencia. Las leyes naturales de la oferta i la demanda por su accion i reaccion mútua han creado casi todas las comodidades i recursos de la civilizacion, su literatura, su comercio, sus medios de comunicacion, sus artes, sus manufacturas i sus entretenimientos. Bajo el estímulo del deseo humano se desarrollan, como ha dicho Spencer, los agentes mas jigantescos i mas insignificantes, mas complicados i mas sencillos, los agentes para la defensa nacional i para la persecucion de los cruzeros; para la distribucion diaria de las cartas i para recojer los pedazos de carbon que arrastra el Támesis; agentes que persiguen todos los fines desde la predicacion del cristianismo hasta la proteccion de los animales maltratados; desde la produccion de pan para una nacion hasta la provision de yerba para los pájaros.

La operacion espontánea de estas leyes naturales tiene tambien la ventaja de que en el momento mismo en que una necesidad desaparece, tambien desaparece su provision; en el momento en que una necesidad nueva se levanta, su provision probablemente está pronta; en el momento que una necesidad se modifica, la provision tambien se modifica para corresponderla; i finalmente, cuando una necesidad debe ser provista, la presion de la competencia obliga a los proveedores a hacerlo de una manera eficaz i con el menor gasto posible. En el caso de que ese agente sea el gobierno, por el contrario las tendencias sociales no son dirigidas de la misma manera. El gobierno solo tiene un interes indirecto en hacer que las necesidades del pueblo sean provistas, con prontitud, con eficacia, i con el menor costo posible, o que la provision

de cualquiera necesidad temporal sea detenida cuando deje de ser necesaria. Por estas i otras varias razones el gobierno es invariablemente sobrepujado en la excelencia i en el precio por los empresarios privados cuando no posee un monopolio i se encuentra frente a frente con la competencia. I cuando una mala lei, institucion o método administrativo ha sido creado, jeneralmente sobrevive hasta que el abuso llega a ser tan flagrante i tan grandes los sufrimientos o inconvenientes que resultan de él, que los actos mas benéficos de un ministro jeneralmente consisten en la supresion de antiguas ordenanzas; i algunas de las cargas mas pesadas para el pueblo son las que los lejisladores impusieron a sus padres.

Sin pretender que los miembros de un gobierno son escepcionalmente egoistas, necios o venales, o que poseen un carácter bajo cualquier aspecto inferior al término medio del carácter de la comunidad, hai razones abundantes para que sear como cuerpo, lento, estúpido, estravagante, inadecuado, corrompido i entorpecedor.» I desde que, como cuerpo jeneralmente son todas esas cosas, surjen contra una lejislacion exesiva una multitud de argumentos i de quejas directamente derivadas de los hechos. Ejemplos de malos manejos, dilapidacion o atrazo gubernativo se encuentran casi diariamente en los papeles. Un caudal de ejemplos de esta especie adornan las obras políticas de Spencer; i nuestro gran satírico, Carlos Dickens, ha señalado su manera de apreciar la administracion centralizada en su brillante bosquejo de la «oficina de circumlocucion» cuyo lema es «¿cómo no hacerlo?» i en que el fiel oficial que ha trabajado toda su vida para realizar este lema en su letra i en su espíritu al fin muere en su puesto con el sueldo en la mano. Puede recordarse tambien que el último escritor que hemos nombrado nos ha dicho en otra parte que su «fé en el pueblo gobernante es infinitesimal,» mientras que su «fé en el pueblo gobernado es ilimitada.»

Mas todavía, es contrario a toda esperiencia que un ajente que emprende comisiones numerosas i eterojéneas las desempeñe todas satisfactoriamente; i si se admite que el primero i el principal deber del Estado es la proteccion, es de presumir que su consagracion a otras funciones será la causa de que desatienda a esta. Que, por esta i otras razones, la funcion especial de que se trata es [gravemente descuidada, se deja ver por la tortuosa disposicion, el costo, la parcialidad, la completa incertidumbre i la mons-

trouosa desproporcion de los castigos que caracteriza a nuestro sistema judicial. I es difícil creer que si el gobierno existiera solamente para la administracion de la justicia se atreveria éste a administrarla de una manera tan desgraciada o que la nacion le tolerara que la hiciera como la hace.

El último argumento que—la estension nos permite mencionar es difícil de hacerlo penetrar en las clases sin educacion, porque se necesita comprender i comparar diversos sistemas de ética para su apreciacion completa. Está basado en el amplio principio de que la felicidad es la aspiracion suprema de la lejislacion i de la vida de una comunidad; i que la mayor suma de libertad compatible con la libertad de los demas es el principio esencial de la felicidad i el único medio de alcanzarlo; la palabra libertad en este caso significa la completa independendencia i falta de sujecion para el ejercicio de todas las facultades humanas. Aceptado este principio se deduce de él que siempre que el gobierno trata de procurar alguna ventaja para el pueblo infringiendo sus libertades elije un bien menor sacrificando otro mayor. Se deduce tambien de que siendo la libertad al mismo tiempo el bien supremo para el individuo i el único bien igual i permanentemente esencial para todos, es el único bien para cuya conservacion se pueda con justicia exigir dinero a un ciudadano por medios compulsivos. Finalmente se deduce que siendo la apropiacion de su dinero para otro objeto que la proteccion de su libertad una infraccion de su libertad, es un empeño, como ántes hemos indicado, para proporcionarle un bien que es relativo, temporal i parcial sacrificando otro que es positivo, permanente i universal.

Puede objetarse que los argumentos que hemos aducido en favor de una lejislacion limitada son utópicos e impracticables. Tambien se alegrará que sean cuales fueren las limitaciones teóricas que se pongan a los gobiernos o por supérfluo que llegue a ser su poder, el gobierno actual de un pais determinado debe hacer este año i el año próximo lo mismo que hizo el año pasado i el ante-pasado —que debemos tomar los hombres i las cosas como los encontramos, i que debemos atender i arreglar para el pueblo, a despecho de sus derechos abstractos, todo lo que en este momento no puede atender ni arreglar por sí mismo. Mucho de esto en cierto sentido es verdadero. Mill ha dicho con justicia que «la libertad, como principio, no tiene aplicacion en ningun estado de cosas anterior al tiempo en que los hombres se han hecho capaces

de ser mejorados por una discusion libre e igual. Hasta entónces no hai para ellos mas que la obediencia implicita a un Akbar o a un Cárlo Magno, si tienen la fortuna de encontrarlo.» El llega a establecer, lo que pocos serán capaces de negar—que este período ha sido «desde largo tiempo alcanzado en toda nacion de que vamos a ocuparnos,» pero sin embargo, permaneco como cierto, i su carrera política muestra que él lo creia cierto—que los cambios que pondria nuestro sistema en armonía con los principios que él ha establecido deben verificarse gradualmente, i que estarian llenos de peligros si fuera posible realizarlos con una brusquedad revolucionaria. Algunos de los hombres cuya intelijencia ha sido mas penetrada por la libertad ideal se han contado entre los mas pacientes para esperar esa libertad, i han sido de los mas prácticos para ayudar a impulsar medidas que era lo mejor que se podia obtener en las circunstancias en que se encontraban. Guillermo Humboldt estaba tan emancipado de las opiniones i preocupaciones que le rodeaban, que fué capaz de desarrollar una teoría mui avanzada de la libertad i una bellísima concepcion del individualismo, en una época en que su país i sus contemporáneos estaban tan léjos de él que hasta la publicacion de su libro fué prohibida. El, sin embargo, estableció como un principio fijo que «la posibilidad de llegar a un grado superior de libertad presupone un progreso proporcionado en civilizacion—una necesidad decreciente de obrar en grandes masas compactas—una mayor variedad de recursos en los ajentes individuales.» Vió tambien que la teoría i la soberanía actual de un gobierno poderoso i despótico eran tan fuertes i estaban tan profundamente arraigadas en su propio país que por el momento eran prácticamente irresistibles.

Por eso con una naturaleza de belleza singular i trasparente sinceridad, él llegó a ser mas distinguido como político i diplomático, que como escritor en contra de todos los sistemas conocidos de política i diplomacia i, como observa triunfalmente Matthew Arnold, «despues de escribir su *esfera i deberes del gobierno* Guillermo Humboldt llegó a ser ministro de instruccion en Prusia, i datan de su ministerio todas las grandes reformas que han entregado la direccion de la instruccion pública al Estado—la trasferecia del manejo de las escuelas públicas de sus antiguas comisiones al Estado, el exámen oficial obligatorio para las escuelas el exámen oficial obligatorio para los préceptores i la fundacion de la gran universidad oficial en Berlin.» Estamos léjos de acep-

tar con Matthew Arnold la severa censura de un artículo de revista de Westminster en que se revista la traducción inglesa del libro de Guillermo Humboldt con mucho poder, i en que naturalmente se presta mas atencion a los principios desarrollados en el libro que a la accion práctica que Humboldt creia compatible con ellos. Vemos mucha mas flexibilidad que justicia o tacto literario en la aseveracion de Arnold de que si Guillermo Humboldt, cuya teoria de la libertad nacional es tan adelantada a cualquier gobierno práctico que haya existido hasta ahora, hubiese vivido en Inglaterra en el dia de hoy, habria escrito como partidario de la autoridad i la coercion, convencido de que el pueblo ingles habia llevado los principios de independencia e individualismo demasiado léjos. Méenos todavía podemos aceptar su asercion de que el ingles es un pueblo «cuyo peligro está del lado de su accion individual sin límite i sin guia, i que no tiene nada que temer por el ado de una excesiva seguridad o confianza en el Estado.» Aprobaremos, sin embargo, cordialmente la cita de Renan con que concluye su critica: «Un liberal cree en la libertad, i la libertad significa la no intervencion del Estado. Pero semejante ideal está todavía demasiado léjos de nosotros, i precisamente el medio de alejarlo a una distancia infinita, seria retirar demasiado pronto la accion del Estado.»

Podemos creer que el hombre perfecto no necesitará ningun gobierno. Podemos creer aún, que hombres que no están mas cerca de la perfeccion que nuestros compatriotas actuales, han avanzado lo bastante para no necesitar del gobierno mas que proteccion. I podemos creer que si los lejisladores hubieran tenido mas voluntad que la que han tenido para borrarse ellos mismos, i hubieran aspirado enérgicamente a enseñar al pueblo la manera de hacer lo que necesitaba, en vez de hacerlo en su nombre, viviríamos bajo un gobierno a lo ménos mui aproximado al verdadero ideal. Sin embargo, por nuestra imperfeccion social, la tarea de protejernos será estensa i costosa. Pero los lejisladores no se han borrado a sí mismos. No han estimulado al pueblo para que se encargase de todo lo concerniente a su propio bienestar. El gobierno hace actualmente en favor de sus súbditos una multitud de cosas que hombres sin ciencia i sin práctica no pueden ser capaces de hacer por sí mismos, instantánea i milagrosamente. Como dice Humboldt «dificultan semejante empresa las preocupaciones que nacen de la accion de una voluntad debilitada por siglos de inter-

vencion i restriccion.» Las empresas privadas desarrollándose gradualmente para ponerse al nivel de las necesidades crecientes, podrian haber creado un sistema postal, como han creado un sistema de ferrocarriles i de marina mercante; pero la súbita trasferecia de una oficina postal a una sociedad o compañía, probablemente reduciria la comunicacion postal del país, i por consiguiente muchos de sus negocios, a la anarquía i la decadencia rentística. El pueblo se pudiera haber acostumbrado a proveer para sí mismo i en caso de emergencia para los demas, sin la intervencion de una lei en favor de los pobres i con una enorme ganancia para la comunidad en prevision, respeto de sí misma i prosperidad; pero la súbita abrogacion de la lei en favor de los pobres en el momento actual produciria una crisis de escasez, aguda i desigualmente distribuida, que a su turno abriria las puertas a un torrente de socorros, confusamente distribuidos i de la especie mas nociva i empobrecedora (pauperizadora). Hai dos cuestiones mui debatibles que deben ser cuidadosamente estudiadas cuando tratamos de decidir en los detalles hasta donde la limitacion de los deberes del Estado a la simple proteccion de derechos pudiera ser ventajosamente establecida en el estado actual de la sociedad, aun cuando fuera legislativamente posible i aun cuando el pueblo hubiera gradualmente adquirido una aptitud considerablemente mayor para el desempeño de todos los otros deberes sociales. Se recordará que Stuart Mill establece muchas clases de escepciones al principio de que el gobierno debe solamente proveer a la seguridad social; abstenerse de tratar de fomentar de otra manera el bienestar positivo de sus súbditos.

En ciertas condiciones él permite al gobierno proveer a la educacion del pueblo, principalmente porque él cree que la educacion es una necesidad cuya calidad la masa del pueblo no puede apreciar tambien como el gobierno i que no podria pagar convenientemente sin un auxilio legal o benévolo. Estenderia la proteccion del Estado hasta los niños, los imbéciles i los dementes porque son incapaces de juzgar i obrar por sí mismos. Insinúa que el Estado debiera negarse a sancionar los contratos de por vida, como el matrimonio, porque el individuo que lo forma «pretende juzgar irrevocablemente ahora lo que será mejor para sus intereses en un tiempo futuro i distante.» Permitiria la vijilancia del Estado o de las municipalidades en el caso de vastas empresas, como canales, compañías de gaz i compañías de agua, porque los individuos in-

teresados están obligados a «manejar el interes por medio de agentes delegados» i porque esos agentes están aun mas inclinados a manejar mal i descuidar sus intereses que los agentes del Estado. El toleraria una lejislacion compulsiva sobre las manufacturas i un sistema de colonizacion tambien compulsivo, principalmente porque en estas materias interesa con frecuencia a la minoria resistir medidas que serian en gran manera benéficas a la mayoría. Permitiria al Estado administrar leyes en favor de los pobres porque las ventajas de una lei en favor de los pobres no pueden ser proporcionadas a una clase por su sola accion individual i necesitan la intervension en su favor de otra clase que deba obrar desinteresadamente en su apoyo. El permitiria al gobierno sufragar los gastos para realizar planes de emigracion i colonizacion, de expediciones científicas i descubrimientos i otras empresas en que «se llevasen a cabo servicios públicos importantes,» porque es verosímil que empresas semejantes realizadas por individuos privados solo serian emprendidas en una escala insignificante, i porque el bienestar de la comunidad en jeneral exige que sean llevadas a cabo de una manera adecuada i completa.

Es probable que estas escepciones i otras basadas en argumentos análogos serán todavía durante un largo tiempo confiadas a la mayoría de los que se dedican a la política práctica; pero es muy cuestionable si muchas de ellas no serian condenadas por una aplicacion mas completa de los mismos argumentos que se emplean para probar el principio jeneral. Muchas de ellas parecen haber sido completamente eliminadas i otras muy poderosamente disputadas en la obra de Herbert Spencer sobre *Estática Social*; i Buckle que ha tratado de presentar la futilidad i los inconvenientes de una lejislacion excesiva como una de las conclusiones principales que se desprenden de su *Historia de la civilizacion*, en que dice terminantemente que «mantener el orden, evitar que los fuertes opriman a los débiles i adoptar ciertas precauciones de salubridad pública, son los únicos servicios que un gobierno puede hacer a la causa de la civilizacion.» I hablando de los males producidos en las sociedades europeas por una lejislacion que ha traspasado estos deberes añade—«cuando se juntan esos males forman una masa tan formidable, que podemos admirarnos cómo ha podido la civilizacion avanzar. Que haya avanzado en medio de circunstancias semejantes, es una prueba decisiva de la enerjía del hombre, i justifica la creencia confiada de que a medida que vaya disminuyendo

la presión legislativa i que el espíritu humano sea ménos entrabado el progreso continuará con una rapidez acelerada. Pero sería absurdo, sería burlarse de todo raciocinio sensato, atribuir a la legislación cualquier parte del progreso o esperar de los legisladores futuros cualquier beneficio que no sea esa clase especial de beneficios que consiste en deshacer la obra de sus predecesores. Eso es lo que la jeneracion presente aguarda de ellos.»

Indudablemente, sin embargo, como programa de política práctica el de Mill es todavía mui adelantado para nosotros; i aun cuando teóricamente llevemos nuestros principios fundamentales a lo que creemos sus conclusiones lójicas, es verosímil que un largo período transcurrirá ántes que tengamos alguna posibilidad de encerrar el celo actual de los legisladores dentro de límites mas estrechos que los que él ha señalado. Durante largo tiempo los que prefieren la acción individual a la acción del Estado tendrán una tarea mas importante en la educación de la opinión pública que en el ataque de las instituciones i leyes existentes. La fé paciente en el desarrollo gradual es una de las virtudes cardinales de la filosofía. «*Tout vient a qui sait attendre*» debiera ser el lema del sociólogo ilustrado. Si la libertad debe estar en una proporción exacta con la aptitud que tengan los hombres para ejercitarla, debe ser aumentada con adiciones tan pequeñas como las gradaciones delicadas o infinitesimales con que los hombres van adaptándose a la civilización. Pero no porque nuestra aspiración esté demasiado distante debemos creer poco práctico tenerla incesantemente a la vista i dirigirnos hácia ella con paciente tenacidad. Una verdadera concepción de un verdadero ideal es el estímulo mas esencialmente elevado i poderoso para las inteligencias nobles i progresistas. Respecto a los políticos prácticos tambien es cierto que habrá una inmensa diferencia, a la vez en las aspiraciones i en los medios entre el hombre que cree que la felicidad i el bienestar deben ser procurados al pueblo por el gobierno, i cuyo objeto principal por consiguiente es dar al gobierno la fuerza necesaria para realizarlo; i el hombre que cree que para avanzar hácia la perfección es necesario vigorizar i ennoblecer al pueblo i que pone todo su imperio en hacer que el Estado disminuya i el individuo aumente con toda la rapidez que las circunstancias lo permitan. Habrá un terreno especial de acción práctica en que los amantes del individualismo puedan trabajar con alguna constancia i energía. Pueden combatir por todos los medios léjítimos esas invaciones de la le-

jislacion que habiendo sido toleradas en el pasado pueden difícilmente ser una necesidad de la civilizacion, pero que el estenso entusiasmo de los filantrópos actuales, con su intensa percepcion de los sufrimientos i los abusos, con su celo demasiado impaciente para estirparlos inmediatamente i con su escasa fé en todos los remedios que no sean esternos i aparentes, han puesto peligrosamente de moda. Desgraciadamente éstos son avances sobre la verdadera libertad del pueblo. La creacion de cada nueva pieza del mecanismo legislativo es sancionada por la voluntad de la mayoría que en su deseo de ver realizado un propósito filantrópico, estirpado un vicio público e impartida la ilustracion que se desea, no perciben absolutamente que empleando el Estado para conseguir esos fines, emplean un agente que en el pasado ha fracasado habitualmente, que ordinariamente agraba los males que trata de remediar i cria otros de una magnitud mayor i cuya intervencion en todo caso es peligrosa i no debe ser deseada. Tenemos ahora una escuela de políticos filósofos que parecen inclinados a vivir «sin presidente i sin gobierno;» pero existe tambien una escuela anti-filosófica mucho mayor, que se aproxima a la «segunda gran idea moral» de Hans Breitman, «que el gobierno debe hacerlo todo para todo el mundo.»

Podrá ser interesante para nuestros lectores saber que ya algunos de los que observan este creciente gusto por la legislacion están dispuestos a combatirlo, si es posible, por una oposicion extra-parlamentaria. Acaba de aparecer en Lóndres una asociacion que, segun declara, persigue como objeto:—I. «La proteccion i el desarrollo de la libertad individual.» II. «Oponerse a la multiplicacion de las leyes; i a la tendencia a dirigir por medio del parlamento los negocios del pueblo.» I en su algo largo programa se encuentra el siguiente trozo notable:—«Lo que no queremos ver es, por una parte, ese sistema de administracion que se denomina un gobierno fuerte, con grandes departamentos de Estado, con ejércitos de inspectores i oficiales, sostenido por un impuesto que aumenta sin cesar, i dominado por el febril deseo de colocar bajo su direccion nuevos departamentos de la vida social; i por otra parte, un pueblo sin espíritu i sin iniciativa, que mira al gobierno como su providencia terrenal, que no tiene el poder de dirigirse i organizarse así mismo, ni la voluntad, ni la conciencia, ni el sentimiento de su propia responsabilidad, i que abandona sus sentimientos morales lo mismo que sus intereses materiales a la direc-

cion de las oficinas del Estado. Lo que queremos ver es un sistema de gobierno que tenga pocas cosas a su cargo, i esas pocas la desempeñe bien. Que la administracion de justicia, base de toda libertad, sea rápida, barata, eficaz, i sobretodo, completamente imparcial. Que merezca la confianza de todos, pobres i ricos. Cuando esta gran-tarea haya sido fielmente desempeñada, que el gobierno se abstenga en lo posible de intervenir en las otras necesidades de la vida, i que se abstenga de todo acto que desvirtúe o deprima las fuerzas naturales que existen en la sociedad... La libertad individual, limitada solamente por la libertad ajena, completa en pensamiento, palabra i accion, es para nosotros la base de todo bien social. Sin esta libertad no puede haber moralidad; no hai la posibilidad de un desarrollo en todas direcciones; i mui rara vez, a lo que creemos, puede ser sacrificada a un objeto grande i bueno sin que se desarrollen en direcciones no previstas males que causan una pérdida mucho mayor que la ganancia. Una leccion que debe enseñarse ahora a los reformadores de toda especie es que deben contentarse con persuadir i no compeler.»

Para los miembros de esta asociacion, i para todos los que con ellos simpatizan en la tendencia jeneral de sus propósitos i esfuerzos, hai un pensamiento lleno de las mas ricas i alentadoras promesas. El desprestijio de la intervencion forzada de las multiplicadas leyes de los parlamentos i de todos los esfuerzos mecánicos para apresurar el progreso de la sociedad, es la idea que se desarrolla a medida que la intelijencia se eleva i se cultiva, i que será siempre un medio de apreciar su desarrollo. Es evidente que la intelijencia nacional principia a ser penetrada por la espléndida concepcion de que el mundo social, como el mundo fisico, es dirijido por leyes inmutables hácia la realizacion de un plan admirablemente concebido, cuya condicion es el progreso i cuyo término es la perfeccion. La silenciosa accion de esas leyes delante de las cuales nos inclinamos respetuosos, nos ha llevado hasta hacernos comprender que oponerles una barrera empírica seria fútil o simplemente perjudicial, i que aun armonizando nuestros esfuerzos con esas leyes el resultado que alcanzamos, comparado con el que ellas producen por sí solas, es insignificante i transitorio. Va haciéndose evidente nuestra fé en la naturaleza, que es el optimismo mas sublime i el único racional. Nos vamos acercando a la esperanza de un tiempo en que el ser humano, siendo mas elevado i mas intelijente, sabrá que por sí mismo

i con sus prójimos no puede aspirar a nada mayor que a la perfecta libertad para desarrollarse perfectamente; cuando la perfeccion individual en sí mismo i los demas, buscada espontáneamente, sin presion i sin violencia, estimulada en cada cual por la simpatía i el ejemplo de los demas, será el ideal del pensador inteligente e instruido; cuando la direccion en el mundo de la accion lo mismo que en el mundo del pensamiento, será confiada al «servidor intérprete de la naturaleza,» de quien ha dicho Spencer con tanta magnificencia: «Uno que, sin mirar el exterior de las cosas, haya aprendido a ver las fuerzas secretas que las sostienen. Uno que estudiando pacientemente este caos de fenómenos, en medio de los cuales ha nacido, haya principiado a jeneralizarlos; i donde no habia mas que confusion, él pueda descubrir las líneas fundamentales de un plan jigantesco. No mas accidentes, no mas casualidad; en todas partes orden i perfeccion. Una por una se van desvaneciendo las escepciones i todo se hace sistemático. Súbitamente lo que habia parecido una anomalía corresponde a un pensamiento intenso, manifiesta polaridad, i se coloca por sí mismo al lado de los hechos análogos. Por todas partes encuentra los mismos principios vitales, siempre la accion, siempre con éxito i abrazando hasta los detalles mas minuciosos. El desarrollo es incesante; i, aunque lento, omnipotente: aquí se manifiesta en un organismo que se desarrolla rápidamente, i ahí, donde la necesidad es menor, solo se presenta como las fibrillas de una organizacion incipiente. El vé en el obrero, tan irresistible como sutil, de todos estos cambios un poder que arrasta hácia adelante pueblos i gobiernos, sin cuidarse de sus teorías, de sus propósitos i de sus preocupaciones—un poder que chupa la vida a sus instituciones arraigadas, que arrastra los pergaminos del Estado con su soplo, paraliza autoridades desde largo tiempo veneradas, oblitera las leyes mas profundamente arraigadas, desespera a los hombres de Estado i pone en ridículo a los profetas; entierra costumbres caidas i que, ántes que los hombres tengan conciencia del hecho, ha verificado una revolucion en todo, llenado el mundo con una vida mas elevada.»

LA ETIQUETA COLONIAL.

La sociedad colonial tenia en sus costumbres todo el candor de la infancia: polémicas, discusiones, reucillas que hoy serian causa de risa i de rubor, eran entónces graves acontecimientos que absorbian por completo la atencion de los hombres mas sérios i de las instituciones mas elevadas. Las sesiones del ayuntamiento, las fiestas relijiosas, las recepciones oficiales, todos esos primeros ensayos de vida política i social eran tan solemnes que la mas insignificante falta de consideracion o de etiqueta, daba lugar a polémicas que muchas veces duraron el espacio de toda una jeneracion. Aquella sociedad que dormia eternamente la siesta de su pereza i de su insignificancia, que vivia separada por la distancia del movimiento político e intelectual del mundo, solo se despertaba al saber que el presidente tal habia asistido a una fiesta pública en traje de simple particular; que el canónigo A. habia hecho al obispo una cortesía en vez de dos; que el oidor B. se habia sentado en la silla de la derecha en vez de haber dado preferencia a la silla de la izquierda, como se lo ordenaba la etiqueta; que el inquisidor N. no habia sido mirado con horror, que el conde C. llevaba el espadin demasiado corto i el marques D. las medias mui arrugadas. Tales eran las distracciones que a gran costo se procuraba la ociosidad santiaguina, para poder mantener la vida de ese pueblo que agonizaba en su infancia.

La primera de esas famosas polémicas de etiqueta tuvo lugar

durante el gobierno de García Ramon, que los cronistas de la colonia colocan muy alto como caballero i como mandatario. Era costumbre en las fiestas religiosas de la colonia que los monaguillos ofrecieran el hizopo de plata con el agua bendita, primero a los canónigos i despues a los oidores; fundábase esta preferencia en que los primeros eran los representantes de Dios i los segundos solo del rei de las Españas, un Dios talvez ménos omnipotente, pero sin disputa mas temido. Los oidores, fundándose en teorías que indudablemente no tenian su orijen en el «patronato nacional,» ni mucho ménos en la «separacion de la Iglesia i del Estado,» protestaron de tamaño abuso, sosteniendo que el hizopo debía ofrecerse primero a los oidores i despues a los canónigos. Grave cuestion de derecho i de preferencia que se llevó a los piés del trono de Felipe III, i que se vió en la necesidad de resolver el gran consejo de Indias, i que resolvió dejando las cosas como estaban, es decir, dando la preferencia a los canónigos, pues entónces como ahora, la costumbre, buena o mala, era la gran autoridad, i por consiguiente el mejor argumento i la mejor razon.

Pero como tambien era necesario para mantener cierto equilibrio entre el divino i el humano poder, i mas que todo, para mantener la union i armonía entre los súbditos, que los oidores no quedaran demasiado descontentos con su derrota, ni el clero demasiado orgulloso con su triunfo, el gran consejo ideó un golpe maestro: ordenó que cuando el reverendo obispo se presentara en la catedral su cauda fuera llevada por un solo paje. Los oidores, que daban mas importancia al hizopo de plata que a la cola de raso del obispo, creyeron justo castigar a este último personaje, encerrándolo en su palacio ¡cómo si él hubiera sido el autor de la sentencia! Pero el obispo Perez de Espinosa no se dejaba intimidar por oidores, como otros mas tarde no se han dejado intimidar por parlamentos; i saliendo de su palacio abandonó la ciudad, declarándola en entredicho. Aquella especie de sitio por hambre espiritual, causó mas terror en el espíritu del pueblo que el gran terremoto de 1647, i pocos dias despues el obispo regresaba triunfante a la ciudad llevando su cola victoriosa, suspendida por cien brazos. Los oidores derrotados en la grave cuestion del hizopo, intentaron un último esfuerzo, solicitando que en las fiestas de la catedral se les diera asientos de preferencia sobre el clero; pero el monarca rechazó la nueva pretension por real cédula, dada en Ventoncilla, el 17 de octubre de 1614.

Esta doble victoria del clero disgustó altamente a los miembros del poder civil, i la causa de los oidores se robusteció con nuevos adeptos. El presidente Lazo de la Vega, sucesor de García Ramon, que hasta entónces habia observado en estas polémicas una actitud pasiva, exigió a su vez que en las fiestas solemnes los diáconos le presentaran a besar el evangelio, i que los monaguillos le sahumaran con los incensarios, como se hacia con el obispo. La pretension tenia algo de herética, i era demasiado audaz i provocativa despues de la derrota de los oidores, i por consiguiente fué rechazada por el Consejo de Indias. Esta nueva derrota exasperó al presidente i a los oidores; el entredicho entre los dos poderes se hizo mas grave, i fué necesario el trascurso de muchos años i la llegada de un nuevo presidente, el marques de Baides, i de un nuevo obispo, el sábio Villarroel, para que los ánimos se calmaran i renaciera el aprecio i confianza entre las dos potestades. Pero la fuerza de la costumbre era tan poderosa i una falta de etiqueta era un crimen tan abominable, que ese mismo sábio e ilustre obispo Villarroel, castigó mas tarde con «cuatro pesos de multa» al dean Santiago, porque habiendo el obispo regresado a esta capital, despues de un viaje a Concepcion, no salió a recibirle, i solo le visitó en su palacio dos o tres dias despues de su llegada!

Algunos años mas tarde, en 1671, tuvo lugar otra ruidosa polémica de etiqueta i cortesía iniciada, no ya por los oidores, sino por el bilioso obispo de Santiago, que lo era el camorrista i orgulloso fraile franciscano, Santiago de Humanzoro. Ese humilde siervo de Dios mandó arrojar de la iglesia catedral, en circunstancias que se celebraba con gran pompa las honras fúnebres en honor de Felipe IV, al prior de San Juan de Dios, al ilustrado i virtuoso fraile Nicolas de Salles, por el hecho de haberse sentado en uno de los sillones destinados a la jente de *copete*, en cuyo número no figuraba el modesto lego. El templo estaba lleno de jente; por primera vez se habian enlutado sus naves, i la lúgubre ceremonia tenia lugar con gran pompa. El desaire fué, pues, tan público, que Salles, a pesar de su humildad reconocida, derramó lágrimas de vergüenza.

I no fué ésta la sola aventura de orgullo i vanidad que provocó el impertinente obispo: despues de haber humillado a un fraile que gozaba de jeneral estimacion, quiso tambien pasar por sobre las togas i los titulos de los miembros de la real audiencia.

Era costumbre que los oidores costearan de su peculio particular las fiestas de Corpus; para las del Corpus de 1662, los oidores acordaron invitar en conjunto al obispo i al clero. El orgulloso Humanzoro ofendido e irritado porque no habia merecido una invitacion especial, prohibió al clero concurriera a una fiesta en que no se habia tenido la cortesía de invitar al obispo por separado.

El nuevo capitán jeneral, don Juan de Henriquez, al tomar el mando de la colonia encontró a la sociedad ocupada de este grave asunto, que tenia acalorados todos los espíritus. Queriendo iniciar su gobierno con un acto de cortesía que le distinguiera, fué en persona a invitar el obispo para las fiestas de Corpus; pero Humanzoro queria ver a los oidores a sus piés i no a Enriquez, i por consiguiente no cedió en sus pretensiones. Digustado el presidente por el orgullo del obispo, ordenó que las fiestas de Corpus tuvieran lugar en el templo de Santo Domingo. El obispo, viéndose vencido, intentó escomulgar a los miembros del ayuntamiento, exactamente como hoi, despues de dos siglos, los arzobispos escomulgan a senadores i diputados; pero los valientes oidores no se intimidaron por tales amenazas; las fiestas se hicieron sin el concurso del clero i a pesar de su protesta, i el orgullo clerical fué puesto a raya por primera vez entre nosotros.

El obispo vencido i humillado recurrió a venganzas de una ruindad i pequeñez que asombra. Era costumbre que en las procesiones de Corpus el pálio fuera llevado por los oidores i que junto a él fuera el estandarte de la ciudad i la cruz capitular. El estandarte era símbolo de la autoridad civil i la cruz emblema de la autoridad eclesiástica. El obispo, no pudiendo contentarse con sus derrotas, ordenó que la cruz fuera algunos pasos mas adelante que el estandarte. Los oidores que parecian dispuestos a contrariar todos los caprichos del obispo, se opusieron a esta nueva pretension. El asunto se llevó al Consejo de Indias, que falló dos años mas tarde con la frase sacramental de «sígase la costumbre,» que era algo como decir «entiéndanse Uds. como puedan.» El hecho es que el estandarte i la cruz continuaron caminando en fila, como dos personajes de igual categoría, como dos buenos amigos, por mas que se odiaran obispos i oidores, hasta tiempos no mui lejanos, en que ha quedado solo la cruz, siendo derrotado el estandarte.

Siempre fueron los obispos de la colonia los promotores de las mas ruidosas cuestiones de etiqueta; ya hemos señalado a la lijera

algunas de las mas graves i difíciles polémicas en que se vieron envueltos los obispos Perez de Espinosa, Villaroel i Humanzoro. Parecia que cada personaje civil o eclesiástico debia dejar señalado su paso por nuestro país por medio de alguna eterna cuestion de ceremonia.

Un dia el obispo Romero se escusó de asistir a las fiestas del apóstol Santiago, que como patrono de la ciudad tenia lugar con gran pompa en la iglesia catedral. El ayuntamiento no prestó fé a las excusas que daba el obispo i atribuyó su ausencia a caprichosa descortesía del prelado. A fin de volver desaire por desaire el ayuntamiento se negó a su vez a concurrir a la fiesta de San Justo i San Pastor que hacia el obispo. Esta mútua descortesía exasperó los ánimos, i el ayuntamiento acordó celebrar las fiestas del apóstol patrono en una de las iglesias regulares; pero el obispo Romero, que no era en estos casos ménos bilioso i colérico que Humanzoro, ordenó bajo la pena de excomunion mayor, i lo que era algo peor, bajo la multa de cincuenta pesos, a cada uno de los capitulares, que las fiestas del apóstol se celebraran en la iglesia catedral. El ayuntamiento apeló de esta órden a la Audiencia; pero el obispo se defendió brillantemente, manifestando las causas que lo habian obligado a no asistir a esa fiesta, i que eran todas simples cuestiones de etiqueta; pues si no habia asistido a la fiesta del apóstol, era solo porque el alférez mayor ocupaba el presbiterio, contra las prescripciones terminantes de la etiqueta i hasta del derecho canónico. Los oidores se dieron por satisfechos i la polémica no tuvo esta vez la recrudescencia de otras.

Se vé, pues, que un acto de cortesía era algo que decidia del porvenir i de la fortuna de un hombre; se podian perdonar muchas graves faltas al que sabia hacer un saludo oportuno i ocupar el puesto que le señalaba su importancia social, sin invadir los espinosos dominios de la etiqueta. Un ejemplo elocuente de esta estraña apreciacion de la cortesía i de las buenas maneras nos ha dejado el gobierno colonial del jeneral Meneses. Este soldado brutal, que se decia hijo de príncipes,—nada ménos que descendiente de los reyes del Portugal,—faltó durante su gobierno a todos los deberes i a todos los respetos sociales. Su administracion fué el despotismo mas temible que consignan las pájinas de la historia de las colonias americanas. I sin embargo, nunca el ódio i el desprecio público estuvo a la altura de los crímenes cometidos por Meneses; i todo porque habia en su vida un hecho que atenuaba sus faltas: al llegar a

Santiago, Meneses habia sido recibido con grandes fiestas por el ayuntamiento, i se habia mostrado tan agradecida i atento por esa recepcion, que al dia siguiente pasó a la sala a dar las gracias por la manifestacion que se le habia hecho.—El ayuntamiento no olvidó jamas este acto de cortesía que halagaba su vanidad!

I cosa estraña! ese déspota insensato i vulgar, cuyos crímenes se disculpaban en homenaje i agradecimiento de un acto de comun cortesía, fué arrojado del poder, no por la indignacion del pueblo, ni en justo castigo de sus faltas, sino... por haber faltado a un acto de etiqueta, por haber contraido matrimonio, sin permiso del rei de España, con doña Catalina Bravo de Saravia, hija del marques de la Pica!

Talvez ningun mandatario de la colonia sufrió como el presidente Ustáriz los disgustos i los pesares causados por las exigencias de la etiqueta, i mas que todo, por el orgullo aristocrático de los oidores que no podian perdonarle la falta de un título de familia, de un escudo de armas, de un libro heráldico cualquiera.

Los oidores, deseosos de dar a conocer de una manera solemne su zaña contra Ustáriz, aprovecharon las fiestas de San Ignacio de Loyola para infringirle un ruidoso desaire. Ustáriz se habia presentado al templo vestido con su fastuoso traje de capitán jeneral del reino. La hermosa figura de Ustáriz realizada por la riqueza de los bordados i de los encajes, deslumbró a los envidiosos oidores, i para vengarse de esa altanera superioridad de un hombre a quien estimaban inferior a su posicion, idearon una ofensa cruel: le ordenaron en las naves mismas del templo regresar a palacio para que cambiara su traje por el de la modesta golilla, que era con el que le correspondia presentarse en esa fiesta, por su carácter de miembro de la Audiencia.

Ustáriz recibió con serenidad la ofensa; continuó impassible en su puesto i no hizo el menor caso de la órden. Pero los oidores fueron siempre en Chile mil veces mas temibles que los inquisidores, que jamas prendieron hogueras, i ofendidos por la impassibilidad e indiferencia de Ustáriz, repitieron su pretension. El asunto debia solucionarse, i con gran asombro i escándolo, fué elevado al conocimiento de Felipe V, quien dió la victoria a Ustáriz, espresando de un modo enérgico i terminante, que los presidentes de Chile vistieran el traje que mas les agradara, cómo i cuando mejor les pareciera.

Aparte de estas rencillas caseras, en que las mas altas dignida-

des coloniales discutian por algo ménos que un plato de lentejas, habia una fiesta característica, una ceremonia esencialmente cortesana, que retrata a lo vivo las exigencias de la etiqueta oficial: esa ceremonia era el *paseo del estandarte* que Carlos I dió a la ciudad cuando la distinguió con los títulos de «noble i leal;» nobleza i lealtad que indudablemente no conservó sino hasta las vísperas de 1810. Ese estandarte, que era, segun los cronistas, de «damasco de seda encarnada,» se hizo flotar al viento por primera vez, el 24 de julio de 1556.

Eran solemnes las ceremonias que se hacian para su paseo. El ayuntamiento escogia de entre lo mas distinguido del vecindario de la ciudad, a doce caballeros que, montados en hermosos corcejes de raza andaluza, se dirijian reunidos a la casa consistorial. Ahí los esperaban los oidores, montados tambien sobre hermosos caballos, i todos juntos se dirijian a casa del alférez real. Tomaba éste el estandarte, con mas cuidado i reverencia que un obispo la custodia; i la fastuosa comitiva se ponía nuevamente en marcha en direccion a la iglesia catedral.

El desfile de esta procesion era verdaderamente grandiosa. Rompian la marcha dos rejimientos de caballería vestidos de gran uniforme.

Detras de estos cuerpos veíanse cuatro batidores, dragones veteranos.

Seguian despues:

Los maceros de la ciudad.

Los caballeros convidados.

El estandarte, llevado por el alférez real, a cada lado del cual iba un rejidor que conducia los cordones de seda que bajaban de la noble insignia.

El correjidor o el acesor letrado.

Una compañía de dragones veteranos, especie de guardia de honor del estandarte.

El capitan jeneral i los miembros de la Audiencia, montados en caballos ricamente enjaezados.

En la plaza formaban de gran parada los rejimientos de milicia de infantería del rei i el batallon del comercio, especie de guardia civil de la ciudad.

Al pasar la insignia real, la tropa i el pueblo la saludan.

El estandarte llegaba por fin a la catedral, i era recibido en la puerta del templo, por el cabildo eclesiástico.

Todos tomaban despues el puesto que la etiqueta rigurosa de la época les señalaba segun su importancia.

El obispo no asistia a esta ceremonia, porque el alférez real ocupaba el sitio destinado al docel.

Esta fiesta era la mas hermosa i aristocrática de la época. Se lucian los mas ricos trajes i los mas briosos caballos. El lujo que se desplegaba era mui superior a lo que podia exijirse i esperarse de una ciudad como Santiago. Los caballeros vestidos con los elegantes trajes de la época, lucian valiosos caballos lujosamente enjaezados; parecia tratarse mas bien que de un acto de absurda etiqueta, de uno de esos torneos caballerescos en que se iba a pelear i a morir en homenaje a la mas hermosa dama.

Las fórmulas de la etiqueta oficial dieron el tono a la etiqueta particular. La confianza i la familiaridad eran palabras cuyo significado apenas se conocia en el seno de las familias. Se vivia eternamente con el sombrero en la mano i con la respetuosa sonrisa en los labios. I a tal extremo llegó tambien la etiqueta social que el primer ataque de nervios que se recuerda, fué el de la linda i elegante, aunque ya algo vieja, marquesa de Cañada Hermosa, que al ver al oidor Diez de Arteaga presentarse distraidamente en su salon, con el sombrero puesto, sufrió un verdadero espasmo, de que solo pudo salvarla las atenciones del doctor Esponda, médico a la moda en aquella época. Desde entónces los ataques de nervios se repitieron i tuvieron su mas alta voga a principios del presente siglo. Esos ataques nerviosos eran tambien las últimas convulsiones de una sociedad que cifraba todo su espíritu en una série de fórmulas ceremoniosas, en un centenar de frases empalagosas i altisonantes. La revolucion asomaba su cabeza entre las brumas ya demasiado claras de 1810, i todo aquel viejo monumento de absurdos vacilaba. Sus cimientos habian sido horadados por las ideas modernas, i el edificio debia caer al primer empuje vigoroso de la nueva jeneracion.

VICENTE GREZ.

NECESIDAD

DE UNA GRAN REFORMA EN LA ENSEÑANZA.

Los pueblos valen lo que saben. De ahí, que la función de la enseñanza es la que debe merecer preferente atención del estadista verdaderamente digno de este nombre. Pero no se vaya a creer que baste para ello con abrir cátedras, con fundar escuelas. Es preciso, además, que lo que se enseñe en esas cátedras, en esas escuelas, sea la expresión del saber humano de nuestra época, la ciencia, en una palabra. Si no se cuida de esto, si se mira con indiferencia la clase de enseñanza que pueda darse, o, lo que es peor todavía, si se permite una enseñanza en abierta oposición con la ciencia, el fomento de la instrucción en vez de ser útil, viene a ser pernicioso.

Echemos una ojeada sobre la enseñanza en nuestro país, i tendremos motivos para quedar profundamente descontentos. No hai un solo establecimiento que, en la esfera que le corresponde, pueda formar un hombre verdaderamente instruido. Si fijamos la vista en la escuela, la enseñanza no puede ser mas lastimosa: lectura, algo de aritmética, algo de gramática, catecismo de la religión católica, historia sagrada i de Chile i nociones de jeografía, es decir, nombres de naciones, de ciudades, i de rios. Hé ahí lo que sabe el que sale de una de nuestras escuelas públicas. ¿Se podrá esperar que quien tal educación recibe puede ser un buen ciudadano?

¿Podrá interesarse en los destinos del país? Es claro que no. I por eso es que, dígase lo que se quiera, nuestro pueblo es un pueblo de colonos i no un pueblo de ciudadanos. No sabiendo pensar por sí mismo, recibe sus inspiraciones del clero, tradicional director de las conciencias, dificultándose de esta suerte el progreso de la sociedad.

¿Qué medio habria para hacer cesar un estado de cosas tan deplorable? Bien mirado, no ve mas que uno, uno solo. La enseñanza de la ciencia en las escuelas. No hai que hacerse ilusiones, miéntras la ciencia no se enseñe al pueblo, no podremos tener verdaderos ciudadanos. I cuando decimos la ciencia, entendemos no solo la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología, comprendidas bajo la denominacion de ciencias físicas i naturales, sino tambien la sociología, es decir, las ciencias morales. A muchos les parecerá extraño que pretendamos enseñar todo eso en las escuelas, i creerán de buena fé que es una utopía el esperar que el pueblo pueda aprender tantas cosas. No tiene ni el tiempo, ni la capacidad suficientes, nos dirán. Respecto del tiempo, estamos seguros de que en el que emplea ahora en aprender cosas inútiles i perniciosas, aprenderia perfectamente todo lo que hemos indicado; i respecto de la capacidad no cabe duda que se asimilaria con mucha mas facilidad las verdades que abarcan esas seis ciencias, que los absurdos del catecismo, que no pueden comprender ni los espíritus mas eminentes por el hecho mismo de ser absurdos. Porque es claro que no se le enseñarian todas ellas de una manera completa i detallada, sino en sus nociones fundamentales, lo que bastaria para formarle un criterio sólido i seguro. De ese modo, con la enseñanza de las cinco primeras, matemática, astronomía, física, química i biología, conoceria el mundo i sus leyes, i con la sociología sabria la marcha que ha hecho la humanidad hasta el presente i el rumbo que lleva para el porvenir.

Pero, se me dirá ¿de dónde saca Ud. preceptores pará dar esa enseñanza en las numerosas escuelas públicas que hai en la República? Confieso que si yo tuviera en mis manos la facultad de hacer la reforma, me hallaria condenado a la inaccion por el momento. No hai preceptores que sean capaces de dar semejante enseñanza, sin que la culpa sea de ellos por supuesto. ¿Qué hacer entónces? Tener un poco de paciencia por ahora, i consagrarse a la tarea silenciosa de reorganizar, por completo, la escuela de preceptores. Es decir, hacer que la enseñanza de esa escuela sea en

conformidad con la enseñanza que los preceptores deben dar, en seguida, al pueblo para formar verdaderos ciudadanos. Los preceptores salidos de esa escuela serian dignos de ser los maestros de las nuevas jeneraciones, i merecerian ser tratados con los miramientos que corresponden a tan noble mision. Ya no irian como van ahora (sin que la culpa sea de ellos, puesto que reciben la enseñanza que les dan i dan la que reciben) a difundir el error intelectual i el error moral, sino por el contrario, la verdad intelectual i la verdad moral. Si algun ministro de instruccion, sondeando bien la cosa, renuncia a reformas efimeras mas o ménos bulliosas, como las que se acostumbran, i se consagra de lleno a formar una grande escuela de preceptores, donde se enseñe la ciencia i solo la ciencia, habrá realizado la obra mas fecunda en bienes positivos para su patria. A él se deberá, en cierto modo, que el pueblo de Chile sea algun dia un pueblo de ciudadanos inteligentes i virtuosos.

Si pasamos de las escuelas al Instituto i liceos, no tenemos motivos para quedar mas satisfechos. Consideremos un bachiller que ha hecho sus seis años de humanidades. ¿En qué consiste su saber? En nociones de matemática, astronomía, física, química e historia natural, desparramadas en su espíritu sin orden ni método, i enteramente desprovistas del encadenamiento lójico de unas verdades científicas con otras. Esto por lo que respecta a las ciencias físicas i naturales. Por lo que toca a las ciencias morales, la historia sagrada es la base de la enseñanza. Despues viene una série de historias denominadas antigua i griega, romana, de la edad media i moderna. En sustancia, la enseñanza de la historia puede resumirse como sigue: Dios crea al mundo en seis dias. En el sexto aparece el hombre que habita un paraiso de delicias. Le tienta el demonio, i en castigo Dios lo arroja del paraiso i lo condena a una vida de miserias. I desde entónces hasta nuestros dias, la historia de la humanidad no es mas que una série no interrumpida de guerras i de matanzas entre los mortales. Como se comprenderá, desde luego, semejante enseñanza de la historia, no puede ser mas errónea, ni mas inmoral. Ni una sola palabra sobre los grandes progresos hechos por la humanidad al través de los siglos, i en cambio una idea enteramente falsa sobre los orijenes de nuestra especie, i la glorificacion de la guerra que ensangrienta demasiado a menudo sus anales.

Por lo que toca a la filosofía, la enseñanza no es mucho mejor

que la de la historia. Se pasan en revista varios de los sistemas filosóficos que han tenido curso en el mundo desde la época de Tales, juzgándolos con un criterio enteramente superficial. Se enseñan nociones de sicología, de lójica i de ética completamente erróneas. Nada se dice de lo que es la verdadera filosofía, de su verdadera historia. Nada de los progresos efectivos del espíritu humano. De modo que si consultamos a un bachiller sobre la materia, le vemos avanzar las ideas mas absurdas i contradictorias. Su criterio está completamente falseado. Su manera de raciocinar es, del todo, estraña i sofística. Está profundamente penetrado de que la filosofía consiste en el conocimiento de los sistemas de los diversos filósofos, para afiliarse en alguno de ellos, en el que sea mas del gusto de cada cual, no importa que sea de este siglo o del siglo cuarto, ántes de la era cristiana; no importa que pertenezca a Platon o a Hegel. Semejante filosofía mas vale que no existiera.

Cierran el cuadro de los estudios morales los fundamentos de la fé que ya han sido anticipados por el catecismo. ¡Absurdo sobre absurdo!

En consecuencia, el pobre bachiller despues de seis años de un estudio abrumador, se halla provisto de un saber verdaderamente incalificable. Ausencia completa de nociones positivas i coordinadas sobre el órden del mundo i del destino del hombre. I en cambio la mezcla mas heterojénea que darse pueda de los ramos del saber humano. Nociones exactas al lado de nociones erróneas, sin criterio alguno que sirva para discernir las unas de las otras. Una falta de lójica i de encadenamiento en las mismas nociones exactas que las hace completamente estériles. No es de estrañar, entónces, el triste papel que hace un bachiller con el inmenso bagaje de los conocimientos adquiridos en el espacio de los seis años de humanidades. Como carezca, por completo, de convicciones, es incapaz de todo estudio sério i meditado, i de toda conducta noble i enérgica. Sus ideas están en continuo vaiven, sus actos son siempre indecisos. Si llega, con el tiempo, a ser escritor, nunca sabrá elevarse a las altas rejiones del saber humano, para producir obras maestras. Es mas que seguro que lo que saliere de su pluma no encerrará mucha enseñanza,

I, sin embargo, en esos seis años bien empleados podria aprenderse tanto. El mismo plan que hemos indicado para las escuelas serviria tambien en este caso. Pero, con esta diferencia, que ha-

biendo aquí mas tiempo de que disponer, el estudio seria ménos sencillo, mas completo. Volveremos a enumerar la lista de los conocimientos que deberian enseñarse; matemática, astronomía, física, química, biología i sociología. En este caso los conocimientos enseñados serian verdaderos, i estarian dispuestos en conjunto armónico i perfectamente encadenado. No habria en ellos ni lagunas ni contradicciones. De manera que formarian una buena base para estudios ulteriores i una buena guia para la conducta de la vida. I con el tiempo, no cabe duda, abundaríamos en escritores dignos de la alta mision de mejorar i engrandecer a la humanidad.

El plan de reforma que propongo para la enseñanza no puede ser mas racional, ni mas sencillo. I si bien se mira no se debia vacilar en plantearlo en nuestro país. La perspectiva de los bienes que nos acarrearía es hermosa por demas. Uniformaria las ideas de todos los ciudadanos, i los haria cooperar a todos armónicamente en el bienestar de todos. I no se crea que esto es una utopia. Pues ¿cuál es la causa del desacuerdo que reina en la sociedad? ¿porqué existen partidos que se odian mutuamente? Profundícese un poco i se verá que ello depende no del desacuerdo en sentimientos, sino del desacuerdo en ideas. Los hombres a pesar de las luchas sangrientas que los dividen se aman naturalmente. I si prevaleciera el modo de pensar científico, concluirian los odios. I digo el modo de pensar científico porque éste es el único que puede i debe aspirar a ser un dia el modo de pensar de todos los hombres.

¡Amigos del progreso, ponéos a la obra! ¡Llevad la enseñanza científica a las escuelas i a los institutos para realizar alguna vez la verdadera humanidad! Porque el progreso, o significa la marcha hácia ese término i entónces es una gran cosa i los que lo sirven merecen bien de nuestra especie; o nada significa i es solo una palabra hueca, que esplotan hábiles ambiciones en provecho personal.

Hai un grupo de sabios en Alemania, a cuya cabeza está el ilustre naturalista filósofo Hæckel, que desean para el pueblo la enseñanza científica. Pero, de ninguna manera acepto esa enseñanza preconizada, hace poco públicamente por Hæckel, en un discurso pronunciado en el quincuajésimo aniversario del congreso de naturalistas alemanes. I no por lo que tiene de científica, sino por lo que le falta de moral. Sostiene Hæckel en ese discurso que debe enseñarse en todas las escuelas el trasformismo i confia en que esa enseñanza rejenerará a la humanidad.

Para que se juzgue de lo estéril e ineficaz de esa doctrina bajo el punto de vista de la moral me bastará hacer observar, que Hæckel i colegas, a pesar de sus talentos, han celebrado dentro del trasformismo los triunfos de la Alemania sobre la Francia. Cuando una doctrina es capaz de empequeñecer así a los primeros sábios alemanes, está mui léjos de servir para la rejeñeracion de la humanidad. Por otra parte, el trasformismo es una hipótesis perfectamente científica, si se quiere, pero que todavia no está completamente comprobada. Así es que no puede ser enseñada como verdad inconcusa. Pero, dado que fuera la expresion exacta de los hechos, no sería suficiente para formar el espíritu de los hombres. Habria que agregarle el complemento indispensable de un ideal moral, que haciendo concebir a la humanidad, no bajo el punto de vista de la lucha por la existencia, sino bajo el punto de vista de la cooperacion de todos por el bienestar de todos, haria aborrecer la guerra i amar la paz. Hæckel no se fija en que si la humanidad cabe dentro del Universo i que por lo tanto está sometida a sus leyes, forma tambien una entidad especial, única, i, si podemos espresarnos así, un como universo aparte que se gobierna por sí mismo, i que por sus esfuerzos propios, se mejora incesantemente en saber i en virtud. Reconozcamos, pues, las grandes leyes del mundo físico, pero reconozcamos tambien, las no ménos grande del mundo moral.

Consideremos ahora la enseñanza universitaria. El estudio del derecho yace en un estado lastimoso. Para convencerse de ello bastaria examinar, el tratado de derecho natural, que acaba de publicar el profesor del ramo don José Antonio Lira. Es un libro copiado en parte, del trabajo de Fernadez Concha, i en parte del de Liberatore: ambos tratadistas del derecho natural, con el criterio teológico. Ya se comprenderá el provecho que sácará la juventud de semejante enseñanza. I el derecho natural es la base de toda la jurisprudencia. ¿Es posible que en nuestra época se permita semejante cosa? ¿Qué hace el ministro de instruccion pública? ¿Qué hace la Universidad? ¿Acaso piensan que ese es el verdadero derecho natural? No nos atrevemos a creerlo. Pero ¿cómo explicar, por otra parte, su indiferencia?

I a propósito de derecho natural no podemos resistir al deseo de hacer un recuerdo histórico. El señor don Miguel Lastarria, ilustre abuelo del primer publicista americano, el eminente autor de la *Política Positiva*, rejeñtaba por los años de 1786, la cátedra

de prima en leyes, en la Universidad de San Felipe. Permittedse ese distinguido catedrático enseñar, en pleno coloniaje el derecho natural de Puffendorf, que estaba en el Indica, olvidándose en su amor a la verdad de la Inquisicion. Pero la Inquisicion asechaba i lo privó de su cátedra, i por poco lo condujo a sus calabozos: quedando al fin, en libertad, pero condenado para siempre a devorar en el silencio su vasto saber. Don José Antonio Lira en 1877, fiel al espíritu de la colonia i de la Inquisicion, ha declarado herético, en plena cátedra, el libro de Puffendorf.

El curso de derecho natural como base que es de toda la lejislacion debiera merecer una atencion preferente de un buen ministro de instruccion, es decir, de un ministro que tuviera miras profundas sobre la enseñanza. Pues, no dejaria de comprender cuan benéfica no seria para el progreso, la difusion de nociones positivas sobre el derecho.

I, al efecto, no perdonaria dificultad para encontrar un buen profesor i un buen testo sobre la materia. Es cierto que la cosa no es tan hacedera que digamos, pues el derecho natural, aun en manos de los que no lo tratan con el criterio teolójico, no es considerado en su verdadero punto de vista. Si ya no aparece la revelacion i el derecho divino como fuente de todo derecho, se presenta en cambio la nocion fundamental de un derecho primitivo grabado en el corazon del hombre, igual en el fondo para todos los tiempos i para todos los pueblos. Esto es profundamente inexacto. Lo que hai de verdad es que la nocion del derecho ha sido esencialmente progresiva, i que a los comienzos, en las sociedades primitivas, era nula, por no decir monstruosa, desarrollándose i perfeccionándose en seguida, paulatinamente, a medida que avanzaban los tiempos hasta alcanzar hoi el punto mas elevado que haya tenido jamas. Hé ahí lo que debiera enseñar un verdadero profesor de derecho natural i lo que debiera contener un buen testo de lo mismo. Planteada esa enseñanza, el mundo de la jurisprudencia cambiaria en poco tiempo de aspecto. Dejaría de ser el caos informe que hoi es, i el órden, la claridad, la verdadera justicia desterrarían para siempre la mísera chicana que tanto papel hace en la actualidad.

Falta tambien en nuestra Universidad un verdadero curso de derecho público. Solo se enseña el derecho constitucional i administrativo. I esto se concreta a la esplicacion de nuestra constitucion i de nuestra administracion, sin el menor exámen crítico,

como si una i otra cosa fueran la suma perfeccion. No es de extrañar, en consecuencia, los frutos de semejante enseñanza. Abundamos en leguleyos, i carecemos de lejisladores. Hágase cesar, pues, semejante situacion. Dése una buena enseñanza del derecho público que solo es capaz de formar grandes ciudadanos. I examínese, además, nuestra constitucion i nuestra administracion con el criterio de la verdadera filosofia política, para que alguna vez puedan mejorarse una i otra.

Suprímase, por otra parte, la enseñanza del derecho canónico, esa lejislacion añeja i perturbadora de toda buena organizacion de la sociedad. Si nuestro congreso tuviera el buen juicio i el patriotismo de establecer el registro civil, su enseñanza quedaria de hecho suprimida por absolutamente inoficiosa. Aun ahora se puede decir que solo en la cuestion de matrimonios, le cabe una intervencion efectiva. I para ello se hace estudiar un inmenso tratado de Jurisprudencia canónica que en su mayor parte no tiene valor ninguno en el mismo mundo imperfecto de nuestra lejislacion patria. Pero, por otro lado, el derecho canónico, es el complemento, la digna coronacion de una enseñanza comenzada por la historia sagrada, continuada por el catecismo i robustecida por los fundamentos de la fé.

Me parece que basta lo dicho para convencerse de que la enseñanza del derecho necesita de una reforma radical. Esa enseñanza es que la forma, los individuos que mas tarde han de ocupar los altos puestos del congreso. I si continúa en el mismo pié que hasta el presente, nuestros congresos serán, en jeneral, unos pobres congresos. Las reformas grandes i fecundas jamas serán su obra.

Fijemos la vista en otra parte. La escuela de medicina yace en un estado de postracion i de abandono incomprensible. Ella que debe formar los verdaderos sacerdotes de la humanidad doliente, es mirada como un establecimiento inferior que apenas merece la atencion de nuestros gobernantes. No puedo esplicarme esta situacion, sin atribuirla a la ignorancia del gran papel que le incumbe en el mundo a la medicina. Porque si así no fuera, la susodicha escuela no viviria la pobre vida que al presente. Considérese pues, alguna vez, que la medicina en su acepcion jenérica de biología o ciencia de la vida está llamada a rejir, la marcha del hogar, fijando las relaciones de los cónyujes entre sí, i en la crianza i educacion de los hijos; la marcha de las escuelas, estableciendo la disciplina que mejor consulte el desarrollo físico intelectual i moral de

los alumnos; i la marcha de la sociedad dictando las medidas de toda clase que tiendan a la salubridad pública. I entónces, el gobierno que esté a la altura de su deber no vacilará en levantar la escuela de medicina al rango supremo que le corresponde.

Digamos algo sobre la enseñanza de la mujer. Esta hermosa mitad del jénero humano es la esclava obligada, en todas partes, de las preocupaciones relijiosas. (La escuela de preceptoras, entre nosotros, está en manos de monjas, que solo saben rezar i orar) I esas monjas forman a las preceptoras, i las preceptoras a las niñas que han de ser las madres de las nuevas jeneraciones. ¡Pobre progreso! ¡Pobre patria! I esta situacion dura, i dura siempre. Pero si alguna vez ha de cesar, mandemos a las monjas a sus conventos i pongamos la escuela de preceptoras en manos de personas que enseñen la ciencia, del mismo modo que en las escuelas de preceptores. No faltará quien nos diga, que enseñar la ciencia a la mujer es matar su sensibilidad esquisita. Si por sensibilidad se entiende la propension enfermiza que tiene al presente, para perder su tiempo, con descuido de sus deberes, en la frecuentacion de las ceremonias relijiosas, de seguro que la suprimiria. Pero, si se considera la sensibilidad de la mujer en sus atributos de amor i de abnegacion incomparables, por cierto que la ciencia en vez de matarla la encaminaria por la verdadera senda, haciendo grandemente fecundo ese precioso tesoro. Pues, no cabe duda que esa su verdadera sensibilidad es patrimonio esclusivo de su misma naturaleza. I las creencias relijiosas léjos de crearlo o aumentarlo, pueden muy bien malgastarlo; al paso que la ciencia enseña a administrarlo.

Por otra parte, educada la mujer en la ciencia, i educado el hombre en la ciencia, se realizará así, alguna vez, el verdadero consorcio de los sexos. Sus ideas i sus sentimientos se fortalecerán confundiéndose. Un mismo espíritu presidirá en el hogar doméstico, i la educacion de los hijos será uniforme, será verdadera i, por consiguiente, será fecunda.

Las indicaciones que hemos hecho en el curso de nuestro trabajo, pueden resumirse, en la necesidad de establecer la enseñanza de la ciencia, en su acepcion jenérica que comprende el órden físico i moral del mundo. I de establecerla no solo para esta o aquella esfera de la sociedad, sino para todos los seres humanos sin distincion de clase ni de sexo. Este és el único medio de llegar a establecer alguna vez siquiera una sociabilidad verdaderamente racional. Es tiempo ya de convencerse de que miéntras unas clases

piensen de una manera i otras clases de manera diversa, mientras un sexo piense esto i otro sexo piensa aquello, jamás tendremos bienestar social. No sé como calificar la opinion de ciertas jentes que creen que conviene mantener a las masas en el error, porque la verdad podria perderlas; opinion que fué la de los ejiptios i de los romanos, pero que es indigna de nuestra época. La esperiencia de los siglos ha hecho nacer, por fin, la nocion de la verdadera humanidad, considerada como un conjunto de seres que deben pensar lo mismo, sentir lo mismo, i ligados entre sí por el trabajo i por el amor. No quiere decir esto que todos puedan tener la misma suma de saber. Eso no es posible. Pero las nociones fundamentales deben ser las mismas para todos.

Cuando se considera el mundo, al presente, en la discordia perpétua del sentimiento, en los odios crueles que dividen a los hombres, no se puede permanecer impassible. El espectáculo es verdaderamente doloroso. I cuando, bien mirado, se vé que ello depende en último análisis, del desacuerdo fundamental de las ideas, se hace indispensable poner fin a este funesto desacuerdo. Pero ¿cómo conseguirlo? Ya lo hemos dicho mas arriba: difundiendo entre todos los hombres la concepcion científica del mundo; concepcion que no es un pensamiento arbitrario de este o aquel individuo, sino la expresion última del trabajo del espíritu humano, al traves de los siglos, por conocer la verdad. Para llegar a este término glorioso, el espíritu humano ha tenido que pasar necesariamente por mil ideas erróneas, ya teológicas, ya metafísicas, que tienen todavía aceptacion entre las jentes. En esta virtud ¿qué tarea mas noble para los que se interesan en el progreso de nuestra especie, que la de hacer predominar, sin mezcla, la concepcion científica del mundo, que realizaria la verdadera humanidad?

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

HISTORIA DE LA CIVILIZACION
EN INGLATERRA,
POR BUCKLE.

Buckle murió en la flor de la edad, dejando sin concluir su obra. Pero, inconclusa como está, ella ha despertado, sin embargo, en alto grado, la atención de la Inglaterra. De allí el libro pasó al continente, donde ha sido traducido a muchos idiomas. La aparición de un libro de importancia no es un hecho indiferente. Sin embargo, no es ésta la razón por que yo creo interesar con el libro de Buckle a los lectores de este artículo; sino porque el autor inglés, habiendo conocido las teorías históricas de Comte se ha separado no obstante de ellas. De aquí que me haya parecido útil examinar si él lo ha hecho con razón.

Que Buckle ha conocido las obras de Comte nos lo manifiesta el siguiente pasaje: «Un autor contemporáneo que ha hecho mas que cualquiera otro por restablecer la importancia de la historia, considera con desprecio la incoherente compilacion de hechos llamada historia (Comte, Philosophie positive, tome V, p. 18.) Hai mucho en el método i en las conclusiones de esta grande obra que yo no puedo admitir, pero habria injusticia en negarle su mérito extraordinario.» (t. I, pág. 11.) Bastan estas pocas líneas para estar seguro que la obra del autor frances ha influido

sobre la del autor inglés. Buckle no quiere reconocer a Comte como su maestro; no solo está en su derecho, sino que así es verdad; él no es su discípulo. Sin embargo, jamás habría escrito un libro semejante sino hubiese tenido delante de él el libro de Comte. Elijo entre otros un trozo importante que prueba mi asercion.

La esperanza, dice Buckle, de descubrir la regularidad en medio de la confusion, es tan familiar en los hombres científicos, que ha llegado a ser un artículo de fé para los sábios mas eminentes; i si esta esperanza no se encuentra jeneralmente entre los historiadores, es menester atribuirlo, en parte, a que son inferiores en talento a los investigadores de la naturaleza, i en parte, a la mayor complejidad de los fenómenos sociales que abarcan en sus estudios. Estas dos causas han retardado la creacion de la ciencia histórica. Los historiadores mas célebres son evidentemente inferiores a los notables exploradores de la ciencia física; entre los hombres que se han consagrado a la historia, ninguno puede compararse por su intelijencia con Kepler, Newton i muchos otros que se podria citar. En cuanto a la complejidad mayor de los fenómenos, el historiador filosófico es detenido por dificultades mas insubsanables que las que encuentra el que estudia la naturaleza; pues, miéntras que por una parte sus observaciones están mas sujetas a esas causas de error que provienen de la pasion i de los juicios anticipados, no puede por otra parte, servirse de la gran fuente física de las esperiencias, por las que se simplifican a menudo aun los problemas mas complicados del mundo esterior.

No es pues estraño que el estudio de los movimientos del hombre esté aun en la infancia en comparacion del inmenso desarrollo que ha tomado el estudio de los movimientos de la naturaleza.

En verdad, es tan notable la diverjencia que existe en los progresos realizados por estos dos estudios, que la regularidad de los físicos i la posibilidad de predecirlos se admiten a menudo como ciertos, aun en los casos en que no hai para ello prueba alguna; mientras que, para la historia, esta misma regularidad, léjos de ser admitida, es completamente negada. Es por esto que cualquiera que desee elevar la historia al nivel de los otros ramos de los conocimientos humanos, encuentra desde luego un obstáculo: se le dice que en los negocios humanos hai algo de misterioso i providencial que los hace impenetrables a nuestras investigaciones i que

nos impedirá siempre descubrir su futura carrera.】(t. I, páj. 12).

Esta pájina está inspirada directamente por Comte; pues él es el primero que haya establecido una estrecha relacion entre estos tres hechos: la regularidad de los fenómenos históricos comparada con la regularidad del resto de la naturaleza; la complejidad mayor de estos fenómenos en comparacion con los fenómenos biológicos, químicos, físicos; en fin, el atrazo de la ciencia histórica sobre las otras ciencias ménos complejas, llamadas por él, con este motivo ciencias inferiores. Nada de esto falta en el pasaje de Buckle; pero lo que allí hace falta es la abundante luz que arrojó la série jerárquica de las ciencias establecida por Comte. Cuando se ha comprendido bien (lo que, en estas elevadas instituciones llega a ser evidente por sí mismo) que el progreso de la astronomía i de la física ha dependido del de la matemática, que la química no ha podido constituirse sino despues de la física, que la biología reposa sobre estas dos ciencias, i que sin todo este armazon es imposible emprender la construccion de la ciencia de la historia o sociología, se encuentra casi pueril esta observacion en que el autor inglés nos dice que entre los historiadores ninguno puede compararse a Kepler, a Newton o a otros jénios investigadores de las leyes físicas. I cómo quereis que se hubiesen distinguido por sus descubrimientos en una ciencia que, en su tiempo, no solamente no existia, sino que no podia existir? Entre los historiadores en el pasado, muchos han sido admirables narradores i a este título ocupan un rango elevado en la memoria de los hombres. Pero no es sino en nuestros dias, i a decir verdad, despues que Comte ha establecido la lei del desenvolvimiento histórico e instituido sobre esta base la filosofía de la historia, que hai derecho para reclamar de los historiadores, no simples relaciones, sino un encadenamiento de causas i efectos segun una determinada direccion.

No obstante esta imperfeccion de Buckle, encuentro con placer lineamientos de la gran doctrina en hombres eminentes que se justifican hasta cierto punto; pues sus obras así semi-divididas son intermediarios útiles para un público a la vez mui poco preparado para recibir directamente la palabra positiva, i demasiado receloso en el paraíso teológico para no sentarse tentado a probar el fruto prohibido.

Buckle se habia propuesto escribir la historia de la civilizacion en Inglaterra; pero, sorprendido por la muerte, no tenemos de esa obra mas que la introduccion, i aun una introduccion incompleta;

ella debia comprender un cuadro de la intelijencia nacional entre los ingleses, entre los franceses, entre los españoles, entre los escoceses, entre los alemanes, entre los italianos, i en los Estados Unidos.

Faltan las tres últimas partes; i las otras cuatro, que solo poseemos, son verdaderos cuadros de conjunto, valientemente trazados; el progreso moderno apasiona al autor, la ciencia lo transporta, i manifiesta un ardiente espíritu de jeneralizacion.—Me seria fácil, entrando en los detalles de la obra, hacer notar aquí i allá temeridades que podrian llegar a ser temas de discusion. Pero, de qué me serviria esto? Me conviene mucho mas, atendido el punto de vista en que me he colocado, tomar algunos puntos culminantes con los que abarcando la obra entera, pueda someter a prueba su doctrina. Repetidas veces i durante largo tiempo he experimentado yo la mia, quiero decir, la de la filosofía positiva, para que me sea permitido hablar de este modo. Tres son estos puntos culminantes.

El primero es relativo a las leyes de la historia. Buckle las establece de una manera distinta a Comte. Como se vé el debate no puede versar sobre una cuestion mas elevada; i, como Buckle i yo tenemos un principio comun, a saber, que los fenómenos históricos son fenómenos naturales sometidos a condiciones que se llaman leyes, la discusion no puede estraviarse en la nada, como sucederia, si la empeñásemos con doctrinas, cuyos principios negamos i que niegan tambien el nuestro, por ejemplo, la intervencion de una providencia en la marcha de la historia. Aquí el terreno está fijo.

El segundo punto se refiere a la teología. Se sabe que Comte la elimina completamente, ya sea bajo la forma revelada, ya bajo la llamada natural; i la elimina, no por la ceguera de aquellos filósofos a quienes su sistema impone un sacrificio, sino porque habiendo investigado escrupulosamente todas las ciencias, a cada una en su propio terreno, no ha encontrado en ninguna de ellas un solo hecho teológico; respuesta, que mas jeneralizada, ha sido dada por la filosofía positiva. Distinto es el punto de vista de Buckle; él es deista, i sin duda alguna, cristiano i protestante. Conserva, pues, el fondo esencial de toda teología; muchas veces, no es ménos partidario declarado de la inmutabilidad de las leyes naturales, i en particular, del encadenamiento puramente natural de la evolucion histórica.

El tercer punto establece una cierta contraposición entre la Inglaterra i la Francia. Comte ha establecido como opinión histórica que, desde la última mitad del siglo dieciocho, la Francia ha representado el principal papel en el gran movimiento que tiende a sustituir por todas las nociones positivas o las nociones teológicas: Buckle cree que, en la obra jeneral de la civilización europea la parte preponderante pertenece a la Inglaterra.

Hé aquí tres discusiones importantes, pero que será imposible discutir con cualquiera otro que no hubiese tocado, aunque fuese con el borde de los labios, las doctrinas de la filosofía positiva. Sin embargo, ántes de abordarlas, i como esos caballeros que saludaban cortesmente a su adversario en el momento de romper la lanza sobre su escudo, yo citaré un trozo de Buckle cuya crítica altiva me encanta, i que debe meditar todo filósofo: «El deber del filósofo es claro. Delante de él se estiende en línea recta el camino que va a recorrer. Después de haber experimentado todos los sacrificios posibles para constatar la verdad, cuando ha obtenido una conclusión, su deber, en vez de retroceder ante ella, porque es desagradable o parece peligrosa; su deber es por esta misma razón, adherirse tanto mas a élla, sostenerla con un celo tanto mas ardiente si élla goza de mala opinión entre los hombres que cuando encuentra su favor, proclamarla con altivez i por doquiera sin inquietarse de las opiniones que élla hiera o de los intereses que amenace; su deber, en fin, es volver a renovar las hostilidades i despreciar el desfavor, puesto que puede estar seguro que si no es verdadera perecerá, pero que si lo es, élla producirá un resultado final ventajoso; aunque el siglo i el país en que haya aparecido no puedan gozarla desde luego» (tomo V, páj 209).

LAS LEYES DE LA HISTORIA SEGUN BUCKLE.

Buckle establece cuatro proposiciones principales que él considera como las bases fundamentales de la historia de la civilización i que es menester citar testualmente: 1.º Los progresos del jénero humano dependen del resultado de las investigaciones en las leyes de los fenómenos naturales i de la proporción en que se estiende el conocimiento de esas leyes; 2.º ántes que esta investigación pueda comenzar es menester que haya nacido el espíritu de duda, i que viniendo desde luego en ayuda de las investigaciones, sea ayudado en seguida; 3.º los descubrimientos así obtenidos acrecen

la influencia de las verdades intelectuales i disminuyen, relativa no absolutamente, las verdades morales; pues no pudiendo ser éstas mas numerosas permanecen mas estacionarias que las verdades intelectuales; 4.º el grande enemigo de este movimiento, i por consiguiente el grande enemigo de la civilizacion, es el espíritu protector, quiere decir, la idea de que la sociedad no puede prosperar si el Estado i la Iglesia no guian i no protejen nuestros menores pasos en los negocios de la vida; el Estado enseñando a los hombres lo que deben hacer, la Iglesia enseñándoles lo que deben creer.» (Tomo IV, páj I).

La lei fundamental de la historia, la que constituye su filosoffa, es la lei de la evolucion. Cuando se examina como se ha formado el saber humano, es decir, como cada ciencia ha llegado a establecer doctrinas o leyes en el órden astronómico i físico, en el órden químico, en el biológico, se reconoce que todos han recibido en su oríjen una primera institucion de concepciones ficticias, que se denominan teológicas; que, mas tarde, poco a poco se ha arreglado una proporcion mayor de concepciones racionales que se llaman metafísicas; i que por último, eliminando sucesivamente esta doble armazon provisoria han llegado los unos en pos de los otros a las concepciones puramente reales que se llaman positivas. Esto, que es un hecho, no una hipótesis, se estiende por sí mismo a la historia: desde que Comte lo descubre en cada ciencia, lo descubre tambien en el cambio de las sociedades. Es esto, como se sabe, lo que él ha llamado la lei de los tres estados, teológico, metafísico i positivo.

Sentado ya este punto, es indudable que las proposiciones de Buckle, sin contradecir formalmente las de Comte, tienen en realidad una mira ménos elevada. Examinémoslas paulatinamente.

El progreso del jénero humano depende, dice Buckle, del resultado de las investigaciones en las leyes de la naturaleza. Esta proposicion, que jamas habria podido nacer en los tiempos antiguos, estraña absolutamente al Discurso de Bossuet sobre historia universal, i formulada con tanta fuerza i vigor por Condorcet en su célebre Ensayo, no es entre tanto sino relativamente verdadera. I es solo despues de la gran concepcion de Augusto Comte que la insuficiencia, como concepcion jeneral, ha llegado a ser tan aparente que, sin que sea necesario demostracion alguna, basta acercar los términos para convencerse de ellos. El progreso del

jénero humano en la investigacion de las leyes de la naturaleza no es otra cosa que lo que ha denominado Comte el pase al estado positivo. Pues el estado positivo es un terreno posterior, sirviéndome del lenguaje jeolóxico, que descansa sobre capas mas antiguas i mas profundas; estas capas son el estado metafísico i el estado teolóxico. El progreso del jénero humano ha dependido, por consiguiente, de tres factores i no de uno solo; i cuando se hable de él bajo el punto de vista filosófico, es menester reintegrar los dos mas antiguos, si se quiere comprender el mas moderno.

Pues, en toda evolucion los últimos términos no existen sino por los primeros, ni son tampoco intelijibles sino por ellos.

La segunda proposicion sujere una observacion del mismo jénero. Ella requiere, como la primera, enmienda i restriccion. Decir que el espíritu de duda es la condicion necesaria para la investigacion de las leyes de la naturaleza, es espresar una asercion que no cuenta con el suficiente apoyo de los hechos. Esto no es cierto ni con relacion a los individuos, ni con relacion a las épocas. Consultad, en efecto, vuestros recuerdos, i mui pronto vereis aparecer en vuestra memoria los nombres de hombres ilustres que han hecho grandes descubrimientos en la investigacion de las leyes naturales i de las que no se apoderó el espíritu de la duda. No tenemos suficientes documentos para saber a punto fijo si Hepparco i Arquímedes eran buenos paganos, que practicaban devotamente el culto de Júpiter i de Minerva; pero Galileo, tan eminente en la anatomía i en la fisiolojía no renegó seguramente de la fé pagana de sus padres. En cuanto a los tiempos cristianos los ejemplos son mas numerosos: Descartes era un sincero católico; Newton i Haller fueron sinceros protestantes; tomad los Elojios de Fontenelle, para no citar mas que este libro, i encontrareis allí un buen número de hombres famosísimos en los distintos ramos de las ciencias naturales, i sometidos piadosamente a todos los dogmas de la fé. Muchos de aquellos, que en el siglo diez i siete, han asestado inconsientemente a la teolojía los golpes mas rudos i mas irremediabiles, tenian las creencias teolóxicas. Se estuvo largo tiempo sin apercibirse de cuan peligroso es para la antigua fé reemplazar la mano de Jehovah por la gravitacion, o el trueno divino por la electricidad.

Estos ejemplos bastan para probar que la investigacion de las leyes naturales i el escepticismo teolóxico no están necesariamente

ligados en cuanto a los individuos. No lo están mas en cuanto a las épocas. Las épocas mas sinceramente teológicas no han renunciado por esto a la investigacion de la naturaleza. Citaré, como ejemplo, la edad media; esta investigacion fué, sin duda insignificante i proporcionada a las facultades de ese tiempo; entre tanto, nadie desconocerá ni el atrevimiento de las especulaciones alquimistas, ni la importancia de los descubrimientos que se produjeron en este terreno, ni en el camino que condujo la alquimia a la química. Es que, en realidad, el estudio de los fenómenos no proviene de la duda con respecto a las creencias teológicas; él proviene directamente de una curiosidad instintiva, que a medida que se desenvuelve por el trabajo i el buen resultado, toma un carácter de pasion i de amor a lo verdadero.

I aquí ya se palpa la causa de la equivocacion de Buckle. No ha distinguido el espíritu positivo del espíritu metafísico: al espíritu positivo es al que pertenece la investigacion de los fenómenos naturales; al espíritu metafísico es al que corresponde la duda suscitada contra las diversas religiones que han ocupado el mundo civilizado. Sin duda que el espíritu metafísico se ha ayudado, segun los tiempos, de los diversos descubrimientos que hacia el espíritu positivo; pero éste, particular siempre, no podia asumir el papel de censor i la teología que tomó aquél, siempre jeneral. Aun en la India i en medio de la civilizacion de Brabama en que el espíritu positivo no se elevó mas allá del mas íntimo grado, no por eso, el espíritu metafísico constituyó sistemas ménos equivalentes a los de la Grecia o del Occidente. En definitiva, la metafísica ha sido el gran ministro de la censura i del escepticismo con relacion a la teología; la metafísica poderora i honrada, cuando ella se empeñaba por llevar el espíritu humano del punto de vista de la autoridad sobrenatural al de la autoridad subjetiva; pero llegada a ser inútil i vana hoy dia que el espíritu positivo, abarcando todo el saber, no deja lugar para las concepciones ficticias de la edad primera de la humanidad, ni para las concepciones racionales de la segunda época.

La tercera proposicion de Buckle se refiere a la relacion que existe entre las verdades intelectuales i las verdades morales, permaneciendo éstas, segun él, mas estacionarias que aquellas. No es ésta, sin embargo la verdadera relacion; i para comprenderla mejor, es menester pedir sus ilustraciones tanto a la historia como a la fisiología. Bajo el punto de vista de que aquí nos ocupamos, pue-

de representarse el diafragma de la civilizacion de la siguiente manera: primer período, probablemente mui largo, en que el hombre provee a sus necesidades, crea útiles, prepara las cavernas para morada suya, coloca estacas en los lagos i los rios, talla la silice, fabrica sus vajillas, enciende i aviva el fuego; yo llamaria a éste, el período industrial, si fuera posible dar el nombre de industria a estos toscos i mezquinos ensayos de brazos inespertos i de espíritus todavia incultos; los documentos de este estado los tenemos en las reliquias del hombre fócil i prehistórico. El segundo período, largo sin duda, pero ménos que el anterior es aquél en que se desenvuelven las reliquias en el jénero humano; entónces, han adquirido las artes industriales un alto grado de perfeccion; ellas aseguran plenamente la vida i la embellecen; i es sobre esta base que se elevan las grandes relijiones del mundo antiguo, cuyo tipo mas grandioso se muestra en el Ejipto, con su sacerdocio, sus faraones, sus guerreros, sus jeroglíficos i sus pirámides; a esta faz le daré el nombre de período moral, si por esto solo se quisiese entender el cultivo del amor, del respeto i del temor, sentimientos inherentes a todas las relijiones. Así como del seno mismo del período industrial nació el período moral, así tambien del seno mismo de este último ha aparecido el período intelectual; éste no tiene, en comparacion con los otros dos, sino un pasado mui corto, pero en recompensa se le espera un inmenso porvenir; la ciencia, pues es de ella de quien se trata, renueva con una mano el dominio industrial i lleva con la otra su luz al dominio moral. Es tal la constitucion del espíritu humano que en él es siempre lo verdadero el punto culminante; lo verdadero que en seguida se estiende a todo.

Es indudable que todas las razas humanas, i en el seno de las mismas razas todas las tribus, han experimentado esta misma gradacion.—Entre las sociedades algunas han permanecido en el primer grado, muchas han pasado al segundo; mui pocas han alcanzado al tercero. ¿De donde previene estas desigualdades?... Para lo que a este respecto debo decir aquí, dejemos sentado que ellos estén contenidos, por una parte, por la raza, por el clima i las circunstancias felices; por otra, por el jénio individual que descubre lo bueno, lo verdadero, lo bello, i lo incorpora a los destinos históricos de la humanidad.

Este diagrama, se dirá, no sufre intervencion alguna. Jamas la humanidad ha comenzado por investigar i buscar las teorías del

análisis matemático, las leyes que rigen el mundo astronómico, los sutiles fenómenos del calórico, de la luz i de la electricidad, las combinaciones, aun mas sutiles, que unen los elementos entre sí, i la que es mas sutil que todo, el tejido de la trama que forma la organizacion i la vida; nó, ella ha empezado siempre por las artes que son necesarias a su existencia; en seguida ha pasado a las concepciones relijiosas, i por último a las concepciones científicas.

Es por esta evolucion que el hombre fisiológico, es decir el hombre aun sin adquisicion material, moral e intelectual, ha llegado a ser el hombre histórico.

La asercion de la historia es menester corroborarla por la asercion de la fisiología psíquica.

La fisiología psíquica establece no solamente que las facultades egoistas i las facultades altruistas (1) tienen un mismo sitio en el cerebro sino tambien que las facultades intelectuales residen en el mismo lugar anatómico que aquellas dos. Vamos a ver de que importancia es esta condicion orgánica en la evolucion de la historia.

Antes de sacar las consecuencias que de aquí se desprenden, definamos lo que es una relijion bajo el punto de vista psíquico. Las relijiones al ménos en el sentido que hasta aquí ha tenido esta expresion, es decir, como un culto rendido a seres sobrenaturales cuyo poder abraza el cielo i la tierra, forman un gran dominio al que se abrieron las principales facultades afectivas del hombre. Es un altruismo aplicado, sin duda, a objetos desconocidos de la experiencia, i conocidos solamente por la fé sucesiva de los siglos i de los pueblos, pero practicado durante largos años en beneficio de un mejoramiento real aunque parcial del alma humana.

Prevenidos con las precedentes observaciones, volvamos a tomar el diagrama de nuestra evolucion. En el primero i mas infimo grado, la satisfaccion de las necesidades enjendra una industria que va perfeccionándose, i que obliga al hombre a continuos esfuerzos cerebrales.—bajo esta educacion se fortificó su cerebro; i por la conexidad anatómica de las facultades egoistas con las facultades altruistas nacen necesidades morales, que, tomando la forma social exigida por el tiempo i el grado de desenvolvimiento, llegan a convertirse en relijiones. Este altruismo, así formado, se

(1) Comte da el nombre de altruismo (de donde viene altruista) al conjunto de los sentimientos afectivos. Es lo opuesto a egoismo.

estiendo a toda la existencia humana, i se purifica grado por grado, ejerciendo a su turno una feliz influencia sobre las facultades intelectuales, de las que es anatómicamente su vecino. I en efecto, es en el seno de las grandes teologías de la antigüedad donde han sido arrojados los fundamentos de las verdades intelectuales i del saber positivo.

No se ha detenido allí el encadenamiento de estas acciones i reacciones nacidas psíquicamente de la residencia de diversas facultades en la misma parte del cerebro. Las facultades intelectuales, habiendo tomado posesion de ellas mismas i de la civilizacion, han ejercido su influencia sobre las facultades afectivas; i es así, como las sociedades modernas, llegando a ser mas ilustradas, se han hecho mejores, mas humanas, i mas equitativas. No desdeñóse, sin embargo, el notar que de la misma manera, auu en la satisfaccion de las facultades egoistas, las ménos perfectibles de todas se ha producido un mejoramiento bajo la forma de curiosidad, de elegancia, de buen gusto.

En cuanto a la cuarta proposicion de Buckle, a saber, que el espíritu protector, es decir, el Estado enseñando a los hombres lo que deben creer, es el enemigo capital del progreso de la civilizacion, apénas es menester notar, que léjos de ser una lei esta proposicion no es sino un caso particular propio de ciertas fases del desenvolvimiento. A decir verdad, ella se aplica sobre todo a lo que recorreremos despues de la reforma, en que la compresion del libre exámen es el fin de la retrogradacion, i su ensanche el arma de la revolucion.

Pero, las épocas orgánicas no conocen esta lucha; ella ha sido ignorada de la edad media, mas antiguamente lo ha sido del politeísmo en sus apojeos, i lo será del réjimen positivo; no, sin duda, porque haya sido suprimido el exámen o porque él deba cesar algun dia, sino porque en los períodos pasados él se fundaba i se fundaria en el período futuro, mas bien en las consecuencias que en los principios. Discutir, no éstas, sino aquéllas, tal es el carácter de las épocas orgánicas.

Despues de haber jeneralizado de esta manera, Buckle continúa así: «Considerando, dice él, la historia del mundo en su conjunto, ha existido en Europa la tendencia a subordinar el hombre a la naturaleza. Hai muchas escepciones a este principio en los países bárbaros; pero en los países civilizados la regla ha sido universal. Por consiguiente la gran division de la civilizacion en europea i

no europea es la base de la filosofía de la historia, puesto que ella nos sujere esta importante consideracion que si queremos comprender, por ejemplo, la historia de la India debemos dedicarnos desde luego al estudio del mundo exterior puesto que él ha tenido mas accion sobre el hombre, que la que el hombre ha ejercido sobre él. Si, por otra parte, queremos comprender la historia de un país tal como la Francia o la Inglaterra, debe ser el hombre el principal objeto de nuestro estudio, puesto que siendo comparativamente débil la naturaleza, cada paso hácia el gran progreso ha aumentado la denominacion del espíritu humano sobre las influencias del mundo exterior (tomo I, páj. 171») Este es un error, i no hai allí base alguna para la filosofía de la historia; para que se pueda, sociológicamente, dividir en europea, o extra-europea seria menester que la civilizacion europea fuese.

Pero no lo es así. La Europa entera estaba sumerjida en la barbárie, es decir, en ese estado en que se está fuera del salvajismo sin haber colocado aun el pié en la civilizacion, cuando la Caldea, la Fenicia, la Asiria, i ántes que todo, el Egipto, lucian por el brillo de las artes i del comercio, construian grandes ciudades, elevaban espléndidos monumentos, trabajaban los metales, i enseñaban al resto del mundo a leer, a escribir, a contar, a medir. Fué en el borde del Asia, en esta Grecia semi-europea i semi-asiática, en donde apareció la civilizaeion europea destinada a ser mas tarde la civilizacion universal; pero no encendió allí la antorcha, sino mediante la llama comunicada por nuestros antepasados del Asia i del Africa. La proposicion de Buckle no es pues verdadera sino en cuanto se la limita a un período reciente; pero aun así ella se escapa i se elude por otro lado; pues la civilizacion emanada de Europa se implanta en América, en Australia, comienza a transformar la India, maravilla al Japon, comarcas todas en que, segun el pretendido axioma, es mas poderosa la naturaleza que el hombre.

El agrega: «El descubrimiento de las leyes de la historia de Europa está basado en un descubrimiento de las leyes del espíritu humano. Cuando se haya establecido de una manera cierta estas leyes mentales, ellas vendrán a servir de base a la historia de Europa: se mirarán las leyes físicas como de ménos importancia, i no teniendo otro resultado que el de escitar inquietudes cuya fuerza i frecuencia han disminuido sensiblemente durante muchos siglos» (tomo I, páj. 177).

Cito este pasaje, no para discutirlo a fondo, sino para señalar allí en una palabra la insuficiencia de los puntos de vista jenerales de Buckle. No es permitido confundir las leyes de la historia con las leyes del espíritu humano. Nada en el espíritu humano nos indica que deba haber allí una evolucion histórica. Esta evolucion es un hecho que se constata experimentalmente como todos los otros hechos; pero no se la deduce del estudio psíquico. Además, siendo conocida esta evolucion en su movimiento, i en la direccion de su movimiento, es mui útil considerar como tolera el espíritu humano esta nueva condicion que le es impuesta, i como, a su turno, él impone sus propias condiciones.

2. LAS OPINIONES TEOLÓGICAS DE BUCKLE.

Si doi un título semejante a este párrafo, no es sin duda, para atacar las opiniones relijiosas de Buckle, cualesquiera que ellas sean; no es sino para conocerlas mas exactamente. Esto importa, puesto que se trata de un hombre que se ocupa de la filosofía de la historia; i puesto que esta filosofía presenta contradicciones para todo espíritu que conserva en sí una doctrina teológica, ya sea revelada, ya natural. I esto por dos poderosas razones: la primera es porque entónces es imposible darse cuenta de la desaparicion de toda teología del seno de las ciencias positivas, del menoscabo gradual de las doctrinas teológicas, que es su consecuencia, i del carácter totalmente laico que toman las sociedades modernas; la segunda es que aceptando, una doctrina teológica cualquiera, se opone al espíritu científico la brecha mas molceta, puesto que la ciencia no admite en parte alguna a la teología, ni por mucho ni por poco. La historia soporta mal una imperfeccion semejante; pues, siendo de todas las ciencias la mas complicada i mas dificultosa, es tambien la que exige un espíritu científico mas severo.

Buckle rechaza obstinadamente toda transijencia con el ateísmo, que jugó en Francia, durante el siglo dieziocho, un papel individual i social tan importante: «Quien niega la existencia de Dios i la inmortalidad del alma, de ningun modo investigará cómo un culto grosero desfigura estas sublimes doctrinas... Es raro igualmente que un ateo sincero sea ardiente controvertista. Pero, que suceda, lo que ha acontecido en Francia en el último siglo, que suceda, digo, que hombres dotados de grande enerjía se encuentren en presencia del depotismo político, entónces cesarán sus

cinturones, marcharán contra la tiranía i obrarán con tanto mas vigor cuanto que creyendo que en ella está la suprema salud, considerarán ante todo ¿qué digo? esclusivamente su felicidad temporal. Es bajo este punto de vista que el progreso del ateismo que surgió entónces en Francia ha llegado a ser una cuestion de un interes penoso, sin duda, pero entretanto, mui fuerte. La fecha en que estas ideas se produjeron corrobora de lleno lo que he dicho anteriormente acerca del cambio que se operó en la mitad del siglo dieziocho. La primera obra importante en que ellos fueron proclamados fué la célebre Enciclopedia publicada en 1751... Antes de esta época, aunque muchas veces se bósquejasen en público ideas igualmente degradantes, ellas no eran, sin embargo, del dominio de los hombres de talento; i en el estado anterior de la sociedad no podian ejercer grande influencia sobre el siglo. Pero, durante la segunda mitad del siglo XVIII, afectaron todas las ramas de la literatura francesa.» (tomo III, páj. 228).

Un poco mas adelante continúa en el mismo tono:

Entre los escritores de segundo orden, Damilaville, Maréchal, Naigeon, Toussaint, fueron los celosos defensores de este dogma sombrío i glacial que, a fin de extinguir la esperanza de la vida futura borra en el espíritu del hombre los instintos gloriosos de su inmortalidad. I cosa estraña, entre las mas elevadas inteligencias, algunas no pudieron escapar al contagio: el ateismo era profesado abiertamente por Condorcet, D'Alambert, Diderot, Helvetius, Lalande, Laplace, Mirabeau i Saint Lambert. I qué! todo esto armonizaba tan perfectamente con la disposicion jeneral, que en la sociedad se hacia gala de lo que en otros paises i otras épocas ha sido un error raro i singular, una infeccion escéntrica que el enfermo estaba dispuesto a ocultar.» (tomo III, páj. 231).

Soi poco afecto a estas calificaciones despreciativas de que se sirve Buckle con respecto a los ateos. Ellas son indigna de un filósofo. Lanzadas por un adversario a sus adversarios, ellas no manifiestan otra cosa que la disposicion de espíritu del que las arroja, i en nada tocan a aquel a quien se dirijen. ¿Qué importa a un católico que un protestante le reproche las supersticiones de la gran Babilonia, o a un protestante que un católico lo acuse de tener, sirviéndome de la frase de Bossuet, *el corazon mui estrecho i mui comprimidas las entrañas* para reconocer la presencia del Salvador en la Eucaristía? Ni el católico se siente supersticioso, ni el protestante estrecho de corazon. Del mismo modo, los ateos no se sienten ni

degradados, ni helados. He visto en mi juventud un buen número de estos ateos del siglo XVIII. Oscuros soldados de la revolución ellos habian combatido por ella; viejos, al borde de la tumba, pobres en su mayor parte, vivian firmes en sus convicciones, con la cabeza erguida i el corazon ardiente; de todos ellos, tomados así en globo i salvo las escepciones, conservo por cierto un recuerdo imperecedero (1).

No es esto porque Buckle sea inspirado por el espíritu de secta, i he aquí una página contra la metafísica eléctica i contra la teología natural que yo quisiera haber escrito, i que trascibo con placer. Cuando Napoleon, no por convicción, sino por un cálculo egoísta trató de restablecer el poder de los príncipes eclesiásticos, los hombres de letras, con servil baja, lo secundaron en sus miras; entónces, un sensible Jecaimiento comenzó a producirse en ese espíritu de independencia i de innovación, que durate cincuenta años, habia empujado a la Francia al cultivo de los mas elevados estudios. De ahí proviene esta escuela metafísica que aun manifestando su distancia por la teología, hizo íntima alianza con ella; escuela cuyas vanas teorías, llenas de aparato, presentan en su efímero esplendor un contraste evidente con los métodos mas austeros de la jeneracion precedente. Pero los fisiolojistas franceses, en cuanto forman un cuerpo, no cesarán de protestar contra este movimiento... En Inglaterra, en donde durante un espacio considerable de tiempo, apénas se ha hecho sentir la influencia de Bichat, un gran número de fisiolojistas, aun entre los mas ilustres, han mostrado una notable disposicion para aliarse al partido reaccionario; i no contentos con declarar la guerra a todas las novedades que no pudiesen explicar al primer golpe de vista, han rebajado su noble ciencia al estado de humilde servidora de la teología natural. (tomo III, páj. 272).

Que Buckle es cristiano se deduce de un pasaje en que felicita a Rousseau por no haber tomado parte en los ataques contra el cristianismo, que desgraciadamente, dice, habian sido mui frecuentes (tomo III, páj. 206); que es protestante se deduce de un

(1) La filosofía positiva no es atea; pero tampoco es deísta—¿cómo es esto? ¿qué término medio hai entre estas dos alternativas? El término medio es la confesion de nuestra incapacidad experimentalmente demostrada, para suministrar una concepcion jeneral del universo que no sea una hipótesis. Del universo no sabemos, ni si es eterno o creado, ni si es infinito o finito, ni si hai uno o muchos principios, ni si es movido por un espíritu infuso o producido por el choque de los átomos.

trozo en que quiere establecer la superioridad de la religion protestante sobre la religion católica: «En el órden natural de las cosas, dice, las comarcas mas civilizadas, deberian ser todas protestantes, i las ménos civilizadas deberian ser católicas. Es esto lo que en parte ha sucedido, i es esto lo que ha inducido a error a un gran número de personas que atribuyen a la influencia del protestantismo todos los progresos modernos, i sin notar, lo que es de toda importancia, que el protestantismo no habia sido absolutamente necesario sino desde que ha comenzado el progreso. Pero, aunque en el curso ordinario de las cosas, la marcha progresiva de la reforma haya sido la medida i el síntoma de la marcha progresiva de los conocimientos, entre tanto, en muchas circunstancias, la autoridad del gobierno i de la Iglesia era una causa de confusion i frustraba el progreso natural de los mayores relijiosos. De esto resulta que la religion nacional profesada en un pais no es un criterio decisivo para juzgar acerca de la civilizacion actual de ese país; puesto que desde largo tiempo han desaparecido las circunstancias que establecieron la religion, i puesto que ella se encuentra apoyada i sostenida hoi dia solo por la duracion de la fuerza impulsiva que en otra época le ha sido dada.» (tomo I, páj. 396).

No estoi dispuesto, en manera alguna, a reconocer que el protestantismo sea teológicamente, superior al catolicismo. El gran cuerpo católico se ha formado por la accion de una série de hombres mui eminentes, i de asambleas mui ilustradas, que lo han apropiado al cumplimiento de su oficio temporal, es decir, al mantenimiento en el seno de la sociedad de una moral conforme a su fé.

El protestantismo ha llevado allí una mano atrevida; gran servicio prestado cuando, se levantó insurreccionalmente; pero él la ha mutilado. El protestantismo no es una religion mejor que el catolicismo, es una religion menor, lo que es bien diverso. El ha introducido, en el réjimen teológico, atenuaciones que han dado origen a otros tantos escalones, desde luego para las sectas racionalistas, como los socinistas i otros, en seguida para los libre-pensadores, para los negadores, i para la ciencia anti-teológica.

Con esta esplicacion sobre la disminucion que ha experimentado el cristianismo al pasar del catolicismo al protestantismo, se admitirá sin disgusto este aparte que saco de Buckle: «Los escoseses i los suecos, i aun se podria añadir algunos cantones suizos, son

ménos civilizados que los franceses, i por consiguiente son mas supersticiosos. Siendo este el hecho, no hai sino mui pocas ventajas para ellos en tener una relijion mejor que la de los franceses; i mui poca, en haber adoptado, hace tres siglos, por una série de circunstancias que no existen desde largo tiempo, una creencia que no conservan sino mediante la fuerza de la costumbre i la influencia de la tradicion» (tomo I, páj. 299).

Hasta la época de la revolucion francesa, que, resueltamente anti-teolójica, dió vuelta una nueva hoja en la vida de las sociedades, la tolerancia fué mucha mayor entre los protestantes que entre los católicos. Pero Buckle mismo, hace notar que esto fué debido no a la superioridad de un réjimen teolójico sobre el otro, sino a la superioridad de las circunstancias que formaban la condicion de la reforma: «Es ella (la intolerancia de los protestantes de Francia) uno de los numerosos ejemplos que prueban cuan superficial es la opinion de los escritores que creen que la relijion protestante es necesariamente mas tolerante que la católica. Si los que sostienen esta opinion hubiesen tenido el cuidado de estudiar la historia de Europa en sus fuentes primitivas, entónces habrian conocido que el espíritu liberal de todas las sectas de ningun modo depende de la doctrina que se manifiesta, sino de las circunstancias en que ellas están colocadas, i de la suma de autoridad que posee su clero. La relijion protestante es en jeneral mas tolerante que la relijion católica solo porque los acontecimientos que han dado oríjen al protestantismo han dado al mismo tiempo más vuelo a la intelijencia i debilitado por consiguiente el poder del clero» (tomo II, páj. 239).

La intolerancia i la beatería son hermanas.—Conocemos la beatería católica por la España; hé aquí una descripcion majistral de la beatería calvinista: «¡Ah! ¿qué ha de resultar de esto? (del estado teolójico de la Escocia) que se acentúe en todo el país un carácter duro i fanático, la aversion por todo placer inocente, una cierta disposicion a limitar el placer de los demas, el deseo ardiente de averiguar las opiniones de sus semejantes i de mezclarse en ellas; en una palabra, una intolerancia tal como no se encontrará semejante en otra parte; miéntras que en el seno de esta atmósfera pesada florece una creencia nacional, sombría i austera en su último grado, creencia llena de sospechas, de amenazas, i de horrores de toda especie, que se complace en advertir a los hombres que ellos no son sino desgraciados i miserables i en asegurarles cuan pocos

de ellos se han de salvar i qué inmensa mayoría está fatalmente reservada al suplicio eterno, indescriptible, hermoso! (tomo V, paj. 345). En verdad, este trozo me recuerda ciertos sermones de Bossuet, que no son mas caritativos.

De todos estos pasajes resulta que Buckle es deísta, cristiano o protestante. Por otra parte, él manifestaba su credo con algunos matices de mas, en la siguiente línea: «Este cambio notable en nuestras opiniones (que consiste en no admitir nada sobrenatural) es fatal a la teología, pero es favorable a la relijion; pues, gracias a él, la ciencia en vez de ser el enemigo de la relijion ha llegado a ser su amiga. La relijion de cada individuo guarda conformidad con la luz interior de que está dotado. Toma, pues, formas diversas en los diferentes caracteres, i no puede ser sometida jamás a una lei comun i arbitraria. Pero la teología, pretendiendo una autoridad completa sobre todo los espíritus, i negándose a admitir su diverjencia esencial, quiere someterlos a todos a una creencia única, i establecer un solo tipo de verdad absoluta por el cual puedo probar las opiniones de cada individuo, condenando presuntuosamente a todos aquellos que se alejan de este tipo único» (tomo V, páj. 353).

Hé aquí un trozo, que en este tiempo de convicciones intermedias, hace la fortuna de un libro. En efecto, ¿qué mas liberal que eliminar la teología? ¿qué mas conservador que poner en salvaguardia la relijion? Le agrada a la razon i al espíritu nuevo a los que pasan el milagro i lo sobrenatural; se agrada tambien el sentimiento i al espíritu antiguo, los que se creerian abandonados sino encontraran otro apoyo que el de las leyes de la naturaleza. Estas cosas no son bien venidas ni de éste ni del otro lado del Estrecho; de ello encontramos algunos ejemplos. No quiero, decia, acusar por esto a Buckle de haber buscado el favor i los aplausos ajustando su pensamiento a un cálculo. Pero siendo su manera de ver la del medio en que vivia, él ha sido sensible a esto sin notarlo i sin apercibirse tambien que él se envolvía en contradicciones. Reconocer una intelijencia, causa suprema de todo, (tomo V, páj. 231), ¿acaso es otra cosa que aceptar la teología, i aun la teología natural, por lo que él poco ha mostraba un tan desdeñoso-desprecio, reprochando a la filosofía inglesa el haberse degradado en servirla?

A estas profesías de fe, que llamaré deísta o protestante, es menester agregar que Buckle es un adversario declarado de lo sobrenatural en la ciencia, en la historia, en todo: «Después de haber

reconocido que la condicion del universo material, en cualquier momento que se le considere, es simplemente el resultado de todo lo que ha acontecido en los momentos que le preceden, i que el mas lijero desórden trastornaria el plan jeneral que llegaria a ser inevitable la anarquía; despues de haber constatado de este modo, que el separar de la masa total el menor de sus fragmentos, seria debilitada la estructura, condenar el todo a una ruina comun; despues de haber admitido así la conformidad de las diversas partes i reconocido igualmente, en la belleza misma i en la conclusion perfecta del diseño, la mejor prueba de que su curso jamás ha sido interrumpido por el divino arquitecto que lo llamó a la existencia i en la misma ciencia del cual residen el plan i la continuacion de él con tal claridad, con tal certidumbre infalible, de que jamas ha sido tocada, desde que se echaron sus cimientos una sola piedra de este soberbio armonioso edificio; despues de haber reflexionado en todo esto, me dije, elevándonos hasta este hecho, hasta esta altura del pensamiento, seguramente que avanzamos hácia nuevos horizontes que será dado contemplar, en su esplendor a otra posteridad. Desde entónces la elevacion de las miras adquiridas hará rechazar para siempre el dogma antiguo i eminentemente irreljioso de la intervencion sobrenatural, que, enjendrada por la supersticion alimentada por la ignorancia, ya de larga vida en nuestro tiempo, atestigua el estado aun primitivo de nuestras luces i la obstinacion de nuestros juicios (tomo V, páj. 224).

Si necesitase discutir esta pájina bajo el punto de vista filosófico, mostraria sin gran trabajo que ella es, sino un tejido de aserciones metafísicas, sin base alguna positiva. No es racionalmente como hemos sabido que lo sobrenatural no tiene nada de real, sino debido al método esperimental. No es ésta una deduccion de algun principio superior innato a nuestro espíritu; es una induccion formada por la investigacion que ha instituido la ciencia positiva en todo el dominio que no es accesible. Lo he dicho muchas veces, pero jamás será suficiente, que nosotros ignoramos absolutamente las intenciones de la naturaleza, los fines de ella, su conformidad, su plan, sus límites, su inmensidad. Pero no es a la esperiencia a quien Buckle exige la prueba de su asercion, sino ¿quién lo creeria despues de su ataque contra la teología? a un argumento puramente teolóxico, a la presencia divina:

«Es tiempo ya que la historia de la humanidad cese de ser atormentada, por lo que debe parecer una frivolidad, notoria, a los

hombres que están imbuidos del espíritu científico. De dos cosas la una: negad la omnisciencia del Creador o bien admitidla. Si lo primero, negais lo que es, al ménos en mi concepto, una verdad fundamental, i a este respecto no puede haber entre nosotros simpatía alguna. Pero sí admitis la omnisciencia de Dios, guardaos de dejarnos lo que pretendéis defender. Pues, cuando proclamais lo que se llama el gobierno moral del mundo, calumnias la omnisciencia en tanto que declarais que el mecanismo de todo el universo, comprendiendo en él las acciones de la naturaleza i del hombre, mecanismo cuyo plan pertenece a la sabiduría infinita, no está a la altura de sus funciones a ménos que esta misma sabiduría intervenga allí de cuando en cuando. De hecho, declarais o que la omnisciencia se ha equivocado, o que ella ha fracasado» (tomo V, páj. 357).

Aunque dispuesto siempre a dejar que las discusiones teológicas se combatan entre ellas i que caigan por su propio peso en la incoherencia, no es, sin embargo, inútil tomar, en sus propias dificultades, a los filósofos que teologizan. Este declara que la inteligencia creadora i soberana es omnipotente i omnisciente, de modo que el mas ligero desórden trastornaria el plan jeneral; i despues de esta declaracion echa a nuestra culpa nuestra ignorancia, nuestras locuras i nuestros vicios. Bajo el punto de vista científico, las calamidades que aflijen al mundo son el resultado de la ignorancia del hombre i no de la intervencion divina. Es menester no atribuir a Dios lo que es debido a nuestra propia locura, a nuestros propios vicios. Es menester no calumniar al Ser Supremo, esencia de toda sabiduría i de toda misericordia imputándole las miserables pasiones que nos ajitan, siendo capaz de jurar, de celos, de venganza, i suponiendo que su sola alegría consiste en agravar los sufrimientos de la humanidad i en hacer mas penetrantes aun las miserias de la raza humana (tomo V, páj. 274).

La omnipotencia i la omnisciencia comprenden nuestros vicios, nuestros crímenes, nuestras desgracias; como, en la hipótesis de esta doble predeterminacion, seríamos responsables nosotros?

Dejo entregadas a sí mismas las contradicciones de su teología, e ignoro si él concebía la inmutabilidad de las leyes naturales, nocion espermental sin valor absoluto, con la omnipotencia divina i la suprema omnisciencia, nociones absolutas sin valor espermental. Pero lo que yo no ignoro, es que miéntras el principio de la inmutabilidad de las leyes naturales es el resultado de la esperiencia,

ésta misma, interrogada de cualquiera manera que sea ha respondido siempre que de ningún modo le era dado alcanzar lo supremo i lo absoluto.

Por mas que se quiera, por mas que se haga la ciencia no es otra cosa que la experiencia jeneralizada, i la filosofía no es sino la jeneralizacion de la ciencia.

3.—LA INGLATERRA I LA FRANCIA EN CUANTO A SU REVOLUCION SOCIAL.

En su luminosa i nueva esposicion de la faz revolucionaria, Comte ha presentado a la Francia, a partir de la segunda mitad del siglo dieziocho, como el centro de la conmocion que sacudió el viejo réjimen, i de la renovacion que cambió la sociedad.

La influencia europea de los innovadores franceses del siglo dieziocho, la revolucion francesa, que Buckle mismo considera como el acontecimiento mas importante, el mas complacido, el mas glorioso de la historia (tomo III, páj. 307); i por fin las consecuencias estables de esta revolucion que avanza siempre sin retroceder jamas: tales son los principales guias de la oposicion de Comte.

Bajo otro punto de vista, Buckle muestra a la Inglaterra como apreciando el tipo de la revolucion regular de la civilizacion; bien entendido que solo se trata de la civilizacion moderna. «La Inglaterra, dice, ha llevado durante estos tres últimos siglos este programa (el de un pueblo modelo) de un modo mas completo i mas feliz que cualquiera otra nacion. Nada diré del número de nuestros descubrimientos, del brillo de nuestra literatura, del éxito feliz de nuestras armas, objetos todos capaces de escitar la envidia; puede suceder, ademas que otras naciones nos nieguen estos méritos que talvez somos inclinados a exajerar. Pero yo establezco simplemente en principio que, de todos los paises de Europa, la Inglaterra es el único en que, durante el mas largo espacio de tiempo, el gobierno ha sido el mas positivo i el pueblo el mas activo; en que la libertad de la nacion se ha basado sobre mas sólidos fundamentos; en que todo hombre puede decir mejor lo que piensa i hacer lo que quiere; en que cada uno puede seguir su inclinacion i propagar sus ideas; en que, siendo casi desconocidas las persecuciones relijiosas, se puede

distinguir con claridad la corriente del espíritu humano circulando sin esas trabas que en cualquiera otra parte detienen su direccion; en que corra ménos peligro la heterodojia declarada i en que haya mayor número de no conformistas; en que se produzcan sin causar trastornos las creencias mas opuestas, unas al lado de otras, i en que surjen i desaparecen segun las necesidades del pueblo, no pudiendo nada contra ellas las veleidades de la Iglesia, ni injeriéndose para nada el Estado en sus prácticas; en que todas las clases, todos los intereses espirituales i temporales, estén mas entregados a sí mismos, en que esa doctrina vejatoria que se denomina proteccion ha recibido los primeros golpes, i en donde solo ha sucumbido; en donde, son accidentes raros las revoluciones i el despotismo, habiendo sido evitados estos extremos peligrosos que nacen de la intervencion, i en donde, siendo las concesiones la base reconocida de toda política, apénas han sido detenidos los progresos de la nacion por el poder de las clases privilegiadas, por la influencia de sectas particulares, i por la violencia de gobernantes arbitrarios» (tomo I, páj 261).

Este cuadro no tiene nada de exagerado, i él me agrada, en verdad; pues yo soi admirador de la Inglaterra, de su jénio, de sus obras, de su libertad. Por otra parte, ni Comte, ni Buckle están impregnados de ese patriotismo ignorante i estrecho que no conoce sino lo que ve, i que no glorifica sino lo que conoce; i uno i otro, como un jurado ha dado su veredicto con plena fé i conciencia histórica. Parece a primera vista que estas dos opiniones pueden marchar juntas sin chocar, pero un exámen mas prolijo no tarda en manifestarnos que existe entre ellas una dificultad notable. Si es verdadera la de Buckle, i la evolucion de la Inglaterra es el tipo moderno de la civilizacion, ¿cómo es que, en el último período, ella no ha ejercido la influencia preponderante en el desenvolvimiento comun? Si por el contrario, es menester creer a Comte i admitir que en el último período pertenece a la Francia la influencia preponderante, ¿cómo es que entónces, no presenta ella el tipo o al ménos porque está tan ajitado el tipo que ella nos muestra?

Yo tocaré este nudo de la discusion; pero ántes, hai tiempo para examinar las importantes consideraciones de Buckle sobre la última mitad del siglo diezisiete i sobre el reinado de Luis XIV.

Estoi tanto mas dispuesto a esponer estas consideraciones cuan-

to que yo participo de ellas, i cuyo principio he enunciado en diversas circunstancias (1). Ellos consisten en esto, que en lugar de considerar el reinado de Luis XIV como una grande era gloriosamente favorable al progreso de la Francia i a la evolucion jeneral de la civilización, es menester ver en él el paso de un monarca que siempre déspota i beato por último, imprimió a su gobierno un carácter desgraciadamente retrógrado.

Esto no es como se sabe, la opinion de Voltaire. El, que filosóficamente era tan estraño al espíritu de su siglo, era sin embargo, literariamente su adorador; i todo le perdonó a esa época merced al brillo de las letras. Este brillo fué mui notable i bajo muchos aspectos mui merecido.

Ved aquí las circunstancias. La España i la Italia, cuyas literaturas habian sido las maestras de la Francia, habiendo caído la una en el decaimiento, la otra en la mediocridad; la Alemania no habia dado todavia manifestacion alguna de sus obras; i Shakespeare i Milton no habian salido aun de su isla para dar la vuelta a la Europa. En este momento se levanta el astro de la literatura francesa, que brilló largo tiempo sin rival. ¿Quién no se imaginó en el siglo dieziocho, que en la edad precedente, habia sido agotado el tipo de toda belleza clásica? Entre tanto, para apreciarlo todo es menester ir mas léjos con la marcha de los acontecimientos. Vino la reaccion; no fué desconocido el jénio de Shakespeare, i comenzó a aparecer la Alemania. Esta estension del punto de vista para reducir a nada las lamentaciones de Voltaire sobre la decadencia del gusto i de las letras i para anunciar al arte frances del siglo diezisiete un lugar relativo, i no absoluto, como se creia Luis XIV, puso fin a los estados jenerales, e inauguró en Francia la monarquía absoluta. Es aficionado al mismo tiempo a la guerra i a las conquistas. Desde luego segun el rumbo de la política anterior a su reinado, combatió contra la España; pero mui luego su instinto lo llevó contra la Holanda, protestante i republicana; este mismo instinto fué el que lo hizo protector de Jacobo II i enemigo del príncipe d'Orange i del pueblo ingles, protestante tambien i que luchaba contra el poder absoluto. En fin, agravándose por la vejez sus propensiones políticamente malélicas, llegó a no querer que nadie pensase en su reino de una manera diversa a la suya en materia de relijion, i castigó con el destierro,

(1). Véase particularmente un artículo del *Journal des Savants*, noviembre de 1867.

con la confiscacion, con las galeras con la horca a aquellos protestantes que rehusaban abjurar su fé al mandato del principe.

Segun Buckle, este reinado no ha podido pesar sobre la nacion sin oprimir i retardar el espíritu; i es esto lo que él se empeña en poner en claro: «La impulsión inmensa dada por las administraciones de Richelieu i de Mazarino a los ramos mas elevados de la ciencia fué súbitamente paralizada. En 1665, Luis XIV tomó las riendas del gobierno, i desde esta época hasta su muerte, en 1715, la historia de la Francia es nula en los anales de la Europa, bajo el punto de vista, de los descubrimientos. Descartando toda idea preconcebida sobre la gloria supuesta de este siglo, i poniendo toda sinceridad en nuestro exámen, encontramos por todas partes escasez de pensadores orijinales. Habia abundancia de lo que es elegante, atrayente. Los sentidos de los hombres fueron lisonjeados, encantados por la creacion del arte: hubo cuadros, palacios, poesía; pero apénas si se agregó algo a la suma de los conocimientos humanos. Es universalmente admitido que los que cultivaron en Francia, con mejor éxito, durante el siglo diez i siete, las matemáticos, i esas ciencias mistas a las cuales ellas se adaptan, fueron Descartes, Pascal, Fermat, Gassendi, Mersenne; pero está muy distante Luis XIV de merecer el honor que se le atribuye; pues, estos hombres eminentes habian comenzado sus descubrimientos científicos cuando el rei estaba aun en la cuna, concluyeron sus trabajos ántes que hubiese tomado posesion del poder. (tomo III. páj. 49).—I mas adelante: en fisiología, en anatomía, en medicina, en vano buscamos (bajo Luis XIV) hombres a la altura de aquellos que en los siglos precedentes habian sido el honor de la Francia. El descubrimiento mas importante que entónces fué hecho por un frances es el del depósito del quilo, descubrimiento que si nos atenemos a una grande autoridad médica (Sprengel), no es inferior al de la circulacion de la sangre por Harvey. Pero, este paso importante que con placer se hace figurar en el siglo de Luis XIV, no fué sin duda debido a su graciosa bondad; i seria difícil, aun, decir como ella pudo influir en algo, pues este descubrimiento fué hecho por Pecquet, en 1647 cuando el gran rei no tenia sino nueve años... Fué aquella una época de paralización; i, durante tres jeneraciones los franceses no se ocuparon mas de tan importantes cosas. No escribieron tampoco ninguna obra que se pudiese leer en nuestros dias, no hicieron ningun descubrimiento, i parecen haber perdido todo su valor, hasta el renacimiento

de las ciencias que tuvo lugar en Francia en la mitad del siglo XVIII (tomo III, páj. 55).

Esta ojeada, buena para manifestar que, en Francia, fué el siglo diez i siete para las ciencias i la filosofía, una época fecunda ántes de Luis XIV, estéril despues de él, cae en un exeso que es menester rectificar. Pues, si de ese modo habian sido estinguidos el pensamiento, la ciencia i la filosofía, ¿cómo se explica entónces que poco tiempo despues de la muerte del orgulloso monarca, haya adquirido la Francia la posicion eminente que hizo de ella el centro del espíritu filosófico e innovador?

Recuerda Buckle que en el siglo XVIII asistia en Paris un enorme jentío a las reuniones científicas; no era suficiente para contener su auditorio aquellas salas i anfiteatros en que se esponian las grandes verdades de la naturaleza. (tomo III, páj 291). Esto es efectivo; pero de ello no se deduce que el siglo XVII haya sido indiferente a los estudios científicos; la sociedad, la sociedad elegante se interesaba vivamente en ellos.

Boileau nos pinta:

Cette savante.

Qu'estime Roberval, et que Sauveur frequente
 D'où vient qu'elle a l'oeil trouble et le cint si terni
 C'est que sur un calcul, diton, de Cassini,
 Un astrolabe en main, ella a, dans sa gouttiere,
 A suivre Júpiter passé la nuit entiere.
 Gardons de la troubler. Sa science, je croi,
 Aura pour l'occuper ce jour plus d'un empleoi:
 D'un nouveau microscope on doit, en sa presence,
 Tantôt chez Dalancé faire l'experience,
 Puis d'une femme morte avec son embryon,
 Il faut chez du Verney voir la dissection.

Boileau no exajera; du Verney, era, dice Fontenelle un célebre anatomista a quien un cierto número de señoras oian con curiosidad. «A medida, continúa el autor de tan ingeniosos i admirables elojios, que él llegaba a estar mas a la moda, mezclaba allí la anatomía, que encerrada hasta entónces en las escuelas de medicina o en Saint Cime, osaba manifestarse ante el mundo elegante, que iba allí por su propia voluntad. Recuerdo haber visto algunas personas de alta sociedad que llevaban consigo piezas secas prepara-

das por él, para tener el placer de mostrarlas a los demas, sobre todo cuando ellas pertenecian a los objetos mas interesantes. Las ciencias no tratan de conquistar el universo, ni lo pueden, ni lo deben; llegan a su mas alto grado de gloria, cuando los que no están unidos a ellas las conocen, sin embargo, suficientemente para apreciar su valor i su importancia.» I mas adelante agrega: «Cuando los que estaban encargados de la educacion del Delfin trataron de darle conocimientos de física, se honra a la Academia sacando de su seno los que deberian llenar esta mision, i éstos fueron Roerner para las experiencias jenerales i du Verney para la anatomía. Este arreglaba sus preparaciones en Paris, i las trasportaba en seguida, a Saint Jernan o a Versailles. Allí, encontraba él un auditorio temible: el Delfin, rodeado del duque de Montausier, del obispo de Meaux, de monsieur Huet, despues obispo d'Arraches, de monsieur de Cordemoi, todos los que, sin contar para nada sus títulos, aunque ellos hacen siempre su efecto, eran mui sabios i mui capaces de juzgar aun en aquello que les era nuevo. —Lo que allí se hacia volvía a comenzarse en casa de monsieur de Meaux con mas estension i mas en detalle.—Nuevos concurrentes se reunian allí, tales como el duque de Chevreuse, el P. de la Chaise, Mr. Dodert, a quienes atraía allí su gusto i que se sentian dignos de figurar en esas reuniones. Mr. du Verney fué de esta suerte durante mas de un año, el anatomista de los cortesanos, conocido de todos, i como el amigo de los que tenian mas mérito. Creo, pues, que Buckle ha violentado los hechos i las influencias, cuando acusa al reinado de Luis XIV de haber contenido el vuelo científico; i, sí, en Francia, la segunda mitad del siglo XVII es ménos brillante en este jénero que la primera, i si en ella no hubo persona alguna que se pueda parangonar con Descartes, Fermot i Pascal, hubo sin embargo, como se puede ver en estos elojios de Fontenelle que acabo de citar una série de nombres distinguidos, sino brillantes, que mantuvieron íntegra la fuerte tradicion de la ciencia.

No desconozco por esto la accion deletérea del doble despotismo político i relijioso combinados para comprimir el vuelo moderno del espíritu humano; testigo de esto es la España. Segun Buckle, esta combinacion de los dos despotismos no fué allí la causa de la opresion mental, sino el efecto de una condicion de espíritus que la hizo posible. No es esta mi opinion.—La batalla de Villaler, que, en 1521 anonadó las comunas i destruyó las libertades espa-

ñolas, llegó a ser una desgracia irreparable bajo el cetro hábil i terrible de Carlos V i de Felipe II; mientras que la reunion de los dos despotismo, en las manos ya caducas de Luis XIV duró apenas una treintena de años. Por otra parte, la segunda mitad del siglo XVII fué una época en que el pensamiento i la ciencia, singularmente fortificados, eran mas capaces de resistir a las tempestades que cien años ántes. Si hubiera existido para la España estos cien años de desenvolvimiento, no habria sucumbido como no sucumbió la Francia, bajo la alianza homicida del trono i de la inquisicion.

Ya he manifestado en otra parte (1) que clase de heridas infligió Luis XIV a la Francia, i como se hirió él mismo en su dinastía i en la persona de sus descendientes. Este es el momento oportuno de recordarlo. Despues de haber recordado la célebre inectiva de La Bruyere contra el príncipe d'Orange que destronó a Jacobo II i su espanto al ver ligados los Estados de Europa, no contra el usurpador, sino contra Luis XIV, defensor del príncipe lejítimo, continuaba así: «Es menester aclarar lo que a la época del reinado de Luis XIV, ni La Bruyere, ni se puede decir, ninguno de sus compatriotas, estaban en estado de concebir, i mostrar que todo ello no solo fué natural i esplicable, sino tambien justo, de esa justicia que las faltas graves i acumuladas concluyen por provocar. La Francia perseguía el protestantismo hasta estinguirlo en su territorio, i se declaraba como su enemigo en Europa, renunciando a la única política a la vez razonable o humana, la de Enrique IV que daba el edicto de Nantes, la de Richelieu, que despues de haber vencido a los rebeldes, no les atormentaba sus conciencias, la de Mazarino, que cuando los necesitaba ponía a los jefes calvinistas a la cabeza de las tropas. En consecuencia, todo el protestantismo se habia revelado contra Luis XIV, i el lastimoso espectáculo de tantos fujitivos, i las relaciones aun mas lastimosas de una desapiadada persecucion, habia exaltado hasta la violencia la opinion protestante. La Francia tomaba el partido de Jacobo II, negaba a los pueblos el derecho de cambiar sus gobiernos, intervenía en Inglaterra para sostener la autoridad absoluta, i con esta conducta irritaba contra ella la Inglaterra i todo lo que avanzando el tiempo, habia de llegar a constituir el partido liberal europeo. Por último la Francia, militar, agresiva, con-

(1) Journal des Savants, año 1867, páj. 671.

quistadora habia inquietado a sus vecinos; i su ambicion hacia que se coaligaran contra ella los príncipes católicos a quienes la persecucion de los protestantes i la intervencion de la autoridad absoluta habia mantenido impasibles. Es por esta razon que el emperador de Alemania olvidaba al Turco para atacar al rei cristianísimo. Lo que sobre todo caracteriza i hace condenar la política de Luis XIV es que él haya sido el enemigo de las grandes ideas que debian triunfar: la libertad relijiosa i la libertad política. La Inglaterra i la Holanda se pusieron a la cabeza del movimiento; i el siglo diez i ocho francés, que debió ir mas léjos, fué allá en busca de lecciones. Los reveses definitivos de Luis XIV aseguraron la independenciam de la Europa, prepararon la libertad de conciencia, consagraron el derecho popular i fueron útiles, en definitiva, a la misma Francia, pues, hicieron que este reinado, tan brillante al principio, tan desastroso al fin, perdiese el prestigio de la fuerza i de la victoria, se estinguiese en la impotencia i en la ruina, i no pudiese resistir a nada. Habria sido menester otros personajes que el Rejente i Luis XV para dirigir el torrente que todo lo inundaba, i ya se sabe con que terribles violencias, el espíritu nuevo i la Francia, castigaron en los desgraciados descendientes de Luis XIV el contrasentido cometido por este monarca.»

Buckle hace notar con sagacidad i con justicia que la Inglaterra ha precedido a la Francia en la via del descubrimiento en cerca de una jeneracion, i que, cronológicamente hablando, ha habido entre las dos comarcas la misma proporción que existe entre Bacon i Descartes, Hooker i Pascal, Shakespeare i Corneille, Massinger i Racine, Ben-Johnson i Molière, Harvey i Pecquet. Deduce de esto que, *segun los principios mas triviales del razonamiento inductivo* (tomo II, páj 197), este atraso es ocasionado por el retardo en el desprendimiento de la ciencia teológica, i que los franceses se desarrollaron ménos porque creian mas.

Para que los principios del razonamiento inductivo sean aceptables, es menester que sean bien aplicados. En este caso no es esto lo que sucede; pues, es incompleta la enumeracion de los hechos sobre que debe descansar la induccion para que sea concluyente. No es solo la Inglaterra la que a este respecto, precede a la Francia; es tambien la España, cuyo brillo durante el siglo diez i seis, es reconocido por todos; i es la Italia cuya anterioridad remonta hasta el siglo catorce. I no se dirá, por cierto, que estas

comarcas aventajaron a la Francia porque creian ménos que ella. Es otra la razon de la superioridad de la Italia, de la España, i de la Inglaterra: hace tiempo que yo la indiqué, apoyándome por una parte en mis estudios sobre la edad media, i por otra, en la filosofía positiva i concepcion jeneral de la historia. Hé aquí cual ha sido el desenvolvimiento relativo de estas cuatro naciones, i su papel en el progreso del pensamiento occidental. En la primera época de la edad media i del período feudal, es la Francia la que ocupa el primer rango; imajina, crea, i toda la Europa recibe inspiraciones de su literatura; en esta época la Inglaterra no tiene todavía una lengua, pues su idioma para llegar a constituir el inglés, lucha aun entre el anglo-sajon i el frances que ha sido introducido por la conquista normanda. Pero llega el siglo catorce, se descompone el feudalismo i ya decae lo que él inspiraba i pasa en breve la preeminencia a la Italia en manos de Dante, de Petrarca i de Bocacio; brilla todavía durante los siglos quince i diez i seis; i ya se sabe que ella juntamente con la España, fué en el siglo diez i siete la inspiradora del espíritu frances. La España, que habia salido victoriosa de los moros, se ensanchó tambien en este momento i dió al mundo los Calderon, los Cervantes, los Lope de Vega. Por fin, la Inglaterra, cuyo lenguaje se ha formado durante el siglo XIV i perfeccionado en el siglo quince por Chaucer i por los otros imitadores de las viejas producciones francesas, está preparada para tomar un alto rango; i es así como Shakespeare precede a Corneille; pues la Francia no entra en la gran competencia hasta el siglo diez i siete. Despues sucede que se debilita la Italia, en donde la division de territorio es la causa de su languidez i su opresion, i que la España es degollada por sus inquisidores i sus reyes; entónces la preeminencia solo está en manos de la Inglaterra. Bajo este impulso ella hace sus dos revoluciones; la Francia termina entre tanto su siglo diez i siete sin conocer la Inglaterra, ni literariamente (pues ignora la existencia de Shakespeare) ni científicamente (pues obedece a Descartes i rechaza a Newton), ni políticamente (pues se espanta de las novedades revolucionarias); pero, al dia siguiente, es decir, en el siglo diez i ocho, ella toma una iniciativa filosófica i social que sacude profundamente a la Europa.

Esto me encamina directamente a lo que mas arriba he llamado un miedo en la evolucion que se verifica actualmente. Despues de haber deplorado que los filósofos del siglo XVIII, atacando al

clero, hayan atacado la religion, tratando de minar los fundamentos del cristianismo, i producir así un funesto efecto sobre la Francia (tomo III, pájina 120), Buckle agrega: «Nosotros los ingleses, no querriamos, no nos atreveriamos a jugar con estas verdades cardinales que son completamente independientes de esta institucion (el clero); verdades que consuelan el espíritu del hombre, que lo elevan mas allá de las impresiones del momento, i que hacen penetrar en él esas elevadas aspiraciones que, mostrándole su propia inmortalidad son la medida i el síntoma de una vida futura» (tomo III, pájina 122).

Buckle ha dicho la palabra; los ingleses no se atreven, o al ménos no se atrevian poco há, a entrever la situacion mental i social del puro réjimen positivo; a lo mas ellos llegaban a confundir la religion con el clero. Hace cuarenta años, el libro de Comte no habria podido ser concebido, ni compuesto, ni publicado en Inglaterra. Para producirlo es menester el terreno que preparó atrevidamente la revolucion francesa, inspirada por el soplo de esos filósofos a quienes acusa Buckle de haber traspasado el círculo tradicional. Todo se relaciona, i el réjimen positivo no ha aparecido aun, en estos lineamentos filosóficos, sino donde la palabra i los hechos se habian medido en pleno dia con la antigua teología.

Adelanta el réjimen positivo, retrocede el réjimen teológico: hé aquí lo que llega a ser manifiesto. Es, pues, un desconocimiento completo de la ciencia, de la historia i de la filosofía, el pretender detener a medio camino este crecimiento i este decrecimiento; es menester o ir hasta el fin o volver a no sé qué punto de partida. Hai dos tendencias que se dividen el espíritu moderno; segun la una, las cosas están gobernadas por una providencia, dejando a un lado, como insoluble la cuestion del orijen de estas leyes: segun la otra ellas están gobernadas por las leyes naturales. La conciliacion propuesta por muchos, i entre otros por Buckle, consiste en mantener la providencia i rechazar el milagro. Pero esta conciliacion no es aceptable, puesto que ella implica dos términos que no son de la misma naturaleza, el uno de estos términos, el abandono del milagro, es experimental; el otro la admision de una causa sobre natural es subjetivo. El carácter esencial, definitivo del réjimen positivo consiste en abandonar lo subjetivo i abrazar tan solo los experimentos.

Después de esto, importa mucho examinar si es en Inglaterra donde se desarrolla mejor la marcha normal de la sociedad i las libres operaciones de las grandes leyes que rijen finalmente la fortuna del mundo (tomo I, páj 266). «Quiero contar dice Buckle, con todos los detalles de que son dignos, los elevados hechos de esta grande i gloriosa nacion a la cual me honro en pertenecer. Es a este pueblo ingles tan noble, tan libre, tan magnánimo, al que están íntimamente unidas mis simpatías; i es en él donde se encuentran naturalmente mis afecciones; i es a su literatura, a su ejemplo a quien yo reconocidamente debo cuanto sé; i el deseo mas ardiente, mas sagrado de mi corazon es el de conseguir escribir su historia i desenvolver las faces sucesivas de su inmensa carrera hasta el punto en que sea capaz, i ántes que mis facultades comiencen a debilitarse.» (tomo V, páj 38).

Acepto el valor del patriotismo, i querria quitar una sola palabra a este magnífico elogio. Pero, no por esto, estoi ménos convencido que el tipo de la civilizacion occidental no ha sido dado por un solo pueblo, sino que él existe en ese conjunto de naciones que, desde la edad media, gravitan en la misma órbita social, política, moral e intelectual. Por lo demas esta teoría de la solidaridad mas o ménos simultánea de las cinco grandes naciones occidentales, Alemania, España, Francia, Inglaterra, Italia (nombrándolas en el órden alfabético), ha sido espuesta por primera vez por Comte.

Ya es tiempo de cerrar, con un resúmen, este largo trabajo sobre el libro de Buckle. Lo único que me importa es que viene a mostrar la conexión que existe entre la insuficiencia de sus miras en cuanto al órden de la historia, i la insuficiencia de sus miras en cuanto al órden del mundo. Desde que, estableciendo sea sobre la fé teológica (no obstante la historia para quien toda revelacion es una leyenda), sea sobre la fé de la psicología metafísica (no obstante la biología que ha reducido a la nada las ideas necesarias, sus consecuencias ontológicas), desde que, digo, estableciendo sin justificación espermental, fuera del mundo una causa del mundo, él hace de esta nocion el principio del órden intelectual i moral, i que su espíritu no puede percibir en su plenitud el réjimen positivo, desde entónces, él disminuirá inevitablemente las condiciones de la historia para acomodarlas con la concepción media que le satisface. Querrá leyes en historia, pues es mui avanzado para dejar de quererlas; pero las arreglará de tal modo que jamás encuentren el ré-

jimen positivo, pues conserva nociones que están fuera del dominio experimental, o científico, (estas expresiones son idénticas). El libro de Buckle habria tenido una grande importancia si hubiese venido ántes que el de Comte; pero él no habria venido. Habiéndole seguido no tiene sino una importancia secundaria. No miro, sin embargo, con desden los servicios de los semi-positivistas, son encaminadores.

LIBROS LIBRERIAS

AL SEÑOR DON PEDRO VARELA

RECUERDOS LITERARIOS.

AL SEÑOR DON FEDERICO VARELA.

Cumplo un grato deber, estampando este nombre al frente de un escrito que está destinado a recordar sucesos que han influido en el movimiento literario de Chile; pues el señor Varela es, entre los grandes capitalistas que representan el progreso industrial, el único que ha tenido la feliz inspiración de asociarse a aquel movimiento, auxiliando con su dinero a una de las sociedades que lo han mantenido i fomentado.

Si su noble jenerosidad no ha necesitado estímulos, ni recompensas, es justo, a lo ménos, que dé testimonio de ella quien con verdadera sinceridad la ha agradecido.

Santiago, 12 de febrero de 1878.

J. V. LASTARRIA.

PRIMERA PARTE.

1836-1840.

I.

Llama siempre la atención de los historiadores contemporáneos el movimiento literario que se operó en 1842 entre nosotros, i con razon lo consideran como el impulso inicial del portentoso progreso que han hecho las letras en Chile durante los treinta i cinco años que nos separan de aquella fecha memorable.

Aquel impulso se ha dilatado en círculos regulares i concéntricos, como si la intelijencia fuese un océano, cuya superficie hubiera recibido un choque en sentido vertical. En 1812, en el mar de las Antillas, cayó en las primeras horas de una noche un inmenso aereolito, un asteroide que iluminó el horizonte como el sol, penetrando en la atmósfera con un fragor aterrador i dejando una cauda de muchos grados que señalaba su carrera todavía un cuarto de hora despues que se habia hundido en la inmensidad del golfo. Pasadas algunas horas, la oleada, que se habia dilatado en círculos sucesivos desde el punto en que las aguas habian recibido el choque, alcanzó a las fortalezas de Cartajena, subiendo contra las murallas a una altura admirable, i causando en las embarcaciones los efectos de una tempestad. Es parecido el fenómeno que un golpe de entusiasmo patriótico, en 1842, produjo en la intelijencia del país, con la diferencia de que las oleadas que hasta hoi van sucediéndose no terminarán, mientras aquella intelijencia no sea limitada por las barreras del despotismo o de la esclavitud del espíritu.

Con todo, los historiadores contemporáneos no son en jenera exactos al describir aquel movimiento literario. La crónica de los sucesos no es útil, ni sirve a sus fines, si no es exacta. Antes bien, si no estravía a los historiadores futuros, les impone un ímprobo trabajo para rastrear la verdad. Puede un suceso ser mirado de distinto modo por los contemporáneos, i puede ser juzgado tambien con distinto criterio; pero el hecho es el hecho, i al narrarlo no es permitido alterarlo, ni atribuirlo a causas o personas que en él no han figurado, ni dar la responsabilidad o la gloria que de él se desprendan a quienes no corresponden.

¡I todo eso es precisamente lo que sucede, siempre que se recuerda el punto de partida de nuestro progreso literario. En obras ligeras, destinadas a pasar como las hojas de otoño, puede estamparse, sin peligro, un recuerdo sin hacer investigacion, ni aun reminiscencias; pero si se hace lo mismo en una obra séria, la rectificacion es un deber, cuyo cumplimiento, en vez de ser ofensivo, debe ser agradable al que la ha provocado.

Una obra de este jénero, la *Historia de la Administracion Errázuriz*, es la que nos ha inspirado esta reflexion, i deseando rectificar sus datos, vamos a compajinar nuestras memorias literarias, para presentar nuestro testimonio en el proceso de la historia del progreso intelectual de Chile. En la notable reseña del movimiento de los partidos, desde 1823 hasta 1871, que sirve de introduccion a la obra, el autor da un carácter popular al movimiento literario de 1842, suponiendo que, «la jóven sociedad independiente comenzó a contemplar con deleite su propia imájen en las primeras producciones de una literatura lozana i vigorosa;» que aparecieron en el *Semanario*, cuya publicacion atribuye, no a su fundador, cuyo nombre olvida, ni aun a sus verdaderos autores, sino a algunos de sus colaboradores i a personas que ninguna parte tuvieron, como la señora Marin de Solar, don Carlos i don Juan Bello, i don Francisco de Paula Matta, a quien tambien atribuye una parte activa en el movimiento literario, suponiéndolo redactor del *Semanario*, el señor don D. Arteaga Alemparte, en la biografia que escribió de este interesante jóven, muerto desgraciadamente en los primeros albores de la vida.

Ambos escritores, como otros varios, atribuyen aquel movimiento al *Semanario*, prescindiendo en absoluto de los escritos anteriores a este periódico que lo produjeran; i lo cierto es que ni aquel movimiento fué popular, ni fué la obra del *Semanario*, el cual resultó de un impulso anterior, sin que alcanzara a tener siquiera un número de lectores suficiente para costear su publicacion; ni la sociedad pudo contemplar su imájen en las producciones de una literatura lozana i vigorosa, que todavía no podia existir, sino en ensayos meticulosos i sin arte. Mucho ménos es posible atribuir aquel impulso, calculado por el patriotismo de unos pocos, i continuado con tezon, a la memoria que se conservaba de la época de los ensayos del sistema representativo, i a la influencia de las instituciones científicas que ántes de 1830 habian despertado las almas juveniles, como lo supone el autor de aquella *Historia*. Tiene razon

el autor para afirmar que entónces apénas se sentía respirar a nuestra sociedad, aunque «el abatimiento i postracion de una nacion no son jamás tan completos como quisieran los sacerdotes de la doctrina autoritaria;» pero no tiene datos históricos para creer que aquel movimiento fuera la obra de influencias, que entónces habian dejado de existir, ni la de las «fuerzas o elementos que en su inmovilidad habia acumulado poco a poco la nacion para rehacerse;» pues ni habia tal acumulacion, ni la sociedad se rehizo, sino que aun resistió durante muchos años a rehacerse, i talvez resiste todavía.

El movimiento literario de 1842 no tuvo orijen en influencias sociales, ni en hechos históricos anteriores, i sobrevino como una reaccion casi individual, que tuvo que preparar por sí misma i sin elementos el acontecimiento que iba a producir, al traves de todo jénero de dificultades políticas i sociales. Si así no fuera, si los antecedentes sociales hubieran preparado el movimiento, la accion individual que lo impulsó habria sido espedita i no habria encontrado embarazos en su camino. Por eso es que aquel acontecimiento se ha paralizado muchas veces, i solo ha tenido una existencia intermitente, hasta que, en el decurso de treinta i cinco años, se ha ido consolidando poco a poco nuestra sociabilidad, a medida que ha ido tomando su curso normal la cooperacion espontánea de los elementos sociales, mediante la práctica de la libertad. Entónces ha aparecido una sociedad, que aunque nueva todavía, tiene sentimientos e ideas, necesidades e intereses bastante bien definidos para buscar su espresion en una literatura insipiente, pero cuyos rasgos característicos se diseñan ya con claridad.

Por tanto no son importunas esas miradas retrospectivas que se echan a menudo a la época en que principia nuestro movimiento literario; i es de toda necesidad fijar con verdad su carácter histórico i el momento de su aparicion. Para ello es necesario recordar las primeras tentativas que se hicieron en 1826 para reformar los estudios, las cuales habian fracasado en los escollos de la vieja rutina, que a los diez años aparece otra vez triunfante al lado de la reaccion colonial que se habia entronizado con el partido retrógra, do en 1830. El año de 1836 es notable en nuestra historia por la parálisis intelectual i moral en que la situacion política nos habia colocado. Ese es el momento supremo de la crisis, i allí principia la convalecencia de nuestro espíritu, en la cual, por fortuna, tuvimos cierta accion, que nos autoriza para compajinar estas memorias.

Para los historiadores, como lo dejan entender claramente, para la jeneracion actual, que utiliza los esfuerzos de los últimos treinta años, será sin duda indiferente el conocer cual ha sido aquella accion; pero sea dicho con franqueza, el autor de estos recuerdos no puede ni debe aceptar esa indiferencia, porque aun cuando no tenga derecho a la gratitud de nadie, lo tiene para rechazar una mortaja que no quiere llevar, estando vivo—la del olvido. ¿Se tendrá a mal que no se olvide uno a sí mismo? Eso no ofende. Lo que molesta es que alguien tenga la candidez de estar siempre presente; pero no existe esa candidez cuando uno reclama el puesto que le corresponde contra los que se empeñan en dealojarle.

II.

Tomando por guia los datos históricos que consigna el señor Gay en el tomo VII de su *Historia de Chile*, el trabajo de organizacion de todos los ramos de la administracion que emprendió el gobierno del jeneral Freire en 1823 se aplicó preferentemente a la de la instruccion pública. El Instituto Nacional recibió una dotacion de 25,000 pesos anuales, para poder llenar las funciones de Instituto normal, que le atribuyó el senado éonsulto de 10 de junio de aquel año, a fin de que sirviera como de regla jeneral en la enseñanza pública i de modelo a todas las demas instituciones de instruccion que se iban a fundar.

El Instituto, que habia sido restablecido en 1819 por el gobierno de O'Higgins, i reorganizado por el señor Cienfuegos, gobernador del obispado, quedaba en 1823 colocado como un centro universitario, segun las leyes i reglamentos de estudios que se dictaron, el cual estaba dividido en tres secciones, una de instruccion científica, la segunda de instruccion industrial, i la tercera de un museo de instrumentos para el estudio de las ciencias esperimetales; i su reglamento especial, obra de don Juan Egaña, sometia su réjimen a la santa tutela del principio relijioso.

Ademas, un decreto de 10 diciembre del mismo año creó la Academia Chilena, la cual, como parte principal del Instituto, tenia tambien tres secciones, la de ciencias morales i políticas, la de ciencias físicas i matemáticas, i la de literatura i artes.

En 1824, con ocasion de la organizacion de los tribunales i juzgados, i de la promulgacion del Reglamento de justicia, se pres-

tó una atención mui preferente a los estudios legales; i la profesion de abogado llegó a ser, por el esmero con que se preparaba a los aspirantes, i por la importancia de los empleos de la administracion de justicia que se alcanzaban con aquel título, la que dió al Instituto Nacional la supremasía que las leyes i reglamentos habian querido atribuirle, dándole el carácter de universidad para cultivar otros estudios, que de hecho quedaron suprimidos.

Este hecho era un resultado natural de la nueva organizacion de la administracion de justicia, que con tanto ahinco habia reclamado la opinion pública de aquellos tiempos, como la satisfaccion de una urgente i suprema necesidad. La administracion O'Higgins no habia podido dar cima a esta empresa, i aunque habia suprimido algunos de los muchos tribunales escepcionales que existian, dejó en pié, con ligeras alteraciones, la organizacion i los procedimientos judiciales de la época colonial, con todos sus defectos i dilaciones. Para asegurar el cumplimiento de las leyes patrias, que los abogados trataban de eludir, siempre que convenia a su plan de defensa, invocando las antiguas leyes españolas, se les habia impuesto entónces la pena de suspension de su oficio, para el caso en que incurrieran en esta falta; pero no se habia conseguido tal propósito; i con el objeto de reprimir los ataques a la propiedad, que se repetian con alarmante frecuencia, un decreto del Director supremo delegado, don Hilarion de la Quintana, habia impuesto la pena de muerte a todo individuo que robara un valor mayor de cuatro pesos, i la de 200 azotes i seis años de trabajos forzados, si el valor era menor, bastando para ello un juicio militar sumarísimo. Poco despues, suprimido el tribunal militar, se ordenó que los alcaldes aplicaran aquellas penas, prescindiendo de las fórmulas ordinarias de sustanciacion criminal, con solo una sumaria informacion, que debia someterse en revista a la cámara de justicia, la cual tenia que despachar el negocio en el mismo dia.

Esta arbitrariedad, establecida como un órden normal, era la que alarmaba a los patriotas de 1823; i aunque los ataques a la propiedad no habian disminuido, i por temporadas, como sucede siempre, se multiplicaban con una osadía i una frecuencia irritantes, aquellos lejisladores daban mas importancia, que a la severidad penal, a la organizacion de una sábia administracion de justicia, que uniese a la prontitud i rectitud del procedimiento, las garantías suficientes para poner término a la arbitrariedad; al revés de lo que han pensado cincuenta años mas tarde los lejisladores que

en 1876 han vuelto al sistema del Director Quintana, para castigar el robo.

De todas las reformas que por aquel tiempo se realizaban, la judicial era la mas importante, pues como que afectaba tan inmediatamente a los intereses individuales, era la que con mas insistencia i enerjia reclamaba la opinion pública. Esta circunstancia, por una parte, i el hecho de que la nueva organizacion del pais independiente se debia i tenia que deberse a los letrados, mas que a los militares que habian asegurado la independencia, dieron a la profesion de abogado tal preeminencia, que no solo se miró como la única i la mas envidiable, sino que se dió de mano a todos los planes que se habian ideado para establecer la instruccion pública sobre otra esfera mas ancha i comprensiva. Así el Instituto Nacional llegó a quedar reducido a una escuela de derecho, i en lugar de la Academia Chilena, que por decreto de 1823 completaba su organizacion, se restableció la antigua Academia de práctica forense, la cual quedó definitivamente constituida en 29 de enero de 1824 i continuó funcionando, segun sus estatutos, hasta que hace poco tiempo fué suprimida, i reemplazada por una clase ordinaria de la Universidad, sin ninguna ventaja por cierto.

Tal era la situacion en 1826, pero los estudios legales i los de gramática latina i de filosofía, que les servian de preparacion, no habian adelantado un paso sobre el plan i formas con que se hacian durante la colonia; i este atraso, tan contrario a las aspiraciones de los que habian intentado la reforma de la instruccion pública, era una condenacion mortificante de sus esfuerzos. El historiador ántes citado consigna este hecho de la manera siguiente: «Aunque el programa (del Instituto) dice, era mucho mas estenso todavía, no satisfacía completamente la avidez de todos aquellos jenerosos patriotas. Las clases se resentian siempre de ese perfume escolástico de la edad media, cuyo método de enseñanza estaba sobrecargado de cuestiones ociosas i a veces ridículas; i se queria introducir en ellas una direccion mas conveniente i mas en armonía con el espíritu moderno. Con este objeto, trató el Gobierno de colocar al frente del Instituto a una persona cuyos estudios se hubieran hecho en esa direccion intelectual, e hizo venir a Mr. Charles Loziér, ocupado a la sazón en levantar el mapa jeográfico de Chile.»

El gobierno del jeneral Freire habia traído de Buenos Aires a este sábio frances para encargarle la direccion de la seccion de

instruccion industrial, que se habia intentado plantear en el Instituto; mas como el viaje científico encargado a Mr. Dauxiau Lavaysse no habia dado el resultado pronto que se esperaba, se aplazó la ejecución de aquella reforma en los estudios, i se substituyó a Lavaysse por Lozier.

Lavaysse tenia el encargo de estudiar la historia natural del país, i de formar su estadística, señalando los rios navegables, los lugares convenientes para el establecimiento de fábricas, los puertos, canales i caminos, que deberían abrirse para facilitar el comercio, los medios de fomentar la agricultura i los terrenos adaptables para el cultivo de las primeras materias de la industria; i como despues de la primera escursión que hizo al norte, no presentó inmediatamente los resultados, se le creyó incapaz, i perdió su empleo, quedando siempre en el país, hasta que en 1829, viviendo en el Liceo de Mora, donde habia hallado albergue, los alumnos le vimos muerto una mañana, en su propio lecho, despues de algunos dias de enfermedad.

Mr. Lozier recibió en 20 de diciembre de 1823 la misma comision, con el encargo de construir el mapa jeográfico de Chile, teniendo por colaborador al coronel de ingenieros don Alberto D'Albe, a quien se comisionó particularmente para levantar la estadística militar, demarcando las localidades propias para la defensa del país. El señor Gay juzga que con la esperiencia de lo sucedido a Lavaysse, Mr. Lozier hizo mal en comprometerse en la ejecución de detalles que exigian un gran número de años, sin la esperanza de desempeñar su tarea a satisfaccion de los muchos chilenos que creen que pueden hacerse con perfeccion i en poco tiempo trabajos de observacion, como estos, que son siempre largos, i difíciles, i los cuales por lo comun están mui léjos de poder compensar los grandes sacrificios pecuniarios que ocasionan. Si el historiador que así piensa ha sido víctima de semejante exigencia irreflexiva e infundada, apesar de su asidua consagracion al estudio de la historia natural de Chile; i si lo es ahora mismo el sábio Pissis, a quien no han bastado veintiocho años para dar perfeccion a la grande obra que habia tomado a su cargo Mr. Lozier en 1823, ya se puede calcular el desengaño en que habrian caído en 1826 los gobernantes que se imaginaron realizar en breve tiempo los estudios científicos que necesitaban para conocer a su país, cuando veian que en los tres años trascurridos no se habia hecho mas que iniciar tan alta empresa.

Por eso fué que la dieron de mano, i prefirieron utilizar a Mr. Lozier en la reforma de los estudios, para sacar al Instituto de los dominios de la rutina peripatética i ensanchar su esfera de accion, como ántes se habia pretendido por el senado consulto que le dió el carácter de establecimiento normal de instruccion universal. Don José Miguel Infante, que era el que con mas intelijencia i con mas espíritu innovador habia procurado levantar la instruccion pública, fué el que operó este cambio; pues, como reemplazante del jeneral Freire en la suprema majistratura, reorganizó el Instituto en 20 de febrero de 1826, entregando su direccion a Mr. Lozier, i autorizando al nuevo rector para hacer todas las innovaciones i reformas que juzgara convenientes, para plantear nuevos métodos de enseñanza, i establecer la palicia mas adecuada al aprovechamiento de los alumnos.

Mr. Lozier era sin duda el hombre mas apto, en aquellas circunstancias, para realizar el pensamiento del decreto del Director supremo interino. Desde luego mostró que su aspiracion era dar a la instruccion una base positiva, planteando un curso completo de ciencias matemáticas i físicas, que fuera obligatorio para todos los estudiantes, incluso los que se dedicaban a la carrera forense, a quienes se hacian algunas clases de ciencias, en cierta estension adecuada para ensanchar la esfera de sus conocimientos. Al mismo tiempo se consagró a la reforma del plan i de los métodos de enseñanza de los estudios de humanidades i de derecho; i despues de los primeros resultados favorables que obtuvo en el curso de ciencias, que él mismo rejentó desde marzo de 1826, organizó, con los alumnos mas adelantados i los profesores, una sociedad para estudiar i propagar los métodos elementales de instruccion que no eran conocidos en el país, i que convenia difundir para realizar una reforma seria en los estudios. Esta sociedad, inspirada por el entusiasmo de su director, se consagró con empeño a emancipar la enseñanza de la rutina manacal, que la esterilizaba, i emprendió la publicacion del *Redactor de la Educacion*, revista literaria de 16 páginas, compuesta de artículos traducidos o extractados sobre el tema que le servia de objeto, i de la cual se publicaron seis entregas hasta el momento en que terminó violentamente la tarea del rector innovador.

Los partidarios de la rutina, es decir, la jeneralidad de los hombres instruidos, se sublevaron con las innovaciones de Mr. Lozier i sus críticas i barlas contajaron a los colejiales, quienes, emanci-

pados del látigo, que habia sido abolido, i del tratamiento adusto de los dómines, tomaron por debilidad el trato familiar i afable del nuevo rector, i prestándose a sujestiones malignas, ejecutaron una rebelion de cuartel contra Mr. Lozier, i desorganizaron completamente el establecimiento.

M. Gay, lamentando el fracaso de la reforma, cree que si ella se hubiera establecido paulatinamente, i no en una forma tan jeneral i completa, habria podido completarse sin chocar; pero de todos modos establece que—«Desgraciadamente las ideas de Mr. Lozier respecto a la enseñanza, chocaban de frente i demaciado contra los usos inveterados, las costumbres, las tradiciones i memorias que constituian las tan temibles preocupaciones del país.»...

Con efecto, ellas triunfaron, pues el motin de los colejiales dió márgen al nuevo presidente de la República, señor Eizaguirre, para derogar, a fines de 826, el decreto de Infante, reorganizando el Instituto i poniéndolo bajo la direccion del representante mas rabioso de las tradiciones coloniales, el presbitero don Juan Francisco Meneses. Afortunadamente éste no pudo contener el movimiento iniciado por Mr. Lozier, destruyendo los preparativos ya hechos, los cuales facilitaron a los cooperadores de la reforma el establecimiento de nuevos cursos en 1827. Don Pedro Fernandez Gárfias inició la enseñanza del latin en lengua española, segun el método de Ordinaire; don José Miguel Varas i don Ventura Marin comenzaron a enseñar en la misma lengua diversos ramos de filosofía espermental; don M. C. Vial abrió cursos de derecho natural i de jentes i de economía política; i don Andres Gorbea reemplazó a Lozier en la enseñanza de las matemáticas puras i de la física.

Al año siguiente las ideas de la reforma de los estudios, que hasta entónces no habian sido formuladas sistemáticamente, fueron presentadas de una manera notable, que llamó la atencion, en el Plan de estudios del Liceo de Chile, que publicó don J. J. de Mora; i los jóvenes profesores del Instituto, con una emulacion honrosa, fueron los primeros que se ajitaron para conseguir que su establecimiento no se quedara atras, en la via de las inonaciones útiles, de aquel en que el nuevo plan habia sido planteado en 1829, i del colejio de Santiago que se fundó en 1830 para rivalizar con el Liceo.

Este movimiento se apagó en breve con la supresion de estas dos últimas instituciones i con el triunfo de la reaccion política

que se consolidó organizando un gobierno conservador, hasta que, en 1836, esta reaccion llegó a dominar todas las esferas de la actividad social.

III.

Antes de describir la situación intelectual de nuestra sociedad en aquel año de crisis, nos conviene reproducir aquí, por vía de nota ilustrativa, una rectificación de la historia de nuestros progresos literarios que publicamos en el *Ferrocarril* del 15 de febrero de 1871, en una carta dirigida a nuestro carísimo amigo i discípulo Benjamin Vicuña Mackenna.

Lleno de patriotismo este distinguido escritor, suele ser llevado a veces por su impetuosa facundia a tratar los hechos pasados con cierta inexactitud, que mas de una vez nos ha obligado a rectificarle, por los que a nosotros conciernen, no con el ánimo de inculparle, sino por el justo temor de que la autoridad de su palabra dé pasaporte a errores, que él sin duda no ha querido autorizar. Obedeciendo el fecundo escritor a ciertas corrientes de falsa opinión que se forman entre nosotros a favor de algunos nombres, mas por simpatía i afecto, que por concepto reflexivo e imparcial, atribuyó nuestra reforma literaria, en una de sus múltiples producciones, a influencias que no han existido, achacando a los verdaderos reformadores una acción distinta de la que han tenido; i este fué el motivo de la siguiente carta.

SEÑOR DON BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.

En una de sus *Cartas del Guadalete*, he leído que Ud. dice que: «por los años de 1840 a 1845 todo era español en Chile en materia de intelijencia, de estudios, de libros, de teatros; i que el insigne literato español don J. J. de Mora fué el que inició esta especie de *contrarevolucion intelectual* despues del trascendental trastorno de 1810, fundando en 1828 el memorable *Licco de Santiago*.» Haciendo la historia de esta desgraciada reaccion, sostiene Ud. que *Antonio Nebrisenis* i don José de Hermsilla eran nuestros reyes, despues de haber destronado a los Borbones, i que su desaparicion se ha debido a la *revolucion literaria* iniciada por el ilustrado Bello, acompañada de dos acontecimientos al parecer insignificantes, la llegada de los emigrados argentinos i el establecimien-

to de la carrera de los vapores del Pacífico. «No es posible ocultarlo,» esclama Ud., «la influencia de la literatura francesa nos emancipó de la rutina. Don Andres Bello, que no habia pisado un solo dia el suelo de la Peninsula, inició esta cruzada con sus textos de enseñanza tan brillantemente continuada por sus malogrados hijos»...

Nada mas inexacto que todo esto. Ud. ha hecho una invasion a la prusiana en la historia literaria de su país, como las que ha soñado hacer en su historia civil; pues precisamente don Andres Bello es el corifeo de la contrarrevolucion intelectual que Ud. atribuye Mora, i este es uno de los que en años anteriores habian iniciado la cruzada literaria que Ud. atribuye a don Andres.

Esa cruzada literaria principia, señor Vieuña, en 1826 con Mr. Lozier, sabio académico frances puesto entónces a la cabeza del Instituto Nacional. Es cierto que este sabio frances perdió en poco tiempo su puesto, porque los alumnos, acostumbrados a la férula, se revolucionaron contra el Rector que venia a tratarlos con dignidad i dulzura, pero afortunadamente en ese corto tiempo prendió la luz en las inteligencias elevadas de ciertos jóvenes distinguidos, que, merced a su posicion en el Instituto, pudieron continuar el movimiento impulsado por el noble académico. Así es que en 1827, ya se desterraba del Instituto al *Nebrisensis*, i don Pedro Fernandez Gárfias iniciaba la enseñanza del latin por Lhomond, publicando un librito de *Terminaciones Latinas*, sacadas del *Rudimento* de Shomond, segun el método de Ordinaire, su traduccion del método de enseñanza de las lenguas por J. J. Ordinaire, su librito de *Nomenclatura*, su *Manual del Monitor* o tabla analítica de las materias de gramática latina de Ordinaire, i su *Suplemento* a la segunda parte de la gramática latina del mismo.

Al propio tiempo, para desterrar al *Lugdunense* de las aulas, i el *Tractatus de Re lójica, methafísica et morali, pro filiis et alumnis Instituti Nationali Jacobo-Palitanæ erudiendis*, scribebat Joanes Egaña, don J. Miguel Varas publicaba en 1828 sus *Lecciones Elementales de Moral*, i a los pocos meses, en union de don Ventura Marin, ámbos profesores del Instituto, daban a luz sus *Elementos de Ideología*.

Este movimiento de la enseñanza en el Instituto Nacional, que no se limitaba al latin i a la filosofía, i que se estendia al estudio de la literatura por Hugo Blair, del Derecho Natural i de Jentes por Burlamaqui i Vattel, de la Economía política por J. B. Say

era paralelo con el que iniciaba en 1829, en el Liceo de Chile, don José Joaquín de Mora, i al mismo tiempo con el que fomentaban los franceses que fundaron en 1830 el colegio de Santiago.

Para que Ud. se persuada de que no es Mora el autor de la reaccion literaria española, no tiene mas que ver el *Plan de Estudios del Liceo*, en el cual por primera vez en Chile aparecen los estudios de humanidades divididos en cinco años i basados sobre los estudios científicos que dirigía don Andrés Antonio de Gorbea. Al mismo tiempo que se enseñaba gramática latina, no por Nebrija, sino por la gramática de Mora, el francés, la jeografía, la historia, la literatura francesa i la española, la gramática castellana, la filosofía, por las inmortales lecciones de Laromiguière, se enseñaban tambien las matemáticas, desde la aritmética hasta los cálculos diferencial e integral, la física, incluyendo la óptica, que en el día no se enseña en el Instituto, la química i la astronomía. Las lecciones de elocuencia i de literatura, las de gramática i jeografía, así como las de derecho, se hacian por textos escritos espresamente por el mismo señor Mora, que, habiendo completado su educación en Inglaterra, introducía por primera vez en América las doctrinas de Bentham en el derecho, i dejaba muy atrás todas las reminiscencias españolas en la enseñanza literaria.

Como no tengo el ánimo de hacer en esta carta la historia de nuestra enseñanza, me limitaré a indicar a Ud. que todo aquel gran movimiento de progreso i de emancipación de la intelijencia comienza a declinar con la influencia de don Andrés Bello en nuestras aulas, hácia el año de 1833, al revés de lo que Ud. asegura. Entónces aparece el derecho romano, como estudio forzoso i el señor Bello lo enseñaba por Vinnio, talvez porque Mora habia dicho que—«La preferencia dada a Vinnio en las universidades españolas prueba el perverso gusto que dirigía en ellas los estudios jurídicos. Vinnio es un disputador eterno, un compilador de mal gusto. Heinecio es un espositor claro i luminoso, profundamente sabio, pero templado en el uso de la erudición.» Mora enseñaba, en el curso de derechos del Liceo, una idea exacta i compendiosa de la legislación romana, «hablando históricamente, como habla Heinecio, decia él, no como otros juristas, trasportando lo que fué entónces a lo que es hoy día;» en tanto que Bello nos implantó el curso de dos años por la Instituta, en latin i de memoria, i por los comentarios de Vinnio, i dió la preferencia en derecho civil al Pavorde Sala, i en literatura a don José Gomez de Her-

mosilla, i concluyó por inspirar aquel furor con que todos se consagraron al estudio de los clásicos españoles, i al de otros que estaban mui léjos de favorecer el desarrollo democrático i la emancipación de la intelijencia.

Así pues, señor Vicuña, esa contrarrevolucion literaria que Ud. encontró triunfante en 1849, es la obra de don Andres Bello i no la de Mora, i si hubo alguno que se escapara de ella, fué precisamente ese Lastarria, a quien supone Ud. siguiendo las huellas del señor Bello, cuando, como discípulo predilecto del gallego, no ha hecho otra cosa que trabajar, como éste en llevar a término aquel gran movimiento progresivo iniciado en 1828, por Fernandez Gárfias, Varas, Marin i Mora. La emigracion argentina, cuya influencia Ud. falsifica, se espantó entónces del retroceso de nuestra educacion, i no fueron pues, los discípulos jenuinos de Bello los únicos que vindicaron nuestras letras, del desden de los emigrados, sino los de Mora i los del Instituto Nacional, a quienes habia alcanzado el primer impulso de Lozier.

Por ahora, basta con estas reminiscencias, que son exactas i que están comprobadas por la prensa de la época. No es posible, señor Vicuña, que un historiador venga a trastocar los papeles, como Ud. lo hace, ni es justo que Ud. venga a apoyar i a autorizar las falsedades que en estos últimos tiempos han comenzado a propalarse sobre la historia de nuestra enseñanza i de nuestro desarrollo literario, atribuyendo el progreso a hombres i a sucesos que si no lo han contrariado, no tienen en él la parte que se les da, tan jenerosa como falsamente.

En realidad estas ligeras reminiscencias son exactas, como se comprueba por la narracion de los sucesos que hace el señor Gay en su *Historia de Chile*, i que acabamos de reproducir, i como resulta de los recuerdos que vamos a hacer, sin faltar a la justicia histórica. Esta reposa en una condicion sustancial, cual es la de colocar hombres i sucesos en su verdadero punto de vista para juzgarlos, sin oscurecer a los unos por iluminar a los otros, i sin atribuir a éstos el mérito que a aquellos corresponde. Así se aquilata mejor la verdadera gloria, i cuando realmente la tiene un nombre ilustre, como el del sabio autor de nuestro Código Civil, no se

necesita, para que irradie mas, eclipsar la de otros, ni mucho menos despojar a nadie de la suya. Cuando se llena aquella condicion de la justicia histórica con buena fé i noble imparcialidad, la crítica tiene una base segura; i entónces es fácil notar los juicios estraviados que emite el historiador obedeciendo a preocupaciones o a un criterio apasionado. Solo pueden faltar a tal condicion los que toman el disfráz de historiadores para servir un interes de secta o de faccion política, i como no puede ser éste el propósito del simpático escritor a quien se dirige nuestra rectificacion, no tememos ofenderle, al pedirle justicia.

J. V. LASTARRIA.

(Continuará)

EL ESTUDIO DE LA GEOGRAFIA

I DOS NUEVOS TEXTOS

DESTINADOS A SU ENSEÑANZA.

El natural deseo de ver prosperar sériamente la enseñanza en nuestra patria, la afición que se cobra al ramo que cada cual está encargado de enseñar, es la que al presente me ha movido a hacer un exámen detenido de dos nuevos textos destinados al estudio de la jeografía. Del uno, publicado a principios del año próximo pasado, es autor don Manuel Salas Lavaqui; del otro, que se encuentra actualmente en prensa i que ya conocemos casi en su totalidad, lo es don Gonzalo Cruz.

Como estos dos libros han seguido caminos mui diversos los analizaremos separadamente, dando la preferencia al que ya es conocido del público.

Creemos que la cuestion de textos, delicada como es, se encuentra resuelta entre nosotros de una manera mui poco satisfactoria. A menudo se aprueban muchos textos que jamás deberian pisar los umbrales do los establecimientos de enseñanza, cuyo uso deberia proscribirse por completo de manos de los alumnos. Cuánto mejor seria que se concluyera de una vez con este falso tutelaje i nos dejáramos de esas autorizaciones que, cuando no son perjudiciales, son inútiles! Que cada cual componga, en hora buena los tex-

tos que tenga a bien! que elabore, que coordine libremente las producciones de su ingenio; i dejemos en seguida, que la opinion pública, que el buen juicio entre a dar su fallo. Esa es la única balanza que no se inclina al peso de las influencias, i la única que, marcando con precision sus quilates, entrega la mercadería a la aceptacion jeneral o la retiene en el fondo de las librerías. ¡Basta ya de recomendaciones! Los libros deben correr la suerte que les corresponda por sus méritos o por sus defectos.—Entre nosotros, sin embargo, se presta mui poca importancia a este asunto; i mas bien se le considera como una cuestion secundaria. ¡bien! cuántas veces el alumno no se sentirá fatigado bajo el peso de sus estudios tan solo porque esos textos, en vez de ofrecerle la amena ilustracion, un conocimiento cabal pero interesante, solo llevan a su mente la monotonía, la aridez, el desaliño que les son característicos. Si el alumno, por lo jeneral, aborrece su texto, es porque éste solo ha conseguido imponer un trabajo a su memoria, sin ilustrar agradablemente su espíritu ni tratar de hacer llevadera la elaboracion de su intelijencia. El texto, sobre todo el que se destine a los niños, debe ser ameno i fácil; debe procurar atraer siempre la atencion, mantenerla fija i despertar sin cesar la curiosidad del estudiante. De otro modo, aun el estudio mas sencillo se hace difícil i solo se conseguirá fatigar la intelijencia sin ilustrarla verdaderamente. Así, el estudio de la jeografía no es un simple estudio de memoria, no está reducido al aprendizaje mas o ménos cabal de una série de nombres, que si se aprende se olvida mui en breve; nó, él es sin duda alguna uno de los estudios mas interesantes i mas dignos de atencion, uno de los pocos que siempre pueden hacerse con agrado i sin fastidio. Mas que ninguno satisface nuestra curiosidad, ilustra nuestra intelijencia con los mas variados conocimientos. En él se encuentran reunidas, la amenidad que envuelve una descripcion pintoresca con la utilidad manifiesta que nos trae el conocimiento de los mil pueblos que habitan nuestro globo, de las nociones que lo engrandecen, de las costumbres que les son características, de las leyes que los rijen. La jeografía se enlaza intimamente con todos los conocimientos científicos. Describe la Tierra, ya bajo el punto de vista astronómico, ya tomándola en su aspecto físico, ya considerándola como mansion del hombre. Hé aquí el inmenso campo que a su vista se estiende!—Tócale considerar a nuestro globo en sus relaciones con todo el sistema solar, conocer su forma, seguirlo en sus movimientos, i apreciar las

inconmensurables distancias que lo separan de esos puntos luminosos que brillan en la bóveda celeste. Tócale abarcar la inmensidad del espacio, penetrar en lo desconocido, i señalar los mundos ignotos que pueblan el universo.

I ella nos da a conocer la estructura, la constitucion fisica de nuestro globo; nos muestra la direccion de las montañas, sus ramificaciones, las gargantas que les dan paso, los valles que encierran; i nos manifiesta cómo ellas, con sus cimas encumbradas, con sus nieves eternas, son causa de toda fertilidad, i cómo dividen las aguas i lanzan por sus laderas las corrientes tumultuosas, los que arroyos vertiginosos al principio, concurren a formar esos rios majestuosos i tranquilos que, cruzando las comarcas, llevando a los campos la verdura, a los valles su esplendor, van a los mares i restablecen el equilibrio alterado por la evaporacion oceánica. I nos hace ver cómo la vecindad a las cordilleras influye sobre la naturaleza del clima i la salubridad de los países que se hospedan en sus faldas; cómo, la altura sobre el nivel de los mares, la cercanía o distancia de las costas, la configuracion de estas mismas, importan en gran manera a la bondad de la temperatura; i cuánto significa tambien la naturaleza del suelo, la direccion de los vientos, la cercanía de los bosques, la abundancia de las aguas; i cómo todas estas circunstancias que constituyen el clima de un país vienen a hacerse sentir en las producciones de sus campos, en la riqueza de su suelo.

Por fin, ella nos presenta la Tierra como la mansion del hombre, dividida en naciones diferentes, habitada por pueblos de distintas razas. Nos muestra, cómo la civilizacion, tendiendo sus ramas por todo el orbe, ha llevado por doquiera la felicidad i la paz. Nos hace ver cómo los pueblos se unen entre sí i cómo sus relaciones son cada vez mas estrechas merced al cultivo de las ciencias, al progreso de las artes, al desarrollo incesante de la industria. I cómo ellos se han formado al través de las edades, cómo han llegado a constituirse de una manera estable después de los trastornos i movimientos sociales a que han estado sometidos. I cómo el cambio de los productos, el acrecentamiento del comercio, la facilidad de las comunicaciones, tienden a establecer entre todas las naciones la comunidad de intereses, la solidaridad de miras, estrechando por lo tanto los lazos de union que entre ellas debe existir.

Ella nos lleva a visitar las mas apartadas comarcas, mostrándonos así la diversidad de costumbres, de relijiones, de gobiernos

que por todas partes se nota. Atravesamos los mares, tocamos los puertos, visitamos las ciudades que nos asombran por su esplendor i las que son el centro de la civilizaci6n, recorremos esos paisés que nos entusiasman por sus adelantos, aquellos que fueron la cuna del espíritu humano i estos que hoy dia son los porta-estandarte de la civilizaci6n; i así vemos cuál es el camino trazado por el desenvolvimiento de la humanidad, i cómo, naciendo la inteligencia en aquellas viejas comarcas del Oriente, ha venido a hospedarse ahora en el suelo virjen de nuestra América. Así, la jeografía será el mas poderoso auxiliar de la historia, porque, habiéndole trazado su itinerario, ya la tarea de ésta no consistirá sino en explicar la evolucion histórica, el enlace de los acontecimientos, i la razon de los hechos que presenciamos i de los que presenciaron nuestros mayores.

Es en este triple papel donde se muestra la relacion tan íntima que existe entre la jeografía propiamente tal i la jeografía astronómica, física i política; pero esto mismo nos muestra que, si hai conexidad, no hai por esto confusion, i, aunque es verdad que se auxilian i entrelazan mutuamente, no por esto se subordina aquella de modo que sufra las tendencias de éstas o tenga que ajustar su desenvolvimiento o su plan a efectos que le son estraños o mas propios de algunas de sus ramas. Su campo es, pues inmenso; pero tiene límites que no le es dado traspasar: debe respetar siempre el dominio ajeno, sin comprometer jamás sus avanzadas. Es menester que las ciencias no se confundan entre sí, i que cada cual se mantenga debidamente en la esfera que le corresponde. Ellas se encadenan, se entrelazan íntimamente; de tal modo que no son sino partes de un inmenso todo, partes que se corresponden i se armonizan. Cada ciencia tiene un objeto especial i a él debe ceñir escrupulosamente su accion; sin perjuicio de los demás elementos que son necesarios para su mayor claridad, mejor comprension o conocimiento cabal de ella misma. Por lo demás, todas ellas tienen que sujetarse necesariamente a esa lei que ha trazado el órden jerárquico de los conocimientos científicos.

Teniendo cada una su objeto especial, su fin característico, es claro que cada cual debe obedecer a un plan lójico, racional, uniforme. Pero ¿qué es un plan? a qué reglas está él sometido? ¿Es acaso una combinacion mas o ménos ficticia a la cual es posible ajustar los fenómenos o los hechos científicos que tratamos de esponer? ¿Es acaso un procedimiento caprichoso, mas o ménos ori-

jinal al cual deba someterse toda ciencia? Ah! no, dejemos a un lado toda fantasía; dejémosle a la fábula el terreno que le es propio, i a la poesia los arranques de la imaginacion.

Hai un método científico que no se puede desconocer, i que es el que nos permite llegar al conocimiento de toda verdad por medio de la investigación paciente, por medio de la esperiencia repetida. Así podremos pasar del conocimiento de los hechos al de las leyes, del de los fenómenos al de los principios, del de los efectos al de las causas; i es así como se llega a establecer toda lei, toda norma, todo procedimiento científico. Esa correspondencia íntima, ese encadenamiento de las diversas partes, ese órden lójico, esa dependencia mútua, todo eso, es lo que constituye el plan de una ciencia. No se puede, por consiguiente, idearlo a nuestro antojo; tenemos que ajustarnos a la naturaleza de la ciencia que tratamos de estudiar, o deducirlo de ella misma. Nada es mas importante que el plan en una obra cualquiera; del hilamiento de los hechos, debe desprenderse la importancia del ramo; i él debe hacer resaltar el carácter, la tendencia, el objeto especial del conocimiento.

Importa, pues, en gran manera que el plan sea claro, lójico i que facilite en lugar de confundir las materias. Si nos hemos preocupado un tanto de este punto es porque estamos convencidos de la enorme importancia que él tiene en las obras didácticas, i porque creemos que éstas importan un alto grado a la seriedad de los estudios, a la solidez de los conocimientos. Si los textos son deficientes o erróneos, jamas el alumno podrá adquirir un conocimiento cabal, ni jamas acabará de hacer un aprendizaje correcto i completo. El texto es el compañero habitual del alumno, es el consejero de cada instante. Es mas aun, es la primera autoridad de sus juicios, es la fuente que dá origen a sus conocimientos. ¿Qué sucederá cuando esa fuente en vez de brindar el agua pura i cristalina mane tan solo turbio i revuelto caudal?

Para que un texto sea bueno se requiere que esté bien concebido, es decir, que él se conforme en su desenvolvimiento con el espíritu i la naturaleza, de la ciencia que trata de dar a conocer. Requírese además que las materias estén espuestas con claridad, con precision, sin que haya repeticiones inútiles i cuidando de no caer por eso en exajerada concision. Respecto a datos creemos que solo deben suministrarse aquellos que siendo de capital importancia vengan a ilustrar la materia. Por lo demas es escusado

exijir exactitud en los datos, correccion en el lenguaje, verdad en la esposicion; todo esto constituye la esencia misma de un buen libro, o fija las condiciones necesarias para que él sea recibido como el guia constante del alumno i el poderoso auxiliar del profesor.

Apuntadas ya estas ligeras observaciones vamos a entrar el análisis del libro de don Manuel Salas Lavaqui, i si nos hemos detenido en las condiciones de un buen plan es porque en el texto que tenemos a la vista se ha adoptado uno especialísimo i nuevo en los estudios jeográficos, i el cual queremos analizar detenidamente. Queremos ver, a la luz del criterio científico, si ese texto obedece a un plan lójico, racional, admisible en una obra didáctica, i si con él no han sido perjudicadas la claridad i la sencillez tan necesarias en toda clase de textos. Una vez analizado el plan a que él está sometido, entraremos a hacer un exámen mas o ménos sucinto de toda la obra, para ver si ella corresponde o nó a las necesidades de la enseñanza i a las condiciones que tenemos derecho de exigir en toda obra destinada al estudio de tan importante ramo.

I.

PLAN DE LA OBRA.

Para darnos una idea cabal del plan que se ha seguido en este texto i de los propósitos que han guiado a su autor, transcribamos sus propias palabras, tomadas del Prólogo en donde, explicando las razones que lo han hecho adoptar este nuevo sistema i las ventajas que él traerá a la enseñanza, se espresa como sigue: «El plan de esta obra se desvía por completo de todas las que he tenido ocasion de consultar: mientras que en aquellas se describen los países por continentes, en esta se describen por zonas. Por este medio se logra subordinar la jeografía descriptiva a la jeografía física i a la astronómica, con lo cual queda el plan sometido a una base mas sólida i el alumno preparado para recibir con mayor provecho las nociones de estas dos últimas ciencias. Pudiendo, por otra parte, presentar únicamente en tres grupos los diversos países del orbe, se facilita sobremanera el estudio de las producciones vejetales i animales, dando tambien cierta idea relativamente a la meteorolojia i a la influencia que sobre el hombre ejerce el clima, o mas bien, la zona que habita. Todas estas consideraciones me

decidieron a romper con el antiguo sistema de esposicion, uniformemente seguido hasta el día, sin desconocer los inconvenientes que el actual a su vez puede tener. Pero desde la próxima edicion me propongo aprovechar de las ventajas de uno i otro esponiendo las materias por continentes, i dentro de cada continente, por zonas.» He aquí un prólogo que empieza prometiéndonos una nueva era para el estudio de la jeografía i que, sin embargo, despues de desarrollar las ventajas de tan nuevo sistema nos desconsuela ántes de concluir el primer acapite, comunicándonos que en una próxima edicion se volverá ya casi por completo al antiguo orden de cosas. Triste desengaño para los que ya soñaban con una nueva era!

A este respecto se espresa el informe presentado a la Universidad en los términos siguientes: «En este libro se describe el globo por zonas climatológicas. Tal sistema, al mismo tiempo que destruye la monotonía, armoniza i encadena los diversos estados, hace ver las analogías o diferencias que existen en sus producciones i en el carácter de sus pueblos, i prepara al alumno para el estudio de ramos superiores, como la cosmografía i jeografía física.»

I hablando de este mismo testo dice el diario la *República* en un artículo editorial de mediados del mes de enero, artículo que no es un estudio sino una laudatoria del libro: «La jeografía del señor Salas está dividida en zonas climatológicas, en lo que se separa de la práctica universalmente seguida por los jeógrafos. Esta division, ademas de tener todas las condiciones requeridas por la lógica, posee la inmensa ventaja de suministrar al alumno nuevas ideas que lo preparan insensiblemente i como por grados al estudio de ramos superiores, tales como la cosmografía i la jeografía física.»

Rindiendo todo el respeto debido a las ilustradas opiniones que anteceden i creyendo mui laudable que se rompa con la rutina i se entre alguna vez por la ruta científica, me permito, sin embargo, pensar de una manera diametralmente opuesta.

Partidario, como el que mas, de toda innovacion seria, de toda reforma bien fundada, no puedo aceptar una que a mas de carecer de base científica traerá a mi juicio, un mal a la enseñanza de la jeografía. Es menester que no nos dejemos arrastrar por cierto aparato de novedad i de ciencia; i que veamos, si esa tan sencilla clasificacion, si esa facilidad que, al decir del autor, se proporciona a este estudio con el nuevo sistema es en realidad tal, o si

solo bajo una engañosa apariencia de sencillez i claridad se oculta el desórden i la confusion mas lamentable. Pero no anticipemos juicios i entremos mejor al análisis i al exámen detenido del plan, que de ellos saldrá lo que haya de verdad.

Las tres opiniones que anteriormente hemos citado están de acuerdo, en que describir el globo por zonas climatológicas en lugar de describirlo por continentes es un notable progreso en el estudio de la jeografía; i que así se facilita su enseñanza i, concluyendo con la antigua monotonía, se hace mas ameno su aprendizaje. Es ésta una reforma que ya amenaza concluir con el antiguo sistema que, *aunque seguido unánimemente por los jeógrafos mas eminentes*, es sin embargo, ilójico i rutinario.

Ateniéndonos a lo que dice el Prólogo ya citado sacamos que por la division en zonas se subordina la jeografía descriptiva a la jeografía física i a la astronómica, se da de este modo al plan una base mas sólida, i se prepara al alumno para recibir con mayor provecho las nociones de estas dos últimas ciencias; así en tres grupos se facilita el estudio de las producciones vegetales i animales i se dá cierta idea relativa a la metereolojía i a la influencia que sobre el hombre ejerce el clima o mas bien la zona que habita. Como éstas son las razones que han movido al señor Salas para adoptar este nuevo sistema de esposicion, estudiaremos por separado cada una de ellas tratando de ver al mismo tiempo si el libro corresponde a la idea que se ha tenido al elaborarlo.

I.—*En qué consiste la descripcion de los países por zonas en vez de la descripcion por continentes.*

La jeografía no es sino la descripcion de la Tierra; ella trata de poner a nuestra vista el globo que habitamos, de grabarlo, por decirlo así, en nuestra intelijencia. Nos dá su forma i nos hace ver las irregularidades que sufre; nos muestra la direccion de las montañas, el curso de los rios, el perfil de las costas, la inmensidad del mar i sus internaciones en los continentes; i nos pinta las ciudades, las comarcas, las naciones que lo pueblan.

Bajo cualquiera de sus tres aspectos que la consideremos ella describe; i ya sabemos que describir es representar los objetos en su conjunto i en sus detalles; es hacerlos aparecer a nuestra vista con sus caracteres distintivos, con los rasgos que le son propios, con su misma fisonomía, con su mismo colorido; es dibujarlos, re-

tratarlos de tal modo que ellos se graben en nuestra imaginacion. Cuando esto haya sucedido podemos estar seguros que hemos descrito bien.

Ahora, cuando tratamos de describir la Tierra, es claro que debemos hacerlo de modo que ella aparezca a nuestra vista con la forma que le es propia, a fin de que, pudiendo apreciar la forma i direccion de los continentes, las sinuosidades i perfiles de las costas, podamos recorrerla en toda su estension; conociendo las diversas comunicaciones que existen entre las distintas porciones del mar i con la ayuda de nuestra imaginacion, podamos visitar las mas apartadas comarcas.

Para esto es indispensable el conocimiento cabal de la configuracion terrestre, de los accidentes físicos, i en jeneral, de toda la corteza que envuelve nuestro globo.

Todos los esfuerzos actuales de los jeógrafos tienden sin cesar al conocimiento mas exacto del globo; no se ahorran con este objeto toda clase de investigaciones, de trabajos, de exploraciones científicas.

Representar la tierra con su estructura exacta, retratarla minuciosamente en las cartas es todo lo que anhelan. Se dibujan los continentes con toda prolijidad, se delinean las costas en sus mas minuciosos perfiles para que así el navegante los recorra con certera mano. Las rocas i los peñascos que amenazan con sus crestas empinadas sobre la tersa superficie de las aguas, se dibujan con precision para evitar, así, los encuentros siniestros i las desgracias que su desconocimiento acarrea. El cuidado que se tiene en fijar estos detalles solo puede compararse al que se debe tener en conocerlos bien i en precisarlos exactamente. Está, pues, fuera de duda que los estudios jeográficos tienden a fijar con toda seguridad i correccion los perfiles de todas las costas i la direccion i forma de los continentes. Los estrechos son recorridos por la sonda en toda su estension, i el navegante los cruza ya con la tranquilidad del que vé el fondo de las aguas que sostienen su bajel, i conoce la capacidad del medio en que navega; tiene trazadas las corrientes, conoce los bancos, se aleja de los promontorios, i tiene presente las ensenadas i las bahias protectoras.

I ¿cuánto importa la forma, la direccion i la configuracion de los continentes para cualquiera que quiera emprender un viaje de circunnavegacion? ¿Cuál será el camino mas apropiado, cuál el sendero ménos tortuoso, cuál el mas lijero, cuál el que ofrece ma-

yores ventajas? I cuando queremos trasladarnos de un punto cualquiera de nuestro país a alguna de las viejas comarcas del Asia, ¿hácia donde dirijiremos nuestro rumbo? ¿No tomaremos, entónces en cuenta las vueltas que nos obliga a dar las formas de los continentes? ¿No veremos cuál es el camino mas fácil, i cual el mas rápido para llegar a nuestro destino?

Esto por lo que toca a la navegacion, a las facilidades del comercio i a la seguridad de los viajes.

¿No sabemos, por otra parte, cuántos son los esfuerzos de los hombres de ciencia por fijar con precision las formas i direccion de los continentes por la influencia que ellas tienen en el clima de las diversas comarcas? No sabemos, por ejemplo, que los países del hemisferio austral gozan de estaciones ménos rigorosas que los del hemisferio boreal? No sabemos con cuanto cuidado estudian la direccion i la naturaleza de las montañas para dar sobre ellas un teorema científico? ¿No sabemos que todos los esfuerzos se dirijen a la concepcion completa de un sistema científico del mundo, de su estructura, de su configuracion, i que con este objeto, se hacen cada vez con mas exactitud los estudios jeográficos i se ensancha mas i mas la esfera de las ciencias físicas i naturales? ¿I no sabemos, por fin, como se perfecciona el estudio de la jeología llevando así el continjente mas poderoso de luz i de ciencia que puede suministrar la esperiencia i la investigacion paciente?

Es claro, pues, que para llegar a esa clase de estudios, i para formarnos una idea cabal de la importancia i de la magnitud de esas investigaciones, es menester conocer de antemano la forma i la estructura del globo, i tener siempre a nuestra vista los datos i los hechos diversos que nos suministra la observacion. Para que la Jeografía nos encamine siquiera al estudio de esas ciencias, es menester que nos dé como base indispensable el conocimiento de la superficie terrestre. Solo así ella podrá servir i preparar a la adquisicion de nuevos conocimientos científicos. Ah! precisamente con este objeto, se nos dirá, se hace la division en zonas climatológicas. Bien! veamos.

Acabamos de notar que la descripcion del globo bajo su aspecto propio, con su natural estructura, ademas de ser fácil, importa al progreso de las demas ciencias i a las facilidades del comercio humano. Ahora nos toca averiguar si con la nueva division se consigue el mismo resultado i si ella corresponde a un órden de cosas

verdadero i apropiado al objeto que perseguimos; o si solo es una combinacion ficticia, que si en cierto modo clasifica i ordena, está sin embargo, espuesta a escepciones de todo jénero i sometida a circunstancias locales i a accidentes diversos que la alteran totalmente.

¿Qué es una zona? ¿Es ésta una division real o imaginaria? ¿Qué fenómenos la caracterizan? ¿Cuál es el límite de cada una de ellas? ¿Las zonas astronómicas pueden denominarse zonas climatológicas? ¿Siguen estas la direccion de los paralelos? ¿Los accidentes climatológicos pueden encerrarse dentro de círculos rigurosos? ¿Depende de un solo agente o son múltiples las circunstancias que constituyen el clima de un país? ¿Se puede sentar a este respecto una lei única? Estas son las preguntas que necesariamente hemos de hacernos al tratar de esta division, siendo lícito preguntar aun ¿cuáles son las ventajas que ella trae, i cuál la oportunidad de su aceptacion en un testo de Jeografía descriptiva? cuál la lójica a que se obedece? cuál el fin que se persigue? i mas todavía, en el testo que analizamos ¿es rigurosa esta division? ¿no se ha faltado a ella repetidas veces?—Empezemos.

Cuando queremos formarnos una idea cabal de la forma i configuracion terrestre nos servimos de un globo, porque allí está la representacion exacta de la tierra i porque allí están fijas no solo las posiciones relativas de las diversas partes sino tambien sus proporciones mismas con toda precision.

Sabemos que esos globos o esferas jiran sobre ejes de bronco, que son la representacion del eje imaginario de la tierra; i vemos que esas esferas están recorridas por círculos infinitos, círculos todos imaginarios i que solo nos sirven para facilitar el estudio del globo i para fijar la situacion de los diversos lugares.

Sabemos que estos círculos provienen de la seccion del globo por un plano, i que entre ellos los hai máximos i menores, notando en aquellos el ecuador i los meridianos, i en éstos los paralelos.

Ahora bien, como los paralelos sirven para fijar la latitud, esto es, la distancia de un punto cualquiera al ecuador, i como los diversos lugares de la tierra no están igualmente espuestos a los rayos perpendiculares del sol,—a causa de la inclinacion del eje de la tierra,—sucede que nos servimos de dos de estos paralelos para fijar el espacio o la faja que está sometida a la accion de esos rayos. Otros paralelos nos sirven para fijar las fajas extremas, que no

solo no reciben los rayos perpendiculares sino que están privadas en una parte del año de toda luz solar. Por fin hai otras fajas intermedias i que están encerradas entre las dos anteriores i espuestas a los rayos oblicuos del sol. Es así como estos círculos imaginarios vienen a corresponder a divisiones terrestres, o en otros términos, es así como nos servimos de ellos para fijar esas divisiones jeográficas provenientes de causas astronómicas. Estas divisiones, estas fajas, estas bandas tienen el nombre de zonas.

Ya sabemos, pues, lo que es una zona i a que se debe esta clasificación en cinco porciones: zona intertropical, zonas templadas, i zonas glaciales.

La primera, que comprende una estension de mas de 56 grados, encierra el espacio en que se opera el movimiento aparente del sol al rededor de la tierra i que recibe verticalmente los rayos del sol. En esta misma zona la duracion del dia i de la noche es siempre igual i de doce horas; solo en ella se presenta la circunstancia de que el sol llegue a una altura meridiana de 90° ; allí la temperatura media anual es por lo jeneral la mas elevada i las estaciones ofrecen un contraste ménos notable; i allí, a causa de la temperatura mas elevada del suelo i de las capas atmosféricas, tiene lugar ese desequilibrio ocasionado por la evaporacion mayor de las aguas i que dá orijen a las corrientes marinas, i ese desequilibrio atmosférico causado por el calentamiento de las capas aéreas i que dá orijen a los vientos.

Estos son los fenómenos que caracterizan esta zona, i el límite de ella está fijado por el movimiento aparente del sol, por la direccion vertical de los rayos i por la duracion del dia.

En las zonas templadas caen ya mas oblicuamente los rayos del sol, sin que éste jamas pase por el zenit; la duracion de los dias varía; i las estaciones se señalan mas i mas a medida que avanzamos hácia los círculos glaciales los que están fijados por los lugares que tienen el dia solar de 24 horas. Avanzando mas aun hasta llegar a los polos, tendríamos los lugares en que el sol no se pone durante seis meses; i cuyo año solo tiene un dia continuado en que brilla el astro luminoso por esa estension de tiempo, i una noche tremenda en que esa parte de la tierra está privada de la luz i del calor, esas fuentes de vida, durante medio año, i sumida en la mas tenebrosa oscuridad.

A medida que avanzamos del ecuador a los polos, es, por lo

tanto, mayor la oblicuidad de los rayos solares, están marcadas las estaciones extremas, i es inferior la temperatura media.

Es así como la division en zonas proviene de causas puramente astronómicas.

Pero, se dirá precisamente, la direccion de los rayos solares i la duracion del dia, o del espacio de tiempo en que el sol ejerce su accion sobre la tierra, son los agentes de la temperatura. Entendámonos. ¿Son los únicos? Si es así, si la temperatura de una localidad, si el clima de un país depende de estas dos únicas causas, entónces, es claro que hai correspondencia entre los fenómenos astronómicos i los climatológicos, i que podríamos servirnos de una fórmula absoluta. Si no es así, es claro que podremos siempre indicirlas como circunstancias importantes para la determinacion del clima; pero, no pudiendo sentar ya la lei absoluta, debemos limitarnos tan solo a encerrar dentro de aquellos círculos los fenómenos que los caracterizan i nada mas, sin comprender, bajo la misma division los fenómenos climatológicos que son ocasionados por causas tan complejas. Por esta razon es que no se pueden confundir los climas astronómicos con los climas físicos.

Si la superficie de nuestro globo tuviese en todas partes el mismo nivel del océano i si fuese constituido por una sustancia única que absorbiese e irradiase igualmente el calórico i no hubiese otras circunstancias locales, es claro que el calor se distribuiria entónces con regularidad en ella en zonas de igual temperatura anuales i paralelas al ecuador. En esta hipótesis el calor iria decreciendo regularmente hácia los polos, i así, coincidiria la línea de la temperatura mas elevada con la línea equinoccial, las temperaturas mas bajas se hallarian en los dos polos, i la temperatura media a igual distancia del ecuador i de los polos, es decir, bajo el grado 45 de latitud norte i sur (Barros Arana, *Jeografía Física*).

Por no existir esta regularidad sucede que lugares situados en una misma latitud tienen temperaturas mui diversas. Ahora, el clima de un país depende de las diversas circunstancias meteorológicas i de temperatura que les son propias; i siendo aquellas tan diversas i especiales para cada comarca, i no estando éstas distribuidas en la direccion regular de los paralelos es evidente que no podemos encerrar los accidentes climatológicos dentro de una division sistemática del globo.

Hablando de la temperatura del globo dice Figuiet en su obra *La Terre et les mers*, páj. 182.

«El sol es la fuente principal del calor que existe en la superficie de nuestro planeta. Su elevacion i la duracion de su presencia sobre el horizonte son las mismas para los lugares situados en el mismo grado de latitud. En consecuencia, si la superficie terrestre estuviese compuesta de una misma capa homogénea, ofreciendo por todas partes el mismo calor, la misma densidad, el mismo poder absorbente i emisor para el calor radiante, la temperatura media deberia ser la misma bajo la misma latitud, de modo que se confundiesen los paralelos con las líneas isotermas, isoterias e isoquimicas, es decir, con las líneas de igual temperatura anual, estival e invernal.—Pero este estado primitivo cuya simplicidad se prestaria admirablemente para una teoria matemática, para una ciencia exacta de los climas, está profundamente modificada por la desigual reparticion de la tierra firme i del agua sobre el globo terrestre, por el relieve caprichoso de la corteza sólida sobre i bajo los mares, i por la variacion de la constitucion química de las masas que componen esta corteza mineral.» I mas adelante en la páj. 185, agrega el mismo autor: «Estas diversas causas: las configuracion de los continentes i la distribucion de las aguas al rededor de ellos; la esposicion a los vientos reinantes; la presencia de las montañas que pueden servir de amparo contra estos vientos; la elevacion de un lugar sobre el nivel del mar; la distribucion de los lagos, de los pantanos i de las selvas, que obran como refrigerantes sobre el suelo, i una multitud de otras circunstanCIAS mas o ménos eficaces, modifican enormemente el curso de las líneas isotermas, o de igual calor, por perturbaciones locales mui difíciles de precisar. Resulta de esto que el trazado de las líneas isotermas, que se obtiene haciendo pasar líneas curvas por la série de puntos que tienen la misma temperatura anual, presenta las sinuosidades i las inflecciones mas caprichosas.»

Así como las líneas isotermas no coinciden con los paralelos, así tampoco coincide el ecuador terrestre con el ecuador termal; ni los polos corresponden a los puntos en que el frio es mas intenso.

Dependiendo, pues, los climas de otras muchas circunstanCIAS a mas de la latitud, no es posible sentar una division de ellos sin tomar en cuenta todas esas causales. El señor Salas establece sin embargo, de una plumada esta division sistemática del globo, olvidando por completo que, no es posible encerrar los fenómenos climatológicos dentro de un órden regular, preciso, i que esté conforme con las divisiones imaginarias del globo.

Si queremos adoptar una division de la Tierra en zonas físicas, es claro que tenemos que considerar las diversas causas que allí concurren i que alteran tan notablemente la influencia de la latitud.

No es menester mucho esfuerzo para manifestar cuanto influye en el clima la altura sobre el nivel del mar, i como, ciudades que se encuentran bajo la misma línea equinoccial gozan, por hallarse a algunos metros de elevacion, de una temperatura media mucho mas suave que otras que se hallan en las zonas templadas, pero al nivel del mar, i a pesar de concurrir en éstas otras circunstancias favorables, como estar a orillas del mar, etc.—Así, podemos notar que Quito, situada a 0° de latitud, pero a 2,908 metros de elevacion, goza de una temperatura media agradable i siempre fresca (15°), igualándose de este modo con Niza que está a 43° l. n.; siendo inferior a Barcelona, situada a 41° l. n. i con una temperatura media de 17°. a Jibraltar, situada a 36°, l. n. i con una temperatura de 17°.7, a Smyrna, situada a 38° l. n. i con una temperatura de 18.2°, a Mesina de igual latitud e igual temperatura media, al Cabo situada a 33° l. s. i con 19 1° de temperatura, ciudades todas que están al nivel del mar. Santa Fè de Bogotá se halla situada a 4°.36' l. n., con una elevacion de 2631 metros i tiene una temperatura media de (15°); igualándose con Tolon, con Florencia i con Roma, las que están a 43°.7, 43°, 41°.54' l. n., i encontrándose la primera al nivel del mar, la segunda a 64 metros de altura, i la tercera a 53. La ciudad de Méjico, la isla de San Bartolomé i la de Jamaica están situadas en el mismo paralelo 17° 50 l. n. gozando, sin embargo, la primera, por estar a 2271 metros sobre el nivel del mar de una temperatura suave de 16°, mientras que las otras dos, por no elevarse de la superficie de las aguas, tienen que soportar habitualmente una temperatura media de 26°. Si es tan incuestionable la influencia que esta circunstancia ejerce en el clima de un país, cómo es que el señor Salas no solo no la ha tomado en cuenta sino que ni siquiera la indica.

No es indiferente para una comarca que el viento que en ella sopla provenga del ecuador o de los polos, ni es lo mismo que éste haya recorrido grandes estensiones de tierras o que haya atravesado grandes porciones de mar; i es por esta última causa que los países que están separados de la zona tórrida por porciones de agua tienen un clima mas templado que los que están por estensiones de tierra. El viento de cordillera refresca, suaviza el ardor

del verano en las ciudades que se hospedan en sus faldas; las brisas de mar igualan la temperatura de la costas i producen neblina i lluvias frecuentes.

La estension de costas, su direccion i la configuracion horizontal del territorio modifican tambien extraordinariamente los efectos de la latitud.

Las aguas no experimentan las mismas variaciones que las tierras; por el contrario, conservando mayor calor en el invierno, suavizan el rigor de éste en los tierras que bañan, i calentándose ménos en el verano, refrescan i suavizan la temperatura excesiva de las tierras. De aquí, que las rejiones que están en contacto con las aguas tienen un clima mas templado que las que existen en el centro de los continentes. Nada diremos cuando a esta causa se une la accion de las corrientes marinas, que, como la de Humbolt, contribuye a hacer mas fresca la costa occidental de la América del Sur que la costa oriental, que, como la de Baffin, enfria las costas del Canadá i de los Estados Unidos, i la del golfo que va a temperar las costas de Francia, de Irlanda, de Inglaterra i de Noruega; o cuando se combina con la accion de los vientos, que, como la contra-corriente de los alisios, establece esa tan notable diferencia de temperatura entre las costas occidentales i las orientales de los Estados Unidos. Aquí, en este país, es donde podemos ver con toda claridad como esa grande estension horizontal de tierras que separa los dos océanos, calentada fuertemente en el verano i helada durante el invierno, modifica tan notablemente la temperatura de la contra-corriente de los alisios que ésta va a producir en las costas orientales esas estaciones extremas tan marcadas i tan rigurosas, mientras son suaves i moderadas en la costa bañada por el Pacifico.

Ya sabemos tambien cuanto influye la naturaleza del suelo, i cuanta diferencia existe entre los que son de naturaleza arcillosa, cuya irradiacion i poder absorbente es poco considerable, i los arenosos i secos; i cuanto importa que sea de naturaleza salina o calcárea, que esté cubierto de pantanos o que solo lo esté de desnudas rocas. Agréguese, aun, lo que puede el cultivo, i como el hombre hace habitables con la fuerza de su brazo las tierras que eran ocupadas por selvas impenetrables a los rayos del sol, i por pantanos que emanaban vapores pestilentes.

Estas circunstancias, los relieves del suelo i la direccion de las montañas importan, pues, en gran manera al clima de una comar-

ca cualquiera. Sabemos como influyen las montañas, i la diferencia de temperatura que existe entre las ciudades que se encuentran en sus faldas, i las que se alzan en sus elevadas mesetas, i aun entre las que se encuentran en la falda oriental o en la occidental de una misma montaña. Si es menester tomar en cuenta todas estas i otras muchas circunstancias mas, ¿cómo es que entonces se puede confundir el clima astronómico con el clima físico?

¿Acaso no se sabe que mui léjos de coincidir los paralelos con las líneas *isotermas*, *isoteras* e *isiquímenas*, se apartan considerablemente de ellas? ¿Se ignora que ciudades situadas sobre un mismo paralelo tienen, sin embargo, gran diferencia de temperatura? ¿No acabamos de citar ya a Méjico, Jamaica i la isla de San Bartolomé? ¿Necesitaremos citar todavía otras ciudades que, como Hof, Gotha, Cracovia, Praga i Bruselas, se encuentran comprendidas entre los paralelos 50°.20' i 50°.50' i a corta distancia unas de otras, i sin embargo, marcan 6, 7, 8, 9 i 10 grados de temperatura media? Se quiere que agreguemos, aun, ciudades que teniendo una enorme diferencia de latitud marcan, sin embargo, igual temperatura media, como Edimburgo, Hamburgo, Berlin, i Ratisbona, que estando situadas a 55°, 53°, 52°, 49°, l. n. tienen la misma temperatura media de 8°. 6'? o como Pavia, Washington i Santiago, que estando situadas a 45°, 38°, l. n. i 33°.22 l. s., tienen una temperatura media igual de 12°.7'? o como Aboucheber, Habana i Vera Cruz, que estando a 28°, 23°, i 19°, tienen una temperatura de 25°? i por último, cómo Singapoure, que estando a 1°.17' tiene la misma temperatura media de 26° que San Bartolomé que se encuentra a 17°.53' de latitud norte? Es casi inútil agregar mas datos para comprobar esta clase de aserciones. Solo nos ha obligado a ello el que en el nuevo texto del señor Salas, no solo no se han tomado en cuenta estas circunstancias que alteran tan notablemente cualquiera lei que se quiera establecer, sino que ni siquiera se indica que ellas pudieran existir. I, sin embargo, dice con mucho énfasis que con su nuevo sistema se prepara al alumno al estudio de la Jeografía física. Soberbia preparacion! que consiste en desconocer las causas naturales que ocasionan los fenómenos i las leyes que los rijen, i en idear otras a las cuales se pretenda ajustarlos artificialmente!

No es pues en zonas climatológicas en lo que está dividido el texto del señor Salas, ni se diga que se han tomado en cuenta pa-

ra nada esos accidentes i circunstancias diversas que constituyen el clima de un país. Lo único que se ha hecho es cortar el globo terrestre en cinco secciones que están fijadas por los círculos que encierran las zonas astronómicas. Triste division que no tiene base alguna científica! pobre sistema que, a mas de estar sujeto a numerosos inconvenientes, no conduce a nada ni reporta utilidad alguna!

I si no es así, ¿cómo es que el texto mismo nos muestra a cada paso infracciones a ese orden que debiera ser tan rigoroso? Si ese plan es lójico, si descansa en una base sólida, es menester ser consecuente, i dividir el globo con toda regularidad en cinco fajas sin cuidarse de los países que se corten o de los continentes que se despedazen. No se hace esto, se está faltando a cada paso a ese principio que se sentó como regla absoluta, ah! entónces, todo es una broma, i no hai en ello una idea bien fija, ni siquiera un orden regular.

Para ser consecuente con el nuevo sistema el señor Salas debió seguir exactamente el curso de los trópicos i de los círculos glaciales, i cortar segun ellos la esfera terrestre. Así, siguiendo el trópico de Cáncer debió cortar a Méjico a la altura de Mazatlan, un poco al norte de Zacatecas, i a la altura de Nuevo Santander i no encerrarlo todo entero dentro de la zona tórrida, puesto que está comprendido entre los paralelos 15° i 32° tomando por consiguiente nueve grados de la zona templada boreal; debió asimismo cortar las Bahamas en dos grupos dejando fuera de la zona tórrida las islas de la Gran Bahama, Nueva Providencia i San Salvador, que son precisamente las principales; debió cortar por mitad el desierto de Sahara, i dividir la Nubia, partir por mitad el Hedjaz, a la altura de Yembo, i por mitad el Nedjed, i el Oman a la altura de Mascate; i penetrando en el Indostan no debió respetar ni unidad de territorio ni unidad política, i dividirlo a la altura de Bhoój, de Ahmadabad, de Bhopal, al norte de Chandernagor i a la altura de Dacca, i no desconocer la bondad de su sistema incluyéndolo por completo en la zona tórrida; i observando la misma lójica debió separar el exeso de 5 grados que tiene el Indo Chino; i penetrar sin cuidado en el Celeste Imperio, separándole una faja de territorio de mas de 6 grados a la altura de Canton en la provincia de Quang-Tung i a la de Swatou, i seguir a la Oceanía, partiendo ántes por mitad la isla de Formosa. I si tomamos el trópico de Capricornio luego vemos que tambien se falta al plan

incluyendo toda la Australia en la zona templada, tomándole así a la zona tórrida una estension que mide mas de 13 grados; i siendo riguroso deberia el señor Salas haber seguido este paralelo i cortado el departamento de Atacama, en Bolivia, separado una porcion de la provincia arjentina de Jujui, dividido el Paraguai a la altura de Villarreal de la Concepcion i penetrado en el Brasil por la provincia de San Pablo.

Sin embargo, el señor Salas no hace esto, sino que incluye todo el país en la zona en que está la parte mas importante o la mayor de él. Ya se vé las irregularidades a que está espuesto el plan que nos prometió habia de ser tan lójico i tan sencillo.

Hemos, pues, manifestado que la division introducida en el nuevo texto no está basada en las circunstancias climatológicas, que el señor Salas ha olvidado por completo, sino que depende de causas puramente astronómicas; que aunque el elemento de la latitud es un agente importante en el clima de las diversas comarcas, como hai ademas otras muchas circunstancias que alteran notablemente su efecto, no es posible clasificar los climas segun esa division sistemática del globo; i que adoptando esa division del globo en zonas astronómicas no ha sido tampoco consecuente, ni lójico.—Con esto dejamos concluido el primer punto en que nos hemos estendido mas de lo que deseábamos, arrastrados por el deseo de no avanzar juicio alguno sin tener a la vista todos los datos necesarios.—Esto, i el encontrarnos con un sistema que, a nuestro juicio, carece de toda base sólida i con un plan estraño i contrario a los principios científicos, que nos aconsejan no sentar lei alguna sin tomar ántes en cuenta todos los accidentes, circunstancias i hechos diversos que pueden modificarla, es lo que nos ha obligado a entrar muchas veces en detalles triviales.

II.—*Como es que por medio de la division en zonas se logra subordinar la jeografía descriptiva, a la jeografía fisica i a la astronomía, estableciéndose de este modo una base mas sólida i preparándose al alumno para recibir con mayor provecho las nociones de estas dos ciencias.*

Tres son las ideas que contiene este punto, ideas que hemos tocado ya en la parte anterior, i cuya solucion se desprende naturalmente de ella.

La primera proposicion es perfectamente inexacta, i no concebi-

mos como se consigue subordinar un estudio que consiste en describir la Tierra tomando en cuenta, sobre todo, las diversas naciones que la pueblan, cuidando de fijar sus límites, de suministrar los datos relativos a su desarrollo intelectual i comercial, i los demás conocimientos históricos que convengan para darnos una idea cabal del desenvolvimiento o desarrollo de los pueblos; a otra rama de las ciencias, cuya esfera de acción se limita más bien, al estudio de los accidentes físicos del globo terrestre, a la investigación de la naturaleza i formación de él mismo, de su configuración i de su estructura exacta, al conocimiento de una teoría que nos explique satisfactoriamente los fenómenos que presenciarnos, ya sean fenómenos meteorológicos o meramente terrestres, i que tienda a penetrar en las causas de los acontecimientos i se empeña por dar la explicación de los hechos i fenómenos naturales. Por otra parte el mismo señor Salas, en la página 2.^a de su texto, definiendo la geografía descriptiva dice, que ella no es una rama diversa de las anteriores, (matemática, física i política) sino la reunión de todas ellas. Si ella es la reunión de todas esas, es decir, si la geografía física, no es sino una rama, como es que se quiere subordinar el todo, el conjunto a la tendencia de una sola de las partes? Mas, en que consiste esa subordinación?—El señor Salas no nos lo dice—Consistirá en haber sometido el todo a un plan que muy lejos de ser justificado por la geografía física o astronómica, recibe de ellas un completo desahucio? Sería aceptable ese plan en un texto de geografía física, o en uno de geografía astronómica?—La razón del nuevo plan o el fin que con él se persigue importan de algún modo a la distribución de los países, a la configuración terrestre?

Ya al comenzar estas líneas indicamos como las ciencias no se subordinan en su desenvolvimiento sino que el plan que ellas siguen es conforme a su naturaleza, a su propia tendencia i a su fin especial. Esto nos excusa de entrar en nuevas observaciones.

Nos parece suficiente lo que ya hemos manifestado para contestar las otras dos proposiciones. Una base falsa no puede ser sólida; ni tampoco puede serlo la que descansa en elementos imaginarios. No existe tal división en zonas climatológicas, i si ella existiera sería inadecuada e impropia para un texto de geografía descriptiva, por cuanto ella sola serviría para introducir confusión sin traer ventaja alguna. Respecto a la división que realmente se ha introducido ya nos hemos ocupado de ella.

No hai tampoco preparacion posible cuando se parte de base falsa; i la única preparacion que se puede o se debe tener para entrar a estudiar la jeografía física, consiste en el conocimiento cabal de la corteza de nuestro globo.—Esa preparacion es sencilla, i así es posible llegar con regularidad a la adquisicion de esos conocimientos.

Si se hubiese tratado de darnos a conocer la distribucion de las tierras i como ellas se pueden representar en tres continentes mas o ménos regulares i de formas triangulares; i como se puede considerar como único ese cordón de montañas que circuye nuestro planeta, como la direccion i la naturaleza de su constitucion nos dá una norma para precisar la edad de su formacion; si se nos hubiese indicado que esas grandes montañas forman las elevadas mesetas del centro del Asia, cuya estension es casi igual a la de Europa; si se nos hubiese mostrado esas grandes mesetas de América formadas por los colosales Andes; i si supiéramos como esas montañas dejan paso a los fértiles valles, i como separan la vasta estepa, fria, inhospitalaria de la Siberia, de los desiertos de Gobi, de la Persia i de la Arabia, i como impiden que la superficie de nuestro globo sea una vasta i continuada llanura; si eso se hubiese hecho, entónces habria preparacion para el estudio de la jeografía física. Pero ni siquiera se ha pensado en descubrirnos las rejiones diversas que la naturaleza ha cuidado de delindar en el suelo de nuestra América. Así, no se nos ha mostrado el aspecto diverso de las llanuras de la América setentrional, i como muda i varía la naturaleza en la llanura que riega el Mississippi, mostrando desde el aspecto de los campos helados de Siberia hasta el aspecto risueño de las praderas de la parte meridional. I tampoco nos ha descrito la América del Sur con sus llanos, que habitan las palmeras; con sus selvas vírgenes exhuberantes de verdura; i con sus pampas estensas, que corren desde las rejiones donde se confunden con las lujosas selvas hasta las comarcas cubiertas por la escarcha.—Nada, nada de esto se ha descrito, i se nos viene a decir que por este medio se prepara para el estudio de la jeografía física.—No hai, pues, para que insistir en un punto tan débil.—Pasemos al tercero i último.

III.—*Como presentando en tres grupos los diversos paises del orbe se facilita el estudio de las producciones vejetales i animales, i como es que se da asi una idea relativa a la meteorolojía i a la influencia que sobre el hombre ejerce el clima.*

La primera idea de este párrafo nos dice que, con esta nueva division, se facilita el estudio de las producciones de los reinos animal i vejetal.—¿Es efectivo que estas producciones se encuentran distribuidas en tres secciones? Acaso, no están sometidas a las influencias del calor, de la humedad, de la naturaleza del suelo, i de los diversos accidentes que constituyen el clima?—No sucede que en una misma zona i siguiendo la pendiente de una montaña, notamos todas las variaciones de especies vejetales que nos muestra la tierra en el trayecto del ecuador al polo?

Acaso, es posible confundir lo que constituye la *estacion* de una planta o las condiciones físicas de que depende su existencia, con la *habitacion* o el hecho de su existencia en un país o en una localidad determinada? ¿No sabemos cuanto influyen las temperaturas estremas en las producciones vejetales? No sabemos que hai diversos centros de donde se han esparcido las distintas especies de vejetales que existen en la superficie de nuestro globo? i no sabemos que hai vejetales especiales, que caracterizan un país, i que no existen en otras comarcas colocadas en iguales circunstancias, i que, por el contrario, sucede que en rejiones de caractéres mui diversos se muestran, sin embargo, las mismas producciones? ¿No se sabe que la naturaleza encierra secretos que todavía el hombre no ha conseguido escrutar? i que la distribucion de los vejetales sobre la Tierra está arreglada por causas múltiples, «físicas las unas i que dependen de su naturaleza i de los ajentes que las rodean i ocultas las otras a nuestras investigaciones en el misterio del orijen de los seres»?

¿No sabemos que las temperaturas estremas i los de cada mes son las condiciones que mas importan para la vejetacion? i que, por ejemplo, en las rejiones donde se prolonga demasiado el invierno no prospera el almendro, ni fructifica el manzano en los paises tropicales? Para que una planta se aclimate es menester que la temperatura favorezca tal o cual funcion de su vida. A unas mata el rigor del invierno, como al naranjo, aunque el vera-

no sea ardiente; a otras, como al durazno, les importa sobretodo el vigor del estío.

¿I qué diremos de las especies que se encuentran distribuidas en casi todo el orbe, i que como el arroz, el maiz, el trigo, la cebada, etc., tanto importan a la vida del hombre?

No queremos de ningun modo negar la influencia tan notable que ejerce sobre la vegetacion, ya sea sobre su variedad, ya sobre su exuberancia, la situacion o distancia a que se encuentra del ecuador el lugar que consideremos.—Nó, lo que queremos es manifestar que lo que importa es el clima o las diversas circunstancias climatéricas, que caracterizan las distintas rejiones; i que por la variedad de estos, i por otras muchas razones, ni se puede hacer una clasificacion rigurosa de ellos. ni distribuirlos de una manera metódica sobre la superficie terrestre.—Como corroboracion de esto, i para evitarnos toda otra prueba, transcribimos a continuacion unas pocas líneas, tomadas de la Botánica del célebre Jussieu; «Examinemos, entretanto, las modificaciones jenerales que presenta la vegetacion, en relacion con la de los climas que acabamos de señalar.

Por poco que uno se dedique al estudio de las plantas, mui pronto se apercibe de la desigualdad con que se encuentran distribuidas las diferentes especies. Las unas se hallan localizadas en un espacio mui reducido, las otras, por el contrario, están dispersas en un gran número de puntos a la vez. Esta diferencia, que nuestras herborizaciones nos muestran en pequeña escala, se hace sentir igualmente cuando entramos a comparar los resultados de las que nos han enseñado a conocer la vegetacion de vastos i numerosos países; ciertas plantas particularizan ciertos países, otras son comunes a muchos» (§ 614 páj 526). I mas adelante agrega: «Recordemos lo que hemos dicho en otra parte, (§ 612) esto es, que la temperatura media ejerce ménos influencia sobre la vegetacion que la temperatura estrema de los inviernos i que la de los veranos, como así mismo cuanto importa la duracion de éstos. Pues, muchos vegetales escapando bajo la tierra o bajo la nieve que los cubre a la accion de la atmósfera pueden desafiar tambien la de los inviernos mas rigurosos i reaparecer un dia durante el verano, pudiendo recorrer entónces todas las fases de la floracion i de la fructificacion, si él es bastante ardiente i bastante largo. Estas mismas condiciones permiten igualmente la conservacion de un cierto número de especies anuales. Por consiguiente, puede haber

notables diferencias en la vejetacion de dos puntos situados sobre una misma *isoterma*: aquel en que las temperaturas estival e invernal difieren poco, i aquel en que difieren mucho, como en el oeste i en el interior de los continentes, en donde sucede que cada uno de ellos escluye cierto número de plantas que admite el otro. En consecuencia, las líneas *isotermas* no pueden mas que las líneas de las latitudes o de las alturas, definir rigurosamente una zona vejetal; las *isoguimenas* i las *isotermas* tampoco bastarian. *La vejetacion mas o ménos limitada de un país es la resultante de éstas i de otras muchas influencias combinadas, siendo por consiguiente mucho mas compleja que el clima al cual no se subordina sino de una manera jeneral. No se puede, por consiguiente, pretender circunscribir sus variaciones tan numerosas en ciertas líneas continuas, i formularlas en un pequeño número de leyes.*» (§ 628, páj 537).

Creo que no es necesario añadir nada a la citacion que acabamos de hacer para mostrar cuan inexacto i cuan falto de todo fundamento científico es la primera aseveracion que contiene este tercer punto.

Creemos inútil manifestar que sucede algo semejante tratando de las diferentes especies del reino animal, las que, cuando son útiles al hombre lo siguen a todas las latitudes; buscando, por lo demas, las condiciones físicas necesarias para su subsistencia i su propagacion. Hai algunas que caracterizan ciertas rejiones del globo, i que se encuentran aisladas por obstáculos materiales o fisiológicos. En las mismas zonas encontramos diversas especies de un mismo jénero, especies que constituyen caracteres de animales diversos en el nuevo i en el antiguo continente.

Está, pues, fuera de toda duda que la primera proposicion que analizamos es completamente infundada.

Respecto a las dos siguientes diremos que el señor Salas poco o nada nos dice de ello en su texto. No he encontrado en él ningun hecho que manifieste la importancia que atribuye a la meteorolójia; por el contrario de todo lo que aquí hemos dicho se puede desprender fácilmente que la ha olvidado por completo, i que las mas veces ha llegado hasta desconocer hechos de sencillísima esplicacion.

No se da una idea de la meteorolójia, cuando se empieza por sentar un órden de cosas falso, i que ella condena totalmente. Ante todo ella nos obliga a estudiar los diversos fenómenos, a tomarlos todos en cuenta cuando queremos sentar una proposicion; i nos en-

señala a no dejarnos arrastrar por teorías, sino a pesar, a ordenar o a distribuir convenientemente todos los hechos ántes de sentar las leyes.—Sobre todo, nos muestra que los fenómenos meteorológicos son muy variados, i mas todavía, las circunstancias, los accidentes que caracterizan las diversas zonas climatológicas.

Tampoco he encontrado en el texto nada que me de una idea exacta respecto a lo que él piensa sobre la influencia que ejerce el clima en el hombre. ¿Le dá una importancia capital? Créese que él es capaz de obrar fuertemente sobre la naturaleza humana, es decir, sobre el desarrollo de la inteligencia, sobre el poder de la voluntad? ¿Créese que esas circunstancias exteriores pueden influir hasta el punto de dominar al hombre i hacer ilusoria su libertad?

Por el sistema que el señor Salas sigue, i por la manera como él espone esta proposición, es de presumirse que le da grande importancia. Por lo demás, esto es secundario.

Ya hemos concluido nuestro exámen de las diversas razones que ha tenido el señor Salas para adoptar este nuevo sistema de exposiciones, i de la naturaleza misma de las cosas se desprende que ellas son completamente inaceptables. Además de carecer de base científica, el nuevo plan introduce la confusión i el desorden, i viene a dificultar un estudio descriptivo que es por demás sencillo i ameno. El alumno, con este sistema, tiene que volver a un mismo continente dos i tres veces, i así jamás se podrá formar una idea exacta de las proporciones de éstos, ni de las dimensiones verdaderas de los países. I no pudiendo tener una idea cabal a este respecto, no se comprende como el alumno pueda llegar a dibujar sus lecciones en la pizarra, que es el método mas sencillo de que se le grabó la posición, la forma, el tamaño i las irregularidades de todos los países.

Las divisiones que este sistema establece son muy desproporcionadas, i en lugar de ser reducidas, son abundantísimas, como muy en breve se verá por la hojeada que haremos del libro.

No comprendo como se puede decir que de este modo se armonizan i encadenan los diversos estados (informe de la comisión). Si este fuera el único encadenamiento que existe, a cuánto no estarían espuestas las diversas naciones! El menor soplo, el accidente mas insignificante seria capaz de alterar por completo los lazos imperecederos que deben mediar entre las diversas familias que pueblan el universo! ¿Cómo se encadenan los estados a causa de

sus circunstancias climatéricas? (dando por sentado que éstas se hubieren tomado en cuenta en la division). ¡Encadenamiento ficticio, imaginario, falso! cuya existencia seria curioso ver probada.

Concluimos con esta parte de nuestro estudio, a que sin pensar hemos dado demasiadas proporciones, para entrar a un rápido exámen del cuerpo mismo de la obra.

II.

OBSERVACIONES SOBRE LA OBRA.

El texto del señor Salas Lavaqui consta de 198 pájinas, en diez iseisavo, sin contar un Indice alfabético; i está dividido en cinco grandes divisiones: Idea jeneral, zona tórrida, zonas templadas, zonas glaciales i una descripcion jeneral por via de apéndice, i subdividiéndose la tercera en dos, zona templada boreal i zona templada austral. La 1.^a de estas partes comprende 18 pájinas, la 2.^a 37, la 3.^a 121, la 4.^a apénas cuatro, i la 5.^a 18.

Idea jeneral I. Todas las nociones relativas a cosmografía, a jeografía física, i jeografía política se encuentran encerradas en 14 pájinas, pues las otras cuatro de la idea jeneral están ocupadas por una especie de vocabulario en que se encuentran las definiciones de las palabras i espresiones de mas uso en la jeografía, para que consulten los alumnos. Mal sistema, porque ademas de serle molesto al alumno, es seguro que él no consultará jamas. Esas definiciones debieran intercalarse en el cuerpo mismo del texto i cuando se tratase de dar una descripcion del aspecto físico del globo.

Es sensible que esta parte del texto que debiera haber hecho con tanto cuidado el autor, ya por la importancia que ella tiene como porque era de esperarse un ensanche considerable a este asunto—dada la atencion que, ateniéndonos al plan que ha seguido, parece haber dado a las nociones físicas i astronómicas,—sea, sin embargo, deficiente i contenga no pocos errores.

Dejando a un lado las incorrecciones i redundancias de poca monta, pero que no debieran existir en un texto de enseñanza, que contienen los primeros números; indicaremos la confusion que se nota entre el número 1, páj. 1, i el número 2, páj. 2: en el primero define la jeografía, divide, en seguida, esta ciencia en sus tres

ramas, i despues de haber definido cada una de ellas agrega, en el número 2: «Lo que se llama jeografía descriptiva no es una rama diversa de las anteriores *sino la reunion de todas ellas.*»

En la páj. 2, núm. 1 dice: «*Al punto por donde se levantan los astros se ha dado el nombre de este; i al punto por donde se ocultan el de oeste.*» Sabemos que no es uno solo el punto por donde salen los astros i que no se ocultan tampoco por el mismo punto, pues de polo a polo se les ve hacer esto por todos los puntos del horizonte ¿cuál es, segun la definicion, el este i el oeste? Los habitantes de las rejiones ecuatoriales ven astros que se ocultan i se levantan en las inmediaciones del polo ártico, i del antártico; nosotros, que tenemos el polo ártico a una altura de $33^{\circ} 27'$, vemos que algunas estrellas se ocultan i se levantan bajo el polo, ¿estarán allí el este i el oeste?—I mas abajo, tratando de definir el norte i el sur, nos da tambien una idea inexacta i confusa para un niño. ¿Cómo puede ser confuso. i cometer incorrecciones tratándose de ideas tan sencillas?

Siguiendo en el mismo orden en que están espuestas las ideas en el texto, iremos tan solo anotando las incorrecciones que nos saltaren al ojo.

Hablando de las partes que comprende el antiguo continente dice en la páj. 6: «Del Africa la naturaleza hizo una península, pero el hombre la convirtió en isla cortando el istmo de Suez que la unia con el resto del continente.» Si el señor Salas considera el Africa como una isla, debe indicarnos muchas otras que se encuentran bañadas totalmente por el Océano, o bañadas en una parte por éste i separadas en la otra del continente por rios i canales. Así, por ejemplo, el mediodia de la Francia se halla cortado por los rios Jironda i Garona con el canal de Longuedoc, quedando, por consiguiente, al sur una grande isla que comprende una parte de la Francia, la España i el Portugal, i ¿porqué no se menciona en el testo esta importante isla?—Pero, a que detenernos en esto cuando el señor Salas no tiene a este respecto una idea cabal? I, si no, véase la páj. 42, en donde dice: «El Africa unida al Asia por el istmo de Suez» i mas adelante páj. 189: La gran península situada al S. O. del antiguo continente forma la tercera parte del mundo, el Africa unida al Asia por el istmo de Suez.»—Al principio se dice que es isla, despues que es península ¿qué es, al fin?—Creemos que, hablando con propiedad, no se le puede llamar ni isla ni península. No se llamaria isla sino conti-

nente, si la consideramos separada del Asia, por su vasta estension, pues es cerca de cuatro veces mayor que la Australia a la cual el mismo señor Salas da el nombre de continente. Considerándola unida al Asia, tampoco seria península por la misma razon anterior, pues esta palabra significa casi isla (del latín *pene*, casi, *ínsula*, isla),

En la páj. 7, núm. 3, hace un viaje de los polos al ecuador, que está mui léjos de ser exacto. Ya hemos manifestado todas las irregularidades que sufre la temperatura, i como no es posible sentar a este respecto una lei única. No tenemos, pues, para que detenernos en este punto. Sigamos el curso del libro.

En la páj. 8 despues de haber tratado de las zonas i de los círculos que las fijan, agrega en letra chica unas lijeras nociones sobre las corrientes i los vientos, únicas nociones de jeografía física que existen en todo el texto, i que, intercaladas en esta parte, no tienen conexion alguna con lo que precede, ni con lo que sigue.

En los núms. 3 i 4, páj. 8, 9 i 10, se ocupa de darnos una idea sobre las zonas, sobre los meridianos, ecuador, paralelos; i cosa curiosa, habla de estos círculos, como si se tratara de algo ya conocido, pues no ha cuidado de hacer ántes la division imaginaria del globo, mostrando los diversos círculos máximos i menores que lo rodean.

I mas todavía, el señor Salas no habla de círculos, sino de líneas; para él son líneas los paralelos, los meridianos, i sin embargo, no cuida de guardar la concordancia del jénero, pues, si son tales, debió decir, *las paralelas*, etc. ¿No sabe, acaso, que estos diversos círculos resultan de cortar la esfera terrestre por un plano ya sea perpendicular al eje de la tierra, ya en la direccion de éste? No ha tenido cuidado de guardar siquiera uniformidad en sus espresiones, pues poco mas abajo, nos dice que entre esas líneas imaginarias hai una que limita la zona tórrida por el N. i se denomina Trópico de Cáncer i otras que limitan las zonas glaciales i se denominan *Círculo Polar Ártico*, *Círculo Polar Antártico*. ¿Cómo nos entendemos? los paralelos son líneas o son círculos? ¿es lo mismo una que otra acepcion?

La misma denominacion de *línea* da al *meridiano*, i a este respecto encontramos una definicion que está mui distante de ser correcta.—Dice así: «la línea que pasa por un punto dado i por los dos polos.» Las infinitas líneas que en todas direcciones podemos hacer pasar por Santiago i por los dos polos ¿serán meridianos? ¿Se-

rá meridiano la línea que pasa por Buenos Aires, Méjico, Paris, Pekin i los dos polos? ¿Qué es, pues, lo que se entiende por meridiano segun esta definicion?

Respecto a latitud i lonjitud da ideas mui sucintas, i que están distantes de poder suministrar una nocion clara sobre ellas a niños pequeños para quienes no es fácil, por lo jeneral, comprender estas ideas.

Consecuente con el principio de la brevedad i de la concision que parece ha tenido en vista siempre el autor, da apénas una idea rápida sobre las cartas jeográficas, sin nombrar los planisferios, ni indicar como se consigue representar sobre ellas la superficie terrestre. No indica como se puede hallar la latitud i la lonjitud de un punto cualquiera sobre un mapa; i hablando luego de la *escala* no se manifiesta siquiera cual es su uso.

Aquí concluyen las nociones sobre jeografía astronómica i física, que a mas de ser escasas, no están espuestas de una manera correcta, propia de un libro de enseñanza; ni aun notamos esa precision del estilo que siempre debe existir en los libros que son destinados al uso de los alumnos. La claridad, la pureza, la sencillez i la sobriedad, son caractéres que nunca deben faltar en un buen texto.

Así, en la páj. 6, hablando de las aguas dice: «Las aguas no están divididas como las tierras: todas ellas forman una estensa *llanura* que ocupa como las tres cuartas partes del globo.» Encontrando la espresion *llanura*, es claro, que el alumno ha de buscar su significado jeográfico en el vocabulario introducido por el mismo autor, en donde se lee, páj. 17: «*Llanura*.—Vasta estension de terreno plano i ordinariamente fértil.»—Segun esto, las aguas deben formar una vasta estension de terreno plano i ordinariamente fértil.—¿Hai correccion en esto?—En la misma páj. 6 dice: «El Océano Atlántico *separa o mas exactamente une* por las facilidades del comercio marítimo el antiguo i nuevo continente.» Segun esto, para espresarnos con mas exactitud, debiéramos decir, por ejemplo, que la América del Norte se halla unida a la Europa por el Océano Atlántico i separada de la América del Sur por el istmo de Panamá. No se olvide que se trata de un texto de enseñanza en que no se puede permitir estas licencias.

Pasando a la parte en que se ocupa de la jeografía política, debemos decir de ella que es por demás deficiente, i que contiene tambien errores de consideracion.—No hai la mas lijera idea so-

bre las razas humanas; talvez no consideró ésta el autor como una cuestion digna de figurar en un texto!

I luego entrando a la formacion de los estados se detiene en una disertacion sobre la manera como las sociedades han pasado de la forma de familias, a tribus, a naciones, de una manera ordenada i regular.—Es imposible que el alumno pueda formarse una idea exacta de lo que es una nacion con la esplicacion que dá el señor Salas. Allí no se indican ninguno de los elementos que la caracterizan ¿esto aconseja la brevedad?—I siguiendo dice, páj. 12. «Así como la familia i la tribu necesitó (o necesitaron?) un jefe para su conservacion, así tambien i con mayor razon lo necesita la nacion; bien que, por lo jeneral, un solo hombre no puede dar abasto a las múltiples atenciones que requiere. De aquí proviene que se haya dividido el poder público en tres ramas, lejislavo, ejecutivo i judicial: el lejislativo, encargado de formar las leyes; el ejecutivo, de hacerlas observar, i el judicial de perseguir sus infracciones.»—Nótese la concordancia que hace de ramas con lejislativo, ejecutivo i judicial.

Crear que a consecuencia de que «un solo hombre no puede dar abasto a las múltiples atenciones que requiere una nacion o Estado, se ha dividido el poder público en tres ramas» es tener una idea mui escasa acerca de la naturaleza del gobierno i de la administracion de un Estado. ¿De modo que esta division se ha establecido para comodidad de los gobernantes, i ella consiste en que distintas personas estén encargadas de las diversas ramas del poder público, aunque en el ejercicio i en el funcionamiento estén unas subordinadas a las otras? Así, poco importaria a la division de los poderes i por consiguiente a una buena forma de gobierno, que los funcionarios del orden judicial dependan inmediatamente del ejecutivo i puedan ser removidos por éste; i que los miembros de las cámaras sean o no funcionarios de la jerarquía administrativa.—¿O no sabe el señor Salas que la division de los poderes descansa en una base mas sólida i mas estable? i que ella se introduzca poco a poco en la vida de las naciones, merced a la aplicacion de los principios científicos modernos, a la política i a la organizacion de los Estados?—Estos son principios cardinales que no se pueden olvidar.—I qué diremos de la definicion de los poderes?—Dice el judicial es el encargado de perseguir sus infracciones. (las infracciones del judicial?).—Admitamos que diga: el poder judicial es el encargado de perseguir las infracciones de la

lei.—Error, i gravísimo error, que creemos no hai necesidad de probar, pues, basta su sola enunciaci3n.

Concluye luego esta parte, sin darnos tampoco la mas lijera idea sobre los diversos grados de civilizaci3n que existe entre los distintos pueblos que habitan nuestro globo. Basta, pues, lo que hemos dicho para manifestar que esta parte se resiente por sus numerosas inexactitudes i deficiencias. Ojalá en una nueva edici3n se le diera mas ensanche, cuidando de estenderse, sobre todo, en lo relativo a jeografía física i de modificar las incorrecciones que hemos apuntado.

Rejistrando el Vocabulario que forma parte de la idea jeneral, i que la termina, encontramos, páj 15: Bahía—*Grande estension de mar dentro de las tierras, de entrada ancha, i por cierto, poco resguardada.* Dejando a un lado el uso impropio de la espresion *dentro*, comparemos esta definici3n con la de golfo que dá el mismo autor en la páj. 17. «Golfo—Porci3n bastante estensa de agua que se interna en la tierra i cuyos límites no son todos visibles desde un mismo punto.» Es curioso observar que a la bahía la denomina *grande estension de mar*, i al golfo *porci3n bastante estensa de agua*. I ¿qué nombre dar a la condicion característica del golfo, de que sus límites no sean todos visibles desde un mismo punto? No comprendo verdaderamente como se comete esta clase de errores. Podria indicar otras incorrecciones; pero prefiero pasarlas por alto i entrar de lleno al cuerpo mismo del texto.

Observaciones jenerales. II.—Desde luego el texto, a causa de la impresi3n, presenta una confusi3n mui propia para desorientar al estudiante. El alumno que empieza a estudiar la jeografía se encontrará, por ejemplo, con que a continuaci3n de Brasil, Guayana, viene Africa, Reji3n occidental, Reji3n oriental, etc. Islas, Asia, Arabia, Indo China, etc. Oceania, como, si todas éstas fuesen partes mas o ménos iguales de un mismo todo. Tienen el mismo tipo i están incluidos en la misma secci3n.—Las materias están distribuidas de tal modo que hacen del libro un dédalo que parece esquivar toda mirada i que es mui propio para perder la imaginaci3n del alumno en tantas idas i venidas.

Tiene que volver varias veces a un mismo continente, pues lo encuentra comprendido en cada una de las secciones del texto. Así en la zona tórrida estudiará el niño el Africa, pero solo en la parte que le corresponde, siendo necesario troncharla, i dejar para la zona templada austral la Reji3n del Cabo i Repúblicas Sud-

Africanas; i luego dejar otra vez esas rejiones inhospitalarias del Africa, i pasar a la Oceanía para no volver a ocuparse de ellas sino al tratar de la zona templada boreal, donde se encuentran Marruecos, Arjelia, Túnez, Trípoli i Ejipto; i luego abandonarla del todo para ocuparse de la Europa. Las divisiones i subdivisiones han sido exajeradas como ya no es posible mas. Jamas podrá el alumno con un sistema semejante llegar a formarse un conocimiento mas o ménos exacto de la jeografía.—El mismo señor Salas lo ha comprendido así, pues intercala al fin del texto i por via de apéndice una descripcion de los continentes. ¿No es ésta una condenacion de su propio sistema? I es curioso observar que por via de apéndice se haya intercalado una descripcion del mundo; parece que el autor se hubiese arrepentido a última hora, i convencido de que con su plan el alumno no podría tener una idea de la configuracion terrestre; i que era menester describir nuestro globo tal como él existe formando esas grandes porciones de tierras que se denominan continentes.—¡Ah! no impunemente se violan las leyes del buen sentido, que nos llaman sin cesar al órden natural de las cosas! Se quiere describir la Tierra, se quiere darnos a conocer el planeta que habitamos, i se empieza por decirle, reniega de tu ya antigua forma, deja ese traje pesado i monótono que te cubre, olvida tu estructura añeja, tus divisiones infundadas, olvida tu pasada existencia, i ven conmigo que yo te alzaré, nuevo, fresco, orijinal! Ya tus montañas no formarán esas vastas cadenas que te recorrian en toda tu estension; ya no formarán ese antiguo sistema que nos mostraba al mismo tiempo las elevadas cimas del Gaurisankar, i las cubres del Illampú, del Illimani i del Aconcagua; ya se ha roto ese asombroso anillo que con sus ramales infinitos cubria la superficie de la Tierra; ni ellos separan ya las vertientes de los rios ¡ni qué importan los accidentes naturales! ¿Acaso se describe la tierra con sus contornos físicos, con las sinuosidades de sus costas, con sus profundos valles, con sus mesetas elevadas?—¡Ah! nó, todo eso es antiguo, rutinario; ahora, infeliz planeta, vas a ser dividido por cuatro círculos de fierro que te mantendrán a raya i que te serán inflexibles!

Por lo demas, i considerando el libro en sí mismo, diremos que aunque es de suponer que, cuando se trabaja un libro destinado a la enseñanza se tenga todo cuidado i se trate de tomar los datos en fuentes fidedignas; no está, sin embargo, exento el que anali-

zamos de algunos errores, provenientes, unos, de descuido, pues no creemos que sea por falta de conocimiento, otros, de no haberse consultado con cuidado los diversos datos que existen respecto a las mismas comarcas. En materia de datos jeográficos, es menester tener mucho cuidado; i es preciso irlos a tomar, siempre que sea posible, en su fuente primitiva. Así el almanaque de Göttinga, que parece ha servido mucho al Sr. Salas, es sin duda alguna muy exacto en los datos que dá; pero tratándose de países americanos suele equivocarse, i tambien es mas propio que entónces tomemos datos de primera mano que siempre serán mas nuevos, i muchas veces mas exactos. Como prueba de esto citaremos la poblacion que el señor Salas da a la ciudad de Lima (100.000 habitantes), tomada talvez de dicho almanaque que en el último año dió a esta ciudad la poblacion de 100.073 habitantes en lo que indudablemente ha habido un error, o tipográfico o debido a inexactitud de informes; pues los libros del Perú asignan a esa ciudad de 170.000 a 200.000 habitantes, lo cual se halla conforme con el conocimiento que todo el mundo tiene de esa ciudad.

Para no estendernos demasiado sigamos, pues, el curso del libro tal como se encuentran distribuidas las materias; anotando tan solo las observaciones en el orden en que nos las sujiera nuestra rápida hojeada.

Zona tórrida. III.—Páj. 23.—Dice: «Situacion.—El primer país de América cuya mayor parte está en la zona tórrida, comenzando por el N., es Méjico, situado entre el Atlántico i el golfo de su nombre. Sabemos que el país que tiene esta situacion es la península de Florida i no Méjico.

En la misma página hablando de los rios de Méjico solo enumera el Colorado i el Grande o Bravo del Norte, como los principales del país. Pero, el primero pertenece casi todo a los Estados Unidos, i solo en la parte mas inferior de su curso atravieza la estremidad N.O de Méjico, que es casi completamente árida; i el segundo, que corre entre ambas repúblicas, presta al país una utilidad secundaria. Los rios principales de Méjico son los que recorren el interior del territorio, entre los cuales hai algunos bastante caudalosos, como el Pánuco, el rio Grande de Santiago, el de las Balsas, etc.

Páj. 24.—Entre las ciudades de Méjico apénas nombra cuatro, pudiendo haber puesto tambien algunas otras: como Querétaro, célebre bajo varios aspectos, i con una poblacion de cerca de

50,000 habitantes; como San Luis de Potosí que es la ciudad mas concurrida por los extranjeros; Zacatecas i Morelia, ciudades que pasan de 35,000 habitantes.

Páj. 30.—No es exacto lo que dice en los cinco primeros renglones del segundo acápite relativo al aspecto físico de Venezuela. Lo que sucede es que un ramal de la cadena oriental de los Andes colombianos recorre la parte setentrional del país i ya a terminar en el cabo Paria, *no a perderse en las bocas del Orinoco*.

Páj. 31.—En el acápite *Gobierno*, dice que Venezuela «contiene 20 Estados, un distrito federal i un territorio,» i mas adelante, en la misma página nombra tres territorios. Tanto esto como aquello es inexacto; los territorios son dos, Goajiro i Amazonas.

Páj. 32.—Dice: «Este país (Colombia) está situado al N. O de la América meridional comprendiendo el istmo de Panamá.» Esto es todo lo que dice con respecto a la situacion de Colombia, i es claro que esta situacion corresponde a Centro América. La preposicion *a* equivale a *junto*, *cerca de* e indica esterioridad; la preposicion *en* indica interioridad. Así diremos que la Inglaterra está al N. de Francia, i no *en*; i que Ruan está *en* el N. de Francia, i no *al*.

Esta clase de inexactitudes es mui frecuente en el libro del señor Salas.

Páj. 34.—En esta página, despues de decir que la república del Ecuador se halla dividida en 13 provincias, agrega: «*se acostumbra tambien dividirla en tres distritos: Quito al N, Guayas al O de los Andes, i Azuay al S. i al E.*» Esta division no depende de la costumbre, sino de la lei del mismo país que establece la organizacion militar de la república. Segun dicha lei el Ecuador se divide en tres distritos militares: *Quito, Cuenca* (no Azuay) i *Guayaquil* (no Guayas).

Páj. 35.—En esta página dice que el Ucayali (rio del Perú) «*recibe el Apurimac i el Urubamba.*» Esto no es exacto, pues el *Ucayali* es formado por los rios *Vilcanota, Santa Ana o Urubamba i Tambo*, formándose el último por los rios *Ene i Perene*, i el *Ene* está formado por los rios *Jauja, Muntaro i Apurimac*. De modo que el *Urubamba* no es afluente del *Ucayali* sino uno de los rios que lo forman; i tampoco es afluente de él el *Apurimac*, que es uno de los rios que forman al *Ene*, el cual es uno de los que forman al *Tambo*, siendo éste uno de los que forma al *Ucayali*.—No se olvide que se trata de paises que están a un paso de noso

tros, i cuya jeografía nos debe ser conocida perfectamente. Sin embargo, ya hemos indicado el error cometido respecto a la poblacion de Lima; i pasamos a indicar otro relativo a la division del mismo país.

Páj. 36.—Dice: «El Perú se divide en 16 departamentos i dos provincias litorales.» Tómese una jeografía cualquiera del Perú, i se verá cuan equivocada es esta division; pues la verdadera es en 18 departamentos, 2 provincias litorales i una constitucional. *Moquegua*, que la pone entre los departamentos es una provincia litoral. Faltan los departamentos de *Lambayegue*, *Apurimac* i *Tacna*. Lo que está puesto como *provincia litoral del Callao*, se llama *provincia constitucional del Callao*.

En la misma paj. dice: «*Arica* en el departamento de *Moquegua*.»—Este es otro error, pues se encuentra en el departamento de *Tacna*.—I luego, agrega: «*Tacna* en el departamento de *Moquegua*.» *Tacna* es capital del departamento de su nombre, i ya hemos dicho que *Moquegua* es provincia litoral.—Advertiremos tambien que entre las ciudades del Perú deja de poner a *Cajamarca*, *Huaraz*, *Gerro de Pasco*, *Ayacucho*, i otras que son bastante notables.

Páj. 50.—Dice: «*Calcuta* (800,000 h.), capital de las posesiones inglesas en Asia.» Las posesiones inglesas en Asia comprenden tres gobiernos completamente separados, que son: la India, Ceylan i los Establecimientos del Estrecho.

Zonas templadas. IV.—Despues de ocuparse de los países que comprende la zona tórrida, entra a tratar de las zonas templadas empezando por la templada austral, i dando la preferencia, como es natural a Chile. Este país se encuentra bien tratado, con alguna estension, e ilustrado con datos curiosos; esto le ha merecido algunos elojios i la recomendacion especial que hace el informe. Sin embargo, indicaremos algunos defectos que desearíamos ver desaparecer, i algunas equivocaciones que ojalá no existieran. Asi, no encontramos utilidad alguna en indicar la latitud de los rios i de las islas, sobre todo de las que forman grupo, como *San Ambrosio* i *San Félix*, i *Juan Fernandez*, etc. Entre las inexactitudes que hemos notado indicaremos las siguientes:

Páj. 71.—En los dos primeros renglones de esta página dice que el territorio de *Magallanes* está comprendido en el distrito jurisdiccional de la Corte de *Concepcion*. Dicho territorio se halla comprendido en el de la de *Santiago*.

Páj. 76.—Dice: *Puertos secos* (de la provincia de Atacama).—Mayores: *Paipote* i *Pulido*—*Puerto seco* menor es el boquete del *Tránsito o de los Naturales*.—Hai todavía otros varios boquetes pero no están habilitados para el comercio.—Habria sido mejor que el señor Salas no emplease la espresion *secos*, que ya no usa, la lei, pues solo los llama *puertos de cordillera*.—Por lo demas Paipote i Pulido no son puertos mayores, sino menores. El puerto mayor de cordillera que hai en esta provincia es Jorquera, que no lo menciona siquiera entre los menores. Entre éstos últimos falta tambien el Cármen.

Páj. 78.—Entre los puertos marítimos de Aconcagua falta el de *Pichidangui*.

Páj. 83.—Dice: «que los fondeaderos de *Tuman* i la *boca del Rapel* (provincia de Colchagua) están habilitados como puertos menores.» Es verdad que Tuman es puerto menor, pero Rapel no está habilitado como tal.

Páj. 85.—Dejando a un lado el error tipográfico relativo a la poblacion de Talca (175,000 hab.), notamos que no nombra al rio *Lircái*, ni nos recuerda a *Cancha Rayada* ni a *Quechereguas*, sitios todos de recuerdos históricos.

Páj. 86.—En esta provincia (Linares), falta el rio Achibueno.

Páj. 89.—Dice: *Departamentos*—(de Concepcion)..... Talcahuano i Concepcion situados al O., entre Coelemu i Puchacai.» Aquellos dos departamentos no se hallan entre Coelemu i Puchacai, pues éstos los limitan solo por el oriente, teniendo al S. el departamento de Lautaro.

Páj. 90.—Entre los puertos marítimos de Concepcion pone como mayor a Lota, que es menor, faltando ademas el puerto menor de Laraquete.

Páj. 91.—Dice en el acápite *Rios i Lagos* (de Arauco) el Imperial con *sus afluentes* Cautin i Cholchol. Estos dos rios no son afluentes, sino que forman el Imperial.

Páj. 93.—Son inexactos los límites que señala a la provincia de Llanquihue. Su límite meridional no es el «seno de Reloncaví i rio Puelo,» sino mas al S. la ensenada i rio de Coman, formando el territorio comprendido entre ámbos rios i senos toda la parte oriental del departamento de Carelmapu.

Páj. 94.—Entre los puertos de Llanquihue falta el menor de Godoi.

En la misma página, dice «Chiloé (64,540 hab.).—Comprende

las islas i *porcion de continente* situados entre el canal de Chacao i el paralelo del cabo de Tres Montes,»—Pero esta provincia se compone solo de islas.

Páj. 96.—En esta página dice que el territorio de Magallanes «comprende la Patagonia oriental i occidental..... siendo su límite setentrional el rio Negro que la separa de la República Argentina, i el paralelo del cabo Tres Montes, que la separa de Chiloé.» El territorio de Magallanes no comprende toda la Patagonia, sino solo una parte; i la prueba la tiene el señor Salas en que las autoridades argentinas llegan hasta el rio Santa Cruz, límite actual de la jurisdiccion chilena:—El límite con las provincias de Chile tambien está equivocado; pues dicho territorio limita al N. con la provincia de Llanquihue, de la cual está separada por la ensenada i rio de Coman, hácia los 42°. 10', dejando al oeste la provincia insular de Chiloé que se estiende entre el canal de Chacao i la península de Taitao.

Concluimos nuestras observaciones sobre Chile, deseando que el señor Salas se sirva consultar para su nueva edicion los últimos datos que nos suministra anualmente la Estadística i los Anuarios hidrográficos.—Es menester que tratándose de nuestra propia patria se tenga el mayor cuidado posible, i se consulte toda clase de datos.—Sigamos, pues, adelante para concluir luego con esta ingrata i ya larga tarea.—Solo pedimos al señor Salas se sirva comprobar las observaciones que le hacemos.

Páj. 100.—La República del Uruguay no se divide en provincia, sino en departamentos.—Los departamentos (no provincias) de San José i Canelones se encuentran sobre el litoral del Rio de la Plata, i por consiguiente no son centrales, como se dice.

Páj. 102.—El Paraguay no se divide en 25 departamentos sino en 23.

Páj. 103.—En esta página se ocupa de las repúblicas Sud-Africanas, siendo que éstas ya no existen pues han sido anexadas últimamente a la colonia del Cabo, sin constituir aun un gobierno definitivo.

Páj. 121.—En esta página, acápite titulado *Capitanías jenerales* i provincias (de España), solo pone las capitanías jenerales de Galicia i Provincias Vascongadas como bañadas por el mar de Vizcaya; estándolo tambien las capitanías de Castilla la Vieja i Burgos, que él coloca como interiores.

Páj. 123.—Dice: «Poblacion (de Andorra): varían los datos de

4 a 12,000 hab.»—Aunque estas mismas palabras se encuentran en el almanaque de Gotha, no comprendemos como el señor Salas no ha tomado la poblacion que le asigna el señor Corona Bustamante en su excelente Jeografía de España.—Este autor le asigna con toda seguridad 16,000 habitantes.

En esta misma página dice: «Estos mares (el Adriático, el Jónico i el Tirreno o de Toscana) se encuentran respectivamente *separados* por el canal de Otranto i el estrecho del Faro de Mesina.» Parece que, segun el señor Salas, las aguas unen tierras i separan mares; ya ántes hemos visto que «el océano Atlántico *une* el Antiguo i Nuevo Continente,» i ahora vemos que el canal de Otranto i el estrecho de Mesina *separan* los mares que bañan la Italia.

Páj. 125.—Apesar de que aqui en el acápite *ciudades* (Italia) se nombran 23, no se hace mencion siquiera de *Milan*, sin embargo, de que esta grande i hermosa ciudad es una de las mas notables del reino i la tercera por su poblacion solo inferior a Nápoles i a Roma; ni nombra tampoco a Pavia, Pisa, Módena, Perugia i otras célebres ciudades de Italia.

Páj. 135.—Entre las ciudades de Francia faltan algunas de importancia que, como Reims, Nancy, Niza, Rennes, Angers, Nimes, Montpellier, son conocidas de todos i célebres bajo varios aspectos o como el puerto de Saint-Nazaire, que cada vez se hace mas importante; o como Aviñon, célebre por haber sido durante 68 años residencia del Papa.

Páj. 144.—Dice en el acápite *gobierno*: «con escepcion de las tres ciudades libres que son repúblicas, todos los demas Estados de Alemania son *monarquías o principados constitucionales.*» Las espresiones *monarquías i principados constitucionales* ¿serán sinónimas o de distinto significado?—Es indudable que no son sinónimas, pues la Baviera, por ejemplo, es una monarquía i no es un principado. Si tienen distinto sentido tendremos que hai una nueva forma de gobierno de que no habia hablado el señor Salas, quien dice ademas en la Idea Jeneral (páj. 32) que todo gobierno deberá ser monárquico o republicano. Pero los ducados i grandes ducados del imperio ¿serán monarquías o principados?—Si son monarquías ¿por qué no lo son tambien los principados? si son principados ¿qué es lo que se llama un principado?

¿Se quiere que sigamos todavía en un análisis detenido? Nó, lo que hemos apuntado nos parece suficiente para manifestar que el

libro del señor Salas está mui distante de encontrarse a la altura de los conocimientos modernos; i mui distante aun de ser un libro correcto, i que pueda recomendarse por su claridad i sencillez.—Antes de concluir nos resta que hacer todavía algunas observaciones jenerales.

Consideraciones finales. V.—Aunque el señor Salas en el Prólogo de su libro nos promete presentar en tres grupos las producciones vejetales i animales, no encontramos, sin embargo, en la descripción de las diversas zonas un cuadro de los vejetales que les sean característicos, i de los animales principales que habiten en ellas i las particularicen.

El autor se pierde en estas descripciones en mostrarnos los efectos que producen sobre el hombre, el exeso de calor o la rijidez del invierno; i en esplicarnos si la circulacion de la sangre es mas o ménos activa, si la vida es mas o ménos corta, si la respiracion es mas o ménos enérgica, en una en zona que en otra.

Estas descripciones no están bien en un texto de jeografía descriptiva; ni corresponde a esta clase de libros el uso de palabras técnicas que las mas veces no han de comprender los alumnos i que ojalá hubiera evitado el autor.—Así, en la páj. 59 hablando de los caracteres de las zonas templadas dice: «El hombre de los paises templados vecinos a los trópicos, tiene constitucion i costumbres mui semejantes a las del habitante de estas rejiones; i el de los puntos inmediatos a los climas glaciales se asemeja al habitante de estos paises, por las costumbres, temperamento i *aptitudes mórbidas*. ¿Qué entiende el señor Salas por *aptitudes mórbidas*? ¿Cómo comprenderán esto los alumnos?—Es curiosa tambien la pintura que nos hace de los habitantes de las zonas glaciales, páj 179: «Los indijenas del polo tienen un carácter tan suave i apacible, que entre ellos no existen siquiera palabras injuriosas. La tribu pasa largos inviernos en las tinieblas, calentándose todos hombro con hombro, en el mismo hogar, i sin otra distraccion que los placeres de la conversacion.»

Ya que hablamos de estas descripciones debemos agregar que ademas que no vienen bien a un texto de jeografía, ellas tampoco son orijinales i ni aun han sido bien tomadas. No se diga que en un texto no es posible ser perfectamente orijinal; pues en esto estamos de acuerdo.—¿Pero es posible tomar descripciones completas de otro autor?—¿es posible valerse de sus mismas frases, de idénticas espresiones? Tómese, en hora buena, las ideas, las

teorías, i déseles el desarrollo que se crea conveniente. Pero otra cosa es escribir completamente, insistimos, completamente, con palabras, frases enteras, i todo el estilo de un autor, sin citarlo. Para probar esto, nos bastará simplemente tomar una parte en la descripción de cada una de las zonas; advirtiéndole que podríamos hacer idéntica cosa con la descripción total de ellas.—Citemos, que esto nos excusa de toda otra prueba.—Dice el señor Salas, páj 21, hablando de la zona tórrida: «La circulación de la sangre es mas activa que en las comarcas templadas, por lo cual la vida es jeneralmente mas corta; la respiración es ménos enérgica; las fuerzas musculares, ménos desarrolladas. El habitante de los países tropicales puede aun dispensarse de vestidos, no tiene necesidad mas que de una escasa cantidad de alimentos, i para proporcionársela, le basta sacudir las ramas de un árbol o arrancar algunas raíces del suelo. No teniendo verdaderas necesidades i siendo la vida sumamente fácil para él, es imprevisor i se deja dominar por las pasiones del momento i por los placeres. En jeneral, obedece mas a la imaginación que a la razón: su carácter es inquieto, i con frecuencia pasa de un extremo abatimiento a un estado de exaltación que produce revoluciones i trastornos deplorables. La mas mortífera de las estaciones es aquella en que la acción de la humedad se combina con la del calor excesivo.»—Véase *Jeografía Física de Barros Arana*, páj. 271.—Dice así: «La circulación de la sangre es mas activa que en las comarcas templadas: el aparato respiratorio funciona con ménos energía; las fuerzas musculares están poco desarrolladas; i sin embargo, los indijenas que están obligados a vivir de su trabajo resisten mejor a las fatigas que los hombres de las zonas templadas, aunque éstos son mucho mas vigorosos. El habitante de los países tropicales puede dispensarse de vestidos, no tiene necesidad mas que de una débil cantidad de alimentos, i para proporcionársela le basta sacudir las ramas de un árbol o arrancar las raíces del suelo. No teniendo verdaderas necesidades i siendo la vida sumamente fácil para él, es imprevisor i se deja dominar por las pasiones del momento i por los placeres sensuales. En jeneral, obedece mas a la imaginación que a la razón i está mas dispuesto a la contemplación mas propiamente dicha. La estación mas mortífera es aquella en que la acción de la humedad se combina con la del calor excesivo.»—Compárese si se quiere mas, las partes de la misma descripción jeneral, páj 20, en que se ocupa de los reinos animal i vejetal con los trozos relativos

a esta misma materia que contiene la jeografía física ántes citada, en las pájinas 276, línea 9 i siguientes, i páj 290, línea 18 i siguientes.

Tomemos, ahora, las zonas templadas—Dice el señor Salas en la descripción de ellas, páj. 59: «En el curso de un año el hombre pasa gradualmente al través de los climas mas diversos, contempla paisajes siempre nuevos, vé a la Tierra cubrirse de vegetacion i perder en seguida este magnífico vestido para envolverse en el frío i en la nieve, es decir, vé la naturaleza de los trópicos i la de los polos; de manera que esta série de escenas que se suceden de estacion en estacion, son para el cuerpo i la intelijencia del hombre lo que serian los viajes de muchos centenares de leguas. Por otra parte, el hombre de las zonas templadas está constantemente instigado al trabajo, porque si la naturaleza es jenerosa en ellas, lo es solo con los que la estudian, comprenden i trabajan. Por medio de incesantes i victoriosos esfuerzos, el hombre desarrolla su sagacidad, su intelijencia i su amor a la vida: por esto los países templados han sido el asiento de las civilizaciones mas avanzadas, i la cuna de las ciencias, de las artes i de la industria.»

—Rejístrese la Jeografía Física ya citada, páj. 273, línea 20 i siguientes. Dice a la letra, como sigue: «En el curso de un año, pasa gradualmente al través de los climas mas diversos, contempla paisajes siempre nuevos, vé a la Tierra cubrirse de verdura i de flores, i perder en seguida este magnífico vestido para envolverse en el frío i en la nieve, es decir, vé la naturaleza de los trópicos i la de los polos. Las escenas que se suceden de estacion en estacion, dice M. Elisée Reclus, son para el cuerpo i la intelijencia del hombre lo que serian los viajes de muchos centenares de leguas

Por medio de incesantes i de victoriosos esfuerzos, el hombre desarrolla su sagacidad, su intelijencia i su amor a la vida. Los países templados, léjos de poner trabas a la actividad humana, la estimulan en todos sentidos. Así se vé que desde hace tres mil años ellos son el asiento de las civilizaciones mas avanzadas i la cuna de las ciencias, de las artes i de la industria.»

¿Es posible copiar mas al pié de la letra? Sin embargo, el señor Salas muchas veces trunca las espresiones, i las hace decir mas que lo que envuelve la frase orijinal. Véase a este respecto lo que dice en lo relativo a la diferencia de vegetacion que existe en-

tre las dos zonas templadas, página 58; i véase la Jeografía Física, página 299. Compárese tambien la parte relativa al reino animal, página 58, con lo que dice la misma Jeografía Física, página 277.

Tomemos, por último, la descripción de las zonas glaciales; en donde ya no citaremos por no alargarnos demasiado, sino que indicaremos las páginas i las líneas respectivas.—Compárese el segundo i tercer acápite de la descripción indicada, pág. 177, con lo que dice la Jeografía Física, pág. 151, párrafo 6, i 153, líneas 11 i siguientes. Nótese que en esta última parte el señor Salas se ha servido de periodos completos del célebre escritor frances, M. H. Fabre, tomados de la descripción de las zonas glaciales que se encuentra inserta en la Jeografía Física ya citada. Ya hemos visto que con la descripción de las zonas templadas se ha servido tambien de las propias palabras del célebre Reclus. No creemos, pues, necesario seguir en esta clase de comparaciones; basta lo ya dicho.—Una última pregunta ¿qué obligaba al señor Sala a copiar del modo que lo ha hecho? ¿Necesitaba poner esas descripciones? ¿Por qué no indicó entónces de donde habian sido tomadas?

Como decíamos anteriormente, las zonas no se encuentran caracterizadas con sus producciones especiales, como debió hacerlo; sino que al tratar de describirlas se pierde en jeneralidades.

I en el curso del libro ha agregado a cada país un acápite de producciones sumamente árido i las mas veces semejantes unos a otros. Debíó poner a cada país solo las producciones que le eran peculiares. Así, véase el acápite de las producciones de Alemania, pág. 146, que contiene 39 nombres diversos; i semejante al cual hai varios otros.

Ya que nos ocupamos de observaciones jenerales, debemos indicar que el señor Salas nada nos dice del significado de los paréntesis, que los prodiga mucho, i de una manera arbitraria. ¿No deberá estudiar el alumno lo que está incluido en ellos? Entónces no debería estudiar las poblaciones de Paris, Lóndres, Santiago, etc, ni ninguno de los rios de la Rusia europea; i sí debería estudiar los de la Siberia que no están entre paréntesis, i conocer las poblaciones de Bóston, Baltimore, i otras que tampoco lo están. ¿Qué norma ha seguido el señor Salas?

No es ménos curioso el uso frecuente que hace de las etcéteras.

Véanse, por ejemplo, las páginas 121 (producciones), 126 (producciones), 128 (religiones), 132 (producciones) 138 (lagos de Suiza), en que hace un variado uso de ellas.

Por fin, el libro no tiene índice de materias sino un *Índice alfabético*.—Esta lista contiene 1.344 nombres distintos, i sin embargo, es mui deficiente porque el libro contiene muchos mas.—No se encuentran en ella, por ejemplo, apesar de hallarse en el texto: Atlántico, Chacao, Hornos, Patagonia, Pacífico, Tres Montes, Sena, Saona. Si quisiéramos poner aquí todos los nombres que faltan, tendríamos que hacer otra lista tan numerosa como aquella. Bastará, para el objeto que nos proponemos, indicar un trozo del libro i ver cuantos de los que él contiene están en esa lista. Véase el acápite: *Antiguas provincias i departamentos* (Francia), pág 134, que no incluimos aquí por ser demasiado largo. De los 130 nombres contenidos en este acápite, solo se encuentran 15 en la lista. ¿Qué objeto ha tenido en vista el señor Salas al nombrar las antiguas provincias i departamentos de Francia? i con que objeto pone al lado del nombre en español de las ciudades de Alemania, el nombre en alemán? i junto con el nombre en español de las ciudades de Bélgica el nombre frances i flamenco? ¿Por qué no hace lo mismo con las ciudades de Holanda, con las de Rusia, con las de Inglaterra, o con las de Persia i del Japon? i por qué en Francia solo lo hace con Burdeos i Ruan?—Todo esto nos muestra una falta completa de un propósito determinado i de un plan fijo.—En fin, concluyamos ya esta tarea, que ha sido talvez demasiado larga i árida i concretemos nuestro juicio.

En consecuencia, i basándonos en las consideraciones que hemos apuntado en este estudio, creemos que el libro del señor Salas carece de una base científica, i que el plan seguido en él, ademas de ser completamente infundado e ilógico, introduce la confusion i el desorden; que la redaccion de él es incorrecta, i que existen frecuentes errores i se notan deficiencias repetidas; que no ha habido un propósito fijo al elaborarlo, ni se han consultado los últimos datos jeográficos, razones todas que, a nuestro juicio, hacen que el libro no sea aceptable en la forma en que se encuentra.—Tiene, sin embargo, algunas buenas cualidades i datos curiosos pero que no contrapesan absolutamente los defectos que hemos indicado.

Estando seguros de no haber avanzado un solo juicio sin poner al lado los fundamentos de él, creemos poder concluir, por

ahora, nuestro estudio; pidiendo tan solo al señor Salas se sirva rectificarnos si en alguna parte hemos sufrido algun error involuntario, o padecido alguna equivocacion que a nosotros no nos sea dado conocer

Seguiremos para el próximo número con el análisis del libro de señor Cruz.

LUIS BARROS BORGONO.

RECUERDOS LITERARIOS.

PRIMERA PARTE.

1836—1849.

IV.

Hai plantas que mueren cuando el sol se va al hemisferio opuesto, i solo quedan para llevar su luto los alelíes amarillos, los dulces jacintos i las tristes violetas que respiran suaves aromas, cuando una mano amiga las defiende de la intemperie. Pero los esqueletos sarmentosos de las plantas muertas se estremecen a los primeros rayos del sol que vuelve, i su esplendente follaje resucita vigoroso i triunfante, desapareciendo las flores que lloran i reviviendo las que rien, como las rosas.

Mas, hai un árbol de incommensurables ramas, de joyante follaje i de espléndidas flores, que se llama humanidad, i que tambien tiene su sol que lo vivifica. Ese sol, que no está en lejanos horizontes, es la libertad, que irradia en cada cerebro, i que fecundiza a todos los seres del linaje.

La libertad es una lei, una fuerza de nuestra propia naturaleza, que tiene dos manifestaciones, el trabajo i la virtud.—Por el trabajo aplicamos todas nuestras facultades para dominar a la naturaleza i hacerla servir a nuestra perfeccion i la de nuestra especie.—Por la virtud dominamos nuestros instintos i los dirigimos, pa-

ra hacer prevalecer sobre ellos la intelijencia, la razon, a fin de servir a nuestra perfeccion i la de nuestra especie.

Aquella fuerza, que llamamos nuestro libre albedrio, es el sol de nuestra vida; i cuando se eclipsa, dormimos, como duerme la vejetacion, cuando el sol que la alumbra se retira. ¡Mas, ai, que el sol primaveral vuelve a nuestra zona infaliblemente todos los años, trayendo en sus hondas de luz la resurreccion de la naturaleza entera, miéntas que los inviernos de la humanidad suelen tardar siglos, i sus raras primaveras son borrascosas i prolongadas!

Quitad al hombre, a un grupo de hombres, a una sociedad, su libre albedrio, la independenciam de su espíritu, i tendreis un árbol sin sábia ni esplendor, de ramajes pálidos i desnudos. La vida se concentra, sus manifestaciones son diverjentes e intermitentes, i no se irradian en todo su horizonte. La actividad del trabajo se extravía. La de la virtud se estrecha, i apénas se abre paso de tarde en tarde en cantares que tienen la dulce fragancia del jacinto, como los de Virjilio, o en ilusiones poéticas que llevan las espinas de la rosa i el zumo venenoso de la adelfa, como las del Dante, o que saben a aloe socotrina, como las de Cervantes.

Nuestra sociedad, que nació i vivió en un negro invierno de tres siglos, tuvo una borrasca primaveral que le hizo entrever el sol de su vida, cuyos primeros albores despertaron i abrieron su espíritu. Pero pronto se oscurecieron de nuevo los días, i durante seis años el antiguo invierno volvió a dominar.

La reaccion de 1830 trajo el silencio del terror. Los que habian intentado bosquejar la organizacion de una república democrática i fundar el derecho público del país, para que se gobernara por sí mismo, habian sido vencidos, aniquilados, escludidos de la asociacion política; i en su lugar se habia creado una oligarquía gobernante, sumisa a las voluntades de la dictadura, sin accion ni iniciativa, i sin mas poder que el de aplaudir i aprobar. La independenciam de juicio, la espontaneidad, los vírjenes entusiasmos del patriotismo, la aspiracion a la vida pública, tuvieron que someterse a una moral facticia i a conveniencias políticas, que justificaban los mas duros i arbitrarios castigos sobre los rebeldes, o las mas ultrajantes burlas i sarcasmos contra los que se atrevian a tener otra moral, otra opinion u otro modo de apreciar aquellas conveniencias, aunque no ofendieran los intereses de la dictadura. Tal sistema tenia su sancion en la nueva

Constitucion política, i su práctica se afianzaba en la fidelidad con que sus autores lo ejecutaban, sin escusar medios, i amparándose en aquel código hasta para erijir por simples decretos dictatoriales el cadalso, contra los que aspiraban a tener derachos.

En 1836 estábamos en pleno terror, ménos la clase gobernante que triunfaba con él, i ménos todavia los bienaventurados egoistas que medraban a la sombra del poder absoluto, o que no sentian la necesidad de pensar libremente, ni la de tener derechos; i como estos bienaventurados son siempre muchos, todo terror tiene sin esfuerzo una numerosa falanje de hombres *sensatos* en quienes apoyarse.

¿I los espíritus independientes, que no han amortiguado su libre albedrío, ni lo han disciplinado a las exigencias de un dogma o de un interes personal? ¿I los que viven léjos de la atmósfera política i sienten, como los niños, aquella noble necesidad de justicia i de equidad, que los hace sobresaltarse e inquietarse en presencia de cualquiera irregularidad, de cualquier ataque al derecho? ¡Oh! esos no son muchos, sobre todo en pueblos de nuestra estirpe, pero sin embargo, son bastantes para mantener en todo pueblo, en toda sociedad la sábia de la humanidad, que aunque parece a veces estinguida por siglos de despotismo, siempre conserva el elemento de la rejeneracion. Esos son los que sufren bajo el terror, i entre ellos mucho mas los espíritus altivos, que si logran escapar de las crueldades del despotismo, no se salvan siempre de las del ridículo con que aquel i sus amigos aplastan a los que no se humillan.

¿Se necesita tener un espíritu rebelde para no ceder ante semejantes potencias? Nó. Algunos pueden tener las rebeldias del ódio, las de la venganza, las de la soberbia ofendida: pero basta un sentimiento enérgico de justicia i un corazon jeneroso para hacer frente a las escentricidades del despotismo de las potencias sociales. Nuestra naturaleza tiene un instinto de equidad, que bien cultivado se convierte en el sentimiento de lo justo.

Mas como en sociedades de nuestros antecedentes i educacion, apénas recibe aquel instinto ciertos desarrollos dominados por una moral autoritaria, que es compañera inseparable de la arbitrariedad de todo poder, el terror está en su elemento, como el boa en los pestilentes fangos de la zona tórrida, cuando levanta su espantable cabeza coronada de cadalsos, en pueblos cortos i atrasados como los nuestros. No hai otra cosa que hacer que callar illorar.

V.

Así estábamos callados, i no pocos llorando en 1836, cuando la reaccion colonial triunfante habia consolidado su poder. Solo ella estaba contenta i tranquila con la situacion, i tenia la palabra sobre todos los negocios públicos, sin dejar de tener el oido puesto a las voces de descontento, para apagarlas, aunque partieran de labios infantiles. En el presidio de Juan Fernandez habia colejiales del Instituto pagando los pecados de su suelta lengua, i Juan Nicolas Alvarez i otros jóvenes, como él, que no se avenian a respetar las conveniencias sociales creadas por la reaccion, sufrían ordinariamente persecuciones, que indudablemente influyeron en su porvenir. Nadie podia impunemente apartarse de la compostura de palabras i costumbres de que daban el modelo los vástagos de la oligarquía.

Pero no digamos que se incomodaba a nadie, mientras fuesen respetados los intereses dominantes i obedecidas las consignas de la dictadura. Se permitia a la juventud jugar al billar en los cafés, pasear en el tajamar por el invierno, i en la alameda por las tardes i noches de verano. Eso sí, todo paseo se interrumpia al toque de *angelus*. Las tradiciones de la colonia imponian la obligacion de rezar en público dos veces al dia, o por lo ménos de aparentar que se rezaba, fuera en la calle, en casa, en la oficina, en medio de las mas urjentes ocupaciones. Al toque de la *hora*, que anunciaba el momento de la consagracion en la misa parroquial, los mas devotos se ponian de rodillas, donde quiera, i los ménos, en pié. Al toque de oraciones, todos paraban su marcha, se descubrian, rezaban, i se saludaban con esta fórmula, si era necesaria la etiqueta—«Despues de Ud.—Nó, diga Ud.—Buenas noches.—Así se las dé Dios.»

El despotismo de entónces no daba pan i toros, ni tenia perfectos a la romana, que entretuvieran al pueblo i le limpiaran los bolsillos. Dejaba a cada cual buscarse su pasatiempo con la condicion de no hacer bulla, ni faltar a la moral convenida.

VI.

En semejante sociedad, el espíritu no tenia expansion, ni alimento. Estaba paralizado, sin luz ni horizonte. Era una planta de

mandrágora, que desarrollaba sus pálidas flores, de colores violáceos, bajo la espesa sombra de las preocupaciones.

El teatro había desaparecido con la muerte de Cáceres i Morante, bien que, cuando éstos i otros actores notables representaban, apenas servia para los tardíos solaces de la clase pudiente. Daba de vez en cuando alguna añeja tragedia del ideal antiguo, que Cáceres realizaba con su poderoso talento sin cultivo, arrancando lágrimas i aplausos; i ponía mas frecuentemente en escena comedias españolas, en las cuales el gracejo de Villalba, -i mas tarde el de Moreno, descomponian la seriedad de nuestros estirados magnates, o dramas rezagados del sentimentalismo frances, que escandalizaban a tan católicos espectadores con las extravagantes pinturas de la corrupcion de las costumbres europeas, con el triunfo de lúbricos amores, que ellos no habrían tolerado, si sus sentidos no hubiesen estado fascinados por los seductores atractivos de la Aguilar, la mas elegante i donosa de las actrices. Todavía, en aquel tiempo, el teatro dramático solo hablaba de las emociones del sentimiento, i no hacia pensar, como ahora, sobre los problemas sociales, sobre los dolores punzantes de los errores i de las preocupaciones que ofenden a la verdad i a la justicia; que a no ser así se habria anticipado diez años el imperio de la ópera en nuestra escena, que mas tarde sentó para siempre su dominacion sobre la ruina de la representacion dramática.

La educacion de la juventud marchaba aun sobre las andaderas del peripato, que dominaba en la enseñanza moncal, i acababa de ensanchar sus dominios con el reciente establecimiento del seminario de Santiago (1835); i aun cuando habia principiado a disiparse su antiguo contajio en el Instituto Nacional, los nuevos métodos iniciados en 1827 i el anhelo de completar los estudios, segun el Plan del Liceo de Mora, se habian olvidado. El curso de humanidades que debia haberse arreglado a este plan, estaba a los ocho años reducido a un incompleto i defectuoso aprendizaje del latin, de la gramática castellana i la francesa. A veces uno de los empleados habia enseñado oficiosamente el conocimiento de los mapas de jeografía, i se comenzaba a mantener una clase de este ramo, sin los elementos necesarios; pero la jeografía no era una asignatura del curso de humanidades.

El que esto escribe habia ya comenzado a enseñarla en los colejos particulares en 1836, i en los primeros dias de 1838 publicó sus *Lecciones de Jeografía Moderna*, las cuales desde entónces sir-

vieron de testo i facilitaron la enseñanza de este ramo en todos los establecimientos de educacion. No habria necesidad de este recuerdo, sino fuese preciso rectificar de nuevo al señor Vicuña Mackenna, que en un informe oficial presentado recientemente a la Universidad, ha establecido como cierto que el primer testo de jeografía que se ha publicado es el *Curso elemental de Jeografía* de Godoi Cruz, siendo la verdad que este escribió i publicó cerca de dos años despues, por encargo de los directores del Colejio de Zapata, que no pudieron conformarse con que hubiera otro establecimiento particular, como el del señor Romo, que tuviera un testo, como el que habíamos dedicado a sus alumnos.

El primer testo de jeografía que se ha publicado en Chile es el *Catecismo de jeografía descriptiva* que reimprimió en 1829 don J. J. de Mora, cuyo librito, ya escaso en 1836, era inadecuado a la enseñanza por deficiente i porque estaba mui atrasado en sus datos. Este *Catecismo* habia aparecido en Lóndres en 1824, i formaba parte de la coleccion que la casa de Ackermann publicaba para el uso de los hispano-americanos; i es preciso recordar lo que a propósito de él escribia el sesudo Blanco White, en el número V del tomo I de su *Mensajero* para que se sepa hoi que el *Catecismo de Jeografía* de 1824 i 1829 fué una verdadera novedad en materia de textos españoles, i que el honor de haber publicado en Chile otro testo de este estudio, describiendo por primera vez la verdadera jeografía de esta república i de las demas de la América española, no pertenece, como lo supone en un documento universitario el señor Vicuña Mackenna, a un estraño, sino a un compatriota suyo.

Dice, entre otras cosas, Blanco White lo siguiente: «Me doi pues la enhorabuena al ver que la lengua española empieza a poseer obras elementales de la clase que mas conviene a los pueblos que se hallan en mejor proporcion de aprovecharlas. Lo conciso de estas obritas es seguramente lo mas importante de su mérito.... La falta de libros que hasta ahora se ha experimentado en la América castellana ha indispuerto por necesidad a sus naturales para la empresa de estudiar obras profundas, hasta que no se hallen iniciados por otras mas lijeras etc.»

Segun este respetable testimonio, la lengua española solo *empezaba* a poseer obras elementales en 1824, i es seguro que la España misma no tuviera, diez i seis años despues, otro testo elemental de jeografía, que el mui añejo *Tratado de Jeografía Jeneral* de

Lopez que se usaba en la marina a principios del siglo, puesto que por el año de 845 nuestro compatriota don Agustin Olavarrieta compró en una libreria de Paris un libro, que era mui comun en las de Madrid, con el titulo de *Lecciones de Jeografia por Letrone, traducidas al castellano por don Mariano Torrente, para el uso de las escuelas pias. Décima edicion. Madrid, imprenta Nacional, 1841*, el cual era, letra por letra, una copia de nuestra obra publicada en Chile en 1838, i ya reproducida i enseñada en varias secciones americanas. Cuando por primera vez nos dió a conocer este libro don Antonio Varas, siendo vice-rector del Instituto, supusimos que el plajio habia sido ejecutado en Chile, i así lo dijimos en una advertencia puesta en la cuarta edicion de nuestras Lecciones, que publicó la imprenta del Mercurio en Valparaíso, 1846. Mas despues hemos tenido datos para creer que la reproduccion se ha hecho i repetido en España.

Hoi abundan los textos elementales en español i los colejios de Chile los tienen de sobra; pero, cuando en 1838 se publicaron las *Lecciones de Jeografia Moderna*, que tanto han servido a los pueblos de habla castellana, no solo no habia escrito Godoi Cruz su *Curso*, como quiere el señor Vicuña Mackenna, sino que no se enseñaba formalmente la jeografia, ni habia en español otros libros elementales de este ramo, segun nuestros datos, que el catecismo de 1824, i el *Manual de Jeografia* de don José de Alcalá, que no conocíamos aun, i que acababa de publicar en Lóndres la casa de Ackermann en 1837, en un volúmen de 372 pájinas compactas, para suplir, segun las palabras del autor, la falta que habia de una obra de esta clase, que sirviera para la ilustracion de los que hablan el español.

Volviendo al estado de los estudios en 1836, el ramo que se enseñaba con mas esmero en el curso de humanidades del Instituto era la grámatica castellana, que hacia poco se habia introducido como obligatorio. Juzgando nosotros que se le daba un desarrollo inadecuado a las aptitudes de los principiantes, como sucede hoi mismo, pues por la esperiencia que a la sazón adquiríamos, oyendo las lecciones que daba en su curso de literatura don Andrés Bello, estábamos persuadidos de que se necesitaba alguna preparacion para hacer un estudio extenso de la lengua, publicamos por el *Araucano*, en mayo de aquel año, un artículo, reclamando una modificacion del método seguido en el Instituto. Pero se estimaba en tanto aquella pequeña innovacion introducida en los estu-

dios, que los amigos del progreso creyeron que la indicacion que proponíamos era un ataque a la valiosa conquista que habian hecho, i la rechazaron en artículos que publicaron en el mismo periódico, en el Mercurio, el Barómetro i el Valdiviano Federal, obligándonos a replicar en un sentido que los desimpresionara; pues estábamos mui léjos de disputar aquella conquista, i mucho mas de pretender que se volviera a la antigua rutina, como parecia temerlo el primer innovador de nuestros estudios, que escribia entónces en el último de los periódicos recordados.

Esto revela que en aquellos momentos habia una verdadera paralización en el progreso de los estudios, pues que los pocos que aspiraban a impulsarlo, como en otro tiempo, acariciaban como una valiosa adquisicion cualquier ensanche que el gobierno autorizaba en el horizonte limitado en que mantenía la instruccion pública; i temian que con el pretexto de una modificacion se les condenara a retroceder.

La instruccion secundaria era pues de todo punto deficiente, i estando limitada a una preparacion incompleta para seguir despues la carrera forense, los que no tenian la fortuna de completar esta carrera, tampoco adquirian los conocimientos que un ciudadano necesita para ser ilustrado, ni tan siquiera los que ántes habian adquirido los que hicieron el curso de humanidades del Liceo de Chile.

En los estudios superiores del Instituto habia sin duda campo para desarrollar la intelijencia i señalar al espíritu un rumbo luminoso. Pero fuera de la enseñanza de las matemáticas puras, que se hacia con sabiduría i elevacion a poquísimos alumnos, la de la mayor parte de las otras asignaturas se hacia de memoria, sin una direccion sistemática i sin intencion ninguna de inspirar el gusto i el amor de los estudios, que apénas se bosquejaban. Es verdad que los estudiantes de filosofía i de derecho romano eran mejor iniciados i dirigidos; mas aquellos i estos no se preparaban en tales estudios para la sociedad moderna, i para el progreso en que debian figurar como elementos, pues en filosofía aprendian una metafísica subjetiva, modificada por resabios teolójjicos; i en el derecho romano, solo adquirian una doctrina atrasada i contraria al progreso moderno, por cuanto aquella lejislacion desconoce absolutamente el principio cristiano de la inviolabilidad del individuo, i, sobreponiendo el poder divino de los césares al hombre i la sociedad, mantiene la esclavitud individual i social, i predispone al

hombre educado bajo tales ideas en contra de las instituciones i de los hábitos democráticos. Esta asignatura era entónces de moderna data en el Instituto, i nuestra protesta en la prensa i los corrillos, no nos habia salvado de hacer su estudio bajo la direccion de don Andres Bello, no históricamente como lo espone Heinocio, sino en las fórmulas escolásticas de Vinnið, i amoldando nuestra edad moderna a la civilizacion de la era latina.

Los raros colejos, que fuera del Instituto existian en el país, seguian de cerca el modelo i no podian alterar el plan de estudios, sin esponerse a fracasar. Así es que todos los establecimientos de educacion estaban mui léjos de servir a la ilustracion de un pueblo democrático; i como la instruccion primaria estaba limitada a enseñar lectura i escritura en los centros de poblacion mas acomodados, no es exajerado asegurar que entónces la educacion de la juventud no solo era insuficiente, sino incapaz de todo punto para producir hombres ilustrados, ni aun para encaminar por senda segura a los que aspirasen a completar su instruccion.

Aquella jeneral esterilidad tenia, sin embargo, un pequeño oásis en la enseñanza privada de literatura española i de derecho romano i civil que por entónces daba en su casa don Andres Bello a un corto número de alumnos; pero los resultados no eran mas favorables al progreso democrático, ni a la emancipacion del espíritu i de las letras, las cuales, a causa del método del ilustre maestro quedaban siempre bajo el dominio de la rutina.

La librería de entónces era escasísima i de precios exorbitantes. Formaban su fondo muchos libros ascéticos i de antigua literatura española, los mui usuales de derecho civil, que se pagaban por mas de su peso en plata, poquísimos de historia, ninguno de ciencias, i algunos tratados de ciencia juridica i de política, como Montesquien, Fritot, Bentham, Cottu i Vattel; Filanghieri, Beca-ria, Rousseau, Constant, Rivero i Salas. La literatura moderna de Francia apénas estaba representada por las Palabras de un creyente i la Democracia en América.

La prensa era la imájen de aquella postracion social i política. El partido dominante revelaba su pensamiento en el *Araucano* una vez por semana, i los pocos que lo leian lo atacaban como la palabra sagrada. El *Mercurio* de Valparaiso, haciéndole coro a veces, abria de ordinario sus columnas al interes comercial i a los desahogos de alguna rencilla personal. El *Valdiviano Federal*, tribuna del antiguo patriota don J. Miguel Infante, aparecia mui

de tarde en tarde a perturbar, o mas bien, con la intencion de perturbar la tranquilidad de los dominadores; pero no se le hacia la gracia de leerlo, ni tenia público que lo conociera. Al rededor de estos tres astros opacos i nebulosos del cielo de nuestra prensa, solian aparecer algunos fuegos fatuos de luz siniestra que se apagaban en silencio.

En 1836 vieron la luz unos cuatro opúsculos ascéticos, de los cuales podia considerarse como el mas notable el que llevaba este título—«*Modo como los estudiantes de Teolojia deben hacer la novena al príncipe de esta ciencia, Santo Tomas de Aquino, por don José Ignacio V. Elizaguirre;*» i nnos treinta cuadernos de alegatos jurídicos, vindicaciones i defensas privadas. Las letras tuvieron su único representante en el «*Elojio del senador don Juan Egaña, pronunciado en la capilla del Instituto Nacional, por el profesor don Ventura Marin,*» quien dió, como maestro de retórica, un modelo de las composiciones de este jénero, segun las reglas clásicas del arte, en estilo correcto, pero sin belleza ni fecundidad, i de consiguiente apagado i estéril, como la época. La enseñanza se enriqueció con un testo de «*Reglas de urbanidad i máximas de moral adaptadas para la enseñanza del Colejio de Zapata,*» i con dos traducciones, una del «*Curso de matemáticas para el uso de las escuelas militares de Francia, por Allaize, Puisant, etc.,*» i otro del «*Curso elemental de fortificacion de campaña de Laruat i Noix.*» Estas traducciones, impresas a espensas del Estado, fueron obra del coronel de ingenieros don Santiago Ballarna, español ilustrado, que habia abrazado la causa de la independencía americana, i que a la sazón enseñaba matemáticas en la Academia Militar, establecimiento fundado por el gobierno pelucon, para dar a los jóvenes que se dedicaran a las armas una educacion seglar i no escolástica pero que no por eso dejaba de ser estrecha i estéril.

VII.

La política tenia en la prensa de 1836 una resonancia intermitente, a manera de los ecos dolorosos del náufrago que lucha con las ondas, i que a veces pide favor, sin que nadie oiga sus gritos, que se pierden en el abismo. El gobierno de la reaccion habia dejado en pié la lei de imprenta del partido liberal, i su Constitucion sancionaba el derecho de publicar las opiniones: pero él se reservaba el de perseguir a los que publicaban pensamientos que alte-

rasen el orden público; i, fiando mas en el vacío que el país hacia al rededor de las publicaciones políticas, por falta de afición a la lectura, por miedo, o casi siempre por la impotencia e incapacidad de aquellas para inspirar interes, las dejaba aparecer para verlas morir de consunción, o para matarlas si tenian alguna vitalidad.

En 1836 aparecieron seis periódicos. Dos de ellos, el *Nacional* i el *Republicano* apenas alcanzaron a su segundo número. Otros dos, *La Aurora*, que se atribuia a Benavente i Gandarillas, publicó en Valparaiso ocho, i *Paz Perpetua a los Chilenos*, que era redactado por don P. F. Vicuña, llegó a seis, despertando al principio cierto interes, que luego decayó a causa de la lánguida difusión de su estilo, i por ser mas bien un libro, sin variedad, que se publicaba en entregas, que no estaban al alcance del pueblo. Los que mas se mantuvieron se llamaban el *Intérprete* i el *Barómetro*.

Tambien apareció algunas veces el *Dia* i el *Golpe*, que habia publicado desde el año anterior don Pedro Chacon i Moran, con la colaboracion de muchos, a quienes pedia sus producciones, i principalmente de don J. A. Argomedo, don M. A. Carmona i el presbítero don Domingo Frias. Era el editor de este papel de título tan significativo, un pipiolo de segunda fila, de semblante torvo i adusto, que parecia revelar una pasion por el *golpe* que se proponia dar, llegado el *dia*. Hombre de alguna ilustracion política, siempre solitario i de poco hablar, hacia todavía la vida pública, en la barra de las cámaras, en las imprentas, en los cafés, como el último representante de las agitaciones de los años 26, 27 i 28, pero sin ofender ni molestar a nadie. Talvez, merced a estas condiciones, le dejaba pasar el gobierno absoluto.

El *Intérprete* fué el periódico mas regular, el mejor escrito en prosa i verso, que se publicó desde junio de aquel año hasta marzo de 837, en treinta números. Estaba enteramente consagrado a los intereses de la república peruana que, despues de conquistada por Santa Cruz, iba a perder su autonomia en la Confederacion Perú-boliviana, que aquel caudillo habia ideado para erijirse un imperio en estas Américas. El literato peruano don Felipe Pardo i Aliaga, redactor de aquel periódico, preparaba i formaba en él la opinion del país en favor de la guerra que nuestro dictador debia emprender contra aquel conquistador, para salvar al Perú; i lo hacia con tanta habilidad i facundia, que alcanzaba gran simpatía

en favor de su empresa i de su persona. Poeta de númen satírico, compañero de escuela con Breton de los Herreros, en España, donde se habia educado, de vastos conocimientos literarios i jóven aun, el señor Pardo carecia sin embargo de convicciones democráticas, i pertenecia por muchos títulos a la política que predominaba en Chile, cuyo jefe le distinguia con su amistad.

El *Intérprete* provocó las contestaciones del *Eventual*, hoja que publicó cinco veces el señor Mendez, ministro diplomático de Santa Cruz; i mantuvo polémicas con el *Barómetro*, opositor a la guerra contra la Confederacion.

Este periódico, que publicó 41 números, desde febrero hasta agosto de 1836, tuvo por objeto proclamar la candidatura del jeneral Cruz a la presidencia de la República, proclamacion que hizo en mayo, i que trató de preparar manteniéndose un poco léjos de las cuestiones que podian desagradar al gobierno. A menudo se quejaba de que éste hubiera entregado la prensa a los godos i a los advenedizos especuladores; i esta queja le autorizaba para estar en frecuentes choques con los redactores de los periódicos que apoyaban la política dominante, dejando mui poco lugar a la colaboracion que varios le prestábamos con el propósito de tratar con seriedad algunas cuestiones del momento. Así apénas logramos dar principio a la defensa que nos propusimos hacer del juicio por jurados, para los delitos de la prensa, institucion constitucional que atacaba el *Araucano* en largos razonamientos, que segun se decia eran redactados por don J. J. Perez, bajo la inspiracion de Portales. Como esta defensa, hai en el *Barómetro* unos cuantos artículos sérios, que desdecian del rumbo que daba al periódico su redactor principal. Era el redactor i dueño del *Barómetro*, don Nicolas Pradel, quien llenaba su papel con artículos de su interes personal, que provocaban ardientes contestaciones, i que el gobierno aprovechaba para suscitarle juicios de imprenta, en que siempre le hacia condenar, hasta que tuvo ocasion oportuna de encarcelarle i de relegarle a Juan Fernandez. Pradel era un espíritu inquieto, de un individualismo exorbitante, de instruccion forense, pero no sistemada, i de una osadia inquebrantable. Habia sido adversario de los liberales de 1828; i aunque tuvo grandes conexiones con los retrógrados triunfantes, se mostró rebelde a sus exajeradas pretensiones, abogando por los caidos i defendiendo sin doctrina ni sistema la causa liberal, siempre que pudo, con una crudeza que le llevaba de ordinario a los choques

personales mas ardientes. Campando por su sola cuenta, como escritor, tuvo fama de díscolo i no contó simpatías; miéntras que si hubiera sido un escritor de partido, como otros que con esas mismas cualidades i aptitudes hacen carrera, habria sido un luchador de buena nombradía, tan temible para sus adversarios, como querido de sus correligionarios.

VII.

Sin embargo el redactor del *Barómetro* no era un escritor en el verdadero sentido de la palabra, i si esceptuamos de los poquísimos chilenos que entónces solian escribir para el público a los señores Benavente, Gandarillas i Vicuña, los restantes tampoco lo éramos, porque careciamos de fondo i de forma; a lo que se agrega que en aquel año, fuera del *Araucano* i del *Intérprete*, no habia en realidad prensa diaria o periódica que representase una opinion, sino publicaciones accidentales i efímeras, que no revelaban la existencia del arte literario. Los escritores que habian mantenido una prensa de discusion o de combate ántes de 1830, i los que despues de este año habian luchado hasta ser vencidos, todos habian enmudecido, los liberales porque estaban en el destierro, i los conservadores porque, satisfechos de su triunfo, estaban en reposo. Don P. F. Vicuña que talvez era el único de los antiguos liberales que hacia oír su opinion de cuando en cuando, no era un periodista, sino un pensador lento, difuso, que razonaba con la languidez del dolor sin esperanzas, i que, aun cuando despertaba simpatías por la nobleza de su espíritu i por la moderacion i justicia de sus reclamaciones, no representaba una opinión política acentuada, que e atrajera adhesiones o que despertara el espíritu público adormecido por el terror.

Benavente i Gandarillas habian alterado la tranquilidad de sus correligionarios en el año anterior, protestando en el *Philopolita* contra el fanatismo i la negligencia, decian, del ministro Tocornal, que dispensaba franca proteccion a los intereses del clero i a todos los elementos retrógrados que habian surjido al amparo del partido reaccionario. Mas despues de una campaña corta, pero alarmante, que habia obligado al dictador Portales a dejar su retiro i volver al gabinete, para acentuar la política combatida, erijiendo el arzobispado de Santiago, los obispados de la Serena i de Ancud, el seminario conciliar con un plan de estudios escle-

siásticos, i encargando ademas a Europa veinte i cuatro religiosos para el colejio de Chillan, aquellos escritores enmudecieron, aunque no del todo. El primero de ellos era un espíritu altivo i sagaz, tenia ilustracion política, i aunque no era literato ni tenia escuela, su lenguaje era correcto i su estilo preciso i vehemente, i sus formas revelaban el arte de un pensador profundo, tranquilo i convencido. En su conversacion era franco, sarcástico, fácil narrador i lleno de atractivos que le acarreaban respeto i simpatías. Por el contrario su compañero era hombre de escuela, de vastos conocimientos para la época, especialmente en jurisprudencia; pero tan atrasado como violento en ideas políticas, lo que le habia colocado a la cabeza de los apasionados escritores del partido reaccionario. Era sin duda el que mejor manejaba la dialéctica forense en las discusiones de partido, i por eso era formidable en la polémica política e histórica, i tan hábil sofista, que se le consideraba capaz de producir una tempestad con sus escritos.

Pero habia ademas otros escritores, que si bien no usaban de la letra de molde en servicio de intereses políticos, habian publicado ciertos libros, en desempeño de comisiones oficiales, o bajo la proteccion de la autoridad. En los dos años anteriores al 36, se habian publicado los libros i opúsculos siguientes: *El Chileno instruido en la historia topográfica, civil i política de su país, por el padre frai José Javier Guzman.*—*Elementos de filosofía del espíritu humano por Ventura Marin, para el uso de los alumnos del Instituto Nacional.*—*Repertorio Chileno para el año de 1835 por don Fernando Urizar Gárzias.*—*Proyectos de administracion de justicia i de organizacion de tribunales, por don Mariano de Egaña.*—*Sociedades Americanas en 1828, como serán i como podrán ser en los años venideros, por don Simon Rodriguez.*—*Principios de ortolojía i métrica de la lengua castellana, por don Andres Bello.*—*i De la proposizion sus complementos i ortografía, por el lizenziado lector en teolojía i canónigo don Francisco Puente.*

Esas publicaciones nos habian envanecido ántes de 1836 porque la clase gobernante las presentaba como testimonios del progreso intelectual que ella fomentaba. ¡Se publicaban libros en Chile! Habia escritores que se consagraban a estudios trascendentales, i aunque los tres últimos eran extranjeros, los considerábamos casi como nuestros. Los trabajos filológicos del señor Bello i del canónigo Puente revelaban, no solo un gran conocimiento de la lengua, sino principalmente un análisis filosófico tan luminoso

i tan sagaz, que hacia honor a sus autores i al estado del estudio de la lengua castellana entre nosotros. Bajo este aspecto, no era ménos notable la obra del señor Marin, pues acusaba un gran progreso en el método con que se estudiaba la filosofía en el colegio nacional, que servia de universidad. Mediante los esfuerzos de este profesor i de su malogrado compañero don José Miguel Varas, se habia abandonado la escuela peripatética, dando a aquel estudio un carácter experimental, que si bien estaba dominado aun por un criterio subjetivo i casi siempre metafísico, acostumbraba a los alumnos a discurrir con entera independencia de las reglas de la dialéctica, que, estrechando i aun estraviando el espíritu, lo inhabilitan para la vida democrática. No hai mas que ver todavía como embrollan i desfiguran toda discusion los que llegan al foro, a la tribuna o a la prensa, despues de haber adquirido una instruccion teológica i metafísica, bajo la rutina de las escuelas que aun mantiene el peripato, el cual es un anacronismo en nuestra época.

Los autores del *Chileno instruido* i del *Proyecto de administracion de justicia* no eran escritores, i aun eran mui inferiores en estilo i en correccion de lenguaje al autor del *Repertorio chileno*. El padre Guzman habia necesitado de que le redactara sus recuerdos históricos José María Nuñez, quien tuvo que abandonar la tarea, porque le fué imposible conseguir que el autor renunciara a sus formas anticuadas i que disciplinara su gusto literario; i el señor Egaña, que emprendió un trabajo de adaptacion de otro proyecto escrito en España, fué mui poco fiel a la forma castiza del modelo, como lo muestran los títulos de su obra que fueron convertidos en leyes de la República por la dictadura en 1837. El señor Egaña era un orador por su facundia i sus hábiles recursos oratorios, por su arte para discurrir i refutar, por la agradable sonoridad i la natural fluidez de su palabra, i hasta por la magnanimidad de sus formas i maneras; pero no tenia un lenguaje correcto, i su estilo difuso acusaba a menudo al pensador superficial i al disputador dialéctico. Mas este mismo conjunto le hacia un conversador ameno, lleno de atractivos, que mantenian pendientes de su palabra a los que le rodeaban, sobre todo cuando narraba anécdotas, a lo cual era mui aficionado. Don Mariano Egaña, hijo de un distinguido literato de la colonia, de un filósofo, que habia defendido su fé católica de la invasion de los enciclopedistas del siglo XVIII, asilándose en la civilizacion antigua

de Grecia i Roma, en cuyo molde queria modelar las nuevas sociedades americanas, despues de su emancipacion, tenia veneracion por su padre; i sin embargo de que seguia fielmente sus lecciones i tradiciones, se habia convertido, en su viaje a Europa, en un verdadero anglomano político, i tomaba como modelo para su patria a la Inglaterra, en lugar de la Grecia; pero sin su protestantismo, a pesar de que su padre con todo su catolicismo acataba de esta última hasta sus dioses.

El padre habia ejercido una verdadero majisterio, por su saber, durante su vida, i con su gran prestigio habia influido poderosamente en todas las tentativas de organizacion política hasta 1823. El hijo, que no tenia tan vasta instruccion, habia heredado aquel gran prestigio i muchas de las escentricidas características del viejo literato. Ambos, por sus preocupaciones i creencias, por su intolerancia i por aquel excesivo celo religioso que en nada contribuye a la moralidad del pensamiento, ni de las costumbres, eran verdaderos representantes del espíritu del siglo XVI, dominante en la colonia.

Acostumbrado don Mariano a los respetos i consideraciones que le allegaban su prestigio i su alto puesto, se creia en todas circunstancias con el derecho de llevar la palabra i de dominar, sin guardar respetos ni miramientos; i se hacia escuchar agradablemente por su gracia en el decir i por la feliz memoria, que tanto le servia para realzar sus narraciones. Era un pelucon extremo, porque en sus ideas políticas no solo picaba mui atras, sino que era monarquista, i lo disimulaba procurando para la república un gobierno fuerte, ya que no podia darle un rei. La constitucion de 833 lleva la marca de su influencia política, i si se compara el proyecto que él presentó a la convencion con el que formó la comision nombrada al efecto, es fácil ver que el señor Egaña es el organizador del gobierno personal entre nosotros, i por tanto, el inspirador, o mejor dicho, el mentor político del dictador de entónces quien por otra parte no necesitaba de inspiradores para afianzar la política de odios que le condujo a su trájico fin.

El autor de las *Sociedades Americanas en 1828*, don Simon Rodriguez, que es el otro escritor extranjero a quien hemos aludido, era un hombre raro, que estaba en nuestra sociedad fuera de su centro, i que pasaba por un estravagante, como un grotesco, que no estaba a la altura de los otros autores de los libros que se habian publicado en 1834 i 35. Rodriguez tenia sin embargo, un presti-

jio, el de haber sido maestro de Bolívar, quien le honraba con su amistad, i le reconocía como su piloto, declarándole que sus lecciones se habian grabado profundamente en su corazon, i le habian servido de guías infalibles.

¿I por qué era un grotesco Rodríguez entre nosotros? Porque era un verdadero reformador, cuyo puesto estaba al lado de Spence, de Owen, de Sansimon i de Fourier; i no en las sociedades americanas, que, aunque envejecidas i enviciadas en el antiguo régimen, como las europeas que aquellos reformadores pretendieron rejenerar, habian podido, mediante su emancipacion, dar un salto mortal para buscar su reconstitucion i su reforma en la república democrática.

Don Simon Rodríguez, hombre de jénio, independiente i observador, nacido i formado por sí mismo en una colonia pacífica, de sencillas costumbres, como Venezuela, habia pasado enseñando a leer en Europa los primeros años de este siglo; i sobrecojido por los graves e insolubles problemas sociales i políticos que agitaban a aquellas monarquías, se habia afiliado naturalmente en el atra-yente movimiento de reforma social que en Inglaterra i en Francia se habia producido en la segunda decena del siglo i que continuó con fé sectaria muchos años despues. El reformador americano no podia dejar de aplicar las ilusiones brillantes de los reformadores europeos a la rejeneracion de las sociedades americanas, sin advertir que estas ya habian principiado a buscarla en la reforma política, confiando, como el gran discípulo de aquel, en que la América saldría de su *estado de crisálida*, como decia en su lenguaje oriental el Libertador, desarrollando naturalmente i sin violencia las leyes fisiológicas de su organizacion social, bajo el amparo de una forma política que garantizara la libertad del individuo i la independencia de la sociedad.

Rodríguez como los reformadores europeos tomaba como palanca de su reforma social la educacion; i, como institutor experimentado, adoptaba nuevos métodos prácticos para enseñar a leer i a escribir, de manera que la escritura representara gráficamente, por el tamaño, forma i colocacion de las palabras i frases, la importancia de las ideas, para que la lectura la anotara por medio de las inflexiones enfáticas de la voz. Pero su sistema filosófico i social era diferente. Respecto de los socialistas que influyeron en Rodríguez, ha dicho Luis Reyband—«Hé aquí tres hombres eminentes, Sansimon, Fourier i Owen, que casi unísonos, juntos, en la mis-

ma fecha, se han hallado sobrecojidos por una idea, la de fundar un nuevo bienestar i de predicar una moralidad nueva. Los tres, bajo diversos modos i desiguales en importancia, han procedido a una organizacion mejor del trabajo, i proclamado que la lei de los destinos futuros seria, el uno el amor, el otro la atraccion, el tercero la benevolencia.» Los tres iban sin embargo, a la comunidad de bienes, i la mejor organizacion del trabajo, que habian ideado, sin copiarse e inspirándose cada uno por sí mismo, tenia por objeto la nivelacion de las fortunas. Rodriguez, que aseguraba no conocer el sistema de Sansimon, ni el de Fourier, se habia inspirado indudablemente en los experimentos de Roberto Owen en New-Lamark, i haciendo del aprendizaje industrial una condicion de toda educacion, queria inspirar a los americanos el amor a la propiedad i el hábito del trabajo, para *hacer ménos penosa la vida*, lo cual, segun él, era el fin de la sociabilidad, como lo creia tambien Sansimon.

El sistema de Rodriguez, no es conocido, sino por el *Pródromo* o introduccion, que publicó el año 828 en Arequipa, i por el opúsculo de 28 páginas que se imprimió en Concepcion, en 1834, bajo la proteccion de don José Antonio Alemparte, intendente de aquella provincia, siendo dicho opúsculo la introduccion de la cuarta parte de su sistema, en la cual trataba de los *Medios que se deben emplear en la reforma. Métodos i modos de proceder en los métodos*.

El opúsculo de 834 fué desdeñado, despues de haber provocado las sonrisas de los curiosos que lo leyeron. Su estilo era seco, afóristico, i su claridad, que era la cualidad mas apreciada por el autor, casi desaparecia bajo las formas plásticas de su lenguaje i de su escritura, que chocaban por su estrañeza. Rodriguez, por otra parte, era un reformador que, si tenia el amor de Owen por sus procélitos, no hacia nada por atraerlos, como Sansimon, ni mostraba la dulce benevolencia de Fourier; pues chocaba de frente con todas las ideas admitidas, contra las costumbres i conveniencias sociales, sin convencer ni persuadir, aun sin halagar.

El queria para nuestras Américas un gobierno republicano, pero haciendo consistir la diferencia entre la monarquía i la república, en que la primera tiene por fin el bienestar de una clase privilegiada i la segunda el bienestar del pueblo, organizaba sin embargo su gobierno en una oligarquía militar, cuyos funcionarios debian ser vitalicios. El autor escusaba esta cho-

cante contradiccion, que predisponia desde luego los ánimos de todos los americanos contra semejante sistema, proponiendo esa forma de gobierno como provicional, mientras se educaba la nueva jeneracion, pues abandonaba a la presente como incorrejible, como incapaz de ser reformada; i creyendo que el orijen de todos los males estaba en que *hai repúblicas sin ciudadanos*, queria crear un pueblo nuevo, cosa que le parecia hacedera en cinco años, estableciendo un sistema de *Educacion POPULAR*, que destinara a los hombres a *ejercicios útiles* i les diera una aspiracion *fundada* a la propiedad. Rodriguez no queria que imitásemos a la Europa que, es *IGNORANTE en política*, que jamás reformará su *moral* i que encubre bajo un velo brillante un cuadro horroroso de *miseria* i de *vicios*. Pero tampoco queria que imitáramos la forma de gobierno de Estados Unidos, porque carecíamos de pueblo, carecíamos de ideas de *INDEPENDENCIA SOCIAL*, de *ideas liberales*. En lo primero tenia razon. No la tenia en esto último, i su error provenia de suponer que con su sistema de educacion daba al hombre ideas de independencia e ideas liberales, para formar el pueblo que el gobierno republicano necesita. Grande es sin duda el poder de la educacion; pero jamas le valdrá a un pueblo el ser educado en la aspiracion a la propiedad, en los ejercicios útiles e industriales i en las ideas liberales, si las instituciones políticas no facilitan el desarrollo de estos elementos de poder, de estos medios de prosperidad, asegurando, como las instituciones de la democracia americana, la independencia del hombre i de la sociedad, por medio del goce completo de los derechos que constituyen la libertad individual.

No se conocen los detalles del sistema de Rodriguez, ni los medios que empleaba en la reforma para obtener un pueblo de ciudadanos. Se conocian sí sus prácticas en la enseñanza, todas las cuales eran chocantes a los usos i sentimientos admitidos. Se decia que en su escuela de Concepcion, i en la que tuvo despues en Valparaiso, enseñaba, juntamente con los rudimentos de instruccion primaria, la fábrica de ladrillos, de adobes, de velas, i otras obras de economía doméstica; pero que la educacion que administraba estaba mui léjos de conformarse a las creencias, usos, moralidad i urbanidad de la sociedad en que ejercia su majisterio. Eso esterilizaba los esfuerzos del reformador i la estravagancia de sus formas i de sus hábitos le daba una orijinalidad que le alejaba las adhesiones, sin embargo de que por su jenio i conocimientos se atraia el respeto de los que le trataban.

Uno de estos era el señor Bello, en cuyo hogar lo vimos algunas veces. Una noche estaban ambos solos en casa de aquel, después de haber comido juntos. El espacioso salón estaba iluminado por dos altas lámparas de aceite, i en un extremo, en el sillón mas inmediato a una mesa de arrimo, en que habia una lámpara, estaba el señor Bello con el brazo derecho sobre el mármol, como para sostenerse, i su cabeza inclinada sobre la mano izquierda, como llorando. Don Simón estaba de pié, con un aspecto impasible, casi severo. Vestia chaqueta i pantalón de nanking azulado, como el que usaban entónces los artesanos, pero ya mui desvaído por el uso. Era un viejo enjuto, trasparente, cara angulosa i venerable, mirada osada e intelijente, cabeza calva i de ancha frente. El viejo hablaba en ese momento con voz entera i agradable.—Describia el banquete que él habia dado en la Paz al vencedor de Ayacucho i a todo su estado mayor, empleando una bajilla abigarrada, en que por fuentes aparecia una coleccion de orinales de loza nuevos i arrendados al efecto en una lozeria. Esta narracion, hecha con la seriedad que da una limpia conciencia, era la que habia escitado la hilaridad, poco comun del señor Bello i le hacia aparecer con la trepidacion del que llora. La narracion, hecha con el énfasis i aquellas entonaciones elegantes que el reformador enseñaba a pintar en la escritura, daban a la anédocta un interés eminentemente cómico, que habia sacado de sus casillas al venerable maestro.

VIII.

Pero aquellos libros i estos escritores no revelaban la existencia de una literatura, i si en cierto modo eran un eco lejano i débil de la literatura española, con la sola escepcion de Rodríguez, no se podia considerar que esta existiera entre nosotros, como un instrumento de nuestra civilizacion; puesto que las colonias americanas no habian existido como una parte integral de la sociedad de la madre patria, ni podian aspirar a serlo después de su emancipacion, desde que las instituciones de su organizacion, como Estados independientes, debian llevarlas por un camino opuesto.

Cuando los Estados Unidos se emanciparon políticamente, no se emanciparon de la literatura inglesa, i esta pudo servirles i les sirvió en efecto para su nueva situacion, porque continuaron siendo británicos sus sentimientos i sus ideas, sus intereses i sus nece-

sidades sociales, con la sola diferencia de que su sociabilidad debía ser mejor servida por la nueva organización republicana, i podía serlo, porque esta no era una novedad violenta, sino un progreso, un desarrollo natural de la misma sociabilidad.

Así se observa que la necesidad de su nueva organización i el interés de sus nuevas instituciones políticas fueron servidos brillantemente por políticos i literatos de la altura de Franklin, Washington, Adams, Hamilton, Jefferson, Madison i Jay; como el interés social de la emancipación del espíritu lo fué por Paine desde luego, por Channing i Emerson en seguida; como la necesidad de combatir las preocupaciones de nobleza i la de encaminar la moralidad por otra senda iluminada por la poesía lo fueron por Irving, Bryant, Cooper; sin que ninguno de esos grandes escritores, que fundaron la literatura americana dejase de ser un literato inglés, ménos las preocupaciones británicas que la nueva política i los nuevos intereses sociales rechazaban.

Entre los chilenos no tenía representantes la literatura española, i si uno que otro vinieron de afuera, no alcanzaron a formar un centro literario que pudiera servir a nuestra ilustración, ni aun a las necesidades de la nueva época. Estas por otra parte, no solo fueron desconocidas, sino también negadas por la reacción de 1830, i suplantadas por otras que llegaron a tomarse como intereses principales i primordiales, i sirvieron por tanto de base i de fórmula a las opiniones corrientes i admitidas.

Todo el interés de la organización política, por ejemplo, se cifró en el *orden*, palabra mágica que para la opinión pública representaba la tranquilidad que facilita el curso de los negocios, con más la quietud que ahorra sobresaltos, conciliando la paz del hogar i de las calles; i que para los estadistas i los politiqueros significaba el imperio del poder arbitrario i despótico, es decir, la posesión política del poder absoluto que en los tranquilos tiempos de la colonia usufructuaban los seides del rei de España. Todas las instituciones políticas i las leyes secundarias, todas las doctrinas i las prácticas gubernativas se dirijian a conseguir i a afianzar aquel gran fin. De consiguiente todos los intereses del progreso intelectual i moral, que sirven de fundamento a la libertad individual i a la independencia social, estaban subordinados al mismo fin.

No se podía tener la audacia de servir con independencia de este fin a tales intereses sin incurrir en una revelion. La intelijen-

cia que no quisiera incurrir en tal delito, debía callar, i seguir la corriente.

A nuestros ojos aquella situacion contrariaba abiertamente los fines de la revolucion americana, i en lugar de encaminarnos a corregir nuestro pasado i a preparar nuestra rejeneracion, nos encadenaba en el punto de partida, rehabilitando el sistema colonial. El caudal de nuestras lecturas era escaso, i sin embargo, nos predisponia contra aquella situacion de una manera que llegaba a ser mortificante. Dos libros viejos, que habian formado parte del haber de la quiebra de un comerciante ingles, eran los que mas habian contribuido a inspirarnos nuestra conviccion. *Les Garanties individuelles* por Daunon i una historia de los Estados Unidos, en un volumen grueso, a la rústica i bien impreso, cuyo autor no recordamos. La circunstancia de haber sido uno de los tres alumnos de la clase de ingles del Instituto nos habilitaba para leer este libro, que habíamos meditado i recorrido muchas veces, comparando la situacion de las dos Américas i admirándonos de cuanto teníamos que hacer los hispano-americanos para colocarnos en una disposicion social adecuada al progreso democrático, de la cual tanto nos separaba el órden político de 1836. Esta lectura nos habia hecho apreciar tambien las ideas de don Simon Rodriguez en su verdadera importancia, i su opúsculo, tan despreciado por la jeneralidad, nos habia llevado a serias meditaciones.

Creíamos, como este escritor, que nuestra república necesitaba de un pueblo; pero para tenerlo, no bastaba a nuestro juicio, dar una educacion industrial a la nueva jeneracion, sino que era indispensable rehacer nuestra civilizacion, abjurando todo el pasado español, i disciplinando a la jeneracion actual en la práctica de la libertad, por medio de las instituciones políticas reformadas sistemáticamente, con sinceridad. Pero la libertad política no era para nosotros el gran fin, como para los descontentos de entónces, sino solo una parte, un complemento, si se quiere, de la libertad individual i social, sin cuya práctica, la educacion industrial que deseaba el reformador Rodriguez iba a ser estéril, i el trabajo un simple instrumento de la esclavitud.

Estas ideas no tenian eco. Nuestras relaciones del Liceo i del Instituto, las que a la sazón cultivábamos en los cursos del señor Bello, nos ponian en relaciones con los jóvenes liberales i con los aristócratas de la oligarquía dominante. Aquellos, que no hallaban otra salvacion que la revelion a mano armada contra el órden

existente, rechazaban tales ideas como planes de cobardía. Estos, que consideraban ese orden como el honor de Chile, que habia alcanzado con él a ser la *república modelo*, las desdeñaban como simples absurdos, que acusaban estravagancia o necia presuncion.

Peró nuestra conviccion era tan enérgica, que en lugar de debilitarse con tanto desden, se fortificó, i comenzamos a poner en obra nuestro plan, aprovechando nuestra situacion de profesor en el colejio del señor Romo, para abrir en 1837 un curso de lejislacion i otro de literatura, a fin de difundir nuestras ideas, que desde entónces tomaron mas firmeza i gran desarrollo con el estudio de Bentham, Constant, Montesquieu, Eritot i otros publicistas, cuyos libros preciosos representaban en nuestro estante los honorarios de nuestro trabajo i un capisa¹ para el porvenir. A los veinte años de edad no se puede acometer semejante empresa sin una ardiente i sincera creencia en el poder de las ideas, i una ciega fé en el porvenir. Solo así se podia tener valor en aquella situacion para desafiar la indignacion de las potencias dominantes i los peligros del ridículo. ¿Habia en esto alguna vanidad? Pero jamas se ha visto a la vanidad emprender obra semejante, ni sacrificarse en servicio ajeno, ni tener la paciencia que nosotros hemos ejercido en nuestra humilde tarea, sin imaginarnos que nuestra conducta podria autorizar a los que nos han juzgado cuarenta años despues, para asegurar que cuanto hemos hecho por el progreso moral de nuestra patria es la obra de un exesivo amor propio. Con eso i todo, lo cierto es que la empresa se llevó adelante, i la continuamos aun, estudiando siempre los medios de perfeccionarla para definir con mas claridad sus fines i hacerlos una realidad. Eso da derecho para hablar bien alto contra los que, por mal espíritu, o por ignorancia, quieren hacer olvidar aquella labor asidua de cuarenta años, o desconocen i desfigurán su accion para rebajar sus efectos, apesar de que ellos mismos los han aprovechado. I la prueba de que en aquellos tiempos hacíamos lo que pensábamos, i de que hoi no damos a los hechos pasados una significacion que no tenian, como tambien lo ha supuesto alguno, está precisamente en esos mismos efectos de nuestra labor, en nuestra enseñanza i en los escritos propios i ajenos que de ella dan testimonio.

En 1837, año que se inicia con los desenfrenos del despotismo—la suspension del imperio de la constitucion, los consejos de guerra permanentes, los patibulos políticos, la ejecucion sin forma de

juicio de los confinados por causas políticas que se fugaran;—i que promedia con la sublevacion militar que envolvió en torrentes de sangre el trájico fin del dictador mismo; en ese año comenzábamos nuestra peligrosa tarea de enseñar a conocer la sociedad, al hombre i sus derechos, las condiciones de la organizacion democrática, elevando a la juventud a las rejiones puras de la ciencia, i dándole un criterio justo que la habilitara para juzgar las enormidades que la rodeaban; al mismo tiempo que la adiestrábamos en el arte de espresar sus ideas i sentimientos.

Para nuestra enseñanza, seguíamos los textos del Instituto Nacional, pero el de lejislacion, que era tan reducido, que en 150 pájinas manuscritas, mas o ménos, contenia la teoría del derecho civil i del penal, i la teoría política, solamente nos servia de tema para las lecciones orales que hacíamos diariamente, esplicando i amplificando aquel testo con el objeto de inspirar a los alumnos un buen espíritu i de darles un criterio recto i conocimientos amplios en derecho público i en la filosofía del derecho civil.

En 1838, en que continuaba todavía el estado de sitio i la consiguiente suspension del imperio de las elyes, repetimos con el mismo amor nuestras lecciones i enseñamos el derecho de jentes a otro número mayor de alumnos, cuidando siempre de no comprometer nuestra mision con los intereses de la política militante.

Al año siguiente, el teatro de nuestra accion se ensanchó, mediante el nombramiento de profesor de lejislacion i de derecho de jentes del Instituto Nacional con que en 23 de febrero nos favoreció el gobierno. Ese nombramiento, que nos daba la ventaja de enseñar desde luego en el colejio nacional a noventa i cuatro alumnos mas, fuera de los del colejio donde habíamos principiado, importaba para nosotros un doble triunfo; porque probaba, por una parte, que habíamos sabido mantener nuestra enseñanza en una rejion elevada, a la cual no alcanzaban las pasiones ni los recelos del momento, i por otra que habian sido satisfactorios los exámenes que en el Instituto habian rendido nuestros alumnos particulares en los cursos de 837 i 838. La clase de lejislacion i de derecho de jentes, en este establecimiento, estaba vacante por la enfermedad de su digno profesor don Ventura Marin, que poco ántes la habia recibido: i su suplente, el malogrado jóven Felipe Herrera, nos habia comunicado que debia darse a oposicion. Con esta noticia, despues de los exámenes de nuestros alumnos particulares, pedimos al rector don Manuel Montt, que nos inscribiera

para el caso de realizarse el concurso; i cuando estábamos esperando la citacion, el digno rector nos comunicó el nombramiento que él mismo habia obtenido, desistiendo de la idea de dar a oposicion las cátedras.

IX.

La tirante situacion política que habia llevado al país a la desastrosa sublevacion militar del 3 de junio de 1837 se modificaba de dia en dia, i esto facilitaba el desarrollo intelectual.

Despues de aquel tremendo suceso, que habia sido una sangrienta protesta del ejército i del país contra la guerra que el dictador por si solo habia emprendido contra la confederacion Perú-boliviana, iniciando las operaciones con un acto de pirateria, que comprometia a la nacion, el gobierno, segun la lójica de su política, tuvo que desatender esa protesta; i reorganizando el ejército, lo lanzó al Perú i abrió la campaña que terminó en el tratado de Paucarpata. No nos equivocamos al afirmar que esta terminacion satisfacía las aspiraciones de la opinion jeneral de Chile; pero el gobierno reprobó el tratado, considerándolo con justicia como un fracaso deshonroso, desde que la guerra debia llevarse adelante hasta dar en tierra con la armazon monárquica que en su beneficio habia erijido un caudillo militar en las dos repúblicas vecinas, conquistando al Perú i sojuzgándolo despues de haber vencido a sus ejércitos i asesinado a sus jenerales en Yanacocha i Socabaya.

Santificada la guerra con este elevado i patriótico propósito, el gobierno pelucon apeló al país entero, saliendo de la estrechez de su partido; i como el país callaba todavía, era altamente político estimularlo a unirse con el gobierno en la defensa de la causa nacional, pues era lógico esperar que, proseguida la guerra con el auxilio i apoyo de la opinion, el gobierno modificara su política de partido i prefiriese en adelante gobernar con el país. Con esta esperanza nos hicimos agitadores, fundando el *Nuncio de la Guerra* i colaborando en otros papeles que apoyaban el plan de llevar adelante las operaciones, que un año mas tarde realizaron aquel gran propósito con el triunfo de Yungai. En efecto, despues de aquel triunfo, el gobierno del jeneral Prieto trató de humanizarse, volviendo al orden legal. En junio de aquel año terminó el estado de dictadura, recobrando la constitucion su imperio, i en se-

tiembre fueron abatidos los tribunales escepcionales de consejos de guerra permanentes.

Los intereses políticos asumen entónces en la prensa una representacion que no habian tenido, pues apesar de que en 1838 el movimiento de la prensa en jeneral habia sido relativamente muy notable, no solo por causa de la guerra, sino tambien por el impulso que habia recibido la enseñanza en los varios establecimientos particulares que rivalizaban en mejorarla, no habia sin embargo, aparecido ningun periódico que se consagrara sistemáticamente a la política interior, como el *Diablo Político*, que apareció en junio, i las *Cartas patrióticas*, en agosto de 1839.

Las *Cartas Patrióticas*, redactadas bajo el seudónimo de *Junius* por don D. J. Benavente, causaron una profunda impresion por la elevacion de sus formas i de su estilo, i por la importancia de sus temas políticos de actualidad, por el liberalismo i justicia de sus ideas. La causa de la reforma liberal i de los intereses del pueblo tuvo en aquellas cartas, que alcanzaron a diez i nueve, una defensa digna, que despertó el espíritu público i preparó la opinion para las elecciones populares que debian verificarse en 1840.

El *Diablo Político* era un periódico de guerra, cuyo carácter nos hizo abandonar su colaboracion, apesar de haber tenido parte en fundarlo.

Una noche de junio, recibimos en nuestra casa de la calle de San Antonio, entre Merced i Monjitas, una visita prevenida de Juan Nicolas Alvarez i el presbítero don Domingo Frias, que llegaban a arreglar la publicacion de un periódico político, aprovechando nuestras relaciones con el dueño de la imprenta de Colocolo, para obtener que hiciera de su cuenta la publicacion, sin la responsabilidad pecuniaria de Alvarez, que seria el editor responsable ante la lei. Este estaba descontento de los protectores i de los colaboradores que su compañero habia buscado para la publicacion del *Clamor*, cuyo primer número tenian ya en la misma prensa, i deseaba otro arreglo. Mucho se discutió allí sobre el carácter del nuevo papel, que segun nuestra opinion debia ser templado, sério i destinado a formular i representar las aspiraciones del país contra el órden establecido. Alvarez era impetuoso i declamador, escribia de modo que cada uno de sus artículos políticos parecia una proclama incendiaria, i no podia por supuesto admitir que se diera semejante jiro a un periódico que él se proponia dirigir. Las persecuciones continuas, de que su liberalismo ardiente le hacia vícti-

ma, habian irritado su ánimo i le habian impuesto hábitos i relaciones que él mismo deploraba. Quería venganza, i si bien convenia con nosotros en que la libertad de que podíamos usar, para emitir nuestros pensamientos, era una graciosa concesion de los gobernantes, la cual no tenia una sola garantía legal, puesto que la Constitucion misma los autorizaba para suspender su imperio, cuando les convenia volver a gobernar segun su arbitrio i entronizar un despotismo, creia por otra parte firmemente que el pueblo estaba preparado para sublevarse i que él podia lanzarlo a la revolucion con unas cuantas proclamas. El clérigo Frias no participaba de este modo de ver i pensaba con nosotros que era mas prudente no irritar a los gobernantes, ni hacerlos arrepentirse de haber vuelto al réjimen legal.

Al fin transijimos, conviniendo en hacer un periódico festivo, que estimulando la curiosidad, se atrajera simpatías, sin irritar a nuestros dominadores, a fin de levantar poco a poco el espíritu público i reconstituir el partido de la libertad. En este sentido, el que esto escribe dió al periódico el nombre de *Diablo Político* i trató de fijar su carácter en los versos que le servian de enseña. En seguida, por acuerdo comun, determinamos las materias de los primeros números, habiendo arreglado i publicado el primero cuatro dias despues de aquella visita. *El Clamor* tambien apareció a los dos dias, pero fué necesario suprimirlo despues del número tercero.

El *Diablo Político* hizo en nuestra sociedad el efecto de una brisa fresca que, de repente i despues de una larga calma, aparece en el puerto, trayendo la alegría a los viajeros que la esperaban con sus velas listas. Todos los espíritus abatidos se levantaron. La hoja fué buscada i leida con avidez, i desde su aparicion costeó sus gastos, dejando ganancia. Pero el ardiente tribuno que la dirijia, estimulado con tal aceptacion, olvidó pronto el programa convenido, i aun en las alegorías que escribia, representando el papel significativo que el título del periódico le proporcionaba, era serio i vehemente, cáustico e irritante, conquistándose por un lado aplausos, i haciendo fermentar por otro la bilis de los poderosos.

Pero se engañaría quien creyera que aquella vehemencia habia traído la acusacion oficial que el gobierno hizo en febrero de 1840 contra el periódico, por un artículo que le atribuía ciertas tentativas de asesinato en tiempos pasados. Hacia meses que el *Diablo*

Político habia abandonado toda cultura, i su procacidad habria traído su aislamiento, i por tanto su muerte, si ella no hubiera sido la expresion fiel de la fermentacion que cundia en la sociedad, i de la escitacion que producian en la opinion liberal las medidas que el gobierno adoptaba para asegurar su triunfo en las elecciones. La acusacion era pues un golpe de política destinado a intimidar, probando que si el gobierno habia sido jeneroso en dejar cierta libertad, no por eso era débil para reasumir su antigua dictadura, como en efecto la restableció por medio de la declaracion de estado de sitio, que siguió a continuacion de la sentencia condenatoria del *Diablo Político*, el mismo dia 10 de febrero de 840.

Hé aquí como nos narraba este suceso un amigo nuestro en la siguiente carta que nos dirijió al pueblo en que pasábamos nuestras vacaciones:

Santiago, febrero 12 de 1840.

Querido amigo: cuando te prometí comunicarte los sucesos que ocurrieran en política, no creí que me echaba a costas una obligacion tan penosa como la que ahora siento: me parecia entónces que solo tendria que contarte algunas cuchufletas de las corrientes en circunstancias ordinarias; pero las cosas han tomado tal aspecto desde tu partida de esta, que en vez de niñerías, tengo que hacerte relacion de sucesos de grave trascendencia.

El juicio del *Diablo Político* tuvo lugar el lunes 10 del corriente. Para preparar su defensa el editor, hizo algunas solicitudes a los tribunales de justicia i al gobierno, con el objeto de que se le entregasen los documentos para probar las acúsaciones al gobierno, que se encuentran en aquel periódico. Del resultado de la solicitud a los tribunales, nada sé. La presentacion al gobierno se reducía a pedir compulsa de los autos seguidos contra los ejecutados en Curicó, i se proveyó diciendo que solo existia en el ministerio una compulsa de la sumaria, la que podria consultar el occurrente en el mismo ministerio, para los fines que le conviniesen.— Se sabia que cierto número de personas estaban dispuestas para aplaudir o silvar los discursos que se hicieran en el jurado. Con este motivo el juez señaló la sala del juzgado del crimen como punto de reunion del tribunal, i en efecto se reunió allí a las diez de la mañana. El local, como tú sabes, no es capaz sino de 150 a

200 personas, las cuales, por otra parte, estaban bien resguardadas a la espalda. Con todo, cuando habló el fiscal, hubo murmullos de desaprobacion i las demas demostraciones de disgusto acostumbradas en tales casos. El juez intimó a la barra que guardase al jurado el respeto que merecia. Ciertas palabras escapadas al fiscal acusador sobre el orijen de esta silva, dieron lugar a nuevos alborotos. El Diablo habló despues i se le aplaudió. Entónces se mandó despejar la barra. Algunos gritaron—«el puel lo no sale»: salió sin embargo una parte, i se concluyó de alegar sin nuevos disgustos.

Esta contienda duró desde las diez de la mañana hasta las doce i media, a cuya hora entró el jurado en acuerdo. Nada sé de efectivo de lo que ocurrió en la discusion privada de los jueces. Me han dicho que, seis estaban porque se condenara al Diablo en tercer grado i siete por que fuese solo en el primero. El fiscal lo habia acusado de injurioso i de sedicioso; mas la lei no permite a este funcionario acusar las injurias, i se decidió que la disputa debia recaer solamente sobre el segundo capítulo. Nada se habla sobre el mérito de los alegatos, ni sobre los argumentos aducidos. Alvarez fundó el cargo de asesino que hacia al gobierno en el destierro de Fuentecilla i en el encargo de asesinar a Escanilla que hizo el gobernador de Valparaiso al capitan del buque que lo llevó desterrado para el Perú. Tú me permitieras decir que no se necesita de argumentos para refutar tales ineptias. ¿El gobierno actual asesino? Dicen que uno de los asesinados, Escanilla, estaba en la barra. Por fin, este asunto es largo. Adelante.

El jurado, que no pudo acordar su resolucion hasta las tres i media de la tarde, condenó al Diablo en el primer grado, i cuando se circuló este fallo entre los circunstantes, prorrumpieron en vivas i palmoteos. Don José Miguel Infante i don Diego Guzman estuvieron toda la mañana aguardando a la puerta de la cárcel, pero se habian retirado a esta hora. Habia mas o ménos de 300 a 400 personas de todas condiciones, cuando el Diablo salió. El alboroto i bulla crecian cada vez mas, hasta que la guardia tuvo que tomar las armas i hacer retirar la jente. Se dirijió el grupo a la casa de Alvarez, gritando *viva el pueblo—mueran los ministros*, i tributando así una especie de honor triunfal al mismo a quien la justicia acaba de declarar calumniador. De la casa de Alvarez se dirijió la jente a la de Bernardo Toro, haciendo ya una formal asonada. Las señoras de la casa se consternaron, i haciendo entrar

a los mas decentes, cerraron la puerta de calle para impedir la entrada a la plebe; mas ésta que no tolera tales desaires clamaba, diciendo que echasen afuera al Diabló; rompió la puerta a fuerza de pedradas i despues tuvo la prudencia de retirarse. Bernardo Toro dió un banquete al Diablo i a su comitiva.

Por la noche de ese dia se descubrió un plan de asesinato que estaba preparado contra la vida del jeneral Búlnes. El asesino se presentó al cuarto de este jeneral a la una de la noche armado con un par de pistolas; pero sea que le faltó el ánimo para consumir su crimen, o bien arrepentido de tan perverso designio, reveló el plan, i fué arrestado con otro cómplice. Su causa se sigue aceleradamente. El Consejo de Estado se reunió ese dia i ha declarado a la capital en estado de sitio. Anoche se ha publicado el bando por las calles principales, en medio de un inmenso jentío i populacho. Este acto, tan grave por su naturaleza, ejecutado en una hora desusada, que anunciaba el peligro del órden i la suspension de las leyes, producía a la verdad un efecto profundo. Estamos, mi amigo, en una situacion violenta; la oposicion organizada por toda la República ha sublevado contra el gobierno una parte considerable de la poblacion. Se entablan las vias de hecho, las asonadas, los horribles asesinatos... El gobierno tan léjos de ceder, amenaza obrar con la decision de un poder fuerte. No sé si anoche se hayan hecho algunos arrestos, que creo probables o mas bien seguros. La Providencia quiera salvarnos de los males que nos amenazan, i confundir con el rayo de su justicia a los que sean la causa de las desgracias que ocurran. No es el partido dominante, ni el aspirante los que padecen en las conmociones políticas, sino el pueblo inocente, cuyo nombre se usurpa, o que sirve incautamente de instrumento de venganza i rencor. Un gobierno nuevo puede suceder al que existe: si es obra de la voluntad nacional, hará la dicha de la patria: si es obra de asesinatos i de tumultos en que se atropellan la respetabilidad de los jueces i los mas sagrados derechos de los ciudadanos, no será por cierto mas que una erupcion volcánica, que anegará en sangre las ciudades i cubrirá de luto a millares de familias. Desengañémonos: no sería la patria la que ganaría con un cambio violento del presente estado de cosas. Yo celebraría infinito que se descubriera seguramente que los hombres rencorosos i mal intencionados que ejercen un influjo notable en la comision de la sociedad política no son los que han puesto el puñal en manos de los asesinos ni formado los desór-

denes. Me complazco en creer que entónces se suspenderia el estado de sitio.

Vienen por esta carta con precision, etc.

Tu afectísimo amigo—*García Reyes.*

X.

Esta carta es un espécimen de lo que pensaba la juventud distinguida de aquella época, i por ese mérito la hemos conservado mas que por la narracion histórica que contiene. Antonio García Reyes no habia sido alumno de Mora, ni de Bello, como lo han supuesto algunos historiadores: pertenecia a la flor de los que, habiendo hecho su educacion en el Instituto desde 1827, el gobierno de 1835 habia protegido, como a varios de los que estudiaban con el señor Bello, dándoles colocacion en los ministerios, para prepararlos e iniciarlos en los intereses de la clase gobernante.

Esa juventud selecta era numerosa i figuraba con brillo en la sociedad de 1840, dando el tono en los estrados, i mirando por encima del hombro a los pocos jóvenes educados que, mas por relaciones, que por convicciones, se daban por liberales. Estos habian estado siempre bajo el ojo de la policia, i la aristocracia gobernante los tenia por peligrosos.

Es indudable que el tipo de aquella juventud elegante habia salido de las aulas del señor Bello, donde habian ido desde 1834 a completar sus estudios los vástagos de los patricios de la oligarquía.

El señor Bello era el campeon que los conservadores habian levantado contra la enseñanza del Liceo, poniéndole en la direccion del colejio de Santiago, cuando en enero de 1830 convirtieron en ministro de su nuevo gobierno al clérigo Meneses, que rejentaba aquel establecimiento. En el corto tiempo que permaneció allí el señor Bello, ántes de la supresion del colejio, hizo un curso de retórica, segun las reglas del *Arte de hablar* de Hermosilla, i fundó el estudio de la lejislacion, dictando un texto compuesto de extractos de Benthan i otros publicistas, el cual se adoptó para la enseñanza en el Instituto Nacional, desde 1831.

Despues de esta lijera escursion en la enseñanza, el señor Bello no volvió a ella, sino tres años mas tarde, abriendo cursos en su propia casa, sobre los cuales nos conviene repetir aquí, para fi-

jar mejor la situacion que estamos recordando, lo que ya escribimos en un capítulo del libro titulado—*Suscripcion de la Academia de Bellas Letras a la estatua de don Andres Bello*. He aquí ese extracto:

«En 1834 el señor Bello comenzó a enseñar en su casa dos cursos, uno de gramática i literatura, i el otro de derecho romano i español. Allí nos reunimos, bajo la direccion del maestro, con Francisco i Carlos Bello, Calisto Cobian, José M. Nuñez, Salvador Sanfuentes, Manuel A. Tocornal i Juan-Enrique Ramirez, todos ellos perdidos para las letras i la patria en el vigor de su edad; i con otros varios distinguidos estudiantes, de los cuales aun queda de pié firme en la enseñanza Domingo Tagle, el viejo profesor de alta lanidad en el Instituto.

«La enseñanza de aquellos ramos era vasta i comprensiva, bien que adolecia de cierta estrechez de método, de la cual todavia no habia podido emanciparse el maestro, obedeciendo a las influencias de la época en que él se educara. El estudio de la lengua era un curso completo de filología, que comprendia desde la gramática jeneral i la historia del castellano, hasta las mas minuciosas cuestiones de la gramática de este idioma; i allí seguia el profesor su antigua costumbre de escribir sus textos, a medida que los enseñaba. Su tratado de la Conjugacion i los mas interesantes capítulos de su gramática castellana fueron minuciosamente discutidos en aquellas largas i amenas conferencias que tenia con sus alumnos.

«Pero el señor Bello era sumamente serio, impasible i terco. Nunca esplicaba, solo conversaba, principiando siempre por esponer una cuestion, para hacer discurrir sobre ella a sus discípulos. En estas conversaciones discurría i discutía él mismo, casi siempre fumando un enorme habano, hablando parcamente, con pausa i sin mover un músculo de sus facciones, sino cuando las jenialidades de Tagle le hacian olvidar su seriedad. Entónces se humanizaba i reia con gusto.

«El aula era su escojida biblioteca, i todas las consultas de autores se hacian por los alumnos bajo la direccion del maestro. Las cuestiones de derecho eran debatidas largamente, hasta que se examinaban todos los detalles, todos los casos de cada una.

«Mas esta manera de hacer estudiar a los alumnos, que tan provechosa puede ser con una direccion filosófica, perdía toda su utilidad con aquel método fundado en la enseñanza de los detalles,

bueno sin duda para formar abogados casuistas i literatos sin arte. El señor Bello era filósofo, pero en la enseñanza obedecía a ciertas tradiciones, de las que no se apartaba en aquellos tiempos, aunque despues las abjuró. Así, por ejemplo, insistia apesar de nuestras reclamaciones, i apesar de dictarnos en español las lecciones de derecho romano, que hoy son tan conocidas, en hacernos estudiar de memoria la Instituta de Justiniano, i de comprension los comentarios de Vinnio.

«El señor Bello era filósofo, decimos, no solo porque se mostraba tal en sus investigaciones filológicas, sino tambien por que ya en aquellos años escribia sus lecciones de filosofía como discípulo la escuela Escocesa. Pero el método espermental de esta escuela, que ha bastado a muchos grandes escritores para elevarse al conocimiento científico del arte literario, no servia al señor Bello, si no nos equivocamos, para desligarle de las reglas empíricas de aquel arte.

«Este fenómeno tiene talvez una explicacion. El método espermental, que aplica aquella escuela al cononimiento de lo que pasa en el mundo interior, así como a la verificacion del mundo exterior, sometido a la observacion individual de cada uno, constituye un peculiar empirismo, que puede ser tan vago, ilusorio i controvertible, como lo es el espiritualismo jérmánico. Si la pretenciosa teoria absoluta del *yo*, buscando su criterio en el entendimiento virjen, juzgándolo todo, e investigando la verdad fuera de la percepcion sensible i por medio de la razon pura, ha podido crear tantas escuelas filosóficas en Alemania, como hai opiniones diversas entre los filósofos; tambien el método espermental entregado a la experiencia individual, i por tanto relativa de cada cual, ha dispersado por distintos rumbos a los discípulos de Reid i de Dugald-Stewart, haciendolos confirmarse, por una observacion interesada en sus antiguos errores, o conduciéndolos desde las ilusiones del espiritualismo hasta las acomodaticias transacciones de la escuela ecléctica francesa.

«Para que el método espermental sea una guia segura en filosofía, así como en todos los ramos del saber, es indispensable que adopte por base de la observacion el criterio positivo, el cual consiste respecto de los fenómenos del mundo exterior, en apoyar la investigacion en pruebas positivas, de modo que no se admita hecho alguno que no esté probado evidentemente por la ciencia; i respecto del conocimiento de lo que pasa en el mundo interior, en no

admitir sino los hechos fundados en las leyes de la naturaleza humana, las cuales son esa tendencia que nos conduce al desarrollo paralelo de todas nuestras facultades intelectuales, afectivas i activas, i ese poder que llamamos libertad, en virtud del cual elejimos en todos los actos de nuestra vida los medios de que depende nuestra perfeccion i la de nuestra especie.

«Este era el criterio que faltaba en aquel tiempo al sábio maestro, como a la jeneralidad de los filósofos, i por lo mismo no se elevaba a la verdad filosófica del arte, encadenándose con las reglas empíricas, sin comprender que la fuerza fundamental de la literatura está en la independenciam del espíritu, dirijido i vigorizado por la luz de la verdad positiva.

«Si el arte, en jeneral, es la traduccion sensible del estado del espíritu hecha de una manera propia i bella, mediante la actividad del mismo espíritu filosóficamente dirijido; la literatura que es el arte de la palabra, debe ser tambien la manifestacion filosóficamente artística de la idea, por medio de la palabra, i no el arreglo empírico de la espresion, en el cual aquella actividad debe marchar entrabada por reglas, que tienen que ser arbitrarias, desde que no son dictadas por el juicio fundado en los principios, sino en observaciones mas o ménos caprichosas, segun las épocas, las preocupaciones i los modelos que se adoptan.

«Precisamente era esto último lo que hacia el maestro en su enseñanza literaria. Era filósofo, pero como literato, no dejaba nunca de ser retórico, i prescindia de los principios racionales de la ciencia, del conocimiento filosófico de los elementos del arte, i de los diversos jéneros de composicion, sujetándose constantemente, al tratar de estos jéneros, a las reglas empíricas. Conocia completamente la historia de la literatura española, como la de otras, pues era un formidable investigador en historia literaria, como lo son en la civil Barros Arana i Amunátegui; pero jamas se elevaba a contemplar las obras, segun las influencias sociales de las épocas, segun los progresos i los principios filosóficos comprobados por los hechos mismos.

«I eso que enseñaba, era lo mismo que él practicaba. Cultivó la poesia con estro, i concebía admirablemente las situaciones plásticas de la naturaleza; pero sus inspiraciones se traducían en lo sensible tan dominadas por las exigencias de la poética, que su versificacion, aunque irreprochable i verdadero modelo de elocucion, era trabajosa e inarmónica. Cultivaba la historia literaria,

mas en su estudio del poema del Cid i en otros, se revelaba solamente el gran erudito, pero no el filósofo. Se dedicó mucho a la didáctica sociológica i aun, a veces, empleó la oratoria académica en grandes solemnidades; pero sus obras, impecables a los ojos de la gramática i de la retórica, mostraban patentemente que la gran actividad de su espíritu habia sido sacrificada por las conveniencias literarias i sociales, al dar forma sensible a sus ideas i a sus vastos conocimientos.

«La influencia de tal majisterio fué inmensa en aquella época, fué casi una dominacion. Los discípulos del señor Bello salian diariamente de su aula a difundir las ideas i el método del maestro; i éste no descuidaba de estimular a los que ya eran profesores en los colejos de Santiago, a que propagasen el estudio de la lengua i de la literatura. Se dolia él de los vicios del habla castellana en Chile, i los maestros novicios se convertian en furiosos puristas, difundiendo entre sus alumnos el mismo prurito. De 835 a 842, toda la juventud distinguida de Santiago era casuista en derecho i purista i retórica en letras. El espíritu filosófico atravesaba como una ráfaga de luz la mente de los estudiantes, miéntras asistian a los cursos de lejislacion i de filosofía del Instituto; pero en cuanto ellos pasaban a los cursos superiores i se enrolaban en los círculos elegantes de casuitas i retóricos, aquella luz se apagaba, para no renacer. El atraso social i la situacion política así lo requerian, i eran parte mui principal en que prevaleciera aquella influencia. Los espíritus activos de la sociedad estaban aun en jérmén, i la política esclusiva del gobierno personal habia apagado de tal manera el espíritu público, que no le dejaba otra senda franca que la de la elegancia en las formas.»

XI.

La vuelta a la dictadura en 1840 fué aplaudida por aquella brillante juventud, pero como el terror habia perdido toda su virtud desde 1837, con la insurreccion de Quillota, dejando de ser un resorte de buen gobierno; i como por otra parte la guerra i sus espléndidos resultados contra la confederacion Perú-boliviana habian retemplado el espíritu público, el estado de sitio de 10 de febrero, despues de la primera impresion de desaliento, solo trajo indignacion. Los procesos criminales i las prisiones de Benavente, Toro, i otros ciudadanos, no intimidaron; i la prensa política hizo

frente a la actitud de rigor asumida por el gobierno, hasta el punto de que en aquel año no se publicaron ménos de quince periódicos i diez panfletos políticos, varios de ellos por parte del gobierno mismo, que se vió obligado a buscarse tambien un apoyo en la prensa. Hé aquí un progreso.

Al lado de aquella juventud comenzaba ya a aparecer la que nosotros educábamos, desde cuatro años ántes; pero teníamos un constante empeño de separarla de la política militante, mientras permanecía a nuestro alcance en los cursos que enseñábamos. Para probar la verdad del dicho de Leibnitz—«dadme la educacion i con esa palanca levantaré el mundo»—era indispensable no debilitar la palanca. Para salvar de los peligros en que nos colocaba aquella situación política, que cada momento nos incitaba i aun nos arrastraba a colocarnos al lado de los oprimidos, que pugnan contra el gobierno arbitrario, era necesario que fuese mui enérgico nuestro propósito de consagrarnos a la educacion de la juventud, con el fin de infundirle doctrinas liberales i adiestrarla en el arte de escribir. Aspirábamos a formar ciudadanos aptos para la democracia, i capaces de reemplazar con ventaja a los partidos caducos que mantenian la situación política, i para ello trabajábamos en reaccionar contra todo nuestro pasado social i político i fundar en nuevos intereses i en nuevas ideas nuestra futura civilizacion. Esa aspiracion dirijia nuestra enseñanza i está revelada en todos nuestros escritos.

La Constitucion de 833 habia sido adecuada a las circunstancias del partido vencedor, que se proponia regularizar la administracion, fortificando el poder; pues ella centraliza toda la autoridad en el ejecutivo i le facilita los medios de convertirse en dictadura, siempre que el interes de la estabilidad política lo exija. Eso pudo ser útil i altamente político hasta cierto punto, pero una vez que, consolidada la organizacion, podia funcionar con regularidad, no habia motivo para mantener el poder absoluto, adulterando las formas democráticas, ni para mantener una política de odios, ni mucho ménos para volver a la dictadura, al primer amago de recobrar sus derechos que el país hiciera.

Sin embargo, la tentativa hecha en 1839 por la administracion Prieto para volver al órden legal, habia revelado que, aunque el partido liberal de 828 habia sido aniquilado, sus tradiciones i sus desgacias servian para alentar una oposicion ardiente que en lugar de discutir, recriminaba; que en lugar de aprovechar la era

de la legalidad para afirmarla i preparar la reforma, ameuazaba; i que no se limitaba a ejercer sus derechos, sin alarmar a los dominadores, sin provocarlos a restablecer el odiado réjimen. I este era un peligro inminente. Para verlo, bastaba considerar que el gobierno no volvía con sinceridad al órden legal, i que no tenia elevacion para sobreponerse a los ataques personales, ni confianza en su fuerza para desbaratar con el imperio de la lei los conatos de rebelion, si eran efectivos.

Teníamos pues por un lado un gobierno que amaba el absolutismo, i que era bastante cobarde para sentirse mas cómodo en él que en un sistema de garantías constitucionales, i para alarmarse contra el mas lijero peligro que amenazara tal comodidad. Por el otro, un grupo de descontentos que, aprovechando las tendencias de la opinion hácia un cambio de política, i alegando los recuerdos de una época mejor, no sabia combatir dentro del círculo de la legalidad, i que era bastante impaciente para no aguardar un cambio dentro del órden constitucional. En ambos campos habia favor para los merodeadores: allá los empleos, la proteccion del poder, las sonrisas i los halagos de la oligarquía: acá la gloria i la nombradía popluar, las satisfacciones del valor que arrostra el peligro.

Pero el porvenir de la república democrática estaba lejos de ámbos campos, pues no podían ser elementos de su triunfo los rencores envejecidos, ni los odios de una lucha estéril, que, mantenida por sórdidas ambiciones i por mezquinos intereses, no podia conducir sino a perpetuar una dictadura estrafalaria, en beneficio de la conservacion de un pasado añejo i podrido, o a encender una guerra civil que, siendo desfavorable a esa dictadura, podria entronizar otra que no tenia visos de ser mejor.

No habia, en tan peligrosa situacion, otro medio honroso i práctico de salvarla, que el de preparar la formacion de un nuevo partido, que estraño a los antiguos odios i a los resentimientos actuales, supiese representar los verdaderos intereses democráticos, i conquistar con paciencia i sabiduría una reforma de las instituciones, bajo el amparo de las vijentes. Ese partido debia venir con la jeneracion que se educaba, i era necesario dirigirla de modo que no se contaminase, ni con los antiguos rencores, ni con los intereses i odios del momento, ni con las doctrinas atrasadas que estaban de moda, ni con ese ciego sentimiento que, ajeno a toda justicia i a todo racional discernimiento, quiere conservar un pasado

de podredumbre en un pueblo que debe rejenerarse, renovarse asimismo, i reformarlo todo, para completar su revolucion.

Era esa nuestra ambicion, i en ella fundábamos nuestra tarea, prescindiendo de figurar en los partidos, mucho mas en aquellos momentos, que eran las vísperas de una renovacion de los poderes, la cual a no dudarlo traeria tambien un cambio en la política dominante.

Esta esperanza, es preciso reconocerlo, flotaba en la atmósfera, i hasta nuestros condiscipulos participaban de ella, por mas que confiaban en que siempre sobrenadaria la política conservadora, a que por principios, por educacion i por afecciones adherian. Mas en cuanto a los planes que tratábamos de realizar con nuestra enseñanza, aqnellos amigos los miraban con recelo i varios de ellos los condenaban como peligrosos. No así el señor Belto, en su honor debemos decirlo, que léjos de reprobarnos, nos estimulaba, discutiendo i aconsejándonos, cada vez que nos acercábamos a consultarle, lo que hacíamos con frecuencia. Otra vez ya lo hemos dicho, su espíritu por entónces tomaba nuevos rumbos, i ese cambio progresivo en sus ideas, que se operó siempre hasta su mas avanzada edad, es uno de los caracteres mas notables de su vida literaria. Pero él nos instaba a que nos consagráramos de preferencia a la enseñanza literaria, para formar buenos escritores.

I sin embargo esto era para nosotros lo secundario, en la lójica de nuestro plan. Creíamos que la enseñanza política era la base de la rejeneracion, porque sin ella, ni era posible conocer i amar los derechos individuales i sociales que constituyen la libertad, ni mucho ménos era dable tener ideas precisas sobre la organizacion política, sobre sus formas i sus prácticas, para poder distinguir las que sean contrarias de las que son favorables a la república democrática. Los resultados que obteníamos de nuestra enseñanza nos confirmaban cada dia mas en esta verdad, la cual por otra parte debia aparecer tambien como incontrovertible a los ojos de los conservadores, porque hubo varias tentativas que revelaban el deseo de dominar la direcion de la instruccion que se daba en el Instituto. Cuando el rector de este establecimiento fué elevado, en julio de 1840, al puesto de ministro del interior, el señor Egaña, que lo era de instruccion pública, nombró para la direcion del Instituto al futuro arzobispo de Santiago, don Rafael Valentin Valdivieso; i por su renuncia, le reemplazó el canónigo Puente. El mismo ministro inició despues un espediente para informarse

de los testos que se seguian en los cursos de derecho, a fin de señalar los que a su juicio debian preferirse, sobre todo en la enseñanza de la ciencia política, segun nos lo declaró mas de una vez; i despues de haberse separado del ministerio, insistió, como decano de la facultad de leyes, en el mismo asunto, i dirigió una circular, con fecha 15 de enero de 1846, a todos los profesores de la facultad, pidiendo los informes, para que ésta pudiera determinar los testos.

Estos conatos se convirtieron mas tarde en una esplicita reprobacion de la enseñanza de la ciencia política en el Instituto, pues aunque puramente especulativa, se creyó que ella era una escuela de revolucionarios; i cuando uno de los jóvenes conservadores, que mas a menudo nos habia disputado la utilidad de esta enseñanza, llegó a ser ministro de justicia, aprovechó un motin militar, en 1851, para destituirnos de nuestra clase de lejislacion i de derecho de jentes, quedando luego eliminado el estudio del derecho público de entre las asignaturas del curso de derechos, en la universidad. No creemos que por la supresion de esta enseñanza se tuvieran desde aquel momento ménos revolucionarios; pero lo cierto es que los resultados vinieron a dar i dan todavía una espléndida confirmacion a nuestra creencia de aquel tiempo, porque desde que no se estudia la ciencia política, la falta de doctrina resalta en la política práctica, i es causa, no solo de desaciertos, sino de perniciosos errores i de grotescos absurdos en todos los debates políticos, escritos i hablados.

Afortunadamente en 1840 nos quedaban todavía diez años de que disponer para nuestra tarea, i los resultados nos prueban que nuestra enseñanza fué útil, por que contribuyó eficazmente al progreso de las ideas políticas i al desarrollo literario entre nosotros. No solo el Instituto Nacional era el teatro de nuestra enseñanza. La proseguíamos tambien en un colejio particular que rejentábamos con el infatigable maestro don Juan de Dios Romo primeramente, i solo despues, i en el colejio de señoritas que dirigia la intelijente i esforzada institutora doña Manuela Cavezon de Rodriguez, i su hermana doña Dámasa. En estos establecimientos dirijíamos varios cursos i dábamos la preferencia al de literatura, para obedecer el consejo del señor Bello, estimulando con nuestro ejemplo a los jóvenes para que escribieran o tradujeran, i promoviendo entre los que ya habian dejado de ser alumnos el gusto de la literatura dramática, que el señor Bello deseaba fomentar.

Aprovechando la afición al teatro, que en 1840 despertaba una de las mejores compañías de verso que nos ha visitado, promovíamos entre los jóvenes de mas aptitudes la empresa de traducir para nuestra escena los dramas afamados de la literatura francesa, en lo cual nos habia dado i nos daba el ejemplo el mismo señor Bello. Seguimos este ejemplo varios traductores, i no contribuyó poco al estímulo la buena fortuna con que se presentó nuestra traduccion del Proscrito, drama en cinco actos, orijinal de Federico Soulié, i la que hizo del Pablo Jones el malogrado Santiago Urzua. Nosotros modificamos despues aquella pieza, adaptándola a nuestra historia, i aun escribimos una comedia; pero sin tener capacidad para este difícil arte, i solo por estimular, así como, con el mismo propósito, escribíamos versos, sin ser apenas simples versificadores, a fuer de maestros de retórica, i escribíamos artículos de costumbres i de crítica dramática, para adiestrar en estos jéneros a nuestros discípulos. Las obras de Larra i de Zorrilla, que eran los modelos españoles que podian servirnos, eran ya conocidas i adquirian la popularidad, que luego ofreció ventajas a los que las reimprimieron en Chile. Todos bosquejaban artículos de costumbres o composiciones poéticas, i cada drama notable que se representaba producía numerosas críticas, acerca de su mérito i representacion, que escribían no solo los jóvenes principiantes, sino los que ya figuraban como escritores; pues este jénero tenia la ventaja de su neutralidad, i el atractivo que le prestaba el gusto que se habia despertado en favor del teatro dramático.

La tarea era árdua i para llenarla, se necesitaba consagrarle mucha atencion, mucho tiempo i mucho amor. No solo era necesario dar a la instruccion política i a la literaria una direccion filosófica, que sacara a la nueva juventud de aquella especie de marasco moral en que los métodos de enseñanza i las exigencias políticas de la dictadura habian sumido a los jóvenes que figuraban. Se necesitaba ademas promover por todos los caminos la actividad intelectual, dar interes a la prensa, agitar el espíritu con nuevas ideas políticas, con los estímulos de la gloria literaria, inspirar valor contra la rutina i contra las conveniencias sociales que contribuían a mantener el apocamiento, el disimulo, la hipocrecia, que el interes del depotismo político aplaudía como virtudes.

Así comprendíamos nuestra mision de maestro, i así la cum-

plíamos, corriendo peligros, arrojando el desden i el rídículo con que la sociedad aplasta siempre a cualquiera que aspira a levantar la cabeza, atrayéndonos el odio de las potencias sociales dominantes, que aspiraban a rejir la sociedad i la política. Era esa una lucha de todo momento, que no traía triunfos inmediatos que halagaran, sino contrariedades i sinsabores; que no allegaba fortuna, sino que quitaba el tiempo necesario i los modos de adquirirla; i que no tenía tampoco un porvenir de gloria, puesto que este obrero tiene hoy que recordar su acción para salvarse del olvido i rechazar el desden con que miran sus sacrificios los que después de un tercio de siglo echan una mirada retrospectiva a aquella época, para aplaudir a los que nada hicieron, para coronar a los que han hecho lo contrario, i para cerrar los ojos sobre un nombre que tratan de borrar, como si hubieran sido ellos los que entonces perdían i se sentían ofendidos, o como si fueran hoy los procuradores de estos para vengarlos del agitador que los molestara. Nunca hemos buscado ni cortejado la popularidad, ni jamás hemos contado con la gratitud de nadie, i antes bien siempre nos hemos explicado nuestro aislamiento como una consecuencia natural de la larga lucha que hemos sostenido para defender i hacer triunfar las ideas contra todas las resistencias del sentimiento, de la rutina i del egoísmo, i de los intereses que en todo eso fundan los hombres prácticos i los hábiles. Por esa razón nos hemos callado siempre que las vicisitudes de la lucha nos han colocado en el extremo de que el pueblo a quien servimos nos haya negado hasta el trabajo que se da para vivir a cualquier obrero; i más de alguna vez nos hemos sonreído, sin enojo, viendo a ese pueblo negarnos sus sufragios a nombre de la causa liberal, o viendo a sus representantes negarnos su cooperación i dudando de nuestra probidad i de nuestro liberalismo, cuando, como directores de la política, les estábamos dando irrecusables pruebas de nuestro honrado empeño en hacer política liberal. Pero otra cosa es que la historia venga, con sus angustos fallos, a confirmar todos esos olvidos i errores, al consignar con su indeleble buril el recuerdo de aquel movimiento intelectual i literario que tanto nos cuesta. Entonces no solo tenemos derecho de decir a los historiadores:—esa es nuestra obra:—tenemos también el deber de señalar nuestra labor, porque ella es parte de la honra de un nombre que, si no interesa a la historia, tiene al menos la estimación de los que lo llevan.

XII.

El movimiento político del año 41 fué un verdadero despertar, que marca en nuestra historia el momento en que acaba una época i principia otra nueva. La guerra de la confederacion Perú-boliviana habia sido el primer sacudimiento: el país quedó como desperezándose, i el vivo interes de la eleccion del primer majistrado, que envolvía una esperanza, acabó de disipar el sopor del largo sueño que le habia hecho dormir el despotismo odioso de una dictadura, cuyo recuerdo todavia acarician los que creen que los pueblos viven cuando se hechan a dormir bajo la planta del amo, como un perro fiel.

El tímido movimiento literario, que se iniciaba paralelamente con aquel, estaba reducido a un estrecho círculo: en esos momentos la prensa volvía a reproducir libros que eran análogos a los que nos habian enorgullecido en 834. Don Simon Rodriguez reaparecia dando a luz su *Tratado sobre las luces i sobre las virtudes sociales*, en que repetia sus teorías de reforma; el señor Marin daba una segunda edicion de sus *Elementos de filolosofia*; el señor Bello publicaba un *Canto elejiaco al incendio de la Compañia*, i luego el *Análisis ideolójico de los tiempos de la conjugacion castellana*, que despues juzgaba Aribau en la *Revista Hispano-Americana*, diciendo que—«El punto de vista bajo el cual el señor Bello considera el oficio que desempeña el verbo en la oracion es enteramente nuevo, i resuelve una porcion de cuestiones hasta ahora pendientes u oscuramente determinadas.»—Solo faltó que se reprodujera en este año el *Chileno instruido*, pues, como para que fuera mas completa la analogía, en lugar del *Repertorio Estadístico* de 835, el célebre impresor Rivadeneira, que era dueño entónces de la empresa del *Mercurio*, publicaba la *Guia de forasteros para 1841*, que nosotros compusimos por encargo suyo, acopiando en este librito los datos estadísticos i todos los informes ilustrativos que sobre Chile pudimos entónces procurarnos.

La prensa de Santiago produjo en aquel año once folletos políticos, entre los cuales despertaron vivo interes dos de don Diego J. Benavente, i uno de don Bernardo J. de Toro, relativos a la hacienda pública, pues trataban con ciencia i con elevado criterio cuestiones de hacienda que aun hoi tienen grave importancia; i ademas mantuvo, fuera del *Araucano* i del *Valdivia-*

no Federal, catorce periódicos políticos, que revelaban la agitacion que en la opinion pública producía el interes de las tres candidaturas que para presidencia de la República presentaban los liberales, los conservadores pelucones i los conservadores del círculo gobernante.

Entre estas hojas nosotros mantuvimos una diaria durante el mes de junio, con el título del *Miliciano*, que sosteniendo la candidatura liberal del jeneral Pinto, estaba destinada a ilustrar a los artesanos electores sobre la importancia del derecho de sufragio, i acerca de los medios lícitos que se debían emplear en su defensa i en su ejercicio. No militábamos en la política, ni tomábamos parte en sus transacciones; pero consecuentes en el deber que desde mucho ántes nos habíamos impuesto de contribuir a toda agitacion intelectual que despertara el espíritu público, que lo afirmara en la senda de la legalidad para debatir i para ejercitar los derechos políticos, cedimos a las instancias que Pedro Ugarte nos hizo a nombre de los liberales que sostenían aquella candidatura, para que cooperásemos en favor de la evolucion en que el partido se presentaba, despues de su larga proscripcion, para medir la importancia de la idea liberal en aquellos momentos. El diario que fundamos i que fué publicado por aquellos liberales, se mantuvo a la altura de aquel desinteresado propósito, i Ugarte sostuvo en él todas las polémicas que naturalmente surjian de los ataques de la prensa conservadora.

Por aquel tiempo estaba ya entre nosotros la brillante emigracion argentina que habian lanzado a este lado de los Andes la tirania de Rosas i de sus aliados, los caudillos de provincia, i la sangrienta guerra civil que habia terminado con la ruina de Lavalle, de Paz i de los demas jefes unitarios que habian sucumbido por libertar a su patria.

En los primeros dias de enero de 1841, José María Nuñez nos habló de un emigrado argentino, mui raro, a su parecer, que debía presentarnos; i por cortesía nos anticipamos a ser presentados a él. Vivía en el departamento del tercer piso de los portales de Sierra Bella, que estaba situado en el ángulo de la calle de Ahumada. Este era un salon cuadrado mui espacioso, al centro una mesita con una sillita de paja, i en un rincon una cama pobre i pequeña. A continuacion de esta, habia una larga fila de cuadernos a la rústica, arrumados en órden, como en un estante, i colocados sobre el suelo enladrillado, en el cual no habia estera ni alfom-

bra: esos cuadernos eran las entregas del *Diccionario de la Conversacion* que el emigrado cargaba consigo, como su único tesoro, i que a los pocos dias fué nuestro, mediante cuatro onzas de oro, que él recibió como precio, para atender a sus necesidades.

El hombre realmente era raro: sus treinta i dos años de edad parecian sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas i afeitadas, su mirada fija pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, i por todo el conjunto de su cabeza, que reposaba en un tronco obeso i casi encorbado. Pero eran tales la viveza i la franqueza de la palabra de aquel jóven viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu, i se hacia simpática e interesante. Despues de hablarnos de su última campaña, de su derrota con el jeneral La Madrid, de su paso por los Andes, donde estuvo a punto de perecer, con todos sus compañeros, por una, larga i copiosa nevada, que los sitió en la casilla de las Cuevas nos habló, con el talento i la esperiencia de un institutor mui pensador, sobre instruccion primaria, porque aquel hombre tan singular era Domingo Faustino Sarmiento, el entónces maestro de escuela i soldado en los campos de batalla contra la tiranía de Rosas, el formidable diarista, al poco tiempo despues, el futuro presidente de la República Argentina..... Tanto nos interesó aque embrion de grande hombre, que tenia el talento de embellecer con la palabra sus formas casi de gaucho, que pronto nos intimamos con él; i habiéndole indicado que abriese una escuela, para ganar su vida, le ayudamos a fundarla en aquellos mismos departamentos solitarios del tercer piso de los portales, comenzando desde entónces a allanarle el camino para la direccion de la escuela normal de preceptores, que tenia en proyecto don Manuel Montt, quien era a la sazón el ministro que servia de centro a las esperanzas de todos los que anhelábamos por un cambio de política, i por una proteccion mas intelijente i mas decidida a la instruccion pública. Poco despues le presentamos en casa de aquel ministro, dando así oríjen a una larga amistad, que hoy mantienen ambos, despues de habérsela comprobado con recíprocos servicios. En esa visita, Sarmiento nos impuso la compañía de otro emigrado amigo suyo, llamado Quiroga Rosas, quien, por sus pulidas formas era su contraste, i por su feliz memoria para encuadrar en su conversacion cuanto sabia de historia, de anécdotas i de dichos célebres era un tipo de pedante, digno del pincel de Moratin. El jóven

ministro, que por haber sido rector i compañero nuestro en el Instituto, nos honraba con su confianza, nos reveló despues que habia distinguido al primer golpe de vista a los dos presentados, i que habia adivinado en Sarmiento el talento que mui pronto comenzó a utilizar en la prensa política i que utilizó tambien para plantear la escuela normal.

Un día de febrero de 1841, cuando ya Sarmiento nos contaba entre sus amigos, nos leyó un artículo sobre la victoria de Chacabuco, cuyo aniversario estaba próximo. La pieza nos pareció bien pensada i mejor elaborada, i no vacilamos en remitírsela a Rivadeneira, que entónces mantenía el *Mercurio* de Valparaíso sin redaccion i viviendo de las correspondencias que sus amigos de Santiago i entre ellos nosotros, le remitíamos de vez en cuando. El artículo de Sarmiento, que se publicó en el número del día 12 llamó la atención, i tanto, que Rivadeneira nos escribió comisionándonos para que ofreciéramos al autor treinta pesos mensuales por tres o cuatro editoriales en cada semana. Sarmiento vaciló, pero despues de ser alentado por los que le apreciábamos, pasó a ser el redactor i el amigo de Rivadeneira, i entónces dió principio a esa larga vida de diaristas en que ha peleado tantas batallas i ha cegado tantos laureles como abrojos.

Verificada la eleccion de presidente de la República, organizando el nuevo gobierno, i restablecida sobre halagüeñas esperanzas i bellos proyectos la tranquilidad de los ánimos, no es aventurado el afirmar que nuestra sociedad entró a hacer nueva vida. La política tomaba un rumbo de conciliacion que garantizaba ante la opinion la presencia del nuevo ministerio. Este era aplaudido, sin embargo de que dos de los ministros no hacian mas que continuar las funciones que acababan de desempeñar en la administracion Prieto, la que habia mostrado hasta el fin su insistencia en legalizar la política arbitraria i atrasada, presentando en su despedida el proyecto de la lei del Régimen interior, que venia a consagrar la omnipotencia del ejecutivo, estendiéndola de un modo normal hasta sus últimos agentes. El país no se fijó en esta enormidad, ni por medio de la prensa, ni por el órgano de los diputados liberales que habia logrado elejir en 1840. La opinion olvidó que aquel monstruoso proyecto, que ha sido una lei funesta, estaba firmado i formulado por el nuevo ministro del interior; i es probable que lo olvidara, acariciada, engañada, podemos decirlo, por la lei de amnistía jeneral que se dió en octubre para todos los desterrados i

perseguidos políticos. Esta amnistía, las disposiciones pacíficas del nuevo presidente, Jeneral Búlnes, i la preferencia que desde el principio dió su gobierno a los trabajos administrativos, fueron sin duda la causa del contento i de la confianza que dieron nueva vida a la sociedad.

La juventud distinguida, que poco ántes estaba reducida al estrecho círculo de los retoños de las criaturas de la oligarquía dominante, habia recibido un refuerzo numeroso con la nueva jeneracion que se habia educado por nosotros con otros principios i distintas aspiraciones, i que sentia estimulada su actividad con el roce de la ilustrada i bulliciosa emigracion argentina. El teatro, las tertulias, los paseos cobraban animacion, i en todas partes, principalmente en las reuniones privadas de hombres que se mantenian en algunos salones particulares, se hablaba de letras, de política, de progresos industriales.

Pero en este comercio de francas i cordiales relaciones resaltaba siempre el elegante despejo i la notable ilustracion de los hijos del Plata, causando no pocos celos, que ellos provocaban i escitaban, haciendo notar la estrechez de nuestros conocimientos literarios i el apocado espíritu que los mas distinguidos de nuestros jóvenes debian a su rutinaria educacion.

Aquellos celos servian al autor de estos recuerdos para estimular a sus compañeros i discípulos al estudio, a fin de desmentir estas censuras con los hechos; pero sea que los primeros se creyeran fuera del alcance de tales celos, i despreciaran las censuras, o sea que no tuvieran tiempo ni voluntad para bajar de la altura en que estaban colocados, lo cierto es que solamente los segundos aceptaban nuestras amonestaciones. Espejo, Francisco Bilbao, Javier Renjifo, Lindsay, Asta-Buruaga, Juan Bello, Valdes nos ayudaron a promover entre los jóvenes de los últimos cursos de lejislacion la formacion de una sociedad literaria, con el objeto de escribir i traducir, de estudiar i conferenciar, para preparar la publicacion de un periódico literario que fuese al mismo tiempo un centro de actividad intelectual i un medio de difusion de las ideas. La elaboracion de esta ardua empresa fué larga i difícil, pero se prosiguió con tenacidad, apesar de los temores, de los inconvenientes i de las sonrisas de algunos de nuestros antiguos condiscípulos, que atribuian nuestro empeño a pretensiones que no existian, i que mas tarde, cuando comenzaron a aparecer los primeros ensayos de los escritores que formábamos, aplaudieron al Zoilo que se to-

mó el trabajo de burlarlos i de ridiculizarlos, en vez de haberlos estimulado con una crítica elevada. Los resultados han venido a probar que la razon i la honra de las letras no estaban en los criticastros, que sumidos en la oscuridad chillaban como las lechuzas, cuando se convertian en afanados poetas i en notables escritores los principiantes a quienes mortificaran con sus burlas.

Varios amigos quisieron apartarnos de aquella empresa, porque temieron que el amigo fracasara i se inutilizara en el ridículo. Uno de ellos, García Reyes, quiso presentarnos mas útil i digna tarea en la redaccion de un periódico de jurisprudencia que deseaba fundar uno de los ministros de la Corte de Apelaciones, don Gabriel Palma. Admitimos gustosos, porque en ese tiempo admitíamos todo trabajo que de algun modo cooperase al movimiento intelectual, que veníamos ajitando desde 1836; i despues de habernos reunidos los tres para deliberar, establecimos la *Gaceta de los Tribunales*, que apareció el 6 de noviembre de 1841, cuya publicacion estuvo a cargo nuestro durante los tres primeros meses bajo la direccion del señor Palma, separándonos despues de este tiempo i dejando al cuidado de García Reyes la edicion.

Nosotros no podíamos consagrarnos a un periódico judicial, que estaba destinado a figurar en una esfera tan estrecha, i necesitábamos aprovechar la actividad intelectual que se habia desplegado para darle otros rumbos, i sacarla de los dominios de la moda, que a fines de 841 estaba decidida en favor de los artículos sobre teatro, que ya cansaban hasta al *Mercurio* que los rechazaba, i que si bien habíamos estimulado nosotros, no habia sido para que este jénero fuese la única manifestacion de nuestra literatura. Vuelto el año escolar, en 1842, continuamos ajitando la formacion de la sociedad literaria, que habia quedado paralizada desde fines del año anterior, i en breves dias fueron vencidas todas las dificultades. La sociedad comenzó a funcionar en un departamento que facilitó en el segundo piso de su casa don Ramon Renjifo, quien protejió decididamente la idea; i se preparó una insalacion solemne, para hacerla aparecer dignamente ante el público.

(Continuad)

J. V. LASTARRIA.

ENSEÑANZA SUPERIOR

DE LA MUJER (1.)

I.

INTRODUCCION.

Distinguidas señoritas :

Seré franco. No vengo a cubrirlas de aromas i de flores. Ustedes tienen bastantes personas que hagan su elogio.

Vengo sencillamente a proponerles que conspiremos para hacer una revolucion.

Pero es preciso no alarmarse.

La revolucion que voi a proponerles no será violenta. No habrán soldados, ni armas, ni batallas sangrientas.

La revolucion que voi a proponerles no levantará odios ni rencores. No derrocará gobiernos; no destituirá empleados; no perturbará el orden; no servirá intereses personales; no atacará la propiedad material;—ni aun, siquiera, intentará arrebatárles a los demas hombres el derecho que tienen a su conciencia i a su espíritu, cosas ambas, que hoi dia unos tratan de estafar en nombre de los intereses sociales i otros en nombre de los intereses divinos.

(1) Conferencia leida en el *Círculo Literario de Señoritas*, que se reúne en casa de la distinguida escritora americana doña Juana Manuela Gorriti.

La revolucion que voi a proponerles es una de esas revoluciones que hacen la ciencia i el arte en bien de la humanidad entera.

Hablando el único lenguaje que se entiende en este siglo industrial; solo se trata de utilizar en todo su poder una fuerza superior al vapor i a la electricidad; una fuerza que jamas tendria rival, una fuerza que siente, que habla, que inspira i dirige a otra fuerza conocida por Uds., i que se llama el hombre.

Solo se trata de utilizar mejor esta fuerza sublime, casi divina, que se llama la mujer.

Hasta aquí se la ha empleado a pequeño vapor,—i yo les vengo a proponer a Uds. que trabajemos por que se le dé todo el vapor de la ciencia i del arte, para que le ayude al hombre a arrastrar con mas rapidez el carro del progreso humano.

¿Hasta aquí se la ha empleado en lavar la ropa, sacudir los muebles, hacer la comida; en bailar, cantar, disimular sus sentimientos, ocultar su intelijencia, decir tiernas cosas, i alimentar i criar a los seres a quienes dá la vida. I yo vengo a proponerles a Uds. que trabajemos por que se les enseñe a desarrollar las facultades intelectuales i morales de sus hijos, i porque se la alimente de todos los conocimientos, de toda la luz que posee la humanidad, para que la haga reverberar sobre el mundo entero, con el múltiple foco de su intelijencia i de su corazon.]

Esta obra, aun cuando al principio, les parezca mui difícil, no lo es, sin embargo, tanto.

Ustedes mismas, ya lo han hecho avanzar bastante.

Cuando a Diógenes se le negó el movimiento, Diógenes se levantó i anduvo. Ese argumento no tuvo vuelta, i el movimiento quedó probado.

Ustedes, han dado un paso parecido. Asociándose, escribiendo, publicando sus producciones, han probado que las mujeres son capaces de pensar; que son dignas de ilustrarse; que tienen fuerzas bastantes para ilustrar a los demas.] Ese argumento es tan claro, tan concluyente como el de Diógenes, i ya nadie puede levantarse a negarle a la mujer el impulso de su espíritu, el poder de su intelijencia.

Aun mas. En noches pasadas una de las señoritas nos ha pintado con bastante gracia, con suma espiritualidad, el empeño que se tiene en mantener a las mujeres encadenadas a las preocu-

pciones, la superficialidad de los conocimientos que se le dá, la esterilidad de la educacion que se les procura.

Ese es tambien un paso mui importante.

El dia en que las colonias comprenden los males de la esclavitud, la hora de la independenciam no tarda en sonar. El dia en que Uds. mismas se convenzan de que son victimas, i convenzan de ello a las demas señoritas, es seguro que mui pronto se les hará justicia.

La humanidad tiende manifestamente a igualar todos los derechos i todos los deberes sociales.

Por esa razon aprovechando la oportunidad que me proporcionan los pasos dados por Uds, voi a permitirme bosquejar aunque sea vaga i confusamente un «Plan de estudios para la enseñanza superior de la mujer.»

Nada de notable, de brillante, de literario les ofrezco ni puedo ofrecerles. Solo me propongo estampar aquí, al correr de la pluma, en lenguaje sencillo, vulgar, ramplon, si se quiere, las observaciones que he podi-lo acopiar, durante mis lecturas, sobre la conveniencia de enseñar superiormente a la mujer, sobre los fines que debe perseguir esa enseñanza, i sobre los ramos que puedo abrazar.

Mucho siento tener que escribir por meros recuerdos. Pero me es imposible proceder de otro modo, porque estoi de transeunte i no tengo a mano libros que consultar.

Mucho siento tener que emitir delante de Uds. opiniones contrarias a las suyas. Pero confio en que me escusarán. Si escribo con esa franqueza es porque creeria injuriarlas a Uds. ocultándoles lo que yo reputo la verdad, i dándoles por cierto, lo que considero falso.

II.

CONVENIENCIA.

La conveniencia de darle educacion superior a la mujer no pide largas demostraciones. Esa verdad se prueba casi por si sola.

Algunos teólogos creyeron en época remota que la mujer no tenia alma, porque era demasiado impresionable.

Algunos fisiólogos han sostenido últimamente, que las facultades

intelectuales de la mujer debian ser inferiores a las del hombre, porque su cerebro es mas pequeño.

Felizmente ambas observaciones no han tenido consistencia.

La pequeñez del cerebro se ha explicado satisfactoriamente por la falta de cultivo i de ejercicio de ese órgano.

I los teólogos han sido refutados por otros teólogos, que han llegado hasta permitir que se case una católica con un disidente i se han negado a que un católico se case con una disidente, calculando que la influencia de la mujer para con el hombre es mas poderosa que la influencia del hombre para con la mujer. Pero, sobretodo, si los teólogos no se hubiesen retractado por si mismos, siempre los hubieran desmentido la superior enerjia, la sublime abnegacion con que la mujer cumple sus deberes de lealtad en medio de la corrupcion social.

Al presente todos están convencidos en que la intelijencia de la mujer es algo distinta de la del hombre, mas nadie sostiene que sea peligrosa o que sea inútil su desarrollo.

El día pues en que se la cultive por completo, es indudable que el progreso se duplicará.—Entónces, la civilizacion no se hará por la mitad del linaje humano, sino que se haria por la humanidad entera, completándose las facultades de un sexo por las del otro sexo.

Miéntras las ciencias se apoyaron en meros razonamientos su marcha estuvo espuesta a grandes errores. Desde que han tomado por base el sistema experimental su progreso ha sido mas rápido i mas seguro.

Desgraciadamente hasta ahora el hombre no ha podido penetrar en las rejiones del espíritu. La misma solidez de su intelijencia parece que la privase de la sagacidad necesaria para sondear los misterios del corazon, i determinar las leyes que lo rijen; aun cuando es de presumir que esas leyes morales sean tan fijas i tan efectivas como las que gobiernan la materia.

En presencia de esta dificultad, un escritor aleman, cuyo nombre no recuerdo—ha pretendido que debia prepararse e ilustrarse a la mujer para hacer esta exploracion. La finura i sagacidad con que ella juega las pasiones apesar de su difícil condicion social, i apesar de la ignorancia en que vive de todo, le hace creer que la mujer posee la *ciencia infusa* del corazon i de la intelijencia.

Es probable que alguna coqueta le hizo ver demasiadas estrellas al tal aleman i que quizás por eso asegura que Uds. poseian

la *ciencia infusa*. Pero es indudable que tiene mucha razon al afirmar que Uds. son mas actas que los hombres para sondear el corazon.

La exquisita sensibilidad de que están dotadas les permite percibir todas las impresiones; la fineza de su espíritu les deja conocer todas las variedades de nuestras afecciones, i hasta la sagacidad especial que el amor materno les inspira, son otros tantos sentidos, otras tantas luces que el hombre no posee i que pueden utilizarse en la mujer para estudiar nuestros instintos, nuestras pasiones, las causas que las producen, i los medios de que podamos servirnos para curarlas.

Pero aun cuando la mujer no fuese un elemento especial del progreso es indudable que puede contribuir tanto como el hombre al desarrollo de la civilizacion. Muchas mujeres, sin tener nada de varonil, en su naturaleza, se han distinguido en la política, en las ciencias, en las artes, en la industria, en el comercio; i si esto ha pasado con alguna de ellas, no se divisa porque no ha de conseguirse otro tanto de todas ellas. Solo el dia en que hayan recibido enseñanza superior, i no hayan podido utilizarla podrá negárseles la fuerza de sus facultades intelectuales o morales. Mientras eso no haya sucedido, se habrá perdido manifiestamente uno de los grandes elementos que posee la humanidad para su engrandecimiento.

Pero suponiendo todavía que la mujer no sea a propósito para cooperar directamente al progreso humano, siempre será preciso convenir en que ejerce una notable influencia sobre la vida i el desarrollo del compañero de su existencia, i que es conveniente prepararla bien, para que esa influencia sea mas útil i eficaz.

Desde luego nos encontremos en presencia de una observacion científica que así lo aconseja. La fisiolojía ha demostrado que todos los seres están sujetos a la *lei de la herencia*. El color, las formas, las afecciones mórbidas, los temperamentos, los instintos, las pasiones, los caracteres i la intelijencia se transmiten, con ligeras variantes, de padres a hijos.

Esos son hechos que podemos observar estudiando la sociedad que nos rodea o leyendo cualquier página de la historia. Esos son hechos que ya no admiten contradiccion.

Del mismo modo tampoco la admiten el que, por regla jeneral, el hijo herede el carácter, las tendencias i las afecciones de la madre, i las hijas las cualidades del padre. Por esa razon, *casi* todos

los grandes hombres han tenido una madre inteligente i las mujeres célebres han sido hijas de padres hábiles.

El día, pues, en que se desarrollen las facultades intelectuales i morales de la mujer, es bien probable que el número de hombres inteligentes se aumente, de trecho, en una buena proporción.

La *influencia materna* en la edad de la infancia no es ménos decisiva. La madre es la que le dá al hijo el primer alimento, la que cuida de su salud en los momentos mas delicados. Es ella la que percibe las primeras impresiones de su corazón; los primeros detalles de su inteligencia; la que preside al nacimiento de sus instintos, de sus pasiones, de sus gustos, de sus aspiraciones. En una palabra es ella la que va a dirijir el desarrollo de las facultades físicas, intelectuales i morales del hombre durante la época mas modificable de la vida.

I sobre todo; es ella la que posee el tesoro inestimable del amor maternal. Es ella la que castiga acariciando; la que reconviene llorando; la que se priva de todos los placeres del mundo por estar al lado del hijo querido; la que le cuida en sus enfermedades; la confidenta de sus necesidades; la que prevee sus pesares i los evita con sus consejos; la que lo consuela con mas sinceridad en sus desgracias; la que va a depositar en su alma los jérmenes mas fecundos, mas puros, mas jenerosos i tambien los mas duraderos, porque hai algo de tan tierno, de tan íntimo entre aquellos dos seres que jamás se borra el recuerdo de sus impresiones comunes.

Si en ese entónces la madre es una persona inteligente, ilustrada que comprende bien todo lo que tiene entre sus manos, es claro que podrá darle a su hijo, carácter, conciencia, capacidad. Pero si la madre es un ser vulgar, ignorante, encorbada bajo el peso de ridículas preocupaciones, el hijo no aprenderá a pensar, a sentir, a proceder; i si consigue todo eso por el impulso de su misma naturaleza, es mui probable que se estravíe, o que pierda gran parte de sus esfuerzos.

Fuera de esto, aun hai algo mas. El padre que posee algunos conocimientos solo puede utilizarlos para sí: sus negocios lo mantienen alejado del hogar, que únicamente puede ver a sus hijos por cortos intervalos. Pero la madre ilustrada se haya en mui distinto caso. La madre es una escuela viviente, es una escuela ambulante, que está siempre con la familia, que va donde los hijos

van, a la ciudad, al campo. Dándole educacion superior a la mujer no solo se eleva una intelijencia mas, tambien se funda un co-
lejo donde los hijos adquiriran, de seguro, esos mismos conoci-
mientos.

La influencia de la mujer durante la juventud del hombre aun-
que de distinta naturaleza, no es ménos importante.

De las tres grandes pasiones en que está dividida la existencia,
—el amor, —la ambicion i la avaricia,—la primera es controverti-
blemente la mas jeneral i la mas poderosa. La avaricia es una
pasion social que solo domina ciegamente a los avaros. Los demas
hombres, si buscan la fortuna es jeneralmente como el medio de
procurarse la felicidad, pero no como la felicidad misma.—La
ambicion se halla en el mismo caso. Esa pasion no es comun a
todos los hombres; gran parte la desconocen; muchos la esperi-
mentan de un modo vago, i de ordinario, es fácil cambiarla por
otra impresion.

Pero en el amor se observa algo mas sério, mas radical. Esa
pasion está en nuestra organizacion; forma parte de nuestro ser;
sus impresiones nos afectan moral, intelectual i físicamente; sus
efectos son mas duraderos; es lei fatal e inevitable de nuestra na-
tureza; todos los hombres con mui raras escepciones tienen que
sentirla;—i como es la mujer quien la inspira, es claro que segun
sea ella, así serán los frutos que se consigan.

Santa Teresa decia que si Satanás pudiese amar dejaria de ser
malo. Balzac observa que despues de haber amado el hombre ad-
quiere un cierto iluminismo que le permite entrever el espíritu de
los demas. Zoroastro, Voltaire i aun varios novelistas franceses,
entre los autores de novelas verdaderamente fisiológicos, preten-
den, que cuando nos ama con pasion la mujer a quien apreciamos,
todo marcha bien, i cuando nos viene encima algun desengaño no
solo se desploma sobre nosotros el edificio de nuestras ilusiones,
sino tambien el edificio de nuestra posicion i fortuna.

Difícil seria decir si la santa tenia o no razon. Quizás Balzac
confunde el desórden nervioso de las personas desesperadas por
un desengaño con los resultados que producen las simpatías i es-
pansivas emociones del amor. La relacion entre el amor i la suer-
te es todavía un fenómeno poco observado para que lo tomemos
en cuenta.

Pero en todo caso, es indudable que el amor trasforma de or-
dinario la existencia del hombre, i le dá, por decirlo así una nue-

va vida que será tanto mas o ménos fecunda, segun sean los jérmenes que la forman. Si la mujer es superficial i vana, el hombre inspirado por ella se hará superficial i vano. Pensará solo en el lujo, los placeres i todas las apariencias esternas que le permitan fascinar al ídolo de sus ilusiones. Pero si la mujer es intelijente e ilustrada el hombre necesitará forzosamente buscar la gloria, el brillo, los laureles que dan la ilustracion, la ciencia, las grandes ideas, puesto que eso solo podrá hacerlo admirar del ser que ha cautivado su corazon. En el primer caso la mujer será un jérmen de corrupcion i enervamiento social. Pero en el segundo caso será, por el contrario, una sábia fecunda que irá trasformando poco a poco la sociedad i elevando su nivel intelectual i moral.

Al fin llega la *vida matrimonial*. En este estado, despues de cierto tiempo, la pasion está en calma.— La exaltacion que la fantasia producía en el espíritu ya no existe. Pero siempre queda en pié la influencia del hábito, del aprecio, de la simpatia, de los intereses comunes, de la familia. Sin esa época la intelijencia de la mujer está bien preparada, es indudable que, con sus consejos e indicaciones podrá inspirarles grandes cosas a su marido. Los trabajos que se ejecutan i las obras que se escriben no solo son el resultado del estudio i de la meditacion personal. El trato i la discusion con las demas personas entran por mucho. El día, pues, en que el matrimonio sea la union de dos corazones i a la vez de dos intelijencias, no solo será mas perfecta la intimidad de los esposos, sino tambien quedará establecido un comercio de ideas i de opiniones que se secundarán mutuamente con la consulta i la discusion que puede tener lugar entre marido i mujer.

Todas estas i mil otras observaciones, que seria fácil acumular, demuestran hasta la última evidencia, lo mucho que ha perdido la humanidad no cultivando por completo el espíritu de la mujer.

III.

JUSTICIA.

La *justicia* que puede tener el bello sexo para exijir que se le procure la *enseñanza superior*, no es ménos manifiesta que la conveniencia que habria en ello.

Todos los seres, como observa Fenelon,—segun me parece,—

estamos obligados a perfeccionarnos para llenar *los fines de nuestra creacion*; i si la mujer ha recibido una intelijencia poderosa de manos de su Creador, nunca puede ser justo que se la prive de los medios necesarios para cultivar sus facultades intelectuales i llenar todos los deberes de que la hace capaz su naturaleza.

En estos últimos tiempos la posicion del hombre ha mejorado considerablemente. Los estudios teológicos, forences, médicos, mecánicos i demas conocimientos profesionales se hallan a una inmensa altura. Hasta el oficio de matar a sus semejantes, a espada, a fusil, a cañon, por ataques de vanguardia o retaguardia, de frente o de flanco, en mar o en tierra, se ha llevado a una gran perfeccion. I si al hombre se le procuran profesiones, oficios o artes liberales con que ganarse la vida, ¿por qué no ha de hacerse otro tanto con la mujer? ¿Por qué quiere obligársela a que viva como planta parásita, únicamente del alimento que le procura su marido?—¿Por qué no se la pone en aptitud de que pueda velar personalmente por su existencia i por la de sus ancianos padres o de sus pequeños hijos?—¿Por qué cuando llega la horfandad o la viudez no ha de poder bastarse a sí misma i ha de necesitar de protectores estraños que pueden corromperla i degradarla?

Segun varios fisiólogos de la escuela idialista, los *males que nacen en el espíritu* solo se curan por la accion del espíritu. Los sistemas hijiénicos i los remedios curativos sirven apénas para calmar los *efectos* que las impresiones morales producen sobre el cerebro, sobre el corazon, sobre los nervios, sobre el estómago, sobre la bilis, sobre la sangre, sobre los pulmones i sobre la organizacion física i corporal del paciente. Pero las *causas*, los *jérmenes* que han producido el daño no se estinguen mientras no venga otro incidente ideal u otra impresion moral a destruir la impresion anterior.—Esos remedios morales mas conocidos son:—el misticismo,—las obras caritativas,—las distracciones,—los viajes,—las lecturas,—los estudios científicos,—las elucubraciones literarias,—las ocupaciones políticas, i en jeneral, todas las atenciones ideales que pueden absorber i trasformar el espíritu.—Ahora bien! ¿Por qué razon el hombre ha de poder calmar las angustias de su espíritu con todas esas variadas emociones i la mujer únicamente ha de poder dedicarse al misticismo, a la beneficencia i a los fútiles placeres sociales?

¿Por qué razon si no puede consolarse por esos medios ha de ver estinguirse su existencia en la desesperacion i la tristeza i

no ha de poder reanimar su espíritu con la literatura i la ciencia?

¿Por qué razon la mujer ha de ser solo esposa o monja, i si no es eso a de ser un ente inútil? I aun mas, ¿qué dificultad habria para que esa misma monja, en vez de estar entregada solamente a la vida contemplativa, emplease muchas horas de su tiempo, en estudiar, en pensar, en escribir?—¿Por qué razon ha de consagrarse solo a meditar en su vida futura, cuando por el hecho de haber nacido tiene tambien deberes terrestres, personales o sociales; sobre todo cuando tiene fuerza i facultades para servir a su país i para contribuir al progreso humano?

Las señoras ricas, las que no necesitan de su trabajo, las que pueden pagar amas, cocineros, criados, cocheros i modistas, jeneralmente pasan su vida en la mayor ociosidad. Sus días los ocupan solo en vestirse, en preparar sus nuevos trajes, en pasearse, en bailar, en oír galanteos, en rivalizar con sus iguales, en envidiar a las vecinas. Ni su corazón ni su inteligencia, tienen algo sério que puedan compensar a su dicipacion moral. Mui rara vez leen; i si leen son solo novelas estravagantes, en que se pinta una naturaleza artificial, fantástica, que no puede ilustrarlas, sino estraviarlas.—De esa manera, por la misma futilidad de la enseñanza, que se le procura a la mujer, se le prepara para la corrupcion; i sin embargo, el hombre la castiga con una crueldad sangrienta cuando cae en el abismo, Esto es por cierto, bien injusto i pide una inmediata reparacion, dándole a las mujeres algo mas útil i mas elevado en que pensar.

Los grandes pensadores han puesto a los pueblos en via de libertarse del exajeradísimo tutelaje en que los mantenian los aristócratas, los fanáticos i los reyes. Los economistas casi han alcanzado a redimir al proletario de la miseria i del hambre por medio de combinaciones mas o ménos ingeniosas que permiten la economia i el ahorro. Los filántropos i la jenerosa constancia de Missis Fry, han trasformado el sistema penitenciario hasta el punto que las cárceles no sean solo prisiones sino tambien escuelas. Los hombres de Estado i la sublime inspiracion de Misses Beecher Stosse han podido extinguir el cáncer de la esclavatura. Para realizar todos estos progresos, para reparar toda esta injusticia han sido preciso grandes estudios, grandes gastos i hasta grandes derramamientos de sangre. I si todos estos sacrificios se han hecho por los pobres, por los oprimidos i por los criminales; ¿qué motivo ha

habido para no atender con la misma solicitud al engrandecimiento, al desarrollo, a la redencion de la hija, de la esposa, de la madre, de los seres mas queridos del corazon del hombre? ¿Qué razon ha habido para que los Estados no costeen colejios de enseñanza superior para la mujer?

Alguien ha dicho:

Todos los años se gastan aquí i en la mayor parte de los pueblos nuevos, grandes sumas para colonizar nuestros campos desiertos, esperando que esas nuevas intelijencias aumenten nuestros progresos. Pero si tenemos aquí una gran cantidad de seres capaces de trabajar, una gran cantidad de intelijencias capaces de producir ideas; por qué no las utilizamos, cultivándolas hasta donde sea posible?

Si el hombre no ha educado a la mujer como debia, es porque le ha tenido miedo.

Otro ha dicho:

Si el hombre ha querido mantener a cierto nivel la intelijencia femenina, es solo porque ha tenido envidia de ese ser tan perspicaz i tan espiritual.

I otros han agregado:

Si el hombre se ha conducido tan mal con la compañera de su existencia, es solo por egoismo,—ha sido solo porque los hijos estén mas bien cuidados, la comida mas bien sasonada, la ropa mas bien lavada, la casa mas bien sacudida.

En todo eso, hai por cierto, mas de espiritual que de verdadero. Las relaciones entre hombre i mujer no pueden estar gobernadas por tan pequeños móviles. La madre abnegada i jenerosa que todo lo ha sacrificado por sus hijos;—la esposa honrada i fiel que no tiene mas guia en sus actos que el honor de su marido;—la hija tierna i cariñosa con su padre, merecen mas respeto, mas amor, mas ternura, al hijo, al esposo, al padre.

La verdad es que ha habido descuido, negligencia si se quiere. La verdad es que el hombre no se ha preocupado bastante de la *Enseñanza superior de la mujer*; porque jamas se ha detenido a calcular minuciosa i detalladamente la importancia que ese elemento podria tener en los destinos humanos.

La verdad es tambien que las mismas interesadas nunca han mostrado empeño en reclamar sus derechos.

Temiendo siempre por su honor i por su virtud se han alejado

ordinariamente del mundo terrestre; han pasado mas bien en la vida futura i han entregado su espíritu al misticismo.

Jamas han pensado que podian influir en los destinos humanos.

Ni aun han mostrado simpatía por los que han pedido el que se les reconociese ese derecho. Los trabajos de Jenofont, San Jerónimo, Fleury, Fenelon, Rousseau, Bernardino de SS. Pierre, madame Bernier, madame Remusat, madame Guissot, madame de Beaumont, la condesa de Agorilt, Julia Lamber, Shuart Mill, i muchos otros sobre la educacion de la mujer, nunca han sido populares entre ellas.

La academia francesa premió, a su aparicion, la obra de Aimé Martin, sobre la Educacion de las Madres de familia o sea la civilizacion del linaje humano por medio de las mujeres;—i sin embargo, ninguna mujer se ha apresurado a realizar esas ideas i tendencias. Ha bastado que Aimé Martin fuese un filósofo racionalista, para que el bello sexo mirara con prevencion una obra que les muestra tantas simpatías.

En conclusion, reconozcamos que ha habido injusticia de parte de los hombres; pero convengamos tambien en que ha habido negligencia de parte de la mujer. Reconozcamos que hai justicia en que se le eduque; pero convengamos que ella debe reclamar ese derecho, para que se vea que acepta la tarea que se le impone.

BENICIO ÁLAMOS GONZALEZ.

(Continuará)

EL TRAJE

DE LAS SANTIAGUINAS

EN LOS SIGLOS XVII i XVIII.

Siempre han sido las santiaguinas mujeres en extremo aficionadas al lujo. Santiago tenía apénas el aspecto de una estensa aldea i ya sus hijas vestian como las grandes damas de las cortes europeas. El aspecto exterior de la ciudad contrastaba con el traje de sus habitantes: parecia imposible que bajo de aquellos techos encorvados, de aquellos edificios aplastados, de esos mojinetes, obras clásicas de la arquitectura colonial, especie de urna feudal destinada a guardar el escudo de armas de la familia, i a falta de éste el santo de la devocion de la casa, parecia imposible, repetimos, pudieran albergarse bajo de aquellos mezquinos techos, mujeres elegantes, que admiraban por la riqueza de sus trajes i por su buen gusto i distincion, a los pocos viajeros europeos que entónces nos visitaban.

Santiago no fué nunca respecto de la moda, como lo creen muchos, una sucursal de Lima; al contrario, los figurines de Madrid, de Cádiz i de Sevilla que venian a bordo de las naves que doblaban el cabo, llegaban naturalmente mucho ántes a Santiago que a Lima. Las últimas modificaciones del figurin, que por fortuna no se repedian con la frecuencia de hoi dia, se discutian, se rechazaban

ban o aceptaban por las santiaguinas ántes que por las limeñas. Era esa talvez la única supremaía que obteníamos entónces de nuestra ventajosa situación jeográfica.

Bajo la administracion progresista de Cano de Aponte, en que la colonia principiò a florecer, en que las minas de oro produjeron abundantes tesoros i el trigo principiò a esportarse, haciendo del Perú nuestro gran mercado, el lujo tomó en Santiago un desarrollo que excedia con mucho al aumento de la riqueza particular. Es cierto que Santiago llegó a sellar anualmente mas de medio millon de pesos en monedas de oro, que llevaban en alto relieve el busto del rei de las Españas, es decir, llegó a acuñar un valor veinte veces superior al de las pastas de oro que en igual periodo compra hoy nuestra casa de moneda; pero esa suma, portentosa para aquella época, i tambien para la presente, se empleaba casi en su totalidad en blondas de Flandes i en collares de perlas para adornar la garganta i los cabellos de nuestras orgullosas paisanas. El oro se gastaba entónces en dos cosas: en embellecer a las mujeres i en adornar las imágenes de los templos; por eso se veian ámbas cubiertas de riquezas.

Mucho nos admiramos al presente del lujo de nuestras mujeres, ¿cómo si ello fuera una novedad! se asegura que algunos maridos tiemblan al pasar frente de ciertas vidrieras de la galería Matte, i que despues de cada baile de invierno se habla durante una quincena de los encajes i piedras preciosas que han lucido algunas de nuestras grandes señoras. Pues bien! en aquél baile fantástico de la Alhambra, en aquél otro no ménos maravilloso de la calle de Huérfanos, en que vuestra esposa o vuestra hija fué vestida con el traje de las grandes damas de la corte de Enrique IV, ¿sabeis a quiénes imitaban sin recordarlo, sin saberlo quizás?—A las elegantes santiaguinas del siglo XVIII!

Era ese, a juicio de los viajeros de la época, el traje diario de visita i de salon, que usaban las damas de Santiago. El faldellin de seda o de paño, de tisú de oro o de plata, llegaba hasta la mitad de la pantorrilla, i de su ruedo caia hasta poco mas arriba del tobillo un vuelo de riquísimos encajes que cubria sin ocultarla la hermosa i bien torneada pierna. Muchas veces se divisaban las ligas bordadas de oro i plata, «salpicadas de perlas.» Las mangas de la rica camisa cubiertas de encajes i de cintas, tenian dos varas de largo i otro tanto de vuelo; las del jubon tenian una forma circular, formadas tambien de costosas blondas. Las mangas de ámbos

trajes se llevaban sujetas a la espalda con lazos de cintas que salían del seno de la dama i formaban cuatro pequeñas alas, dos mas que las de Venus i Diana.

El calzado recortado i de altos tacones, era digno de este traje; no podia ménos de serlo en una época en que el pié era algo tan expresivo como los ojos. Podia disculparse a una mujer los ojos feos, pero no se la perdonaria jamas los pies grandes.

El peinado que acompañaba a este traje, era una obra esquisita de sencillez i de buen gusto. El cabello se dividia en seis trenzas, que se recojian en la parte posterior de la cabeza, cayendo el doble a la altura de los hombros. Un alfiler de oro, de forma curva, llamado *polisson*, sujetaba el cabello; del *polisson* pendian algunas veces dos grandes botones de diamante. Ni un adorno mas, ni una flor, ni una cinta; solo de vez en cuando, i esto era un exceso de elegancia, se colocaban sobre la frente *tembleques de diamantes* que sostenian una serie de pequeñas blondas, formadas del mismo cabello, que cubrían la mitad de la frente. Esta moda era algo más graciosa que ese crespo que hoy cae sobre el rostro, en voga desde 1872, i que dá a la fisonomía de algunas jóvenes una expresion verdaderamente cruel. ¿Qué objeto tiene ese rizo que se le abandona con tan aparente descuido i en realidad con tan esquisito cuidado? ¿Es para dar sombra a la mirada? ¿Es para ocultar el rubor?

Un cronista de la colonia, don Antonio de Ulloa, ha hecho del traje de las santiaguinas una verdadera autopsia; lo analiza pieza por pieza principiando desde la camisa, a la que da una importancia especial, como que entónces hubo novia cuya camisa nupcial importó mil pesos i otras mucho mas. A los que de esto se asombren les contaremos, por si acaso lo ignoran, que M^{me}. Chessé, la antecesora de M. Prá, tenia en su espléndida tienda de la galería Matie, *baberos para guaguas*, cubiertos de encajes de Inglaterra i de Bruselas, de valor de ciento cincuenta pesos para arriba..... i se vendian i venden siempre!—Pero no imitaremos al cronista Ulloa en su peligrosa empresa de examinar cosas tan íntimas, pues si en aquella época pudo llevarse a cabo sin protesta la exhibicion de una camisa de dormir, hoy seria de mal gusto. No es posible desnudar a las damas en presencia del público, aun cuando se persiga solo el deseo de realizar una investigacion histórica o social.

Si hai algo voluble e inconstante es la moda femenina; los

hombres vivimos hace ya medio siglo bajo el peso de este sombrero abrumador, trozo de una chimenea de fábrica, de estos pantalones i chaquet que a todos nos hacen igualmente ridículos i que impide a la escultura masculina lucir sus formas; pero las mujeres! ellas modifican sus trajes no ya para cada estacion jeso sería demasiado! sino para cada luna nueva.

El hermoso traje que hemos descrito, moda estricta de fines del siglo XVII i principio del XVIII, sufrió sucesivamente numerosas variaciones, pero que no cambiaron de una manera notable el carácter jeneral del vestido. Solo a mediados del último de esos siglos las anchas i flotantes mangas de la camisa i del jubon fueron reemplazadas por otras ajustadas i tan cortas que apénas bajaban de los hombros, parecian mas bien una cinta destinada a sostener el corpiño. La moda ha sido siempre partidaria de los extremos i de las exajeraciones. Esas mangas eran de trencillas o de encajes, de modo que el brazo iba casi completamente descubierto. El escote i abertura del pecho i su circunferencia se veia tambien adornado de finisimos encajes. El corsé se apretó mas a la cintura. Las enaguas se adornaban de finisimas blondas para que bajando un poco mas que el faldellin se viera una especie de nube de encajes; la enagua superior tenia una pretina adornada de bordados; sobre esta pretina se colocaba un cinturon de tela de plata u oro, de modo que no ocultara los encajes. El faldellin llegaba hasta el empeine del pié. A medida que se aumentaba el escote para descubrir el ceno se bajaba el vestido para ocultar la pierna. El rubor descendia. El nuevo faldellin que era de tisú o brocato de vivos colores estaba cubierto de angostos dobleces hechos a lo largo, prendidos unos con otros para que no se deshicieran, se ataba a la cintura de modo que dejaran descubierto el frente del vestido. Sobre los hombros, sin ocultar el escote, se ponía una especie de roquete, sin mangas, a que se daba el nombre de *cotona*, abierta por los costados i que solo caía hasta la mitad de la espalda, para lucir la cintura.

Pero la modificacion mas importante que la moda habia introducido estaba en el calzado. El nuevo zapato de seda, bordado con lentejuelas de oro o plata, tenia la forma exacta de un número ocho, perfectamente cerrado, tan redondo por el talon como por la punta, i en ésta, dice un contemporáneo, «le abrian dos pequeños tajos para que salieran por ellos los dos primeros dedos, que desde la mas tierna edad se tenia el cuidado de doblar para que

sobresalieran.» Este zapato, que nos recuerda el de fierro de los chinos, iba asegurado con hebillas de oro o de piedras preciosas.

El antiguo peinado de seis trenzas había sido reemplazado por otro en que las trenzas eran innumerables i se agrupaban todas sobre las orejas figurando el «ala de un pichon.» Las flores principiaron a usarse con este peinado; el jasmín, tan abundante entonces, servía para confeccionar una blanca i fragante diadema a la cual se daba el nombre de *piocha*. Otras veces se colocaba sobre la cabeza una cinta de oro o plata i por delante tembleques esmaltados cubiertos de perlas o de brillantes. Las orejas, la garganta i los dedos se veían también adornados con perlas i piedras preciosas.

I aquí creemos necesario hacer una advertencia que juzgamos indispensable: ante esta riqueza casi fabulosa, ante esta deslumbrante cascada de perlas i de piedras preciosas, ante estos vestidos dignos de las favoritas de los sultanes, el lector se preguntará si todo aquello era verdadero o falso, i si esas alhajas no serían como las que usan las reinas de la comedia. Los severos cronistas de la época responderán por nosotros. «Todas esas piedras preciosas, dice Frezier, dice Ulloa, Cosme Bueno i Carvallo, son finas, que falsas no las aprecian las hijas de este país, porque quieren que a lo lucido se agregue el ser todo de mucho costo.» Se vé, pues, que a este respecto las santiaguinas no han dejenerado absolutamente. La joyería falsa no la usaba ni el pueblo: se empleaba solo para la conquista de Arauco, para engañar con ella a los indios, comprándoles sus ganados i sus hijos!—Pero, ¿no hemos visto hasta hace poco a viejas indias o negras, que se conservaban como reliquias de la colonia, ostentar en medio de su pobreza ricos aros de perlas i sortijas de oro con diamantes? Parece que el pueblo se hubiera empobrecido con la libertad.

El traje verdaderamente cortesano de la época colonial estaba en armonía con los hábitos sociales, con el espíritu aristocrático que dominaba, con la etiqueta rigurosa de los salones. El salon santiaguino era en los dos siglos anteriores algo como un templo. Se entraba en él con la solemnidad del que penetra en un santuario i para salir si no se andaba para atrás, como en las mezquitas de oriente, pero se salía con cierto recojimiento religioso. Aquellos salones espaciosos, amueblados con un método i orden verdaderamente oficial, revelaban a primera vista el ceremonial de la época. Se sentía en ellos el mismo fresco que en las catedra-

les de piedra, se respiraba la misma atmósfera de solemne gravedad, se aspiraba el mismo olor a incienso que el zahumador de plata colocado sobre la mesa central exhalaba eternamente.

Un hecho digno de notarse en las modificaciones del traje es el predominio de la moda francesa aun en la época en que la España se imponía por la fuerza, no solo como soberana de estos territorios sino como única arbitra del corte de los vestidos i aun de las telas que debian emplearse en su confeccion. Así los reyes de España no solo permitian o prohibian por reales decretos el uso de la crinolina que estuvo tan en voga en el siglo XVIII, como lo estuvo hace poco en pleno siglo XIX, sino que tambien señalaban las telas que debian comprarse con absoluta preferencia. Entre esos decretos hai algunos verdaderamente curiosos que merecen ser conocidos, especialmente hoi que hai en Chile dos escuelas que se disputan la supremacía: la de los proteccionistas i la de los libres cambistas. Felipe V prohibió a sus súbditos de América, en 1723, que hicieran uso de las telas, de los muebles i hasta de los carruajes de fábrica francesa. Ya entónces esa industriosa nacion se llevaba anualmente de América muchos millones en oro, en cambio de sus tejidos de seda, de sus encajes, de sus artículos de fantasía i de tocador, con grave detrimento de la industria española que consistia especialmente en tejidos de lana.

La crinolina habia sido impuesta a la Europa i al mundo por la Francia; así como la Dubarry i las grandes damas de la corte de Luis XV la habian impuesto a Paris. Jamás se ha visto una moda que se haya jeneralizado i consolidado tanto i que apesar de su noble orijen tuviera una aceptacion mas democrática por no decir mas plebeya. Su reinado duró en Santiago mas de veinte años la época de su primera voga, i mui poco ménos en su segunda i reciente aparicion. En el siglo XVIII la crinolina era tambien usada por los caballeros, que no tenian el menor escrúpulo de colgarla de su cintura juntamente con su espada.

Antes de la crinolina se usó en Santiago con no ménos éxito el famoso *ahuecador*, introducido en Francia por Maria de Médicis, i que era un aparato destinado a anchar las caderas. Ha sido a nuestro humilde juicio la invencion mas ridícula que haya impuesto jamás la moda i el capricho de una mujer a esta pobre i condescendiente humanidad.

Entre el *ahuecador* i la crinolina hubo un largo paréntesis en que las santiaguinas usaron el vestido ceñido al cuerpo i caido

hasta el suelo, casi como al presente. Entónces fué tambien cuando se introdujo el quitasol, que fué perfectamente recibido por el mundo elegante, i tambien mui criticado por los moralistas que veian en ese aparato un objeto de molicie i de lujo exajerado i corruptor.

Casi junto con el quitasol penetró tambien la moda de los lunares postizos... El uso de los afeites se habia hecho mui jeneral, al punto que las hermosas dentaduras eran mui escasas; por eso el primer dentista que llegó a Santiago levantó una fortuna en pocos meses: i hoí mismo no hai negocio de banco, ni bufete de abogado o de ministro que deje lo que el cloroformo i el gatillo. Al principio las damas aceptaron la moda de los lunares con cierta repugnancia; se hacian solo uno, cerca de la boca, al lado izquierdo o al derecho de la barba; pero poco despues usaron dos i hasta tres i cuatro, semejándose el rostro de algunas al de verdaderas convalecientes de viruelas.—Ah! si entónces hubieran existido entre nosotros los ferrocarriles con largos socabones, que sepultan al viajero en espesas tinieblas, como sucede al presente en la línea de Santiago a Valparaiso, ¡qué de curiosas aventuras no hubieran tenido lugar!—Se habrian repetido en mil variantes la cómica escena que se representó en uno de los carros de ese ferrocarril en que iba una respetable mamá con su jóven hija i su futuro yerno. La bella niña llevaba al entrar al socabon de San Pedro un negro lunar hechizo en su mejilla derecha. Al salir del socabon, oh! sorpresa de los viajeros! el hermoso lunar, que fijaba la atencion de todos, habia desaparecido del rostro de la jóven i se veia sobre el labio superior de su prometido... Esa encantadora transmigracion habia sido la obra de un beso furtivo dado en medio del peligro i de la oscuridad!

Es probable que la introduccion del abanico i de los guantes de Preville dieran lugar en su respectivo tiempo a críticas semejantes a las de que fué víctima el quitasol. Aquellos objetos se consideraban no solo como elementos de molicie sino como licenciosos... i esto que no éramos mui espartanos, pues era la época en que los brazos iban desnudos i en que la chaqueta del vestido subia apénas tres dedos sobre la cintura. Nuestras mujeres se asemejaban entónces a las Cirenas: medio cuerpo vestido, que era el de pescado i medio desnudo, que era el de mujer. Pero ese traje extravagante no se consideraba una licencia. Verdad es tambien que esa moda venia de Francia, de la época del Directorio; ese afortunado pe-

riodo en que las mujeres no ocultaban nada, en que el pié, descubierto como la mano, ostentaba ricos anillos, i la pierna desnuda, pulseras como los brazos!

La revolucion francesa, que tampoco fué avara de escotes, ejerció tambien sobre nosotros su poderosa influencia. Las ideas de la revolucion penetraron en Chile por el traje, esto era por lo ménos lo que se veia exteriormente, sobre todo en los hombres. El frac o la levita apretada, de largas mangas o faldones, de cuello fenomenal, en forma de jigantesta golilla; el peinado a lo Mirabeau o a lo Barnave. ¿Cómo no impedía la España esa escandalosa imitacion de los mas terribles figurines? Talvez la revolucion política i social se ocultaba en los faldones de las levitas francesas como artículo perseguido i de contrabando, pues así a lo ménos lo rebela el grito belicoso de 1810.

Desde entónces los trajes han cambiado de forma pero no de carácter, hasta hoi dia en que puede decirse que las mujeres han vuelto a la edad primitiva o que visten *el desnudo*, pues sus trajes en vez de ocultar sus formas sirve admirablemente para diceñarlas mejor, presentándolas mas seductoras, gracias al arreglo interior de los contornos. La verdad es que nuestra madre Eva, con solo la hoja de higuera, no estaba ménos desnuda que las mujeres del dia, i si hoi se paseara en aquella *toilet* por la Alameda de Santiago quizás no escandalizaria a nadie.

VICENTE GREZ.

LUCRECIO.

(EL MAS GRANDE DE LOS POETAS).

El pasado de la humanidad, a pesar de los progresos hechos por la ciencia de la historia, está envuelto, todavía, en densas tinieblas. Muchos jénios eminentes, que son honra i gloria de nuestra especie en el curso de su desenvolvimiento, yacen desconocidos i menospreciados; ni se conoce su valor, ni se agradecen sus servicios. Seria una obra verdaderamente humana i en extremo fecunda, el sacar a todos esos jénios del olvido innmercido en que viven, para colocarlos en el puesto de honor que les corresponde.

Es verdad que esa apreciacion es sumamente delicada, i que exige una imparcialidad suprema. Pero, si se poseen nociones exactas sobre la marcha de la humanidad i su verdadero destino, es posible hacer algo a ese respecto. I, nos permitimos recomendar a la atencion de los pensadores esta clase de trabajo, que podria contribuir al bienestar de nuestra especie, porque haciéndole reconocer sus verdaderos servidores en el pasado, la haria respetar sus verdaderos servidores en el presente, i presentir jenerosamente los del porvenir. Por nuestra parte, vamos a examinar uno de esos desconocidos del pasado que nos es singularmente caro.

Lucrecio, el autor del poema de la naturaleza (*De natura rerum*) ocupa el puesto que le corresponde en el panteon de los jénios de la humanidad? No vacilamos en contestar que no; por-

que, a nuestro modo de ver, es el jénio poético mas grande que haya existido jamas: mas grande que Homero, mas grande que Dante, mas grande que Byron.

Sostengo que Lucrecio es el jénio poético mas eminente que haya existido nunca, porque es el mas verdadero i el mas humano de todos: el mas verdadero, porque rompiendo las mil ficciones que poblaban el campo de la naturaleza, se eleva a la contemplacion de la realidad; el mas humano, porque ensalza i diviniza al jénio que disipando las tinieblas i los fantasmas de la ignorancia i de la supersticion, convierte al hombre de esclavo en señor del Universo. Cuando consideramos la época en que escribió Lucrecio, hace diez i nueve siglos, no podemos ménos de admirar la grandeza de su espíritu, que en sus cantos inmortales infundió un aliento capaz de vigorizar a la humanidad aun en nuestra época, a pesar de los progresos sin número realizados en tan largo espacio de tiempo. Sus contemporáneos Virjilio, Horacio, Ovidio, se empuerqueñecen a su lado. Ninguno de ellos es capaz de sacudir el alma con vibraciones tan enérgicas, tan grandiosas, tan sublimes. Mas de una vez, leyéndolo, hemos creído que era un jénio potente de nuestro siglo, que cerniéndose sobre el universo, en medio del infinito, nos descubria las magníficas conquistas de la ciencia. Ni Goete, ni Víctor Hugo, con ser de nuestra época, saben elevarse a contemplaciones tan verdaderas.

Sin embargo, la humanidad no ha sabido apreciar, en todo su valor, al mas grande de sus poetas. I, hasta ahora, el verdadero maestro en poesia no ha tenido discípulos dignos de él, i permanece aislado en su desconocida i austera grandeza. Pero, la hora de la justicia llega mas tarde o mas temprano, i creemos que esa hora ha sonado ya para Lucrecio. Las almas débiles, los espíritus enfermizos que adolecen de misticismo i de sentimentalismo, jamás podrán comprender, ni mucho ménos sentir, las enérgicas i jenerosas emociones que palpitan en los profundos versos del poeta. Para esas jentes, demasiado abundantes, por desgracia, son letra muerta las sublimes bellezas del poema. Mas, por otra parte, no es escaso el número de los que, curados del misticismo i del sentimentalismo, sabrán comprender i sentir la grandiosa poesia que respira la obra de Lucrecio. En ella escucharán los ecos supremos del jénio que infunden vigor i aliento para la verdadera empresa de la humanidad: la conquista de la naturaleza por el estudio atento i reflexivo de la misma naturaleza. El

poema mismo es una síntesis completa del saber del espíritu humano en la época de Lucrecio. Éste con la osadía propia del jénio nos descubre el espectáculo de la naturaleza, tal cual lo concebían los filósofos mas eminentes, en especial Epicuro, que es su verdadero maestro. Rompe, pues, con sublime enerjía, los lazos de la supersticion que encadenan a los poetas mas ilustres de su época; i, lo que es mas raro i mas admirable, se desprende de toda clase de ficcion, pinta a la naturaleza tal cual es, i, sin embargo, consigue elevarse a las rejiones mas altas de la poesía. Parece, cuando se le lee, que uno es mas grande, mas fuerte; nuestro destino se eleva, nuestra mision se ennoblece, i perspectivas grandiosas se erijen ante nuestra vista. ¡Tan cierto es, que la verdad es mas grande que todas las ficciones!

Oigamos algunos pasajes de ese sublime poema. «En el tiempo en que el hombre envilecido se arrastraba bajo las pesadas cadenas del fanatismo, que por entre las nubes mostraba su espantosa cabeza, i cuya mirada horrible amenazaba desde lo alto a los mortales, un hombre, nacido en Grecia, (1) osó el primero levantar contra él la vista, i el primero rehusó inclinarse. Ni esos dioses tan temidos, ni sus rayos, ni el ruido amenazador del cielo irritado pudieron intimidarlo. Su valor se escitó con los obstáculos. Impaciente por romper el estrecho recinto de la naturaleza, su jénio vencedor se lanzó mas allá de los límites inflamados del mundo, recorrió a pasos de jigante las llanuras de la inmensidad, i triunfante volvió a decir a los mortales lo que puede nacer o nó, i como el poder de los cuerpos está limitado por su esencia misma. De este modo la supersticion fué hollada bajo sus piés, su derrota nos hizo iguales a los dioses.»

En otra parte se espresa así: «No ignoro que es difícil esponer en versos latinos las oscuras investigaciones de la Grecia. La escasez de las palabras i la novedad de la materia me obligarán, a menudo, a crear voces nuevas. Pero tu mérito, querido Memio, i el placer que me promete tan dulce amistad, me hacen capaz de los trabajos mas penosos, i me inducen a buscar en la tranquilidad de una noche serena, jiros nuevos, imájenes brillantes que puedan llevar la luz a tu alma, i descubrirte el sistema entero de la naturaleza. Porque para disipar los terrores de la supersticion i las tinieblas de la ignorancia, se necesita no de los rayos del sol, ni del esplendor del dia, sino del estudio reflexivo de la naturaleza.»

(1) Epicuro.

Mas adelante encontramos estos versos.

«Los que han designado el fuego como el único principio de las cosas, los que han atribuido al aire la formacion de todos los cuerpos, los que han mirado el agua como la fuente de los seres, los que han enseñado que la tierra puede tomar la forma i la naturaleza de todos los cuerpos, todos esos filósofos, a mi parecer, se apartan grandemente de la verdad. Coloquemos aun, en la misma clase, a los que doblan los elementos, uniendo el aire al fuego i el agua a la tierra; i aquellos, en fin, que toman los cuatro, persuadidos a que la tierra, el agua, el aire i el fuego pueden producir todos los seres.»

«A la cabeza de estos últimos está Empédocles de Agrigento, nacido en las orillas de esa isla triangular, que las azuladas olas jónicas bañan serpenteando, i separan de la Italia por medio de un canal estrecho i rápido. Ahí brama la vasta Caribdis; ahí hirviendo en el fondo de sus abismos, el Etna da la señal de una nueva guerra, amenaza vomitar nuevos diluvios de fuego i lanzar todavía al cielo los relámpagos de su boca. Esa rejion fecunda en prodijios, digna de la curiosidad de los viajeros i de la admiracion del jénero humano, esa mansion enriquecida de todos los bienes i defendida por un baluarte de héroes, nada ha producido, sin embargo, de mas estimable, de mas asombroso, de mas grande que Empédocles. Los versos que enjendró su jénio divino hacen resonar, todavía hoi, el Universo con sus sublimes descubrimientos, i permiten dudar de que hayan tenido un oríjen mortal. Sin embargo, ese famoso jénio i otros muchos ménos ilustres que él, oráculos mas seguros i mas respetables, que la Sibila coronada de laureles sobre la trípode de Apolo, despues de haber asombrado al mundo por la grandeza de sus descubrimientos, han errado en la esplicacion de los principios de la materia, escollo fatal donde su jénio hizo un naufragio memorable.»

Citaremos, todavía, el siguiente trozo.

«Escucha ahora las verdades que me restan por descubrirte. No ignoro cuan oscuras son ellas, pero la esperanza de la gloria estimula mi valor i vierte en mi alma la pasion de las musas, ese entusiasmo sublime que me levanta hasta la cima del parnaso, en lugares inaccesibles hasta ahora a los mortales. Me gusta beber en fuentes desconocidas; me gusta cojer flores nuevas i ceñirme la cabeza de una corona brillante, con que las musas no hayan adornado todavía la frente de ningun poeta: primero porque mi asun-

to es grande, i porque emancipo al hombre del yugo de la supersticion; en seguida, porque derramo olas de luz sobre las materias mañ oscuras, i las gracias de la poesia sobre una filosofia árida. I ¿por ventura, no tengo razon? Así como el médico para hacer beber a los niños el ajeno amargo, dora con miel los bordes de la copa, a fin de que sus labios, seducidos por esa dulzura engañadora, traguen sin desconfianza la negra bebida, feliz artificio que vuelve el vigor i la salud a sus pequeños miembros; así tambien siendo la materia demasiado séria para los que no han reflexionado en ella i desagradable para el comun de los hombres, he tomado el lenguaje de la musas, he corregido la amargura de la filosofia con la miel de las poesfa, esperando que, seducido por los encantos de la armonía, bebas en mi obra un profundo conocimiento de la naturaleza.»

No obstante, la esplicacion del Universo que nos dá Lucrecio, en su gran poema, tiene que ser necesariamente errónea, en su mayor parte; pues, la esperiencia que habia alcanzado la humanidad, en esa época, era relativamente escasa. Con los diez i nueve siglos trascurridos desde entónces, es fácil rectificar, al presente, las teorías del poeta de la naturaleza. Pero, la concepcion del mundo sin mezcla alguna de sobrenaturalismo, que constituye el alma del poema, es una vision soberana que aumentará de dia en dia la gloria de Lucrecio, i que lo convertirá en el verdadaro maestro de los poetas del porvenir. Mientras el sobrenaturalismo ha imperado en el mundo, Lucrecio ha podido ser desconocido, i mil poetas, mas o ménos notables, han apocado al hombre con sus cantos enfermizos. Siempre la providencia manejando a su antojo el destino de los mortales; por todas partes el misterio i el terror; los sentimientos naturales desconocidos, pisoteados; la vida presente mirada como un destierro; en una palabra, el hombre menospreciado, vilipendiado, esclavizado. Esto era lo que en versos melódicos cantaban los poetas. I todavia hai muchos que malgastan sus dotes en deprimir así a nuestra especie.

Por fortuna, el sobrenaturalismo tiende a desaparecer, gracias al desarrollo inmenso que han alcanzado las ciencias. Éstas se enseñorean ya de todo el Universo, i sus demostraciones positivas, ahuyentan irremisiblemente todos los fantasmas, disipan todas las ficciones. I, si el sobrenaturalismo existe todavia en el mundo, es por la tenacidad del error esplotado por el interes; pero, no cabe duda que las ciencias darán cuenta cabal de él, mas tarde o mas temprano.

Entonces los poetas, inspirándose en la concepción científica del mundo, entonarán cantos que infundan vigor i aliento a la humanidad. No habrá ya en esos cantos como en los inspirados por el misticismo, ni providencia temible, ni misterio, ni terrores, ni menosprecio de la vida humana; i habrá en cambio, leyes inmanentes e inmutables que rijen el Universo todo; gloria i estímulo para los descubridores de esas leyes que han engrandecido el destino de los mortales i que lo engrandecerán en adelante; amor i respeto por la vida del hombre, cuyo bienestar debe ser la preocupación exclusiva de las almas verdaderamente jenerosas; idealización de todos los sentimientos reales i nobles de la naturaleza humana; en una palabra, nuestra especie aparecerá en los tales cantos, grande i libre por medió de sus propios esfuerzos, i dueño de la naturaleza, de esclavo que era, por el conocimiento de esa misma naturaleza.

Cuando esos cantos sean el lenguaje habitual de los poetas, Lucrecio ocupará, de una manera definitiva, el puesto supremo que le corresponde; i todos glorificarán, al unison, al verdadero maestro en poesia, a ese inmortal cantor de la naturaleza, que pisoteó majestuosamente las supersticiones en una época de superticiones.

Si el estado intelectual del tiempo en que vivió Lucrecio hacia imposible la verdadera concepción del mundo, el estado social hacia, a su vez, imposible la verdadera concepción de la humanidad. Así es que ese jénio inmortal que trepó a la mayor altura que habia alcanzado entonces el saber, no pudo penetrar, sin embargo, los verdaderos destinos de nuestra especie. Mas aun, se formó una idea enteramente falsa de la naturaleza moral del hombre, como puede verse por el siguiente trozo. «Es dulce contemplar desde la orilla las olas levantadas por la tempestad i el peligro de un desgraciado que lucha con la muerte; no porque uno se complazca en el infortunio de otro, sino porque es consoladora la idea de las desgracias que uno no experimenta. Es dulce, aun, pasar la vista al abrigo del peligro, sobre dos ejércitos alineados en batalla. Pero nada es mas delicioso que dirigir las miradas desde el templo sereno erijido por la filosofía, i ver a los mortales estraviarse en busca de la felicidad, disputarse la palma del jénio i los honores que dá el nacimiento, i someterse dia i noche a los mas penosos trabajos, para elevarse a la fortuna o a la grandeza.» Este pasaje respira un egoismo tan refinado que subleva la conciencia. No ne-

gamos que pueda haber individuos tan insensibles que saboreen placeres tan estériles; pero el hombre, en jeneral, no siente de esa manera, i estamos ciertos de que Lucrecio que lo dice, no lo piensa. I mucho ménos puede constituir eso, un ideal moral. El espectáculo de la desgracia de un naufragio hace sufrir, la vista de los ejércitos que van a destruirse mutuamente hace sufrir tambien; nada hai en ello que pueda ser agradable, i sí mucho que debe inspirar lástima i horror. I si, por ventura, se tiene la suerte de subir al templo de la filosofía, no será para reirse de las miserias, de los afanes i de los errores de los hombres, sino para empeñarse en instruirlos i en aliviarlos. Precisamente lo que trata de hacer Lucrecio, en cuanto se lo permiten las luces de la época, con su inmortal poema.

Dado que al presente se levantára un jénio poético de la estatura de Lucrecio, tendria un campo mas vasto donde desplegar sus alas. El universo i sus leyes son conocidos, ahora, de una manera positiva i científica, la historia de la humanidad está manifiesta en toda su plenitud, i el porvenir de nuestra especie es un espectáculo magnifico de verdad, de virtud i de belleza, para el espíritu bastante noble i elevado que es capaz de contemplarlo. De modo que el jénio supremo que se asimile todo el saber de nuestra época, i que sepa emanciparse de todas las preocupaciones del pasado que perturban todavia la edad presente, podrá entonar los cantos mas sublimes i mas verdaderos que hayan escuchado los mortales. Las leyes de la naturaleza aparecerán, ahí, en toda su grandiosa e imponente majestad. Los hombres que en el trascurso de la historia han contribuido a descubrirlas por sus esfuerzos incesantes, desfilarán unos en pos de otros, coronados de la auréola de bienhechores de la humanidad. Los hombres virtuosos que han practicado i aconsejado el bien, pasarán entremezclados con los hombres de ciencia, como sus dignos cooperadores en la obra del progreso. Tambien se desenvolverá la corriente de las jeneraciones sucediendo a las jeneraciones, i colaborando penosa e inconcientemente en la causa de la humanidad: trabajo silencioso que debemos agradecer al conjunto del pasado humano. Vendrán, en seguida, las perspectivas del porvenir con los caminos que a él conducen: las naciones todas trabajando sin celos, sin ódios, en la obra comun del bienestar de nuestra especie; triunfo obtenido por el predominio absoluto de la ciencia que uniformando las opiniones de todos los mortales, es la única relijion que pueda ligarlos por el amor.

¡a este respecto, el poeta levantará la voz, con toda la energía de su jénio i de la conciencia del deber, convidando a todos los espíritus amantes de la humanidad a cultivar la ciencia a todas horas, a difundirla por todas partes, para acelerar ese hermoso porvenir. Hecho esto, podrá reposar tranquilo con la seguridad de haber llevado a cabo una obra digna de nuestra época i del jénero humano.

No se me oculta que la empresa es difícil, porque el jénio poético de suyo impaciente e irregular, no se somete a la disciplina de una educación científica i filosófica. Pero, puede presentarse, hoy o mañana, un hombre escepcional, que, con plena conciencia del poder de sus facultades, prescinda de los aplausos efímeros del círculo que lo rodea, i sepa concentrarse en sí mismo, apropiándose con ardiente estudio la suma del saber de nuestra época, para realizar despues la obra verdaderamente grande i sublime, que atraviese intacta los siglos de los siglos, inspirando, en todos los tiempos, el amor a la verdad, a la justicia i a la humanidad. ¡No se crea que semejante obra es imposible, al presente, por grande que fuera el jénio que aparezca; dado el progreso de la humanidad, que rectifica incesantemente el pasado. Pues, las leyes fundamentales sobre el mundo i el hombre son conocidas ya de una manera positiva; así es que el porvenir podrá modificar los detalles, pero no rehacer los cimientos.

Con todo, hai una circunstancia que hace mas difícil en nuestra época, a pesar de su superioridad en saber, una obra análoga a la de Lucrecio en la suya. ¡Es la falta de una enseñanza ordenada, en conformidad con el desarrollo de la ciencia. Donde quiera que dirijamos la vista, ya sea al viejo o al nuevo mundo, solo veremos Institutos en que las opiniones mas contradictorias i erróneas se chocan en un mismo recinto, en una misma cátedra. Aquí la voz de la ciencia, allí la voz de la teología i mas allá, talvez, la voz de una ciencia-teología. Por todas partes la incoherencia i la contradicción, que solo enjendran el escepticismo. En ninguna parte la coherencia, la lójica, la verdadera ciencia, que comprende todos los fenómenos del Universo, físicos i morales, i que mira a la teología en lo que vale, como un hijo lejítimo de la ignorancia. En una palabra, no existe un solo establecimiento sobre la tierra que dé una enseñanza digna de nuestra época; es decir, que no hai ni siquiera una sola escuela de verdaderas convicciones. De modo que el que quiera subir hasta la suprema rejion del saber, en nuestro tiempo, no podrá encerrarse en ningún

colegio, porque si tal hace no lo conseguirá. Tendrá que educarse él mismo i lo que es mas duro aun, tendrá que desaprender mucho de lo que haya aprendido en cualquier Instituto que sea, e investigando aquí i allí, tendrá que coordinar lo que en ninguna parte se encuentra coordinado, trabajo por demas penoso.

No sucedia así en tiempo de Lucrecio. Habia entónces varias escuelas que, independientes de la sociabilidad, eran órganos uniformes de modos de pensar determinados. En la mas avanzada de todas ellas, en la fundada por el inmortal Epicuro, tuvo el cuidado de educarse Lucrecio, inspirado por su jénio vigoroso. Escusado me parece advertir que el saber de nuestra época, diseminado como está, es inmensamente superior al saber concentrado de la época de Lucrecio. Dos mil años de esperiencia han descubierto cosas físicas i morales que ni Lucrecio, ni su tiempo pudieron conocer.

Concluyamos. La mision del poeta es idealizar los sentimientos nobles, las aspiraciones jenerosas de los mortales, para propender con la seduccion de sus cantos al mayor bienestar de la humanidad. En nuestra época distamos mucho de haber alcanzado el punto mas elevado de sociabilidad. Pesa todavía sobre nuestra especie, una enorme carga de error i de injusticia, de que podríamos desprendernos con la vision suprema de una humanidad rejida por la verdad i la justicia. En esta obra trabajan muchos hombres eminentes por mas de un concepto. Pero, al poeta le incumbe un puesto especialísimo, que debe ocupar sin mas demora, i desde el cual, conmoviendo el corazon i escitando la imaginacion, arrastrará las multitudes al nuevo mundo, de la verdad i la justicia, de la paz i la armonía. Que sus cantos encierren un ideal social conforme con las leyes de la naturaleza humana, i rejido por la ciencia i por la paz, i, entónces, habrá hecho la obra mas grande que sea dado hacer al jénio: habrá apresurado la marcha de nuestra especie hácia ese país ideado en sus cantos.

Escribo en una lengua de los mas pobres en ciencia i en filosofía, no creo ni siquiera en la supersticion de los presentimientos, i, sin embargo, no puedo sustraerme a la esperanza de escuchar en versos castellanos las grandes verdades i las nobles aspiraciones de la edad presente. ¿Será talvez el cariño por la lengua propia? Puede ser. Pero, si el amor a la ciencia i el amor a la humanidad se despiertan en algun jénio poético americano, nuestra esperanza no quedará burlada.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

EL DERECHO

I LA FILOSOFIA POSITIVA (1).

Tal es el título de un discurso pronunciado por el abogado jeneral, señor Eparvier, en la audiencia de la reapertura de la Corte de Apelaciones de Riom, el tres de noviembre de este año (1877). El derecho es declarado ahí incompatible con la filosofía positiva. No me desagrada examinar esta cuestión.

«El dogma esencial del positivismo,» dice el señor Eparvier, «es de una precisión absoluta, i se formula en dos palabras: hai » cosas que el hombre puede conocer, hai otras que no conocerá » jamás.» No tenemos qué reclamar contra esta traduccion de nuestro pensamiento. Ella es fiel. Pensamos que para el hombre no hai nada de absoluto; todo es relativo. En otros términos, en nada penetra hasta la esencia de las cosas, hasta su orijen, hasta su fin. I no es por un razonamiento mas o ménos bien encadenado como hemos llegado a esta conclusion, de que hacemos un dogma; es si, por el método experimental, que para cada categoría de fenómenos nos responde: «He podido ir hasta ahí, pero en ese punto soi detenido.» I notadlo bien, esta investigacion jeneral no la hemos hecho nosotros mismos, se nos podria acusar de espíritu preconcebido. Ella ha sido hecha por la sucesion de los sabios, paganos,

(1) *La Philosophie positive*, número de enero i febrero del presente año.

cristianos, creyentes, incrédulos, que, cada uno en su ciencia especial, se ha visto limitado por hechos últimos inaccesibles para la experimentacion. El único servicio de la filosofía positiva (i es sin duda un gran servicio) consiste en haber coordinado esas diferentes determinaciones, i en haber impreso, con esta coordinacion, el carácter filosófico a lo que hasta entónces no tenia mas que el carácter científico. La relatividad es, pues, un hecho establecido fuera de todas las filosofías, i que es preciso que todas las filosofías acepten, so pena de colocarse en un terreno falso.

Pero, dice el señor Eparvier, ese terreno que nos cerrais es el de la espiritualidad, la rejion elevada en que se mueven las ideas de Dios, del alma, de la inmortalidad.

La cuestion de Dios se divide en dos partes distintas, Dios revelado, i Dios inferido del órden del Universo. En el primer caso, Dios es conocido como un hecho objetivo, contra el cual, si este hecho es real, ninguna argumentacion lójica puede prevalecer; en el segundo caso, Dios es una idea subjetiva que reposa únicamente en argumentos.

El hecho objetivo es, que todas las relijiones son reveladas, i, por consiguiente, tienen en su orijen una manifestacion divina consignada, por lo jeneral, en libros que hacen fé. Ademas, todas las relijiones, tienen, aun hoy dia, apariciones de seres celestes. El cristianismo, el islamismo, el bramanismo i el budismo, están llenos de hechos de este jénero. Miétras semejante órden de fenómenos es admitido, la existencia de Dios es indiscutible. Pero, ahora, ese órden de fenómenos tiene dos adversarios, en la crítica histórica, el uno, en la ciencia positiva, el otro. La crítica histórica establece, que los hechos de revelacion carecen de autenticidad, i que se refieren a épocas i a testimonios absolutamente recusables. Por otra parte, la ciencia positiva declara, que, desde que ella estudia el mundo, jamás ha encontrado un solo caso de milagro. Ella rechaza las apariciones del presente i envuelve en una duda irremediable las apariciones del pasado.

Queda la existencia de Dios inferida del órden de las cosas por varias filosofías. La argumentacion tiene su fondo principal en la teleología o doctrina de las causas finales. Es evidente, a este respecto, que miétras mas medios apropiados a los fines, se encuentre, mas crecerá la probabilidad de una intelijencia ordenadora; que si todos los medios convienen a los fines, la probabilidad se hará infinitamente grande i casi equivalente a una certi-

dumbre absoluta; i que, por el contrario, miéntras ménos medios convengan a los fines, mas decrecerá la probabilidad. Pues bien, la investigacion está abierta a todas las inteligencias. Los unos mas tocados del órden, creen en Dios; los otros mas tocados del desórden, no creen en él. La filosofía positiva no se adhiere ni a éstos, ni a aquellos. Ella aparta la cuestion como manifiestamente insoluble, no sin observar, sin embargo, que los mismos que admiten un supremo creador u ordenador, deben renunciar a ver en el gobierno del mundo algo que se asemeje a nuestras ideas de órden, de justicia, i de bondad. La moral cósmica, si la hai, parece diferente de la moral humana.

En cuanto a el alma, es una cuestion sobre la cual es menester, antes de todo ponerse de acuerdo con la fisiología. Esta ciencia estudia en el aparato cerebral, las condiciones de la produccion de las facultades síquicas. A este respecto, la filosofía positiva rejistra las respuestas sucesivas que ella recibe, con esta reserva, que guardando silencio la fisiología sobre lo que es la vida en sí, la filosofía positiva, a su vez, lo guarda tambien, sobre lo que es la vida antes del nacimiento i despues de la muerte, como cosa inconocible que es.

Me interrumpo para dar lugar a la queja que lanza el señor Eparvier, cuando se representa el desierto de un mundo sin Dios, el pesar de una vida que parece no tener complemento detras de la tumba, i la eliminacion de las penas i de las recompensas para los malos i para los buenos. No contradigo esa queja: porque aquí entramos en el dominio de las creencias, i me he dado demasiado cuenta de los sufrimientos i de las dificultades de la vida humana, para querer quitar, a quien quiera que sea, convicciones que le sostienen en sus diversas pruebas. No escribo, pues, lo he dicho muchas veces, para los creyentes, i no deseo que lo que escribo caiga en sus manos. Pero fuera de ellos, hai un número considerable, número que crece todos los dias por el progreso de las ciencias positivas, de espíritus que han renunciado espontáneamente a todas las concepciones teológicas, i que solo tienen incompletas nociones jenerales para dirigirse. Es esta nueva jeneralidad de nociones lo que la filosofía positiva trabaja por suministrarles. Tal es su funcion social en la renovacion del mundo moderno.

Despues de haber sentado sus preliminares filosóficos, el señor Eparvier viene a la cuestion que le ocupa particularmente, a saber, si el derecho tiene cabida en la filosofía positiva. Como era

natural, declara que no la tiene. En efecto, él lo define una idea anterior i superior a toda convencion social, e hija de las verdades necesarias i eternas, que conducen todas a la lei de las leyes, a la causa de las causas, a Dios. Es claro que las verdades necesarias i eternas, que segun él son la base del derecho, pertenecen a ese órden que la filosofía positiva declara inconocible. No volveré sobre esto, pero ¿es verdad que si se quita al derecho esa pretendida base, se hunde al punto? De ninguna manera.

Primeramente, baré valer un argumento del todo empírico, pero que no deja de pesar mucho en la discusion. Si el derecho derivase de la fuente teolójica, se deberia comprobar que a medida que esta fuente se disminuye i circula ménos por las canales del espíritu humano, el derecho mismo se hace mas débil, mas incierto, ménos capaz de llenar sus altas funciones. Ahora bien, no solo no pasa esto, sino todo lo contrario. Es en nuestro tiempo, tiempo ménos teolójico que todos los que nos han precedido, cuando el derecho se fortifica, se depura, se hace a la vez, mas poderoso, mas justo, i mas humano. Esta inversion entre los efectos i las pretendidas causas, muestra claramente que no existe lazo alguno entre el estado del derecho i el estado de las concepciones teolójicas.

Este hecho empírico me lleva directamente a la consideracion de la verdadera naturaleza del derecho en las sociedades humanas. El derecho no es una convencion social; porque si lo fuera, seria tan incierto como todas las otras convenciones i no inspiraria, ni respeto, ni confianza, ni seguridad. El es a la vez necesario i variable; necesario, porque nace de las condiciones propias de la naturaleza humana, obrando en las sociedades; variable, porque es progresivo. Por lo demas, lo que es progresivo, es por esto solo, necesario, tanto en su orijen como en su desenvolvimiento. El derecho nada pierde al pasar bajo el réjimen de la evolucion social, en lugar de permanecer bajo el de los arquetipos metafísicos i teolójicos; todas las garantías de fijeza i de adelanto le quedan.

Segun el señor Eparvier, en el sistema positivo, el derecho de castigar deriva únicamente de la necesidad social; se rechaza ahí, la vieja distincion del bien i del mal, de lo justo i de lo injusto, donde no se quiere ver mas que una de esas ideas *a priori*, una de esas concepciones abstractas que no corresponden a ninguna realidad, i que es tiempo ya de desterrar de la sana filosofía. No sé en que parte ha encontrado el señor Eparvier esas asercionés, pé-

ro poco importa, puesto que ellas son erróneas. El sistema positivo reconoce la distincion del bien i del mal, de lo justo i de lo injusto, i no la confunde con esas concepciones *a priori*, que es preciso desterrar. La filosofía positiva ha recibido de la fisiología síquica la noción de un elemento moral inherente a la naturaleza humana, i por lo tanto siempre presente, i de la sociología la noción de un desenvolvimiento que se deriva de él i que lleva el nombre de moral. Ella no confunde, pues, en manera alguna, el bien o lo justo con lo útil, el mal o lo injusto con lo perjudicial. En todo acto criminal, ella comprueba una ofensa a la moral, i una ofensa a la lei. Bajo estos dos títulos, la sociedad posee el derecho de castigar.

En la manera de ver del señor Eparvier, la sociedad no tiene el derecho de castigar, sino porque la accion criminal es una ofensa a la moral, i porque es castigada por la divinidad en una otra vida. Segun la filosofía positiva, la sociedad, reprobando el crimen como una infraccion a la moral comun i a la seguridad jeneral, deriva de su propia constitucion el derecho de castigar. Todo es relativo en la evolucion social; la primera teoría valia mas en los tiempos teolójicos; la segunda vale mas en los tiempos modernos en que el espíritu laico se sustituye mas i mas al espíritu eclesiástico.

El señor Eparvier acusa a la filosofía positiva de negar el libre arbitrio, i agrega que hemos recibido el poder de deliberar i de escojer entre el bien i el mal, lo justo i lo injusto, i que con la misma certidumbre con que el ojo percibe la luz, tenemos la noción de esa sublime facultad. Temo que en esto el señor Eparvier se halla dejado arrastrar, por el movimiento oratorio, a marcar, quizá, demasiado fuertemente la calidad que atribuye al libre arbitrio; porque no ignora, sin duda, las largas e indecisas controversias que esta cuestion ha suscitado, no solo entre los filósofos, sino tambien entre los teólogos; como no ignora tampoco, que hai religiones, como por ejemplo el calvinismo, que niegan absolutamente el libre arbitrio, i que no ejercitan, por eso ménos, con toda seguridad de conciencia, el derecho de castigar i aun de condenar.

Dejemos este lado de la cuestion, que no es directa. Asombraría ciertamente al señor Eparvier si me leyera, pero no asombraré a mis lectores, diciendo que la investigacion referente al libre arbitrio, pertenece no a la filosofía, sino a la biología, en su compartimento de la fisiología síquica. Ni los razonamientos, ni los testimonios de la conciencia, que está sometida a tantas i tan singula-

res ilusiones, son aptos para llevar adelante esta investigacion. Corresponde al método experimental conducirlo a buen fin; es preciso recojer todos los hechos tanto normales como patológicos, en que está implicada la voluntad, discutirlos, i ver como ellos trasforman el libre arbitrio. No es dudoso que la voluntad obedezca al motivo mas fuerte en el momento de la accion; por este lado no hai libertad alguna. Pero, ántes, uno puede prepararse a sí mismo un campo mas estenso, aumentando el número de los motivos de nuestra conducta, i fortificando por el hábito lo que nos llevan al bien. Un ejemplo hará comprender mejor lo que quiero decir: se sabe que muchos hombres en estado de embriaguez cometen acciones perversas; se sabe tambien que entónces su libertad está completamente encadenada; en ese momento los impulsos sugeridos por la embriaguez son el motivo mas fuerte. Pero ántes de la embriaguez puede el hombre destruir ese motivo, combatiendo la inclinacion a la embriaguez. En definitiva, bajo el punto de vista síquico, el libre arbitrio consiste, en aumentar el número de los motivos que determinan nuestra voluntad i escojerlos entre los que tienen mas eficacia moral.

El señor Eparvier piensa que el sistema positivista compromete gravemente la mision del lejislador, que define así; poner las instituciones de los pueblos en una armonia mas i mas íntima con los principios eternos de lo verdadero, de lo justo i de lo bueno. Perfectamente: solo que, segun nosotros, lo justo i lo bueno están bajo la dependencia del progreso de la moral social; lo verdadero, bajo la dependencia del progreso de la ciencia positiva.

En un pasaje de su discurso el señor Eparvier, dice que el positivismo baja a la tierra la mirada que se eleva a la espiritualidad. La astronomia no permite ya considerar la tierra como un lugar bajo; la tierra está en el cielo como los otros planetas i las innumerables estrellas. Pero no quiero jugar con la palabra que ha empleado el señor Eparvier, porque comprendo mui bien lo que quiere decir; i el comentario no deja duda alguna, cuando declara que la filosofía positiva presenta un peligro inmenso al encontrar un cómplice secreto i poderoso, en una de las inclinaciones inferiores de la naturaleza humana, la que nos induce a los goces materiales. Ignoraba, absolutamente, que tuviésemos semejante cómplice. Yo no puedo tranquilizar al señor Eparvier sobre los progresos de la filosofía; los ha hecho en sumo grado i continua haciéndolos en Francia i fuera de ella. Puedo tranquilizarlo sí respecto

del ausiliar que le supone i que le da tanto miedo. No es en los apetitos donde la filosofía positiva encuentra sus medios de propaganda; basta recordar la estension i la gravedad de los estudios que ella impone a sus adeptos para comprender, que se trata de una cosa mui diversa de los goces materiales. Esos goces tienen su valor sin duda; pero el régimen intelectual i moral a que nos somete nuestra filosofía, los coloca en su verdadero lugar, i nos garantiza, al mismo tiempo, contra el ascetismo que los pisotea, i contra la degradacion que se sumerge en ellos.

E. LITTRÉ.

EL IMPUESTO.

I.

Las cualidades que debe presentar un sistema de impuesto económicamente hablando, han sido resumidas por Adam Smith en cuatro máximas o principios que, habiendo sido aceptados por los economistas posteriores, pueden ser considerados como clásicos. Principiaré por citarlos al empezar este estudio:

«I. Los súbditos del Estado deberían contribuir para el sostenimiento del gobierno en cuanto sea posible en proporcion de sus facultades, es decir en proporcion a la entrada de que gozan bajo la proteccion del Estado. De la observacion o el olvido de esta máxima resulta lo que se llama igualdad o desigualdad en el establecimiento del impuesto.

«II. El impuesto que cada cual está obligado a pagar debe ser definido i no arbitrario. La época del pago, el modo del pago, la suma que hai que pagar, deben ser determinadas con cuidado i de una manera intelijible para el contribuyente i para todo el mundo. Cuando esto no es así todo individuo sometido al impuesto se encuentra mas o ménos sometido al poder del colector que puede agravar la carga del contribuyente a quien no mira bien o arrancar por el temor de esta agravacion algun obsequio o algo que desea. El carácter indefinido del impuesto alienta la insolencia i favorece la corrupcion de una clase de hombres naturalmente

impopulares, aun cuando no fueran insolentes i corrompidos. En materia de impuesto importa tanto que cada cual tenga que pagar una suma fija, que a mi juicio la esperiencia de todas las naciones prueba que una desigualdad bastante considerable no produce ni con mucho males tan graves como una pequeña incertidumbre.

«III. El impuesto debe ser levantado en la época i de la manera que conviene mas al contribuyente. Un impuesto sobre el arriendo de las tierras o el alquiler de las casas, pagable en la época en que se pagan de ordinario esos arriendos, es levantado en la época en que conviene mas pagarle al contribuyente, o en la época en que es mas probable tenga con que pagarlo. Los impuestos sobre los artículos de consumo que son artículos de Injo son todos, en definitiva, pagados por el consumidor i jeneralmente de una manera que le conviene. Los paga poco a poco al comprar la mercaderia. Como tiene tambien la libertad de comprar o no comprar, a su antojo, es culpa suya si esos impuestos le incomodan mucho.

«IV. Todo impuesto debe ser combinado de modo que no saque de la bolsa de los contribuyentes, en cuanto sea posible, sino mas o ménos lo que ingresa al tesoro público. Un impuesto puede tomar a los contribuyentes i retener mucho mas que lo que lleva al tesoro público de cuatro maneras: 1.º si se necesita para percibirlo un gran número de ajentes cuyos salarios absorven la mayor parte del producto i cuyas pesquizas equivalen a un impuesto adicional; 2.º si aparta el trabajo i los capitales de la sociedad de un empleo productivo para consagrarlos a un empleo ménos productivo; 3.º si las multas i penas inflijidas a los desgraciados particulares que tratan inutilmente de sustraerse al impuesto pueden con frecuencia arruinarlos o poner fin a los beneficios que la sociedad sacaba del empleo de sus capitales (un impuesto poco juiciosamente establecido es una gran tentacion para el fraude); 4.º si espone a los particulares a visitas i pesquizas odiosas de los colectores, el impuesto puede causar a los contribuyentes, muchos desagradados i vejámenes inútiles.» A esto puede añadirse que los reglamentos restrictivos a que los oficios i las fábricas son con frecuencia sometidos para asegurar la percepcion del impuesto no solo tienen el inconveniente de ser desagradables i dispendiosos, sino tambien el de oponer al progreso con frecuencia obstáculos invencibles. Las tres últimas máximas formuladas por Smith necesitan ser explica-

das e ilustradas mas ampliamente que lo que han sido en el pasaje que acabamos de citar. Al estudiar los diversos impuestos veremos hasta que punto cada uno de ellos ha sido establecido en conformidad u oposicion con estas máximas. Pero la igualdad del impuesto, que es la primera condicion, necesita ser estudiada con mas amplitud por ser una materia poco conocida i sobre la cual se han acreditado hasta cierto punto muchos errores a causa de la ausencia de todo principio de criterio en la opinion pública.

II.

¿Por qué motivo la igualdad debe ser regla en materia de impuesto? Por que debe ser la regla en todas las materias de gobierno. Un gobierno no debe hacer ninguna distincion de clases i personas, debe reconocerle a todos un derecho igual a sus servicios, los sacrificios que él les pide deben pesar mas o ménos con el mismo peso sobre todos los ciudadanos, i debe notarse que así es como él puede pedir la menor suma de sacrificios. Si alguien no soporta su parte en la carga comun, habrá alguien que soporta mas que su parte, i en circunstancias iguales la escepcion del uno no es tan ventajosa para él cuanto es penosa para el otro el sobrecargo que se le impone. Luego pues, cuando en política se dice igualdad en materia de impuesto esto significa igualdad de sacrificios: eso quiere decir que la parte con que cada cual contribuye a los gastos del gobierno debe ser arreglada de manera que nadie sufra mas que otro por la obligacion de contribuir a esos gastos. Este ideal, como todos los demas, no puede ser completamente realizado; pero lo que ante todo debe buscarse en una discusion práctica es saber en que consiste la perfeccion.

Hai jentes sin embargo, que aceptan un principio jeneral de justicia como base sobre la cual sea posible establecer una teoría de finanzas, i que piden algo mas especial, como ellos dicen. Prefieren considerar el impuesto pagado por cada miembro de la sociedad como equivalente del valor que él recibe a título de servicio del gobierno: prefieren sostener que es justo que cada cual contribuya a los gastos públicos en razon de sus facultades, porque el que tiene dos veces mas bienes que defender que otro recibe una suma doble de proteccion i debe segun los principios del comercio i de la venta pagar doble por esta proteccion. Pero co-

mo no se puede sostener que la existencia del gobierno no tenga mas objeto que la proteccion de la propiedad, algunos partidarios consecuentes de este estraño principio hacen notar que teniendo las personas tanta necesidad de proteccion como las propiedades i siendo cada persona igualmente protegida, un impuesto fijo por cabeza es un equivalente conveniente para pagar los servicios del gobierno, mientras que el resto de esos servicios que se refieren a la proteccion de las propiedades debe ser pagado por cada uno en proporcion a las propiedades que posee. Hai en este arreglo una apariencia de exactitud de reparticion que satisface a ciertos espíritus. Pero ante todo no es cierto que el gobierno no deba servir mas que para la proteccion de las personas i de las propiedades. El gobierno existe con los mismos fines que la sociedad misma: debe hacer todo el bien i prevenir todo el mal que la existencia de un gobierno pueda hacer i prevenir. Por otra parte, si se atribuye un valor definido a cosas esencialmente indefinidas i se desprenden de aquí conclusiones prácticas, uno se espone a cometer muchos errores en las cuestiones sociales. No se puede decir que un particular sea diez veces mas protegido que otro porque se le garantiza la propiedad de bienes diez veces mas considerables. No se puede decir que la proteccion de un capital de 1,000 £ cueste al Estado diez veces mas que la proteccion de un capital de 100 £, ni que cueste dos veces mas o que cueste lo mismo. Los mismos jueces, los mismos soldados, los mismos marinos que protejen al uno protejen al otro, i una mayor entrada no exige para su defensa ni siquiera un aumento en el número de los agentes de policia. Que se tome como término de comparacion el trabajo i los gastos de la proteccion o los sentimientos de la persona protegida, o cualquiera otra cosa determinada i no se encontrará regular ni la proporcion indicada ni ninguna otra proporcion. Si tuviéramos necesidad de avaluar la ventaja relativa que cada cual deriva de la proteccion del gobierno, seria necesario ver quien sufriria mas retirándose esa proteccion; entónces seria necesario reconocer que los que por su naturaleza o por su posicion son mas débiles de espíritu i de cuerpo serian los que tenian mas que perder. En realidad bajo esta hipótesis casi infaliblemente llegarian a ser esclavos. Si hubiera pues alguna justicia en la teoría de justicia que examinamos los menos capaces de ayudarse i defenderse, siendo los que mas necesitan la proteccion del gobierno, deberian ser los que la pagasen mas caro: seria precisamente lo contrario del ideal

de la justicia distributiva que consiste en reparar i no en imitar las desigualdades i las faltas de la naturaleza.

El gobierno es de tal manera útil a todos que importa poco averiguar quién es el mas interesado. Si una persona o una clase de personas aprovechan tan poco como para que sea necesario estudiar este punto, con seguridad hai algo mas que una mala distribucion del impuesto, i eso es lo que se debe remediar directamente mas bien que reconocer la falta del impuesto i argumentar para obtener su reduccion. Cuando se trata de una suscripcion voluntaria cuyo objeto interesa a todo el mundo, todos creen haber cumplido su deber cuando se han suscrito según sus medios, cuando han hecho un sacrificio igual por el bien comun: el mismo principio debe ser aplicado a las contribuciones forzadas i es inútil ir a buscar mas léjos una base mas injeniosa.

III.

Partiendo del principio que se debe pedir a cada individuo un sacrificio igual, tenemos que estudiar si este principio seria aplicado en el caso en que cada uno diera la misma proporcion por ciento de sus entradas. Muchos sostienen que nó, diciendo que el que dá la décima parte de una pequeña entrada se priva mas que el que dá la décima parte de una gran entregada: sobre esta asercion está fundada la idea tan esparcida del impuesto progresivo, es decir de un impuesto sobre la renta cuya tasa por ciento se eleva a medida que se aplica a entradas mas considerables.

Examinando bien la cuestion me parece que la parte de verdad que contiene esta doctrina proviene principalmente de la diferencia que existe entre un impuesto cuyo valor puede ser economizado sobre los consumos de lujo i un impuesto que disminuye, por poco que sea, los consumos necesarios para la vida. Si se toman mil libras por año al que tiene diez mil de entrada no se le priva de nada que sea realmente necesario para sostener su existencia o aun para hacerla agradable, i si se piden cinco £ a aquel cuya entrada es de 50 no solo se le impone un sacrificio mayor, sino tambien un sacrificio que no puede ser de ninguna manera comparado con el anterior. La manera mas equitativa al parecer para compensar esas desigualdades es la que propone Bentham, i que consiste en dispensar del impuesto un *mínimum* de entrada sufi-

ciente para procurar al que lo posee las cosas necesarias para la vida. Supóngase que, 50 £ basten para proveer a las necesidades de las personas que viven ordinariamente sobre una entrada de manera que tengan lo necesario para vivir, defenderse contra los sufrimientos físicos ordinarios sin que les sea posible procurarse una pequeña entretencion. Se tomaria entónces esta suma como *mínimum* i las entradas que la sobrepasaran serian sometidas al impuesto, no en su totalidad sino en la suma que sobrepasara al *mínimum*. Si el impuesto fuera de 10 por ciento, una entrada de 60 £ seria considerada como una entrada neta de 54 £ imponiéndosele una £ por año, i una entrada de 1000 £ seria impuesta sobre 950. En este caso cada cual pagaria un impuesto proporcional, no a su entrada, sino a su supérfluo (1). Toda entrada de 50 £, o menor que esta suma, estaria escenta de impuesto directo i de impuestos sobre los objetos de primera necesidad; porque, segun nuestra hipótesis, es la entrada mas mediocre que puede obtener el trabajo, i el gobierno no debe tratar de reducirla. En todo caso este arreglo seria un motivo, entre otros muchos que se podria dar, para mantener los impuestos establecidos sobre los objetos de lujo que consumen los pobres. La inmunidad concedida a la entrada estrictamente suficiente para tener lo necesario tendria como condicion que esta entrada fuera gastada en objetos de primera necesidad i los pobres que, no teniendo mas que lo necesario, quisieran consumir artículos de lujo deberian contribuir como los otros en proporcion de este consumo a los gastos del Estado.

La escencion en favor de las pequeñas entradas, no deberia, me parece, estenderse mas allá de las entradas necesarias para vivir, estar sano i no experimentar sufrimiento físico. Una entrada de 100 £ al año obtendria toda la inmunidad a que tiene derecho comparada con una entrada de 1000 £, si solo se le impone sobre 50 £. Se puede decir es verdad que 100 £ ménos 5 £ tomadas sobre una renta de 1000 £, son un impuesto mas fuerte que 1000 £ ménos 5 £ tomadas sobre una renta de 10,000. Pero esta asercion me parece discutible; i aun cuando tenga algo de cierto no es tan verdadera que convenga hacer de ella la regla de una reparticion del impuesto. No creo que sea posible decir, con el

(1) Este principio ha sido parcialmente adoptado por Gladstone en el renovamiento del impuesto sobre la renta. Desde 100 libras esterlinas, en que se principia a pagar el impuesto, hasta 200 libras esterlinas solo es imponible lo que excede a 60 libras esterlinas.

grado de certidumbre que debe dirigir los actos de un legislador i un financista, hasta qué punto es cierto que una persona que tiene 10.000 £ de renta se preocupa ménos por 1,000 £ que lo que se preocupa por 100 £ el que tiene un renta de 1,000.

Algunos pretenden es verdad que el impuesto proporcional gravita con un peso mayor sobre las entradas medias que sobre las grandes, porque el pago de la misma suma tiene mas tendencia en un caso que en otro a llevar al contribuyente a los rangos de las clases inferiores de la sociedad. Esta asercion me parece mas que contestable. Pero aun admitiendo que no lo fuera, no creo que un gobierno debiera determinarse por consideraciones de este jénero, ni que se pueda admitir la idea de que la importancia de un individuo en la sociedad es o puede ser medida por sus gastos. El gobierno deberia dar el ejemplo de la apreciacion de todas las cosas en su justo valor i por consiguiente apreciar las riquezas en lo que valen la comodidad o los placeres que pueden procurarnos: no deberia sancionar la idea vulgar de los que aprecian las riquezas por la mezquina vanidad de pasar por ricos o porque les evitan la triste vergüenza de pasar por pobres, idea que determina las tres cuartas partes de los gastos de la clase media. El gobierno debe repartir con toda la igualdad posible los sacrificios de comodidad i de placeres reales que está obligado a exigir; pero no tiene porque inquietarse con la apreciacion de los sacrificios de esa dignidad imaginaria que consiste en gastar mucho.

En Inglaterra i en el continente se ha sostenido el principio del impuesto progresivo diciendo que el Estado debia servirse del impuesto para disminuir las desigualdades de la fortuna. Desearia como el que mas que se buscasen medios de disminuir estas desigualdades, pero no de una manera que desgrave a los pródigos a espensas de los hombres prudentes. Imponer las grandes entradas mas que las pequeñas, es imponer la actividad i la economia, es herir con una multa a los que han trabajado i economizado mas que sus vecinos. No es a las fortunas ganadas a lo que conviene poner límite, es a las fortunas no ganadas. Una lejislacion justa i sabia se guardaria de estimular a la discipacion mas bien que a la economia los capitales adquiridos por trabajos honrados. Su imparcialidad entre los concurrentes deberia consistir en hacer que todos partiesen lealmente desde el mismo punto, i no en cargar con un peso a los que corren mas lijero para disminuir la distancia que los separa de los que corren ménos. Hai sin duda muchos

que fracasan habiendo hecho esfuerzos mayores que los que han triunfado con un mérito igual, muchos que han sido menos favorecidos por la fortuna; pero si se ha hecho, todo lo que un gobierno puede hacer en favor de la instruccion i todo lo que puede hacer la legislacion para disminuir la desigualdad de los medios, no se puede sin justicia hacer caudal de las diferencias de fortuna producidas por la diferencia en las ganancias personales. En cuanto a las grandes fortunas que provienen de donaciones o sucesiones, el poder de testar es uno de los privilegios de la propiedad que pueden ser útilmente reglamentados en interes de la utilidad pública; i la mejor manera de impedir la acumulacion de las grandes fortunas en las manos de los que no las han adquirido por su trabajo es poner un límite a lo que se puede adquirir por donacion, legado o sucesion. Además de esto i de la proposicion de Bentham (que consiste en suprimir las sucesiones *abintestato* entre colaterales i hacer volver en este caso los bienes al Estado), considero las sucesiones i los legados en jeneral mas allá de cierta importancia como una materia eminentemente imponible i creo que se deberia llevar la cifra del impuesto a la mayor altura que fuera posible sin facultar los medios de eludir la lei por donacion entre vivos o disimular las propiedades hasta el punto que fuera imposible impedir el fraude. Aunque a mi juicio el principio progresivo que consiste en imponer con un tanto por ciento mas elevado las sumas mas fuertes, pudiese levantar objeciones como principio jeneral de reparticion del impuesto, seria justo i útil aplicarle en la fijacion de los derechos sobre legados i sobre sucesiones.

Las objeciones que se pueden levantar contra un impuesto progresivo sobre las entradas tendrian mas fuerza todavia contra la proposicion de imponer exclusivamente lo que se llama las propiedades reales, es decir, todo capital que no está metido en los negocios, o mas bien todo capital que no es administrado directamente por su propietario como la tierra, la renta sobre el Estado, los fondos prestados sobre hipoteca i tambien, me parece, las acciones de las grandes compañías. Si se exceptúa la proposicion de pasar una esponja por la deuda pública, no hai en todo lo que se ha discutido en este país en toda la jeneracion actual ninguna proposicion mas manifiestamente contraria a la probidad mas vulgar. No tiene la excusa de el impuesto progresivo sobre las entradas que a lo ménos haria caer la carga sobre los que están en mejor estado para soportarla; desde que la propiedad real comprende

la mayor parte de las colocaciones hechas en interes de los que no están en estado de trabajar, i casi toda entera se encuentra dividida en fracciones mui pequeñas. No puede imajinarse pretension mas desvergonzada que la de eximir del impuesto la mayor parte de las riquezas del país, las de los negociantes manufactureros, hacendados i vendedores al menudeo, de manera que los hombres de estas clases no principien a pagar una parte del impuesto sino cuando se retiran de los negocios i que estén para siempre escentos de impuesto si no se retiran nunca. Pero esta consideracion misma no dá una idea exacta de la injusticia de esta proposicion. La carga que se echa a costas esclusivamente de las mas pequeñas fracciones de riquezas, no pesaria sobre esta clase de personas a perpetuidad; caeria esclusivamente sobre los que la componian en el momento en que se estableció el impuesto. Como la tierra i esos títulos particulares producirian una entrada neta menor relativamente a la tasa jeneral del interes de los capitales i los provechos del comercio, la balanza se restableceria naturalmente por una depreciacion permanente de las propiedades de esta especie, Los que compraran mas tarde terrenos o títulos los comprarian a un precio menor en proporcion a la importancia del impuesto que por consiguiente ellos no pagarian, miéntras que los antiguos propietarios quedarian gravados con él aun despues de haber enajenado sus propiedades, porque habrian vendido sus tierras o sus títulos disminuyendo el precio en un capital correspondiente a la renta que representaria el impuesto. Este impuesto equivaldria pues exactamente a una confiscacion de tanto por ciento sobre el capital de esos propietarios cuanto fuera el tanto por ciento que tomara el impuesto sobre la renta. El favor de que ha gozado esta proposicion prueba la poca conciencia que hai en materia de impuesto, la falta de principios reconocidos por la opinion pública i la falta de indicaciones precisas sobre justicia en la conducta jeneral de los gobiernos. Si alguna vez fuese este proyecto sostenido por un partido numeroso, este hecho indicaria un relajamiento en la probidad pecuniaria casi comparable en el que han atestiguado las bancarotas americanas.

IV.

Saber si los provechos del comercio deben ser jeneralmente tan gravados como las entradas que produce el interes o la renta, es

una cuestion mas estensa de que se ha hablado con frecuencia a propósito del impuesto actual sobre la renta; lo mismo que saber si las entradas viajeras deben ser impuestas con la misma tasa que las entradas a perpetuidad, si los salarios por ejemplo, las anualidades viajeras o las ganancias hechas en una profesion deben ser impuestas en una misma tasa que las entradas de una propiedad susceptible de trasmision por sucesion.

El impuesto actual afecta todas las entradas igualmente: pide siete peniques (ahora cuatro peniques) por libra, a todo aquel cuya entrada muere con él lo mismo que al propietario de bienes raices, al rentista, al tenedor de un crédito hipotecario que pueden transmitir su fortuna entera a sus descendientes. Hai ahí una injusticia evidente: si embargo no viola el principio de que el impuesto debe ser proporcionado a las facultades del contribuyente. Cuando se dice que una entrada temporal debe ser ménos impuesta que una entrada perpétua, se responde con razon que es ménos impuesta, puesto que la entrada que no dura mas que diez años solo paga durante diez años, miéntras que la que dura siempre paga siempre. Algunos reformadores financieros han formulado a este respecto un grosero sofisma. Pretenden que las entradas deben ser sometidas al impuesto en proporcion al capital que representan i no en razon del producto neto; que así por ejemplo, si el valor de una renta perpétua de 100 £ es 3.000 £ i si la anualidad viajera de 100 £ avaluada en la mitad ménos de su valor solo tiene un valor venal de 1.500 £, la renta perpétua deberia pagar al impuesto dos veces mas por ciento que la renta viajera; que si la una paga 10 £ por año la otra solo debe pagar cinco. Pero es evidente que los que sostienen esta tésis no toman en cuenta que avalúan la renta segun un tipo i los pagos segun otro: capitalizan la renta i olvidan capitalizar tambien las sumas pagadas. Una renta que vale en capital 3.000 £ deberia, se dice, ser impuesta en el doble de lo que se impondria una renta cuyo valor es 1500 £ en capital, i no hai nada mas incontestable que esto; pero se olvidan que la renta que vale 3000 £ paga al impuesto 10 £ por año a perpetuidad, lo que por suposicion equivale a 300 £, i que la renta viajera paga las mismas 10 £ durante la vida de su propietario, es decir un impuesto que segun el mismo cálculo equivale a 150 £. La entrada que no vale mas que la mitad no dá al impuesto mas que la mitad, i si se aumenta su contingente de 10 £ a 5 £ no pagaria ya la mitad sino la cuarta parte

de lo que se pide a una entrada perpétua de igual valor. Para que fuera justo no hacer pagar a una entrada mas que la mitad de lo que paga la otra, seria necesario que pudiese pagar la misma suma durante el mismo tiempo a perpetuidad.

La regla de imposicion defendida por esta escuela de reformistas seria conveniente si los impuestos debieran ser cobrados una sola vez para hacer frente a una gran necesidad nacional. Segun el principio de igualdad del sacrificio para todos los contribuyentes cualquiera que posea algo debe contribuir en proporcion al valor real de sus bienes. Me asombro de que estos reformistas no se fijen nunca en que, precisamente porque este principio seria justo si solo se debiera pagar una vez por todas, no puede ser justo para un impuesto permanente. Cuando no se paga mas que una vez nadie pago mas que una vez, i la proporcion que seria justa en este caso no podria serlo cuando una persona paga solamente una vez i otra paga muchas veces. Las entradas perpétuas pagan al impuesto tantas veces mas que las entradas temporales cuantas veces la perpetuidad sobrepasa en años al período viajero o limitado de las entradas temporales.

Todas las tentativas hechas para establecer un título en favor de las entradas de término fijo apoyadas en argumentos sacados de la aritmética, es decir, para establecer un impuesto proporcional son evidentemente absurdas. No es porque el propietario de una anualidad de término fijo, tenga ménos entradas, es porque tiene necesidades mayor por lo que debe ser ménos impuesto.

Apesar de la igualdad nominal de dos entradas, A que tiene una renta viajera de 1,000 libras esterlinas por año, no puede sacar de ella tan fácilmente 100 libras esterlinas para pagar el impuesto, como B que goza de la misma suma a título de renta perpétua. En efecto A está obligado a hacer en favor de sus hijos u otra persona una economía sobre su renta que B no está obligado a hacer. A esto es necesario añadir cuando se trata de salarios o de ganancias en el ejercicio de una profesion, la economía que se debe hacer para subvenir a las necesidades de los años de vejez; miéntras que B puede gastar toda su entrada sin que le haga falta en su vejez i sin perder la facultad de trasmitirla entera despues de su muerte. Si para subvenir a sus necesidades A está obligado a apartar 300 £ de su entrada, cuando el impuesto le pide 100 £, le quita esta suma sobre una entrada de 700 £ puesto que el impuesto afecta solamente la porción destinada al consumo personal del contribu-

yente. Si este repartiera el impuesto entre lo que gasta i lo que economiza, tomando 70 £ sobre su consumo i 30 £ sobre su ahorro anual, entónces su sacrificio inmediato seria igual al de B, pero entónces tambien sus hijos o su vejez tendrian que sufrir por efecto del impuesto. El capital economizado por ellos quedaria disminuido en un décimo i, sobre la entrada reducida que produciria este capital reducido pagaria por segunda vez el impuesto; miétras que los herederos de B no lo pagarian mas que una sola vez.

Así el principio de igualdad en materia de impuesto comprendido en el único sentido en que sea justo, es decir, en el sentido de igualdad de sacrificio, exige que una persona que no tiene medio de proveer a las necesidades de su vejez o de las personas por quienes se interesa, a no ser por el ahorro hecho sobre sus entradas, no soporte impuesto sobre la parte de sus entradas que realmente i de buena fé es consagrada a este objeto.

En realidad si se pudiera contar con la buena fé de los contribuyentes o asegurar suficientemente la exactitud de sus declaraciones por una série de medidas de precaucion, la manera mas conveniente de basar el impuesto sobre la renta seria afectar solamente la parte de las entradas destinadas al consumo i eximir la que es ahorrada. En efecto, una vez ahorrada i colocada (en jeneral todos los ahorros son colocados) toda suma produce una entrada o provechos que pagan el impuesto, aun cuando esta suma ya lo haya pagado. Si no se libra pues los ahorros del impuesto sobre la renta, los contribuyentes pagan dos veces el impuesto sobre lo que economizan i una vez solamente sobre lo que gastan. El que gasta toda su entrada paga siete peniques por £, es decir, tres por ciento de impuesto i no mas; pero si economiza una parte de su entrada i compra fondos, ademas del tres por ciento que ha pagado sobre el capital, i que reducen en otro tanto el interes de la suma, paga anualmente tres por ciento sobre el interes que produce, lo que equivale a un segundo impuesto de tres por ciento sobre el capital. Así las sumas gravadas improductivamente pagan tres por ciento de impuesto i las sumas ahorradas pagan seis por ciento. Esta diferencia de impuesto establecida en detrimento de la prudencia i de la economia no solo es impolítica sino tambien injusta. Imponer la suma colocada e imponer en seguida el producto de la colocacion, es imponer dos veces esa porcion de las entradas del contribuyente. El capital i el interes no pueden formar

parte al mismo tiempo de su entrada; es la misma suma contada dos veces: si goza del interes es porque no ha gastado el capital; si gasta el capital no goza del interes. Sin embargo, como puede hacer lo uno o lo otro, se le impone como si pudiera hacer a la vez lo uno i lo otro, como si pudiera tener a la vez la ventaja de economizar i el agrado de gastar.

Se ha objetado a la proposicion de eximir las sumas ahorradas que la lei no debe perturbar con una intervencion artificial la concurrencia natural entre los motivos que llevan al ahorro i los que llevan al gasto, pero hemos visto que la lei perturba esa concurrencia natural cuando ella hace pagar impuesto al ahorro i no cuando lo exime; porque como el ahorro paga impuesto desde que se da una colocacion a los fondos ahorrados, es necesario de toda necesidad que esos fondos sean eximidos o que paguen dos veces *mientras que las entradas gastadas en consumos improductivos no pagan mas que una vez.* Se ha objetado ademas que puesto que los ricos tienen mayores facilidades para ahorrar que los pobres toda exencion concedida al ahorro es un privilejio concedido al rico a espensas del pobre. Respondo que no se le da a éste privilejio sino en razon a lo que él renuncie del goce de las riquezas ahorradas, en proporcion a la entrada que él sustrae a su consumo personal para darle un empleo productivo, i que en lugar de ser consumida por él es distribuida a los pobres en forma de salarios. Si esto es favorecer a los ricos que se me indique una base de impuesto que merezca el elogio de ser favorable a los pobres.

No hai justicia en el impuesto sobre la renta sino se eximen los ahorros; i no se debería votar ningun impuesto sobre la renta sin ponerle esta reserva, si fuese posible reglar la forma de las declaraciones i la naturaleza de las pruebas exigibles, de modo que el contribuyente no pudiera aprovechar de una manera fraudulenta de esta exencion, sea economizando por un lado i tomando en préstamo por otro, sea gastando el año siguiente la suma que hubiera sido eximida en impuesto el año anterior. Si se pudieran vencer estos estorbos las dificultades i los embarazos que nacen de las declaraciones fundadas sobre la comparacion de las entradas temporales i de las entradas perpétuas quedarian resueltas; porque puesto que las personas cuyas entradas son temporales no tienen derecho para ser ménos impuestas que aquellas cuya entrada es perpétua sino en cuanto a que tienen mas necesidad de economizar, *la exencion de las sumas ahorradas dejaria resueltas sus reclama-*

ciones legítimas. Pero sino se puede encontrar para eximir las economías ningún sistema que no deje una gran entrada al fraude, es necesario, para aproximarse a lo ménos a la justicia, tomar en cuenta al establecer el impuesto lo que las diversas clases de contribuyentes deberían economizar. Es probable que para llegar a esto no habria mas medio que el espediente grosero de las dos tasas de impuesto. Seria mui difícil tomar en cuenta las diferencias de duracion entre dos entradas temporales, i en el caso mas frecuente de las entradas viajeras, las diferencias de edad i de salud crearian tal multitud de diferencias que seria imposible tomarlas en cuenta. Probablemente seria necesario contentarse con establecer una tasa uniforme de impuesto para todas las entradas que se transmiten por sucesion, i otra tasa uniforme para todas las entradas que se estinguen necesariamente con la vida del que las posee.

Habria inevitablemente algo de arbitrario en la fijacion de las dos tasas de impuesto; quizás una deduccion de un cuarto en favor de las entradas viajeras seria tan acertada como cualquiera otra cifra: estaria fundada en la suposicion que la cuarta parte de la entrada viajera o, e tomando el término medio de todas las edades i de todas las saluds, la suma que conviene poner en reserva para los hijos para la vejez.

En cuanto a las ganancias de las personas ocupadas de negocios una parte puede ser considerada como interes de un capital i ese interes es una entrada perpétua: el resto es la remuneracion de la habilidad i del trabajo de direccion.

Lo que excede al interes depende de la vida del contribuyente i de la continuacion de su trabajo en los negocios i debe gozar por consiguiente de todos los favores concedidos a las entradas temporales. Las entradas de esta especie tienen tambien otro título para la inmunidad en su carácter precario. Una entrada que un accidente ordinario puede anonadar o transformar en pérdida no inspira al que la posee la misma confianza que inspira una entrada fija a su propietario. Si las entradas viajeras tuviesen que pagar un impuesto sobre los tres cuartos de su monto, las ganancias comerciales, deducido el interes de los capitales, no solamente no debieran pagar impuesto mas que sobre los tres cuartos restantes sino que deberían pagar un impuesto todavia menor. Quizas se haria lo que exige la justicia en este caso si se les concediese una deduccion de un cuarto sin desfalcar el interes.

Los casos que acabamos de enumerar son aquellos respecto de

los cuales se presentan con mas frecuencia dificultades para la aplicacion del principio de igualdad en materia de impuesto. Como lo hemos visto en el ejemplo precedente es necesario interpretar este principio en el sentido de que cada cual debe pagar impuesto, no en razon de lo que tiene sino en razon de lo que gasta. No debe deducirse de la imposibilidad en que estamos para poder aplicar rigurosamente este principio en todo los casos, que el sea contestado. El individuo cuya entrada es viajera i cuya salud es vacilante o que tiene muchas personas que debe hacer vivir con su trabajo, si quiere dejarles con que vivir despues de su muerte debe ser mas económico que el individuo que con una entrada igual goza de una salud robusta i tiene pocas personas a su cargo. Pero si es difícil establecer un impuesto perfectamente justo, no es esa una razon que nos escuse de ser lo mas justos posibles. Si es duro para el que tiene una renta viajera cuyo capital solo vale cinco veces la anualidad, no ser mas favorecido que aquel cuya renta vale en capital veinte veces la anualidad, es preferible para él que se concedan ventajas a los dos a que no se conceda ventajas ni a uno ni a otro.

V.

Antes de dejar este asunto debo hacer notar que hai casos en que se puede apartar del principio de igualdad sin alejarse de la equidad en que este principio está fundado. Supóngase que exista una especie de entrada que tienda a aumentar constantemente sin esfuerzo ni sacrificio de parte de su propietario, que estos propietarios compongan en la sociedad una clase que el curso natural de las cosas enriquezca sin que ellos hagan nada. En este caso podria el Estado sin violentar los principios en que se apoya la propiedad privada apropiarse la totalidad o una parte de este aumento de riqueza a medida que se produce. Seria, propiamente hablando, tomar lo que no pertenece a nadie; seria emplear en provecho de la sociedad un aumento de riqueza creado por las circunstancias en vez de abandonarlo a una clase particular de ciudadanos.

Pues bien, este es el caso de la renta. El movimiento ordinario de una sociedad en que la riqueza aumenta, tiende siempre a aumentar la entrada de los propietarios, a darles una suma mas considerable i una proporecion mas fuerte en la riqueza de la sociedad, sin que ellos hagan ni esfuerzo ni gasto. Se enriquecen durmiendo

en cierto modo, sin trabajar, sin arriesgar, sin ahorrar. ¿Qué derecho tienen, según los principios jenerales de la justicia social, a este aumento de fortuna? ¿Qué injusticias habria cometido para con ellos la sociedad si se hubiera reservado desde su oríjen el derecho de cargar con impuestos el desarrollo espontáneo de la renta en cuanto lo exijiesen las necesidades financieras del Estado? Convengo en que seria injusto apoderarse del aumento de renta que pudiese haber tenido cualquier propiedad, porque en los casos particulares no habria ningun medio para distinguir el aumento que resulta únicamente de los progresos de la sociedad del que es el resultado de la intelijencia i las mejoras hechas por el propietario, una medida jeneral seria la única manera de proceder con regularidad. Se principiaria por la avaluacion de todas las tierras del país i la suma en que fuesen avaluadas quedaria esenta de impuesto; pero despues de un intervalo de tiempo durante el cual el capital i la poblacion hubieran aumentado, se podria calcular en grueso el aumento de la renta desde el primer avaluo. El precio medio de los productos de la tierra podria en este caso servir de *criterium*: si este precio hubiese subido, seria la prueba de que la renta habia aumentado, i que habia aumentado en una proporcion mayor que el aumento de precio. Según estos datos i algunos otros mas se podria estudiar aproximativamente el aumento de valor de la tierra por efecto de las causas naturales i estableciendo el impuesto territorial que, para evitar todo engaño, deberia ser mui inferior a la suma indicada, estariamos seguros de no afectar ningun aumento de renta que fuese el resultado del capital o del trabajo del propietario.

Pero si es verdad que la sociedad tuvo incontestablemente el derecho de reservarse la facultad de gravar así el aumento de la renta ¿no lo ha perdido por no haberse servido de él? En Inglaterra por ejemplo, todos los que han comprado tierras en el último siglo o ántes, las han comprado no solo en consideracion de la renta actual sino tambien en consideracion al aumento futuro de la renta i bajo la garantía implícita de que esta renta seria impuesta en la misma proporcion que las demas. Pero la fuerza de esta objecion es mui diversa en los diversos países; depende de si la sociedad deja o no deja caer en desuso un derecho que incontestablemente ha poseído. En la mayor parte de los países de Europa no ha caído nunca en desuso el derecho de tomar bajo forma de impuesto una parte indeterminada de la renta de la tierra. En

muchas partes del continente el derecho territorial forma una porcion considerable de las entradas públicas i ha estado siempre sujeto a aumentos i disminuciones que no guardaban relacion alguna con los otros impuestos. En esos paises nadie puede decir que adquirió la tierra tomándose en consideracion que no se le exijiria nunca que pagase un impuesto territorial mas elevado. En Inglaterra el *land tax* no ha variado desde principios del siglo último. El último acto lejislativo a este respecto disminuyó este impuesto. I aun cuando desde esa época haya sido enorme el aumento de la renta no solo en las propiedades agrícolas sino tambien en las propiedades urbanas por el desarrollo de las ciudades, el ascendiente de los propietarios en la lejislatura ha impedido que se establezca un impuesto, como era justo hacerlo, sobre la parte considerable de ese aumento de renta que no habia sido ganada i que era el resultado de las circunstancias. Me parece que seria conceder demasiado a las esperanzas de los que han adquirido la tierra, considerar como libre i escento de impuesto particular todo el aumento de entrada que se ha producido durante este largo período sin sacrificios i esfuerzos de parte de los propietarios. Desde esta fecha, o desde aquella en que plazca a la lejislatura proclamar este principio, no veo que objecion se podria hacer a una declaracion que sometiese a un impuesto especial todo aumento de renta que pudiese tener lugar en el porvenir: haciendo esto se podria evitar hasta la sombra de una injusticia con los propietarios a quienes se aseguraba el valor venal que su tierra posee actualmente i que representa todas las esperanzas fundadas sobre ella para el porvenir. Para la tasa de este impuesto, se tendria en el precio de las tierras una indicacion mas segura que el precio de los granos o el precio de la renta. Seria fácil establecer el impuesto de manera que no hiciera jamás bajar el valor de la tierra debajo de su valor venal en el momento del primer avalúo; i por elevado que fuese este impuesto, mientras no traspasara este limite, los propietarios no tendrian derecho de quejarse.

VI.

Sea cual fuere la opinion que se tenga sobre el derecho de hacer participar al Estado en todo aumento de renta que sobrevenga en el porvenir por causas naturales, no se debe considerar el

impuesto territorial actual, que es desgraciadamente muy mediocre en Inglaterra, como un impuesto verdadero sino como una participacion de renta en provecho del Estado, como una porcion de renta que el Estado se ha reservado desde el origen, que no ha pertenecido jamás al propietario, que no forma parte de su entrada, i que por consiguiente no se debe tomar en cuenta al distribuir el impuesto para eximirlos de cualquiera otra contribucion. Seria lo mismo que considerar el diezmo como un impuesto sobre la propiedad; seria lo mismo que decir que en Bengala, donde el Estado completamente dueño de la renta deja una décima parte a los particulares, las nueve décimas que guarda son un impuesto injusto que grava a aquellos a quienes cede el décimo restante. De que un particular sea dueño de una parte de la renta no resulta que el resto le pertenezca i le sea injustamente arrebatado. Los propietarios poseian sus tierras, al principio bajo la condicion de sufrir cargas feudales de que es un débil equivalente el impuesto territorial, i se habria podido hacerles pagar mas caro la exencion de estos impuestos feudales. Todos los que han comprado terrenos desde que se estableció el impuesto los han comprado gravados con ese impuesto. No hai motivo para que digan que este impuesto es una contribucion exijida a los propietarios actuales.

Estas observaciones no son aplicables al impuesto territorial sino cuando es un impuesto particular i no cuando es un impuesto que grava a los propietarios como equivalente del que pagan otras clases de ciudadanos. En Francia por ejemplo existen impuestos particulares sobre otras especies de propiedades i entradas, tales como la contribucion mobiliaria i la patente; i si se supone que el impuesto territorial no es mas que el equivalente de estas contribuciones, no hai motivo alguno para sostener que el Estado se haya reservado una parte de la renta de la tierra. Pero siempre que las entradas producidas por la tierra están sujetas a un gravámen que excede al gravámen que afecta a las otras entradas, la diferencia no es propiamente hablando un impuesto, es una parte reservada al Estado en la propiedad del terreno. En Inglaterra no existe en las otras clases sociales ningun impuesto particular análogo al impuesto sobre la tierra o que represente el equivalente. La porcion de beneficio que un hacendado entrega a su asociado no es una carga impuesta al propietario. Los propietarios no tienen derecho a ninguna compensacion por este impuesto, ni de-

recho a que se le tome en cuenta como una parte del impuesto que ellos pagan. La continuacion de este impuesto en su cifra actual no viola de ninguna manera el principio de igualdad.

Mas tarde examinaremos hasta que punto i con que modificaciones se les puede aplicar la regla de igualdad.

VII.

A las reglas precedentes, hai que añadir algunas otras, a saber: que el impuesto debe gravar la renta i no el capital. Importa en efecto mucho que el impuesto no disminuya el capital nacional; pero cuando esta disminucion tiene lugar, no es tanto a consecuencia de la manera como se distribuye el impuesto sino porque es excesivo. Impuestos exajerados hasta cierto punto pueden arruinar la sociedad mas laboriosa, sobre todo cuando el impuesto es arbitrario, de manera que el contribuyente no sepa ni cuánto debe pagar ni cuánto se le dejará, o cuando el impuesto ha sido establecido de manera que sea un mal negocio para el contribuyente trabajar o economizar. Pero si se evita estos errores i si el impuesto no es mas considerable que lo que es ahora en los países mas gravados de Europa, no hai porque temer que se prive al país de una porcion de su capital.

No hai ninguna combinacion de leyes fiscales que pueda hacer caer el impuesto esclusivamente sobre la renta i que impida gravar al capital. No hai ningun impuesto que no sea pagado en parte por sumas que sin el impuesto habrian sido ahorradas; no hai ninguno cuyo producto fuese empleado en aumento de gasto sin que a lo ménos una parte se dejase a un lado para aumentar el capital. Así todos los impuestos son bajo este aspecto, pagados en parte a espensas del capital, i en un país pobre es imposible establecer ningun impuesto que no impida el desarrollo de la riqueza nacional. Pero en un país en que los capitales son abundantes i en que el espíritu de acumulacion es fuerte, apénas se siente este esfuerzo del impuesto. Llegando la masa de los capitales al punto en que no podria aumentar, si los procedimientos de produccion no mejoraran incesantemente, i teniendo esa masa de capitales una tendencia a sobrepasar los perfeccionamientos de la produccion con tanta fuerza que los provechos no pueden ser mantenidos encima del *mínimum* sino por la emigracion de los capitales o por las destrucciones periódicas llamadas crisis comerciales. Si el

impuesto toma al capital lo que absorberia la emigracion o destruiria la crisis, no produce mas efecto que el que habria producido una u otra de estas dos causas; determina nuevas economias.

Cuando se trata de un país rico no doi ninguna importancia a la objecion que se levanta contra los impuestos sobre las sucesiones i los testamentos, diciendo que son impuestos sobre los capitales. Como hace observar Ricardo si se toma 100 £ a un contribuyente por un impuesto sobre ^{los} vinos o casas, este contribuyente probablemente economizará esa suma o una parte de esa suma, habitando una casa ménos cara, o consumiendo ménos vino o restringiendo otro ramo de sus gastos: pero si se le toma la misma suma sobre un legado de 1000 £ considerará este legado como si solamente fuera de 900 £, i no estará mas dispuesto que ántes, si es que no lo está ménos, a reducir sus gastos. El impuesto es tomado en este caso completamente del capital, i por esto hai países en que tendria inconvenientes sérios. Pero desde luego no se puede emplear este argumento cuando se trata de un país en que existe una deuda pública i que emplea para pagarla una parte de sus entradas, puesto que el producto de los impuestos aplicado a este objeto no deja de ser un capital, cuya propiedad es simplemente trasferida del contribuyente al rentista. Pero la objecion no es nunca aplicable a un país en que la riqueza aumenta rápidamente. Todo lo que podria producir cada año un impuesto, aun mui elevado, sobre las sucesiones, apénas seria una pequeña parte de la suma en que el capital del país se aumenta cada año i su absorcion produciria simplemente economias equivalentes, miéntras que sino se toma esa suma, se impide el ahorro de una suma igual o se la hace esportar al exterior una vez ahorrada. Un país que como la Inglaterra economiza capitales no solo para sí misma sino tambien para la mitad del mundo, puede bastar para todos sus gastos públicas con el exedente del capital que posee, i problemente es tan rica en este momento como lo seria sino pagase ningun impuesto. Los impuestos no la privan de sus medios de produccion, sino de una parte de sus medios de goce, puesto que todos podrian, si no pagasen impuesto, emplear esa suma para proporcionarse reposo o satisfacer necesidades o gastos de que ahora se privan.

VIII.

Los impuestos son directos o indirectos. El impuesto directo es

el que se pide a la persona que el legislador desea o se propone hacer pagar. Los impuestos indirectos son aquellos que se piden a una persona que tiene esperanza de indemnizarse a espensas de otra, como el *excise* que el comerciante se hace reembolsar por su clientela. El que fabrica o importa una mercadería paga un impuesto sobre esta mercadería sin que el legislador tenga intención de imponerlo especialmente, sino para imponerlo por su intermedio a los que consumen la mercadería i que se supone reembolsarán la suma o el monto del impuesto comprándola mas caro.

Los impuestos directos son establecidos sobre la entrada o sobre los gastos. La mayor parte de los impuestos sobre los gastos son indirectos, pero hai algunos directos que han sido establecidos, no sobre el fabricante o vendedor del artículo consumido, sino inmediatamente sobre el consumidor. Un impuesto sobre las casas, por ejemplo, cuando se hace pagar directamente al que la habita, es un impuesto directo sobre los gastos. Si lo paga el constructor o el propietario, es un impuesto indirecto. El impuesto sobre las ventanas es un impuesto directo sobre los gastos; sucede lo mismo con los impuestos sobre caballos, carruajes i todo lo que designamos con el nombre comun de *assessed taxes*.

Las entradas tienen por oríjen la renta, las ganancias, los salarios. No hai mas causa de entrada, a no ser las donaciones o los robos. Se puede establecer impuestos sobre cada uno de estos tres ramos de entrada o un impuesto uniforme sobre los tres a la vez. Los estudiaremos en este órden.

IX.

El impuesto sobre la renta afecta esclusivamente al propietario. No tiene ningun medio de hacer caer sobre otro la carga, este impuesto no afecta ni el valor, ni el precio de los productos agrícolas que son reglados por el costo de produccion en las circunstancias ménos favorables, i en estas circunstancias hemos visto muchas veces que no hai renta. Un impuesto sobre la renta no tiene pues ningun efecto indirecto: toma al propietario una suma determinada que hace pasar a las cajas del Estado.

Sin embargo, esto no es estrictamente exacto sino en el caso en que la renta es el resultado, ya sea de causas naturales o de mejoras hechas por los arrendatarios. Cuando el propietario hace mejoras que aumentan el poder productivo de su tierra es remunerado

por un suplemento de arriendo, i este suplemento, que es propiamente hablando, una ganancia de los capitales invertidos, se mezcla i se confunde con la renta: en realidad, es una renta, tanto bajo el punto de vista del arrendatario como bajo el punto de vista de las leyes, de que se preocupa la ecconomía política. Un impuesto que afectara esta parte de la renta desalentaria a los propietarios i no los impulsaria a hacer mejoras: pero no elevaria, sin embargo, el valor de los productos agrícolas. Las mismas mejoras podrian ser hechas con el capital del arrendatario o aun con el capital del propietario, prestado por él al arrendatario, con tal que concediera a éste un plazo bastante largo para indemnizarlo del gasto hecho ántes de la espiracion de este plazo. Pero todo lo que impide hacer mejoras de la manera como juzgan a propósito hacerlas ordinariamente, impide con frecuencia que se haga cualquier especie de reforma, i bajo este aspecto un impuesto sobre la renta tendria inconvenientes sino se encontrase ningun medio para sustraer esa parte de la renta que puede ser considerada como la ganancia del propietario. Este argumento, por lo demas, no es necesario para condenar semejante impuesto. El impuesto establecido sobre las entradas de una clase de ciudadanos i que no está equilibrado por un impuesto equivalente sobre las entradas de otras clases, es una violacion de la justicia, i equivale a una confiscacion parcial. Ya he dicho porqué un impuesto que respetando las rentas actuales, se contentara con tomar una parte del aumento ocasionado por causas naturales, no mereceria un reproche semejante. I este impuesto mismo no podria ser establecido con entera justicia, sino en el caso en que se ofreciera como alternativa al propietario pagarle el precio venal de su tierra. Cuando se trata de un impuesto establecido sobre la renta al mismo tiempo que sobre las otras entradas, la objecion sacada de que ese impuesto afectaria las ganancias que resultan de mejoras, dejaria de ser aplicable, puesto que siendo impuestas todas las ganancias lo mismo que la renta, la ganancia que tomase la forma de renta, pagaria su parte correspondiente; pero como por motivos que hemos espuesto mas arriba, las ganancias deberian ser ménos impuestas que la renta propiamente dicha, la objecion perderia su fuerza sin desaparecer enteramente.

X.

Un impuesto sobre las ganancias, como un impuesto sobre la

renta, debe a lo ménos en sus efectos inmediatos gravitar esclusivamente sobre el que lo paga. Siendo todas las ganancias igualmente afectadas no hai motivo alguno que haga cambiar el empleo de los capitales. Si se establece un impuesto sobre las ganancias de un ramo particular de produccion, este impuesto tendria por efecto aumentar el costo de produccion i el valor i el precio del artículo afectado subirian por consiguiente: de lo que resultaria que en definitiva el impuesto seria soportado por los consumidores i no afectaria las ganancias. Pero un impuesto jeneral e igual sobre todas las ganancias no afectaria el precio de las cosas i caeria a lo ménos en los primeros tiempos solamente sobre los capitalistas.

Sin embargo, un impuesto semejante tendria un efecto ulterior que conviene tomar en cuenta en un país rico i en vía de prosperidad, cuando el capital acumulado es tan considerable i la acumulacion anual tan rápida que solamente la emigracion de los capitales o el perfeccionamiento continuo en la produccion pueden impedir que el país caiga en un estado estacionario, entónces todo lo que tiende a bajar la tasa de las ganancias ejerce una influencia sensible sobre estos fenómenos. Esta influencia puede hacerce sentir de muchas maneras. La disminucion de las ganancias i la dificultad creciente de hacer fortuna o aun de vivir aumentando el valor de los capitales, pueden producir el efecto de un estimulante para hacer inventos nuevos o aplicar mas estensamente los que ya se han hecho. Si bajo esta influencia los perfeccionamientos de la produccion se hacen mas rápidos i si directa o indirectamente bajan el precio de alguno de los objetos que el trabajador consume habitualmente, las ganancias pueden elevarse i hasta llegar a reparar las pérdidas que el impuesto les hace sufrir. En este caso el impuesto habria sido pagado sin pérdida para nadie, por que los productos del país habrian aumentado en una proporcion igual o aun superior al impuesto. Sin embargo, aun en este caso el impuesto deberia ser considerado como pagado por las ganancias; porque si se suprimiese, los que perciben las ganancias serian los beneficiados.

Pero, aunque la sustraccion por el impuesto de una parte de las ganancias tiende realmente a hacer marchar con un paso mas rápido el perfeccionamiento en los procedimientos de produccion, podria suceder que no hubiera ningun perfeccionamiento considerable o los que tuviesen lugar no ejerciesen influencia sensible so-

bre la taza jeneral de las ganancias, o que no elevasen las ganancias en la misma cantidad en que el impuesto las deprime. Si esto es así, la taza de las ganancias se aproximaria mas a ese *mínimum* a que se inclina constantemente, i esta disminucion de la entrada de los capitales tendria por efecto, oponer obstáculo a toda acumulacion ulterior, o hacer esportar una suma mayor de capitales, o hacer derrochar mas en imprudentes especulaciones. Al principio caeria el impuesto esclusivamente sobre las ganancias; pero el desarrollo de la suma de los capitales, si no hubiese encontrado trabas habria reducido bien poco las ganancias a la misma taza que el impuesto, i al fin de cada periodo de diez o veinte años, se encontraria que existe poca diferencia entre la taza actual de las ganancias i la taza que existiria sino hubiese habido impuesto. Al fin esta diferencia desapareceria i caeria el impuesto sobre el trabajador o sobre el propietario. El verdadero efecto de un impuesto sobre las ganancias es hacer que en un momento dado el país tenga un capital menor, una produccion total menor i llege mas pronto al estado estacionario con una suma menor de riqueza nacional. Seria aun posible que un impuesto sobre las ganancias disminuyese la suma de los capitales del país. Si la taza de las ganancias ha llegado a su *mínimum* es decir al punto en que el desarrollo anual de los capitales que tiende a reducir las ganancias sea absorbido por la esportacion o por especulaciones; si en ese momento el establecimiento de un impuesto viene a reducir todavia la taza de las ganancias, las mismas causas que hacian desaparecer los nuevos ahorros harian desaparecer tambien una porcion de los capitales existentes. Así cuando los capitales i las acumulaciones han llegado al punto en que están en Inglaterra, un impuesto sobre las ganancias tendria efectos mui perjudiciales para la riqueza nacional. I estos efectos no se manifestarian tan solamente en el caso en que el impuesto fuese injusto, es decir que no afectase mas que un ramo de ganancias. Por el solo hecho de que las ganancias soporten una parte mui pesada de los impuestos jenerales, esta carga tiende como cualquier impuesto especial a hacer emigrar los capitales, provocar especulaciones imprudentes porque reduce los beneficios regulares, desalentar el espíritu de acumulaciones i hacer que la sociedad llege mas pronto al estado estacionario. Es a esto a lo que principalmente se atribuye la decadencia de la Holanda o mas bien la cesacion de sus progresos.

Aun en los países en que la acumulación no es bastante rápida i en que por consiguiente no están siempre cerca del estado estacionario, parece imposible que si se acumula, no sea retardada hasta cierto punto esta acumulación por la sustracción de una parte de las ganancias, i si el perfeccionamiento de la producción no equilibrara completamente el efecto del impuesto, es imposible que una parte de la carga no caiga de los hombros del capitalista sobre los del trabajador o el propietario, uno u otro pierde siempre cuando la acumulación se hace mas lenta. Si la población continúa aumentando como ántes, es el trabajador el que sufre; si ella no aumenta la cultura deja de hacer progresos i el propietario pierde el aumento de renta que habria tenido sin esto. Los únicos países en que un impuesto sobre las ganancias puede agravar exclusivamente a los capitalistas son aquellos en que el capital no aumenta porque no hai acumulación nueva. En esos países el impuesto no impide que los capitales queden al mismo nivel por efecto de los hábitos o porque no se quiere empobrecerse, i entónces el capitalista continúa soportando todo el peso del impuesto. Se vé por las consideraciones anteriores que los efectos de un impuesto sobre las ganancias son mas complejos, mas variado i a veces mas inciertos de lo que suponen la mayor parte de los que han escrito a este respecto.

JOHN STUART-MILL.

(Continuará)

DON JUAN MARIA GUTIERREZ.

Un antiguo huésped de nuestra sociedad i de nuestra prensa, el distinguido literato argentino don Juan María Gutierrez, ha fallecido en Buenos Aires el 25 del mes pasado. Celebrábase en este día el centenario de San Martín, cuya vida él había escrito, i en cuyo homenaje publicó un precioso libro cuando la inauguración de su estatua; entusiasmado por los recuerdos que se conmemoraban temprano de la noche salió a recorrer las calles iluminadas i llenas de jente, i a las pocas horas de haber vuelto a su casa, espiró oyéndose todavía las postreras aclamaciones. Esta circunstancia nos recuerda los sonoros versos con que él había descrito el final de una gran fiesta cívica, bien distante por cierto de imaginarse que describía en ellos su última hora!

Como el susurro de la mar calmada,
El eco de los júbilos del día,
En el alto reinado de la noche,
Lentamente espiraba; el aura leve
Impregnada en incienso
La última oscilación repercutía
De la bandera de Maipú salvada.

Hijo de Buenos Aires, nació don Juan María Gutierrez el 6 de mayo de 1809, un año ántes que esta ciudad lanzara el grito de independencia que la emancipó del rei de España, i, ¿por qué no

decirlo? que habia de emanciparla tambien del dominio de la real academia de la lengua. Cursó matemáticas en la misma ciudad, concurriendo a las lecciones del distinguido profesor don Avelino Diaz, i ántes de obtener su título profesional, fué incorporado en el departamento topográfico.

Si midió campañas i levantó planos de la corriente de los rios, pronto trocó el compas por el divino metro de Horacio, i se entregó a las letras, porque tambien habia recibido una educacion literaria esmerada. Entónces la juventud porteña anhelosa de progreso, se reunia en sociedades literarias i echaba las bases de reformas políticas i sociales que no se han realizado sino despues, al cabo de años de ruda lucha. En la inauguracion de una de esas sociedades, el *Salon literario*, abierto a mediados de 1837 con asistencia de quinientas personas, don Juan Maria bosquejó con notable verdad la *fisonomía del saber español*, que así tituló su discurso, señalando al mismo tiempo la nueva direccion que debia darse a los estudios. «Nuestros padres todos, dijo, han recibido las borlas doctorales sin conocimiento de aquellas leyes mas palpables que sigue la naturaleza en sus fenómenos; sin una idea de la historia del jénero humano; sin la mas leve tintura de los idiomas i costumbres estrangeras. Jamas los perturbó en las pacificas ocupaciones del foro, de la medicina o del culto, el deseo de indagar el estado de la industria europea. Jamas creyeron ni soñaron que la economía política era una ciencia, i que sin conocer la estadística i la jeografía de un pueblo, era imposible gobernarlo» (1).

Don Juan María i sus compañeros lo abrazaban todo en su programa de reformas; de la enseñanza i de la literatura, subian a la política para luego descender a los usos, trajes i muebles, i mas dóciles estos que aquellos, iban a ceder fácilmente sin duelo ni lágrimas de nadie.

En la *Moda*, periódico semanal, redactado por Alberdi, i en el cual escribieron Lopez, Barros-Pasos, Tejedor, los dos Peñas i otros no conocidos aquí en Santiago, don Juan María colaboró asiduamente, criticando con gusto i espíritu nuevo las costumbres viejas e impertinentes de la colonia todavia en pié. No ha pasado del todo la oportunidad de estas criticas del jénero de las de Larra i de Vallejo, i cualquier pasaje de ellas se lee con agrado. «Es una señal de fino tono, dice en uno de sus artículos, el convidar a co-

(1) *Alberdi, su vida i sus escritos* por M. A. Pelliza. Buenos-Aires 1874—páj. 59.

mer en este tiempo. Es una señal de impertinencia, digo yo: por que ¿qué cosa hai de ménos agradable que precisarnos a pasar encorbatados un dia abrazador? I si sobre la corbata nos añaden el obsequio de citarnos a las tres, de contarnos cuentos, de presentarnos niños, de hacernos bailar minuets hasta las cinco, para sentarnos en la tarea de desocupar setenta platos en ocho horas, ya es necesario, en efecto, haber perdido la cabeza para decir que este sea un acto de finura. ¡Finura el obligar a un hombre a comer veinte veces mas de lo que come habitualmente! ¡Finura el tenerlo ocho horas en cumplimientos necios! ¡Inhumanidad, digo yo sin consideracion! ¡Qué! ¿No valdria mas el presentar un corto número de platos esquisitos i despues todo el lujo i la pompa del mundo en el servicio, en la decoracion del salon, que jamas se ve eso aquí, en los vinos, i sobre todo en la amenidad, en la liberalidad, en la urbanidad del tratamiento?» (2)

Fué tal la influencia de estas críticas de la *Moda*, que bien pronto se notó variacion en las tertulias, en los trajes, en todas esas exterioridades que dan la medida de la cultura de un pueblo; los cuellos se deprimieron seis pulgadas, los corbatones de tres vueltas, quedaron reducidos a dos, dice el autor que nos proporciona estas noticias. Pero si los hombres suelen abandonar de buen grado las vueltas de su corbata a la corriente de la novedad, no les sucede lo mismo con el poder cuando lo han conquistado por la violencia; cualquiera crítica los exaspera i los aferra a la arbitrariedad i a la tiranía.

Este era el temperamento del gobierno de Buenos Aires hácia esta época, i por huir de sus garras, despues de cuatro meses de prision, don Juan María emigró a Montevideo. Pasará mucho tiempo para que, escribiéndose la vida de los arjentinos distinguidos, no sea necesario recurrir al gobierno de Rosas, a fin de explicar sus vicisitudes. La oprobiosa dominacion de este hombre, fué un escollo enclavado en medio de las guerras civiles desatadas sobre la República Arjentina, no para dominarlas, sino para hacerlas mas cruentas i prolongadas. En Montevideo se refugiaron casi todos los arjentinos que trabajaban por una restaura-

(2) Id. id.—páj. 105. En la páj. 89 de la misma obra, entre varios artículos del mismo periódico, viene uno titulado *Caracteres* que Larra no habria desdeñado de tener por suyo, i que por el buen gusto i terzura del estilo, parecido a los que llevan las iniciales J. M. G., creemos que sea de Gutierrez, aunque no esté firmado. Los de Alberdi, bastante incisivos, no se distinguen sin embargo, por aquella cualidad.

cion, i asediada la ciudad por Oribe, aliado de Rosas, contribuyeron con sus brazos, i sus consejos a sostenerla. «Allí vivian hermanados por una misma aspiracion los orientales i argentinos, i las filas de unos i otros fueron engrosados espontáneamente con amigos de la libertad de todas las naciones. Paz i Garibaldi se ilustraron allí al lado de Pacheco i Obes i otros muchos jefes orientales en una lucha diaria que duró diez años. La diplomacia tuvo agentes activos e intelijentes que lograron interesar a las primeras naciones de Europa, a favor de la causa que sostenia aquella pequeña península del estuario del Plata» (3). I en fin, para que nada faltase a la popularidad de Montevideo, Alejandro Dumas, entónces en el apojeeo de su fama, refirió a la Europa los episodios del sitio (4).

«Allí se formó una escuela de publicistas que fué modelo de altura de propósitos, de moderacion i cultura de estilo, en las columnas de periódicos que serán páginas eternas de una época gloriosa i fecunda para la idea liberal en América.»

Egrimiéndose a un tiempo la espada i la pluma, ya se deja ver que los periodistas i los poetas, en vez de un obstáculo eran parte útil para la defensa de la ciudad. Colaborador don Juan María en varios periódicos, no citaremos sino dos que conocemos: el *Talisman*, de literatura i de costumbres, con idénticas tendencias a la *Moda*, i el *Tirteo*, en verso i destinado a estimular contra Rosas el espíritu revolucionario de la campaña. En un certámen abierto por el gobierno, en celebracion del 25 de mayo, don Juan María obtuvo el premio sobre competidores del fuste de Mármol, Dominguez i Acuña de Figueroa, con la composicion titulada *a mayo* que se lee al frente del volúmen de sus poesías. La incontestable superioridad de su educacion literaria le dió el triunfo sobre aquellos.

I aquí detengámonos a considerarlo siquiera someramente, como poeta: conocia el mismo que su estro no descollaba al lado de tantos de sus compatriotas, exhuberantes de imaginacion, de colorido i de armonía, que pueden disputar las palmas del divino arte en cualquier país de habla española, i aspiró a que se le tuvie-

(3) *Obras completas de don Estéban Echeverría*, por don Juan María Guillerrez. Buenos-Aires 1870-74, tomo V. páj. LXXVII de la vida de Echeverría.

(4) *Montevideo en une nouvelle Troie par Alexandre Dumas* Paris 18:—Escrito segun datos comunicados por el jeneral Pacheco i Obes. Se reimprimió en Montevideo en la *Imprenta francesa*, 1850.

ra no mas que como un tributario en verso al caudal de la literatura patria; fallo de su modestia que no ha de ser confirmado. Si no alcanza el vuelo lírico de Mármol, si no siente como Echeverría ni como este pinta la naturaleza, si sus versos, a par de cuidados, no son tan rítmicos i sonoros como los de Guido Spano, con algo de todas esas cualidades, los distingue principalmente el corte clásico que sabe darles, la pureza casi nunca enturbiada de la dicción, i la dignidad de los pensamientos, alguna vez triviales, pero nunca bajos. La rima parece huirle, i cuando se le presenta, él mismo se opresura a desdeñarla, de temor talvez de usarla de mala calidad; así se esplica su predileccion por los versos sueltos. Se complace tambien en hacer nuevas convinaciones de estrofas, i en emplear alternados los asonantes i consonantes. En todo esto hai mérito, i para que este fuera mayor, habria hecho bien el poeta en ocultar mas su arte. De epígrafe de una de sus composiciones, puso el siguiente verso de Chenier:

Sur des sujets nouveaux faisons des vers antiques.

Tal es el carácter de su poesía; docta, sábia, pero rebelde a alhagar los estallidos volcánicos de la pasión; la leerán los que gustan de la buena poesía i de los sentimientos templados, no los que no piensan, i sienten cien pulsaciones por minuto. Mas, por fortuna de Juan María, no es a éstos a quienes oye la gaya ciencia cuando diciérne a sus alumnos el laurel que siempre reverdece.

Dejamos trascritos varios pasajes que dan a conocer al escritor, i con el mismo fin será bien que transcribamos en seguida parte de una de sus composiciones poéticas, elijiéndola de entre aquellas que copian la naturaleza de su país. Sea esta los *amores del payador*, el poeta de la pampa, parecido a nuestros poetas populares como que tienen aire de familia.

Juana, donosa muchacha de un *payo*, ha sido cortejada por un rico ganadero que le ofrece oro, i por un payador que no tiene otra hacienda que la de Lope, vasallos consonantes. Ella corresponde al payador, i, vestida con su ajuar de domingo, lo espera al medio dia sentada en la puerta de su rancho. Jinete en un brioso caballo, el payador llega pausadamente a la cita i se detiene al pié de la loma donde el rancho se levanta; parece la imájen del centauro antiguo. El ombú mece las ramas de su capa,

I quema su pastilla
 En el fuego del sol, la rumurosa
 Siempre verde granilla.

Juana descende de la loma, salta a las ancas del caballo, que al punto se siente agujado i desaparece en la pampa; en medio de la carrera recuerdan como se conocieron, se dicen sus esperanzas i se juran amor eterno; mas de repente interrumpe su sabrosa plática el galope de un jinete que los alcanza. El payador ve que el ganadero llega a disputarle su conquista, i echa pié a tierra para esperarlo; desmóntase tambien el ganadero, puñal en mano, i dice a su rival que dos caballos están demas, que uno es bastante para que salve el vencedor, cuyo trofeo ha de ser Juana que ha despreciado su oro, pero que cederá al ver su acero enrojecido en la sangre

Del andariego pobreton que adora.

¿De cuando acá, le responde el payador, cruzando sobre el pecho sus manos en que luce el puñal, de cuando acá el alma de la mujer se vende como res de rodeo? Los afectos los pesa solo el corazón, i Juana

Entre tus vacas i mis pobres trovas,
 Entre tu lujo i mi pobreza honrada,
 Libre, espontánea, prefirió mis cantos
 En que elogio los héroes inmortales
 Al calor del fogon, o frente a frente
 Con la nocturna luz de los luceros;

Me siento tranquilo con su amor, siento poderoso mi brazo i no hai mirada que haga bajar la mia; si tu quieres huir, ahí tienes la brida de mi caballo.

Huir, replica el ganadero, ¿de quién? de un payador iluso,

Pordiosero de aplausos de la turba
 Que en mis famosas yerras junta el ocio;

Baste de palabras, decida el filo de mi acero... i acomete a su rival, que embota sus tiros en el poncho terciado al brazo. Juana

se precipita llorando a separar a los combatientes, i cae herida por el puñal del amante desdeñado, mientras, ciego de cólera el payador al ver examina a Juana, se lanza sobre aquel i le atraviesa tres veces la garganta. Así cayeron a un tiempo celos i orgullo,

i en el pomo
Del puñal justiciero que clavado
Quedó en la garganta al ganadero,
Reflejaba la luz de aquella estrella
Que acompaña al crepúsculo...

Este reflejo atrae por largo rato los ojos del payador, hasta que los arrasa un mar de lágrimas;

Así como las nubes
En tempestuosa noche abren el seno
A la doliente voz de la tormenta,
Al fin se apartan sus contraídos labios
Para exhalar la tempestad del alma,
I con firmeza i calma
Su dura situación canta i lamenta.

«Sueño o es realidad? Sangre i despojos
Es ahora el fruto de reciente dicha?
Esa que miran mis turbados ojos,
Acaso es la mujer que era mi vida?

¿Es esa criatura inanimada

La de fuego i amor que al lado mio,
Me besaba la frente, entusiasmada,
I jugaba a mis pies como hace un niño?
¿Tanta hermosura devoró el desierto,
Tamaña abnegacion se hundió en las sombras?
Es pesadilla de mi fiebre, es cierto
Que la miro i la palpo i no me nombra?

Era como la aurora su mirada
Que daba luz entre pestañas negras,
I esa luz de sus ojos concentrada
Mitigaba el horror de mis tinieblas.

En el cristal de su pupila oscura
La imájen se pintaba de mi alma,
Cuando absorto en su gracia i hermosura
Cantando yo de amor, ella escuchaba.

Frio, pálido el labio... Es cierto? cómo
 La enardecida púrpura ha podido,
 Contraer la inerta palidez del plomo,
 I mostrar sus rubis descoloridos?

Cítara en que cantaban los amores,
 Boca de ambar i miel, hora marchitas,
 Mustias, la cubren las que fueron flores
 De agraciada guirnalda siempre viva.

Vaso colmado de virtudes blandas
 Era su corazon, se ha derramado:
 ¿Por qué, remordimiento, me demandas
 Cuentas a mí si le quebranta el rayo?

Que si quereis para volverle nuevo
 Un otro corazon, aquí está el mio;
 A la que era su dueño se le debo,
 Ausente la torcaz, qué importa el nido?

Qué soi, qué valgo si me falta el alma
 I la sangre i la nada me rodean?
 Huiré buscando la imposible calma
 Donde mi misma sombra no me vea.

Me acogeré a los densos pajonales,
 Disputaré a las fieras sus guaridas,
 Me clavará el recuerdo sus puñales
 I misterio i dolor será mi vida,

Cuando el payador concluyó su endecha, ya la noche se habia estendido, una de esas noches de nuestro hemisferio austral en que vemos titilar las estrellas; ajitadas por el viento, lijeras nubecillas semejaban ya un monte, ya un rebaño de corderos; algunas aves apuraban el vuelo para llegar a los pajonales donde esconden sus nidos, i entre las plantas susurraban las auras impregnándose del perfume de las flores;

Quién sospechar podria
 Que bajo aquella noche encantadora,
 Un corazon latía
 Indiferente a todo, comprimido
 Por los lazos de sierpe mordedora!

El desventurado payador besa mil i mil veces el rostro lívido de

su amada, la cubre con un poncho, i montando su fiel caballo, su único consuelo en aquel instante,

Raudo por la llanura el rastro estampa
I como una vision se hunde en la pampa.

Hemos repetido la lectura de esta composicion que conocíamos desde hace tiempo, i hemos vuelto a gozar con ella. El verso antiguo sienta bien a los argumentos nuevos, porque el arte no envejece, es eternamente j6ven.

La oda a la independencia de Chile en el aniversario de setiembre, es valiente i vigorosa; a ella pertenece este fragmento.

Aun fuera estrecho a su ardoroso empeño
La estensa base en que se empina el Andes:
Uno tras otro leño
Abatió el hacha en la araucana selva,
I al norte dando impávidos la proa,
Mirólos espantada
La quieta mar que saludó Balboa.

Don Juan Maria se trasladó a Valparaiso, si no estamos mal informados, en 1844, de vuelta de un corto viaje a Europa, hecho durante el año anterior, en compañía del señor Alberdi. A haber venido tres años ántes, habria visto que en Chile los mas se ocupaban esclusivamente de sus granjerias particulares, pocos de política i nadie de literatura; solo don Andres Bello la cultivaba en su casa, así como leen los disidentes la biblia en los paises donde no hai libertad religiosa; i como no era su carácter apropiado a la propaganda, los pocos discípulos que hasta ent6nces habia formado, ignoraban que sabian manejar la pluma i que podian escribir; pero hácia ese tiempo estábanse trasformando la fisonomía intelectual del país a impulsos de Sarmiento, obrero entre pocos señalado de nuestro progreso, i con el ejemplo de la Universidad, recién fundada i cuyos frutos comenzaban a cosecharse. Escarneciendo Sarmiento la casi comun ignorancia i la poquedad del carácter nacional, nos hizo estudiar i producir. Al calor del sonrojo del amor propio herido, brotaron escritores de talento que no se conocian a sí mismos. Don Juan María alcanzó a coadyubar a reaccion tan saludable, ya con artículos en la prensa, ya haciéndose editor de obras cuya publicacion

fué un presente valioso hecho a la literatura americana o a la peculiar de Chile.

La mas notable de esas obras es la *América poética*, (Valparaiso, 1846), en que reunió los mejores versos dados a luz por cincuenta i tres poetas americanos del presente siglo. Hecha esta coleccion con tanto gusto como modestia, porque ni incertó en ella sus poesias, que habrian figurado con honor, ni la publicó bajo su nombre, por sí sola basta asegurarle reputacion de critico distinguido. Su verdadera importancia nace, sin embargo, de la influencia que ha ejercido en el desarrollo de su jénero de literatura i de los sentimientos de mancomunidad en estos paises, haciéndolos conocerse i estimarse. Alcanzada la independendia por el esfuerzo simultáneo de todos ellos aunados contra el enemigo comun, despues se separaron absorbidos por sus luchas civiles, sin tener otro contacto ni otras noticias de los paises vecinos, que las mui poco alhagueñas que se comunicaban por sus mútuos proscriptos, náufragos de esas mismas luchas que a todos preocupaban. En tales circunstancias, la publicacion de la *América poética* fué un llamamiento a la fraternidad intelectual de la raza latina del nuevo mundo, llamamiento que necesariamente habia de fortalecerla en la fraternidad de la democracia i de la libertad que ya la unia, i cuyas glorias se enzalsaban en las inspiradas estrofas de este libro.

Publicó tambien don Juan María en Valparaiso, bajo el título de *Lector americano* (1846) una coleccion de trozos en prosa sobre moral, maravillas de la naturaleza e historia de América, propia a servir de testo de lectura en las escuelas; la *Memoria histórica sobre la revolucion de Chile* (1848) de frai Melchor Martinez, con un breve prefacio indispensable para esplicarse las incongruencias de esta obra a que su autor no dió la última mano; una coleccion completa de las *Obras poéticas de don José Joaquin de Olmedo* (1849); la *Vida de Franklin* por Mignet (Santiago, 1849), que habia traducido del frances; unos *Elementos de geometría* (Santiago, 1850) para el uso de los niños de las escuelas i de los artesanos; i por fin, el *Arauco domado* de Pedro de Oña (1849). Primera obra chilena del siglo XVI, debida a la pluma de un jóven criollo de Angol que fué a educarse a Lima, el año de 1856 publicó este poema Antonio Ricardos, impresor de la ciudad de los reyes, i por diligencia probablemente de la familia del marqués de Cañete, a quien está dedicado, fué reimpresso en Madrid en 1605. Des-

de entónces no habian vuelto a reproducirlo las prensas españolas, i aunque de fácil adquisicion en Europa los ejemplares de la segunda edicion, pues la de Ricardos es toda una joya bibliográfica, eran aquí tan escasos ahora treinta años, que no habia otro ejemplar que el del señor Beeche; por esto hizo su esmerada edicion don Juan Maria, merced a la cual el poema del continuador de la Araucana se ve hoy en los estantes de los estudiosos. Sobre este mismo poema del *Arauco domado*, habia dado ántes a luz unos estudios, que no hemos logrado ver, i los cuales segun se dice, fueron utilizados mas de lo que es lícito, por el conocido traductor español Ochoa.

La escuela náutica de Valparaiso abierta en 1846, lo tuvo de director, i a él se refirieron estas palabras de la memoria del ministro de marina del año siguiente: «los exámenes que de idiomas i de varios ramos de matemáticas aplicados al pilotaje i navegacion, dieron los alumnos en diciembre último, fueron una prueba satisfactoria de su rápido aprovechamiento i del celo e idoneidad de su director, quien mereció una recomendacion especial del comandante jeneral de marina.» Además de estas tareas, i de la preparacion de aquellas publicaciones, militó con brillo en el periodismo político, en que habian campeado o se mantenian aun, sus compatriotas Calle, D. Peña, Piñero, Frias, Alberdi, Mitre, Gomez i Sarmiento. Redactor de la *Tribuna* de Santiago cuando la eleccion presidencial de 1851, nos complacemos en recordar aquí que sus simpatias estuvieron por el candidato civil, simpatias nacidas de su interes por este pais en que habia hallado cariñosa hospitalidad.

Durante algunos meses del mismo año de 1851, residió en el Perú, en el *Comercio* de cuya capital dió a luz varios artículos sobre Juan de Caviades, ingenio limeño del siglo XVII, olvidado por sus compatriotas, i a quien sus continuas dolencias hicieron abandonar la vara de mercader, i convertirse en poeta para satirizar a los médicos que no encontraban remedio a sus males.

La victoria de Monte-Caseros abrió las puertas de la patria a don Juan Maria; sin antecedentes para guiarnos en las incidencias de su vida pública, solo diremos que fué miembro de la asamblea que sancionó la actual constitucion de la república arjentina, ministro de la confederacion en los departamentos de gobierno i relaciones esterioras, i por fin, rector de la universidad de Buenos-Aires durante trece años, de cuyo empleo se jubiló en 1873.

Espíritu liberal, voto en la asamblea constituyente por la adopcion del sistema norte-americano, i se mantuvo casi siempre alejado de la política militante, en la que los principios suelen ser sacrificados a los intereses personales. Calificaba de revuelta descabellada la última revolucion por la presidencia arjentina, i a un amigo que lo interrogaba sobre su alejamiento de los partidos, decia: «hagan política de principios i volveré a mi antiguo puesto.» No es, pues, en la política donde debe buscarse la influencia de don Juan María. La ejerció en la enseñanza como rector de la universidad, imprimiendo a los estudios una direccion de utilidad i positivista, en armonía con las necesidades del progreso moderno, por lo cual miraba con predileccion el cultivo de las ciencias naturales que a ello contribuyen. Pensaba que si estos estudios no son todavía de inmediato *pane lucrando*, como la teología, la jurisprudencia i la política, miéntras llegan a serlo, tendrán un estímulo moral sus aficionados, cual es el de poner a estos paises al nivel del movimiento científico del viejo mundo (1).

No ménos notable que en los estudios, pero mas señalada para los que la observamos desde léjos, es la influencia que como erudito i como crítico, ha ejercido en la literatura arjentina. La revolucion romántica, a que se habia asociado desde su estreno en las letras, puso de moda los monumentos literarios que la escuela rival mantuvo oscurecidos durante su reinado absoluto del siglo anterior, i esta restauracion nos dió nuevamente de modelos en castellano al romancero, a Lope, a Calderon i a los cien autores de esa literatura brillante i orijinal, a quienes habian enterrado medios vivos los discípulos de Boileaux, aclimatados en la península por la espada de un Borbon i las doctrinas de Luxan. En América donde, en vez de Ercilla, teníamos a Oña, donde Peralta de Barnuevo equivalia a Lope, donde Quevedo fué reemplazado por Cabiedes, i donde la teóloga i poetiza mejicana sor Ines de la Cruz, apellidada la décima musa, era el pasmo i maravilla de todos, la reaccion romántica debia llevarnos a desenterrar las antiguallas i mamotretos del período colonial, período de infancia durante el cual permaneció aletargada, pero no estuvo muerta la intelijencia de nuestra raza; el teatro no vivia sino para las festividades de recepcion de presidentes i obispos; las poesías eran o sátiras que dejenaban en diatribas o frias odas encomiásticas; la oratoria foren-

(1) Carta de junio 5 de 1871 al Dr. don A. Murillo, quien ha tenido la bondad de comunicarme varias cartas del señor Gutierrez mui interesantes.

ce i sagrada, era una palabrería grotesca; los cronistas políticos i monacales, referian sériamente las fábulas mas absurdas; los teólogos i jurisconsultos escolásticos, llenaban uno i mas infolios con discusiones pueriles, i las ciencias útiles, que debieran haber servido de correctivo a los estravios de aquellos, estaban mas postradas que todo eso en poder de empíricos cieguísimos. Mas como quiera que sea, estos empíricos atrasados, estos teólogos i jurisconsultos escolásticos, de maravilloso talento, como dice Bacon, para dividir en cuatro partes iguales un grano de alpiste; estos cronistas crédulos, estos oradores jerundianos, i poetas malévolos o serviles, son los representantes del saber i cultura de su tiempo, i debe estudiárseles para conocer los primeros pasos de la civilizacion europea en América.

A la investigacion de estas antigüedades literarias, consagró muchas de sus vijilias don Juan María, hallando su mejor recompensa, bien lo saben los del oficio, en salvar del olvido los nombres o las obras oscurecidas en el polvo de los archivos o en las pájinas de libros que por vetustos ya nadie lee; complaciéndose con desprendimiento raro, en comunicar sus noticias a quien las solicitaba para entrar al trabajo por caminos explorados; ha sido de este modo colaborador de varios autores, como lo son Barros Arana en Chile i Gayangos en España. Nosotros mismos, a larga distancia i sin haber tenido el honor de conocerlo personalmente, le debimos noticias que aprovecharemos algun dia.

Es un escollo de los estudios históricos en América, escollo que no logró salvar don Juan María en alguno de los suyos, la falta de trabajos de primera mano que permitan al escritor, no ocuparse sino de la redaccion, de la parte artística de su obra. El historiador o el crítico entre nosotros, debe principiar por hacerse bibliófilo e investigador para reunir humildemente sus materiales, de lo cual resulta no pocas veces que, fatigado a mitad de camino, varía de propósito i se contenta con exhibir ante el público un legajo de documentos, fruto de infinitos afanes, que artífices mas afortunados habrán de aprovechar despues. Tal es el carácter de las *Noticias históricas sobre el orijen i desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires, desde la estincion de la compañía de Jesus, hasta la fundacion de la Universidad*, obra impresa en un elegante infolio por cuenta del gobierno de la provincia. Rejistrase, sin embargo, al fin de este volúmen una veintena de biografias de profesores de aquellos estudios, las cuales figurarán sin

duda entre las obras de don Juan María. La confeccion de ciertos libros de consulta, tan necesarios como escasos en nuestra literatura, contribuye tambien a esterilizar a los ingenios que a formarlos se dedican, i que lucirian cultivando jéneros mas agradables; la *bibliografía de la Imprenta de Niños Espósitos de Buenos Aires, desde su fundacion, hasta mayo de 1810*, precedida de una elegante disertacion sobre los orijenés del arte de imprimir en la América española, es uno de esos libros ingratos a su autor, que encubren bajo apariencias modestas el trabajo que han costado, i cuya importancia no apreciamos sino en el momento de interrogarlos.

Pero dejando al erudito, vengamos al literato; aquí es donde ha campeado don Juan María con una superioridad incontestable, donde ha lucido sus dotes de escritor correcto i elegante, ya en biografías, ya en artículos criticos i literarios, jénero cada uno de ellos que cultivado con talento basta a hacer la reputacion de un escritor.

Las biografías de San Martín, Rivadavia i Echeverría, los estudios criticos sobre algunos poetas americanos anteriores al presente siglo, el estudio sobre don Juan Cruz Varela i numerosos artículos literarios, le han conquistado un lugar prominente, quizás el primero entre los literatos de su país. Sospechamos que no componía con facilidad, i que en sus artículos literarios, opúsculos por decirlo así, de ostentacion i lujo, la pluma volvia sobre la frase hasta dar con las palabras propias i el jiro mas sencillo i elegante. Mientras en sus versos se vé el estudio, i sentimos algo de ese hielo del pensamiento que no adquiere fuerza i calor, sino despues de vestido con la forma que lo trasparenta; en su prosa, que corre suelta i galana, no se nota esfuerzo alguno, i cuando, al volver de pocas pájinas, abandona la pluma, deploramos la perezza del escritor que tan luego nos deja, siéndole fácil proseguir.

Gozan jeneralmente los literatos arjentinos, no diremos si con justicia, de la reputacion poco envidiable de no ser mui cuidados en el uso de la hermosa lengua de Castilla, reproche de que ha sido casi siempre eceptuado don Juan María, si álguien puede serlo por completo en estos tiempos en que ni los escritores mas preciados de castizos, aciertan a librarse del comun contajio; i le hemos de disculpar si enturbia la dicion inadvertidamente con palabras estrañas, o si su frase trasmonta los Pirineos en direccion a Francia.

Honróle la Academia Española con el título de miembro correspondiente, que él no aceptó, alegando al secretario de la corporación que la veía temerariamente empeñada en perpetuar las tradiciones del siglo de oro del castellano, siglo de escritores ascéticos, cuyo lenguaje es muy diverso del que la libertad, la ciencia i el cosmopolitismo moderno requieren. Tal fué la paradoja de don Juan María. Nosotros, que queríamos dar a la Academia mas jurisdicción de la que tiene en las repúblicas hispano-americanas, vamos a hacer que conteste el mismo don Juan María a aquello de que el lenguaje de los siglos XVI i XVII, no es adaptable a las necesidades del progreso moderno. «Esos mismos libros, los clásicos, ha dicho en la vida de Echeverría, que el tedio lo hacia tan pesados, llegaron a ser sus amigos i bien venidos a sus manos, i poco a poco fué comprendiendo que de entre las frases vacías i las aspiraciones místicas de los ascéticos antiguos, podrian estraerse espresiones i jiros de lenguaje que dieran calor i enerjía al pensamiento moderno espresado en nuestro idioma.» Esto por lo que respecta a los ascéticos; en cuanto al cosmopolitismo, si no tiene un idioma suyo propio, en cambio tiene a su disposición todos los idiomas del universo que beneficia a medida de sus necesidades; las ciencias, cuando se aclimaten en América, formarán con raices griegas las voces técnicas que necesiten, como ya lo han hecho en Europa; i por fin, léjos de perder la libertad con la pureza del castellano, ganará en cultura, siendo bien hablada como esos cortesanos de los Felipes que se llamaron Cervantes, Lope, Ercilla, Calderon, Mariana, Hurtado de Mendoza: los ciudadanos de Atenas fueron tan celosos de su libertad, como intolerantes con los oradores que maltrataban su rico idioma.

Era don Juan María Gutierrez de esos caracteres serios i respetables, a quienes uno aprecia desde luego que los trata; benévolo para todos, urbano, conversador agradable, daba confianza a los que lo visitaban, no ofreciéndola de palabras, sino recibéndolos con cordialidad. Recordaba frecuentemente, «este bello país de Chile en que habia pasado ocho años, época feliz apesar de su condicion de emigrado.» Una antigua enfermedad le aquejaba, i ajitado probablemente por los terrores de la mortalidad, como dice Quintiliano, el 2 de febrero, pocos dias ántes de fallecer, escribia a un jóven amigo: «cada verano recorro con la imaginación algunas haciendas de la provincia de Santiago, en donde he disfrutado como en ninguna parte de los placeres de la campaña. La sombra de

las pataguas, la corriente sombreada de las acequias i rios, las vi-
fias, las cosechas, los paseos a los lagos, todo este panorama sin
mosquitos ni reptiles, pasa ante mis recuerdos... i ¡ai! se pierden
en el pasado como nubes del poniente en la cercanía de la no-
che....

Santiago, marzo 29 de 1878.

LUIS MONTT.

POESIAS.

Las composiciones siguientes se han entresacado de un volúmen que con el título de «Voceros de la Culpa,» se publicará en breve. La obra, sin tener la ilacion ni el encadenamiento de un poema, forma un todo unido que corresponde a la expresion de los sentimientos de un carácter, en determinadas circunstancias colocado. Se divide en tres partes; pertenecen a la primera o a la «Enfermedad» las composiciones que alcanzan a la número XXXVIII, desde ésta hasta número LXV inclusive, i que tiene el título de Primavera, son de la segunda «Dias de convalecencia» las tres últimas de «la Recaida» o tercera parte.

IV.

Han pasado ya tantas a mi lado
con las cuales mil dichas he soñado
se podrian hallar;
han pasado ya tantas, que he seguido
con mirada amorosa, i que he perdido
sin volver a encontrar,
que ya a mí me pregunto lo que quiero
me ofrezca la existencia, lo que espero
como goces sentir;
i un murmullo levántase en mi alma,
murmullo que me dice: «vé, sin calma,
sin calma has de vivir.

VI.

Entendedme vosotros: no me quejo
del dolor en mis cantos, le sintiera
feliz me creeria; nunca en mi alma
el miedo penetró, nunca la calma
de una vida sabrosa, cual quimera
mis sueños abrigaron; lo que canto
otra amargura es, es otro llanto.
Es este agudo dardo que a sí mismo
el corazon se clava; es la tristeza
de ver a la pasion, al egoismo
del imbécil placer, en un instante
trastornar con sus voces la cabeza,
dejando abandonadas
las que creemos ideas grandes, bellas,
las que son de nuestra alma las estrellas.
Es el tedio, el hastio que en el pecho
se anidan al sentirnos impotentes
i débiles i torpes i envidiosos:
queremos ser hermosos,
un tipo poco a poco de los hombres
nuestra mente ha formado, i conocemos
raquíticos i feos solo somos
i que no le valemos,
que al talon no llegamos del que sueña
el alma como ideal i del que siempre
claramente a sus ojos se diseña.
Esta es nuestra amargura:
perdida contemplar, toda hermosura.
T es este fiero mal, este pesado
tenaz remordimiento,
este propio e invencible descontento
el que canta mi verso desolado.
¡El dolor!—yo lo quiero; él engrandece:
¿quién mas noble con él no se ha sentido;
quién un hermoso orgullo no ha tenido
al verse en la desgracia i al decirse:
«mis lágrimas escondo;»

quién una nueva vida, otra existencia
 no ha advertido su alma descubria
 dolor mortal i hondo
 pero injusto sufriendo;
 quien pensado no há que renacia
 al mirarse su llanto conteniendo,
 i quién no ha dicho entónces, «solo es hombre
 él que el pesar conoce, no su nombre?»
 ¡Ah! sí; yo te he sentido, te he gozado
 voluptuoso placer de los dolores,
 i todas las dulzuras, los amores
 son pálidos ensueños a tu lado.
 Yo te he sentido a tí; i yo comprendo
 del mártir el valor i el sacrificio!
 tú halagas tanto o mas que el loco vicio;
 i mi mente ambiciona
 el volverte a sentir, i en la amargura
 ver si mi triste pecho se depura.

Ahora—¿comprendeis que es lo que cantan
 mis versos doloridos?

¿Comprendeis por qué calma, paz deseo,
 i por qué tanto, tanto los olvidos
 sentir quisiera mi alma, i por qué causa
 para ella un devaneo,
 los oscuros abismos de la nada
 le son?—Mis tristes voces
 no escuchais al presente como ecos
 de lóbrega caverna,
 donde huracanes roncós i veloces
 se revuelven i ásperos i huecos,
 fatídicos sonidos van formando?
 ¿No adivináis mi angustia, este pesado
 i ardiente torcedor, esta agonía
 que en medio la alegría
 me sorprende poniéndose a mi lado?
 ¡Ah! sí; es lo que sufro. El dolor solo
 bendito sea él; nunca temores

abrigueis por las penas que van juntas
 del hombre a la existencia, ellas mejores,
 mas suaves, bondadosos i mas fuertes
 nos hacen a la par; solo a su sombra
 esparce una flor bella, la mas bella
 entre las flores todas, su fragancia:
 allí crece la augusta tolerancia,
 la virtud que perdona, la que sella
 los labios a la injuria; la que ofrece
 al caído consuelo i lo ennoblece.
 No, no temais las penas de la vida,
 amad sin preocuparos de que oculto
 va el dolor en la dicha mas querida;
 mas bien, ántes miradlo
 sin miedo, frente a frente; ántes amadlo;
 aun mas: rendidle culto;
 todo eso él se merece, el dolor fiero,
 porque él depura al hombre
 i lo hace mas hermoso i verdadero.

XXIX.

Viviré, viviré por largo tiempo,
 viviré cual las olas
 que eternas en el mar se despedazan
 i de nuevo se forman.
 Viviré como ellas, sacudido,
 estrellado en las rocas,
 llevado a los confines mas lejanos
 por el viento que sopla.
 Como ellas viviré, siempre creyendo
 alguna al cielo toca:
 espumas que en el aire se deshacen
 tan solo serán todas.

XXXVI.

I día ha de llegar en que tú vengas
 cariñosa a mi lado, i me preguntes
 por que mover no puedo mi cabeza,
 i respuesta no escuches.

Si; día llegará en que rendido
 por siempre i para siempre yo me tumbe,
 en que cierre mi boca a las palabras
 mis ojos a las luces.

I ese día se acerca, yo le veo
 venir como la parda i fría nube
 que rápida se estiende por los aires
 i tempestad conduce.

Venga pues; yo lo espero; no me queda
 nada, nada que hacer: ya no me ocurren
 ni proyectos de gloria, ni esos sueños
 con alas de querubés;

ya mi vista horizontes contemplando
 serenarse no puede, los azules
 e inmensos infinitos no divisa;
 i los cantares dulces,

que en bandadas venian revolando,
 cuando yo de mis obras al empuje
 pensaba trasformar las de hoy creencias,
 ya en mi mente no bullen.

Venga pues ese día, yo lo espero,
 i no como se esperan pesadumbres;
 venga pronto, no sea que cansado
 su llegada apresure.

XXXIX.

¡Mi alegría!—Escuchad, voi a esplicárosla:
 cuál la sangre recorre nuestro cuerpo
 oculta a las miradas, mas brindándole
 calor, sustancia, vida, tal en mi alma
 se aposenta una idea; oculta a todos,
 sin mostrarla a los hombres, yo la llevo
 por doquiera en mi pecho; ella es mi guía,
 es mi luz, mi calor, es mi sustento;
 finjir puedo que pienso en otra cosa,
 también imaginar que la he olvidado,
 negarla, profanarla muchas veces,
 que siempre ella está aquí, ella es mi creencia,
 es ella la que sufre i la que llora
 mis locos estravios, la que aplaude
 mis cortos, mis escasos sacrificios.

I esta idea que es mi alma, que es mi vida
 es la gloria obtener—sí; la deseo;
 i no esa gloria fútil i mundana
 que consiste en aplausos envidiosos
 o en necia admiracion de aquellas jentes
 que lujo i vanidad tan solo sueñan.

Nó; la que quiero gloria es pura i grande
 i eterna i verdadera i refuljente;

yo quiero ser amado por mis obras;
 yo quiero serles útil, a los hombres;
 quiero con la belleza de mis cantos
 alegrar su existencia, ennoblecerla,
 separarlos del mal, mostrar que hermosa
 es la vida de amor i de trabajo.

I por esto es mi única alegría
 aquella que con risas no se muestra
 i que siéntela el alma con sosiego;
 aquella que severa, recojida

la desgracia contempla i que murmura,
 «trabajar, trabajar i con empeño.»

Mi solo goce es éste, esta mi pura,
 mi santa, noble dicha; i a mi rostro
 no es ella, sin embargo, la que sale.

La que veis, la que muestro, esa que hace
 entre las jentes viso; que aparenta

juvenil corazon do los dolores
 i la dura esperiencia no han dejado
 sus huellas estampadas, es finjida,
 mas negra i mas oscura que la noche,
 cual cobarde reptil es asquerosa,
 como torpe traicion ignominiosa.

¿Sabeis por qué es así?—Juzgad vosotros:

cuando pásase un dia i mas se pasan
 en que yo por pereza nada escribo
 nada pienso, ni leo i en que solo
 el hastio, el cansancio, el descontento
 siente mi alma abatida, entónces rio
 delante de las jentes, satisfecho
 porque puedo olvidar con su presencia
 i entregarme a charlar tranquilamente.

Cuando en una i mas horas mis pasiones,
esta sed de placer que me domina,
han llevado mi cuerpo hasta el abismo
i con goces mentidos degradado,
cuando mi alma despiértase i al verse
manchada, envilecida solo dice:
«muere, muere cobarde,» entónces rio
delante de las jentes, satisfecho
porque puedo olvidar con su presencia
i entregarme a charlar tranquilamente.
Cuando pienso que allá, en mi buena patria
tengo amada que espérame amorosa
tengo madre que adoro, tengo hermanos
tengo amigos queridos, tengo dichas
i tranquilos placeres que me aguardan,
cuando pienso que de esto i mas no gozo,
cuando pienso que llóranme perdido
i recuerdo que todo he abandonado
tan solo por el arte, por la gloria
i véome caído i perezoso,
sin fuerza i sin aliento, entónces rio
delante de las jentes, satisfecho
porque puedo olvidar con su presencia
i entregarme a charlar tranquilamente.
Cuando en medio mi pena i mis angustias
cual fantasma diviso entre las sombras
que rodean mi vida, a los ideales
a los nobles proyectos i esperanzas
que un dia cultivara, e imagino
que pidenme una dura, estrecha cuenta
de todas mis acciones, una a una,
de las horas perdidas, de los llantos,
de las firmes promesas quebrantadas
i de mi vida, en suma, entónces rio
delante de las jentes, satisfecho
porque puedo olvidar con su presencia
i entregarme a charlar tranquilamente.
Yo rio i mas aun: si por acaso
me viene una dolencia, si yo puedo
con ella disculparme ante mí mismo,

entonces ya no es risa, es alegría,
 es de ver cuan amable ante los hombres
 voi mi vida viviendo. Sí, se goza
 i ante el mundo se rie porque vemos
 que torpes, miserables lo engañamos.
 La alegría tenemos del bandido
 que su crimen oculta. ¡Pobre loco!
 no os engaño tan solo, yo me engaño.

XLV.

Las que pasan, hermosas ilusiones,
 en la oja que rueda por el suelo
 i en la nube que cruza por el cielo
 se refleja a los tristes corazones.

Como en ropas de viejas macilentas
 cuelgan restos de sedas ya gastadas
 así véñse unas hojas arrugadas
 en el árbol colgar, amarillentas.

Mas, si guarda el otoño la tristeza
 i un algo que nos habla cual de ruinas
 de flores marchitadas i de espinas,
 amamos, no los menos, tal belleza.

XLVI.

Si yo podré algun dia
 al cielo mi cabeza levantar,
 si yo podré orgulloso, la existencia
 alguna vez de nuevo contemplar;
 son dudas que me ocurren al mirarme
 tan pequeño i caido, al encontrarme
 mirando allá, entre nieblas,
 como una luz lijera, una paloma
 que ya su vuelo toma
 i me dice: «yo soi tu voluntad.»

¡I qué hacer!—En la vida hemos mudado
 ya tantas vestiduras
 que, al fin, la que nos hemos fabricado
 nos parece, al mirar sus rasgaduras,
 tambien se ha de acabar;
 i por ella cariño
 ni apego, nada, nada el pecho siente;
 burlamos el presente,
 reimos del que fué crédulo niño
 i no sabemos nada respetar.

En tanto unas tras otras van las horas,
 los dias i los meses i los años
 pasando velozmente;
 i quejas, desengaños,
 canciones a cual mas desgarradoras
 nos ponemos sufrientes a entonar;
 sin que nunca un aliento, una esperanza
 digamos «¡aquí está!
 con esa fé profunda, esa confianza
 que remueve las piedras, les dá vida;
 con ese tono altivo de enseñanza
 que discípulos crea
 i los hace seguir nuestro pisar.

Hoi vemos una rosa,
 mañana una pintada mariposa,
 despues la niña cándida, obediente;
 mas tarde, aun otra cosa
 en que el pecho un dulzor lijero siente,
 i contentos cantamos cual si hubiera
 en el mar do bogamos, la ribera,
 divisado por fin nuestro cantar.
 I todo es sueño vano,
 embriaguez que queremos encontrar.
 Es todo una alegría
 compuesta de ficcion i de locura;
 todo es como esos jugos que adormecen
 i alejan la amargura
 sin llegarla jamas a disipar.

¡ Ah! poeta, poeta do has caído,
do marchas con el mundo!
¡ El vate, ¿tú no has sido!
¡ Un tiempo, hermoso, grande, las edades
no te oyeron cantar nobles verdades?
¿no eras tú el sin segundo?
Moises, Homero, Dante no sabias
inmensos universos gobernar!
Todo, todo ha pasado; hoi no pretendes
sino risas i burlas provocar;
hoi quieres que te digan tus vasallos,
grandioso i admirable es tu pensar.
Un tiempo, tambien vió la exelsa Roma,
sumida en la miseria,
a sus césares, reyes de los pueblos
aplausos de vasallos mendigar.
Un tiempo tambien vino en que los muros
de la reina ciudad
cayeron por los bárbaros pisados,
i las altas columnas,
los marmóreos palacios, las estátuas
de plata, marfil i oro
fueron con vilipendio destrozados
i fueron sucias calles a empedrar.

Mañana, no por bárbaros, por hombres,
tus cantares serán escarneidos;
i allí do los perdidos
se reunan i formen esos antros
de vergonzosos nombres;
allí, do se hallan solo, prostituidos,
inertes ciudadanos, se sabrán;
allí con los licores
que fuerzas no restauran pero quemán,
i matan la existencia, i los dolores;
allí en las tardas horas, cuando el gallo
anuncie la mañana que ya viene,
asustando los púdicos amores;

allí en el que es serrallo
 sin sultan orgulloso, sin sultana
 que trueque por caricias sus favores;
 allí bajo una atmósfera de muerte
 do se arrastran humanas, negras formas,
 las blasfemias irán a acompañar.

!Ah! basta ya, poeta, de tu lira
 oiga el hombre las cuerdas retemblar!
 otra vez, otra vez se te contemple
 orgulloso i altivo;
 i tu voz retumbante i poderosa
 cual trompa cavernosa,
 se escuche en la tormenta rebramar!
 en las cimas, ignala, de los montes,
 al fulgurante i vívido volcan.
 Hállente cual tú eres; en las luchas
 el primero, el señor, el que dirige!
 i en la hora en que sientas, de tú mano
 sin fuerzas, decaida,
 la lira se te escapa, que no pueden
 tus ojos ya mirar en el arcano
 i al hombre esclarecerlo;
 el dia en que te halles triste, enano
 con ingenio tan solo, sin aliento
 para dar a la vida un pensamiento,
 entónces se te vea, siempre, el grande,
 en tus manos la lira destrozar!

XLVIII.

Muchas veces; ah! muchas, con envidia
 la rueda de un molino
 he mirado moverse, i con anhelo
 sus vueltas he seguido.
 Siempre igual, siempre igual en su existencia,
 que es hacer esos jiros;
 noche i dia uniforme, acompasada
 la encuentro si la miro.

I «¿quién pudiera?» he dicho, yo que me hallo
 casi siempre abatido,
 «si no tanto como ella, al ménos algo
 trabajar en lo mismo!
 ¡Quién pudiera las horas i las horas
 mantenerse tranquilo,
 persiguiendo, la obra que se ama,
 con esfuerzo i ahinco;
 i no sentir de sueños un deseo
 vaporoso al principio
 i de pronto tan fuerte e imperioso
 que no sé resistirlo;
 i aun llorando al sentirme tan mudable,
 tan loco como un niño,
 ver que cae el trabajo de mis manos;
 i que mis sueños sigo!»

LIV.

Como sombras
 los vapores
 se levantan
 en montones;
 a lo léjos
 mil rumores,
 mil susurros,
 lentas voces,
 tristes ecos,
 vagos sonos
 van i vienen
 como adioses.
 Ya se callan,
 ya no se oyen
 ni las cosas
 ni los hombres.
 I sus álas
 de visiones,
 de quimeras
 i de flores,
 sobre todo

pena o goce,
 abre, estiende
 con amores
 la tranquila,
 suave noche.
 Solo, solo
 vela un pobre,
 el que tiene
 torcedores,
 el que mira
 sus acciones
 con disgustos
 i dolores.

LV.

¡Lo que vale mi obra!—De una pluma
 tomad lijera barba, o un granillo
 de menudas arenas, o de espuma
 un copo i ved, despues,
 que si de esto arrojais a una balanza
 una cosa tan sola i a la otra
 los cantos que os ofrezco, sin tardanza
 iráse de mí el fiel.

Pesan, valen tan poco mis canciones
 que he escrito muchas mas que las que hoi junto:
 brotaron como brotan mis pasiones,
 las hice i olvidé.

Del viento los suspiros sonoros
 de un ave los gorjeos, me preocupan
 mas, mas que mis cantares armoniosos;
 i así siempre seré.

I tal vivo, mudable como el niño
 que ni ha hecho, ni hace, ni hará nunca
 otra cosa que ir a do el cariño
 lo lleva i el placer.

Mas, para no ocultar ni un pensamiento,
 ya que siempre he vivido revelando
 a todos de mi alma el sentimiento,
 deciros algo hé.

Digoos que aunque no es sino destello,
nubecilla de otoño arrebolada
i no mas lo que canto, apesar de ello
los siglos ha de ver.

Callaré, sí; mañana: moribundo
encuentro ya mi cuerpo fatigado;
pero en tanto que vivan en el mundo
los hombres, viviré.

Viviré porque a mi alma la he labrado
como a áspero metal, a rudos golpes;
porque nunca engañéme ni he engañado,
porque a mi me canté.

Dia a dia cual roble carcomido
por los golpes del hacha poderosa,
dia a dia me he hallado sacudido
i me he visto caer.

Espirado ha en mis labios el lamento,
he ahogado los dolores, i sonrisas
solo, al mundo he mostrado; el sufrimiento
lo he esculpido en papel.

I si mi obra no vale nada, nada,
si mas frívola es que de hoi amores,
la página do ella conservada
estará, eterna es.

Es la página el hombre: mis dolores,
caidas, descontentos i amarguras,
todos, todos mis agrios sinsabores
en ella grabaré.

Si; de todos al pecho, la tormenta
del mio pasará, i esas heridas
que el triste que me lea en su alma sienta,
curar no han de poder.

Yo soi voz; i la vuestra es mi tristura;
yo me he cantado a mí, i os he cantado;
¡hombres que ambicionais dicha i ventura
por esto me entendeis!

Por esto me ha de dar amor de hermano,
carifio delicado i ardoroso,
no mentida lisonja el que a una mano
con mi obra he de saber.

Id versos: ya sonrío con tristeza:
 viejo soi como el mundo i vivir debo
 los siglos i los siglos: mi cabeza
 ceñido há ya el laurel.
 No he nacido ni hoi, ni ayer tampoco;
 no he vivido ni aquí ni en parte alguna;
 ni nunca he de morir; i aun siendo un loco
 me habeis de comprender.
 Me habeis de comprender porque soi hombre,
 i porque males sufro, porque soilo.
 Pedro-Leon me llamó, pero mi nombre
 yo mismo no lo sé.

LVI.

Mañana, con las brisas del oriente
 las semillas vendrán;
 mañana, sí; vendrán nuevas semillas
 i bellas brotarán.
 ¿Veis alzarse la palma gigantesca
 cual la ilumina el sol?
 ¿veis crecer a su sombra ricas flores?
 ¡ya, ya, la veo yo!
 Decidme: ¿si el alcázar quebrantado
 i que en tierra se vé,
 no podrá, nó; de nuevo levantarse
 del artista al poder?
 Que bajan, veo ya las cordilleras,
 para nueva labor,
 los mármoles, los bronce, los obreros
 en larga procesion.

LVII.

Tú has venido tambien, al monumento,
 a la iglesia de piedra, (1)
 tú has venido tambien i lo contemplas
 i escribes pensativo.
 ¿Porqué ese hombre se humilla ante una imájen?

(1) La Catedral de Colonia.

un tiempo yo lo supe,
un tiempo como él, en mis dolores
consuelo yo he buscado.
Pero hoi, pero hoi todo he perdido:
que vengo i solo veo
un templo dilatado como plaza
con inmensas columnas.
I nada me revela, en nada siento
de qué o para qué sirve;
curioso, cual viajero, si lo admiro
el arte es lo que veo.
I se alza, sin embargo, aquí en mi mente
aquí, aquí dentro,
en esto que llamamos nuestra alma
corazon o cerebro;
aquí se alza un recuerdo de tristeza,
una voz que me aflije:
yo siento que he cortado mi existencia.
mi ser en dos partido;
que los suaves cantares de la cuna,
que las creencias primeras,
los risueños ideales de una vida
allá, en el puro cielo,
todo eso se ha concluido; i al dejarlo
sin abrigo he quedado,
sin techo, sin hogar que me reanime,
sin algo que me aliente.
I si sufro en mi vida, si vacilo
nada hai que me dé calma,
nada dice, «trabaja, continua,
¡ah! nada, nada, nada.
Solo a ratos, alguna fantasía,
una flor que aun no se abre,
una bella esperanza me ilumina
diciéndome; «no dudes.»
I esa flor en capullo, sin perfume,
el amor es del hombre;
mas las dudas mil veces me la ocultan
i olvido que ella crece,
olvido, su corola, mil matices,

suavísimos aromas
 ofrecerá al que viene, al que mañana
 la verá abierta i bella.
 Entre tanto, nosotros, cultivarla
 debemos, resignados,
 los soles soportando i la inclemencia
 de las lluvias i frios,
 sin sentir mas consuelo ni esperanza
 que soñar con la dicha
 que tendrán nuestros hijos, los que puedan
 esa flor ver un día.
 I consuelo no hai otro; ni es posible
 a los de hoi, a nosotros
 sino la flor soñar; i si esto basta,
 si un gran placer encierra,
 es dura la tarea, que a menudo
 las penas i dolores
 nos separan de todo i nos hallamos
 aislados, pensativos.

LXV.

PRIMAVERA.

Entre las hojas
 gorgoritean
 los pajarillos
 que es una fiesta;
 de rama en rama
 saltando juegan;
 dícense amores
 cantan ternezas
 i caprichosos,
 rápidos vuelan;
 el campo cruzan,
 en el bosque entran,
 se van i vuelven
 chillan, pelean,
 siempre inconstantes
 siempre sin penas.

I van con ellos, mas livianas,
 mas, mas lijeras,
 las leves auras
 que juguetean
 con ramas i hojas;
 i que do quiera
 suaves murmullos
 forman parleras,
 cual si a las aves
 ganar quisieran
 cuando ellas dicen
 una pascua hechas:
 «se fué el invierno
 se fué, se fué.»

LXXI.

¡Misericordia i Vanidad!
 do quiera la belleza,
 do quiera la pureza
 i en mi alma la maldad!

¡I yo soi el poeta
 i vivo con las flores
 i canto los amores
 i el mundo me respeta!

¡Misericordia i Vanidad!
 do quiera la alegría,
 la paz, la poesía
 i en mi alma la maldad!

LXXVII.

Al huracan he dicho: «socorredme;
 ráfagas tormentosas
 enviad a mi cabeza, sentir quiero
 que en mis cabellos soplan.»

He dicho a las tonantes tempestades:
«¿do se hallan vuestras roncadas
desconsoladas voces, i los rayos
i los truenos que asordan?»

A las lóbregas noches les he dicho:
«necesito las sombras,
rodeadme de silencios sepulcrales,
mi pecho no reposa.»

Rogado he a las arenas de los mares:
«sepultadme vosotras,
guardadme en vuestro fondo, no, no lleguen
los ruidos de las cosas.»

Las duras cordilleras me han oído
pidiéndoles sus rocas
desnudas, solitarias, las mas altas,
allí do nada brota.

En los negros abismos he clamado:
«yo busco las mas hondas
i oscuras cavidades, do la vida
imposible se torna.»

I he ido a los desiertos. Por do quiera
que muerte asoladora,
destrucciones i ruinas darse pueden
vagado ha mi alma loca.

Do quiera yo he exclamado: «abandonadme
ideas venenosas,
idos, idos muy lejos, permitidme
de calma solo una hora.»

I nada, nada, nada me ha escuchado;
i a mi voz de zozobra,
mil veces he creído respondian
carcajadas sonoras.

LXXVIII.

«¡Horror! horror! horror!»— Por largo tiempo
no han formado mis labios otra voz:
¡horror! horror! horror! he repetido;
i he vuelto a rededir ¡horror! horror!
I despues, sin quererlo, he recordado
el «pésame señor,» santa oracion
rezada muchas veces cuando niño
i hoi, tan solo, de hombre, en su dolor,
en su triste grandeza comprendida.
Pero yo ya no tengo ningun Dios
a quien decirle, «pésame,» i me miro
con mi falta manchado i sin perdon.
Si; sin otro perdon que un verdadero,
firme arrepentimiento, que valor
i fuerzas para luchar a mi alma ofrezca
con esta que me destruye, vil pasion.
Pero ¡cuando será, cuando un buen día
de su aurora daráme el arrebol!
¡cuando!— yo no lo sé, débil, cansado,
siento que ya me cimbra el aquilon.
I caeré tambien, i cual las hojas
por el suelo arrastradas, sin calor,
deshechas en los aires, quebradas
i en polvo convertidas, veré yo
mis brillantes ensueños, las ideas
de alcanzar perennal, eterna loor,

de dar brillo a mi nombre i a mi patria
 perdida para siempre. I mi aficcion
 consuelo no tendrá, porque el recuerdo
 hará que, en un infierno de dolor,
 me sienta trasportado cada i cuando
 pensar quiera en la causa, en la razon
 de este mal que me aqueja i me destruye.
 ¡Ah! sí; consuelo hermoso, rico sol
 en los dias diviso que me quedan
 ¡sentir duro i quemante torcedor!
 ¡I son estos mis versos, de mi lira,
 de la lira de oro es este el son;
 es esto lo que ofrezco yo a los hombres;
 es esto lo que el bardo de su amor
 al jóven le refiere; esta la osada,
 atrevida i severa inspiracion
 que a los pechos despierta i los obliga
 a aguardar con mas brios, mas ardor
 los gloriosos ensueños, los ideales!
 ¡Ah! sí; este es mi canto, ¡maldicion!
 es el canto del loco, del que dice
 recordando su dia: «¡horror! horror!»

PEDRO-LEON.

EL BASO ROTO.

DEL ARTE DE SER ABUELO, DE V. HUGO.

¡Qué destrozo, Dios mio!... Hecho pedazos
 Está el baso de rica porcelana
 Que, por diáfano i limpio, parecia
 Tallado por los dedos de las Hadas!
 ¡Cómo en él de la altura los colores,
 Los astros i las luces palpitaban
 En formas que al principio parecian
 Monstruos, i luego transparentes almas!...

¡Con cuánto amor a los curiosos niños
 Sus diversos relieves explicaba!
 Mirad! este es un perro, aquel un mono,
 Este un doctor, o un asno... esa una araña...
 ¿No estais viendo ese tigre en su caverna?...
 Aquel en su palacio es un monarca...
 Este otro en el infierno es un demonio...
 ¡Qué figuras tan feas i tan raras!...

Son para la niñez encantadores
 Los monstruos, i mis nietos se animaban
 Cuando de los del baso referia
 Para su admiracion, cuentos i fábulas...
 María al sacudir el aposento
 Sin duda lo volcó... ¡i es una infamia
 Haber roto ese baso que un paisaje
 De tan múltiples temas me enseñaba!...

—«¿Quién lo rompió? colérico pregunto,
 En tanto que irritado me sentaba;
 «¿Quién ha roto ese baso transparente
 Que era el mejor adorno de esta sala?»...
 Juana, mi nietecita, al ver que trémula
 María como reo, me miraba,
 Saltando a mis rodillas, al oido
 —«¡Fuí yo!» me dijo, i me besó en la cara...

¡Mentira anjelical!... I en el momento
 En que me separé dijo a la criada:
 —«¡Bien sabia que echándome la culpa
 «Mi tierno abuelo no diria nada!...
 «Él no sabe enojarse con los niños,
 I nos dice, a lo mas;—«Hijos del alma:
 «¡No vayais a la huerta sin sombrero!
 «¡No os muerda Allí... ¡Cuidado con la escala!»...

DESENCANTO.

I.

Feliz un tiempo mi vida
 En brazos de la niñez,
 Vióse tan cándida i pura
 Como la planta al nacer.

Frescas ornaban mi frente
 Púdicas rosas, i ví
 Al cielo, entre perlas i oro,
 Mis ilusiones subir.

Mas ¡ay! que el ábrego un dia
 La flor de mi alma tronchó:
 Se fué el albor de mi vida...
 Ora me acosa el dolor!

II.

Mas tarde un fuego divino
 Mi ser entero abrazó:
 Finjí de dichas un cielo,
 Un ángel era mi amor.

Ángel-mujer, en el mundo
 De paso estaba, i no sé
 Si al darla el Adios postrero,
 Se fuera mi alma con él.

Pero ay! que el ángel en tierra
Un día se ha de tornar
Mentida ilusión del alma...
Solo un recuerdo fatal!

III.

Después con ansia la gloria
Tan ponderada busqué,
Soñé encontrarla en el mundo,
Verla postrada a mis piés.

Los hombres, me dije, hermanos
Llamarlos oigo en razón;
I, pues, con ellos la tierra
Yo pueblo, les debo amor.

Mas ay! que al crédulo el mundo
Pérfido castigará:
La gloria, es vana quimera,
El hombre, fiera voráz.

ADOLFO QUIRÓS.

LOS ÁNJELES DEL SUEÑO I DE LA MUERTE.

(DE UHLAND).

(A MI AMIGO SANTIAGO ESCUTI ORREGO).

Ángel del sueño.

¡Si fueras el coloquio de dos almas
Que se aman i se buscan con empeño
Cuando cierra los parpados el sueño
I el espíritu vuela a otra rejion!...

HERACLIO C. FAJARDO.—(Uruguayo).

Ángel de la muerte.

¡El ángel de la muerte!
Ese recuerdo guarda en la memoria,
I el corazón mas fuerte
Tiembra al trazar tan dolorosa historia.

FELIX ORGAZ.—(Cubano).

I.

Los ángeles del sueño i de la muerte
Abrazados la tierra recorrian
I las luces lijeras se escondian
Regalando nocturna oscuridad;
Sentáronse en la cima de un collado
A mirar de los hombres la morada:
La tierra presentóse abandonada
En augusto silencio sepulcral.

II.

Esperaban callados i tranquilos
Les llegara su hora apetecida:
El uno de poder quitar la vida,
El otro de lanzarnos a dormir;
La luna en el ocaso aparecia,
Avanzaba la noche en su camino,
Salpicado de tinte purpurino
El cielo azul mostrábase gentil.

III.

Dió el del sueño principio a su jornada,
 La semilla los céfiros llevaron,
 I con mano invisible la arrojaron,
 A la choza del pobre labrador,
 I calleron vencidos por su influencia
 En la cuna el pequeño i tierno infante,
 I el anciano infeliz agonizante
 Que en el lecho yacia, se durmió.

IV.

Olvidó sus pesares el doliente,
 El pobre desterrado el desconsuelo,
 El mendigo olvidó hasta su desvelo
 I del sueño entregáronse a gozar:
 Dijo, entónces, el ángel;—ya he concluido,
 Vengo a hablarte mi grave i buen hermano;
 «En benéfico sueño el ser humano
 En este instante descansando está.»

V.

Cuando principie a sonreir la aurora
 Dijo el ángel, mostrando faz risueña
 El orbe entero, ya verás, se empeña
 En llamarme su amigo i bienhechor:
 ¡Oh que grato placer es sin ser visto,
 Derramar en el mundo la ventura,
 Ver como gozan ellos la dulzura
 Que con mano benéfica les doi!

VI.

Así el ángel habló, i el de la muerte,
 Callado le escuchaba enternecido,
 Mas luego de dolor lanzó un jemido
 I una lágrima ardiente dejó ver:
 —¡Desdicha sin igual, terrible horrenda!
 Todo el mundo me cree su enemigo,
 Por eso mi destino lo maldigo,
 Tiemblo al pensar que doi la muerte cruel....

VII.

—Hermano mio, el ángel le repuso,
¿Tan pronto has olvidado que el ser justo,
Al despertar te llamará con gusto
Cual a mi «su querido bienhechor»?
¡Del mundo somos ambos, tierno hermano,
Peregrinos de exacta procedencia,...
Si sufrimos, suframos con paciencia,
Cumplamos los designios del señor!

VIII.

En esto concluyó la conferencia
De los jénios del sueño i de la muerte
Tan contentos quedaron de su suerte
Como el mundo se encuentra con la luz;
Enlazados libraron los espacios,
Con sus ojos de fuego centellantes,
Que mostraron de júbilo radiantes
Al Creador en señal de gratitud.

CARLOS 2.º LATHROP.

Santiago, marzo 24 de 1878.

BIBLIOGRAFIA.

«HISTORIA DE LAS INDIAS, ESCRITA POR FRAI BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, OBISPO DE CHIAPA, AHORA POR PRIMERA VEZ DADA A LUZ POR EL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE I DON JOSÉ SANCHO RAYON.—MADRID, IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA, 1875»

5 vols. de 500 pájs. en 4.º esp.

Llega esta historia hasta 1520, i como se lee en la portada que dejamos trascrita, ha permanecido inédita hasta ahora, cumpliéndose en parte con los deseos de su autor, que a medida que concluía cada uno de los tres libros en que dividió la obra, lo depositaba en el colegio de San Gregorio de Valladolid, con encargo a su rector i conciliares, de que no se permitiese leerlos a ningun seglar, ni se diesen a luz hasta pasados cuarenta años, si así convenia al bien de los indios i de España.

Aunque Las Casas no publicó sino la celebrada *Brevísima relacion de la destruccion de las Indias* (Sevilla, 1552) i unos ocho trataditos muy cortos, con instrucciones a los confesores de los encomenderos i sobre sus controversias con el doctor Jinés de Sepúlveda, ningun escritor de cosas de América ha alcanzado la celebridad que él con su *Relacion* citada.

Mas esa misma celebridad ha perjudicado a la *Historia*, su obra capital, que si ha sido consultada por numerosos escritores desde Antonio de Herrera, que la utilizó ámpliamente en sus *Ducados*,

hasta Muñoz, Navarrete e Irving en sendos trabajos, permanecía inédita sin que se diera paso alguno para publicarla.

Miéntas duró en América la dominación española, tuvo una razón política su conservación en manuscrito. Perjudicábale entón-ces el tono apasionado i de polémica con que está escrita, i sus duras condenaciones de los conquistadores i de los ministros del rei que por interes los apadrinaban; el bien de España, ya que no el de los indios, cumplido el plazo señalado por Las Casas, la condenaba a permanecer todavía oscurecida.

En 1851, la Real Academia de la Historia, acordó publicar las crónicas de Indias, dando principio a la empresa por la obra de Gonzalo Fernandez de Oviedo, primer cronista oficial del Nuevo Mundo, i proponiéndose publicar en seguida la que ahora nos ocupa, pero concluida aquella, se abandonó el proyecto, sin que se volviera a ponerle mano.

De justicia hubiera sido, sinembargo, publicar la obra de Las Casas a continuacion de la de Oviedo. Las Casas para este, es un ilusó; sus proyectos de conquistar el Nuevo Mundo para la fé i para España, por labradores honrados i pacíficos que solamente usase las armas para defenderse, eran ilusiones culpables que dejarían a los españoles a merced de los indios, a quienes se goza en pintar con negros i repugnantes colores. Si condena los excesos i crueldades de sus compatriotas, es porque, como hombre honrado, al fin le dan en el rostro, despues de haber sido él mismo víctima de ellos. Las Casas por el contrario, de encomendero afortunado se trasforma en apóstol, viste la sotana, i desde la cátedra, anatematiza a los esplotadores del indijena, atraviesa repetidamente los mares para llevar sus quejas al César, publica su *Relacion de la destruccion de las Indias*, con una sinceridad de propósito i una acritud de estilo que hoi mismo, al amparo de la decantada libertad moderna, dudamos que se tolerase en algun país, sin acarrear a su autor la malquerencia de sus paisanos. Pero si tanto celo no dió a Las Casas el triunfo de sus ideas, dióle al ménos, i esto sea dicho en obsequio de España, el bellissimo título de apóstol de las Indias, i honores i consideraciones que él despreció, yendo a ocultarse a una celda, cuando llegó a convencerse de que sus afanes por la libertad de los indios eran infructuosos.

Retirado del mundo en su convento, i como una apelacion a la posteridad, púsose a escribir su *Historia* a la edad de 78 años, ausiliado de los papeles que poseía de Cristóval Colon i de su her-

mano Bartolomé, de las muchísimas notas que habia tomado durante su vida, i de sus propios recuerdos i larga esperiencia. Nueve años trabajó en ella, concluyéndola cinco ántes de su muerte, que fué a los 92. ¡Singular robustez de alma i de cuerpo!

Apesar de haber sido esplotada la historia por tantos autores, como hemos dicho, conserva aun todo su interes, i para conocer los primeros pasos de la conquista europea en el Nuevo Mundo, ha de recurrirse a ella como a una de las mejores fuentes de informacion.

Refiere circunstanciadamente todos los pasos de Colon en España ántes de embarcarse en Palos, la travesía del océano, el descubrimiento, la marcha de las expediciones que salian de las primeras colonias. No siempre se detiene a referir las peripecias de los combates, gustándole mas discutir los títulos con que se hacia la conquista i se esclavizaba a los indijenas. De éstos se ocupa con amor, describe su industria, su agricultura, el modo de sus casas i ciudad, la organizacion de la familia i de las tribus, realza sus virtudes, i sus vicios, propios del estado salvaje en unos, i en otros de su atrasada civilizacion, léjos de pintarlos con negrura, los compara con los de la antigüedad pagana, para atenuarlos a los ojos de la Europa. En este punto es inescusable que, entrando a calificar los editores la oportunidad de las dicertaciones de Las Casas, hayan suprimido pájinas en alguna parte, por estimarlas como incongruentes.

Mas así, i sin haber acompañado en el quinto volumen la biografía que ofrecian de Las Casas, escrita con nuevos documentos no conocidos de Quintana, han hecho con la publicacion de la *Historia de las Indias* un señalado servicio a la historia de América.

No concluiremos esta breve nota sin manifestar nuestra estrañeza de que, habiéndose publicado el libro que nos ocupa, hace tres años en Madrid, solamente ahora esté de venta en Santiago. Mejor harian los libreros en traernos mas obras útiles i no tantas novelas insípidas o desvergonzadas.

L. M.

INDICE

DEL TOMO DÉCIMO.

	PÁJS.
<i>Un drama satírico</i> , por <i>Sainte Beuve</i> , páj.....	5
<i>Viaje a California. Recuerdos de 1848, 1849, 1850</i> , por <i>Vicente Perez Rosales</i> , páj.....	19
<i>Aissé</i> , por <i>Saint-Victor</i> , páj.....	42
<i>La creación de un poema</i> , por <i>Edgardo Poe</i> , páj.....	49
<i>Sócrates i Pascal. El demonio de Sócrates i el amuleto de Pascal</i> , por <i>E. Littré</i> , páj.....	65
<i>Un periodista de la colonia. La Gaceta jocosa</i> , por <i>Augusto Orrego Luco</i> , páj.....	84
<i>Los hombres galantes de Chile</i> , por <i>Vicente Grez</i> , páj.....	90
« <i>No hai que buscarle cuesco a la breca</i> » (tradicion), por <i>Vicente Grez</i> , páj.....	98
<i>El cerco de La Paz por los sublevados de 1811</i> , por <i>G. R.-M.</i> , páj.....	101
<i>Poesías</i> , por <i>J. A. Soffia, E. L., Ricardo Bustamante i F. A. Subercaseaux</i> , páj.....	139
<hr style="width: 20%; margin: auto;"/>	
<i>Veinte dias en Sicilia</i> , por <i>Ernesto Renan</i> , páj.....	161
<i>Swift</i> , por <i>Saint-Victor</i> , páj.....	187
<i>Convicciones contra convicciones</i> , por <i>Juan Enrique Lagarrigue</i> , páj....	195
<i>La enseñanza oficial</i> , por <i>Lord Macaulay</i> , páj.....	202
<i>Viaje a California. Recuerdos de 1848, 1849, 1850</i> , por <i>Vicente Perez Rosales</i> , páj.....	221
<i>Competencia de la autoridad administrativa i judicial, en materia de aguas</i> , por <i>Antonio Vergara A.</i> , páj.....	256
<i>El cerco de La Paz por los sublevados de 1811</i> , por <i>G. R.-M.</i> , páj....	264
<i>Cambiaso</i> , por <i>Augusto Orrego Luco</i> , páj.....	274
<i>El suicido político</i> , por <i>E. Littré</i> , páj.....	305
<i>Poesías</i> , por <i>Natalia Palacios i Manuel Edmundo Arenas</i> , páj.....	317

	PÁJ.
<i>Viaje a California. Recuerdos de 1848, 1849, 1850, por Vicente Perez Rosales, páj.....</i>	321
<i>Errores populares sobre las funciones del gobierno, por Westminster Review, páj.....</i>	340
<i>La etiqueta colonial, por Vicente Grez, páj.....</i>	376
<i>Necesidad de una gran reforma en la enseñanza, por Juan Enrique Lagarrigue, páj.....</i>	384
<i>Historia de la civilización en Inglaterra, por Buckle, páj.....</i>	394
<i>Recuerdos literarios, por J. V. Lastarria, páj.....</i>	426
<i>El estudio de la geografía i dos nuevos textos destinados a su enseñanza, por Luis Barros Borgoño, páj.....</i>	441

	PÁJ.
<i>Recuerdos literarios, por J. V. Lastarria, páj.....</i>	486
<i>Enseñanza superior de la mujer, por Benicio Alamos Gonzalez, páj.....</i>	533
<i>El traje de las santiaguinas en los siglos XVII i XVIII, por Vicente Grez, páj.....</i>	544
<i>Lucrecio. El mas grande de los poetas, por Juan Enrique Lagarrigue, páj.....</i>	552
<i>El derecho i la filosofía positiva, por E. Littré, páj.....</i>	561
<i>El impuesto, por John Stuart-Mill. páj.....</i>	568
<i>Don Juan María Gutierrez, por Luis Montt, páj.....</i>	593
<i>Poesías, por Pedro-Leon, J. A. Soffia, Adolfo Quirós i Carlos 2.º Lathrop, páj.....</i>	609
<i>Bibliografía, por L. M., páj.....</i>	636